

LILY PEROZO  
LINA PEROZO ALTAMAR



*Quédate* VOLUMEN 2



LILY PEROZO  
LINA PEROZO ALTAMAR

*Quédate* VOLUMEN 2



**Copyright © 2018 Lily Perozo y Lina Perozo Altamar**

**Todos los derechos reservados.**

**Diseño de portada por: Tania Gialluca**

**Primera Edición: noviembre de 2018.**

**ASIN: B07K71DJCS**

**No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.**

**Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.**

# Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[No dejes de leer la continuación de esta historia en](#)

## Agradecimientos

A nuestro hermano Omar, quien, después de escucharnos hablar tanto de lo que leíamos, nos animó a que creáramos nuestra propia historia, sin saber hasta dónde nos llevaría este camino que hoy seguimos recorriendo.

A nuestras hermanas de la casa rosada, quienes fueron las primeras en leer esta historia, gracias por animarnos a publicarla, este es un sueño de todas que hoy se hace realidad.

Con cariño.

Lily y Lina Perozo Altamar

## Dedicatoria

A Dios por estar presente en nuestras vidas y enseñarnos que nada en esta vida es imposible, si se lucha para alcanzarlo.

A nuestra familia que siempre nos apoya desde la distancia, que creen en lo que hacemos y se sienten orgullosos, los queremos muchísimo.

A Jessica y Tania, gracias chicas por acompañarnos una vez más, por cuidar los detalles Jess y Tania por brindar tu talento a esta bella portada.

A las chicas que leyeron cada capítulo en el grupo de Hermanas Perozo, gracias por ser nuestras lectoras betas y por vivir esta historia desde su proceso, por ser las primeras en emocionarse y compartirme sus impresiones, gracias bellas.



A las chicas del equipo de preventa, que como siempre hacen una labor extraordinaria: Andrea, Dayana, Danitza, Sandris, Evelin, Fátima, Lizeth, Fernanda, Gri, Jessica y Pilarcita, muchas gracias por todo.

A todas las chicas que se animaron a participar en la cuenta regresiva con sus artes, gracias por compartir sus talentos con esta historia, nos hicieron sentir halagadas y felices.

Y, por último, para nuestras queridas lectoras, quienes una vez más se dejan cautivar por nuestras historias, esperamos que “Quédate” las conquiste y las haga vivir muchas emociones, se les quiere con el corazón.

Lily y Lina Perozo Altamar





*Ven y te explico lo que somos  
en nuestra habitación,  
una paloma y un jilguero  
en vuelo de estación.*

*Emigrando al árbol del limón,  
elevando un grito hasta amanecer,  
encima de tu piel.*

*Ricardo Montaner*

# Capítulo 1

Dos meses habían transcurrido desde que Victoria dejase Europa, y todavía no lograba superar la pena que sentía por la ausencia de Terrence, ni el resentimiento que llegaba hasta ella cada vez que recordaba al rebelde. Le dolió demasiado comprender que él se había dado por vencido esa misma tarde, cuando discutieron, y que no hiciera al menos el esfuerzo de ir a verla una vez más.

—Ni siquiera fue al puerto a despedirte —susurró, dejando que las lágrimas se hicieran presentes, de nuevo—. Ya deja de llorar por él, no tiene caso seguir haciéndolo... Lo que debes hacer es olvidarlo. —Se dijo, obligándose a ser fuerte, y dejó que su mirada vagara por el jardín, pintado de los tonos ocre, naranja y dorados, propios del otoño.

De pronto, escuchó un par de golpes en la puerta. Por la manera de tocar, supo que era su dama de compañía, que seguro venía a anunciarle que su institutriz había llegado a impartirle sus clases de francés.

No sabía ni siquiera para qué perdía el tiempo aprendido ese idioma. Si ya no volvería a Europa no tenía ningún sentido estudiar algo que jamás usaría, pero su tía Margot estaba empeñada en eso, así que no le quedaba más que acatar sus órdenes, como siempre.

—Adelante —indicó y se alejó de la ventana.

—Señorita Victoria, es hora de su lección de francés —anunció Angela, sorprendiéndose al encontrarla vestida—. ¿No tomó su siesta?

—No tenía sueño —respondió, soltando un suspiro.

—Pero usted me pidió que le dijera a su tía...

—Mentí, no quería escuchar otro de los sermones de mi tía —mencionó sin sentir la menor culpa por haberlo hecho.

—Eso no está bien, señorita; una dama debe ser honesta, siempre. —La reprendió, pues parte de su labor, como su dama de compañía, era hacer que la chica tuviera buenos valores.

—Cada vez que soy honesta, mi tía no hace nada más que reprocharme; le digo que no quiero hacer esto o aquello, y ella solo me ignora; no presta atención a mis deseos..., A veces, me gustaría tanto regresar con mis tías

Julia y Olivia —confesó, a punto de llanto, sintiéndose cada vez más desesperada por salir de esa prisión en la que se había convertido la mansión.

—No diga eso, señorita, la señora Margot solo busca su bienestar, al igual que todos en esta casa —dijo, mirándola a los ojos, y se aventuró a brindarle una caricia en la sedosa cabellera.

Le dedicó una sonrisa para animarla, aunque hacía poco que la conocía, la chica se había ganado su cariño y le apenaba mucho verla tan triste. Sabía que su pena no era solo por las reglas y obligaciones que le imponía la matrona, sino por haber regresado de Europa y tener que dejar a su pretendiente allá.

Victoria se esforzó por mostrarse animada delante de Angela, apreciaba mucho que ella tuviese esos gestos para con ella, la trataba como si fuese más que su dama de compañía; era como una hermana mayor, una que siempre estaba pendiente de cuidarla.

Suspiró, una vez más, resignándose a hacer lo que debía; acomodó su peinado que debía lucir perfecto, y caminó junto a Angela hacia el salón que había dispuesto su tía para que recibiera sus clases.

—*Mademoiselle* Victoria, *S'il vous plait* —mencionó para atraer la atención de la chica, quien, una vez más, estaba distraída.

—Lo..., lo siento, señora Algret —respondió, mostrándose apenada y miró su cuaderno de tareas.

—Tranquila, creo que será mejor que continuemos con la lección la próxima semana, pero, por favor, no olvide estudiarla, y recuerde que debemos charlar en francés, solo así ganará fluidez —ordenó con tono amable, pero su mirada seria le advertía que debía hacer lo que le pedía.

—Le prometo que lo haré —aseguró, mirándola a los ojos.

—Eso espero, porque su tía se molestará mucho, si no ve sus avances. — Le advirtió—. Ahora, me retiro. Que tenga buena tarde.

—Igual usted, *madame* Algret. Hasta la próxima semana.

La vio salir y cerró el cuaderno con desgano, al tiempo que rechazaba la imagen de aquel odioso chico inglés, que no la dejaba en paz. Terrence estaba presente en cada uno de sus pensamientos, lo veía hasta en la sopa que tomaba en el almuerzo, cuando despertaba y antes de dormir, incluso, en sus clases de francés, pues recordaba lo bien que él lo hablaba, mientras que ella era un desastre.

—¿Puedo pasar? —preguntó Stephen, mirándola desde el umbral de la puerta y tocaba la madera con sus nudillos.

—¡Papá!... claro, pasa —pidió sonriéndole y poniéndose de pie para recibirlo con un beso y un fuerte abrazo.

—¿Cómo van tus clases de francés? —Se mostró interesado, aunque por el semblante de la profesora, cuando la vio en el pasillo, las cosas no parecían ir muy bien.

—Me están costando un poco, pero espero haber aprendido mucho para finales de año —contestó, fingiendo una sonrisa.

—Mi hermosa princesa, siempre tan optimista, eres igual a tu madre... Ella siempre veía lo bueno de las cosas —comentó, sonriéndole. La vio desviar la mirada, como si quisiera ocultarle algo, y eso lo alertó—. ¿Qué sucede, Vicky?

—Nada..., todo está bien, papá —murmuró, sin mirarlo.

—Y si es así, ¿por qué me rehúyes la mirada? —cuestionó, apoyándole una mano en la mejilla para que dejara de hacerlo.

—Son solo tonterías. —Le mintió y eso la hizo sentir mal.

—Creo que esas tonterías tienen nombre y apellido —acotó, elevando una ceja mientras miraba fijamente a su hija.

—No es nada de eso —esbozó, molestándose.

—No hay nada de malo en que lo extrañes, princesa, ustedes dos se querían y las cosas no terminaron como debían.

—Terminaron como él quiso que lo hicieran —expresó con la rabia y el dolor haciendo estragos en ella.

—Si mal no recuerdo, fuiste tú quien lo echó de la casa... Él solo intentaba hacer que comprendieras lo que era mejor para ti.

—Ya, papá. No quiero hablar de él —dijo para cerrar el tema.

—En eso también te pareces a tu mamá, cuando se aferraba a una idea, no había nadie que la hiciera cambiar de parecer.

—Papá..., por favor —pidió, mostrándose seria.

—Está bien, ya no comentaré nada más. —Elevó sus manos, en señal de rendición, al tiempo que se tragaba una sonrisa—. Cambiando de tema, vine para avisarte que este fin de semana viajaremos a Barrington —anunció con una gran sonrisa.

—¡Eso es maravilloso! Extraño tanto a mis tías.

—Vicky, si las viste hace apenas un mes. —Le recordó, pues había reaccionado como si tuviera años sin verlas.

—Lo sé, pero siempre las echo de menos. Muchas gracias por darme esta sorpresa, me hace muy feliz, papi.

Se acercó a él y lo amarró en un abrazo, eso era lo mejor que le podía pasar en ese momento, necesitaba regresar al campo para poder correr por las colinas, nadar en el lago y sentirse en libertad. Salir de esas paredes quizá la ayudara a encontrar la forma de sacarse a Terrence Danchester de la cabeza, antes de que terminara loca de tanto pensarlo.

El otoño se había instalado por completo en Londres, haciendo que una brisa helada recorriese cada rincón de la ciudad, acompañando esa aura sombría que se había posado sobre la misma, desde que la nación entrase en guerra.

Para Terrence, la situación era mucho peor, el mundo se había convertido, una vez más, en ese lugar gris, frío y carente de emoción en que vivía antes de conocer a Victoria.

De nuevo, se dejaba llevar por la corriente, sin importarle nada de lo que pasara a su alrededor o con él mismo; su vida había perdido ese sentido especial que su pequeña pecosa le había dado. Ya ni siquiera se lamentaba de su suerte, porque no ganaba nada con eso, solo torturarse hasta hundirse en un pozo de depresión y frustración, pues ya ni siquiera podía contar con la vía de escape que le ofrecía el alcohol.

Vio uno de los autos del ducado de Oxford, estacionado frente a la salida de la escuela naval, y supo que lo habían enviado por él; era evidente que el duque no quería perderle pisada. No le bastaba con haberlo recluido en ese lugar, sino que también enviaba a que lo vigilaran durante los únicos días libres que le daban en ese lugar, que era más un cuartel que una escuela.

—Buenas tardes, señor Danchester. —Lo saludó el chofer.

—Hola, Darrell. —Le hizo entrega de su bolso de mano—. Dile al duque que no se hubiese molestado enviándote a buscarme, me iré por mi propia cuenta... Y, otra cosa, que no me espere para cenar —mencionó, sin molestarse siquiera en acercarse a la puerta que esperaba abierta.

—Terrence, sube al auto —ordenó Benjen, desde el interior del coche, con un tono de voz que no aceptaba réplicas—. Ahora —agregó al ver la mirada desafiante de su hijo.

—¿Y qué si no lo hago? —Lo retó, pues estaba cansado de que le dijera qué hacer, todo el tiempo. Suponía que tendría ese día libre para irse a algún bar y emborracharse hasta la inconsciencia.

—Deja de comportarte como si fueses un chiquillo malcriado y sube. ¿O estos dos meses en la academia no han servido para convertirte en un

hombre? —cuestionó, para ver si así reaccionaba.

—No necesito estar en esta maldita academia para convertirme en un hombre —espetó, lleno de rabia—. Usted se encargó de convertirme en uno, desde que me dejó por mi cuenta en un internado.

—Bien, entonces actúa como tal y no hagas que siga perdiendo mi tiempo —ordenó, mirándolo a los ojos.

—Si lo está perdiendo, es por su culpa, yo no le pedí que viniera, puede largarse.

—¡Terrence, ya basta! Entra al auto ahora, antes de que mi paciencia se agote —exigió y su mirada gris destellaba ira.

—Joven..., por favor, haga lo que le pide su padre —susurró Octavio, al ver que las cosas empezaban salirse de las manos al duque.

Terrence le tenía mucho respeto al anciano, además de estima, pues fue el único que se mostró comprensivo con él, cuando llegó a Inglaterra. No le quedó más remedio que tragarse su rabia y hacer lo que le pedía, solo para no complicar más las cosas.

Benjen se contuvo para no seguir reprochándole su comportamiento, sabía que discutir con su hijo era enfrascarse en una lucha perdida, pues no había manera en la que ambos llegasen a un acuerdo nunca. Desvió su mirada hacia la ventanilla, cuando lo sintió sentarse a su lado, manteniendo la distancia, como siempre hacía.

No era que él esperase que lo abrazase y le dijese cuánto lo había extrañado, pero le dolía ver que cada vez estaba más distante y que ya no había manera de salvar su relación.

—Le agradecería que me dejara en el centro, Darrell, tengo algunos asuntos que atender —esbozó Terrence, sin querer darse por vencido, ya mucho había hecho con aceptar subir al coche.

—¿Asuntos como buscar el peor bar de todo Londres y embriagarte hasta olvidar tu propio nombre? —mencionó Benjen, sin poder contenerse, cayendo en la provocación de su hijo.

—No es algo que le concierna, solo subí al auto para evitar un escándalo, pero no crea que eso le da el derecho de decirme qué hacer —replicó, sin dejarse intimidar por su tono adusto.

—Por si lo olvidas, soy tu padre y, hasta que no cumplas la mayoría de edad, estás bajo mi tutela, así que soy quien decide a dónde, cuándo y con quién sales. Espero que eso te quede claro —dijo, volviéndose a mirarlo, para que no tuviera dudas de cuán en serio hablaba.



—Pues, a usted debería quedarle claro que no dejaré que mande en mi vida. Solo acepté entrar a la escuela naval porque prefería eso a estar bajo el mismo techo que usted y la miserable de su esposa. Sería capaz de ir a la guerra, si con eso logro librarme de sus presencias —esbozó con todo el desprecio que sentía, tanto por él como por la duquesa.

—Joven Terrence, por favor, no sea tan hiriente. No es necesario llegar a este punto —intervino Octavio, una vez más.

—¡No! Déjalo, Octavio, que diga todo lo que desee, ya sé que es un caso perdido intentar llevar una relación cordial con él, pero si tanto quiere ser voluntario en el frente, le concederé su deseo —indicó Benjen, y observó, a través de la ventanilla, la larga fila de jóvenes que esperaban para enlistarse —. Detén el auto, Darrell.

—¿Su Excelencia? —Darrell lo vio con asombro por el retrovisor.

—Benjen..., sabes que no puedes hacer eso. —Octavio se saltó el protocolo y lo llamó por su nombre, no podía creer que el duque hablara en serio.

—Están urgidos de voluntarios, seguro que les vendría bien uno más —mencionó y abrió la puerta del auto.

—Terrence es menor de edad, no lo aceptarán.

—Puedo solucionar eso, solo debo hablar con el conde de Kitchener, él lo admitirá sin ningún problema. ¿Es eso lo que deseas, Terrence? —preguntó, mirándolo directamente a los ojos.

Un pesado silencio se apoderó de todos los presentes, los dos empleados sentían el latir pesado de sus corazones, mientras que los de padre e hijo eran como el retumbar de una banda marcial. Ambos se dedicaban miradas retadoras, manteniéndose alerta, como dos contrincantes que esperaban cualquier movimiento, para atacar.

—Por favor, Su excelencia, no cometa una locura —pidió Octavio, saliéndose de sus funciones de secretario del duque. Sabía que podía recibir una reprimenda por saltarse el protocolo, pero prefería eso a ver cómo dañaba, aún más, la relación con su hijo mayor.

—Sé que su deseo y el de su esposa es deshacerse de mí, pero lamento informarle que tendrá que esperar algunos meses para ello. Igual, le prometo que después de que tenga la mayoría de edad, desapareceré para siempre de sus vidas —sentenció Terrence con sus ojos azules relampagueando de furia contenida.

Benjen quiso responderle que eso estaría por verse, pero prefirió guardar

silencio para no avivar más el odio dentro de su hijo. Después de todo, no quería arriesgarse a que Terrence, en represalia, decidiera tomarle la palabra y enlistarse. Su intención era que la vida militar hiciera de él un hombre con carácter y centrado, no lanzarlo como carne de cañón al frente.

Se mantuvieron en silencio durante todo el trayecto, hasta el palacio donde tenía su residencia el duque, en la localidad de Woodstock. El mismo que le había sido heredado por su padre, pero que había estado a punto de caer en manos de sus acreedores, cuando casi lo pierde por las deudas que dejó la extravagante anterior duquesa.

La magnífica construcción con su clásico estilo barroco inglés, se podía observar, incluso, desde la entrada, ya que ocupaba varios acres dentro de la propiedad. Había sido un orgullo para los Danchester, desde sus inicios, y el mayor motivo para alardear de la actual duquesa; sin embargo, a Terrence no le parecía más que un mausoleo lleno de estatuas, pinturas o cosas con un gran valor económico, pero ninguno sentimental.

Soltó un suspiro, sintiéndose cansado y, lo que era peor, derrotado, pues no planeaba tener que ir hasta allí para recluirse todo el fin de semana en su habitación. Y podía jurar por Dios que no lo haría, porque en cuanto tuviera la menor posibilidad, escaparía para continuar con los planes que ya se había hecho, no dejaría que su padre lo dominase.

De pronto, vio el visaje de una mujer que salía de un auto que estaba estacionado junto al camino, esta corrió y se atravesó frente al coche de ellos. Solo tardó unos segundos en reconocerla y sentir como su corazón se estremecía con fuerza dentro del pecho, de inmediato la rabia reemplazó la sorpresa que le causó verla allí.

—¡Por favor! Detenga el auto..., detenga el auto —rogó Amelia, mientras lloraba, intentando conmovier al chofer.

Benjen apenas podía creer lo que veía, un cúmulo de emociones estalló dentro de su pecho, dejándolo allí, completamente paralizado, mientras el corazón le latía desbocado.

Habían pasado cinco años desde la última vez que la vio en una fotografía publicada en el diario, desde que se dejara cautivar por su belleza, la misma que seguía intacta y que trajo hasta él, intensos recuerdos, vivencias de ese amor que fue como un sueño maravilloso, pero que, al final, acabó siendo una pesadilla.



## Capítulo 2

La sorpresa que asaltó a cada uno de los ocupantes del auto les impidió reaccionar los primeros segundos, era como si el tiempo se hubiese detenido mientras sus ojos observaban a la hermosa cantante de ópera.

El primero en actuar fue Darrell, pues era el menos implicado con la mujer, buscó la mirada del duque a través de retrovisor, para que le indicase qué hacer, pero, por primera vez, lo veía totalmente hechizado.

—Su Excelencia, ¿qué hago? —preguntó en voz alta.

—Espera, Darrell —contestó Octavio por Benjen, ya que este parecía estar hipnotizado, y sabía que no era para menos. Bajó del auto para acercarse a la dama—. Señorita Gavazzeni.

—Señor Middleton, necesito hablar con Benjen... Por favor, permítame hacerlo —pidió, mirándolo a los ojos con angustia.

—Señorita, eso no es algo que esté en mis manos, es Su Excelencia quien debe decidir si la recibe o no —respondió. Ella apenas había cambiado, seguía poseyendo la belleza de un ángel y esa aura especial.

—Debería de dejar de llamarme señorita, tengo un hijo con Su Excelencia —mencionó las últimas palabras con resentimiento, pues ese título fue lo que los separó—. Y eso me da el derecho de exigirle que me atienda. He venido a hablar de Terrence —agregó, eludiendo al anciano, emocionándose al ver que su hijo iba en el auto.

Al ver que se acercaba, tanto padre como hijo se tensaron y sus latidos se hicieron más fuertes, porque la presencia de Amelia no solo los trastocaba a ambos, sino que era imponente. Terrence tuvo una reacción inmediata y abrió la portezuela de su lado del auto, mientras arrancaba su mirada de ella.

—No quiero escucharla —esbozó con resentimiento y bajó para poner distancia entre ambos.

—Terrence. —Su padre intentó detenerlo.

Benjen también descendió del coche, pero no para alejarse de ella, sino todo lo contrario, sus deseos eran amarrarla entre sus brazos y besarla, hacerlo hasta perderse en sus labios, esos que tanto había añorado; sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, sus ilusiones se vinieron a

tierra. Ella lo veía con la misma rabia y el desprecio con que lo miró la última vez que estuvieron así.

—Terry..., mi vida. —Amelia llamó a su hijo.

—No quiere verte. —La sujetó por el brazo.

—Es tu culpa... ¡Todo esto es tu culpa! —gritó, soltándose con brusquedad del agarre.

—No tienes por qué hacer un escándalo —dijo, mirándola con severidad—. ¿Qué haces aquí? —cuestionó con rabia, pues el trato era que nunca más se acercaría a Terrence.

—He venido a buscar a mi hijo, me lo llevaré a América. —No se dejó amedrentar por la actitud déspota del hombre que alguna vez amó.

—¿Acaso has perdido la cabeza? —cuestionó, sorprendido.

—No, aún no, pero la puedo perder, como no me des lo que pido, y te juro que esta vez vas a lamentarlo. Aquella chica tonta que se dejó manipular por tu padre y por ti ya no existe, ustedes se encargaron de acabar con ella —mencionó con la barbilla temblándole por la rabia.

Octavio dejó que Amelia y Benjen hablaran mientras él iba en busca del chico, pues sentía que, ese momento, Terrence lo necesitaba. Los años no solo habían alimentado el resentimiento que este sentía hacia su padre, sino que también habían hecho mella en el cariño que alguna vez sintió por su madre, y su comportamiento lo dejaba claro.

—Joven..., su madre ha venido a verlo. Suba al auto, por favor, para que puedan hablar en la casa.

—No quiero verla —respondió, dispuesto a marcharse.

—Terrence..., usted le acaba de decir a su padre que es un hombre, pero su comportamiento no es más que el de un chiquillo. —Le recriminó, cansando de tener que lidiar con ese carácter Danchester, durante tres generaciones.

—Lo siento mucho, pero no cederé en mi postura. Ni siquiera sé qué vino a hacer ella aquí, ya me dejó claro, cuando fui a buscarla, que yo había sido un error. Entonces, ¿qué demonios quiere de mí, ahora? —Se mostraba realmente furioso y resentido con la mujer.

—Si no le da la oportunidad de hablar, no podrá saberlo... No sea tan duro con su madre, ella ha pasado por situaciones muy difíciles. —Octavio abogó en favor de la mujer.

—¿Acaso yo no? ¿Yo no pasé por situaciones difíciles, Octavio? Y deja de llamarla «mi madre», porque ella no me crio ni tuvo que ver conmigo en

todos estos años.

Octavio estaba a punto de darse por rendido cuando vio que el duque se acercaba, suponía que venía para ordenarle que se llevara a Terrence, y así evitar una reunión entre su hijo y Amelia Gavazzeni.

—Vamos al palacio —pronunció Benjen, con tono autoritario.

—No iré a ningún lado con ella ni con usted, regresaré a Londres. — Terrence se dio la vuelta para salir de allí, aunque le tocara caminar varios kilómetros, prefería eso a estar en presencia de las dos personas que le dieron el ser y que más daño le habían causado en su vida.

—Terrence..., esta será la única vez que te dé una oportunidad para hablar con ella, yo en tu lugar la aprovecharía. Ya después, podrás hacer lo que mejor te parezca, a mí me tiene sin cuidado. Estoy harto de esta situación — comentó, queriendo parecer indiferente, pero en el fondo, temía la decisión que su hijo pudiera tomar, porque así le costase reconocerlo, le importaba mucho, lo quería.

—Solo una vez... ¡Una vez! —sentenció Terrence, mirándolo con verdadera rabia, por obligarlo a ceder, como siempre.

Todos subieron al auto, incluso Amelia, quien pagó el servicio de taxi que la había llevado hasta allí y esperó por ella; se sentía un tanto incómoda de estar en un espacio tan reducido junto a Benjen. Sin embargo, procuró restarle atención a las sensaciones que esa cercanía provocaba en ella, y se enfocó en su hijo. No podía creer cuánto había crecido, ya era todo un hombre.

Recordó la primera vez que lo vio, era tan pequeñito, sonrojado y con el cabello oscuro cubriéndole la cabeza, pero fueron sus ojos azules los que la enamoraron por completo. Supo, desde ese instante, que sería su mayor tesoro, el mismo que se dejó robar por estúpida.

—Terry —susurró, esperando que él, al menos, se dignase a mirarla, pero no lo hizo, y eso la hirió profundamente.

Optó por guardar silencio y bajar la mirada, pues, al parecer, el temor que sentía al imaginar que al llegar allí su hijo la rechazaría y no querría ni dedicarle una mirada, se haría realidad. Suspiró para liberar la presión que sentía dentro del pecho; de lo contrario, acabaría llorando delante de todos, y no era lo que quería; debía mostrarse fuerte y decidida a recuperar lo que era suyo.

—Vayamos al estudio, tú y yo debemos hablar primero.

—Espera..., yo quisiera hablar con Terrence —rogó, mirando a su hijo,

quien se quedaba en el pasillo.

—Ya tendrás tiempo, te prometí que los dejaría hablar y así lo haré —dijo, sin detener sus pasos, y la llevó con él.

Por suerte, Katrina no se encontraba en la casa, había viajado ese fin de semana a Norfolk, para visitar a su padre, quien se encontraba mal de salud. Abrió la puerta de su despacho y entró, en este cerrándola detrás de él, dejando al mundo fuera de ese lugar, sintiendo el poderoso deseo de olvidarse de todo y amar a Amelia como lo hizo años atrás.

—Toma asiento y dime lo que tengas que decir, pero hazlo rápido, tengo muchos asuntos que atender —pronunció, mostrándose hosco con ella; lo hacía para controlarse y ocultarle el amor que seguía quemándolo por dentro.

—Ya te he dicho a lo que he venido, me llevaré a Terry.

—Sabes que no permitiré que hagas algo como eso —esbozó, mientras se servía un trago de *whisky*.

—No puedes impedírmelo, yo soy su madre.

—Una madre que perdió todos sus derechos. —Le recordó.

—Tu padre y tú me los arrebataron, se aprovecharon del poder que tenían, así como de mi juventud y mi falta de experiencia, para quitarme a mi hijo... —Le reprochó al tiempo que las lágrimas cristalizaban sus ojos—. Y ahora él me odia.

—Te odia porque tú lo rechazaste cuando fue a buscarte.

—Por tu culpa, porque tenía miedo... y pensé que solo había ido para echarme en cara el que lo hubiera abandonado. Eso le hiciste creer al no entregarle ninguna de las cartas que envié para él.

—¿De qué cartas hablas? —cuestionó, sorprendido.

—No te hagas el estúpido, Benjen... sabes bien de qué hablo; regresaste cada una de las cartas que le envié a mi hijo.

—Yo no hice tal cosa, nunca recibí una carta tuya. —Se defendió.

—¡Por el amor de Dios! ¡Eres tan cínico!... —pronunció con rabia y sacó de su cartera un paquete de cartas unidas por una cinta—. Aquí están, ¿me seguirás diciendo ahora que no sabes de lo que hablo? —inquirió, lanzándoselas a la cara.

Benjen se quedó de piedra, primero por el ataque de Amelia, sintió en este todo el desprecio que ella sentía por él; y luego, al comprobar que estaba en lo cierto.

Agarró una de las cartas que quedaron en su pecho y vio en esta los sellos de recibida por el correo de Gran Bretaña, con fecha de unos meses luego de

que trajera a Terrence con él.

—No estaba al tanto de esto —mencionó, mirando dos cartas más.

—¡Mentiroso! ¡Eres un maldito mentiroso! —exclamó, pegándole en el pecho—. Mi hijo me odia y es por tu culpa.

—¡Ya, cálmate! —gritó él, sujetándole las muñecas para detener sus ataques—. No sabía nada de esto, te lo juro, Amelia.

—No te creo..., no te creo —murmuró ella, entre sollozos.

—Te digo la verdad, Amelia..., no tenía ni idea de la existencia de estas cartas. Pensé que tu rencor hacia mí era tan grande, que te había hecho olvidar a nuestro hijo —comentó con su mirada ahogada en los ojos de ese azul que tanto adoraba.

—Nunca hubiese hecho algo así, adoro a Terry y lo he extrañado cada día de mi vida. No sabes cuán arrepentida estoy de haber dejado que te lo llevaras...

—Era lo mejor para él, lo sabes —acotó, tornándose serio.

—Lo que sé es que solo cumpliste con el capricho de tu padre, y que fue tu manera de castigarme porque no cedí al tuyo. Y así como me mentiste antes, lo estás haciendo ahora —expresó con rabia y se soltó del agarre—. ¿Por qué mi hijo no recibió esas cartas? Quiero la verdad y la quiero ahora, Benjen Danchester.

—No lo sé..., ya te dije que no sabía nada de ellas. Quien recibe la correspondencia en esta casa es la servidumbre y; aquellas que son de carácter personal, se las entregan a Katrina. Yo solo recibo las oficiales, del ducado —respondió con sinceridad.

—Maldita mujer —espetó Amelia, sintiéndose furiosa.

—Amelia, por favor. —Benjen le pidió mesura.

—¿Qué?, ¿acaso te molesta que insulte a tu adorada esposa? —cuestionó, mostrándose resentida, pero enseguida se arrepintió, no quería que creyese que hablaba así por despecho. Negó con la cabeza y continuó—. No importa, no he venido a hablar de ella, sino de mi hijo.

—Nuestro hijo, no olvides que soy el padre de Terrence.

—Sí, un padre que no supo cómo serlo. Lo recluiste en un internado durante años. ¿Para eso lo alejaste de mí?, ¿para abandonarlo en ese lugar? —inquirió con el dolor y la rabia vibrándole en la voz.

—Hice lo que era mejor para él. —No dejaría que ella cuestionara su manera de criar a Terrence.

—Lo mejor para ti, querrás decir.



—Ya basta de acusaciones. Terrence tuvo una buena educación, nunca le faltó nada. Hoy en día es un hombre con carácter, gracias a mí. —Caminó, plantándose frente a ella.

—¿Un hombre con carácter? ¡Por Dios! Es un chico lleno de resentimiento, desconfiado... Y todo gracias a ti.

—Amelia, no permitiré que sigas...

—¿Que siga qué?, ¿diciéndote la verdad? —preguntó, dispuesta a sacar de su pecho cada uno de los reproches que había guardado durante años—. Si lo hubieras dejado conmigo, te aseguro que no sería como es, que hubiese tenido una vida mejor.

—¿Una vida mejor? ¿Cómo? —cuestionó y, antes de que ella respondiera, lo hizo él—. Viajando contigo a cada ciudad donde te llevase tu compañía de teatro y viendo desfilar por tu camerino a un amante distinto, cada noche.

Amelia calló las palabras del duque con una certera bofetada que le volteó la cara, mientras lo miraba con tanto odio, que de haber sido sus ojos un par de dagas, ya él estaría muerto. Y no se intimidó ante la mirada furibunda que le dedicó cuando regresó su rostro hacia ella; por el contrario, elevó el mentón con altives, dispuesta a enfrentarlo.

—No se te ocurra ofenderme de nuevo. —Le advirtió.

—Vete de mi casa, ahora —pronunció con los dientes apretados.

—Me iré, pero Terrence vendrá conmigo —sentenció y le dio la espalda, dispuesta a abandonar ese lugar.

—Él no saldrá de aquí, y esa es mi última palabra.

—No dejaré a mi hijo aquí para que sea enviado a la guerra, primero soy capaz de matarte con mis manos.

—¿Me estás amenazando? —cuestionó, asombrado ante tal atrevimiento; al parecer, había olvidado a quien se estaba dirigiendo.

—Sí, te estoy amenazando, Benjen Danchester, y te juro que lo cumpliré —respondió, caminando de manera amenazadora.

—Te has vuelto loca, Amelia —acotó, burlándose.

—Pues, eso me haría más peligrosa, así que, yo, en tu lugar, pensaría mejor las cosas antes de negarme.

—Ya deja de decir tonterías, regresa por donde viniste y olvídate de nosotros —exigió, al tiempo que caminaba hacia la puerta.

—Terry cumplirá la mayoría de edad dentro de poco, y una vez que eso suceda, lo más probable es que lo recluten para que vaya a la guerra. —La voz le vibró por el miedo que eso le provocaba.

—Eso no pasará —aseguró Benjen, sin volverse a mirarla.

—¡Sabes que sí y no podrás evitarlo! —exclamó, desesperada—. Lo obligaste a entrar en la escuela naval, a sabiendas de lo que podía pasar; no te importó el riesgo al que exponías a nuestro hijo.

—¿Cómo sabes todo eso? —cuestionó, volviéndose a verla.

—Porque desde hace muchos años tengo contratado un detective que me informara todo lo relacionado con mi hijo, en vista de que tú nunca tuviste la consideración de hacerlo —contestó y caminó hacia Benjen, necesitaba convencerlo—. Por favor, deja que me lleve a Terry, él estará bien conmigo y lo sabes, sabes que cuidaré de nuestro hijo. —Cambió su actitud altanera por una más dócil.

Benjen se encontró frente a una disyuntiva, no quería que Amelia se llevara lo único que lo unía a ella, porque algo le decía que, de hacerlo, los perdería a ambos para siempre. Era consciente que le constaba mucho lidiar con esa labor, que su hijo, muchas veces, era un dolor de cabeza, pero eso no significaba que no lo quisiera; por el contrario, siempre había estado al pendiente de él y de salvarlo cuando se metía en problemas que, a decir verdad, era muy seguido.

Reconocía que, a veces, era muy duro con él, pero era solo para hacerlo un hombre fuerte y centrado, no quería que desperdiciase su vida en bares de mala muerte o que acabase siendo el juguete de una mala mujer. Ser estricto no era ser un mal padre.

Las palabras de Amelia sembraron el miedo en él; sobre todo, porque ella no estaba tan errada, había visto a muchos hijos de lores partir hacia la guerra, y aunque eran asignados en puestos relativamente seguros, todos corrían peligro. Imaginó lo que sería perder a su hijo mayor y ganarse el odio de la mujer que aún amaba, y su corazón se encogió; no podría soportarlo, menos si la culpa recaía sobre su espalda.

—Lo que me pides no es fácil —dijo, esquivándole la mirada.

—¿Quieres que te lo suplique? Bien, lo haré, te pediré de rodillas que me dejes llevar a mi hijo. —Dobló sus piernas frente a él.

—Amelia, por favor..., no tienes que hacer esto, levántate. —La agarró por los hombros para ponerla de pie, pero ella se resistió.

—No lo haré hasta que me des lo que te pido, por favor, Benjen, deja que me lleve a Terry... Si alguna vez sentiste algo de amor por mí, permíteme llevarlo a un lugar seguro —rogó, dejando que el llanto la desbordara, mientras le sujetaba las manos.

—Yo..., no puedo... —Benjen no sabía cómo mantenerse en su postura, le dolía verla de esa manera.

—Haré lo que me pidas..., te daré lo que sea, por favor. —Se irguió hasta quedar de pie y le acunó el rostro—. Hace años me dijiste que si me quedaba a tu lado dejarías que Terry estuviera conmigo. Bien, estoy dispuesta a hacerlo, seré tu amante..., podrás ir a América y verme cuando desees..., solo deja que me lleve a mi niño, por favor, Benjen..., por favor —rogó, lanzando por un barranco a su orgullo; su hijo valía más que cualquier cosa.

Fue doloroso para Benjen saber que ella se le ofrecía de esa manera, como si estar junto a él fuese un sacrificio, eso lo hizo sentir como a un miserable. Sabía que, tiempo atrás, le había hecho esa propuesta, pero nunca tuvo intenciones de concretarla, por ser demasiado ruin, solo se dejó llevar por la desesperación de perderla.

—Usted no tiene que hacer nada de eso —mencionó Terrence, entrando al lugar, sorprendiendo a sus padres.

Había alcanzado a escuchar casi toda la conversación, pues se negó a alejarse de la puerta en cuanto el duque la cerró, si ellos iban a hablar de él, lo justo era que también estuviese al tanto, aunque le tocase hacerlo a escondidas. Por eso, al oír las palabras de su madre, no pudo quedarse impasible, no iba a permitir que su padre se aprovechase de esa situación para conseguir lo que se le diese la gana.

—Terry —susurró ella, sintiéndose apenada.

—Te dije que esperaras afuera —ordenó Benjen, a quien la vergüenza lo hizo actuar a la defensiva.

—Es de mi futuro del que hablan, así que me quedaré aquí y daré mi opinión, no soy un maldito mueble al que puedan llevar de un lado a otro —pronunció con firmeza mientras los miraba.

—Bien, entonces habla con ella y decide lo qué hacer. Los dejaré solos. —Benjen se marchó para esconder su dolor.

Amelia y Terrence quedaron sin saber qué decir, solo podían mirarse como si se viesan por primera vez, sintiendo que una marea de sentimientos los arrastraba. Él fue el primero en caminar al ver las cartas tiradas en el piso, recogió una mientras la miraba con el ceño profundamente fruncido, sintiendo su corazón latir pesadamente.

—¿Usted las envió? —Quería que ella lo confirmase.

—Sí, esas y muchas más... Durante varios años te escribí, Terry —respondió y se acercó a su bolso para sacar el resto, las había llevado todas—.

¿Quieres leerlas? —preguntó mientras lo miraba, con la esperanza de que dijese que sí.

Terrence tardó varios segundos en responder, pero, al final, terminó afirmando con un movimiento rígido de cabeza, sintiendo que una presión se apoderaba de su pecho. Soltó un suspiro para liberarse de esa molesta sensación y tragó en seco para pasar el nudo de lágrimas que le cerraba la garganta, mientras recibía el paquete.

## Capítulo 3

Después de dos horas, Terrence había leído cada una de las páginas escritas y, dentro de él, había una tempestad de emociones desatada; estaba haciendo su mayor esfuerzo por no ponerse a llorar en ese instante como un chiquillo. Cada hoja trajo hasta él los recuerdos de sus primeros años en el palacio, lo difícil que fue sentirse tan solo.

Sus manos temblaban, reflejando, en parte, lo que sentía; no se atrevía a esbozar una sola palabra, por miedo a terminar sollozando. Cerró los ojos al finalizar la última, que tenía fecha de tres meses atrás, con la que le acababa de demostrar que siempre lo había tenido presente, a pesar de que la miserable de su madrastra le hiciera creer que a él no le interesaba saber nada de ella.

Amelia no apartó su mirada un solo instante de Terrence, quería ver sus reacciones a medida que leía esas cartas que ella casi sabía de memoria. Siempre las releía antes de enviarlas, solo para comprobar si alcanzaban a expresar ese amor tan grande que sentía por él.

—Si... si todo lo que dice aquí es verdad, ¿por qué me rechazó cuando fui a buscarla a Nueva York? —cuestionó con la voz cargada de dolor y resentimiento, fijando su mirada en ella.

—No te rechacé, Terry, solo..., no supe cómo reaccionar. Durante doce años no tuve contacto contigo, no directamente, y pensé que habías ido a reprocharme por no estar a tu lado, por haber sido una cobarde... Tuve tanto miedo...

—Ni siquiera me dejó hablar. —Le recriminó con rabia.

—Lo siento tanto, mi amor..., siento haberte lastimado. Nunca fue mi intención hacerlo, por favor, créeme —pidió con lágrimas.

—Yo solo fui buscando su cariño, su comprensión; y lo único que obtuve fue su rechazo, un: «¿qué haces aquí? No debiste haber venido, esto es un error» —citó sus palabras—. ¿Acaso sabe cómo me hizo sentir eso? —preguntó, mirándola con rabia.

—Yo también me sentí horrible y quise repararlo, pero cuando fui consciente de lo que había hecho, ya era tarde, te habías marchado y no supe

dónde buscarte. Al día siguiente fui al puerto, pensando que quizá volverías a Londres; pregunté por ti a todo el mundo, incluso, le pagué a varios trabajadores para que averiguasen si estabas entre los pasajeros.

—Seguro que preguntó por los de primera clase —indicó con sorna y la vio asentir—. Viajé en tercera, porque había invertido casi todo mi dinero en el primer pasaje, pensando que no tendría que regresar y que mi madre me recibiría con los brazos abiertos o, al menos, que se alegraría de verme... La verdad es que fui un iluso; después de años de no saber de usted, ¿quién me aseguraba que me iba a recibir bien?

—Terry..., no fue así, ahora sabes que no fue así... Esas cartas lo dejan claro, nunca me olvidé de ti. No existió un solo día en el que no me arrepintiese de haber dejado que nos separaran, fui una estúpida y una cobarde, debí venir hasta aquí y obligar a tu padre a que me dejara ser parte de tu vida —expresó y se puso de pie para acercarse a él.

—¡Sí! Debió haberlo hecho. —Se levantó, alejándose, sentía que hacía falta más que palabras para borrar tantos años de dolor.

—Por favor..., Terry, dame una oportunidad, solo una, y te juro que seré la madre que mereces; te daré todo el amor que llevo guardado en mi pecho por tantos años... —Los sollozos le rompían la voz.

Terrence se quedó en silencio, dándole la espalda siendo azotado por sus sentimientos, y la voz de Victoria resonó en su cabeza, echándole en cara que, una vez más, iba a anteponer su orgullo al amor que sentía por ella o por su madre; soltó un suspiro y decidió perdonar.

—Bien, le daré lo que me pide, pero las cosas no cambiarán de la noche a la mañana, no espere que me muestre como un hijo amoroso, ya que ni usted ni mi padre me han enseñado lo que eso significa.

—Yo..., yo te entiendo y, tranquilo, no te exigiré nada; iremos poco a poco —pronunció, sonriendo en medio de lágrimas; esta vez, cuando intentó acercarse a él, no le rehuyó—. Gracias, Terrence, gracias por confiar en mí. Te prometo entregar lo mejor para ser la madre que esperas —dijo, agarrándole las manos mientras lo miraba a los ojos.

Él asintió, obligándose a no derramar las lágrimas que colmaban sus ojos, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo, pues, Amelia, se arriesgó a ir más allá. Sin que él lo esperara, lo amarró en un abrazo, uno que comenzó a unir los pedazos de su alma y a sanar las heridas que llevaba en el corazón.

Benjen se encontraba en la soledad de su habitación, sumido en aquellos recuerdos que por tanto tiempo había rehuido, esos de cuando fue un hombre

verdaderamente feliz. Ver a Amelia, removi6 en 6l muchas emociones, haciendo que ese deseo que creía olvidado resurgiese con mayor intensidad.

—Su Excelencia..., disculpe. —Octavio se vio en la obligaci6n de tocarle el hombro, para llamar su atenci6n—. Al no recibir una respuesta, me tom6 el atrevimiento de entrar.

—No te preocupes, Octavio..., est6 bien —mencion6 y se oblig6 a enfocarse en el presente—. ¿Qu6 ha pasado?, ¿aún siguen reunidos?

—No, se±or, hace unos minutos el joven Terrence subi6 a su habitaci6n... —Se interrumpi6 sin saber c6mo darle la noticia—: Creo que..., que ha decidido marcharse con su madre.

—¿Est6s seguro? —inquiri6, alarmado.

—No con certeza, pero es lo que intuí por la actitud de su hijo y de la se±ora Gavazzeni —respondi6 sin apartarle la mirada.

—Tengo que hablar con ellos... Terrence no puede irse.

—Benjen, ¿me permites darte un consejo? No como tu secretario, sino como el viejo que te conoce desde que eras un ni±o.

—Nada me vendría mejor, y creo que sé lo que me vas a decir, pero... no sé si pueda seguirlo, Octavio. Si ella se lleva a Terrence... ¿Qu6 me quedar6?, ¿qu6 tendr6 de ese pasado que signific6 tanto? ¿Y qu6 pasar6 con la promesa que le hice a mi padre de tener a mi hijo conmigo? —cuestion6, lleno de miedo, como solo lo estuvo hacía a±os.

—Su padre lo comprender6, créame..., yo sé por qu6 se lo digo, lo conocí muy bien. —Le record6 que, antes de ser su secretario, fue el de su padre—. En cuanto a qu6 le quedar6... ¿Qu6 le parece la satisfacci6n de hacer feliz a la mujer que am6 y al hijo de ambos? Incluso... y, aventur6ndome a predecir lo que no sé, tal vez, su relaci6n mejore, quiz6, en un futuro no muy lejano, puedan compartir sin rencores ni reclamos —habl6 con la sabiduría adquirida con los a±os.

Benjen se qued6 en silencio mientras reflexionaba las palabras de su secretario, siendo consciente de que había mucho de verdad en estas. Cerr6 los ojos al tiempo que se obligaba a soltar las amarras que lo habían sujetado por tantos a±os.

Si esta vez alguien debía renunciar, sería 6l, así les retribuiría, de algùn modo, tantos a±os de dolor y ausencia, a dos de las personas que más amaba en la vida.

Sali6 de su habitaci6n con esa convicci6n, se detuvo frente a la puerta de Terrence y escuch6 c6mo este se movía de un lado a otro, suponía que estaba

haciendo sus maletas, lo que provocó que un intenso dolor estrujara su pecho. Sin embargo, no haría nada para retenerlo, lo dejaría hacer lo que deseaba y, a lo mejor, con el tiempo, terminaba perdonándolo, como había dicho Octavio.

—¿Cómo estás? —Le preguntó a Amelia, cuando regresó a su despacho. Ella se quedó allí, esperando a Terrence.

—Bien —respondió con una sonrisa y caminó hacia él, con cautela—. Terry ha decidido darme una oportunidad y venir conmigo.

—Entiendo —esbozó y luego soltó un suspiro lento.

—¿No te opondrás? —preguntó, sintiéndose realmente incrédula.

—Es lo que él desea, ¿no? —contestó con otra interrogante.

—Sí, pero... ¿Desde cuándo cedes ante lo que nuestro hijo desea, o lo que yo deseo? Dime de una vez qué pedirás a cambio.

—No tienes por qué estar a la defensiva, no voy a pedirles nada ni a ti ni a él —pronunció con algo de rabia.

Amelia seguía viéndolo con recelo, hacía mucho tiempo que había dejado de confiar en Benjen. No era fácil olvidar que ese hombre la engatusó, prometiéndole el cielo y las estrellas, y cuando había obtenido lo que deseaba, la abandonó y terminó casándose con otra.

—Estoy listo —intervino Terrence, entrando al despacho sin llamar a la puerta, y se quedó de piedra cuando vio a su padre allí.

—Perfecto, entonces ya podemos irnos —respondió Amelia con una sonrisa y caminó hasta él, necesitaba salir de ese lugar y comprobar que Benjen no la engañaba.

—Ya es tarde, deberían quedarse y salir mañana temprano —pronunció el duque, pero al segundo siguiente, se arrepintió; pues, eso solo mostraba su desesperado deseo de retenerlos.

—¿Me estás invitando a pasar la noche bajo el mismo techo que tu esposa? —cuestionó Amelia, sin poder creer que él tuviese tanta desfachatez. Su propuesta la ofendió.

—Katrina pasará el fin de semana en Norfolk, y no lo veas de esa manera —acotó al ver la mirada agraviada que le dedicaba—. Solo pienso en tu seguridad y la de mi hijo.

—Te agradezco mucho el gesto, pero me sentiré mejor quedándome en algún hotel de Londres. —Fue cortés, pero tajante al mismo tiempo—. Solo necesitaría un vehículo que nos traslade hasta allá, estaría agradecida si nos ayudas con eso.



—Por supuesto. —Sonó la campanilla para llamar a su mayordomo.

Terrence también sentía la misma desconfianza, veía la actitud del duque y era como estar viendo a otro hombre; de pronto, pensó que, a lo mejor, se debía a ella. La presencia de su madre lo había afectado de esa manera, y ahora comprendía mucho de los miedos de la duquesa; estaba claro que el temible Benjen, seguía guardando unos sentimientos muy fuertes por la que fuera su primer amor.

Tampoco era algo que le resultase extraño, su madre era una mujer muy hermosa, elegante y carismática, por lo que, la duquesa palidecía por completo ante ella. Sonrió con orgullo al ser consciente de eso, pero intentó no mostrarse tan efusivo para no provocar al duque, no quería que, al verlo feliz, terminara arrepintiéndose y lo volviera a separar de su madre; aunque, eso era algo que él no permitiría.

—Su Excelencia —mencionó August, haciendo acto de presencia.

—Por favor, envíe a preparar uno de los autos, para que lleve a la señora Gavazzeni y al joven Terrence a Londres —ordenó, luchando porque su voz no denotase cuánto le dolía decir esas palabras.

—Como usted ordene, Su Excelencia. ¿Desea algo más?

—No, eso es todo —respondió con tono casual.

—Con su permiso —dijo y después se retiró.

—Bien, ya está hecho —sentenció resignado.

—Gracias —pronunció ella, mirándolo, y no pudo evitar algo de pesar por él. Jamás había conseguido odiarlo.

Un nuevo silencio se apoderó de los tres, mientras esperaban a que el auto estuviera listo; con todo y estar unidos por la sangre, eran como extraños compartiendo en el mismo salón, no tenían nada de qué hablar. A lo mejor era el miedo de decir algo que los dejase expuestos, los años y el sufrimiento que se infringieron los había llevado a construir muros que los separaban.

—Adelante —indicó Benjen, al escuchar el llamado en la puerta.

—Está todo listo, Su Excelencia.

—Perfecto, gracias, Arnold. —La hora de despedirse había llegado. Respiró profundo, armándose de valor para mirar a su hijo—. Espero que, estando con tu madre, controles ese espíritu rebelde; ya eres un hombre, Terrence, aprende a comportarte como tal, y no me dejes delante de ella como alguien incapaz de criar a un buen hijo.

Terrence pensó que, si el concepto que él tenía de criar a un buen hijo era recluirlo en un internado, lo había hecho muy bien; sin embargo, no quiso

agregar tensión en ese momento, y se tragó su sarcasmo. Buscó en su cabeza algunas palabras para decirle, pero en ese momento no le nacía nada, la falta de empatía hacia su padre le impedía ser expresivo con él, así que optó, simplemente, por ser formal y despedirse rápido.

—Mi madre no tendrá quejas de su labor como padre, le prometo portarme como un hombre responsable y centrado —respondió para darle gusto, aunque fuese esa última vez.

—Bien —pronunció sin atreverse a acercarse para darle un abrazo, sentía que, de hacerlo, no lo dejaría partir.

—No debes preocuparte, Benjen, estoy segura de que Terry y yo nos entenderemos —acotó Amelia con una sonrisa—. Debemos irnos, gracias por la ayuda... Adiós. —Ella tampoco sabía qué más decir, así que se dio la vuelta y salió junto a su hijo.

A Benjen no le dio la voz para despedirlos, solo asintió en silencio y los vio salir, sintiendo que no solo lo hacían de ese lugar, sino también de su vida y que, quizá, sería para siempre. La desolación que lo embargó fue tan poderosa, que de sus labios terminó escapando un sollozo, se volvió para mirar por la ventana y así esconder sus lágrimas.

Amelia no podía dejar de sonreír cuando salió llevando a Terrence con ella, era como un sueño hecho realidad; aunque todas sus esperanzas estaban puestas en eso cuando subió al barco en Nueva York, nunca pensó que en verdad sucedería, o no tan pronto. Solo le llevó una tarde recuperar a su pequeño y; a pesar de su felicidad, en ese momento se lamentaba no haber tenido el valor de ir antes.

—¿Traes contigo tus documentos? —Le preguntó.

—Sí, fue lo primero que tomé —respondió él, sin querer mostrarse muy efusivo, pero apenas podía esconder la felicidad que sentía.

—Bien, compraremos los boletos mañana —expresó con alegría antes de subir al auto, pero, de repente, el recuerdo de cuando sacó las cartas llegó hasta ella y la hizo detenerse—. Espera un momento.

—¿Qué sucede? —inquirió Terrence y se volvió a mirarla.

—Creo que dejé mi documento en el despacho, seguramente fue cuando saqué las cartas —contestó al no hallarlo en su bolso.

—¿Está segura? —cuestionó, pues no lo vio con las cartas.

—Sí, no está aquí —dijo comprobando.

—Le diré a August que lo traiga.

—No, espera..., iré yo, no quiero causar molestias. —No encontraba su

documento, pero no era menos cierto que sentía que debía decirle algo a Benjen; salir de allí, dejando las cosas tal como estaban, la hacía sentirse como una malagradecida.

—¿Está segura? —preguntó con el ceño fruncido, comenzaba a sospechar que lo del documento era una excusa para ver al duque.

—Sí, regreso enseguida, espérame aquí, por favor —pidió y esperó a que asintiera para luego regresar a la casa—. August, dejé algo en el despacho del señor.

—Dígame lo que es, señora, y enseguida iré a buscarlo.

—Preferiría hacerlo yo, si no hay inconveniente.

—Por supuesto, sígame, por favor.

—Gracias —susurró Amelia y el corazón le empezó a latir pesadamente a cada paso que daba.

Esperó paciente a que el mayordomo la anunciara, aunque odiaba todo ese protocolo, sabía que el hombre debía cumplir con su deber; de lo contrario, hasta podría perder su trabajo. Le dedicó una sonrisa cuando lo vio abrirle la puerta e indicarle que podía continuar.

—Me dijo August que olvidaste algo.

—Sí, mi documento..., debí sacarlo junto con las cartas —contestó y se acercó a él, podía notar en sus ojos que había estado llorando.

—Te ayudaré a buscarlo. —Benjen le esquivó la mirada con la excusa de buscar el documento—. Mira, justamente aquí está. —Se dobló para tomarlo del sillón y se lo entregó.

—Gracias —susurró Amelia, sintiendo la urgente necesidad de consolarlo, recibió la libreta y luego buscó con su mirada los ojos grises del padre de su hijo—. Te prometo que cuidaré muy bien de él, no debes preocuparte por nada..., y podrás ir a visitarlo cuando lo desees. —No actuaría como él, no le negaría ser parte de la vida de Terrence.

—No tienes que prometerme nada, eso ya lo sé... Pudiste cuidarlo sola por cinco años, y eras mucho más joven.

—¡Vaya! Gracias por recordarme que he envejecido. —Le reprochó, aunque no pudo evitar sonreír al verlo sonrojarse.

—Ambos lo hemos hecho, pero tú sigues siendo igual de hermosa —expresó y no pudo evitar fijar su mirada en ella.

—Gracias —susurró, sonrojándose, como años atrás, ante la intensidad de su mirada—. Ya debo irme, que estés bien, Benjen.

Se acercó para despedirse con un beso en la mejilla, pero los nervios que

se habían desatado en su interior hicieron que lo dejara caer muy cerca de sus labios. Rápidamente, se alejó para que él no le diera un sentido contrario a su gesto, y luchó por mostrarse casual; después de todo, era una mujer adulta.

—Amelia... —mencionó y la detuvo sujetándola del codo. Ella lo miró, y él supo que debía hacer lo que su corazón le suplicaba o viviría con más arrepentimiento del que ya tenía.

La pegó a su cuerpo, amarrándola en un abrazo muy estrecho y, antes de que la consciencia se fuese a hacer presente en alguno de los dos o que el estúpido orgullo los separase, llevó una mano al cuello de Amelia y se adueñó de sus labios con un beso intenso, uno que calmase parte del poderoso deseo que sentía por ella y lo estaba quemando por dentro, su necesidad de ella no había menguado con los años, eso le quedaba claro.

Se sintió en el cielo cuando la mujer que amaba le respondió de la misma manera, haciéndolo estremecer y gemir, desatando en su interior un huracán de emociones que amenazaba con arrasarlo todo. Era como si el tiempo no hubiese pasado, sus bocas se acoplaban con la misma perfección, sus manos también recordaban cómo acariciar y aferrarse a sus cuerpos, mientras se deleitaban en ese beso que era absoluto.

Él quería sentir la calidez de su piel, tenerla desnuda entre sus brazos para gozar de la redondez de sus caderas y la voluptuosidad de sus senos, esos en los que tantas veces se perdió. Gimió ante la ola de calor que lo barrió de pies a cabeza, solo con imaginarla de esa manera, entregada a él, como años atrás, cuando podían amarse con libertad.

Amelia sentía que las cosas se le estaban saliendo de las manos, no podía dejarse llevar y que su dignidad acabase pisoteada, además, estaban en la casa de la mujer por la cual Benjen la cambió. Eso la hizo tensarse y alejarse de él, debía parar con esa locura que no los llevaba a ningún lado; por el contrario, solo acabaría haciéndoles más daño.

—Benjen..., no, esto no está bien —susurró cuando tuvo la oportunidad, con los ojos cerrados por la vergüenza que le provocaba el haber cedido ante sus deseos.

—Me he pasado la vida haciendo lo que según los demás está bien, Amelia, y... —Recordó que debía seguir igual, que había hecho una promesa —. Tienes razón. Adiós, cuídate y cuida de Terrence.

—Adiós, Benjen —susurró, sintiéndose desilusionada.

Se alejaron sin siquiera mirarse a los ojos, tal vez por temor a lo que estos pudieran expresar, ella, una vez más, le daba la espalda y se alejaba;

mientras, él se daba la vuelta para no verla marcharse de su vida; reconociendo que era un maldito cobarde y siempre lo sería, porque no pudo luchar por ella antes, y tampoco lo haría en ese instante, aunque se le estuviese rompiendo el corazón en pedazos.

## Capítulo 4

Victoria observaba el hermoso y extenso paisaje frente a sus ojos, estar allí la hacía sentir verdaderamente libre, aunque no del todo feliz, pues debía admitir que seguía extrañando a Terrence. Parecía que no importaba el lugar del mundo a donde ella fuese, él siempre estaba junto a ella, en los recuerdos de todo lo vivido en Europa, esos que hacían que su ausencia fuese mucho peor.

—Mi pequeña, ¿te sientes enferma? —preguntó su tía abuela Olivia, al ver su semblante tan taciturno.

—No, no lo estoy, tía...; por el contrario, me siento muy bien.

—Y entonces, ¿por qué te noto tan apagada? Tu mirada no luce igual. ¿Qué te sucede, Vicky? Vamos, habla conmigo... ¿O ya no me tienes confianza? —inquirió, sabía cuál era el motivo, pues, Stephen, se lo había comentado, pero quería escucharlo de sus labios, que se desahogase con ella.

—No es eso, tía; sabe que siempre le cuento todo, es solo que no quiero hablar de eso —contestó, bajando la mirada.

—Hablar, a veces, ayuda —mencionó con una sonrisa y llevó sus dedos a la barbilla de la chica para hacer que la viera a los ojos—. Quizá pueda ayudarte a que esa tristeza que veo en tu mirada se aleje.

—Se trata de un chico —susurró y sus mejillas se tiñeron de carmín, mientras parpadeaba de manera nerviosa.

—Vaya..., ya veo. Bueno, cuéntame, ¿qué ocurre con ese chico?

—Lo conocí en el barco de camino a Europa, al principio no me agradaba, pero resultó que estábamos en el mismo colegio y lo fui conociendo... Descubrí que era un gran chico, me divertía mucho con él, disfrutaba de su compañía y me hacía sentir especial.

—Y... ¿Qué pasó? —cuestionó al ver que Victoria se quedaba en silencio, mientras ella se mantenía expectante.

—Mis sentimientos por él se hacían más fuertes cada día, no podía dejar de pensarlo y, aunque discutíamos muy seguido, siempre quería estar a su lado... Era como si necesitara hacerlo.

Suspiró al ser consciente de que esa necesidad se había hecho mucho

mayor en el tiempo lejos, pero debía evitarlo, así que negó con la cabeza para continuar.

—Ni siquiera supe en qué momento me enamoré, pero cuando llegó el día del festival y me pidió que fuese su novia, fue uno de los días más grandiosos de mi vida y, desde ese momento, todo fue perfecto. Pero... todo eso cambió. —Su semblante se endureció.

—¿Qué sucedió entre ustedes para que estés tan triste? —Se sintió desconcertada y preocupada, temiendo que la hubiese engañado.

—Que dejó de quererme —respondió y un sollozo se le atravesó en la garganta, acompañado de un torrente de lágrimas.

—Mi niña... —Olivia la envolvió entre sus brazos y la arrulló contra su pecho—. Nadie en el mundo sería capaz de dejar de quererte, tú eres tan especial, Vicky.

—Terry lo hizo..., dejó que nos separaran, se rindió y no luchó por nuestro amor, como me había prometido —dijo, en medio del llanto

—Pequeña..., no creo que él haya dejado de quererte. En realidad, lo que pienso es que te ama tanto, que prefirió el sacrificio de dejarte partir, a ponerte en peligro, pidiéndote que te quedaras en Europa, como están las cosas —dijo y vio que la chica la miraba, sorprendida.

—¿Cómo sabes que fue eso lo que sucedió? —inquirió, parpadeando y deteniendo su llanto.

—Porque tu padre me lo contó, pero yo quería escucharlo de ti y ayudarte, para que te desahogaras —contestó, sonriéndole.

—Me siento tan tonta por pasarme todo el tiempo llorando por él, extrañándolo; no es justo que siga recordándolo, cuando estoy convencida de que él, ya me olvidó.

—¿Qué te hace pensar tal cosa? —cuestionó.

—Lo sé, no me buscó para hablar conmigo después que discutimos, tampoco fue al puerto a despedirme, ni siquiera me ha enviado una carta —pronunció y el llanto regresó, esta vez, acompañado del rencor.

—Ya no llores, por favor, mírame —pidió, elevándole el rostro—. No creo que ese joven te haya olvidado, creo que te está dando un tiempo, porque sabe que estás molesta con él. Tu padre solía hacer lo mismo con tu madre, cuando discutían; se alejaba hasta esperar que las aguas volvieran a su cauce, ya luego regresaba y se reconciliaban.

—¿Papá y mamá discutían? —preguntó con asombro.

—Claro, como todas las parejas... Había épocas en que ella se llenaba de

celos o dudaba de ser la chica indicada para tu padre, le molestaba ser ignorante de algunas de esas normas sociales que tienen las personas de abolengo, que la menospreciaran e intentaran conquistar a Stephen frente a sus narices. —Olivia era la profesora de Virginia, igual que lo estaba siendo en ese momento con Victoria.

—¿Y mi papá qué hacía? —cuestionó con el ceño fruncido.

—Bueno, intentaba hacerle entender que nada de eso importaba, que lo único valedero era el amor que sentía, pero tu madre era muy terca y se dejaba vencer por sus miedos, se encerraba en ella misma y no escuchaba razones. Así que tu padre la dejaba tranquila, se marchaba por algunos días para darle su espacio y, cuando regresaba, le hablaba con más calma, hasta que la hacía entender que ella era la única mujer para él, su verdadero amor —explicó, recordando aquellos días.

—¿Y cuánto tiempo pasaba? —Ya ella llevaba más de dos meses sin saber de Terrence, sentía que lo suyo estaba perdido, pero su tía acababa de encender una luz de esperanza.

—Depende de lo complicada que hubiera sido la discusión, a veces, una semana, a veces, dos; el tiempo era lo de menos, mi pequeña, lo importante era que siempre lograban reconciliarse. ¿Sabes algo? Me recuerdas mucho a tu madre, ella también llegaba hasta mí, totalmente devastada, para contarme sus penas y pedirme consejos.

—¿Y qué le decías? —Ella también quería que la aconsejara.

—Que un amor, cuando es verdadero, no se deja vencer por nada, no hay fuerza ni distancia que logre acabarlo, ni siquiera si son los mismos enamorados los que se alejan, el amor siempre encontrará la manera de acercarlos, de nuevo.

—¿Crees que eso nos pase a Terry y a mí?, ¿que volvamos a encontrarnos? —cuestionó con el latido de su corazón lento y pesado, al tiempo que miraba fijamente a su tía.

—Estoy segura de ello, pero debes mantener vivo ese sentimiento, no permitas que el rencor y el dolor hagan mella en este, y verás que todo será igual que antes cuando se vuelvan a ver.

—Ya quiero que termine esta tonta guerra para regresar a Londres —pronunció, mostrándose esperanzada.

—Que Dios te escuche, mi niña —mencionó Olivia, pero no solo para que el deseo de Victoria se hiciera realidad, sino para que tantas personas inocentes dejaran de morir.



Después de esa conversación, quiso animarla, invitándola a preparar una tarta de manzana, de esas que tanto le gustaba y que siempre eran el mejor remedio para aligerar las penas.

Mientras preparaban la receta, no podía dejar de mirar a Victoria y pensar en que su pequeña estaba creciendo, ya hasta estaba enamorada, e imaginó lo maravilloso que hubiera sido que Virginia hubiese estado con ella, apoyándola y guiándola, viendo a la jovencita maravillosa en que se había convertido su pequeña.

Terrence sentía su corazón palpar, emocionado, mientras veía cómo la neblina iba revelando, poco a poco, a la famosa estatua de La Libertad, que daba la bienvenida a todos los que llegaban en barcos a Nueva York. Era la segunda vez, en menos de un año, que pasaba frente a esta y, sus emociones, una vez más, estaban a flor de piel.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Amelia, quien lo observaba con detenimiento, a la espera de sus reacciones.

—Bien, ¿por qué lo pregunta? —La miró con el ceño fruncido.

—Bueno, porque pensé que estarías emocionado, estás regresando a tu país y, esta vez, para quedarte —comentó, sonriéndole.

—Lo estoy, es solo que..., desde hace mucho tiempo prefiero no hacerme grandes expectativas; siempre acabo decepcionándome de las cosas o de las personas. —Su sinceridad era, tal vez, uno de sus mayores defectos o virtudes, depende de quién la recibiera.

—Deseo con todas mis fuerzas que, en esta ocasión, no sea así —mencionó ella, sin poder evitar que su comentario la hiriera—. ¿Sabes? Sé que no es fácil volver a confiar en las personas, pero se siente tan bien hacerlo, tener a alguien en quien apoyarse, a quien contarles nuestras penas y alegrías... Yo estaría feliz de ser esa persona para ti, Terry. —Fijó su mirada en la de su hijo, que era idéntica a la suya.

—Acordamos ir poco a poco. —No le gustaba sentirse presionado.

—Bien..., lo comprendo y, sé que, aunque llevamos un mes navegando, y que me he esforzado en acercarme a ti, aún necesitas tiempo... Es solo que, hay momentos en que siento que me encuentro en un punto muerto —expresó, sin poder esconder su desilusión.

—Pues, no lo está. Aunque no me muestre muy efusivo o cariñoso con usted, quiero que sepa que estoy muy agradecido de que haya viajado en mi busca y me haya librado del destino que me esperaba —pronunció, e intentó

dedicarle una sonrisa para animarla.

—Pero no eres feliz, lo sé, Terry, puedo notar tanta nostalgia en tu mirada. ¿Acaso extrañas a tu padre?, ¿extrañas Inglaterra o a tus amigos? —inquirió, temiendo que fuese alguna de esas, porque se sentiría horrible si le había hecho lo mismo que Benjen, años atrás.

—No, nada más lejos de la realidad, yo estaba desesperado por abandonar ese lugar; la relación con mi padre siempre fue distante, fría, y nunca hice amigos —respondió para alejar la angustia que veía en ella.

—¿Entonces? —cuestionó, su instinto le decía que había algo más.

—Es por una chica. —Soltó un suspiro y nuevamente desvió la mirada hacia la silueta de Nueva York—. Victoria, era mi novia. Su padre decidió sacarla de Europa cuando estalló la guerra y..., nos vimos obligados a separarnos.

—¿Y dónde está ella ahora? —preguntó, deseando saber si existía alguna posibilidad de ayudarlo.

—En Chicago —contestó, la sola mención de ese lugar le aceleraba los latidos, llenándolo de dudas y esperanzas.

—¡Oh, es grandioso! Podemos ir a verla —dijo, emocionada, pensando que había hallado la manera de hacerlo feliz.

—No es tan sencillo... Victoria y yo discutimos la última vez que nos vimos, y todo acabó.

—Terry —susurró, sintiéndose horrible al ver el pesar que esas palabras provocaron en su hijo—. Mi vida, a veces, los novios discuten y se alejan, pero no por eso las cosas acaban, menos cuando hay sentimientos de por medio y, por tu actitud, sé que aún los hay. —Lo vio endurecer el semblante y comprendió que empezaba a cerrarse, una vez más—. ¡Por el amor de Dios! No seas como tu padre.

—No me compare con él —exigió Terrence, molesto.

—Entonces, no seas como él, no te rindas tan fácil.

—Usted no entiende —espetó con rabia.

—Te equivocas, entiendo más de lo que puedas imaginar. —Se interrumpió viendo que él se tensaba más; suspiró, buscando una manera de hablarle—. Hijo, sé que en estos momentos debes sentir que todo está perdido y que no tiene caso buscar una reconciliación con...

—Victoria —acotó él, notando que había olvidado el nombre.

—Sí, puede que sientas que, entre Victoria y tú, las cosas están perdidas, pero nada está realmente perdido hasta que nosotros nos damos por vencidos,

siempre se puede luchar... Créeme.

Terrence no supo qué responder a las palabras de su madre, desvió la mirada y se quedó en silencio, analizándolas, mientras sentía que su pecho comenzaba a albergar una nueva esperanza. Recordó aquellas cartas que le habían enviado Stephen y Brandon Anderson, donde le hablaban de cuánto lo extrañaba su pecosita y, que, sin importar lo que había pasado la última vez que se vieron, ella seguía enamorada de él.

Sin embargo, si era así, ¿por qué no le había escrito?, ¿por qué debía enterarse por otros de su estado? Eso lo llenaba de rabia y dudas.

—¿Qué harás? —preguntó Amelia, esperando que sus palabras hubiesen aclarado las ideas de su hijo.

—Por lo pronto, escribiré una carta... ya después veremos; dejemos que el tiempo se encargue de ello —habló desde su orgullo herido. No le escribiría a ella, le respondería a su exsuegro y a Brandon.

—Bien..., solo no permitas que sea mucho, porque a veces, el tiempo, en lugar de ayudar, termina por acabar con las esperanzas, y sería una verdadera lástima —indicó, pero al ver que él fruncía el ceño, supo que no debía insistir más—. Y ya, no te seguiré presionando, haz las cosas a tu modo; ese fue el acuerdo, aquí podrás ser libre de decidir qué hacer y qué no.

—Se lo agradezco —dijo y luego caminó con ella hacia la rampa.

Como siempre, los periodistas estaban apostados en el puerto, a la espera de algún pasajero importante o algún material que reseñar. Así que, en cuanto vieron a Amelia, todas las cámaras la enfocaron y, por supuesto, en Terrence, quien intentó esquivarlas de la mejor manera, ocultando su rostro tras el Fedora negro que llevaba.

Algunos más osados, incluso; exigían a gritos una declaración de la afamada soprano, pero ella solo les dedicó una sonrisa y los saludó con un ademán de mano. Subió al elegante auto negro que ya los esperaba frente al puerto y escapó rápidamente del lugar, junto a su hijo, a quien le dedicó una sonrisa y una suave caricia en la mano, para aligerar la tensión que se adueñó de él, al ser abordado por los medios.

Amelia sentía que su corazón latía cada vez más rápido a medida que se acercaban a su mansión, tener a Terrence viviendo con ella era algo que soñó tantas veces, que ahora que se hacía realidad, apenas podía creerlo.

Por eso, no podía dejar de mirarlo, temía que, si lo hacía, él pudiese terminar esfumándose, como un espejismo, acabando de esa manera con todas sus ilusiones y sus deseos de ser la mejor madre del mundo.

Terrence miraba las calles, pero no porque se sintiera deslumbrado ante la pujante ciudad, sino porque intentaba recordar cómo había sido su vida allí, y así saber cómo sería a partir de ese momento.

Una hora después, llegaban hasta la hermosa propiedad, ubicada en Maine, una zona residencial, con aceras y jardines; ella había comprado, precisamente, allí, para tener mayor privacidad y escapar del ajetreo del centro de la ciudad.

Bajaron del auto mientras que el chofer y parte del personal que trabajaba para ella les daban la bienvenida y se encargaban de sus equipajes.

—Bienvenido —pronunció ella, con una sonrisa.

—Gracias —respondió Terrence, admirando el lugar, que de inmediato causó una buena impresión en él.

Era una construcción de dos plantas, con tejado gris y paneles de madera del mismo color, que recubrían las paredes. Los marcos de las ventanas eran blancos, y eso hacía que resaltaran. Tenía un pequeño jardín que la rodeaba, con algunos árboles, cuyas hojas secas ya cubrían las raíces de los mismos.

Cuando atravesaron la puerta, la primera sensación que lo embargó fue la calidez, no se comparaba en nada con el ambiente frío y solemne que reinaba en el palacio de Blenheim.

Las paredes blancas y los pisos de madera, tal vez, creaban ese efecto en él, así como los grandes ventanales que daban al jardín y llenaban de luz el lugar. Allí no percibía esa sensación de encierro que durante tanto tiempo lo embargó, cada vez que se encontraba en la casa del duque.

—Ven, vamos para que conozcas tu habitación —dijo ella, agarrándolo de la mano para subir las escaleras.

—¿Mi habitación? —preguntó, sintiéndose un tanto desconcertado, pues no esperaba algo así, pensó que su madre lo ubicaría en una para huéspedes.

—Sí... —respondió, asintiendo con su cabeza, al tiempo que la sonrisa casi le dividía el rostro en dos.

Ella abrió la puerta y lo invitó a pasar con un ademán de su mano, pues la emoción le había robado la voz. Amelia sentía que se pondría a llorar de un momento a otro. Respiró profundo y caminó para entrar, rebasándolo, porque quería ver en detalle cada una de sus reacciones.

## Capítulo 5

Terrence observó detenidamente el lugar, sintiendo una extraña emoción dentro de su pecho, algo que no sabía cómo explicarse. Por un lado, le gustaba la idea de que su madre hubiese creado un espacio para él, pero por el otro, todo era demasiado para poder asimilarlo, se sentía abrumado ante tanta atención.

Miró la cama de madera que dominaba toda la habitación, estaba vestida con cobijas azules y sábanas blancas; al lado de la misma, un gran ventanal dividido en tres hojas, que daba hacia el jardín, con cortinas combinadas con la ropa de cama. Cerca, se podía ver un sillón azul, un escritorio de madera, junto a una estantería llena de libros; al fondo, un armario integrado a la pared y un espejo de cuerpo completo.

—¿Te gusta? —inquirió Amelia, ante el pesado silencio de su hijo—. Si algo no es de tu agrado, puedes cambiarlo.

—Me gusta —respondió él, al ver la ansiedad de su madre.

—Lo digo en serio, Terry, puedes hacer lo que gustes en este lugar, quiero que te sientas en plena libertad de cambiar muebles, cortinas... Lo que quieras —aseguró, mirándolo.

—Yo también lo digo en serio, me gusta como está... Tiene un poco el estilo de un chico de quince años, pero está bien —comentó, siendo sincero, y le sonrió.

—Me satisface que te guste... Esta es la tercera casa que tengo y, en cada una, decoraba una de las habitaciones para ti; quizá por eso esté un tanto anticuada. Tengo que hacerme a la idea de que ya eres un hombre —dijo, sonriendo de manera nerviosa.

—Gracias..., por todo. —Él se sintió conmovido por el gesto de Amelia, nunca pensó que hubiera hecho algo así.

—No tienes nada que agradecer, Terry; al contrario, soy yo la que debe estar agradecida contigo, de que me des la oportunidad de reparar el daño que te causé.

—Acordamos empezar desde cero y no hablar del pasado. —Le recordó la conversación que mantuvieron durante el viaje.

—Lo sé, pero incluso, para empezar desde cero, debemos hacerlo con buenas bases, y eso es lo que deseo que tú y yo tengamos en nuestra relación, unos buenos cimientos —mencionó, fijando su mirada en él.

—Bien —asintió con su cabeza y miró a otro lado.

—Bueno, ahora te dejo para que descanses. Le pedí a Carol que hiciera tu comida favorita..., aunque no sé si lo sigue siendo.

—Lo que sea que haga estará bien, no se preocupe.

—Perfecto. —Sonrió y se dio la vuelta para salir de la habitación, llevando un cúmulo de lágrimas en su garganta. Antes de abrir, regresó sobre sus pasos, pues necesitaba algo más y no podía seguir callándolo—. Terry, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, usted dirá —contestó, posando su mirada en ella.

—¿Podrías, de vez en cuando, llamarme mamá... o madre? —preguntó con el ruego en su voz y su mirada—. Solo si nace de ti y te sientes cómodo, no quiero obligarte a nada.

—Por supuesto..., madre —esbozó, sintiéndose extraño al pronunciar esa palabra, pero no podía decir que fuese una sensación desagradable, solo que no estaba acostumbrado.

—Gracias —esbozó ella y no pudo contener su emoción, caminó de prisa hasta él y lo envolvió en un abrazo, al tiempo que le besaba la mejilla y sonreía en medio de lágrimas de felicidad.

Terrence, una vez más, se sentía abrumado ante tantas muestras de cariño, pero intentó abrirse a ese sentimiento y relajar su cuerpo, mientras sonreía con cariño a la mujer que le dio la vida. Le dio un tímido abrazo, pero no llegó a emular la misma efusividad que a ella la desbordaba, era evidente que la esencia de la realeza inglesa estaba impregnada en él; le resultaba difícil mostrar sus sentimientos de esa manera, aunque no con todas las personas, con Victoria no fue así.

—Bien, ahora sí te dejo descansar... Siéntete en tu casa, hijo. —Sonrió y salió, dejándolo solo.

Él se quedó allí, sintiéndose un poco perdido; era la primera vez que le sucedía desde que salió de Inglaterra, le parecía un tanto absurdo tener esa sensación. Se suponía que eso era algo que había deseado toda su vida, dejar atrás al duque y sus estrictas reglas, a la desgraciada duquesa y todo su desprecio; empezar una nueva vida, solo que no sabía por dónde ni cómo.

—Adelante —ordenó a quien llamaba a su puerta.

—Disculpe, joven Terrence; he traído su equipaje —mencionó Arnold, el

chofer que los había traído del puerto.

—Muchas gracias —respondió—. Puede dejarlo allí, yo me encargaré de acomodarlo.

—No es necesario, joven, Rosie lo hará en un momento. Con su permiso —dijo y salió de la habitación.

Terrence solo asintió y, sin atender las indicaciones del chofer, buscó una de sus maletas y la subió sobre la cama para abrirla, sacó algunos productos personales, también un conjunto de ropa casual y lo dejó de lado. Luego caminó hasta el armario y lo abrió para comenzar a organizar sus prendas; cuando lo hizo, encontró en una de las repisas un tren de juguete, era de madera y estaba pintado con los colores de la bandera estadounidense.

El recuerdo lo golpeó tan fuerte, que le arrancó un sollozo; cerró los ojos para contener su llanto, mientras tomaba en sus manos el juguete. Este lo regresó muchos años atrás, cuando era un niño de cinco años, feliz y despreocupado. Jugaba con ese trencito en la pequeña sala de la casa de su madre cuando conoció a Benjen Danchester, el día que su vida cambió por completo.

—¿Por qué me alejaste de ella? Yo era feliz..., recuerdo que era feliz...; y lo hubiese sido siempre, ¿por qué lo hiciste? —Le cuestionó a su padre, como si él estuviera presente—. Pero eso ya no importa, aunque no te lo perdonaré nunca... ¡Nunca! —expresó con resentimiento y se secó las lágrimas con rabia.

Después de eso, entró al baño para poder llorar en libertad, bajo la ducha, dejando que el agua se llevase las lágrimas y el odio. Estuvo allí durante un largo rato, pues también se permitió llorar, una vez más, por Victoria, mientras se debatía entre hacerle saber que estaba en Los Estados Unidos o guardar silencio y mantener su orgullo.

Esa era la sexta hoja que rompía en menos de media hora, sin escribir siquiera un párrafo; todo gracias a la férrea discusión que tenían su cerebro y su corazón. Había intentado escribirle a Terrence, pero cada vez que iniciaba una carta, recordaba la discusión y todos sus sentimientos se convertían en un torbellino; no le daban tregua y siempre acababa llorando, como estaba a punto de hacer.

—Esto es absurdo, ya no puedes seguir así, Vicky. —Se dijo en voz alta, al tiempo que se limpiaba el rastro de humedad que dejó la lágrima en su mejilla.

—¿Otra vez hablando sola? —cuestionó Annette, quien había ido a visitarla y leía una de sus novelas de amor.

—Solo pensaba en voz alta. —Soltó un suspiro y se puso de pie, para caminar y tenderse en su cama.

—Deberías terminar de reunir el valor y escribir esa carta.

—¿Cómo sabes que deseo escribirle? Solo estaba anotando unos apuntes de las clases de música —dijo, sin atreverse a mirarla, no quería sentirse expuesta.

—Claro, como digas —esbozó Annette.

—¡No sé qué hacer! —confesó Victoria, al fin, y se sentó sobre la cama, cruzando las piernas de una manera que, si su tía Margot la veía, podía sufrir un ataque al corazón.

—Deja que sea tu amor por él, el que escriba, no sigas escudándote detrás del orgullo, Vicky...

—Pero ¿por qué tengo que ser yo? Se supone que él es el caballero. —Se quejó, cruzándose de brazos.

—Porque en batallas de orgullo, no hay quien le gane a Terrence Danchester, así que te toca ceder —respondió con un tono casual.

—Pero no es justo —refunfuñó, de nuevo.

—Puede que no, pero si las cosas fueron como me contaste, eres tú la que debe dar el paso. —Annette la vio fruncir el ceño y pensó que, con Victoria, a veces, se necesitaba mucha paciencia; suspiró y volvió a hablar—. Siempre le he escuchado decir a mi mamá que, quien admite sus errores y busca la manera de repararlos, demuestra madurez.

—¿Estás queriendo decir que soy inmadura? —cuestionó, mirando a su amiga con mala cara.

—Sí..., por favor, Victoria, debes admitir que el berrinche que hiciste para quedarte en Inglaterra, en medio de un ambiente de guerra, fue muy inmaduro. Lo siento si te molesta, pero alguien tenía que decírtelo —dijo todo en un torrente de palabras, porque tenía más de dos meses callándolo.

—Lo dices porque no fue a ti a quien separaron de Sean, te aseguro que si hubieses estado en mi lugar...

—Me habría secado llorando, pero nunca hubiese pensado que mi novio ya no me quería, solo porque me dijera que creía que lo mejor era que me fuese, para que estuviese a salvo; al contrario, comprendería el gran sacrificio que hacía al separarse de mí y vería ese gesto como un gran acto de amor ¡Eso hubiese hecho! —exclamó para ver si de esa manera Victoria entendía



que estaba siendo una tonta.

—Yo..., yo... Solo quería quedarme con él —murmuró y las lágrimas de nuevo inundaban sus ojos.

—Lo sé, pero en esos momentos no era posible... ¿Acaso crees que Patty no quiere estar con Christian? —cuestionó, intentando que su voz sonara menos dura.

—Imagino que sí —respondió Victoria.

—Por supuesto que sí, pero ambos comprenden que por el momento no pueden; pero no se dan por vencidos, él sigue insistiéndole al padre de ella para que la envíe a América. Incluso, estaba dispuesto a casarse, de no ser porque Patricia es todavía muy joven.

—Es que allí es donde radica el problema de Terrence, él podría estar aquí, a salvo, junto a su madre... Pero su orgullo no se lo permite, su orgullo es más fuerte que el amor que siente por mí. Y por eso lo odio —pronunció con los dientes apretados.

—Dudo mucho que lo odies, solo estás dolida. Estoy segura de que, si en este momento Terrence entra por esa puerta, te olvidarías de todo y correrías a sus brazos —esbozó aquello que siempre leía en sus novelas cuando las parejas se reencontraban, y suspiró con ensoñación.

—No creo que eso ocurra —mencionó con desgano.

—¿Y por qué no se lo pides? Escríbele y dile que venga, pídele que venga por ti, que te perdone y olvide todo lo que le dijiste. —Annette sonrió de manera efusiva y le sujetó las manos para convencerla.

—No lo sé —susurró Victoria y se mordió el labio por los nervios, al tiempo que comenzaba a temblar.

—¡Por favor, Vicky! —La animó, para que caminara a su escritorio.

—¿Y si se niega? —Sentía mucho temor de su negativa, porque ser despreciada por él, sin dudas, le rompería más el corazón.

—Si no le escribes, no lo sabrás; además, han pasado tres meses, tiempo suficiente para que él sintiera el dolor de tu ausencia. Te aseguro que ahora pensará diferente. Vamos, no seas una cobarde.

La joven se armó de valor y se sentó en la silla frente a su escritorio, durante un par de minutos no pudo hacer un solo trazo con su estilográfica, aunque decenas de frases se acumulaban en su cabeza.

Se sentía muy asustada, y la presencia de Annette a su lado solo la ponía más nerviosa, buscó en su cabeza el recuerdo de aquella maravillosa tarde junto a Terrence, en el acantilado, esperando que eso le ayudase a inspirarse.

—«Querido, Terrence», podría ser un buen inicio —sugirió la pelinegra, mirando la hoja por encima del hombro de su amiga.

—Sí, tienes razón... Querido, Terrence... —Escribió, pero al leerla, le pareció muy fría, así que desechó esa hoja.

—¿Por qué haces eso? —inquirió Annette, con desconcierto.

—Porque es mejor iniciarla con...: Querido, Terry —esbozó, al tiempo que la trazaba en la hoja y continuó mientras se mordía el labio.

—Sí, me parece perfecto. —Sonrió ante el ingenio de Victoria, era mejor que se mostrase cercana—. Te dejaré sola para que puedas hacerlo con libertad. Recuerda, nada de reproches. Y, por favor, ten presente que eres una joven de quince años, no una niña de seis; intenta ser racional y deja que hable tu corazón —pidió, mirándola con ruego.

—Te prometo que pensaré muy bien cada palabra que le escriba... Gracias por ayudarme —dijo, sonriendo.

—Para eso estamos las amigas... Ahora, continúa. Por cierto, ¿tienes su dirección? —preguntó, alarmándose.

—Tengo la de Escocia..., nunca me dio la de Londres.

—Seguro ya habrá regresado a Londres, pero no te preocupes; escribe, que yo me encargo de la dirección. Mi papá tiene negocios con el duque, debe tenerla —expresó con convicción.

—Está bien, lo haré —pronunció, regresando la mirada a la hoja, mientras sentía su corazón latir muy rápido.

Annette se acercó para despedirse con un beso, luego se puso los guantes, mientras veía a Victoria comenzar a escribir con soltura, eso le aseguró que ya no necesitaba de su ayuda.

Salió, rogando para que las cosas entre ese par de tercetos se arreglasen, pues, tenían un amor muy hermoso, como para que terminase por tonterías y malos entendidos.

Cuando bajaba las escaleras, vio a su novio entrando al salón; le dedicó una gran sonrisa y caminó más de prisa, para llegar hasta él y abrazarlo. Sean, la rodeó con sus brazos y la elevó, haciéndola sentir liviana, como una pluma.

—Alguien puede vernos —susurró ella, parpadeando, perdida por completo en la mirada gris de su novio, cuando intentó besarla.

—Tienes razón —mencionó él, con pesar.

Sin embargo, segundos después, mostró una sonrisa cargada de picardía; sin soltar su cintura la llevó con él y, juntos, se escondieron debajo de la escalera, donde no pudieran verlos. Allí acunó entre sus manos el delicado

rostro de su novia, mirándola a los ojos se adueñó de sus labios con un beso quizá demasiado osado para una señorita, pero al cual ella respondió con entusiasmo, aferrándose a sus hombros para no caer.

—Te has vuelto loco —susurró, al tiempo que sonreía.

—Bueno, antes me reprochaste por no haberte demostrado cuánto me gustabas, así que ahora lo hago.

—Sí, pero nos meteremos en problemas si llegan a vernos, y no es que aquí estemos ocultos de todos —dijo, allí seguían muy expuestos.

—Ven conmigo, entonces —ordenó, halándola con suavidad y la condujo hasta el pasillo que llevaba al comedor; sabía que a esa hora nadie se acercaría a ese lugar—. Cada día estás más hermosa y crece en mí el deseo de besarte.

—Sean..., yo también te quiero más, cada día, y siento que el tiempo que pasamos juntos es muy poco —susurró, derritiéndose en los brazos de su novio, y no dudó un segundo en ofrecerle sus labios, dejando, incluso, que su lengua entrase a su boca.

Ella tenía razón, el tiempo que pasaban juntos era muy poco, por eso debían aprovecharlo, brindándose besos y caricias, sin limitarse por las reglas que les había impuesto el padre de Annette. Después de todo, ellos no sentían que estuviesen haciendo nada malo, solo amándose, como tenían permitido un par de jóvenes que estaban comprometidos en matrimonio.

De pronto, escucharon pasos acercándose y, aunque renuentes, tuvieron que separarse; ella apoyó la frente en los labios de él, intentando normalizar su respiración afanosa y el calor que le colmaba el pecho. Suspiró, deseando quedarse por mucho más tiempo en sus brazos, pero la voz de su madre la hizo reaccionar, sabía que no tardaría en solicitar su presencia.

—Debo irme —murmuró, mirándolo con deseos de darle otro beso, aunque sabía que eso era arriesgarse.

—Lo sé..., solo..., dame un beso de despedida.

—Sean... —susurró, luchando por negarse.

—Te prometo que será breve. —Le suplicó con la mirada.

Una vez más, se dejaban llevar por el amor que sentían, robándole segundos al tiempo; se sentían dichosos y agradecidos de poder seguir juntos, ya que ni Christian ni Victoria contaban con su misma suerte.

Al final, no les quedó más que separarse, él se recostó en la pared, y ella le entregó un guiño coqueto mientras se alejaba, provocando con ese gesto que su corazón se desbocara.



## Capítulo 6

Terrence se encontraba en una situación bastante similar a la de Victoria, llevaba un buen rato plasmando sus sentimientos en una hoja, pero a diferencia de su exnovia, él sí había sido bastante productivo. Muestra de ello eran las tres cartas que ya había escrito; la primera estaba plagada de reproches hacia la inmadura pecosa, la segunda había cambiado de manera radical y eran solo ruegos para que regresaran y, la última, era una mezcla ambas.

—No estás suplicándole por una nueva oportunidad, solo estás sugiriendo que hablen como personas adultas y civilizadas. —Se dijo en voz alta, después de releer la última carta, solo para sentir que su orgullo no se arrastraba por el suelo.

Suspiró, mirando su caligrafía en la hoja, y cerró los ojos por un momento, luchando contra su orgullo, que le decía que ella lo había echado de su vida y que no merecía que la mirase ni siquiera una vez más.

Se había jurado no permitir que nadie más lo rechazara ni lo humillara, habían sido muchos años padeciendo de todo eso, como para repetirlo de nuevo y, lo que era peor, a manos de la chica que creyó especial y terminó conquistando su corazón, eso era lo que más lo atormentaba.

—Sí, pase —esbozó cuando llamaron a la puerta, mientras guardaba con rapidez todas las cartas.

—Joven Terrence, vine para avisarle que la comida se servirá en cinco minutos y su madre lo espera en el salón.

—Muchas gracias, Rosie. Dile, por favor, que enseguida estoy con ella —respondió y se puso de pie.

—Como usted diga, con su permiso. —Le hizo y salió.

Horas después, cuando el sol ya caía, él decidió salir al jardín, necesitaba distraerse con algo o terminaría loco en ese encierro. Quizá su desesperación se debía a que su corazón no dejaba de gritarle que, estando tan cerca de Victoria, era un miserable por no haberla buscado y, ni siquiera tenía la entereza de admitir que no lo hacía por miedo.

Mientras bajaba las escaleras, llegaron hasta sus oídos notas de una

música que provenía del salón donde su madre ensayaba. Sus pasos guiaron hacia ese lugar; y cuidando de que nadie lo viera, abrió muy despacio la puerta.

La melodiosa, poderosa y cautivante voz de Amelia hizo que su piel se erizara, ella ni siquiera llevaba el vestuario ni el maquillaje, pero eso era lo de menos, era su voz lo que había hecho que su corazón saltase, emocionado, y se quedara prendado de la imagen de su madre. La veía moverse con destreza y gran histrionismo mientras recitaba sus partes, de inmediato reconoció la obra, era: Tosca. De Giacomo Puccini.

—¡Terry!... —pronunció al girarse y descubrirlo espiándola; verlo allí, dibujó una gran sonrisa en su rostro.

—Lo siento, no quise interrumpirla —mencionó, visiblemente apenado y le dio la espalda para macharse.

—No, espera..., no tienes porqué irte. —Caminó para retenerlo, sintiendo como si el tiempo los hubiese regresado a años más felices.

—Usted está ocupada y no quiero distraerla.

—No es nada, solo hacía un ensayo adicional... Me sé la pieza de memoria, he trabajado en ella durante varios meses.

—¿Van a presentarla? —preguntó y luego se sintió estúpido, si la estaba ensayando era porque así sería.

—Sí, la estrenaremos la próxima semana. Un espectador objetivo me vendría de maravilla —dijo, y lo hizo sentar en uno de los sillones.

—Pero... yo no sé nada de ópera; es decir, no sé de técnicas o de lo que sea que se evalué. No creo serle de ayuda alguna. —Mintió, pues sí sabía mucho de ese mundo y tiempo atrás hasta quiso tomar clases.

—Puedes sentir y emocionarte, eso es lo que necesito ahora. Lo demás, se lo podemos dejar a los críticos y a los profesores.

—Está bien —pronunció, rindiéndose, sabía que, si se marchaba, no dejaría de pensar en la gran oportunidad que se estaba perdiendo de admirarla en un espacio tan íntimo, como pocos podían.

—Perfecto, tendrás que imaginarte el escenario, el vestuario y todo eso, Terry —indicó, mirándolo a los ojos. Al verlo asentir, le dedicó una sonrisa antes de poner de nuevo la música.

Amelia inició, una vez más, su puesta en escena, haciéndolo con mayor fuerza y pasión, pues estaba ante el espectador a quien más quería emocionar; quería que Terrence se sintiera orgulloso de ella. Por un momento, los nervios intentaron apoderarse de su cuerpo, justo como le pasó la primera vez

que actuó para Benjen; al parecer, los caballeros Danchester tenían el poder de intimidarla, pero al igual que lo hizo en aquella ocasión, les dio la pelea y logró vencerlos.

—Impresionante..., escucharla es impresionante.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella, emocionada.

—Por supuesto, pidió un espectador objetivo y le aseguro que lo estoy siendo. Ahora comprendo por qué su fama se ha extendido tanto. Tiene una voz verdaderamente extraordinaria..., madre. —En ese instante le nacía llamarla así, porque el orgullo que sentía se lo exigía.

—Gracias, mi vida. —Amelia se acercó para abrazarlo, sintiéndose tan feliz de escucharlo expresarse de esa manera de su trabajo, de su pasión—. Me emociona que te haya gustado, pero esto es solo un boceto, quiero que vengas conmigo al teatro, que veas el ensayo general y conozcas a los otros cantantes.

—No sé si... —Él no quería verse expuesto a un encuentro así, estaba seguro de que se sentiría abrumado.

—Vamos, te aseguro que te gustará...; además, así dejas de estar encerrado —sugirió, pero al ver que él no estaba del todo convencido, decidió presionar más—. Hazlo por mí, aunque sea una única vez. Si no te sientes a gusto, podrás pedirle a Arnold que te traiga de regreso.

—Acepto, solo espero que, en esta ocasión, la prensa no nos acose. —Sin querer, dejó ver que eso lo había incomodado a su llegada al país.

—No te preocupes, los cantantes tenemos una entrada independiente, a la que los periodistas no tienen acceso. —Le sonrió para que creyera en su palabra y se llenara de confianza.

Terrence asintió mientras la miraba a los ojos y pensaba que, después de todo, no la pasaba tan mal. Eso era mejor que quedarse encerrado, solo mirando el techo y torturándose con los recuerdos de Victoria o con su urgente deseo de correr a Chicago, para rogarle que volviese junto a él.

Amelia se sintió feliz, pues quería que su hijo formase parte de cada aspecto de su vida, que compartiese con ella sus alegrías y sus éxitos. Además, acababa de ocurrírsele una grandiosa idea, solo esperaba que Terrence no lo fuese a tomar como un atrevimiento de su parte, lo único que quería era verlo feliz.

A la mañana siguiente, emprendieron el viaje de unos cuarenta minutos, hasta el 1411 de Broadway, justo donde quedaba el edificio de la Ópera Metropolitana de Nueva York. A medida que el auto se acercaba al Distrito

Garment, se podía sentir cómo el arte vibraba en cada rincón, desde los grandes anuncios en las azoteas, los trajes de diseñador en las vitrinas de algunas tiendas, hasta en las personas que transitaban las calles. Tenía cierto aspecto bohemio que a Terrence le resultaba interesante.

El auto se estacionó detrás del edificio, junto a un camión que descargaba en ese momento parte de la escenografía de Tosca, los hombres que llevaban las pesadas láminas de madera, se detuvieron al ver bajar a Amelia. De inmediato, las sonrisas se apoderaron de sus rostros, pues, pocas veces tenían la suerte de ver de cerca a una mujer tan hermosa; sin embargo, cuando vieron que del otro lado descendía Terrence, y los miraba con seriedad, regresaron a sus labores.

—Buenos días, señorita Gavazzeni. —La saludó el jefe de la cuadrilla de trabajadores, quien ya había estado en ese lugar.

—Buenos días, señor Genaro, ¿cómo se encuentra su esposa?

—Bien, aunque ansiosa por ver la obra, como siempre.

—Qué bueno, entonces, deberá lucirse con el escenario.

—Más me vale, señorita Gavazzeni, si no, esa mujer estará una semana entera reprochándome —dijo, rascándose la cabeza.

—No lo dudo —expresó, sonriendo. En ese momento se percató de la forma en que Terrence observaba a los obreros, tenía el mismo semblante serio de su padre, cuando alguien no le agradaba—. Por cierto, le presento a mi hijo.

—Terrence Danchester Gavazzeni. —Le dio un apretón firme.

—Genaro Moretti, es un placer —mencionó sin poder ocultar su sorpresa. Aunque, era evidente el parecido del chico con la cantante.

—No le quito más tiempo, señor Genaro, fue agradable verlo.

—Digo lo mismo, señorita, hasta luego. —Se despidió sin apartar la mirada del joven, intentando adivinar quién podría ser el padre, nunca le conoció una pareja a la soprano.

Entraron al lugar a través de un pasillo largo, apenas iluminado por pequeñas lámparas que colgaban a cada lado de las paredes, tapizadas de un tono burdeos, con grabados florales en dorado. Algunos armarios móviles con vestuario hacían difícil transitar por el lugar, así como cajas, con lo que Terrence supuso serían pelucas y maquillaje, al menos eso alcanzó a leer en una de ellas, con la que tropezó.

—El señor apenas pudo disimular la sorpresa cuando me presentó como su hijo —comentó a modo casual, pero estaba realmente intrigado por la



actitud del obrero.

—¿Lo escuchaste llamarme «señorita»? —inquirió ella en respuesta.

—Sí, lo hice.

—Nadie estaba al tanto de que tengo un hijo, solo los más allegados a mí. Pero, supongo, que le sorprendió porque nunca me he casado.

—¿Por qué nunca dijo que tenía un hijo? —cuestionó Terrence, con un tono hosco, y se detuvo.

Pensó que a lo mejor lo había hecho para no afectar su carrera artística; después de todo, él solo había sido un error de la inexperiencia propia de la juventud.

La vio detenerse al sentir que no la seguía, regresó sobre sus pasos y, la mirada azul, como la suya, se clavó en él, haciéndolo sentir como un niño pequeño cuando dice algo incorrecto.

—Te aseguro que no fue porque me avergonzara de ti. Aunque llegaste a mi vida en una circunstancia bastante difícil y sin haberte planeado, en ningún momento me arrepentí de haberte concebido; fuiste, desde el mismo instante en que me enteré de tu existencia, el más grande regalo que la vida me ha dado, Terrence.

—Entonces, ¿por qué nadie sabe de mí? Porque hasta en las fotos que nos tomaron en el puerto, los diarios la relacionaron conmigo como si yo fuese una nueva conquista... Algo que me parece, por demás, absurdo y ofensivo —mencionó, sacando el carácter desconfiado y, hasta cierto punto, intratable, de los Danchester.

—¿Dónde leíste eso? —preguntó divertida, ya quisiera tener un amorío con alguien tan apuesto, al que le doblaba la edad.

Bueno, siendo sincera, no le agradecería en lo absoluto, nunca le gustaron los hombres más jóvenes; muestra era que, Benjen, le llevaba cinco años. Además, después del conde, solo había tenido una relación duradera, con Víctor, un escritor de Oklahoma, que durante un tiempo, probó suerte en Nueva York. Más que amantes fueron un par de amigos que, ocasionalmente, compartían intimidad, solo por cubrir una necesidad, pues fue consciente de que lo suyo no era amor.

—Ya se lo dije, en los diarios. —Su tono demostraba molestia.

—Pues no debiste hacerlo. Hace años que tomé la decisión de no leer las páginas de sociales, las personas que publican en esas secciones son burdas, su único objetivo es atraer a lectores incautos, usando el amarillismo. Y eso responde, en parte, a tu pregunta. Cariño, no quería exponerte a los medios,

estuve tres años alejada de los escenarios para estar a tu lado..., yo quería ser esa madre que Dios me negó a mí, porque murió cuando yo tenía once años —respondió con claridad.

—Lo siento, no quería... —Aunque a Terrence le costaba doblegarse y ofrecer una disculpa, sabía bien cuándo hacerlo.

—No te preocupes, no estabas al tanto de eso —dijo para no hacerlo sentir mal, no era ese su objetivo—. Como pudiste ver, la prensa, la mayoría del tiempo dice lo que se le da la gana, se inventan una historia, a costa de lo que sea, solo para llenar un espacio. Sabía que cuando se enteraran de que tenía un hijo sin estar casada, comenzarían una cacería para saber quién era el padre, no nos dejarían en paz. Y yo solo quería que tuvieras una infancia feliz y normal.

—Comprendo. —Su madre hablaba con franqueza.

—Gracias, aunque, eso no es todo. Después de unos años, tu padre regresó a Nueva York, fue a verme y se enteró de que le había dado un hijo; estabas muy pequeño para recordarlo, pero se puso tan feliz y me prometió que nos daría el hogar y la vida que nos merecíamos. Lo primero fue darte su apellido, deseaba reconocerte como su hijo, y yo me sentía tan dichosa. Pero, lo cierto es que fui una tonta..., mi ilusión no me permitió ver lo que pasaría —esbozó y una lágrima la traicionó.

—No tiene que hablar de eso ahora, si no quiere. —Terrence notó que estaba afectada, y pensó que no era el momento.

—Tú necesitas respuestas y yo deseo dártelas.

Estaba a punto de hablar, cuando vio que parte del personal de vestuario se acercaba para llevarse algunas cajas, al verla allí, acompañada de ese jovencito, se sorprendieron. Se irguió tan alta como era y caminó hacia las dos mujeres, mostrando una gran sonrisa.

—Buenos días, Lucy y Antoine, ¿cómo han estado?

—Buenos días, señorita Gavazzeni... Bien, gracias.

—Buenos días, Amelia. Hemos estado trabajando sin descanso desde que llegamos —dijo Antoine, también intrigada por el chico.

—Las entiendo, Arturo se vuelve un tirano cada vez que una pieza está por estrenarse —mencionó para hacer referencia al tema, pero sabía que esperaban algo más, y les dio gusto—. Chicas, me complace presentarles a mi hijo.

—Encantado, Terrence Danchester Gavazzeni —dijo, sintiéndose como una atracción de circo y, lo peor era que no podía quejarse.

—El placer es mío, señor Danchester, Lucía Di Stefano, pero todos aquí me dicen Lucy —acotó, sonriéndole con mayor efusividad al saber que no era una conquista de la cantante.

—Encantada de conocerte, muchacho. —Antoine le extendió la mano, sin disimular la inspección que le hacía—. Amelia, querida, cuando te decía que tuvieras un hijo, era para verte embarazada y con un bebé en brazos, nunca imaginé que nos traerías a uno que casi es un hombre —expresó con la libertad que le daban años de amistad.

—Todos esos momentos los viví y los disfruté, pero sabes cuán cuidadosa soy con mi vida privada, amiga —dijo para no hacer sentir a su hijo tan expuesto—. Y será mejor que no les quite más tiempo, nos vemos después.

Amelia siguió con su camino junto a Terrence, mientras que Lucía y Antoine se quedaban a sus espaldas, seguramente no perderían la oportunidad de hablar de la cantante y su hijo. Sin embargo, eso a Amelia ya no le importaba, había pasado muchos años en ese medio, como para no haber aprendido a lidiar con las opiniones de los demás, sin que estas la afectaran.

Llegaron hasta el área donde estaban ubicados los camerinos, Terrence vio que cada puerta tenía un pequeño cartel hecho en metal dorado, donde resaltaba el nombre de cada ocupante. El de su madre estaba casi al final del largo pasillo, junto a las oficinas del productor general, Ernest Aldridge, y del director, Arturo Toscanini. Asumió que la cercanía con las mismas, era la relevancia que su madre poseía dentro de la compañía.

—Bienvenido, este lugar es, aparte de nuestra casa, mi segundo refugio en el mundo —comentó con una sonrisa cómplice, al tiempo que abría la puerta y lo invitaba a pasar.

Terrence sintió que estaba a punto de entrar a un lugar muy especial; no se equivocó, pues ese espacio estaba lleno de fotografías de su madre, tomadas en el escenario, representando a varios personajes de grandes óperas.

—Siéntate, por favor, ahora te contaré mi historia.

Él sintió cómo sus latidos se volvían pesados y la ansiedad comenzó a hacer nido en su estómago; uno de los momentos que más había esperado en su vida, por fin estaba allí. Después de tantos años, conocería la historia de su madre y la de sus primeros años, aquella que el duque se negó a relatarle; finalmente acallaría las dudas que lo habían torturado por años.

## Capítulo 7

El silencio era tan abrumador para Terrence, que estaba a punto de sacarle las palabras a su madre, pues la ansiedad y los latidos acelerados de su corazón, de un momento a otro, le romperían el pecho.

No obstante, intentó no mostrarse desesperado, sabía que su madre no solo era cantante, también era una extraordinaria actriz, así que debía evaluar bien su comportamiento y su lenguaje corporal, este, muchas veces, podía ser más revelador que las palabras.

Amelia, por su parte, se encontraba sumida en sus recuerdos, rebuscando entre estos, antes de dar inicio a su historia; quería ser completamente sincera con él, tanto como le fuera posible, pues, sabía que solo así su hijo lograría confiar en ella y crear así la relación que deseaba para ellos.

Después de soltar un suspiro, cerró los ojos, concluyendo que lo mejor que podía hacer en ese momento era empezar desde el principio. Abrió los párpados y fijo su intensa mirada en la de Terrence.

—Mi padre siempre decía, que yo aprendí a cantar antes de hablar, pero tu abuelo tenía por costumbre ser exagerado, así que no le demos mucho crédito a sus palabras —mencionó, sonriendo, al recordar a Oliverio Gavazzeni—. Aunque recuerdo que comencé a hacerlo desde muy pequeña, buscaba siempre estar presente en cada obra de la escuela, en el coro de la iglesia; cualquier lugar que me permitiese cantar, ni siquiera pensaba en ello como una profesión, solo lo hacía porque me gustaba.

—Algunas personas nacen con un don, evidentemente, usted es una de ellas —intervino Terrence, para que supiera que le prestaba atención. No sabía nada de la historia familiar de su madre, mientras que el duque le había obligado a memorizar la suya.

—Gracias, mi corazón, aunque un don también necesita ser pulido y perfeccionado; pero esa es la parte aburrida de mi vida, así que no te la contaré —dijo para ahorrarle la explicación de cuánto debió estudiar y sacrificar para llegar a ser una de las mejores sopranos del mundo—. Mis padres y mi hermano, Oliver, llegaron a Los Estados Unidos provenientes de Véneto, en el año mil ochocientos setenta y cinco; como la mayoría de los

inmigrantes italianos, se establecieron en un diminuto y húmedo apartamento de «La pequeña Italia». Cinco años después, nació yo; no recuerdo mucho de mis primeros años, pero sí tengo viva en mi memoria la imagen de mi madre, cosiendo hasta altas horas de la noche; la de mi padre, saliendo antes de que el sol despuntara, y regresando cuando este ya casi se ocultaba, mostrando en su rostro el cansancio de un arduo día de trabajo; así como la de mi hermano, quien vendía periódicos y, al terminar, regresaba corriendo a la casa para, junto conmigo, ir a la escuela.

—Nunca imaginé que... —Terrence no sabía cómo continuar, no quería que ella se sintiera juzgada por su origen.

—¿Que provenía de una familia pobre? Pues sí, la gran cantante, Amelia Gavazzeni, era igual a otra de las tantas chicas que usaban vestidos y zapatos viejos, remendados con parches cuando se rompían, o que algunas noches se fue a la cama sin cenar, porque no había nada en la mesa —acotó, sin una pizca de vergüenza o amargura en su voz.

Terrence se sentía un tanto apenado, pues él había tenido lujos a manos llenas y, aun así, se quejaba todo el tiempo, tal vez, porque nunca tuvo carencias; por lo menos no en ese aspecto. En ese momento, imaginó cómo hubiera sido su vida junto a Amelia, en un hogar como el suyo y, a los pocos segundos, concluyó que habría sido lo mejor, porque el dinero no daba la felicidad.

—Supongo que no siempre fue así —dijo para instalarla a continuar.

—Por suerte. —Frunció el ceño al recordar lo difícil que fue abrirse paso en el mundo de la ópera, más, siendo una chiquilla de la calle Mulberry —. Mi hermano no pudo seguir estudiando y tuvo que irse con mi padre a trabajar en la construcción, mientras yo seguía cantando sin ninguna aspiración; pensaba que seguiría el mismo camino de mi madre, coser maravillosos vestidos, unos que jamás usaría —expresó y su sonrisa mostró algo de nostalgia e ironía.

—La vida da muchas vueltas —mencionó Terrence, buscando su mirada, y la vio asentir.

—Así es, pero también te golpea, para que aprendas a ser fuerte; el primero que recibí fue la muerte de Oliver, llevaba dos años como obrero y le iba muy bien, hasta pensaba casarse pronto, pero una tarde, mientras ponía unas ventanas, resbaló del andamio y cayó varios metros, rompiéndose el cuello. El doctor le dijo a mi madre que no había sufrido..., pero eso no la consoló, nada en ese momento podía hacerlo. —Su voz reflejó la tristeza que

acompañaba a esos recuerdos.

—Lo siento mucho —murmuró, sintiendo la pena de su madre, pensó en decir algo más, pero no era bueno para consolar, así que prefirió guardar silencio y darle su tiempo.

—Tu segundo nombre es en honor a él, estoy segura de que le hubiese encantado conocerte —pronunció con una sonrisa y se llevó los dedos al lagrimal, para secar las que se le habían desbordado—. Mi madre cayó en una profunda depresión, la pérdida de mi hermano la dejó devastada; yo tuve que hacerme cargo de la casa, prácticamente. Solo tenía diez años, pero no me costó asumir esa responsabilidad, quería ayudarla... Mis esfuerzos por cuidarla y animarla fueron en vano, siete meses después, murió a causa de una gripe, eso dijo el médico, pero papá y yo sabíamos que había sido la tristeza.

Recordar todo eso era algo que, lo quisiera o no, la afectaba, porque en el fondo sabía que su vida hubiese sido muy distinta si no hubiera quedado sola en el mundo; al menos, su padre y su hermano no hubiesen permitido que Benjen le quitara a su hijo.

—No es necesario que continúe, podemos dejar esta conversación para más adelante —sugirió él, al ver que su madre se tornaba taciturna.

—Tranquilo, es algo que pasó hace mucho tiempo, ya lo he superado. —Le mintió con una sonrisa, para que él no creyese que la estaba obligando—. Después de la muerte de mi madre, dejé de cantar, no tenía ánimos para hacerlo y, mi padre, al darse cuenta, entró en pánico, pensando que yo también dejaría que la tristeza me matase. Así que un día me dijo que me pusiera mi mejor vestido y me trajo a este lugar —dijo con una gran sonrisa, esta era sincera—. Él había estado trabajando en algunas remodelaciones y consiguió que el encargado le regalase unos pases de cortesía; por supuesto, eran en los peores asientos, pero yo me sentía tan feliz, nunca había estado en un sitio igual. Fue amor a primera vista.

Terrence sonrió al verla expresar, de manera tan apasionada, su amor por ese lugar y el descubrimiento de su talento; se recostó en el sillón, pues suponía que ahora venía la mejor parte. Sin embargo, un par de toques en la puerta le anunciaron que habían llegado por Amelia, y que su relato tendría que esperar. Suspiró con desgano y se levantó.

—Disculpe, señorita Gavazzeni, ya está todo listo para iniciar el ensayo —informó Lucía, mirando brevemente a la mujer, para luego repasar todo el lugar, en busca del joven.

—El tiempo se nos pasó volando, Lucy; díles, por favor, que me disculpen, que en dos minutos estoy con ellos —pidió, sonriéndole.

—Por supuesto, señorita, con su permiso.

—Será mejor que yo también me vaya para que pueda prepararse —mencionó, caminando hacia la puerta.

—No es necesario, ya casi estoy lista..., solo necesitaba mi libreto y las gotas de menta que me prepara Carol —dijo, poniéndose un poco en la lengua—. ¿Quieres probarlo? —preguntó al ver que miraba con interés la pequeña botella.

—No, gracias..., no soy cantante, no necesito nada de eso —esbozó sin querer sonar grosero, era solo que no quería verse expuesto, ya que sí lo hacía, pero más como un pasatiempo. Era algo que nadie sabía, lo había mantenido oculto de todos.

—Recuerdo que cuando pequeño te gustaba, incluso, me acompañabas en algunas canciones.

—Eso fue hace mucho, ahora será mejor darnos prisas o el director la reprenderá por hacerlos esperar —dijo y salió.

Amelia sonrió al ver que estaba huyendo, podía haber pasado mucho tiempo lejos de él, pero una madre conocía la esencia, los sueños y las tristezas de un hijo solo con mirarlo, y algo le decía que Terrence ocultaba mucho tras esa aparente indiferencia.

Sin embargo, se recordó que no debía presionarlo, además, le había prometido que a su lado sería libre para elegir su camino.

—Ven, quiero presentarte a mis compañeros —mencionó, al tiempo que lo tomaba de la mano y lo guiaba al centro del escenario, donde ya varios la esperaban.

—Madre, ¿no cree que es mejor dejarlo para después? —sugirió, sintiéndose algo nervioso.

—Oh, cariño, no te harán nada —acotó al ver que miraba a los otros con temor, aunque intentaba ocultarlo—. Son maravillosas personas, además, quiero que todo el mundo te conozca, que sepan que tengo un hermoso hijo, al que adoro y del que me siento muy orgullosa —expresó, mirándolo a los ojos.

Las palabras de Amelia, en lugar de alejar el nerviosismo de él, solo lo acrecentaron y, la tensión que invadió su cuerpo, fue el reflejo de ello. Sentía que estaba clavado en ese lugar, pero la sonrisa de su madre lo animó a ser valiente, comprendiendo que no tenía nada de qué temer; por el contrario,

debería estar feliz de que, por fin, uno de sus padres lo mostrase con orgullo.

—Está bien —respondió.

La sonrisa en los labios de su madre se hizo más amplia, le entregó un beso en la mejilla para reforzar su confianza. Luego, caminó con él, demostrándole que en verdad deseaba hacerlo, y no que solo estaba cumpliendo con su obligación; como seguramente le diría al duque, si estuviera en su lugar.

—Hola, disculpen la demora... —anunció su llegada y todos se volvieron a mirarla—. Chicos, permítanme presentarles a mi hijo. Vino conmigo de Inglaterra, hace un par de semanas —pronunció con una mezcla de felicidad y nervios.

—Con que ese fue el motivo de tu repentino viaje, Amelia —mencionó el director, fijando su mirada en el chico, quien tenía algunos rasgos de la soprano, como el color de sus ojos—. Es un placer, Arturo Toscanini —dijo, ofreciéndole la mano.

—El placer es mío, señor Toscanini —respondió, recibéndola con un apretón firme—. Terrence Danchester Gavazzeni —dijo, siendo completamente sincero, pues sabía quién era el hombre frente a él.

Aunque su padre siempre se opuso a que tuviera acceso al mundo de la ópera, él, en su afán de contradecirlo, cada vez que tenía oportunidad, buscaba la manera de estar cerca de este. Cuando estaba en el palacio, robaba las invitaciones que le llegaban y se fugaba para ir a las funciones, aunque nunca consiguió estar en una donde su madre se presentase; quizá porque ella nunca dio una en Inglaterra.

Ahora entendía que su temor de hacía unos minutos, se debía a que estaba a punto de conocer a personas a las que admiraba profundamente, a quienes consideraba prodigiosos. Y su corazón lo confirmó al dar un brinco, cuando su vista se encontró con la del hombre que se acercaba a él, con una mirada cargada de sorpresa y una sonrisa algo dudosa.

—Encantado, Enrico Caruso. —Le extendió la mano, no lo veía como hacían la mayoría de las personas cuando lo conocían.

—Terrence Danchester Gavazzeni, es un placer conocerlo, señor Caruso —expresó, emocionado como un chiquillo, pero se irguió para mostrarse más maduro, al ver que el hombre le sonreía, divertido.

—Soy un gran amigo de tu madre... Cuando me hablaba de su hijo, me imaginaba a un niño de unos doce años, como mucho, pero veo que eres todo un hombre, Terrence.



—Para mí siempre será un niño —acotó Amelia.

—Dentro de algunos meses cumpliré dieciocho, madre. —Le recordó, sintiéndose algo avergonzado por el comentario.

—¡Vaya que has crecido, muchacho! Mucho gusto, Ernest Aldridge. —El productor se presentó, extendiéndole la mano, mientras lo miraba detalladamente, sintiendo que era como regresar en el tiempo y estar frente a aquel conde, que le quitó toda posibilidad de conquistar el corazón de Amelia.

—Encantado, señor Aldridge —pronunció, notando que este parecía estar tenso por su presencia; tal vez, porque estaba retrasando los ensayos—. Siento estar ocupándolos, iré detrás del telón para que puedan iniciar.

—No te preocupes, no es necesario que te retires, ve a sentarte en una de aquellas butacas, por favor —pidió, apartando la mirada de él, porque incluso su tono de voz le recordaba al padre.

—Ve, cariño. —Amelia le dio una caricia en el brazo mientras lo miraba a los ojos y le sonreía, buscando se sintiera en confianza.

Terrence asintió y caminó con cuidado para bajar, ocupó una de las butacas de la primera fila y se dispuso a disfrutar de un espectáculo privilegiado. Su corazón se llenó de regocijo cuando las primeras notas inundaron el espacio y las luces que hasta ese momento habían estado tenues, se alzaron, mostrando el esplendoroso escenario de la Ópera Metropolitana de Nueva York.

Su madre, como siempre, se lució, provocando en él, un sentimiento de orgullo que nunca había experimentado; era, sencillamente, extraordinaria, hermosa y derrochaba carisma; ahora comprendía porqué la miserable de la duquesa sentía tanto odio hacia ella. También comprendió porqué su padre era un hombre amargado y resentido. Haber perdido a una mujer como Amelia Gavazzeni y tener que unir su vida a la de una como Katrina Clydesdale, era para considerarse el hombre más desgraciado sobre la tierra.

En ese instante, sintió lástima por él, y se preguntó cómo hubiera sido Benjen Danchester si se hubiese quedado junto a su madre, si hubiera rechazado las órdenes de su abuelo, Christopher. Así como lo hizo el padre de Victoria, quien se enfrentó al mundo entero con tal de estar al lado de la mujer que amaba.

Recordar, en ese momento, al padre de Victoria, hizo que sus pensamientos, inevitablemente, se fuesen hacia ella; imaginó lo maravilloso que sería llevarla a ese lugar, que viera la magnificencia del teatro y sintiera

el poder de la ópera.

—Deberías decidirte de una buena vez y enviarle esa carta, seguramente se pondrá feliz cuando sepa que estás en Nueva York y que te has reconciliado con tu madre. —Se dijo en un susurro, permitiendo que la esperanza hiciera nido dentro de su pecho, y una sonrisa se dibujó en sus labios—. O a lo mejor te responda reafirmando su postura de no querer verte nunca más.

Nuevamente el amor que sentía por Victoria y su orgullo herido se peleaban, llevándolo a un estado de confusión que lo desesperaba, lo hacía sentir frustrado y lo ponía de muy mal humor. Por lo que intentó enfocarse en los ensayos de Tosca, relajándose en la butaca y alejando de su cabeza cualquier pensamiento que tuviera que ver con su exnovia.

Al finalizar, subió al escenario y los actores se acercaron hasta él para preguntarle sus impresiones, algo que lo hizo sentir muy halagado y también intimidado. Sin embargo, se esforzó por mostrarse ecuánime y dar opiniones que nacieran de su admiración, pero al mismo tiempo, que no lo hicieran ver como un tonto, de esos que tanto odiaba, pues solo repetían como loros lo que opinaban los críticos.

Por suerte, todos quedaron contentos y agradecidos con sus comentarios; lo invitaron a estar presente en el próximo ensayo, a lo que él accedió, sintiéndose honrado. Sin sospechar que, en el fondo, las intenciones de Caruso y Toscanini eran otras, ellos sabían que el canto era un don que se llevaba en la sangre y, a lo mejor, Terrence, lo tenía.

Se habían dado cuenta de ello por su manera de expresarse, y su tono de voz, que para ser el de un chico de diecisiete años, era bastante grave, con cierta musicalidad y nitidez; así que, querían descubrir si había heredado la potencia vocal de Amelia, y si era así, comenzar a aprovecharlo cuanto antes.

## Capítulo 8

Amelia también había notado la desenvoltura con que su hijo hablaba del tema, sorprendiéndose, además, por el extenso conocimiento que tenía de algunas técnicas; algo que era raro, pues podía asegurar que no fue gracias a Benjen que lo adquirió. Así que, cuando Enrico y el maestro Toscanini le hicieron la invitación, y él aceptó; ella se sintió feliz, porque sería una manera de poder compartir su más grande pasión, con la persona que más amaba y la más importante de su vida.

Cuando salían del teatro hacia donde ya los esperaba el auto, ella sentía que caminaba entre nubes; ver la admiración reflejada en los ojos de Terrence, era uno de sus mayores sueños, era como volver a tener la mirada de su padre cuando la vio actuando por primera vez.

Aunque, si era sincera, sentía que necesitaba algo más, le hubiese encantado que la distancia que aún existía entre los dos desapareciera, por ello, se arriesgó a colgarse del brazo de su hijo, en un gesto cariñoso, y le dedicó una sonrisa cuando él la miró, algo sorprendido.

Terrence intentó mostrarse casual, si bien se sintió abrumado ante aquel gesto, luchó por no hacérselo notar, no quería que se sintiera rechazada. También le sonrió y después miró al frente, manteniendo el andar pausado que ambos llevaban; pensó que, quizá, si sus vidas hubiesen estado rodeadas por otras circunstancias, él le habría dado un beso en la frente o le hubiese hecho algún comentario cariñoso. Suponía que era lo que una madre esperaba de su hijo.

Sin embargo, llegaron al auto y no pudo hacer nada de eso, solo se quedó en su zona segura, detrás de esas murallas que había construido con los años y que solo una persona había logrado traspasar, su pecosa.

—Me alegra tanto que hayas venido conmigo, aunque me sorprendió que te gustara la ópera, pensé que tu padre haría que la odiases —dijo, cuando subieron al auto; sobre todo, obviar la desilusión que le causó no obtener una muestra de cariño de su hijo.

—Lo intentó, no solo él, también la duquesa... En el palacio está prohibido hablar de ópera, escucharla o asistir a algún evento. Pero yo

siempre me salía con la mía y lograba presenciar alguna, aunque solo ahora puedo verla a usted.

—Estuve dos veces, pero tú aún eras pequeño para ir. En cada ocasión luché por verte, y lo conseguía, pero solo desde lejos. Cuando debía regresar a América, dejaba los pedazos de mi corazón contigo... Me costaba respirar, comer, salir de mi cama, seguir con mi vida, con mi trabajo... Por eso decidí no volver. Fui una estúpida, lo sé.

—No tiene caso hablar de ello. —De nuevo, le rehuía a ese tema.

—Sé que no te gusta hablar de eso, pero a mí me sigue atormentando todo lo que pude hacer y no hice, saber que pude haber luchado más por ti —pronunció con la voz grave por las lágrimas que se alojaban en su garganta.

—No gana nada con seguir martirizándose con algo que ya no puede cambiar. No sé si pueda enmendarlo, pero sí puede aprovechar el presente. Pensemos en el futuro, madre —habló con esa madurez que lo caracterizaba. Le dio un suave apretón en la mano para consolarla, al ver que su mirada estaba cristalizada.

—Te prometo que lo haré —expresó, mientras mostraba una cálida sonrisa, se acercó suspirando y le dio un beso en la frente.

Terrence se dejó envolver en ese sentimiento maternal que Amelia le entregaba, y como si fuese lo más natural del mundo, se llevó la mano de ella a los labios para darle un beso. Fue un gesto que nació de la manera más espontánea y que lo hizo sentir bien consigo mismo, pues, poco a poco, se iba abriendo al amor de su madre, a ese que por tanto tiempo necesitó y del que ahora podía disfrutar, solo debía dejarlo fluir.

—Gracias, caballero —susurró, mirándolo con un amor infinito.

Horas después, cuando ya estaba por retirarse del comedor, Terrence se debatía entre pedirle a su madre que siguiera relatándole su vida o esperar un poco más, para que ella no se sintiera tan afectada por los recuerdos.

Hasta el momento, le había quedado claro que su niñez resultó ser bastante difícil y con muchas carencias, aunque, evidentemente, no de afecto, sino materiales; lo que, dentro de todo, no era tan malo.

—Supongo que debes estar exhausto, Terry —mencionó Amelia, antes de subir las escaleras.

—Sí, un poco, aunque más que cansado, estoy lleno de curiosidad —esbozó, sin poder esconder su deseo de conocer más de la vida de su madre.

—¿Curiosidad? —inquirió, intuyendo hacia dónde iba.

—Sí, deseo conocer más sobre usted, saber cómo fue que una chica de la

«pequeña Italia», terminó siendo una de las sopranos más famosas del mundo y conquistando al sobrino del rey Eduardo VII de Inglaterra —cuestionó, mostrando verdadero interés.

—Aún queda mucho por contar, pero si no tienes sueño, yo estaría encantada de hacerlo —contestó con una sonrisa.

—No tengo sueño —acotó, agradecido que desease complacerlo.

Su manera de tratarlo hacía que siguiese comparando al duque con Amelia, ambos eran tan distintos, que no podía entender cómo llegaron a tener una relación y concebirlo. Su padre; por ejemplo, nunca se abrió de esa manera con él, todo lo que conocía de la familia Danchester, era porque lo había leído en los libros, pero no porque Benjen se animase a contárselo; por eso, a veces, lo percibía como a un extraño.

—Está bien, pero vamos al estudio, quiero mostrarte algunas fotografías y así podrás ver cómo esa chica creció, convirtiéndose en la mujer que ves en este momento —expresó y su sonrisa se volvió más efusiva, caminó, haciéndole un ademán con la mano para que la siguiera, mientras iba recobrando sus recuerdos.

Amelia le pidió que tomara asiento en el largo sofá de cuero frente a la chimenea, esta se encontraba encendida, pues, hacía unas horas que ella había estado allí, repasando algunas escenas que debía mejorar.

—Estos son tus abuelos y tu tío Oliver, siempre te mostraba sus fotos, pero supongo que no los recuerdas. —Le hizo entrega de álbum.

—La verdad no recuerdo mucho de los años que viví con usted.

—No te preocupes, ahora tenemos una nueva oportunidad para crear muchos recuerdos y atesorarlos —expresó, viéndolo con verdadera emoción—. Mira, esta fue la primera foto donde yo aparezco—. Señaló una donde su madre tenía un avanzado estado de gravidez, al tiempo que sonreía.

Terrence también sonrió y siguió pasando las hojas, mientras Amelia le iba explicando cada una de las imágenes; le causó mucha ternura ver a su madre de niña, era una pequeña rubia de trenzas largas, grandes ojos y tupidas pestañas. De pronto, su imagen le trajo a la memoria el recuerdo de Victoria, ella tenía muchos rasgos parecidos a Amelia, incluso, en su personalidad eran muy parecidas, no se limitaban a la hora de demostrar sus sentimientos, ni esconder lo que pensaban.

—Esta fue del cumpleaños dieciocho de tu tío, recuerdo que mi madre le hizo un pastel, y mi padre una lasaña. Era la primera fiesta que se hacía en la casa, invitaron a los vecinos y todas las chicas estaban desesperadas por

atraer la atención de Oliver, pero él solo tenía ojos para Dorothy Wagner. Ese es un rasgo de los Gavazzeni, son hombres de una sola mujer —mencionó de manera casual, pero con la intención de que recordara a la chica que amaba, quería que luchara por ella.

—Te parecías mucho a la abuela —comentó, obviando el comentario de su madre, a veces Amelia era muy evidente con sus intenciones, así que supo que hablaba por su exnovia.

—Sí, nos parecíamos muchísimo —acotó, sonriendo más por la manera tan descarada con que Terrence evadía su comentario. Se recordó que no debía presionarlo, dejaría que su corazón fuese quien lo guiase; solo esperaba que no fuese tan indeciso, como su padre—. Después de la muerte de mi hermano, dejamos de tomarnos fotos por un tiempo, sentíamos que no sería lo mismo sin él, mucho menos después de que se fue mamá.

—Comprendo —murmuró Terrence, viendo la foto del cumpleaños, donde todos se veían tan felices—. ¿Siguió visitando la casa de la ópera? —preguntó para hacer que hablase de un tema más alegre, queriendo alejar la tristeza de ella.

—Sí, a menudo mi padre me llevaba a escondidas y podía ver los ensayos, no podíamos costear los boletos para la función. Yo, cada vez, me enamoraba más de ese lugar, del canto, del histrionismo de los cantantes y del escenario; así que, mi padre, me preparó una sorpresa, en vacaciones viajamos a Italia, para visitar a la abuela, papá estaba seguro de que ella alejaría la pena de nuestros corazones.

Terrence vio cómo la emoción hacía destellar los ojos de su madre, ella le parecía una mujer tan auténtica y apasionada, supuso que eso fue lo que cautivó al duque, ya que no eran cualidades que pudiera encontrar en alguna mujer de la realeza. Ese mundo era demasiado falso y frío, allí solo importaba cubrir las apariencias, seguir el estúpido protocolo y mostrarse como maniquíes de aparador, como un ser insensible.

—La abuela tenía un amigo tramoyero en La Scala, y cuando papá le contó lo bien que cantaba y lo mucho que me gustaba la ópera, le pidió que nos encontrara entradas. Ese día fue mágico..., tener la oportunidad de ver a Gemma Bellincioni, era extraordinario, ella era excelente, desbordaba pasión y sentimiento en el escenario; el público lloraba cuando ella lo hacía o sonreía o enfurecía... Podía transmitir cada sentimiento tan bien que, en ese momento, lo supe. Solo tenía once años, pero supe lo que quería ser en la vida, quería ser como ella.

—Creo que lo ha conseguido —mencionó Terrence, mirándola con orgullo, realmente admiraba a su madre.

—Gracias, cariño. —Tomó su mano con ternura, para agradecerle—. Ese día, no solo la vi en el escenario, el amigo de mi abuela nos llevó a los camerinos y nos presentó. Yo estaba muerta de miedo, todo el cuerpo me temblaba y apenas podía respirar cuando estuvimos frente a su puerta.

Él reconocía esa sensación, era algo parecido a lo que sintió esa tarde, cuando su madre le presentó a sus compañeros, y ni siquiera sabía a ciencia cierta por qué. No tenía una pasión como la que mostraba su madre por el canto, al menos no lo sentía de esa manera; le gustaba y algunas veces lo había hecho en la soledad de su habitación en el internado, pero no se veía siendo parte de ese mundo; la verdad era que se sentía algo extraviado.

—¿Qué sucedió cuando la vio? —inquirió para alejar de su cabeza esos pensamientos que lo confundían y lo atormentaban, ya más adelante buscaría su manera de encajar en algún lugar.

—Era encantadora, no solo en el escenario; nos trató como amigos y, cuando mi abuela, con su habitual entusiasmo, le dijo que yo también cantaba, me pidió hacerlo... Te juro que sentí que mi voz desaparecía y mi corazón se detuvo, pero la mirada de mi padre me animó y me llenó de confianza. Comencé a cantar la canción favorita de mi madre, ella debió ver algo en mí, porque le dijo a tu abuelo que me llevase al día siguiente a los ensayos... Ese día mi vida cambió.

—¿Gemma Bellincioni fue quien le enseñó la técnica?

—No solo eso, me enseñó casi todo lo que sé, desde la expresión corporal, cómo cuidar mi voz, hasta lo que debía comer y cómo debía dormir —comentó, sonriendo; aunque al principio sufrió mucho porque la soprano era estricta en ocasiones—. Lo más difícil fue separarme de papá, él debió regresar a América, yo me quedé con la abuela, no solo para educarme en el canto, sino porque estaría mejor sin tener la responsabilidad de llevar una casa.

—Imagino que fue difícil para usted —dijo desde la experiencia, recordando lo duro que fue para él los primeros años sin ella.

—Lo fue, pero sabía que el sacrificio que estábamos haciendo sería recompensado más adelante. Los años pasaron y yo comencé a hacer pequeñas presentaciones, ahorraba para pagarme un boleto de barco, quería ver a mi padre. Cuando llegué, lo encontré muy enfermo, la soledad lo había envejecido, y yo me sentí tan culpable de haberlo dejado por tanto tiempo;

gasté todo lo que tenía en médicos, y valió la pena, él mejoró. Luego de un mes, me presenté en la casa de la ópera, habían abierto audiciones para La traviata, y yo me sentía preparada para ser Violetta —relató, viendo la expectativa en la mirada de su hijo.

—¿Obtuvo el papel? —preguntó Terrence, sin poder contener su curiosidad, sintiendo que le hubiese gustado tanto estar allí.

—Sí, Gemma me había educado bien, aunque estuve a punto de perderlo, cuando se enteraron de que provenía de la calle Mulberry. Las otras aspirantes pertenecían a familias de la alta sociedad, mientras que yo era la hija de un obrero. Le rogué al director para que me diera la oportunidad, hasta que accedió, aun contra las exigencias de los accionistas del lugar, quienes decían que, tener a una desconocida, no atraería al público.

—Dígame que hizo que se tragaran sus palabras —demandó, mostrando su enfado por como la habían tratado.

—No estaría donde estoy si no lo hubiese hecho —respondió con una sonrisa ancha—. La noche de la premier era un lleno total, a la prensa se le dijo que era una cantante italiana, que había estudiado con la gran Gemma Bellincioni, y que ya había hecho presentaciones en La Scala y La Fenice. Me presentaron como una chica pudiente, lo que me hizo sentir furiosa, pero sabía que no podía hacer nada, al menos no en ese momento; solo exigí que mi padre y mi abuela estuvieran presentes, ellos merecían verme en mi primer protagónico, además, los necesitaba para sentirme segura, por ellos di lo mejor de mí y, al finalizar, el público estaba de pie, aplaudiendo a todo el elenco. Los diarios se desbordaron en elogios para todos, pero especialmente para mí, las envidiosas decían que solo era porque representaba una novedad, y le contaron a la prensa la verdad sobre mi origen, mostrando fotos del edificio donde vivía.

—Malditas víboras —espetó, imaginando que esas mujeres eran iguales a su madrastra.

—No te molestes, corazón... Eso, en lugar de perjudicarme, me benefició, las entradas se agotaban, quizá era el morbo de ver a una chica de la pequeña Italia, siendo la estrella de La Traviata, y para cuando acabó la temporada, yo tenía a tres pretendientes que me ofrecían mejores lugares donde vivir; sin embargo, los rechacé y me quedé junto a mi familia; nada ni nadie haría que me avergonzase de ellos o que me vendiera por un techo; ya tenía uno y era feliz en este.

Conocer el pasado de Amelia le ayudaba a Terrence a comprender las



decisiones que había tomado en la vida, muchas veces la juzgó por no haber cedido a las condiciones de su padre; sin embargo, ahora le aplaudía que lo hubiese hecho, porque le mostraba lo que era la dignidad. Estaba seguro de que no se sentiría orgulloso de ella, si hubiera aceptado ser la amante del duque.

—¿Uno de esos pretendientes era mi padre? —preguntó, suponiéndolo, pues el duque siempre decía que su madre era el ser más soberbio sobre la tierra, que por eso no pensó en él.

—No, a tu padre lo conocí un año después, cuando ya tenía cierto renombre y una casa propia. La había comprado por indicación del doctor, cuando mi padre tuvo una recaída, dijo que el ambiente húmedo del apartamento le afectaba.

—¿El duque conoció a mi abuelo? —preguntó, sintiéndose interesado de saber por qué Benjen no le respondió a nadie por haberse aprovechado de su madre.

—No, mi padre murió tres meses antes y, como imaginarás, yo quedé desolada; de no ser por mi abuela, hubiese quedado sola en el mundo. Sin embargo, una de las últimas cosas que me pidió tu abuelo fue que nunca dejase de cantar, me dijo que así lo honraría a él, a mamá y a Oliver. Así lo hice, una semana después de su muerte, regresé al escenario y le dediqué esa pieza a mi familia, pero en especial, a él; pues, fue quien siempre creyó en mis sueños y me apoyó. —Intentó sonreír, no quería que esa parte de su vida también lo entristeciera a él.

—¿Mi padre estaba al tanto de tu vida?, ¿de tu pasado?, ¿de tus pérdidas? —inquirió, deseoso de saberlo todo.

—Benjen se convirtió en mi refugio; al principio, desconfiaba de él, como de todos los hombres; sabía perfectamente lo que buscaban, pero tu padre fue distinto. Es cierto que se mostró interesado en mí y comenzó a cortejarme, me enviaba flores al camerino, chocolates y tarjetas llenas de halagos.

—Como decenas de pretendientes más, imagino —expresó con una sonrisa burlona, hubiese dado lo que fuese por ver Benjen Danchester, compitiendo con otros, para atraer la atención de una chica.

—Sí, como decenas más —acotó ella, sonriendo con picardía—. Mi camerino parecía una floristería, cada noche; sin embargo, tu padre hizo algo que me llevó a considerarlo diferente a los demás. Benjen nunca se aprovechó de su posición para persuadirme de salir con él, no sobornaba a los trabajadores del teatro para que lo dejaran escabullirse en mi camerino,

aunque se esforzaba hasta lograr acercarse; se portó como un caballero y, eso, sin duda, despertó mi interés.

—Sí, pero después se portó como un miserable.

—Yo sé que..., que sientes mucho rencor hacia él, rencor que está justificado; créeme cuando te digo que nadie puede tener más deseos de odiar a tu padre que yo, Terry... Pero, a veces, las circunstancias nos llevan a tomar decisiones difíciles. —Vio que su hijo la miraba con asombro—. No lo estoy justificando, simplemente, no quiero que sigas albergando tanto resentimiento dentro de ti, eres tan joven y mereces llevar una vida libre de odios, de dolor y tristeza. —Usó un tono calmado, pues sabía que era un tema difícil.

—No puede pretender que seamos una familia, que olvide todo lo que tuve que pasar. —Se puso de pie sin esconder su rabia.

—No, sé que no es posible, que hay muchas heridas abiertas en cada uno, que debemos dejar que el tiempo las sane; solo te pido que no sigas alimentando ese rechazo dentro de ti. No quiero que seas una persona amargada y resentida el resto de tu vida, solo quiero que seas feliz —mencionó, levantándose para acercarse a él. Por nada del mundo querría perder todo lo que habían avanzado, le daba miedo.

—Bien, entonces, déjeme ir a mi propio ritmo. Iré a descansar, seguimos hablando mañana. Buenas noches.

Terrence salió de ese lugar sin siquiera darle un beso de buenas noches, estaba claro que se había molestado muchísimo, y Amelia se reprochó haber sido tan tonta; no podía comprender cómo arruinó ese momento tan especial.

Ella misma tardó muchísimos años para entender sus motivos, y después de un tiempo, simplemente, se negó a seguir juzgándolo y mantener vivo el rencor, pues, eso solo le daba el poder a Benjen de destruir cualquier posibilidad que ella tuviera de ser feliz.

—No quiero que te pase lo mismo, Terry... Ya has vivido mucho tiempo bajo el yugo de ese odio, debes liberarte y, aunque eso signifique tener que enfrentarme a tus demonios, lo haré, te juro que lo haré y te liberaré de todos.

Con esa convicción caminó para salir de ese lugar, miró, una última vez, el sillón donde había estado junto a su hijo, y se dijo en pensamientos que debía mantener la esperanza. Ya una vez hizo feliz a un Danchester, estaba segura de que podía hacerlo de nuevo con otro; sonrió y apagó la luz.

## Capítulo 9

Christian apenas podía controlar su ansiedad mientras esperaba la llegada de Patricia, se encontraba en la estación de trenes, junto a Sean, Victoria, Annette, la señora Parker y su tía Margot, quienes esperaban, con la misma expectativa, a la chica.

Gracias a la intervención de su tío Stephen, había conseguido que el señor O'Brien cediera a su petición de traerla a Los Estados Unidos, donde estaría a salvo del conflicto bélico que azotaba al viejo continente, y que tenía a todos bajo un horrible sentimiento de zozobra.

Patricia vendría en compañía de su abuela, la encantadora señora O'Brien, quien, prácticamente, se había hecho cargo de ella, luego de que quedara huérfana de madre, a los diez años. Esa fue una de las condiciones que puso el padre de la chica para que pudiera instalarse en Chicago, la otra era que, los jefes de la familia Anderson debían responder por la integridad de Patricia.

Por fin la vio bajar del vagón, y fue como si todo su mundo se iluminase, incluso, sintió como si el intenso frío de finales de otoño desapareciese por completo; ella hacía que todo fuese cálido y hermoso. Abriéndose paso entre el personal que ayudaban a los pasajeros con sus equipajes, se acercó sin llamarla, pues quería sorprenderla.

—Bienvenida —esbozó, deteniéndose detrás, y cuando ella giró para verlo, le dedicó una gran sonrisa.

—¡Christian! —exclamó con emoción y se abrazó a él, al tiempo que sentía que las lágrimas la desbordaban—. Te extrañé tanto, todos los días pensaba en ti —confesó con las mejillas sonrojadas y una gran sonrisa que iluminaba sus ojos.

—Yo también, tu recuerdo era lo primero que llegaba a mis pensamientos al despertar, y lo último antes de dormir.

A pesar de estar en medio de un mar de personas, no pudieron contener su emoción, y sus labios acabaron encontrándose en un beso cargado de ternura; solo eran inocentes roces de labios, pero provocaban ligeros estremecimientos en ambos.

—Jovencitos, muestren un poco más de mesura, estamos en público. —La voz enronquecida, por los años, y con una pizca de picardía de Marie O'Brien, los sustrajo de ese idílico momento.

—Lo siento, señora O'Brien. —Se excusó Christian.

—Discúlpanos, abuela —susurró Patricia, apenada.

—No tengo nada que disculparles, por mí, pueden mostrar su amor con libertad, pero sé que para otros, su comportamiento puede resultar escandaloso —dijo, echándole una mirada a Margot Anderson y a Karla Parker, quienes veían a la pareja con evidente descontento—. En cuanto a lo de «señora O'Brien», olvídate de eso, jovencito, pronto seremos familia, así que puedes llamarme: abuela Marie.

—¡Abuela! —Se quejó Patricia, avergonzada.

—¿Qué?, ¿no es cierto? Leí la carta donde tu novio le expresaba a mi hijo sus intenciones de casarse contigo, imagino que sigue teniéndolas, ¿no es así, Christian? —cuestionó, mirándolo.

—Por supuesto, señora..., abuela Marie —respondió con un asentimiento de cabeza, y miró a su novia para que supiera que lo había dicho en serio—. Sé que Patricia aún es joven y quizá desee esperar un poco más, pero si su padre lo aprueba y ella acepta, estaría honrado de ser su esposo —expresó con la mirada fija en los ojos oscuros de la chica que amaba y que en ese momento brillaban con emoción.

Ella no supo qué responder, lo amaba muchísimo; no obstante, no se sentía preparada para llevar la responsabilidad de una vida de casados, de un hogar o de los hijos que Dios les enviara.

—Bien, no tenemos que hablar ahora de ello, tenemos mucho tiempo para hacerlo —comentó Marie, al ver el terror y las dudas en la mirada de su nieta. Sabía que no estaba lista para afrontar algo así.

—¡Patty! ¡Qué alegría tenerte aquí! —expresó Victoria.

—Bienvenida, amiga, rogábamos todos los días para que tu padre accediera a dejarte venir —comentó Annette, uniéndose también.

—Muchas gracias, chicas, yo también estoy feliz de estar aquí, me sentía muy sola... La mitad de los alumnos no regresaron al colegio después del verano.

Sus palabras alertaron a Victoria, trayendo el recuerdo de Terrence hasta ella. Sabía que su novio o, mejor dicho, exnovio, saldría ese año del colegio, pero antes, debía rendir algunas pruebas.

Se vio tentada de preguntarle a Patricia por él, pues nadie mejor que ella

podía darle información; sin embargo, se contuvo, no quería mostrarse muy interesada, no delante de los chicos.

—Bienvenidas, señora y señorita O'Brien —mencionó Margot, con su habitual seriedad.

—Gracias por venir a recibirnos —respondió Marie, sonriéndole a la mujer, que parecía más vieja que ella, por lo amargada que se le veía.

—No tiene nada que agradecer, estaremos encantados de recibirlos en nuestra casa, mientras terminan de acondicionar la de ustedes. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Bastante tranquilo, a pesar de algunos pasajeros paranoicos, que veían amenazas en todas partes, y rumoraban que el ejército alemán tenía submarinos esperando órdenes de atacar a los trasatlánticos. Cosa más absurda, nadie es tan despiadado como para hundir un barco con miles de civiles a bordo, ni siquiera los alemanes —esbozó con seguridad, al tiempo que caminaba junto a la matrona de los Anderson.

—Esos hombres no tienen temor de Dios, no me extrañaría que esos rumores sean ciertos y que en cualquier momento ocurra una tragedia. Nuestro Señor no lo quiera —acotó Karla, al tiempo que unía sus manos en una súplica—. Por lo pronto, le pedí a mi esposo que no viajara a Europa hasta que todo acabase.

Victoria se mordía las ganas de preguntarle a Patricia por Terrence, y no era cuestión de orgullo, era solo que, no quería hacerlo delante de sus primos, porque sentía que ellos no la entenderían. Al final, ni ella misma se entendía, sus sentimientos eran confusos y pasaban del amor al odio en cuestión de minutos. El tiempo pasó y, cuando quiso reaccionar, se vio frente a su casa.

—Señora y señorita O'Brien, sean bienvenidas —mencionó Stephen, recibéndolas en el gran salón.

—Muchas gracias, señor Anderson —contestaron, al unísono.

—Me disculpo por no haber ido hasta la estación de trenes, pero tuve algunos compromisos inapelables.

—¡Oh, por favor! No se preocupe, no era necesario; además, su hermana y la señora Parker, me hicieron el viaje muy ameno; por cierto, tiene una hermosa casa —comentó Marie, sonriendo.

—Debe darle todo el crédito a Margot, ella es la dueña de este lugar y quien lo mantiene así —dijo, notando que su hermana se tensó.

—En ese caso, mis más sinceras felicitaciones, Margot; tiene usted un gusto exquisito.

—Muchas gracias, Marie —pronunció, mostrando una sonrisa amable, sintiéndose un poco extraña al llamarla así, pero había sido la petición de la mujer—. Permítanme conducir las hasta sus habitaciones, seguro estarán exhaustas por el viaje.

—Estás en lo cierto, los años no pasan en vano, querida, y el cuerpo se resiente con el más pequeño esfuerzo —comentó—. Fue un placer verte de nuevo, Karla, espero que podamos compartir más adelante y, gracias, una vez más, por tener la gentileza de recibirnos en la estación. —Le dijo, acercándose para darle un abrazo, con ella sentía más confianza, pues, la conocía desde hacía mucho más tiempo.

—Annette estaba ansiosa por ver a Patricia, y para mí fue un placer darte la bienvenida, Marie; así que, no tienes nada que agradecer. Solo espero tenerte en mi casa para cenar, una de estas noches —pidió y después de un par de besos en las mejillas, la vio subir las escaleras.

—Mamá..., me gustaría pedirte que me dejes pasar la noche aquí, Vicky y yo tenemos muchas cosas que contarle a Patty.

—Cariño, sabes bien que tu padre no estaría de acuerdo con algo así. —Le recordó sutilmente mientras la miraba a los ojos.

—Pero él no tiene por qué enterarse, está en Atlanta, ¿qué sentido tiene incomodarlo con esto? —cuestionó, intentando convencerla.

—No me gusta ocultarle cosas, bien sabes. Si lo deseas, podemos invitarlas a nuestra casa —dijo y soltó un pequeño suspiro cuando vio la desilusión apoderarse del bello semblante de su hija—. Por lo pronto, puedes quedarte toda la tarde y ponerte al día con las noticias, claro, si Patricia no se siente casada.

—No, no lo estoy, señora Parker, me encantaría compartir con Annette; la extrañé muchísimo, al igual que a Victoria.

—Bien, en ese caso, te puedes quedar; envió al chofer por ti a las cinco —indicó, acercándose para darle un abrazo; le dio un beso en la mejilla y le susurró—. Compórtate, Annie, no hagas que tu padre me reproche el dejarte aquí sola.

—Te prometo que no tendrás ninguna queja, gracias por confiar en mí —expresó, sonriendo y le dio otro beso.

—No se preocupe, señora Parker, le aseguro que su hija estará bien protegida. —Stephen comprendía la preocupación de la mujer, el esposo era un hombre bastante intransigente.

—Gracias, señor Anderson, ahora me despido, que tenga buena tarde —

dijo, sonriéndole al caballero.

—Igual para usted. —La vio salir y se volvió a mirar al grupo de chicas, se veían realmente felices de volver a estar juntas—. Vicky, espera un momento, necesito hablar contigo.

—Claro, papá... ¿De qué se trata? —inquirió, un tanto sorprendida.

—Ha llegado una carta...

—¿De Londres? —preguntó sin poder esconder su ansiedad; aunque apenas hacía una semana que le había escrito a Terrence, pensó que, tal vez, era la respuesta que estaba esperando.

—No —respondió y vio cómo la tristeza se apoderaba del dulce rostro de su pequeña—. Lo siento, viene de Nueva York.

—¿De Nueva York? No conozco a nadie allá. ¿Quién la envía?

—Amelia Gavazzeni, la envía junto a invitaciones para la familia, pero especialmente para ti. Quiere que asistas a la premier de «Tosca».

—¿Amelia Gavazzeni? —cuestionó, asombrada.

—Sí, así es. Debo confesar que estoy sorprendido, en la misma medida que intrigado... ¿De dónde conoces a la señorita Gavazzeni? —inquirió, mirándola, tan extrañado como su hija.

—Es la madre de Terrence —respondió, sintiendo que el corazón, cada vez, le latía más rápido.

—¿La madre de Danchester? —intervino Sean.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Christian.

—¿Amelia Gavazzeni es la madre de Terry? —Patricia no pudo evitar interferir, desconcertada.

—¡Vaya! Es increíble —expresó Annette.

—Es una historia muy larga y complicada, que solo Terry les podrá confiar, sería una deslealtad de mi parte, ventilar su vida privada sin su consentimiento —respondió para liberarse del interrogatorio—. ¿Qué dice la carta, papá? —De momento eso era lo que más le interesaba.

—Como dije, es una invitación. Dice que le encantaría tenerte en Nueva York, para el estreno de la obra, que allá te aguarda una sorpresa —contestó, intuyendo a lo que la mujer podía referirse.

—¿En serio? ¡Quiero verla! ¿Dónde está la carta? —Victoria necesitaba comprobar por ella misma cada letra que la madre de Terrence había escrito, apenas podía creerlo y estaba muy emocionada.

—En resumen, es lo que dice, pero si no confías en la palabra de tu padre y quieres verla, ven conmigo al despacho, la dejé allí junto a las invitaciones.

—Intentó mostrarse serio, pero su mirada sonreía.

—Por supuesto que confío en ti, papá... Es solo que, yo...

—Lo sé, lo sé, princesa. Solo estoy bromeando, ven, vamos para que la leas —pidió, ofreciéndole su mano.

—Gracias... —esbozó, sonriendo—. Chicas, en un momento estoy con ustedes. —Tanto Annette como Patricia asintieron, ilusionadas.

Victoria caminó junto a su padre, sintiendo que, a cada paso que daba, la ansiedad y la expectativa crecían dentro de ella, mientras imaginaba todo lo que podía significar esa invitación.

Entraron y Stephen caminó hasta el enorme escritorio de roble rojo que, junto a las estanterías repletas de libros, dominaban todo el lugar al que Victoria pocas veces había entrado.

—Aquí está. El estreno es la próxima semana.

—¿Podemos ir?, ¿verdad, papi? —preguntó, rogando internamente para que su padre dijese que sí.

—Llevo un tiempo aplazando un viaje a Nueva York, puedo hacer los arreglos para que podamos asistir.

—¡Gracias, muchas gracias, papá! —expresó, emocionada, y se dispuso a leer, sin poder borrar la enorme sonrisa que hacía brillar sus hermosos ojos.

—No tienes nada que agradecer, soy tu padre, Vicky. Haría lo que fuera por verte feliz —comentó, acariciándole el cabello—. ¿Quieres que te deje sola? —inquirió al verla tan concentrada.

—No, no hace falta..., casi la termino —respondió, pasando su mirada por las últimas líneas, escritas con una caligrafía verdaderamente pulcra y elegante.

Al terminarla, soltó un jadeo cargado de emoción y se llevó la hoja al pecho, apretándola fuertemente contra su corazón, el mismo que latía con mucho ímpetu. Se sentía tan feliz, que no tenía palabras para expresarlo, quería reír, gritar y hasta bailar, y lo hubiese hecho, de no quedar ante su padre como una loca, y sí lo estaba, pero de alegría.

—¿Y bien? —preguntó Stephen, sonriendo al ver cómo la felicidad volvía a iluminar el rostro de su pequeña.

—¡Quiere conocerme! —expresó, abriendo sus hipnotizantes ojos, que lucían tan brillantes como el sol.

—Sí, eso leí... Supongo que Terrence le habrá hablado de ti.

—Pero... ¿cómo?, ¿cuándo? —cuestionó, mirando de nuevo la carta, todo era tan confuso y sorprendente.



—Bueno, ella es su madre, Vicky, seguro tienen comunicación.

—Recuerda que te hablé de la relación que mantiene Terry con sus padres —acotó, mirándolo—. Por eso me resulta tan extraño que ella sepa de mí...

—Se mordió el labio y frunció el ceño, mientras trataba de dar con la verdad.

—¿Qué harás? —La miró fijamente, intentando adivinar lo que pasaba por esa cabecita.

—Ir, por supuesto, no puedo rechazar esta invitación. Y creo que sería apropiado escribirle una respuesta para confirmarle, ¿no lo crees? —preguntó.

—Sí, me parece lo más adecuado, ¿deseas hacerlo tú?

—Yo..., no sabría qué decirle, es mejor que lo hagas tú —pidió, rogándole con la mirada.

—Bien, busquemos una hoja. —Se sentó tras el escritorio.

—Gracias... —pronunció, suspirando de alivio.

Victoria tomó asiento en el sillón frente a él, mientras veía a su padre deslizar la estilográfica por la hoja; por momentos, estiraba el cuello para ver si alcanzaba a leer lo que escribía.

Los nervios y la ansiedad estaban haciendo estragos en ella, por ello, no dejaba de estrujar sus manos, al tiempo que pensaba en Terrence.

—Listo, creo que está bien... Por favor, léela y me dirás si le falta algo o la enviamos tal y como está —dijo, extendiéndosela.

Ella no pudo esconder el temblor que estremecía su mano, respiró profundo y mentalmente se exigió controlarse. Enfocó su mirada en el papel, leyendo rápidamente lo que decía; por suerte, su padre supo cómo responder, pues, ella, hubiese desechado unas cien hojas, hasta encontrar las palabras adecuadas o sentirse satisfecha con el contenido. La aprobó, sonriendo, al tiempo que asentía.

—Está perfecta, gracias, papá. —Se puso de pie y se acercó para abrazarlo y darle un beso cargado de todo su amor.

—De nada, cariño, la enviaré mañana a primera hora —mencionó, sonriéndole y dándole un beso en respuesta.

Stephen se sentía muy feliz de haberle dado esa alegría a su hija; después de todo, sabía que, en parte, era responsable de la desdicha de Victoria, y eso le partía el alma.

Solo esperaba que esa sorpresa, fuera lo que sospechaba, porque, entonces, su pequeña ya no tendría más motivos para estar triste, ni él para sentirse culpable.



## Capítulo 10

Terrence se encontraba deambulando por la casa. Después del altercado que tuvo con su madre, se había creado una especie de brecha entre los dos. Apenas compartieron algunas palabras las dos veces que la acompañó a los ensayos, aunque ella intentó que fueran más, él se había cerrado, para evitar que insistiera en eso de perdonar a su padre; no podía hacerlo, sencillamente, no podía.

Entró al estudio para buscar un libro, aunque en su habitación tenía varios, muchos ya los había leído y, otros, no le interesaban. Se acercó al estante para revisar, pero el álbum de fotos que estaba viendo junto a su madre, el día que discutieron, captó poderosamente su atención.

—Debería olvidarme de todo esto, ya no tiene caso saber más, nada hará que el pasado cambie o que pueda olvidar lo que viví... ¿Qué sentido tiene intentar comprender por qué el duque actuó como lo hizo? —Se preguntó en voz alta, dejando el álbum donde estaba, y enfocó su mirada en la estantería, pero, a los pocos segundos, se rindió a su curiosidad—. Esto no tiene nada que ver con él, sino con el pasado de mi madre y el mío.

Mientras pasaba las páginas, se encontró con una fotografía que lo dejó en choque, llegando incluso a perturbarlo; aun así, no fue capaz de apartar la mirada de la imagen. Respiró profundo al sentir que sus ojos se llenaban de lágrimas, negándose a derramar una sola; se había prometido no volver a hacerlo, mucho menos por Benjen Danchester.

La fotografía los mostraba a Amelia, al duque y a él, como una familia feliz; estaban bajo la sombra de un gran árbol, junto a un lago, en lo que parecía ser un parque. El duque lo tenía sentado en su regazo, mientras que, con un brazo, rodeaba los hombros de su madre y le daba un beso en la mejilla; ella se veía muy contenta, y su padre también; mientras él jugaba con el pequeño tren de madera que encontró en su armario el día que llegó.

Pasó a la siguiente, encontrándose con una imagen parecida, ahora era Amelia quien lo cargaba, mientras, su padre, sentado detrás de ella, los abrazaba a ambos, como queriendo protegerlos o poder mantenerlos cerca de

él; esta vez, los tres miraban a la cámara.

De pronto, sintió como si hubiese regresado en el tiempo y recordó ese preciso instante, aunque vagamente, pues solo tenía unos cinco años. Ahora, viendo la foto, reconoció que esa fue la última vez que vio sonreír a su padre; después de ese día, todo cambió.

—Con que aquí estás..., te buscaba para... —Amelia entró con una gran sonrisa, acababa de llegar del teatro para almorzar junto a su hijo—. ¿Sucedó algo? —preguntó al ver su semblante contrariado.

—Sí —respondió, levantándose y llevando el álbum con él—. Recuerdo parte de este día, fuimos de picnic y ustedes estaban tan felices..., enamorados. ¿Qué pasó después?, ¿por qué se separaron? —demandó, acercándose y mostrándole la imagen.

—Dijiste que no te hablara más de él —contestó nerviosa.

—Lo que dije ya no importa, necesito respuestas y comprender el proceder del duque, entender por qué, si él sabía de todo lo que usted había pasado y estaba tan enamorado, como parece estar en estas fotografías, la dejó y me apartó de su lado, por qué solo he recibido su indiferencia e imposiciones —cuestionó con la voz vibrándole por la marea de emociones en su interior.

—Por tu abuelo..., nos separamos por exigencia de tu abuelo. Christopher estaba muy enfermo y el ducado apenas empezaba a recuperarse, luego de estar al borde de la ruina. Tu padre debía estar al frente de todos los negocios y no podía separarse de su esposa, ya tenía un hijo con ella... Benjen tuvo que tomar una decisión y, lo hizo, solo eso —contestó sin querer entrar en detalles.

—¿Y por qué, simplemente, no se fue y me dejó con usted? Eso hubiese hecho un buen hombre, anteponer la felicidad de la mujer que amaba y de su hijo, pero él fue egoísta y malvado; todavía no entiendo cómo puede pretender que no lo odie o como no lo hace usted.

—Intenta calmarte, Terrence, por favor —pidió al verlo tan alterado—. No puedo explicarte cómo sucedieron las cosas, si sigues juzgando, sin conocer la verdad. Si deseas escuchar lo que pasó, tendrás que prometerme que no me interrumpirás, ya después podrás decidir si seguir odiando a tu padre o intentar comprenderlo y perdonarlo.

La molestia en él, era tan grande, que dudó entre quedarse allí o marcharse y olvidarse, de una vez por todas, de Benjen, pero algo en su interior le gritaba que le diese esa oportunidad o viviría para siempre lleno de dudas y

resentimiento.

Asintió, sin suavizar la dureza que dominaba su semblante, y caminó junto a ella hasta el sillón, intentando relajarse, pues, la rabia había hecho que su cuerpo se tensara como una piedra.

—Terry, te aseguro que esto te hará bien —pronunció, queriendo acariciarle la mejilla y alejar todo ese rencor que llevaba dentro de él, pero se contuvo, para que no creyese que quería coaccionarlo; respiró profundo y comenzó—. Cuando conocí a tu padre, ambos éramos muy jóvenes, yo tenía poco más de dieciséis años y, él, apenas cumplía veintiuno, pero ya llevaba sobre su espalda muchas responsabilidades. Para ese momento, era el conde de Nottingham, estaba en América cumpliendo con una gira diplomática; por ese motivo coincidimos en varios eventos, pues, en cada ciudad que nos presentábamos, los alcaldes organizaban una velada, y ambos éramos invitados.

Amelia notó su interés, así como su impaciencia. Suponía que deseaba escuchar las razones que tuvo Benjen para separarlos, y las que tuvo ella para no enfrentarlo e impedirlo.

—Te ahorraré todo lo que fue ese noviazgo fugaz que tuvimos, porque sé que no estás interesado en conocerlo —dijo y vio cómo elevó una ceja, como dándole a entender que estaba en lo cierto, y pensó que su hijo en verdad estaba muy amargado; no comprendía siquiera cómo había llegado a enamorarse de esa joven, Victoria.

—Podría hacer un resumen, si lo desea. —No quiso parecer grosero, pero la verdad no le importaba, aunque sí lo intrigaba.

—Bien..., después de coincidir en varias oportunidades, comenzamos a vernos fuera de esos eventos, como te dije, tu padre me trataba de manera distinta, era interesante, apuesto, educado... y, por primera vez en mi vida, me sentía deslumbrada por un caballero. Así que, cuando me confesó sus sentimientos y me pidió que fuera su novia, acepté sin pensarlo mucho, los meses siguientes fueron maravillosos, aunque muy cortos. Él debía regresar a Londres y me pidió que lo acompañara, quería presentarme con el duque, para pedir su consentimiento; como imaginarás, yo estaba feliz, iba a casarme con el hombre de mis sueños. —La sonrisa que dejó ver no pudo ocultar la tristeza en su mirada, ni la nostalgia que la invadió.

—¿Ya me esperaba?, ¿por eso debían casarse pronto? —cuestionó, creyendo que ese fue el motivo real de la prisa.

—No..., nada de eso —contestó, negando con la cabeza—. Tu padre

siempre me respetó, incluso, durante el viaje a Europa, ocupamos camarotes separados; yo me llevé una dama de compañía, porque mi abuela, por su avanzada edad, no podía hacer un viaje tan largo. Llegamos a Londres con la ilusión de casarnos en cuanto tuviéramos la aprobación de tu abuelo, pero él no se encontraba, había viajado a Italia por asuntos del ducado y tardaría un par de semanas; así que, Benjen, pensó en aprovechar esos días libres y me llevó a Escocia, su lugar favorito en el mundo —expresó y, una vez más, la nostalgia la invadía.

A Terrence le sorprendió escuchar eso, ya que su padre nunca visitaba ese lugar, al menos, no que él supiera; había dejado la villa al cuidado de los sirvientes; no obstante, no se lo hizo saber a su madre, para no romper su ilusión. Sabía que era demasiado cruel decirle que el duque la había engañado para llevarla a ese lugar e, indudablemente, aprovecharse de su inocencia.

—Ese rincón del mundo es maravilloso, mágico... De verdad me enamoré de este, pasé los mejores días de mi vida allí —mencionó, captando la atención de su hijo—. Y como habrás de suponer, fue allí donde te concebimos, nos dejamos llevar por nuestros sentimientos y nos entregamos al amor, jurándonos estar juntos por siempre.

Se quedó en silencio, el recuerdo le había secuestrado la voz; estaba a punto de ponerse a llorar, como años atrás, y sabía que no debía. Se había prometido dejar en el pasado ese amor, pero recordar todo eso, removía muchas cosas dentro de ella; respiró hondo para seguir.

—Imagino que, al regresar, mi abuelo los esperaba —comentó Terrence, para romper el pesado silencio. No quería que su madre se siguiera torturando con las falsas promesas del duque.

—Sí... —Se detuvo para aclarar su garganta—, estaba en Londres a nuestro regreso, era un hombre de carácter muy recio; no lo vi sonreír una sola vez, nos trataba con educación, pero nunca lo vi portarse cariñoso con Benjen, solo le daba órdenes.

—¿Qué dijo mi abuelo de sus planes de casarse?, ¿lo aprobó? —preguntó, obviando la forma en cómo su abuelo trataba a su padre; después de todo, esa parecía ser la única manera en la que los Danchester trataban a sus hijos, así que, no lo sorprendía ni lo conmovía, a él le había tocado vivir lo mismo.

—Fue esquivo, nunca nos dio su aprobación, decía que éramos muy jóvenes y que lo mejor era esperar; Benjen se sentía frustrado ante su actitud, pero yo lo comprendía y, en el fondo, también sentía que era muy pronto, porque sabía que casarme con tu padre significaría dejar atrás toda mi vida,

renunciar al teatro y mudarme a Inglaterra.

—Era un precio muy alto —mencionó Terrence, pensando que no haría que Victoria renunciase a tanto por estar junto a él.

—Sí, lo era, pero, estaba dispuesta a hacerlo; lo amaba, a su lado era plenamente feliz, como no lo había sido en mucho tiempo; además, deseaba tener una familia, llenar ese vacío de pertenencia, no estar tan sola en el mundo.

—Entonces, ¿por qué no se casaron a escondidas?

—Porque Benjen no deseaba actuar de esa manera, él quería contar con la bendición de su padre, hacer las cosas bien. Mientras esperábamos por su aprobación, recibí un telegrama, mi abuela había enfermado y tuve que tomar un barco para Nueva York. Tu padre prometió convencer al duque de aceptarme y venir a verme en cuanto le fuese posible... Pasaron dos meses para volver a verlo y, cuando sucedió, solo fue para enterarme de que estaba prometido a la hija del conde de Norfolk.

—Fue un miserable, la engañó —espetó Terrence, molesto.

—No, de ninguna manera fue así, Terry; tu abuelo había acordado ese compromiso poco después de que yo dejase Londres, fue él, quien nos engañó a los dos, pues, mientras me miraba a los ojos, solo pensaba en buscar una mujer que estuviese a la altura de tu padre; me veía como a un ser inferior, poco digna de ser, en un futuro, la duquesa de Oxford. De eso me enteré después —respondió y, esta vez, el rencor también impregnaba su voz y su mirada—. Tu padre intentó desafiarlo, pero Christopher Danchester tenía mucho poder sobre él, hasta lo chantajeó con su enfermedad, así que, Benjen, se vio tan presionado que, terminó cediendo y regresó a cumplir con su deber, sin saber que yo te llevaba en mi vientre.

—¿Por qué no se lo dijo? —La cuestionó, asombrado.

—Porque me sentía muy dolida, creía que me había engañado y que ese compromiso ya estaba arreglado, que solo había sido el juguete que lo entretuvo antes de casarse. Pero tu abuelo me dejó claro que había sido quien orquestó todo, cuando me envió una carta junto a un cheque para «compensarme» por todo lo sucedido. Lo hice trizas.

—No puedo creer que..., que mi abuelo haya sido tan cruel; recuerdo que fue una de las pocas personas que me trató bien, cuando llegué al palacio —comentó, sintiendo que el hombre al que le tuvo algo de estima, ahora también lo defraudaba.

—No puedo hablar por el tiempo que pasaste junto a él, porque no estuve

presente y, en parte, me alegra que haya sido bueno contigo, pero puedo hacerlo de lo que viví y, créeme, Christopher Danchester podía llegar a ser un hombre despiadado, que no se medía ante nada. Eso me quedó claro cuando tu padre regresó, seis años después, y se enteró de tu existencia; me pidió perdón, una y otra vez, e intentó quedarse conmigo; le escribió una carta a tu abuelo, en la que le anunciaba su deseo de iniciar el divorcio y abdicar a su título.

—¿Qué hizo mi abuelo? —inquirió, sin poder creer que su padre se hubiese atrevido a desafiar de esa manera al duque; siempre pensó que, Benjen, había actuado por codicia y que prefirió el ducado, a su madre.

—Se presentó en Nueva York, vino por tu padre y, al conocerte, también te volviste su objetivo. Benjen te había dado su apellido, compró una casa preciosa y nos mudamos allí; pensábamos que, en esa ocasión, sí estaríamos juntos para siempre; estábamos dispuestos a enfrentarnos a todo... Pero, una vez más, nos equivocábamos. Tu abuelo usó sus influencias y, como llevabas su apellido, sobornó a un juez para que le diera tu custodia. No sé lo que tu abuelo habló con tu padre, pero Benjen cambió drásticamente y dijo que debíamos terminar, porque él tenía una familia que lo esperaba en Londres. En ese momento, yo no sabía que tu abuelo había obtenido tu custodia y, me sentía tan decepcionada de tu padre, que le exigí que se marchara.

—¿Cree que mi abuelo lo amenazó?

—Creo que hizo más que eso, pero, el tiro de gracia vino cuando se presentó en nuestra casa para informarme que tú también te irías.

—¿Qué?, ¿cómo pudo ser tan cruel y egoísta? ¿Y por qué mi padre aceptó esa injusticia?

—Al principio, se opuso, y yo me sentí aliviada, no esperaba menos de él. A raíz de todos esos problemas, mi abuela sufrió un ataque al corazón y tuvimos que hospitalizarla... Yo no estaba en mi mejor momento económicamente, porque había pasado mucho tiempo sin trabajar para estar contigo y mantenerte lejos de la prensa. Así que, tu padre se encargó de todos los gastos.

—Era su obligación, velar por mi bienestar y el suyo; y bien que sabía lo que significaba su abuela para usted.

—Sucedieron muchas cosas que yo no comprendía..., y que me atormentaron durante mucho tiempo, pero ya no me hago preguntas sobre el pasado. Solo sé esa situación hizo que se pusiera del lado de tu abuelo, dijo que yo no tenía los medios para darte una buena educación o cubrir tus



necesidades, que lo mejor era que él se encargara de nosotros. Para ello, me sugirió trasladarme a Londres, que allí compraría una casa para ti y para mí; y que, si yo lo deseaba, podríamos seguir con nuestra relación, de forma clandestina.

—¿Cómo pudo atreverse a sugerirle algo así?

—Me sentí tan ofendida, que juro lo odié en ese momento, lo eché de mi casa y le dije que nunca más se le ocurriera regresar, que yo me haría cargo de todo, como lo había hecho hasta el momento. Pero, ante la insistencia de tu abuelo, ya Benjen no pudo hacer nada. Unos días después, él y tu padre, llegaron a buscarte, acompañados de un abogado y un oficial. Te juro que en ese momento quise morir; y a pesar de luchar con todas mis fuerzas por retenerte, no pude..., no pude hacerlo. —Tras decir esas palabras rompió en llanto y se acercó para abrazarlo, esperando que no la rechazara; necesitaba sentirlo allí.

—Tranquila..., tranquila... —susurró, acariciándole el cabello.

—Lo siento tanto..., nunca debí dejar que nos separaran.

—Estaba sola, no podía hacer nada... Ellos son los únicos culpables — pronunció, lleno de rabia.

—Tu padre intentó que las cosas fueran menos traumáticas para mí, me dijo que podía ir a verte y que te traería a visitarme, pero eso no aliviaba mi dolor; sentía que me estaban arrancando el alma cuando te vi partir... —Le acarició el rostro, pidiéndole perdón con ese gesto—. Pasó una semana y yo sentía que mi vida no tenía sentido sin ti, quería tomar un barco a Europa, pero no tenía dinero, aparte de que mi abuela seguía delicada. Tuve que esperar dos largos meses para por fin ir a verte y, cuando llegué, lo primero que hice fue correr al palacio, pero me negaron la entrada.

—¿Mi padre no estaba?

—Sí, pero no accedió a verme. Tu abuelo, en cambio, envió a su personal para que me alejaran de allí, me amenazaron con enviarme a la cárcel. Le dije que no me importaban sus amenazas, que no me movería de allí hasta verte. —explicó, luchando para poder seguir.

—Pero mi padre le había hecho una promesa.

—No la cumplió, solo accedió a que nos viéramos, una última vez, en otra de sus casas en Londres. Te llevó con él y me dijo que ya no podría volver a verte..., que regresara a América, continuara mi vida y me olvidara de él y de ti, que sería lo mejor para todos.

—¿Cómo pudo ser tan ruin, tan despreciable?

—Yo no comprendía lo que sucedía, solo me salía gritarle que lo odiaba, que lucharía por recuperarte; pero me confesó que no tenía caso, que su padre se había asegurado de invalidar cualquier acción que tomase tanto dentro como fuera de Inglaterra, que prefería enviarte a una casa hogar o darte en adopción.

—No entiendo cómo mi abuelo pudo ser tan vil con usted, y tan amable conmigo. No alcanzo a imaginar el daño que le causaron las palabras de mi padre.

—Quedé devastada, pues, estaba consciente de que no contaba con los medios para luchar contra ellos. No me quedó más que suplicarle a tu padre que cuidara mucho de ti, que te amara con toda su alma y que no dejara que me olvidaras.

Quiso decirle que su padre no había cumplido; al contrario, que siempre intentó hacer que la olvidara; que le molestaba que preguntara por ella, y que su idea de amarlo y cuidarlo fue enviarlo a un horrible internado. No obstante, ver a su madre tan afectada, se lo impidió.

—Nunca la olvidé, madre... Durante mucho tiempo guardé la esperanza de que llegara a buscarme —confesó, mirándola a los ojos, sintiendo que también estaba a punto de llorar.

—Siento tanto no haber insistido, debí regresar y robarte, de ser necesario... Lo pensé varias veces, pero siempre me acobardaba, porque creía que estabas bien, que él estaba cumpliendo con su palabra.

—Ya no se atormente, que a fin de cuentas, fue por mí, me salvó de ser enviado a la guerra.

—No me hubiese perdonado nunca si eso llegaba a suceder, tú has sido mi mayor razón para vivir, Terrence, aun estando lejos de mí. La esperanza de algún día poder verte y tenerte cerca eras lo que me daba fuerzas para seguir adelante... Te amo tanto, mi pequeño, tanto.

Ella lo abrazó con mucha fuerza, y él también se aferró a sus brazos, prometiéndose nunca más dejar que alguien los separase. Sentía que ahora podía comenzar a soltar esas cargas tan pesadas que lo sumieron en un pozo de amargura durante demasiado tiempo.

Tal vez, pasaría mucho para que pudiera perdonar a su padre, pues, no podía liberarlo de la responsabilidad que tuvo en todo lo que les tocó vivir a su madre y a él. Sin embargo, comprendía que, a su modo, intentó hacer lo mejor, pero le faltó valentía para revelarse ante su padre y luchar por su felicidad. Eso solo lo dejaba ante él, como un cobarde.



# Capítulo 11

Los automóviles de alquiler que transportaban a los Anderson, Parker y O'Brien, se estacionaron frente a la hermosa fachada del lujoso Hotel Palace, en Nueva York. No era la primera vez que los ojos de Victoria se maravillaban por la belleza del lugar, era donde siempre se hospedaban cuando llegaban a esa ciudad y, en esta ocasión, también lo harían sus invitadas, ya que los Anderson eran copropietarios del prestigioso recinto.

El entusiasmo de Victoria había contagiado también a sus dos amigas, quienes se emocionaron y se ofrecieron a acompañarla a la llamada «Gran Manzana», en cuanto les contó el contenido de la carta. Por tal motivo, les insistieron a sus familias hasta convencerlas, en el caso de Patricia, no fue muy difícil, pues Marie era su cómplice.

En cambio, Annette, tuvo las cosas un poco más complicadas, ya que el carácter de su padre, en algunos aspectos, era muy difícil, pero, al final, Karla consiguió convencerlo. Así era como se encontraban todos allí, emocionados, ansiosos y expectantes por la velada que tendría lugar esa noche; sobre todo, Victoria, quien apenas había dormido durante el trayecto en tren.

—Por fin hemos llegado —mencionó, una vez que su padre la ayudó a descender del coche. Alisó su vestido y se irguió, pues sabía que estaba bajo la mirada crítica de su tía Margot.

—Estabas tan desesperada por llegar, que pensé que en cualquier momento le quitarías el auto al chofer para conducir tú —acotó Annette, a modo de broma.

—Yo pensé lo mismo —dijo Patricia, sonriendo.

—Tampoco sean tan exageradas. —Se quejó Victoria.

Entraron al vestíbulo del hotel, decorado en un estilo del clásico barroco, mientras el personal se encargaba de sus equipajes. Ni siquiera debían pasar por la recepción para registrarse, ya el gerente se había encargado de todo; solo tenían que gestionar las llaves de sus habitaciones.

—Bienvenidos. —Los recibió Brandon, con una sonrisa mientras bajaba las escaleras, que eran el mayor atractivo de todo el lugar.

—¡Brandon, qué alegría verte! —habló Victoria, poniéndose de puntillas

para poder abrazarlo.

—Igual, Vicky. Cada día estás más hermosa.

—Gracias... Tú, cada día estás más alto, ya deja de crecer —esbozó, sonriendo y se colgó de su cuello para darle un beso en la mejilla.

—No tendrías que decírmelo solo a mí, mira cómo están Christian y Sean, dentro de poco me alcanzarán.

—A mí me falta muy poco, tío —pronunció Sean, irguiéndose, para parecer más alto, y le guiñó un ojo a su novia.

—Antes tendrás que pasarme a mí —indicó Christian, empujándolo con el hombro mientras reía.

—Chicos, compórtense —demandó Margot, ante esa infantil contienda.

—Permítales la broma, tía... Aún son unos chicos, no hay nada de malo en que jueguen de esa manera. —Brandon quería verlos felices, pues sabía que eso hubiese deseado su hermana Alicia—. Disculpen que no haya ido a buscarlos a la estación, pero tuve que ir a la facultad para entregar unos trabajos.

Se acercó para abrazar o darle la mano a cada uno de los presentes, la verdad es que había extrañado mucho su familia; pues, desde que regresaron de Europa, no había podido ir a Chicago. Tuvo que quedarse allí para seguir con sus estudios y por fin culminar el último año en la universidad.

—No te preocupes, hijo, lo importante es que estamos aquí. Cuéntame cómo te ha ido —intervino Stephen, notando las sombras oscuras bajo los ojos azules de su sobrino. Esperaba que fueran por los estudios y no por andar de fiesta, aunque, sinceramente, no lo creía. Brandon era muy responsable.

—Bastante bien, tío, las cosas son más fáciles estando aquí, aunque tenemos un par de profesores que enviaron desde Cambridge, y siguen con sus mismos métodos obsoletos; rechazan todo aquello que tenga que ver con la innovación; sin embargo, pierden su tiempo, es muy difícil que logren adoctrinarnos en Los Estados Unidos.

—No deberías expresarte de esa manera, esos profesores solo hacen su trabajo como consideran mejor. —Lo reprendió Margot, sin comprender ese desprecio que sentía Brandon hacia todo lo tradicional, tachándolo de malo y anticuado.

—Por suerte, vivimos en un país democrático, somos libres de expresarnos como deseemos, tía —respondió, mirándola de manera retadora, pero el toque de su tío sobre su hombro le hizo saber que era mejor dejarlo

pasar, no contradecirla delante de los demás.

—Dejemos el tema de lado y mejor vayamos a nuestras habitaciones, necesitamos descansar. El viaje fue bastante agotador y tenemos un compromiso esta noche —intervino Stephen, antes de que esos dos fuesen a iniciar una de sus acostumbradas batallas.

—Papá..., nosotras habíamos planeado ir de compras —mencionó Victoria, esa noche quería lucir muy hermosa y le había pedido a Annette que la asesorara con un nuevo vestido.

—No hay problema, cariño, pero descansa al menos un par de horas, casi no dormiste durante el viaje. —Sabía que su hija estaba muy ansiosa, pero no dejaría que se sobre exigiera.

—Tu papá tiene razón, Vicky, podemos ir después del almuerzo y pasamos también por un salón de belleza —comentó Annette—. Tenemos tiempo suficiente.

—Está bien, descansaremos un rato.

Victoria terminó aceptando, aunque sabía que no conseguiría dormir, ya que no dejaba de pensar en Terrence y lo que sucedería esa noche. Su habitación se comunicaba con la de su padre, a través de una puerta, lo había solicitado de esa manera porque, estando cerca de él, no se hacía a la idea de dormir sola, al menos no del todo.

Se quedó durante varios minutos observando por la ventana ese conglomerado de edificios, mientras se preguntaba si Terrence estaría en algún rincón de esa ciudad. La duda le encogía el corazón y la ponía más ansiosa de lo que ya estaba, sentía que no podía esperar a conocer a la señora Amelia Gavazzeni, y descubrir si su sorpresa era la que sospechaba.

—Mi mayor deseo es que estés aquí, que hayas venido por mí... Quiero saber si decidiste buscar a tu madre y pedirle ayuda porque me extrañabas, tanto como yo a ti. —Se dijo en voz alta, mientras trazaba con su dedo una línea en el cristal de la ventana, que estaba empañado por el frío que hacía afuera.

Suspiró, cerrando los ojos para evocar en sus pensamientos la imagen de su novio, al tiempo que su corazón latía lenta y dolorosamente. Recordó su sonrisa, su atractivo rostro, sus caricias tiernas y los besos que le daba, los que la hacían sentir que flotaba. Necesitaba verlo, aferrarse a él y nunca más soltarlo.

Terrence se encontraba inmóvil, encima del banquillo, mientras el sastre evaluaba el trabajo final del frac que su madre le había enviado a hacer. Él no

había estado muy a gusto con eso, pues había traído un par de esmóquines muy elegantes, que le hubiese ido a la perfección para el evento, no quería que ella gastase dinero en él, si no era necesario.

Además, a su favor tenía que, en América, las normas de etiqueta eran más relajadas que en Inglaterra; se permitía a los caballeros ser más flexibles a la hora de vestir para asistir a cenas o veladas como esas; sin embargo, Amelia insistió en hacerle ese regalo, diciendo que era una ocasión especial, pues, por primera vez, lo presentaría ante la prensa.

—Le quedó perfecto, señor Danchester —pronunció, fijándose en los hombros y el largo de las mangas—. Tiene usted un cuerpo armonioso, la altura y la complexión es la ideal para llevar uno de estos trajes —dijo, sonriendo, satisfecho.

—Gracias —murmuró, pensando que seguramente el hombre les decía lo mismo a todos sus clientes.

—Bien, estamos listos, ya puede ir a cambiarse. Lo enviaré antes de la seis de la tarde a casa de la señorita Gavazzeni.

—Señora, es: señora. Recuerde, es mi madre —indicó con algo de molestia, bajando mientras se desabotonaba la chaqueta.

—Por supuesto, disculpe, señor. —Se excusó, recibiendo la pieza que el joven le entregaba, y lo vio encaminarse al vestidor—. Está claro que no heredó el carisma de la madre, seguro que en ese aspecto se debe parecer al padre —comentó para sí mismo, en voz baja.

Un par de minutos después, Terrence salía del vestidor y le hacía entrega del resto del traje, le agradeció escuetamente por su trabajo y luego se marchó. No sabía por qué se encontraba de tan mal humor, quizá era por la ansiedad con la que había despertado esa mañana y a la que no le encontraba explicación.

—Señor, ¿necesita hacer algo más o desea retirarse a la casa? —preguntó Arnold, cuando lo vio salir de la sastrería.

—No, iré a caminar un rato, puedes marcharte. Me regresaré en taxi —respondió, mirando hacia el extenso parque que estaba al otro lado.

—Señor, pero... su madre me ordenó que lo esperase y lo llevase de regreso a la casa. Si no lo hago, se molestará conmigo.

—No te preocupes, no te reclamará. Yo me encargaré de explicarle todo cuando la vea. Si te pregunta por mí, le dices de mi parte que casi tengo dieciocho años, que no soy un niño que pueda perderse.

—Disculpe que lo contradiga, joven..., pero usted no conoce la ciudad, es

muy grande y podría perderse —insistió, preocupado.

—Arnold, no me pasará nada; por favor, haz lo que te pido.

—Está bien..., pero, por favor, no vaya a demorar, que puede preocupar a su madre, y hoy debe estar concentrada en la obra.

—No lo haré —mencionó y cruzó la calle.

Terrence no sabía siquiera con qué propósito se quedaba en ese lugar, pero de lo único que estaba seguro era que no quería ir a encerrarse a la casa. Una corriente de aire frío lo envolvió, creando una lluvia de hojas naranjas, que se desprendieron de los árboles y cayeron sobre él; una quedó pegada a su pecho y, cuando la agarró, para quitarla, notó que era de un arce.

—Victoria —susurró, siendo invadido por la nostalgia.

Por un instante deseó que el tiempo regresase y poder estar de nuevo junto a ella, en el colegio, tenerla entre sus brazos mientras la miraba o la escuchaba reír; poder besarla, hacerlo hasta sentir que sus labios eran de ella y los de ella suyos. Todo su interior tembló ante esa imagen, haciendo que, incluso, un sollozo escapase de sus labios; entonces, supo en ese momento porqué estaba tan desesperado.

Había pasado demasiado tiempo lejos de su hermosa pecosa, necesitaba hacerle saber que estaba allí y que deseaba verla, ni siquiera se molestaría en enviar esas cartas que había guardado durante semanas, solo por culpa del estúpido miedo que sentía de ser rechazado.

En lugar de eso, iría hasta Chicago y se presentaría en su casa; debía demostrar que no era un cobarde, igual a su padre. Ya no podía seguir anteponiendo su orgullo a lo que sentía, se rendiría al amor.

—Voy a recuperarte, sin importar todo lo que tenga que hacer, juro que voy a recuperarte, Victoria Anderson —dijo con convicción, guardando la hoja en el bolsillo de su gabardina.

Regresó sobre sus pasos y detuvo el primer taxi que encontró.

—A la estación Pensilvania, por favor. —Le indicó al chofer.

—Enseguida, señor —respondió, poniéndose en marcha.

Terrence se volvió a mirar por la ventanilla y, de pronto, su mirada captó a una chica muy parecida a Annette Parker, quien salía de una de las tiendas, pero no pudo detallarla bien, para descubrir si se trataba de ella, porque el auto giró en la esquina, haciendo que la perdiera de vista.

Por un instante, se vio tentado a bajar y comprobar si en verdad se trataba de la chica y, de ser así, preguntarle por Victoria, pero al final, no le dio importancia.



Sabía que solo había un lugar donde su pecosa estaría, y se dirigiría hasta allí sin perder más tiempo, por eso le pidió al chofer que lo llevara a la estación de trenes. Compraría el boleto del primer tren que saliera la mañana siguiente. Únicamente cumpliría con el compromiso de esa noche con su madre.

Victoria, por fin había conseguido un vestido con el que se sintiera cómoda y que fuese del gusto de Annette; quería lucir hermosa y elegante para conocer a la madre de Terrence y, posiblemente, para verlo a él, si sus súplicas eran escuchadas.

Había visto una fotografía de la mujer en el periódico, tomada durante una rueda de prensa; su sola imagen la intimidó, era tan bella y sofisticada que, por un momento, pensó que, tal vez, no la aprobaría como novia de su hijo.

Su miedo, tras el rechazo del duque de Oxford, era lo que la hacía dudar; temía que la madre de Terrence le hiciera lo mismo; sin embargo, se decía que, si había tenido la gentileza de invitarla a la premier, era porque deseaba conocerla y, a lo mejor, hacer que se reuniera con su hijo. Debía demostrarle a la señora Gavazzeni que amaba a su hijo y que era la chica ideal para él.

—¿Vicky?... ¿Victoria? —Annette le tocó el hombro para ver si reaccionaba, porque una vez más estaba ausente.

—Sí..., sí; dime, Annie —respondió, parpadeando.

—Por Dios, hoy estás más distraída que nunca; te preguntaba si te gustan esos zapatos, creo que irían perfectos con el vestido —dijo, señalando unas hermosas zapatillas blancas en la vitrina.

—Annie, quiero regresar al hotel, estoy muy cansada; además, puedo usar uno de los que traje, empacaron tres pares de noche —contestó, reflejando el agotamiento en su rostro.

—Pero esos que trajiste ya los has usado, los de esta noche deben ser nuevos, ven conmigo, solo serán unos minutos —dijo, halándola de la mano para llevarla a la tienda.

—Estoy exhausta. —Se quejó, haciendo un puchero.

—Annie, Vicky tiene razón; ya hemos caminado mucho y debemos descansar antes de la velada. —Patricia intervino en favor de su amiga y de sus propios pies, que ya no daban para más.

—Todavía es temprano, dejen de quedarse..., les aseguro que terminarán agradeciéndomelo, lucirán espectaculares para sus novios —expresó con convicción al tiempo que sonreía.

Victoria se llenó de emoción ante el comentario, y sus energías se renovaron; era lo que más deseaba esa noche, lucir hermosa para Terrence. Por lo que, no tardó un minuto en seguir a su amiga al interior de la tienda y arrastrar a Patricia con ellas.

Amelia se encontraba en su camerino, bebiendo la infusión especial de miel, menta y jengibre, que tomaba casi a diario para mantener su voz, mientras hacía ejercicios de vocalización e intentaba concentrarse. Por suerte, la tensión que la había embargado esa tarde, al enterarse de que su hijo había decidido andar por su cuenta en la ciudad, ya la había abandonado, al saber que regresó sano y salvo.

—Adelante. —Le indicó a quien tocaba la puerta.

—Amelia, disculpa que te interrumpa, tu hijo acaba de llegar; supuse que deseabas verlo —comentó Antoine.

—Sí, hazlo pasar, por favor —pidió con premura.

—Enseguida. Por cierto..., vaya que te salió apuesto el muchacho, con ese frac, luce extraordinario. Heredó el porte aristocrático del padre, y tiene a todas las chicas deslumbradas.

—No solo el porte, también le heredó el carácter. Pero ahora me va a escuchar —sentenció, dejando de lado el té.

La mujer sonrió, divertida ante las amenazas de su amiga, que seguramente se irían al caño, en cuanto viese entrar al muchacho, con ese lindo presente que le traía.

Aún le resultaba extraño ver a Amelia en el papel de madre; sobre todo, con un hijo de esa edad; tal vez, si la hubiese visto llegar con un bebé, le habría sido más fácil asimilarlo.

—Tu madre te espera. —Le anunció al chico con una sonrisa.

—Muchas gracias, señora Lemus.

—Antoine, ya te pedí que me llamas así; ahora ve e intenta contentar a esa mujer, al parecer, está muy molesta contigo.

Terrence asintió, preparándose para el regaño, aunque no había motivos para que ella estuviese tan molesta, se suponía que no era un niño y que podía salir solo. Al abrir la puerta, la encontró de espalda; ella se volvió de inmediato al sentir su presencia, pero él solo se fijó en las decenas de ramos de flores dentro del camerino.

—Terrence Danchester, me tuviste durante horas con el alma en vilo. —Le reprochó, pero su voz no tenía el tono que debía acompañar a una frase

como esa. La había enternecido ver que había comprado flores para ella.

—Lo siento, no quise preocuparla. —Se disculpó y caminó para entregarle el ramo—. Le he traído un presente, aunque ahora sé cómo se sentía el duque; igual, espero que le guste.

—Me encantan, Terry, ninguno es tan especial como el tuyo. Muchas gracias —expresó con verdadera emoción, al tiempo que se llevaba al rostro el ramo de lirios blancos y rosas rosadas, disfrutando del exquisito aroma.

—Es algo sencillo, si lo comparamos con todos estos —dijo, sintiéndose algo tonto por no recordar lo que ella le había dicho.

—Me las enviaron algunos amigos y admiradores, pero estas, son el primer obsequio de mi hijo, te juro que no existe punto de comparación. Me encantan. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. Las dejaré por aquí para pedirle a Arnold que me las lleve a casa. Las quiero en mi habitación.

—Si quiere, se las entrego yo —sugirió, extendiendo su mano.

—No te preocupes, él vendrá en un momento a traerme el abrigo que dejé en casa. Ahora, dime, ¿dónde estuviste esta tarde? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Por allí, paseando —respondió, esquivándole la mirada.

Sabía que debía decirle de su viaje a Chicago, pero no quería hacerlo antes de la función, no fuera a afectarle y terminase comiendo algún error por su culpa. Esperaría a después de la velada para comunicarle sus planes, así tendría tiempo para asimilarlo, pues su tren salía el domingo temprano. No había conseguido para el día siguiente.

—Claro..., claro, comprendo.

Amelia tragó en seco y, de pronto, se sintió nerviosa; pues la respuesta imprecisa de su hijo solo le dejaba claro que no hablaría del tema porque era algo privado. Suponía que era normal que a su edad deseara tener algún tipo de distracciones, además, recordó que, en Londres, frecuentaba bares, y según el investigador, en esos lugares también había mujeres que ofrecían sus servicios a los caballeros.

De pronto, se sintió acongojada porque ni siquiera había tenido la oportunidad de ver crecer a Terrence, ya era todo un hombre y sentía que había tantas cosas que desconocía de él. No era que esperase que se abriese y le contara toda su vida, pero, al menos, le hubiese gustado ver esa transacción, darle algunos consejos o lo que sea que una madre pudiera decirle a su hijo, cuando este se convertía en un hombre.

## Capítulo 12

Terrence se sintió extrañado ante el silencio y el nerviosismo de su madre, de pronto, ella había cambiado de actitud, y eso lo desconcertaba bastante. Pensó que lo mejor era marcharse, para que ella pudiera seguir preparándose; quizá, estaba nerviosa por el estreno, ya antes le había confesado que ese sentimiento nunca se superaba, ni teniendo toda la experiencia que daban los años.

—Debo irme —anunció, encaminándose a la puerta.

—No es necesario, puedes quedarte un poco más... —Ella deseaba saber más sobre su salida, pero le daba vergüenza preguntarle, no quería pasar por entrometida.

—¿Ocurre algo? —inquirió, notando la manera en la que su madre lo miraba, como si quisiera hacerle muchas preguntas.

—No, por supuesto que no, es solo que... No es nada.

—Hábleme de una vez, madre, ¿qué sucede? —demandó, mirándola a los ojos, aunque ella le rehuía.

—No pasa nada..., es solo que... Está bien que salgas solo de vez en cuando, si lo deseas; Arnold no será tu guardaespaldas, puedes ir y atender tus asuntos. Yo entiendo que eres joven y que necesitas distraerte —mencionó, intentando verse casual, pero lo cierto era que estaba a punto de llorar.

—¿Mis «asuntos»? —cuestionó, desconcertado—. Madre, solo quise dar una vuelta por el parque, no tiene nada de malo.

—¡No! ¡Claro que no! —expresó, queriendo mostrarse comprensiva—. Eso es bueno, hacerlo de vez en cuando.

Terrence notó cierto sonrojo apoderarse de las mejillas de su madre, y fue como si alguien encendiese una bombilla, iluminando ese lugar oscuro donde él intentaba encontrar la salida. No pudo evitar sonreír al comprender lo que ella insinuaba; le parecía divertido que le estuviese dando permiso para eso.

—Creo que los dos estábamos tratando un tema distinto, madre —indicó, obligándose a estar serio, y la vio parpadear; lo que lo divirtió mucho más—. Según lo que deduzco por su actitud, usted cree que le pedí a Arnold dejarme

solo, para irme a una casa de citas.

—¿No fue así? —inquirió, mucho más sonrojada, si fuese posible.

—No —respondió.

—¡Ay, por Dios! —Se llevó las manos a la boca, ante lo bochornoso de esa situación—. Lo siento, corazón, es que..., no sé, esa idea se me vino a la cabeza porque estabas tan misterioso y, cuando te pregunté, tu respuesta fue tan vaga, que pensé que no querías hablar porque era algo privado, lo que está bien —explicó en un torrente de palabras.

—No se preocupe, pero no fue nada de eso. Esperaba contárselo después de la obra, pero para que esté tranquila, se lo diré —dijo, sacando del bolsillo interior de su chaqueta el boleto de tren.

—¿Y esto? —inquirió, sorprendida; aunque al ver el destino, obtuvo la respuesta—. ¡Irás por ella! —expresó, emocionada.

—Sí, necesito verla y hablarle... No puedo permitir que el orgullo siga dominándome y me mantenga alejado de Victoria; iré a Chicago, le diré que estoy dispuesto a cumplir mi promesa de no dejar que nos separen, no otra vez —pronunció con absoluta convicción.

—No te imaginas cuánto me emociona escucharte hablar así, Terry..., me siento tan orgullosa de ti, cariño.

Lo abrazó con fuerza, sintiéndose feliz, al tiempo que pensaba que si todo salía como había planeado, su hijo ni siquiera se vería en la extenuante labor de viajar a Chicago. Esa misma noche vería a su amada Victoria, pues el padre de la joven, le había confirmado que se encontraban en la ciudad desde esa mañana, por lo que era casi seguro, que antes de acabar la noche, terminarían reconciliándose.

—Gracias, madre, deberá desearme suerte —comentó, queriendo alejar las dudas que intentaban hacer nido en su pecho.

—No la necesitas, estoy segura de que ella estará feliz de verte.

—Eso espero, porque me muero por verla... —expresó, abriendo su corazón, sorprendiéndose de lo fácil que le resultaba hacerlo con su madre. Por eso, pensó que ella debía saber algo más con relación a él—. Y en cuanto a eso de atender mis «asuntos», no es algo que acostumbro hacer, pagarle a una mujer para que me «entretenga» no es de mi agrado, y no lo he hecho nunca —confesó, mirándola a los ojos.

—Terry..., ya te dije que no es necesario que me des explicaciones. Mira, sé que tuviste una vida bastante movida en Londres, que acostumbrabas a ir a bares, a emborracharte, fumar, jugar a las cartas... —decía, cuando él la

detuvo.

—Sí, pero no a andar con mujeres, y no me mire con esa desconfianza, le digo la verdad —acotó al ver que ella no le creía, soltó un suspiro y decidió contarle—. Seguramente, el detective que contrató, le contó que iba a los bares más bajos de Londres, era porque la mesada que me daba el duque no me alcanzaba para ir a los de otro nivel y, siendo sincero, esos no me gustaban, ya que, las personas que los frecuentan, son las mismas de las que buscaba huir, gente hipócrita.

—Pero en esos lugares que visitabas, también había mujeres que complacían a los caballeros por dinero —indicó para que supiera que no podía tomarla por ingenua.

—¿Alguna vez ha visto a alguna de esas mujeres? —cuestionó.

—Bueno, sí, las vi algunas veces en la calle Mulberry.

—Entonces, imaginaré que esas mujeres no eran para nada agraciadas, a muchas les faltaban dientes, tenían piojos, llagas y quién sabe qué otras enfermedades más. Créame, lo último que un joven desea es irse a la cama con una de ellas, quizá los obreros y los marineros que, después de estar tan borrachos, no les importaba, pero yo me mantuve lejos de todas.

—¡Gracias a Dios! Me alegra tanto que seas un chico sensato —pronunció con verdadero alivio.

—Mi padre no diría lo mismo, y antes de que vuelva a hacer conjeturas, pensando que debuté con una empleada u otra chica, he de confesarle que aún no he estado con ninguna mujer. Quiero esperar a estar casado con Victoria, se lo prometí a su padre y a ella... Bueno, dejemos de hablar de esto, es un tema que me resulta muy incómodo para conversar con una mujer; sobre todo, si es mi madre.

—¿Eres señorito? —cuestionó Amelia, impresionada.

—Madre. —Le advirtió.

—Lo siento..., lo siento, es que me sorprende; eres un chico tan apuesto, que pensé... —decía, cuando vio que cruzaba los brazos sobre su pecho—. Bien, no diré nada más, solo que me parece un gesto maravilloso que desees esperar hasta casarte con Victoria, ojalá más hombres pesaran como tú.

Él no dijo nada porque sentía que no había nada más que decir, además, no deseaba contarle el motivo más fuerte que lo llevó a contener sus instintos carnales. No quería que se sintiera juzgada si le decía que, lo que le impidió acostarse con alguna de las chicas que se lo insinuaron fue, el temor de dejar en ellas a un hijo que terminaría siendo un bastardo, como lo consideraron a

él.

De pronto, escucharon un llamado a la puerta. Amelia debía prepararse para salir al escenario, y él debía ir al palco que le había sido asignado. Ella dio orden de pasar y, un segundo después, apareció una hermosa y elegante chica de cabello largo y oscuro, tanto, como esos ojos que se fijaron en Terrence, con admiración.

—Allison, pasa, cariño —mencionó Amelia, sonriéndole.

—Hola, madrina, quise venir a verla antes de que comenzara la función. —La saludó, acercándose sin apartar la mirada del chico—. Supongo que él es el famoso Terry.

—¿Famoso? —murmuró Terrence, mirando a su madre.

—Así es, es mi hijo —contestó, sonriendo, y le acarició la espalda para relajarlo—. Terrence, ella es...

—Allison Foster Jones, un placer conocerte. —Le extendió la mano, mostrando una gran sonrisa.

—Encantado, Terrence Danchester Gavazzeni. —Recibió la mano, dándole un suave apretón, pero su mirada se mantuvo seria.

—Mi madrina no ha dejado de hablar de ti en días.

—No exageres, Allie. —Le advirtió Amelia, sonriendo.

—¿Acaso no es cierto? Todo lo que dice está relacionado con Terry —acotó, mirándola con diversión—. Espero que no te incomode que te llame así. Puedes llamarme Allie.

—Preferiría que me llamara Terrence, el diminutivo solo se lo permito a las personas cercanas a mí. —No trató de evitar sonar hosco, no le agradaban las libertades que se tomaba esa chica.

—Terrence, no seas grosero. —Lo reprendió Amelia.

—No se preocupe, madrina. Lo llamaré como guste, señor Danchester. ¿Le parece bien así? O quizá prefiera: mi lord.

—¿Quién es esta chica? —demandó Terrence, dejando ver su molestia, ante las burlas de esa maleducada.

—Esta chica tiene nombre y se lo acabo de decir.

—¡Paren ya, los dos! Apenas se acaban de ver y se comportan como un par de chiquillos. —Amelia los miró con seriedad—. Terrence, ella es mi ahijada, Allison; como ya escuchaste. También es mi alumna.

—¿Su alumna? —cuestionó y se volvió a mirarla sin poder creerlo.

—Sí, su alumna, yo también estudio para ser soprano.

—Vaya, estoy, indudablemente, sorprendido —comentó con sarcasmo,

mientras la miraba de arriba abajo.

—No te burles, Terry, que Allie tiene un don muy privilegiado. Anda, querida, muéstrale, aunque recuerda no esforzarte mucho, ya los ensayos de hoy han sido suficientes. —La incitó, haciéndole señas con las manos para que iniciara.

La joven comenzó a vocalizar para asombrar al engreído hijo del duque inglés. Este se sorprendió ante la destreza y la calidad vocal de la joven, debía reconocer que, para su edad, tenía buen desempeño; sin embargo, no se lo dejaría saber.

Después de todo, él también podía vocalizar un par de notas altas, y eso no lo convertía en un barítono o tenor; eso, simplemente, era tener una voz aceptable; no era motivo para alardear tanto.

—Eso lo puede hacer cualquiera —comentó Terrence, con arrogancia, mientras se cruzaba de brazos.

Amelia miró sorprendida a su hijo por tal aseveración, no estaba siendo un crítico justo con Allison, su ahijada tenía una voz hermosa y, que él dijera que vocalizar como lo había hecho no era maravilloso, era una gran mentira.

—¿Cualquiera? —Allison parpadeó, sorprendida—. Si es tan fácil, ¿por qué no lo intentas? —Lo retó, alzando la barbilla con arrogancia.

—Allison, Terrence..., por favor. —Amelia intentó detener esa tonta disputa, parecían un par de niños.

De pronto, la voz de Terrence llenó cada rincón de ese lugar; era poderosa, melodiosa y, tan atrayente, que dejó perplejas a las dos damas. Ellas sentían que la piel se les erizaba mientras él, con gran maestría, cantaba una estrofa de *La donna e mobile*. La pieza estaba hecha para ser cantada por tenores y, aunque su registro vocal no era el de uno, alcanzaba las notas con facilidad y buen desempeño, solo le faltaba un poco de histrionismo.

—¿Qué... qué fue eso? —preguntó Amelia, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, cuando él se detuvo.

—Algo que hace cualquiera —respondió, queriendo restarle importancia, pero en el fondo, estaba feliz y sorprendido de que le hubiese salido tan bien, hacía mucho que no cantaba.

—Es extraordinario. —Allison fue sincera, no le costaba admitir cuando alguien tenía talento y, ese altanero, lo tenía.

—No, eso no es algo que hace cualquiera —mencionó Amelia, mirándolo fijamente—. ¿Has tomado clases de canto?

Aunque en algún momento sospechó que su hijo tenía conocimientos



sobre las técnicas utilizadas dentro de la ópera, y esperaba que también tuviese ese don que ella poseía, no llegó a imaginar que fuese tan especial. Sin duda, lo había heredado de ella; bueno, debía reconocer que también de Benjen, el ahora duque de Oxford, también tenía un buen registro vocal, pero no al grado del Terrence, la voz de su hijo era extraordinaria.

—Será mejor que comience a prepararse o se le hará tarde.

—Pero..., Terry... —Quería que le respondiese.

—Hablamos en la casa, madre —dijo, mirándola para que entendiese que no deseaba hacerlo allí, delante de esa extraña—. Ahora lo que importa es el estreno, concéntrese en eso, en dar lo mejor de usted. La estaré observando desde los palcos. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Hasta luego, señorita Foster.

Ambas se quedaron en silencio mientras lo veían salir del camerino, luego, se miraron a los ojos y soltaron una carcajada desbordante de energía y emoción.

—Es extraordinario, ¿no es así? —preguntó con orgullo.

—Es un tonto arrogante, pero sí, tiene una voz fantástica...; y, además, es muy apuesto —respondió Allison, sonriendo.

—Es un buen chico, seguro se llevarán mejor cuando se conozcan —comentó, rodeándole los hombros con su brazo.

—No me lo imagino —dijo con mala cara, pero al ver la mirada que le dedicaba su madrina, cedió—. Está bien, pondré todo de mi parte para llevarme bien con él, pero no prometo nada... Me pareció que está amargado —agregó buscando la mirada de Amelia.

—Sí, está algo resentido con la vida, pero tengo mis esperanzas en que eso cambie a partir de esta noche —mencionó—. Bueno, cariño, es tarde y debo comenzar a vestirme. Por favor, pídele a Antoine que venga a ayudarme con el corsé. Disfruta de la compañía de Terrence, o, al menos, intenta pasarla bien.

—De acuerdo —pronunció, haciendo un puchero y, tras recibir un beso en la mejilla, salió del camerino.

Después de hablar con Antoine, se encaminó a los palcos, su familia siempre tenía uno asignado y, esta vez, deberían compartirlo con el insoportable de Terrence Danchester. Pensaba que, si antes le caía mal, sin conocerlo, ahora le resultaba mucho peor; sin embargo, le había prometido a su madrina que intentaría llevarse bien con él; así que, no le quedaba más que ser amable y soportar su mal humor, aunque fuese por esta vez.

Además, con la poderosa voz que tenía, era bastante probable que terminasen siendo pareja en alguna obra, más adelante; estaba segura de que su madrina no dejaría que un talento como el de su hijo se quedase sin ser pulido y explotado. Al subir la escalera, lo vio caminando en el pasillo de los palcos; al parecer, no encontraba el suyo. Soltó un suspiro pesado y se armó de valor.

—¡Ey, heldentenor! —Lo llamó para captar su atención.

—Usted, de nuevo —expresó con fastidio.

—Sí, yo, de nuevo y, yo, durante toda la velada, porque vamos a compartir palco —anunció con una sonrisa malévola.

—Increíble —murmuró, molesto.

—Sí, increíble... ¿Sabes algo? Deberías dejar de quejarte, pareces un anciano de sesenta años, de lo amargado que estás. Tu madre será la estrella de esta noche, deberías estar feliz.

—Mi estado de ánimo no es asunto suyo, ahora, si me disculpa.

—Espere —pidió, caminando tras él—, le prometí a mi madrina que intentaría ser su amiga, así que... ¿Qué le parece si empezamos de nuevo? —sugirió, suplicándole con la mirada que aceptara.

—¿Amigos? —cuestionó con recelo. No era de los que confiaba de buenas a primeras en las personas.

—Sé que antes no fui muy educada, me burlé de usted sin conocerlo, pero era que sentía celos —confesó, desviando la mirada, al tiempo que se sonrojaba.

—¿Celos? —Elevó una ceja, incrédulo.

—¡Sí! Celos... Antes de que llegaras, toda la atención de mi madrina era exclusivamente mía; en cambio, ahora, cuando estamos hablando de algo, siempre terminas tú como tema o referencia, dejándome relegada. Sé que es lógico que tú seas más importante para ella que yo, pero antes no era así... o; por lo menos, no lo sentía así.

Terrence sintió pena por la chica, él sabía lo que era ser relegado a un segundo lugar; bueno, en su caso, siempre estuvo de último en todo, nunca fue una prioridad para su padre ni para nadie. No quería que ella se sintiera así, pero tampoco podía hacer nada para cambiar las cosas; ese era su momento junto a su madre y, aunque fuese egoísta, no pensaba cedérselo a nadie.

—Todo lo que quiero es que mi madrina sea feliz, y sé que si nosotros somos amigos, ella lo será, así que... ¿Aceptaría ser mi amigo, Terrence? —

Esperaba que él cediese.

—Acepto. —Lo hizo solo por tener un gesto caballeroso, pero la verdad, dudaba que llegasen a ser amigos.

—Bien, ¿ahora sí puedo tutearte? —inquirió y lo vio asentir, por lo que le sonrió y buscó saciar su curiosidad—. ¿Y desde cuándo cantas?

—No lo hago —respondió, esquivándole la mirada.

—No seas mentiroso, tu voz es increíble, Terrence... Eres un heldentenor, es un registro que está entre el de tenor y barítono —explicó ella, con pleno conocimiento, pues estudiaba música desde los siete años y conocía todos los registros.

—Sé lo que es un heldentenor —mencionó para no quedar como un ignorante—. Pero no he estudiado canto ni me interesa hacerlo.

—¿Por qué no? —cuestionó, sorprendida—. Con el talento que tienes, ¿qué otra cosa puede interesarte, más que seguir los pasos de tu madre? —cuestionó con su mirada clavada en la azul del chico.

Él estaba por responderle cuando escucharon un murmullo de voces, que les anunciaba que la ópera estaba por dar inicio. Se sintió aliviado de no tener que darle una respuesta; sobre todo, porque no sabía cómo hacerlo.

Hasta ese momento no se había detenido a pensar en qué podía hacer con su vida; desde que llegó al palacio, el duque le organizó la vida, de tal manera, que nunca tuvo espacio para él, para tomar sus propias decisiones.

—No me respondas ahora, hazlo cuando acabe la obra. Y será mejor que entremos o te perderás la apertura —pronunció, sujetándolo de la mano y llevándolo con ella al interior del palco.

Terrence se vio siendo arrastrado por esa chica entrometida, que, por un momento, le recordó a cierta pecosa que él adoraba, y que también buscaba hacer que fuese parte del mundo, que no viviese todo el tiempo encerrado en sí mismo.

Sonrió al imaginar que dentro de algunos días la volvería a ver y de nuevo estarían juntos, porque ya se había prometido que no cedería hasta que ella regresase con él.

## Capítulo 13

Los Anderson habían ocupado, junto a los O'Brien y los Parker, el palco que Amalia Gavazzeni había dispuesto para que disfrutaran del estreno de la obra. Desde que mostraron sus invitaciones, fueron tratados de manera especial, lo que alimentaba la esperanza de Victoria, de ser bien acogida por la madre de Terrence.

Estaba tan nerviosa y expectante que, incluso, sentía que apenas podía respirar, y no era a causa del corsé, pues le había pedido a Annette que lo dejase algo flojo. Sus manos también estaban sudando, y no era porque hiciese calor; al contrario, afuera estaba bastante frío, tanto, que debió usar guantes, aunque cuando entraron se los tuvo que quitar.

—Victoria, por favor, no es bien visto que una dama se esté estrujando las manos en público, es de mala educación mostrarse tan inquieta. —Le reprochó Margot, en voz baja, para que los demás invitados no la escuchasen.

—Lo siento, tía —susurró, apenada, y dejó de hacerlo mientras bajaba la cabeza; sentía que su corazón saldría en cualquier momento de su pecho, de lo rápido que latía.

—Intenta calmarte, princesa, y disfruta de la obra —sugirió Stephen, acariciándole el cabello y le acarició el cabello para animarla.

Ella asintió, sonriendo, aunque no pudo emular el mismo entusiasmo de su padre; sentía que un nudo le apretaba el estómago, provocándole ligeras náuseas. Lo único que deseaba era saber el verdadero motivo de su presencia allí, descubrir cuál era esa sorpresa que la famosa soprano le había prometido.

—Vicky, con esto podrás ver mejor —dijo Annette, extendiéndole unos bellísimos y delicados binoculares.

—Muchas gracias —mencionó con una gran sonrisa y comenzó a mirar hacia el público frente al escenario.

—Vicky, no, no son para que mires a los asistentes —susurró Patricia, antes de que su tía la fuese a descubrir y terminara regañándola—. Son para que veas mejor el escenario.

—Pero..., yo solo quiero... —decía, cuando Annette la miró con reproche, haciendo que se callara.

—Todos aquí sabemos lo que deseas, pero intenta controlar tu ansiedad. —Se estaba comportando, una vez más, como una niña de cinco años—. Conocerás a Amelia Gavazzeni cuando acabe la obra, y para eso falta mucho, así que, no ganas nada con ponerte de esta manera; por el contrario, deberías relajarte y disfrutar de la actuación de los mejores cantantes de ópera del momento —sugirió.

—Está bien, intentaré hacerlo —esbozó, irguiéndose para parecer decidida y adulta, como le exigía su amiga.

—Así se habla. Recuerda, es muy posible que ella te pregunté que qué te pareció la obra, así que, debes prestar mucha atención.

—Annette tiene razón —acotó Patricia, y le dedicó una sonrisa.

Ese comentario solo empeoró sus nervios, ahora sentía que, dentro de poco, sería sometida a una prueba, como esas que presentaba en el colegio. Lo peor de todo era que, no sería ante las hermanas del Brighton, sino de la madre del chico que amaba, quien podía unirlos a él o separarlos para siempre.

Las luces bajaron lentamente, sumiendo el auditorio en penumbras; creando, de esta manera, un sentimiento de expectación entre los asistentes, quienes de inmediato fijaron sus miradas en el escenario.

Al fin el telón subió y las luces se encendieron, esta vez, iluminando solo el escenario, que recreaba a la perfección el interior de la Basílica de Sant'Andrea della Valle, y la primera exclamación de admiración se la llevó el decorado.

Para los presentes que habían tenido la oportunidad de visitar ese lugar en Roma, el escenario era una reproducción exacta, con sus columnas doradas, sus magníficas estatuas, sus pisos pulidos, el altar de mármol blanco e; incluso, habían recreado parte de la bóveda, donde se podían apreciar los frescos de Giovanni Lanfranco.

Las poderosas notas de la pieza de Giacomo Puccini estallaron en el teatro, para anunciar la entrada del talentoso bajo, Ernest Aldridge, quien representaba al personaje de Cesare Angelotti. Un republicano que escapó de la prisión y era perseguido por los austriacos y los realistas, y buscaba refugio en la basílica.

—Papi... —susurró Victoria, tocándole el brazo.

—¿Sí? —respondió, volviéndose a mirarla.

—No entiendo lo que dicen, está en otro idioma.

—Sí, corazón..., en italiano —mencionó, sonriendo, al recordar que eso mismo le había dicho Virginia, cuando la llevó la primera vez a ese lugar—.

Pero no te preocupes, no es necesario que entiendas lo que dicen, ellos te transmitirán todas sus emociones con el canto y sus expresiones —pronunció las mismas palabras que le dijera a su esposa aquella vez.

—Está bien —contestó, dispuesta a concentrarse en la pieza.

Transcurridos unos minutos a la entrada del barítono que hacía de sacristán, fue el momento para el extraordinario tenor, Enrico Caruso, en el papel del pintor, Mario Cavaradossi. Una vez más, las damas se desbordaban en suspiros por el italiano, sonriendo con efusividad cuando él las miraba.

—Su talento es extraordinario —susurró Karla Parker.

—Ciertamente —acotó Margot, sin querer parecer muy impresionada por el cantante, pero en el fondo lo estaba.

Luego, se dio entrada a la grandiosa soprano, Amelia Gavazzeni, en el papel de Floria Tosca. La figura más esperada de la noche, lo cual quedó claro cuando, tanto hombres como mujeres, expresaron su emoción con sonrisas y miradas cargadas de admiración.

—Es la madre de Terrence —anunció Stephen a su hija, con una sonrisa, en cuanto vio a la cantante en el escenario.

Desde ese momento, Victoria centró toda su atención en la mujer, viendo cómo se desplazaba por el escenario, con tal naturalidad y elegancia, que la dejó admirada. Era realmente hermosa, y su voz parecía ser la de un ángel; recordó que, en dos ocasiones, había escuchado cantar a Terrence, él también tenía una voz melodiosa y poderosa; incluso, solo su tono al hablar era atrayente, era uno de los rasgos de él que más le atraían, seguramente, la había heredado de ella.

—Es tan hermosa —susurró con la mirada brillante.

—Sí, es muy hermosa... y también posee un talento increíble —acotó Stephen, sin poder despegar la mirada de la soprano. Él se encontraba igual que todos los otros hombres en la sala, cautivados por Amelia Gavazzeni.

Margot arqueó una ceja al oír el comentario de su hermano, nunca lo había escuchado hablar así de una mujer que no fuese su difunda esposa. Quiso suponer que lo decía por complacer a su hija y no porque sintiera algún tipo de atracción por la cantante; aunque, ciertamente, Amelia Gavazzeni era una mujer muy bella y elegante, no poseía las cualidades necesarias para llevar una vida junto a su hermano.

Sus prejuicios hacían de las suyas, ya había catalogado de la peor manera a la cantante, al enterarse de que había tenido un hijo fuera del matrimonio, eso era un pecado castigado por la iglesia y por la sociedad. Creía que el

muchacho era hijo de alguna empleada del palacio que había quedado embarazada del duque en su juventud y, que él, siendo un hombre de buen corazón y responsable, se había hecho cargo del niño. Jamás imaginó que había sido fruto de la aventura con una cantante de ópera, eso era verdaderamente vergonzoso.

Tras terminar el primer acto, se dio paso al intermedio, y los asistentes fueron abandonando la sala, las damas usaban ese tiempo para ir al tocador, mientras que los caballeros, lo hacían para charlar con algún conocido y beber *whisky*. Todos hablaban de lo maravilloso de la obra, del gran talento de los cantantes, de la impecable escenografía e; incluso, algunos críticos la comparaban, favorablemente, con representaciones hechas en La Scala de Milán y El Teatro Real de Ópera en Londres.

—Este lugar es tan hermoso —mencionó Patricia con emoción, mientras caminaba de regreso a su palco.

—Sí, es realmente bello —acotó Annette, observando las pinturas colgadas en la pared, que mostraban grandes momentos de las óperas presentadas allí.

—¿Les parece si paseamos para conocerlo mejor, antes de regresar al palco? —sugirió Victoria, no porque le interesase ver la arquitectura o la decoración del lugar, sino porque quería ver si, por casualidad, daba con quien estaba buscando.

Sus amigas asintieron con una sonrisa, aprobando la idea; después de todo, contaban con tiempo; el segundo acto no comenzaría sino hasta dentro de quince minutos. Y siempre estaban las personas encargadas de anunciarles cuando estuviese por iniciar, y de guiarlos a su palco, si se extraviaban.

Terrence había salido del palco, como todos los demás, y mientras bebía una copa de champán, escuchaba las opiniones del público, haciéndolo sentir tan orgulloso de su madre, mucho más de lo que ya estaba. Ella había actuado de manera impecable, era en verdad, extraordinaria, su voz era fabulosa; parecía que hubiese vivido una metamorfosis cuando subió al escenario.

—Con que aquí estás —mencionó Allison, sonriendo.

—Pensé que por fin me había librado de ti —comentó él, dándole un trago a la bebida dorada.

—Eres tan odioso —dijo, mirándolo con reproche.

—Es mejor que te vayas acostumbrando, si es que vamos a ser amigos. — La miró y sonrió con arrogancia.

—¿Sabes qué, Terrence? Estoy pensando seriamente en eso de ser amigos, no creo poder soportar tu mala educación todo el tiempo.

—Qué pena, me dejarás realmente devastado —esbozó con media sonrisa, luego terminó lo que quedaba en su copa.

—Eres un verdadero idiota —espetó con rabia, después le dio la espalda para marcharse y dejarlo solo con su amargura.

Terrence la vio alejarse y sintió una punzada de pena dentro su pecho, Allison tenía razón cuando decía que era un idiota, se había comportado como tal. Se suponía que debía dejar atrás el pasado, su desconfianza y su resentimiento, para poder comenzar una vida nueva, al menos eso le había prometido a su madre.

Soltó un suspiro pesado y cerró los ojos, resignándose a ceder, debía poner de su parte para mejorar su vida; así que, caminó de prisa tras la chica y la sujetó por el brazo para detenerla. Ella se volvió a mirarlo, sorprendida; intentó soltarse, pero él negó con la cabeza, pidiéndole con la mirada que esperase.

—¿Qué quieres? —preguntó entre dientes.

—Pedirte una disculpa —respondió, siendo sincero.

Ella lo miró fijamente, con el ceño fruncido, al tiempo que intentaba adivinar sus verdaderas intenciones. No se atrevía a creerle y convertirse de nuevo en la burla de ese arrogante inglés.

—Si estás intentando burlarte de mí, una vez más...

—No pretendo tal cosa, solo quiero que seamos amigos, en verdad —expresó, sintiéndose un tanto extraño; pues, a la única chica que le había pedido ser amigos, fue a Victoria.

—No sé si pueda creerte, y es mejor que dejemos las cosas así.

—Está bien, entonces tú se lo explicarás a mi madre.

—¡Ah! Te odio, eres un chantajista. —Se quejó, mirándolo con rabia—. Está bien, seremos amigos, con una condición.

—¿Cuál? —inquirió, endureciendo su semblante.

—Que me acompañes a las clases de canto con mi madrina.

—No, de ninguna manera. —Se negó rotundamente.

—Por favor, te prometo que será divertido; además, tu madre seguramente estará feliz, y me ayudarás muchísimo —rogó, uniendo sus manos en un gesto de súplica.

—No soy cantante —pronunció, tajante.

—Por ahora, pero sabes que tienes el talento, y tu madre es la mejor



maestra del mundo. Sé que ella haría de ti, uno de los mejores tenores dramáticos de la historia —mencionó con entusiasmo y le sujetó las manos; sintió que se tensaba, pero no lo soltó—. Vamos, Terrence, acompáñame, aunque sea a un par de clases.

Él se quedó en silencio, sintiendo cómo los latidos de su corazón se desbocaban ante la sola idea de subir a un escenario; no iba a negar que eso lo tentaba muchísimo; sin embargo, las dudas lo azotaban con fuerza, porque ya otras veces había puesto sus esperanzas en algo, y siempre acababa por sentirse defraudado.

—Cree en ti, Terrence —dijo, viendo cómo la mirada azul estaba colmada de miedo e incertidumbre.

—Está bien. —Sus palabras causaron un efecto inmediato en él y, antes de que pudiera analizar lo que hacía, estaba aceptando—. Lo haré..., te acompañaré.

—¡Maravilloso! —exclamó ella, emocionada porque sabía cuánto bien le haría contar con un compañero—. Muchas gracias, Terrence, no te arrepentirás.

La felicidad llevó a Allison a actuar por impulso y terminó abrazándolo, sintió una extraña sensación recorrerla cuando su cuerpo se unió al cálido y fuerte del hijo de su madrina. Aunque sabía que ese gesto no se veía bien en una señorita, ella no se limitó; después de todo, no era una chica convencional.

Terrence apenas reaccionó al ser abordado de esa manera, pero después de varios segundos se alejó de ella, intentando no hacerlo de manera brusca, para no hacerla sentir rechazada. Solo sintió la necesidad de alejarse, al tiempo que percibía sobre él, la mirada de alguien que lo hizo volverse a su derecha. El corazón casi se le detuvo cuando su vista se cruzó con un par de ojos verdes, que lo veían con algo de asombro y dolor.

—¡Victoria! —exclamó cuando la vio darle la espalda y huir sin siquiera decirle una palabra.

Haciendo caso omiso a las miradas de las personas a su alrededor, salió corriendo tras ella, al tiempo que decenas de preguntas llegaban a su cabeza. Alcanzó a ver a Patricia y a Annette, pero no se detuvo a hablar con ellas, todo lo que necesitaba en ese momento era encontrar a Victoria y explicarle lo que había visto entre Allison y él.

Tropezó con un par de personas, mientras otras se apartaban, mirándolo con asombro y reproche. En ese instante, lo único que le urgía era dar con su

adorada pecosa, en medio de ese mar de gente.

—¡Demonios! —exclamó, frustrado. Al creerla perdida, la vio bajando las escaleras, así que corrió tras ella.

Las lágrimas bañaban el rostro de Victoria, el dolor en su pecho apenas la dejaba respirar, se sentía defraudada, furiosa y muy resentida con Terrence. Todavía no alcanzaba a creer lo que había visto en el salón, quizá por eso no pudo reaccionar sino hasta que sus miradas se encontraron, porque no deseaba creer que él fuese el chico en brazos de aquella joven.

—¡Fuiste tan tonta! Te lo advertieron, Sean y Christian te lo advertieron; incluso, Annette y Patricia lo hicieron. Pero tú no les hiciste caso, confiaste en él... —pronunció, al llegar a un pasillo, pensando que allí estaría a salvo de tener que verlo de nuevo.

Se apoyó en la pared y cerró los ojos, dejando que sus sollozos salieran en libertad, porque le era imposible seguir acallándolos. Lo único que deseaba, en ese momento, era salir de allí, pero para eso debía volver con su padre y, temía, que al regresar, pudiese encontrarse con Terrence. Sabía que él la había visto y que corrió tras ella.

—¡Victoria! ¡Por Dios! ¡Vicky! —expresó con emoción cuando por fin dio con ella. Se acercó e intentó abrazarla.

—¡Aléjate de mí! —pronunció con rabia, alejándolo.

—Pecosa —mencionó, desconcertado.

—No me llames así, Terrence... ¡Eres un mentiroso!

—¿Qué demonios te pasa? —La cuestionó, sin poder entender por qué lo trataba así, por qué huía de él. Entonces, recordó que lo había visto abrazado a Allison—. ¿Acaso estás celosa? Vicky, lo que viste no fue nada, apenas conozco a esa chica. Ella es...

—No me interesa saber quién es y tampoco escucharte, déjame tranquila —respondió, intentando dejar de llorar.

—Vas a tener que hacerlo —sentenció, sujetándola del brazo—. ¿Qué haces aquí? —inquirió, necesitaba respuestas.

—¿Acaso no lo sabes? Tu madre me invitó..., a toda mi familia y a mí. Dijo que una sorpresa me esperaba aquí, ahora veo a lo que se refería —respondió, dejando que su tono de voz evidenciara la rabia que sentía; al parecer, la gran Amelia Gavazzeni, era peor que el duque de Oxford.

—¿Mi madre?... Ella no me dijo nada —indicó, molesto; se suponía que entre ellos no habría secretos.

—¿Desde cuándo estás en Nueva York, Terrence? —preguntó, sintiendo

que un nudo le cerraba la garganta.

—Desde hace quince días —contestó con la verdad.

—¡Todo ese tiempo y no me escribiste! —Le reprochó, deseando golpearlo por ser tan cruel.

—Fuiste tú la que me pidió que no te volviese a buscar, dijiste que no querías volver a verme —argumentó aquello que ella le había exigido y que tanto dolor le causó. Se lo dejó ver en la mirada cargada de resentimiento que le entregó.

—Te lo dije porque estaba dolida, porque sentía que habías fallado a la promesa que me hiciste; no porque lo sintiera en verdad... Solo quería lastimarte, que sufrieras lo que yo sentía en ese momento.

—Y lo conseguiste, me hiciste sentir como un miserable; no puedes imaginar cuánto me dolió que me trataras de esa manera.

—¿Y por eso no me hiciste saber que estabas aquí?, ¿para vengarte de mí? —preguntó mostrándose profundamente herida.

—¡No! Nunca haría algo para lastimarte, no te escribí porque tenía miedo de que, si lo hacía, me rechazaras otra vez.

—¿Cómo iba a hacerlo? No he dejado de pensar en ti un solo segundo desde que nos separamos..., te he extrañado cada instante...; son incontables las lágrimas que he derramado... Pero nada de eso importa, ahora te ves feliz al lado de esa otra chica, ya me olvidaste —mencionó, sintiendo que el corazón se le desgarraba.

—Vicky, mírame —pidió, sujetándole la barbilla.

—No, no quiero. —Se sentía avergonzada de estar llorando de esa manera por él.

—Por favor, Victoria, mírame —rogó, acunando entre sus manos el delicado rostro de la dueña de su corazón. Ella al fin lo hizo, y él pudo hablar mirándola a los ojos—. No he dejado de pensar en ti un solo día, y si quieres que te confiase que he llorado, sí, lo he hecho muchas veces, porque te extrañaba y porque me dolía pensar que estaba todo perdido.

—Si tus palabras fuesen ciertas, ¿por qué no me escribiste en cuanto llegaste? Si no fuera por tu madre, no me hubiese enterado. —Le reprochó sin apartarle la mirada.

—Porque necesitaba ordenar un poco mi vida, porque no sabía cómo decírtelo y porque... tenía miedo. Pero ya me había decidido, estaba dispuesto a ir a Chicago.

—Mientes —dijo con la voz quebrada por las lágrimas.

—No lo hago, mira. —Sacó del bolsillo interior de su chaqueta el boleto de tren y se lo mostró.

—Oh, Terry... —susurró, dejando que las lágrimas la desbordaran con mayor fuerza, porque estas eran de felicidad.

—No me he olvidado de ti, pecosa. Yo..., yo te sigo amando —murmuró contra los labios de ella, que temblaban sin control.

—Yo también te amo —expresó, sintiendo que su corazón estaba a punto de saltar de su pecho de tanta alegría.

Terrence le envolvió la cintura con sus manos para pegarla a su cuerpo, arrancándole un jadeo, mientras él liberaba un gemido, cuando ella respondió rodeándole el cuello con sus brazos. Se miraron solo un instante, antes de unir sus bocas en un beso profundo, uno mucho más intenso que cualquiera que se hubiesen entregado en el pasado.

## Capítulo 14

Annette y Patricia buscaban como locas a Victoria, se sentían angustiadas por lo sucedido con su amiga y, como era de esperarse, muy furiosas con Terrence Danchester. Sentían como si hubiesen sido ellas las traicionadas; sobre todo, al ver que la chica que habían encontrado abrazada al rebelde, también salió tras él, pero su vestido no la dejó ir tan de prisa.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Patricia, sintiéndose afligida.

—No lo sé, pero debemos encontrarla rápido, dentro de poco comenzará el segundo acto, y no podemos regresar sin ella.

—¿Crees que Terrence la haya encontrado?

—Es probable, solo espero que ella le reproche su comportamiento. Te juro que si Sean me hace algo así no le hablo en días —sentenció apretando la manilla de su pequeño bolso de mano—. Vamos por este lado, seguro buscó un lugar donde esconderse para poder llorar.

—Claro..., después de haberse creado tantas expectativas, ha de estar destruida. —Patricia expresó su pesar.

Sin embargo, al dar la vuelta en la esquina, se asombraron tanto ante lo que vieron, que se quedaron allí durante unos segundos, mirando cómo Terrence y Victoria se besaban de esa manera tan escandalosa, parecía que estuvieran devorándose.

La primera en reaccionar fue Patricia, quien se llevó las manos a la boca, sonrojándose como un tomate. Desvió su mirada hacia Annette, quien también se mostró sorprendida; principalmente, porque creía que los besos que compartía con Sean, eran osados, pero, comparados con ese, eran más bien, castos. Supo, de inmediato, que debía detenerlos, pues si alguien más los veía, estallaría un escándalo.

—Creo que ya se reconciliaron —susurró Patricia, mostrando una sonrisa tímida, al tiempo que se escondía junto a Annette.

—Eso es evidente —murmuró, sonriendo con emoción—. Siempre sospeché que Terrence debía ser muy intenso, pero no a tal grado.

—Vicky también lo es... —acotó Patricia, con el asombro en sus ojos cafés—. ¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó, porque sabía que debían

hacer algo, ya estaban anunciando el segundo acto.

—Hay que interrumpirlos, aunque me pesa en el alma, ellos se merecen este momento, pero sería peor si alguien viene y los ve besándose de esa manera.

—No podemos dejar que eso suceda, pero irás tú. —Patricia la miró a los ojos, para que viera que ella no podía.

—Está bien, pero ve acostumbrándote, que en algún momento tú y Christian también se besarán así —expresó con la picardía brillando en su mirada y, sonrió, al verla sonrojarse.

Terrence y Victoria seguían dejando que fuesen sus bocas y sus manos los que se expresasen por ellos, eran conscientes de que las palabras no alcanzaban a expresar lo que sentían en ese momento. Querían demostrarse cuánto lamentaban haberse dejado cegar por el dolor y el orgullo, haber permitido que el miedo y las dudas los vencieran; pero, sobre todo, los dos querían mostrarse cuánto se habían extrañado y cuánto se amaban.

—Mi pecosa, me estaba volviendo loco por besarte y abrazarte. Te extrañé tanto —susurró, acariciándole con sus labios el tabique, la frente y, después, las mejillas; no quería dejar de besarla.

—Creí que nunca más me sentiría así —esbozó, enredando sus dedos en ese cabello que tanto adoraba tocar—. Cada vez que me acaricias y me besas, siento como si volara.

—Yo siento lo mismo, Vicky; tu ausencia me era insoportable, todas las noches recordaba aquellas tardes en el colegio, rogando para tenerte de nuevo así, entre mis brazos, mía.

—Prométeme que esta vez no dejarás que nos separen —rogó Victoria, mirándolo a los ojos, con sus labios casi rozando los de él, mientras sentía que todo su cuerpo temblaba.

—Mi amor, para prometerte algo así, tendría que llevarte a un altar en este momento —respondió, acariciándole las mejillas con ternura—. Y te juro que lo haría, pero...

—Yo solo quiero estar contigo. —Se aferró con fuerza a su cuello.

—Yo también, pero ahora vivimos en ciudades distintas.

—¿Y eso qué significa? —cuestionó y comenzaba a molestarse, pero respiró profundo al recordar las palabras de Annette y de su tía Olivia; debía ser comprensiva.

Él estaba a punto de responderle, cuando su mirada captó a Annette, quien

caminaba hacia ellos y lo miraba con seriedad. Despacio, se alejó de Victoria, pero sujetó una de sus manos. Solo quería evitar que fuese a ser juzgada, pues, a él le daba lo mismo lo que la chica opinase en relación a su comportamiento; se había ganado la fama de inmoral desde hacía mucho, ya sabía cómo lidiar con eso.

—Vicky, te estábamos buscando, debemos regresar al palco o tu padre se preocupará, y ni hablar de cómo reaccionará tu tía.

—Necesito hablar con Terry...

—Habla después, vayamos al palco para no angustiar a tu familia. Te acompaño —dijo él, al notar el miedo en la voz y la mirada de su novia, el mismo que sentía él, de solo pensar en separarse de ella.

—Perfecto, me iré adelantando con Patty —mencionó Annette, dándoles la espalda; sabía que necesitaban privacidad.

Victoria intentó protestar y obligarlo a quedarse allí, necesitaba muchas respuestas, y sabía que, una vez estuvieran en presencia de los demás, no podrían hablar con libertad.

Él la miró, pidiéndole paciencia, luego le dedicó una sonrisa para terminar de convencerla y, aprovechando que nadie los veía, la besó nuevamente, un toque de labios intenso, pero demasiado breve, que los dejó deseando mucho más.

—Vamos, pecosa, es la primera vez que veo a mi madre en escena y no quiero perderme el segundo acto —dijo, ofreciéndole su brazo.

Tras esas palabras, ella fue consciente del lugar donde se encontraba y lo que allí acontecía. Se había olvidado por completo de la ópera. Agachó la cabeza, avergonzada por su actitud; no debió ni siquiera insinuarle a Terrence que se quedaran, eso había sido un gesto muy egoísta de su parte. Seguro que él estaba disfrutando de la actuación de su madre, y debía reconocer que, ella también.

—Buenas noches. —Se anunció, entrando al palco ocupado por la familia de su novia y la de sus amigas.

—Terrence —pronunció Stephen, feliz de verlo ahí.

—Es un placer verlo de nuevo, señor Anderson. —Lo saludó.

—Lo mismo digo. ¿Cómo has estado? —preguntó, viéndolo detenidamente. Le palmeó el hombro en un gesto cariñoso, notando que sus rasgos se habían fortalecido—. ¿Cuándo llegaste a América?

—Me encuentro bien, gracias por preguntar. Llegué hace quince días —respondió, viendo cómo la sorpresa se reflejaba en los ojos azules de su

suegro—. Lamento no haber respondido a su carta, estuve recluido en la Academia Naval, donde apenas tenía tiempo, luego pensé hacerlo estando aquí; pero decidí que lo mejor sería ir a visitarlos.

—Comprendo, bueno, sigamos disfrutando de la obra y del talento de tu señora madre; por cierto, espero verla para agradecerle la invitación —expresó, sonriendo.

—Cuenta con ello. Cuando estemos en la fiesta, los presentaré. —Miró a Victoria a los ojos mientras le sonreía y le acariciaba la mano.

Luego de esa breve conversación, Terrence se acercó para saludar a los demás; todos, a excepción de la matrona, se mostraron sinceramente complacidos de verlo; la mujer apenas le dedicó una mirada de cortesía y un escueto saludo. Sin embargo, quien lo sorprendió fue Sean, este lo saludó con un fuerte apretón de mano y le cedió su asiento junto a Victoria.

—Quédate junto a ella, yo me sentaré al lado de mi prometida. Espero que no tenga inconveniente con eso, señor Parker.

—Ninguno —pronunció el hombre, de mala gana.

El menor de los Cornwall obvió el mal humor de su suegro y se sentó al lado de Annette, dedicándole una mirada radiante a su novia, quien le respondió de igual manera. Y ella, queriendo mostrarse valiente delante de su padre, se aventuró a entrelazar sus dedos con los de él, en un gesto amoroso e íntimo.

—Sabía que, tanta generosidad por parte de Sean, tenía un motivo. —Le susurró Terrence a Victoria, cuando apagaron las luces; la vio afirmar y sonreírle con picardía.

Terrence no podía creer que su pecosa estuviera junto a él, ciertamente, había soñado con que eso sucediese, pero seguía pareciéndole una fantasía, por eso no soltaba su mano. En verdad, sería muy complicado seguir viendo la obra de su madre, mientras su novia estuviese a su lado, no podía despegar su mirada de ella.

—Tu madre es extraordinaria —comentó Victoria, en voz baja.

—Sí, es increíble.

—Tienes que contarme todo —pidió, mirándolo a los ojos.

—Lo haré, te lo prometo..., pecosa —susurró y mitigó el deseo que tenía de besarla, acariciándole el dorso de la mano.

El famoso barítono dramático, Piero Corelli, dio inicio; el escenario había cambiado, ahora representaba la oficina del oficial, quien se debatía entre el deseo y el deber.



Terrence hablaba y entendía el italiano perfectamente, así que, no necesitaba ver el escenario para saber lo que sucedía en este, eso le permitió poder deleitarse un poco más con Victoria; al menos, hasta que su madre entrase a escena.

El personaje de Amelia comenzaba a reflejar el poder dramático e histriónico que poseía, a medida que los eventos se precipitaban y el público sentía con intensidad cada emoción que expresaba.

—Odio al oficial —susurró Victoria con rabia.

—No te preocupes, tendrá su merecido —respondió, pero sin entrar en detalles, para no arruinarle lo que seguía.

—Eso espero. —Escuchó que su tía Margot se aclaraba la garganta, obviamente, indicándoles que guardaran silencio.

Sin embargo, al llegar al final de la pieza, no pudo contener sus emociones y terminó llorando; le pareció horrible el final que tuvieron los enamorados. Por suerte, no era la única que se encontraba así, la mitad de la sala estaba igual que ella. Y no solo las mujeres lloraban.

—No dormiré, pensando en lo injusta que puede llegar a ser la vida —reflexionó, mientras salía del palco junto a Terrence.

—A veces también es muy generosa —dijo él, refiriéndose a ellos, y le entregó una radiante sonrisa, al tiempo que le secaba con su pañuelo los rastros de humedad en sus mejillas.

—¿Cómo llegaste aquí?, ¿cómo te reconciliaste con tu madre? —preguntó, deseosa de conocer cada detalle.

—Mi madre fue a buscarme. Se enfrentó al duque y le exigió que me dejara venir con ella.

—Pero me habías dicho que no te quería —acotó sin poder comprender ese cambio tan sorprendente.

—Porque eso me hizo creer la miserable de mi madrastra. Amelia me enviaba cartas todo el tiempo, pero la duquesa las regresaba sin siquiera informarme de estas; dándole a entender a ella, que yo tampoco la quería. Por eso, cuando vine a verla, pensó que había llegado para reclamarle, y el miedo la hizo rechazarme. Todo fue un malentendido por culpa de la esposa de mi padre —expresó, volviendo a sentir la rabia que eso le provocaba.

—No puedo creer que exista alguien tan cruel —mencionó Victoria, sintiendo pena por él, y le acarició la mejilla—. Estoy segura de que esa mujer recibirá su merecido.

—Te sorprendería lo malas que pueden llegar a ser algunas personas. —

Desvió su mirada para que Victoria no viera el resentimiento en esta, se había prometido olvidar, y eso haría—. Pero ya todo pasó, ahora estoy aquí contigo, con mi madre... Dispuesto a construir un mejor futuro junto a ustedes —dijo, sonriendo y se aventuró a rozar sus labios con los de ella.

Ni siquiera tuvo oportunidad de que eso fuese un beso de verdad, escuchó que unos pasos se acercaban y supo que debía ser alguien de su familia, por lo que alejó de Victoria.

Descubrió que estaba en lo cierto, cuando vio a Brandon acercarse; no se veía molesto por encontrarlos besándose; por el contrario, les sonreía con complicidad.

—Brandon, disculpa mi comportamiento, solo estaba... —intentó justificarse con el primo de su novia.

—Tranquilo, solo espero que ahora que están juntos, esta señorita deje de llorar; ya que comenzaba a marchitarse —comentó, mirando a Victoria con cariño.

—¡Brandon! —Le reprochó que la dejara en evidencia.

—Te prometo que, si de mí depende, no llorará nunca más.

—Eso espero, Danchester. —Le advirtió en un tono relajado, pero su mirada le dejaba claro que hablaba en serio.

Los demás se les unieron para bajar hasta el salón donde muchos se dedicaban a hacer comentarios sobre la puesta en escena. Sobre todo, aquellos que no estaban invitados a la velada que daba el alcalde en compañía del director de La casa de la Ópera, para celebrar el éxito del estreno y agasajar a los participantes.

—Señorita Anderson, ¿me concedería el honor de presentarle a mi madre? —Le preguntó Terrence, solemne, quería que las dos se vieran.

—¿Crees que se pueda en este momento? Tal vez esté cambiándose o atendiendo a la prensa.

Victoria no quiso negarse de forma directa, por lo que buscó una excusa; la verdad era que, la aterraba presentarse ante la madre de su novio, más después de verla actuar y descubrir lo extraordinaria y admirada que era.

Todo el mundo no hacía más que elogiarla, también hablaban de los que hicieron el papel del pintor y del fugitivo, pero ninguno se llevaba tantos cumplidos como la madre de Terrence.

—Dudo que esté con la prensa, no le gustan mucho los periodistas, pero tienes razón, a lo mejor se está cambiando para ir a la recepción. Aunque podemos solo saludarla, ¿qué dices?, ¿me acompañas a su camerino? —

sugirió con entusiasmo.

Ella separó sus labios para responderle, pero los nervios le robaron la voz, y lo único que conseguía era que sus pupilas nerviosas se movieran de un lado a otro.

—Terrence..., hasta que por fin te encuentro —pronunció Allison, llegando hasta la pareja; fijó su mirada en la rubia, pero luego la ignoró y la ancló en él—. Mi madrina me envió a buscarte, quiere que esperes en su camerino mientras se arregla.

—Antes, permíteme presentarte a mi novia —anunció, rodeando la cintura de Victoria con su brazo, para alejar esa tensión que la embargó en cuanto vio a la chica.

—Encantada, Victoria Anderson —dijo, ofreciendo su mano.

—Es un placer, Allison Foster —respondió—. Ya había escuchado de ti, pero se suponía que serías una sorpresa.

—Lamento haberlo arruinado. —Se disculpó Victoria.

—No arruinaste nada, Vicky, tú has sido la sorpresa más maravillosa que pude recibir este día. En caso de que sea a mí, a quien mi madre deseaba sorprender —comentó él, molesto por la actitud de Allison.

—En realidad, la sorpresa era para ambos; pero sí, era más para ti. Supongo que ya no tiene sentido que vengas al camerino, aunque mi madrina quería que los vieran llegar juntos a la recepción de esta noche.

—En ese caso, llegaremos los tres —sentenció con seguridad.

—No sé si la señorita, Anderson, vaya a sentirse cómoda; los periodistas estarán esperándolos, y de seguro, los acosarán con preguntas y fotografías. —Ella conocía mejor ese mundo.

Margot, que estaba atenta a la conversación de los jóvenes, se acercó; debía intervenir de inmediato, si no quería que su familia se viese envuelta en ese circo. Mientras menos personas se enterasen de la relación entre Victoria y el hijo de Amelia Gavazzeni, mucho mejor.

—Considero que no es prudente exponer a Victoria a esa situación, es apenas una chica y no sabrá lidiar con la suspicacia de esas personas.

—Tía, no soy una tonta. —Se defendió.

—No lo eres, princesa, pero Margot tiene razón, es mejor que, por esta vez, no te presentes ante los medios —ordenó Stephen.

—Tienen razón, Victoria; ya mi madre me ha advertido de esas personas, y no quiero que te tomen por inocente o se inventen historias —indicó Terrence, pensando en proteger a su novia—. Será mejor que nos veamos en

la fiesta, te prometo que llegaré pronto.

—Está bien —aceptó, haciendo un puchero con sus labios.

Se sentía mal por tener que separarse de él, pero también algo aliviada por no tener que presentarse ante su madre en ese momento. Lo abrazó con fuerza para despedirse y le dio un beso en la mejilla, deseando que hubiera sido en los labios.

Después, se alejó junto a su familia, aunque cada vez que podía se volvía a mirarlo y le entregaba hermosas sonrisas, pero sin dejar de sentirse algo insegura por tener que dejarlo en compañía de esa chica.

La notaba muy cercana a Terrence, y pensaba que por ser la ahijada de Amelia Gavazzeni, a lo mejor, habían pasado mucho tiempo juntos en esos últimos días. Esperaba que no quisiera interponerse entre ellos.

—No permitiré algo como eso —esbozó con seguridad.

—¿Sucede algo, princesa? —preguntó Stephen extrañado.

—No, no es nada, papá —respondió, apenada.

Él le dedicó una sonrisa y le acarició la hermosa cabellera, sospechando el motivo de su actitud; tenía el mismo semblante de su madre, cuando sufría un ataque de celos.

Terrence se mantuvo allí hasta que perdió a Victoria de vista, no quería que su novia volviera a malinterpretar las cosas; debía hacerle saber que él, solo tenía ojos para ella. Suspiró con una gran sonrisa, cuando ella se volvió para mirarlo, una última vez, antes de bajar las escaleras. Sentía que estaba en medio de un maravilloso sueño.

—Bien, vamos al camerino. No sé cómo haré para explicarle que su sorpresa ha sido arruinada —mencionó con rabia por haber fallado.

—Nada ha sido arruinado, ya te dije que, si mi madre deseaba sorprenderme, lo consiguió; me dio el mejor regalo que haya podido esperar —acotó, notando su comportamiento. No permitiría que le hiciera algún desaire a Victoria—. Y será mejor que cambies de actitud, porque ahora, quien parece una amargada eres tú.

Le dio la espalda y caminó en dirección a los camerinos, ya conocía el camino y no necesitaba que ella lo guiase; no necesitaba niñera.

Allison se quedó perpleja ante el cambio que había dado el joven. Solo porque se había visto y reconciliado con su novia, se creía con el derecho de decirle amargada. Bueno, le demostraría que no existía nadie más entusiasta y carismática que ella.

## Capítulo 15

Terrence abrió la puerta del camerino de su madre, cuando entró y la vio caminando de un lado a otro, vestida con una bata de paño y en pantuflas, sintió el deseo de agradecerle el gesto que había tenido. Caminó hasta ella para detenerla y, sin decir nada, le dio un gran abrazo, uno que nacía de él y que no recordaba haberle entregado a nadie.

—Gracias, madre —mencionó, sonriendo. Y al ver la cara de asombro de Amelia, supuso que debía contarle—. Gracias por traer a Victoria, ha sido la sorpresa más maravillosa que he recibido en meses.

—¿Ya la viste? —Había temido que su reacción no fuese tan entusiasta, pero, al parecer, todo había salido de maravilla. Él se veía feliz—. Pero... ¿cómo sucedió? Se suponía que no se verían sino hasta la fiesta, le dije a Allison que...

—Nos encontramos en el primer entretiempo, aunque la inoportuna de su ahijada casi hace que la volviera a perder —contestó, recordando lo ocurrido y lo desesperado que se sintió.

—¿Cómo dices?, ¿qué sucedió? —preguntó, desconcertada y lo agarró de la mano para sentarse en el cómodo sillón.

—Allison y yo estábamos en el salón, le dije algo y, de pronto, en un arranque de entusiasmo, me abrazó.

—No te molestes con ella, cariño, Allie es una chica maravillosa; no creo que lo haya hecho con mala intención. Estoy segura que, si le das la oportunidad, se llevarán bien.

—Bueno, dejemos que el tiempo lo decida.

—¿Y qué razón tuvo mi ahijada para abrazarte?, ¿qué hiciste?

—Acepté acompañarla a un par de las clases que toma con usted.

—¿En serio? ¡Es fantástico, Terry! —También lo abrazó con el mismo entusiasmo de su ahijada, mientras sonreía.

—Parece que esa es la reacción habitual a esa respuesta —dijo, queriendo sonar divertido y no pensar en el compromiso que había adquirido, ahora también con su madre.

—Es la reacción que provocan las buenas noticias, te prometo que te

gustarán mucho las clases... Soy una buena maestra. —Le entregó un guiño y una sonrisa—. Pero cuéntame, ¿qué pasó con Victoria?

—Bueno, ella llegó justo en ese momento y nos vio, como supondrá, malinterpretó todo y salió corriendo. Tuve que seguirla y explicarle lo que había pasado —resumió.

—Lo siento tanto, cariño. Aunque, por tu semblante, puedo intuir que pudieron hablar y ella te entendió.

—Por suerte así fue. Aún tenemos una conversación pendiente, casi no pudimos hablar; tuvimos que regresar al palco para el segundo acto. Por cierto, le encantó lo que le hizo al Baron Scarpia, así que, quizá, no le reproche el que la haya hecho llorar tanto al final de la pieza.

—Presiento que es una chica encantadora.

—Lo es, madre; estoy muy ilusionado y ansioso por presentársela, a ella y al resto de su familia —expresó, emocionado.

—Por supuesto, ya quiero conocerlos, por esa razón también los invité. Y tu suegro es un caballero muy gentil, fue quien estuvo en comunicación conmigo y me ayudó para darles esta sorpresa, aunque no le revelé mucho. —Se puso de pie para continuar preparándose.

—¿Habló con él? —inquirió, algo sorprendido de hasta dónde habían llegado para arreglar ese encuentro.

—Intercambiamos un par de cartas, y esta tarde me llegó un precioso ramo de rosas de su parte —respondió, señalando el arreglo.

—Ya veo —murmuró con el ceño fruncido.

—Has heredado los celos de tu padre —acotó Amelia, detrás de la hermosa mampara francesa, que usaba para cambiarse.

—Eso no es cierto. —Se defendió, aunque su madre tenía razón.

—Claro que sí, ni siquiera tuve que verte para saber que no te agradó que tu suegro me enviara flores; tu tono de voz te delató.

—No es eso, solo me extrañó; además, usted está en su derecho de recibir flores de quien desee, es una mujer soltera además de hermosa, y el padre de Victoria es viudo —comentó, fingiéndose casual.

—¿Me estás sugiriendo que salga con tu suegro? —preguntó, divertida; le gustaba ver cómo se sonrojaba como un chiquillo.

—No, simplemente, digo que, si usted quisiera, podría salir con quien considere mejor. Yo no interferiré en sus asuntos amorosos.

No actuaba así solo por lo de Stephen Anderson, sino porque había visto cómo la miraba Ernest Aldridge, y lo que la mayoría de los hombres que

enviaban esas flores deseaban de ella.

Su madre era una mujer joven, que le sobraba belleza y encanto, no entendía por qué no se había casado, por qué no había tenido más hijos. Le molestaba pensar que era porque seguía enamorada del duque, él no luchó por ella, no la merecía.

—Tranquilo, que mis «asuntos amorosos» son inexistentes, así que no tendrás que lidiar con ellos. En este momento solo quiero dedicarme a mi carrera y ser la mejor madre —mencionó, saliendo del vestidor, y se acercó a él—. ¿Me ayudas con el botón encima de la cremallera? No lo alcanzó —pidió, dándose la vuelta.

—Por supuesto —dijo, cerrándolo.

—Gracias, cariño. —Sonrió y se giró para mostrarle su hermoso vestido negro con ribetes en dorado—. Y bien... ¿Cómo luzco? —Deseaba verse espectacular esa noche, porque les revelaría a todos que era la madre de ese apuesto joven frente a ella; que a decir verdad, podían confundirlo con su hermano menor.

—Bellísima..., es usted muy hermosa, madre. Cada vez compruebo más porqué le causa tanto terror a Katrina Clydesdale —comentó, sonriendo con malicia, al recordar todas las veces que la hizo rabiar.

—¿Terror? —cuestionó, sorprendida.

—Sí, cada vez que la nombraba, ella enfurecía. Recuerdo que, luego de venir a verla, le hablé a mi padre de lo hermosa que estaba, y la duquesa casi le da un ataque —respondió, mostrando una sonrisa mucho más efusiva—. La verdad, creo que, en el fondo, sabe que nunca se podrá comparar con usted, y eso la hace sentir insegura y temerosa.

—Eso es absurdo, ella no tiene porqué sentirse así, como dices, es la gran duquesa y esposa de Benjen —expresó, sin darse cuenta de la nota de amargura que impregnaba su voz.

—Una esposa a la que no ama, que le fue impuesta por mi abuelo —acotó Terrence, sin saber por qué tocaba ese tema.

—Pero que él aceptó, y es con quien tiene una familia —acotó Amelia, sintiendo que el resentimiento crecía dentro de ella—. Además, si Benjen no ama a la mujer con la que comparte su vida, es asunto suyo, yo no puedo hacer nada...; al fin y al cabo, le han debido sobrar mujeres que le den amor, por si no lo sabes, tu padre no es un santo —espetó con rabia, recordando que él mismo se lo había dicho alguna vez, que mujeres que lo hicieran olvidarse de ella le sobrarían.

—No estoy diciendo que lo sea, tampoco soy tan ingenuo como para no saber que el duque ha tenido aventuras, recuerdo algunas de las discusiones en el palacio por ese tema. Solo digo que, ninguna de las mujeres que él ha tenido, se podrá comparar con usted, y no se trata solo de su belleza, sino de su carisma, su forma de ser tan radiante, afectuosa y... llena de vida; dudo mucho que él pueda encontrar eso en una inglesa, y menos si forma parte de la realeza —aclaró, mirándola a los ojos, para que supiera que hablaba la verdad.

—Gracias, mi vida, tus palabras, de verdad, me hacen sentir maravillosa —pronunció, acunándole el rostro y dándole un beso en la frente—. Y te juro que nunca me sentí menos que Katrina, ni que ninguna otra mujer que tu padre haya podido tener; por el contrario, su decisión de alejarse de mí, fue un incentivo para hacerme crecer y ser mejor —esbozó, mostrándose orgullosa y segura de sí misma.

—Lo ha conseguido, madre —afirmó, sonriendo—. Al duque que se joda, por cobarde.

—¡Terrence! —exclamó, alarmada por su forma de expresarse.

—¿Qué?, ¿acaso no se lo merece? —cuestionó, elevando una ceja mientras la miraba a los ojos.

—Sí..., se lo merece —respondió.

—Entonces, dígalo. —La animó, riendo—. ¡Vamos, en voz alta!

—¡Que Benjen Danchester se joda, por cobarde! —Le hizo caso y se sintió un poco liberada, por lo que soltó una carcajada.

—¿Verdad que se siente bien? —preguntó, mostrándose cómplice; le gustaba que ella fuese como una amiga.

—Definitivamente —aceptó, sintiéndose más liviana.

Después de eso, un toque en la puerta les recordó que tenían una gala a la que asistir, por lo que, Amelia, corrió al tocador y se retocó el maquillaje que ya se había hecho minutos antes. Terrence la ayudó a ponerse los zapatos, luego salieron rumbo al salón del hotel Palace, donde tenía lugar la grandiosa fiesta preparada por el alcalde.

Llegaron a la recepción, siendo recibidos por los periodistas, quienes, al descubrir quiénes eran los ocupantes del vehículo, se reunieron en la entrada del salón para abordarlos. El primero en bajar fue Terrence, le dio la espalda a los hombres que no dejaban de fotografiarlo, le ofreció su mano a Amelia, para ayudarla a descender y luego caminó junto a ella, hasta ese espacio creado para que las personalidades más importantes dieran algunas



declaraciones.

—Señorita, Gavazzeni, esta noche estuvo extraordinaria, nos emocionó a todos hasta las lágrimas, pero ¿cómo se siente?, ¿está satisfecha con su actuación? —preguntó uno de los reporteros, intentando enfocarse en la parte profesional.

—Buenas noches, gracias por venir a acompañarnos y por el reconocimiento a mi trabajo. La verdad, me siento muy complacida, no solo con mi actuación, sino con la de todos mis compañeros de escenario y las personas detrás del telón... Todos han hecho posible que el estreno de Tosca sea un éxito —mencionó, sonriéndoles.

—Ha sido maravilloso y debemos felicitarlos a todos.

—Señorita, Gavazzeni, todos aquí creemos que tiene usted otra novedad que contarnos —comentó un hombre con libreta en mano.

—La novedad es Tosca, es lo que nos ha reunido aquí esta noche, caballeros —dijo, intentando mantenerlos al margen de su vida privada, como siempre—. Y, por supuesto, la generosidad del alcalde, quien siempre nos honra con esta velada tan maravillosa.

—Señorita, Gavazzeni —intervino Arthur, uno de los periodistas más deseoso de un titular—, hace poco más de quince días llegó usted, proveniente de Europa, acompañada por el joven que se encuentra a su lado. ¿Podría decirnos qué relación existe entre ambos?

—Sabemos que es usted muy celosa de su vida privada, pero sus admiradores, dentro de los que me incluyo, queremos saber si el caballero es alguien importante en su vida —indico alguien más.

—¿Saber si es importante en mi vida? Por supuesto que lo es caballeros, el joven a mi lado se llama Terrence y es mi hijo —soltó, mostrando una gran sonrisa, como quien lanza una piedra en un pozo y espera por el sonido que hará al tocar fondo y se expande.

De inmediato, las miradas perplejas y hasta incrédulas de los presentes se posaron en Terrence, quien solo los veía con su habitual arrogancia, pues le parecía de mal gusto que se entrometieran en la vida de Amelia, de esa manera. Al mismo tiempo, intentó que su rostro no revelase la conmoción que le causó el que su madre dijera, así sin más, el vínculo que lo unía; pensó que evadiría la pregunta.

—Señorita Gavazzeni... ¿Es eso cierto?

—Por supuesto, que es cierto, jamás haría una broma con esto. Y, por favor, señores, no me digan que no encuentran el parecido entre nosotros, o

romperán mi corazón —mencionó, sonriendo, se sentía emocionada de poder gritarle al mundo que era la madre de un chico maravilloso, algo complejo pero maravilloso—. Sé que los hijos, sobre todo, los varones, se parecen más al padre, pero al menos le heredé mis ojos y muchas cualidades más.

—¿Por qué nunca supimos de él? —cuestionó Arthur Smith.

—Porque es parte de mi vida privada y porque ha vivido en Inglaterra desde hace varios años —respondió, llanamente.

—¿Usted qué dice al respecto, señor? —Se aventuró a preguntar Roger Dalton, del New York Times.

—Nada en lo absoluto, ya mi madre les dio las respuestas que deseaban —sentenció con seguridad.

—Bueno, ese es otro aspecto en el que se parecen, es evidente que son muy celosos de su vida privada —comentó alguien en tono divertido, provocando sonrisas en todos, a excepción de Terrence, quien solo elevó la comisura derecha.

—Ahora, si nos disculpan, caballeros, tenemos una fiesta que disfrutar —indicó Amelia, para librarse del interrogatorio.

Ninguno estaba saciado, su curiosidad los hacía hablar a todos al mismo tiempo, desesperados al ver que la estrella se marchaba, y debían aprovecharla, ya que, muy pocas veces, ella se dirigía a la prensa.

—Una pregunta más, señorita... Perdón, señora, Gavazzeni. —Arthur tomó el control sobre los demás, logrando detenerla.

—Claro, señor Smith, lo escucho.

—¿Puede decirnos el nombre del padre de su hijo?, ¿es alguna figura pública del país?, ¿lo conocemos? —preguntó y todos los demás miraron expectantes a la mujer, con libretas en mano.

—Esa es una información que prefiero...

—Mi padre es Benjen Danchester —anunció Terrence, antes de que su madre se negara a dar el nombre, como suponía haría, solo para cuidar la reputación del duque, mientras que la de ella sería duramente cuestionada por cientos de personas.

—¿El duque de Oxford? —inquirió un asombrado Paul Morgan, reportero del Washington Post, quien había conocido al duque años atrás, cuando hacía su pasantía en un afamado periódico de Londres.

—Sí, el mismo. Estuve viviendo con él durante varios años, pero he regresado con mi madre —confirmó, mirándolos y siendo consciente de que acababa de lanzarles una bomba; quizá, más grande que la arrojada por

Amelia, pero no le importaba, se escondió por mucho tiempo—. Con su permiso, caballeros, debemos seguir.

Amelia estaba tan conmocionada por la actitud y la revelación de su hijo, que ni siquiera se despidió de los reporteros; solo se dejó guiar por él, mientras su cabeza era un torbellino y, su cuerpo, preso de un ligero temblor. Sin embargo, logró reaccionar antes de llegar a la mesa que les había sido asignada junto a los otros cantantes; se paró en seco, provocando que Terrence se detuviera, y lo llevó a un rincón del salón, donde nadie los interrumpiera.

—¿Por qué hiciste eso? No entiendo, yo...

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —cuestionó él. Era evidente que eso la había afectado, y le molestaba que fuese así—. ¿Acaso el duque no se valió de ello para separarnos?, ¿no fue él, quien durante años me dijo que yo era su responsabilidad? Pues que asuma su paternidad como tal y que todo el mundo se entere de la verdad.

—Terrence..., yo quería... —Intentó, una vez más, disipar el resentimiento que su hijo sentía hacia Benjen.

—¿Protegerlo, para que continúe sin enfrentarse al escrutinio público?, ¿a las consecuencias de que se sepa que, el intachable duque de Oxford, ha tenido un hijo fuera del matrimonio? —espetó con rabia.

—No, yo solo quería protegerte a ti, porque sabía que si llegaba a revelarse el nombre de tu padre, no te dejarían en paz.

—Fue usted la que me dijo que ocultó mi existencia por ese motivo y porque todos los reporteros se lanzarían a una cacería para saber el nombre de mi padre. Pues, ya no tendrá que hacerlo, ya tienen lo que quieren... —pronunció, mostrando firmeza en su postura y tono de voz—. Así como usted quiere protegerme, yo también quiero protegerla, y no consentiré que una manada de idiotas comience a especular quién sabe cuántos nombres de posibles padres, publicando calumnias de usted. No mientras yo pueda impedirlo.

—Terry..., yo... —Amelia bajó el rostro, un tanto avergonzada al comprender que su hijo tenía razón.

—Madre..., míreme. —Le pidió y acunó su rostro entre sus manos—. Nadie tiene derecho a juzgarla por haber creído en la palabra de un hombre que le prometió hacerla su esposa, y después se fue con otra; pero lo harán, porque son crueles y usted es una figura que puede ayudarles a vender muchos titulares. Así que, le prohíbo que siga cargando sola con este estigma.

—No eres un estigma para mí, Terry, y jamás me avergonzaría de ti. Ojalá hubiera existido la manera de concebirte sola, te juro que lo habría hecho sin dudarlo, porque eres el mayor regalo que me ha dado la vida, y no me importa ser objeto de críticas y del deprecio de personas ignorantes. Lo único que deseo es que nadie te lastime.

—Créame, soy más fuerte de lo que cree. Desde muy pequeño aprendí a lidiar con los comentarios hirientes —aseguró, mirándola a los ojos, para que supiera que era verdad.

—Mi niño —susurró ella, dejando correr un par de lágrimas.

—No, ya no llore por el pasado, madre, que nos sirvió para crecer, aprender y hacernos fuertes. Ellos pensaron que nos dañaban, pero lo que no saben es que, solo fortalecieron nuestro espíritu, y que ahora que estamos juntos, somos invencibles. ¿De acuerdo? Olvide sus miedos y atrevase a enfrentar todo esto conmigo, le recuerdo que ya no está sola —dijo y la vio sonreír, limpiándose las lágrimas; él le dio un beso en la frente para reconfortarla—. Y ahora, vamos, que todas las personas en ese salón están esperando a la estrella de la noche.

Ella afirmó, sonriendo, y lo amarró en un abrazo fuerte, sintiéndose la mujer más afortunada sobre la tierra por tener un hijo como él, también emuló su gesto y lo besó en la frente. Luego, recibió el brazo que su hijo le ofrecía y caminó junto a él hasta el centro del salón, donde la recibieron en medio de aplausos y vítores llenos de júbilo.

## Capítulo 16

Victoria sentía su pecho rebosante de orgullo, mientras observaba cómo todos los presentes aplaudían la llegada de la madre de su novio; sobre todo, se sentía feliz porque Terrence se encontraba junto a ella, luciendo más apuesto que nunca y, aunque no sonreía, su mirada sí lo hacía, había aprendido a descifrar sus gestos.

Ella también se puso de pie, animada por la euforia que recorría el salón y, sin importarle la cara de reproche de su tía, le brindó sus mejores aplausos a Amelia Gavazzeni y a Terrence.

Stephen, como el buen padre que era, respaldó a Victoria, homenajearlo a la soprano, no solo por su actuación de esa noche, sino por haber hecho a su hija tan feliz.

—Todavía no puedo creer que Amelia Gavazzeni sea la madre de Danchester —dijo Sean, viéndolos saludar al alcalde y a su esposa.

—También me parece increíble —comentó Christian, siguiéndolos con la mirada—. Me pregunto por qué ella nunca hizo alusión a que tenía un hijo o a que hubiese estado casada con el duque de Oxford.

—Porque, evidentemente, no lo estuvo; es una cantante de ópera, no puede ser parte de la realeza —acotó Margot, sin poder esconder su rechazo hacia la mujer—. Es obvio que Amelia Gavazzeni no es el tipo de mujer que se casa y forma una familia con un hombre como Benjen Danchester, ni con ningún otro; son personas que solo conocen un tipo de vida, y es justamente la que lleva. —Esperaba que sus palabras hicieran mella en esa tonta ilusión que veía nacer en su hermano.

—Es de muy mal gusto hablar a espaldas de las personas, y alguien con tu educación, hermana, debería saberlo —comentó Stephen, mirándola con reproche.

—Me disculpo si he incomodado a alguien, solo expresaba mi opinión. — Margot intentó rectificar, aunque no se arrepentía de lo que había dicho; después de todo, no mentía.

—Solo te voy a pedir que cuando la señora venga a conocer a Vicky, seas más amable en tus comentarios hacia ella; recuerda el gesto que ha tenido con

la familia, al invitarnos a la premier y a esta fiesta —pronunció dejándole claro que, más que una petición, era una orden.

Margot tuvo que tragarse su rabia de ser reprendida de esa manera por su hermano, delante de sus amigos. Stephen la estaba dejando en ridículo; no obstante, debía reconocer que, quizá, se había extralimitado. Estaba dando la imagen de una malagradecida al hablar mal de la mujer que la había invitado a esa velada, así que asintió.

—Yo..., estoy segura de que la madre de Terrence es una persona muy agradable. —Victoria sacó valentía para defender a su suegra.

—La mujer debe ser encantadora, si no, no tendría tantos admiradores —acotó Marie O'Brien, sonriendo.

Todos agradecieron el gentil comentario de la mujer, pues eso daba pie a que se pudiera cambiar de tema, así que, se enfocaron en hablar sobre la presentación de esa noche. Lo hicieron en términos generales, para no caer nuevamente en una sobre atención hacia Amelia. En eso estaban cuando vieron que madre e hijo se acercaban a su mesa.

—Buenas noches, damas, caballeros —mencionó Amelia, entregándoles una encantadora sonrisa a todos, pero de inmediato enfocó su mirada en la pequeña rubia.

—Buenas noches, señora Gavazzeni; encantado, Stephen Anderson —Se puso de pie y le extendió la mano—. Es un placer conocerla, gracias por la invitación.

—Es grandioso ponerle rostro al hombre que me ayudó a darle esta sorpresa a nuestros hijos —dijo, sonriéndole.

—Encantada, Margot Anderson. —Le extendió la mano para captar su atención—. Fue muy gentil de su parte extendernos la invitación, señora Gavazzeni —indicó Margot, para cortar con el diálogo.

—No tiene nada que agradecer, es un placer contar con la presencia de todos ustedes, señora Anderson —respondió, sonriendo.

Amelia pudo notar que, aunque la mujer intentaba mostrarse amable, su mirada era seria; suponía que era una de esas moralistas hipócritas que abundaban en todos lados. La verdad no le importaba en lo absoluto lo que pensara de ella, así que le desvió la mirada y la posó en quien en realidad deseaba conocer.

—Tú debes ser Victoria —indicó, mirándola fijamente.

Era apenas una chiquilla, pero su belleza deslumbraba como los rayos del sol de verano; tenía unos ojos hermosos, enmarcados por tupidas y largas

pestañas; el cabello, dorado y abundante; podía verlo a pesar del peinado que lucía. Aunque su figura era estilizada, ya dejaba ver ciertos atributos que, en un par de años, seguramente atraería las miradas de muchos hombres, y eso, sin duda alguna, sería un gran dolor de cabeza para su hijo.

—Tiene razón, señora Gavazzeni, soy Victoria Anderson Hoffman. En placer conocerla. —La voz le vibraba a causa de los nervios.

Victoria miró a la mujer que, de cerca, se veía mucho más hermosa y elegante, sus ojos eran idénticos a los de Terrence, pero su mirada le resultaba más cálida que la de su novio, al menos la primera vez que lo vio. Y la sonrisa que le entregaba la animó a ofrecerle su mano, para presentarse como era debido, quería darle la mejor impresión.

—Eres muy encantadora, Victoria, y para mí también es un enorme placer conocerte. Mi hijo no ha hecho otra cosa que hablarme de ti.

Esa era una pequeña mentira, ya que Terrence era muy reservado con ese tema, pero una mujer siempre esperaba que el chico al que amaba, le hablase de ella a su madre.

—¿En serio? —preguntó, emocionada, y miró a su novio.

Terrence asintió para apoyar a su madre; aunque, a decir verdad, era a la única que le había hablado de Victoria.

—Por supuesto, por eso tenía tanta curiosidad por conocerte —reafirmó ella, sonriéndole; en verdad, la chica era muy linda. Ahora sabía por qué había conquistado a su hijo, tenía un aura especial, irradiaba luz y bondad.

—Espero que, ahora que me conoce, me considere una buena chica para su hijo, señora —expresó con el anhelo de que dijera que sí, reflejado en su mirada verdosa.

—Conocer una persona se lleva su tiempo, para determinar si es buena o mala —dijo, mirándola con ternura, le encantaba la inocencia que poseía—; sin embargo, hay algunas a las que solo basta verla unos minutos para saberlo, y tú eres una de esas. Creo que mi hijo tiene mucha suerte de que seas su novia.

—Gracias —expresó Victoria con una sonrisa efusiva, luego miró a Terrence—. Yo también me siento afortunada de ser la novia de su hijo... Es un gran chico —acotó con sinceridad.

—Sí, lo es..., y espero que tu padre piense lo mismo —indicó, mirando al banquero, y sonrió al ver que asentía.

Stephen se sentía más que complacido con la actitud de la madre de su yerno, era una mujer educada, amable y, lo mejor de todo, mostraba un cariño

sincero por su pequeña. Sabía que su hija era tan especial que podía ganarse el aprecio de todos, pero había personas especiales, que significaban mucho para ella, y Amelia Gavazzeni era una de ellas.

—Permítame presentarle al resto de la familia y a nuestros invitados —intervino Margot, al ver que Stephen estaba embelesado.

—Claro, será un placer conocerlos —mencionó, mirando y sonriéndole a cada uno de los que ocupaban la mesa.

De esa manera, iniciaron las presentaciones; que por supuesto, eran más anheladas por los caballeros que por las damas; la soprano se había ganado la admiración tanto de jóvenes como de adultos.

Todos pensaron que se marcharía para sentarse junto al alcalde, pero para su sorpresa, había pedido que tanto ella como su hijo fueran asignados en esa mesa. Sabía que él no desearía estar en otro lugar que no fuese junto a Victoria.

—¿Me concedes esta pieza, Victoria? —pidió Terrence, extendiéndole la mano, mientras la miraba a los ojos.

—Por supuesto —respondió con una sonrisa, recibiendo la mano y se levantó—. Con su permiso —dijo e hizo una pequeña reverencia.

Se encaminaron hacia la pista, seguidos por muchas miradas curiosas de los presentes que, en su mayoría, estaban enterados de la identidad del chico. Las especulaciones no se hicieron esperar, en cuanto la noticia se dejó correr; muchos aseguraban que la soprano se había casado en secreto con el entonces conde de Nottingham, pero que el rey, al enterarse, anuló el matrimonio y le dio la patria potestad del niño al conde.

Los principales detractores de Amelia, decían que ella solo había querido engatusar al inglés, pero que no contaba con la astucia del viejo duque de Oxford. Quien, al enterarse de sus planes, la separó de Benjen y la castigó por su osadía, quitándole al hijo con el que pretendía embaucar al futuro duque.

Y así como esas, otras teorías se dejaban escuchar, intentando dar con la verdad tras ese secreto que Amelia guardó durante años.

—Muchos nos están mirando —susurró Victoria, al dar una vuelta.

—Lo sé, pero no debemos darles importancia.

—¿Sabes por qué lo hacen? —preguntó, intrigada.

—Porque ya se enteraron de que soy el hijo de la extraordinaria Amelia Gavazzeni y del «excelentísimo» Benjen Danchester.

—¿Lo dices en serio? —cuestionó, abriendo la boca con asombro, mientras lo miraba sin poder creerlo—. Me habías contado que tu origen era



un secreto, que nadie en Inglaterra se podía enterar de que tu madre era una cantante de ópera. Cuando nos envió las invitaciones, tuve que explicarle a mi padre de dónde la conocía, y todos en la mansión se sorprendieron.

—Aquí pasó lo mismo, casi nadie sabía de mí. Ella y el duque son muy buenos para guardar secretos, como lo has visto, pero yo estoy harto de vivir en las sombras, así que hoy, cuando me presentó ante la prensa y preguntaron por mi padre, tomé la palabra y les di su nombre —explicó, mirándola, para que comprendiera porqué lo había hecho.

—¿Crees que tu padre se molestó cuando se enteró?

—Probablemente, pero eso poco me importa —dijo sin mucho énfasis—. Pero ya no hablemos más de ellos, mejor cuéntame qué has hecho en estos meses —pidió para cambiar de tema.

—Aburrirme... y extrañarte —confesó, mirándolo a los ojos, y se sonrojó al sentir dentro de ella el deseo de besarlo y recuperar el tiempo que pasaron separados, pero negó con la cabeza, desviando su mirada, y se enfocó en algo más—. Tía Margot insistió en que siguiera con mis estudios, así que le pidió el plan a la madre superiora en Brighton y contrató a varias institutrices para que me enseñaran lo que debía aprender en el colegio.

—Muy bien, sería terrible que hubieses perdido el año.

—¿Y tú?, ¿qué hiciste en estos meses, Terry?

—Quise quedarme en Escocia hasta que toda la pesadilla de la guerra pasara —contestó, omitiendo que después de su discusión, se había dedicado solo a tomar *whisky*—. Pero el duque se apareció y me obligó a regresar a Londres. Después de presentar las pruebas que me faltaban para cerrar el año en Brighton, me envió a la Academia Naval.

—Pero... ¿cómo pudo hacer algo así?, ¿no era consciente del riesgo que corrías en una escuela militar?, ¿que podían enviarte al campo de batalla? —inquirió, sintiéndose realmente furiosa con el duque.

—Creo que ni siquiera le importaba o no pensó en eso, decía que era la única manera en la que lograría disciplinarme. —Intentó no mostrarse muy afectado; no quería que también se llenara de resentimiento contra su padre, no soportaría que perdiera su bondad.

—Eso es absurdo —espetó, sin disimular su molestia.

—Ya, pecosa hermosa, olvídate de él; no quiero que arruine nuestro reencuentro —mencionó, mirándola y brindándole una discreta caricia en la cintura, pero sabía que no era alguien fácil de persuadir, por lo que agregó algo más para cerrar el tema—. Además, no tiene caso intentar comprender

sus razones para actuar conmigo como lo hacía. Al menos, no se opuso a que viniera con mi madre; cuando ella fue por mí, dejó que yo tomara la decisión —dijo, reconociéndole ese gesto, que la verdad nunca esperó de su padre.

—Bueno, creo que al hacer eso se redimió, en cierta medida —pronunció, mirando a su novio a los ojos, para que aceptara que, por una vez, el duque no había actuado como un egoísta; sino todo lo contrario—. Me alegra tanto que estés aquí, Terry —expresó, sonriendo, y se vio muy tentada a besarlo, pero estaban rodeados de demasiadas personas, y no podían hacerlo.

—¿Será que tu padre se pone furioso si nos escapamos por unos minutos? —preguntó él, sonriendo con picardía, pues había identificado el deseo que se reflejaba en su mirada.

—No lo creo, está muy entretenido bailando con tu mamá.

Terrence también giró la mirada, y una sensación incómoda se apoderó de su pecho al ver a Stephen Anderson y a su madre desplazarse con destreza por la pista, entregándose sonrisas cómplices. Apartó la mirada y frunció el ceño, recordando aquello que le había comentado a su madre en el camerino.

—¿Qué sucede? —cuestionó Victoria, al ver que se había puesto serio y que su cuerpo se tensó.

—Nada —contestó sin mirarla.

—¿Te molesta que nuestros padres se lleven bien? —inquirió, mostrándose bastante sorprendida. Suponía que le agradaría la idea de que se llevaran bien.

—Claro que no..., pero me parece que es mucho más que llevarse bien. Da la impresión de que estuvieran cortejándose.

—¡Qué cosas dices! —exclamó ella, riendo, pero al volver a mirar la pareja, tuvo que admitir que sí lo parecía y, de pronto, sintió una punzada en el pecho—. ¿Crees que se gusten?

—Espero que no, me agradaría que se llevaran bien, pero no que tuvieran una relación amorosa —contestó con sinceridad.

—¿Y eso por qué? —Ella tampoco se sentía muy cómoda al imaginar a su padre junto a otra mujer, pero la madre de su novio le había resultado agradable y era hermosa.

—Porque si llegaran a casarse, tú y yo pasaríamos a ser hermanastros, y si tienen hijos serían nuestros medios hermanos —explicó, sintiendo que en verdad era una locura.

Victoria abrió mucho los ojos, mostrando la impresión que la revelación de su novio había causado en ella, pues no se imaginaba siendo la

hermanastra de Terrence, tampoco compartiendo hermanos con él. Miró a su padre y a su suegra, y casi quiso correr hasta ellos para separarlos; sin embargo, verlo sonreír con tanto entusiasmo, hizo que el corazón se le llenara de felicidad y se mantuvo allí.

—Supongo que sería complicado —susurró, preocupada.

—Sería un desastre. —Terrence fue más tajante.

—Pero quiero que sepas, que si llegasen a enamorarse..., yo no podría oponerme. Quiero que mi padre sea feliz —expresó, anclando la mirada en la de su novio.

Él se mantuvo en silencio, mientras analizaba sus palabras; al final, terminó por concederle la razón, él también deseaba que su madre fuese feliz, junto a un hombre que la valorase y que luchase por ella. Si el destino decidía que ese hombre fuese Stephen Anderson, no sería él, quien se opusiese a la relación; por el contrario, la apoyaría de manera incondicional.

—Yo tampoco lo haría..., y viendo lo positivo en todo esto, viviríamos juntos sin tener que esperar a que cumplas la mayoría de edad —acotó, mostrando una sonrisa radiante.

Victoria lo miró con asombro; no obstante, le fue complicado no compartir el mismo gesto, siendo consciente de que, en el fondo, resultaría maravilloso.

Luego de ese momento de reflexión y de haber bailado cinco canciones, decidieron regresar a la mesa a seguir compartiendo con los demás, y así no provocar la furia de la matrona.

—Terrence, cariño —mencionó Amelia, cuando ocupó el asiento junto a ella—. Les acabo de hacer una invitación a los Anderson y a sus amigos, para que vengan a almorzar con nosotros mañana, a la casa.

—Me parece estupendo, madre —respondió, sonriéndole, luego agarró la mano de Victoria, por debajo de la mesa.

—Muchas gracias por su gentileza, señora Gavazzeni. —Victoria sonreía, mostrando su felicidad; sabía que aún tenía mucho de qué hablar con Terrence, y no estaban ni en el lugar ni era el momento adecuado para hacerlo.

—No tienes nada que agradecer, querida, ya te dije que estoy feliz de tenerte aquí —expresó, mostrando una gran sonrisa.

Amelia era sincera cuando decía eso, porque en todo el tiempo que había compartido con su hijo, no lo había visto sonreír tanto como esa noche; lucía dichoso. Internamente, se felicitaba por su decisión tan acertada de escribir

esa carta, invitando a la chica, así como al resto de su familia, pues debía decir que, Stephen Anderson, era un hombre encantador.

Horas después, la velada llegaba a su fin, por lo que, Amelia y Terrence debieron despedirse de los demás, quienes estaban hospedados allí mismo. Una vez en el auto, Terrence se sumergió en los recuerdos de esa noche, lamentando no haberse despedido de Victoria como deseaba, ni haberle dado otro beso igual al que compartieron apenas se reencontraron.

—Parece que alguien sueña despierto —comentó Amelia, sonriendo, y cuando él se volvió a mirarla, le acarició el cabello.

—Gracias por lo que hizo, aunque ya me había decidido a ir hasta Chicago, tiene mucho significado para mí, el que ella viniera solo por verme. Debo confesarle que temía que me rechazara cuando fuese a buscarla.

—Eso nunca pasará, cariño, es evidente que Victoria está muy enamorada de ti —mencionó para llenarlo de seguridad.

—Por cierto, ¿cómo supo que era ella, cuando llegamos a la mesa? Allí había dos chicas más —preguntó, porque él nunca le había descrito a Victoria, ni estando allí le mencionó quién era.

—Solo lo adiviné... —contestó y se mordió el labio, sin saber si decirle la verdad. Luego se arriesgó—. Bueno, no, lo cierto es que, en cuanto la vi, algo me dijo que, al igual que a tu padre, a ti también te atraen las rubias —explicó, mirándolo a los ojos, al tiempo que escondía su sonrisa.

—Es solo una casualidad. —Terrence se defendió de inmediato, no le gustaba que lo comparasen con el duque—. Y no fue la apariencia de Victoria lo que me enamoró de ella, sino su forma de ser.

—No lo pongo en duda, es una chica encantadora; aunque, su belleza es innegable, seguro que eso fue lo que te atrajo en un principio —comentó, él no la tomaría por ingenua, sabía que los hombres nunca se fijaban en la personalidad, no a la primera.

—Está bien, tiene razón..., me sentí atraído por su belleza. No es la primera chica hermosa que conozco, aunque sí la primera que me aceptó como era, a la única que no le importó mi origen. Ella es bondadosa, siempre ve el lado bueno de las cosas y, a pesar de todo lo que ha vivido, nunca pierde el entusiasmo, siempre está feliz e intenta que los demás también lo estén.

—Me alegra tanto que una chica así haya llegado a tu vida, Terry —pronunció, agarrándole la mano, entregándole una gran sonrisa y volviendo a acariciarle el cabello.

—Yo también espero que un buen hombre llegue a la tuya —mencionó,

recordando lo contenta que se veía mientras bailaba con el padre de su novia.

—Mi abuela siempre decía: «Las cosas buenas llegan cuando uno no las busca». Yo decidí seguir ese consejo, ya no busco nada, solo espero que sea el destino quien ponga esas cosas buenas frente a mí —respondió, siendo consciente de porqué el comentario de su hijo; lo había visto mirarla con interés cuando hablaba o bailaba con Stephen Anderson.

No quería darle falsas esperanzas, tampoco quería ilusionarse ella; después de todo, apenas comenzaba a conocer al banquero. Aunque debía reconocer que le pareció un hombre gentil y atractivo, sabía que se necesitaba mucho más que empatía para llegar a enamorarse y entablar una relación.

## Capítulo 17

Stephen esperaba en la habitación de su hija, mientras la veía pararse frente al espejo y probarse, por quinta ocasión, un sombrero, pero en lugar de mostrarse impaciente, como comúnmente haría un hombre ante la indecisión de una dama, él se sentía realmente divertido por la actitud de Victoria. Verla tan emocionada y enamorada, lo hacía feliz; lo que indicaba que, cada vez, se hacía más a la idea de que su pequeña estaba creciendo.

Escuchó un par de golpes en la puerta y se levantó para recibir a quien llamaba, mientras miraba la hora en su moderno reloj de pulsera. Era una creación de Patek Philippe, y había sido un regalo de Brandon, para que dejase ya de usar su anticuado acompañante de bolsillo, como le dijo al entregárselo, el día de su cumpleaños número cuarenta.

—Hola, tío, ¿ya están listos? Tía Margot me envió por ustedes.

—Hola, Brandon, pregúntale a tu prima, es la que sigue probándose sombreros —respondió, sonriendo.

—Ya veo —pronunció, emulando el gesto de Stephen, al tiempo que posaba su mirada en Victoria—. Creo que ese te luce bien, y el día no está muy soleado, así que el que escojas será apropiado —comentó para ayudarla a decidirse.

—Las damas no usamos sombreros porque esté soleado, Brandon, este es parte de nuestro atuendo —respondió, comparándolo con sus guantes, a ver si era el adecuado.

—Ya habla como Annette —susurró para que solo lo escuchara su tío, quien asintió, sonriendo.

—Te escuché, Brandon, ¿sabes? Deberías aprender algo de moda, así, cuando tengas una novia, aprecies lo que ella se ponga para ti —mencionó, mirándolo a través del espejo.

—Prometo seguir tu consejo, Vicky —dijo, sonriendo.

—Harías bien, eso te ayudará a evitar más de una discusión. —Stephen recordó las que él tuvo con Virginia.

—Bien, este es perfecto —dijo, volviéndose—. ¿Cómo me veo?

—Bellísima, como siempre, princesa —contestó Stephen.

—Estoy de acuerdo con tío, te ves hermosa.

Victoria les sonrió, agradeciéndoles sus halagos; después, tomó su pequeño bolso y salieron a reunirse con los demás. Brandon los guio hasta el salón donde todos los esperaban; en vista de la tardanza de Victoria, se trasladaron a un lugar menos concurrido.

—Aquí estamos, lamento la demora. —Stephen se disculpó, como correspondía, pero más por la cara seria de su hermana.

—Bien, vayamos a los autos —indicó Margot, con ese don de mando que la caracterizaba. Dejó que los demás fuesen delante y le hizo una seña a su sobrina—. Victoria, las señoritas con una educación como la que me he esforzado en darte, nunca hacen esperar a sus invitados; por el contrario, es obligatorio ser puntual, así que, espero sea la última vez que haces algo como esto, ¿entendido? —inquirió, mirándola, reflejando en sus ojos su mal humor, aunque no era solo por el retraso, sino por verse obligada a ir a la casa de la cantante.

—Sí, tía, lo siento, le prometo que no volverá a pasar.

—Fueron solo cinco minutos, no es necesario hacer un drama de todo esto —intervino Stephen, a quien, en ocasiones, le costaba callar la molestia que le causaba lo estricta que era Margot con su hija.

—Solo la estoy educando, como tú me lo pediste, ¿o ya se lo olvidaste? —cuestionó, descargando su rabia también en él.

—¿Podemos dejar esto para después? Si seguimos discutiendo, se nos hará tarde —medió Brandon.

Margot lo miró con reproche, odiaba que la reprendiese como si el adulto fuese él y no ella; se lo demostró cuando alzó la barbilla con altivez y se encaminó hacia la salida, dejándolos atrás. Los tres la vieron alejarse y se sintieron aliviados, a veces, no comprendían porqué era tan amargada, porqué siempre le buscaba los defectos a los demás y jamás era empática. Suponían que los años la habían hecho así y, lamentablemente, nunca cambiaría.

Amelia supervisaba que todo estuviera perfecto para recibir a sus invitados, la noche anterior la había pasado muy bien junto a ellos; fue como sentirse, de cierta manera, una persona normal. Sin que estuviesen hablando a cada momento de su profesión o intentando averiguar más sobre su vida privada; por el contrario, ella intentó que la conversación estuviera enfocada en diversos temas, y cada uno le siguió el ritmo.

—Estoy listo —anunció Terrence, entrando a la cocina, donde su madre hablaba con Rosie y Carol.

—¡Qué apuesto estás, cariño! —expresó, acercándose a él.

Amelia lo admiraba, sin poder creer lo rápido que había pasado el tiempo, sentía como si apenas, meses atrás, lo hubiera sentido moverse dentro de su vientre. Recordó que se había asustado, tanto, que pegó un grito y fue corriendo a decirle a su abuela, pensando que algo malo sucedía con él; y el gran alivio que la embargó, cuando su nona le dijo que era algo natural y que sucedería con frecuencia. Y vaya que lo hizo, a veces ni la dejaba dormir.

—Usted también luce muy hermosa —comentó, sonriéndole.

Terrence había despertado sintiéndose tan feliz, que hasta estuvo cantando, pero no muy alto, para evitar que lo escuchasen. Solo lo hizo de manera espontánea, cuando estaba contento, triste o furioso, era como una vía de escape menos perjudicial que el alcohol.

—Señora, los invitados están llegando —mencionó Arnold, quien vio tres autos acercándose y fue a avisarle a su patrona.

—Muchas gracias —dijo, mirando a su hombre de confianza, luego se volvió hacia sus empleadas—. Bien, dejo todo en sus manos.

—No se preocupe, señora, todo saldrá perfecto —respondió Carol.

Tras esas palabras madre e hijo se encaminaron hacia el salón, a donde el ama de llaves hizo pasar a los invitados; el primero en acercarse fue Terrence, quien se moría por ver a Victoria.

—Bienvenida —dijo, dándole un galante beso en la mano.

—Muchas gracias, Terry —susurró, hipnotizada por los ojos azules de su novio, que lucían intensos y brillantes.

—Por favor, pasen, es un placer tenerlos en mi casa —expresó Amelia, con una sonrisa que fue correspondida por todos, a excepción de Margot, quien se notaba más seria que la noche anterior.

—Disculpe la demora, señora Gavazzeni. He traído esto, espero sea de su agrado —mencionó Stephen, haciéndole entrega de dos botellas de vino, en un elegante estuche.

—Llegan justo a tiempo, y si mal no recuerdo, ayer quedamos en tutearnos, Stephen —acotó, recibiendo el presente, y sus ojos se abrieron con admiración—. Maravillosa elección, este bardolino irá perfecto con la lasaña que les ha preparado Carol.

—Me alegra haber acertado, la verdad soy muy poco conocedor, tuve que pedirle asesoría a Arthur —dijo, refiriéndose al padre de Annette.



—La verdad, todo el crédito es de mi amigo, yo solo le di algunos nombres —mencionó, mostrando una sonrisa tímida, pues a pesar de ser un hombre de cuarenta y dos años, esa mujer lograba intimidarlo.

—Caballeros, también deberían darme crédito a mí; después de todo, lo que sabe Arthur de vinos, lo aprendió de mi abuelo, que era italiano —indicó Karla, tomando posesión del brazo de su esposo, al ver lo embelesado que estaba con la cantante.

—Bueno, dejemos ya de hablar de vinos o terminaremos embriagados antes de probar una copa —ordenó Marie O'Brien, y le dedicó una sonrisa a la soprano—. Tiene una casa muy hermosa, Amelia, se siente tan acogedora.

—Será bienvenida siempre que guste, Marie —ofreció, sonriéndole—. Lo mismo para todos, por favor, tomen asiento.

Ellos agradecieron el gesto de la mujer, ocuparon los sillones dispuestos en el salón y siguieron conversando con agrado; aunque, las jóvenes parejas solo tenían ojos y oídos para ellos.

—Terrence, me comentó Victoria que habías ingresado a la Academia Naval en Inglaterra. —Stephen se dirigió al chico y continuó, dispuesto a ofrecerle asesoría—. Si piensas seguir, tengo buenos contactos, que pueden ayudarte a entrar a nuestra Armada, solo que, en estos momentos, no sé si sea buena idea hacer una carrera militar —explicó, mirándolo, quería que fuese consciente de los peligros.

—La verdad es que ingresé por orden de mi padre, es un requisito obligatorio que los miembros de la realeza tengamos un grado militar, pero nunca lo hubiera hecho por voluntad propia —respondió, notando cómo la tensión se apoderaba de Victoria y de su madre—. Le agradezco que me ofrezca su ayuda; sin embargo, como usted mismo lo ha dicho, en estos tiempos, no es conveniente —agregó, y enfocó su mirada en Victoria, quien le apretó la mano con fuerza, a lo mejor, rogándole de esa manera que no aceptara el ofrecimiento.

—¿Y a qué universidad piensa aplicar? —preguntó Margot, y antes de que Terrence respondiera, quiso condicionarlo—. Christian entrará a Harvard a principios de año; y Sean, el verano siguiente, cuando finalice las disciplinas que le quedaron pendientes en Brighton.

—Por el momento, no he decidido qué estudiar, señora Anderson —respondió fijando su mirada en ella, pues no se dejaría menospreciar por la amargada tía de su novia—. Tenía asumido que seguiría en la Academia Naval, así que, ahora, debo replantearme muchas cosas y decidir qué hacer

con mi vida. Lo que no debe preocuparle es cómo le proveeré un hogar estable a Victoria, porque, llegado el momento de casarnos, le aseguro que a su sobrina no le faltará nada.

Un tenso silencio se apoderó del lugar tras la declaración de Terrence, era evidente que estaba desafiando a la matrona de los Anderson. Actuando de una manera que ni los propios hombres de su familia se atrevían a hacer, por lo menos, ninguno que no fuese Brandon, quien tampoco dejaba que se le impusiera.

—Terrence tiene un mundo de posibilidades frente a él, ha estado acompañándome a La Casa de la Ópera, y accedió a ser parte de las clases que dicto allí. Sé que tiene mucho talento y que puede ser explotado de una manera grandiosa —expresó Amelia, con entusiasmo, para salir en rescate de su hijo.

—¿Acaso ser cantante de ópera es una profesión? —Margot continuó con su ataque, sintiendo que a cada revelación que madre e hijo hacían, se hundían más ante sus ojos.

—Margot, por favor. —Stephen le pidió medida, al tiempo que la miraba con reproche, estaba siendo muy grosera.

—Disculpen, no quiero parecer maleducada, solo tengo esa duda —dijo, intentando suavizar su actitud y disfrazarla de inocencia.

—No se preocupe, Margot, no es la primera persona que me hace esa pregunta —mencionó, fingiendo una sonrisa, pues podía sentir la hipocresía de la mujer—. La respuesta es sí, ser cantante de ópera es una profesión tan respetable como cualquier otra, incluso, la prestigiosa Escuela Juilliard, está entregando títulos a sus alumnos, y antes de que me pregunte si cantar ópera es suficiente para mantener un estilo de vida sin carencias económicas, le respondo de la misma manera; es más, diría, sin temor a equivocarme, que un tenor o una soprano puede ganar más dinero que un gerente, un abogado, un doctor o un profesor universitario —explicó, dejando a su adversaria sin argumentos.

Terrence sintió ganas de ponerse de pie y aplaudir a su madre, le había dado una verdadera paliza a Margot Anderson, lanzándola a la lona para que se revolcara en su propia amargura y vergüenza. Hasta el momento había sentido dudas de asistir a las clases que Amelia dictaba, aunque se lo había prometido a ella y a Allison, pero justo en ese momento acababa de decidirse.

No solo asistiría a La Casa de la Ópera, también aplicaría para entrar el año próximo a ese conservatorio del que hablaba su madre. Le demostraría a

esa mujer que no necesitaba de un título de abogado o de doctor de alguna estúpida universidad, para salir adelante y ser un hombre capaz de darle a Victoria, la vida que ella y los hijos que Dios les enviara, merecían.

Todos los presentes se sumergieron en un pesado silencio que, por suerte, fue salvado por el ama de llaves, quien les anunciaba que ya podían pasar al comedor. Eso, sin duda alguna, aligeró el ambiente, aunque la tensión entre Margot, Amelia y Terrence se podía casi palpar, pero intentaron dejarla de lado.

—Espero que la comida sea de su agrado, esta receta era de mi abuela —mencionó Amelia, sonriéndoles.

—Tengo años que no pruebo una buena pasta italiana, gracias por prepararla este día —contestó Karla, con una sonrisa radiante.

—Carol, mi cocinera, nació en Sicilia. Vino a América, siendo muy pequeña, vivió aquí durante algunos años, luego regresó a Italia para cuidar de su madre. Cuando regresó y tuve la suerte de conocerla, la acogí bajo mi techo.

—Siempre he querido tener una cocinera italiana, tal vez conozcas a alguien que me puedas recomendar.

—Por supuesto, en La Pequeña Italia hay montones de buenas mujeres, que estarían muy agradecidas con la oportunidad.

—Y... ¿Crees que sea seguro contratar a alguna mujer de ese lugar?

Terrence, que seguía la conversación, fijó la mirada en su madre, a la espera de su respuesta; siendo consciente de lo doloroso que era para ella, que menospreciaran a la gente que provenía del lugar donde nació.

—Te aseguro que encontrarás a muchas personas honestas allí, no siempre ser pobre es sinónimo de ser un delincuente. Solo debemos dejar los prejuicios y atrevernos a ayudar a los más necesitados.

—Es lo que nos pide Dios que hagamos —acotó Marie, sintiendo que la cantante cada vez le caía mejor.

—Por supuesto, seguiré tu consejo. —Karla asintió, sonriendo, mientras pensaba que acababa de meterse en un gran problema.

Después de la comida, Amelia sugirió que volvieran al salón para disfrutar de una taza de té o café, como buena anfitriona que era, debía dejar en el olvido el percance con la matrona de los Anderson. Y como era de esperarse, sus invitados accedieron, pues no estaba bien visto que se retirasen en cuanto acabasen de almorzar, debían dedicar esa tarde a compartir con ella.

Los jóvenes prefirieron los planes de Terrence, quien les ofreció dar un

paseo por el jardín; todos estaban ansiosos por tener algo de intimidad. Por lo que, no duraron en ayudar al hijo del duque y convencer a sus padres de dejarlos ir a pasear sin la supervisión de alguno de ellos.

—Terry... ¿En verdad vas a dedicarte a la ópera? —preguntó Victoria, mientras paseaban por el jardín.

—¿Te parece que esté mal? —respondió con otra interrogante, al tiempo que la miraba a los ojos.

—No, claro que no..., es solo que... no pensé que te gustara; supongo que eso debe ser algo que te apasione desde pequeño. Por ejemplo, a Christian siempre le ha gustado todo lo que tiene que ver con la ciencia, la lógica, las fórmulas matemáticas, los autos, los aviones; por eso se postuló para estudiar ingeniería en Harvard; en cambio, a Sean, le gusta el Derecho, se la pasa hablando de leyes y códigos, también sobre filosofía —planteó su idea con total claridad, para que él no fuese a pensar que lo estaba comparando, solo quería que estuviese claro lo que deseaba ser en la vida.

—Comprendo lo que quieres decir y sé que, yo, hasta ahora, no he dado muchas muestras de ser un apasionado de la ópera, pero durante este tiempo en el que he compartido más con mi madre y he estado visitando el teatro, me he dado cuenta de que es un mundo que me atrae; además, siempre me ha gustado cantar, y creo que no lo hago tan mal —explicó, queriendo que ella lo entendiese y que viera que no se trataba de un capricho.

—La verdad es que lo haces muy bien —reconoció, sonriéndole—. Recuerdo que, una vez, cuando llegué al arce, estabas cantando y te dije que tenías una voz maravillosa, pero tú, tan apático, como siempre, me dijiste que solo era aceptable. Y ahora resulta que serás un tenor —expresó con emoción, y le rodeó la cintura con los brazos.

—En realidad, mi registro vocal sería el de un Heldentenor, que es un rango más bajo, pero debo mejorar mi técnica, si en verdad quiero convertirme en uno; por eso comenzaré a estudiar con mi madre y me postularé para Juilliard —expuso, sintiendo que entre más lo ponía en palabras, más real le parecía.

—Si es lo que deseas, tendrás todo mi apoyo, solo debes prometerme que todas las canciones de amor que cantes, serán para mí, y me dirás lo que significan, porque no sé nada de italiano.

—Te lo prometo, ¿te gustaría que te cantase alguna en este momento? —preguntó con la emoción vibrando en su voz.

—Sí, aunque antes me gustaría otra cosa —susurró, mirándole los labios,

mientras sentía el deseo hacer nido en su pecho.

—Creo saber qué, porque es lo mismo que estoy anhelando yo desde que te vi entrar, pecosa —respondió, rozándole la respingada nariz cubierta de pecas, con los labios, antes de apoderarse con suaves toques de esa exquisita boca.

Victoria se estremeció íntegra al sentir el primer contacto de labios, acompañado de esa humedad que los impregnó cuando sus lenguas se encontraron, haciéndolos desear mucho más. Entrecerró los párpados mientras se aferraba a la cintura de su novio y sentía que él le acunaba el rostro con sus cálidas manos, para entregarle un beso a conciencia, pausado y profundo, que puso a girar un vórtice de emociones en su interior.

Sus bocas seguían esa exquisita danza, donde los gemidos eran los acordes que los incitaban a entregar todo cuanto pudieran, olvidándose del resto del mundo. El tiempo que estuvieron separados había acumulado sus ansias, así que los besos ahora eran más osados e intensos.

También las emociones que iban despertando en ellos y que cada vez resultaban más difíciles de contener; sin embargo, seguían aferrándose a la cordura y a esa cuota de inocencia que les impedía ser arrastrados por la pasión.

Terrence sentía que su mundo era perfecto, como no lo había sido antes, pues ahora no solo tenía de nuevo a Victoria junto a él, sino que, por primera vez, se sentía dueño de su destino. Eso lo hacía sentir más seguro, y lo mostraba en la manera que la besaba y acariciaba, siendo más arriesgado, porque su consciencia ya no le recordaba, que a lo mejor, no sería el hombre indicado para ella; ahora estaba seguro de que podía serlo.

## Capítulo 18

La voz de Karla, alertó a los jóvenes, quienes compartían por separado, aprovechando que tenían un momento a solas, el mismo al que debieron renunciar en cuanto la escucharon. La mujer se ofreció a buscarlos, pues había llegado la hora de marcharse, aunque su marido y los otros hombres de la familia Anderson, estaban muy a gusto en compañía de la soprano, esa visita se había extendido mucho.

Amelia debía prepararse y descansar para la presentación de esa noche, que ya había agotado todas las plazas, y aunque le pesase, debía volver a ser la famosa soprano y dejar, por esa tarde, la dicha de ser una persona común.

—Ha sido un verdadero placer compartir contigo, Amelia, gracias por la invitación y las buenas atenciones —expresó Stephen, mirándola a los ojos—. De más está decir que eres bienvenida en Chicago, cuando desees, y sería un honor tenerte en nuestra casa.

—Estaría encantada, gracias por la invitación y por permitir que Terrence vaya con ustedes, se pondrá feliz cuando le dé la noticia.

—Al igual que mi hija —mencionó, entregándole una mirada cómplice—. Espero que tú también puedas acompañarnos para Navidad, claro está, si tu trabajo te lo permite.

—Prometo hacer todo lo posible —dijo con una sonrisa.

En ese momento, hicieron entrada Karla y los chicos, a quienes se les notaba a leguas que ese momento a solas los había complacido mucho. Irradiaban felicidad; sobre todo, Victoria y Terrence, pues ellos habían estado separados por mucho tiempo.

—Ha llegado la hora de irnos, pero antes quiero hacerle una invitación a Terrence —anunció Stephen, mirando a su yerno, y pudo ver enseguida cómo su hija lo miró con expectativa—. ¿Te gustaría viajar con nosotros a Chicago? —inquirió.

—¡Di que sí! —exigió Victoria, posando su vista en él.

—Ya pensabas hacerlo, cariño, hasta tienes un boleto; solo sería cuestión de preparar tu equipaje y reunirte mañana temprano con ellos en la estación —acotó Amelia, para animarlo, pues podía ver que su hijo dudaba en aceptar.

—Su invitación me honra mucho, señor Stephen, y en verdad estaría encantado de ir contigo, Victoria, pero... se suponía que la próxima semana asistiría a las clases con usted y Allison.

—Por eso no te preocupes, puedes hacerlo al volver. Y las postulaciones para el conservatorio serán a partir del próximo año, así que tienes tres semanas para descansar. —Amelia lo miró a los ojos, pidiéndole que se tomara ese tiempo para compartir con su novia.

—En ese caso, acepto encantado su invitación, Stephen.

—¡Gracias! —exclamó Victoria, sintiéndose feliz, y estuvo a punto de besarlo; terminó controlándose cuando se topó con el rostro de su tía, aunque no dejó de darle un breve abrazo.

—No tienes que agradecerme nada, Vicky, siempre que sea posible estaré a tu lado —expresó, mirándola y le acarició la mejilla.

—Te gustará Chicago, Terrence..., es una ciudad hermosa y menos ajetreada que Nueva York. Para mi desgracia, no podré viajar sino hasta la próxima semana, pero estoy seguro de que los chicos te llevarán a conocer los mejores lugares —mencionó Brandon, con entusiasmo.

—Por supuesto, cuenta con ello, Terrence. —Christian le sonrió.

—Gracias a todos. —Se sentía un tanto extraño, no estaba acostumbrado a ser tratado de esa manera.

—Perfecto, entonces no se diga más, tendrás unas vacaciones en Chicago, antes de comenzar tus estudios —anunció Stephen.

Luego de eso, Amelia y Terrence los acompañaron fuera de la casa, para despedirlos; estuvieron allí hasta que vieron los autos alejarse; después, entraron al salón, encontrándolo tristemente vacío. Para Terrence, la sensación fue más pesada, pocas veces había compartido de forma agradable con tantas personas; de hecho, solo recordaba haberlo hecho el verano pasado, cuando estuvieron en Escocia.

—Bien, señorito Danchester, enviaré a Rosie para que haga su maleta —indicó Amelia, sonriéndole.

—¿Seguro que no le importa que me vaya?

—Si lo dices por si voy a extrañarte, claro que lo haré, pero también soy consciente de que quedarte aquí, encerrado, todos los días, es muy aburrido; además, quiero que disfrutes de tu libertad, que puedas ir y venir a donde desees —contestó sin apartar su mirada de la de él, que la analizaba—. Y ahora tendré un mayor motivo para aceptar la invitación de tu suegro.

—¿Qué invitación? —Le dirigió una mirada inquisidora.

—Me pidió pasar la Navidad en Chicago.

—¿Y qué sucedió con eso de «Ya no busco nada, solo espero a que las cosas lleguen»? —citó las palabras de su madre, sonriendo con picardía al ver que ella lo miraba, sorprendida.

—No pasó nada, jovencito, simplemente, estamos siendo amables. —Se defendió—. Por cierto, deberás cenar solo esta noche, debo irme en una hora al teatro —dijo cambiando de tema.

—No se preocupe, comeré algo ligero en mi habitación, sabe que estoy acostumbrado a hacerlo.

—Lo sé, aunque no tienes porqué, cualquiera aquí puede acompañarte, sabes que, más que empleados, son como nuestra familia. —Le recordó para que supiera que allí nunca estaría solo.

—Está bien, ahora, será mejor que se dé prisa o se le hará tarde, y la estrella no puede hacer esperar a sus «admiradores»

—Te vas a ganar un par de nalgadas, como sigas. —Lo amenazó, pero sin dejar de sonreír.

Le encantaba verlo tan feliz y relajado, ahora lucía como el chico que realmente era, y no tan tenso y amargado, como cuando llegó. Le dio un beso y subió a su habitación para prepararse, esa noche sería más relajada que la anterior, pero tanto en el escenario como fuera de este, siempre debía mostrarse impecable; ese era su compromiso.

Ya en su habitación del hotel, Margot caminaba de un lugar a otro, mientras sentía que no podía contenerse más; lo que había hecho su hermano era una locura, y debía conseguir la manera de evitarlo. Lo peor fue que no pudo negarse en el momento, porque quedaría delante de sus amistades como la peor persona del mundo, y todo por el insensato de Stephen, que no podía controlar su entusiasmo por Amelia Gavazzeni. Pero no podía dejar las cosas así, debía hacer algo.

Con esa resolución, se encaminó fuera de su recámara; llegó hasta la habitación de su hermano, golpeó con sus nudillos la puerta un par de veces y esperó a que él le abriera. Cuando lo hizo, vio que se estaba desvistiendo y ella lo había interrumpido, igual no le dio importancia a eso, lo que ella había ido a decirle era primordial.

—Necesito que hablemos y tiene que ser ahora —dijo para que él no fuera a negarse, necesitaba sacar de su pecho la rabia que sentía o terminaría con una horrible migraña.



—Claro, pasa —respondió, algo extrañado, y le hizo un ademán para que siguiera, luego comenzó a abotonarse la camisa y caminó hasta el juego de sillones que tenía la suite—. Por favor, toma asiento, Margot, y dime qué es eso tan importante, que no puede esperar.

—No puedo creer lo que hiciste —espetó con rabia.

—No sé a qué te refieres, si me lo explicas, tal vez, pueda justificarme —mencionó, mirándola con desconcierto.

—No, es que esto no tiene justificación —expresó mostrando su molestia sin disimulo—. ¿Cómo puedes invitar a alguien como Amelia Gavazzeni a nuestra casa? Esa mujer tuvo un hijo en pecado, lleva una vida de libertinaje, y lo que es peor le dices que puede quedarse en la casa de nuestro padre. Por no mencionar lo que dirían las personas si se enteran que ese joven, siendo novio de tu hija duerme bajo su mismo techo. ¿Acaso te has vuelto loco Stephen? —cuestionó mirándolo a los ojos y exigiéndole que se retractara.

Él se quedó en silencio, mirándola con asombro, sin poder creer que Margot, en verdad, estuviese siendo tan prejuiciosa con alguien a quien apenas conocía. Le dio rabia y también tristeza que su hermana tuviese un corazón tan oscuro y un alma cegada.

—Para empezar, le hice una invitación a Amelia para retribuirle el gesto que tuvo con nosotros, es lo menos que ella merece y, que yo, como caballero, haría. Segundo, me parece de muy mal gusto que te expreses de esa manera de una mujer que te abrió las puertas de su casa y te atendió con amabilidad. Eres una desagradecida, Margot —pronunció con la voz vibrándole por la rabia.

—Lamento mucho que mi sinceridad te incomode, pero es lo que pienso y no voy a cambiar de parecer, solo porque tú estés deslumbrado con esa mujer. Y si quieres que te diga más, presiento que esta invitación tiene un trasfondo, y no fue precisamente para hacer que Victoria y ese chico se reencontraran, sino para justificar el acercamiento que ella desea tener contigo —expuso sin reparos.

—¡Por el amor de Dios! ¿Estás escuchando lo que dices, Margot? Esto es tan ridículo... Amelia Gavazzeni no me conoce, ¿por qué querría tener un acercamiento conmigo? —inquirió con un tono de burla, pero sin dejar de sentirse perplejo por la actitud y las suposiciones de su hermana.

—¡Por supuesto que te conoce! ¿Se te olvida que eres el heredero de la fortuna de los Anderson? —Lo increpó, harta de que fuese tan ciego—. Puede que yo esté al frente de los bancos, pero el heredero legítimo eres tú,

por ser hombre, y esa mujer lo sabe, así como sabe lo conveniente que sería casarse contigo —mencionó con su mirada anclada a la de él, para ver si así comprendía lo que en verdad sucedía.

—Definitivamente, te has convertido en una mujer paranoica, estás igual que nuestro padre, viendo maquinaciones donde no las hay, y lo que es más triste, juzgas a una persona sin darte siquiera la oportunidad de conocerla. — Stephen recordó que William Anderson también había calificado a Virginia como una mujer interesada y sin escrúpulos.

—No me hace falta ver más, para saber la clase de mujer que es, todo salta a la vista. Es evidente que se embarazó de Benjen Danchester para escalar posición, y cuando este no pudo cumplir su deseo, le dejó al niño, para que lo criara mientras ella seguía con su vida.

—Margot..., mide tus palabras. —Le advirtió.

—No hasta que escuches todo lo que tengo que decirte... Ella solo busca a un hombre que le brinde una posición respetable, y parece que ahora lo ha encontrado, porque estoy casi segura que apenas se enteró de la relación que existe entre su hijo y Victoria, no dudó en traerlo para que él sea el puente entre ustedes dos... Lo más triste de todo es que resulta probable que lo consiga, ya logró cautivarte y hacer que la invitaras a estar bajo tu mismo techo, sabes bien lo que sucederá después de que eso ocurra.

—¡Margot, ya basta! ¡No te consiento una palabra más!

Stephen tuvo que gritarle para detenerla y evitar que siguiera mancillando la imagen de una buena mujer, solo porque para ella, era un pecado enamorarse y entregarse a alguien por completo. La vio dedicarle una mirada cargada de rabia, pero él no se encontraba menos molesto; además, la actitud de Margot no tenía ninguna justificación.

—No me grites, Stephen, no olvides que soy tu hermana mayor y me debes respeto. —Le exigió con una mirada de reprobación, al ver cómo actuaba por culpa de esa mujer.

—Si deseas que te respete, empieza tú por respetarnos a Amelia Gavazzeni y a mí —demandó con un tono duro, no se dejaría intimidar por su actitud—. Tus insinuaciones no solo la ofenden a ella, sino también a mí. Hablas como si yo fuese un libertino que estuviese a la espera de la primera oportunidad, para meter a una mujer a la casa de nuestro padre. Si quisiera acostarme con ella o mantener una relación seria, créeme, no sería a tu casa a donde la llevaría.

—No hables de esa manera en mi presencia, soy una dama.

—Pues deberías comportarte como tal y dejar de hacer suposiciones acerca de mi intimidad o la de otras personas. Jamás, escúchame bien, Margot Anderson, jamás ofendería a mi hija de esa manera, sería como irrespetar la memoria de su madre, a la que sigo amando con todas las fuerzas de mi corazón —enunció con seguridad.

—Por favor, Stephen, no me trates como a una tonta, eres hombre, y se nota a leguas que la cantante te gusta.

—Y si así fuese, ¿cuál es el problema, Margot? Ella es una mujer soltera y yo llevo años viudo, ninguno tiene un compromiso que nos impida entablar una relación.

—¿Ves? Tengo razón, te dejaste deslumbrar por esa mujer; siempre actúas de la misma manera, eres un inconsciente, Stephen. Sabes que puedes tener a una dama de buena familia, una que nuestro padre, desde el cielo, aprobaría; pero te empeñas en escoger lo peor, una mujer nacida en la calle Mulberry y que quién sabe cuántos hombres habrá tenido en su vida.

Las palabras de su hermano solo le daban la razón, atormentándola más; sabía lo que podía desencadenarse si él decidía seguir en su empeño con Amelia Gavazzeni. Ya antes había sucedido, cuando se enamoró de Virginia Hoffman, no le importó abandonarlo todo para irse con ella; él no era un hombre de familia, solo era un tonto pasional.

—No seguiré hablando contigo de esto porque no puedes ver más allá de tus prejuicios, pensé que los años y los golpes recibidos te habían hecho madurar, pero sigues siendo la misma mujer resentida de antes.

Le dio la espalda para caminar hasta la puerta y pedirle que se fuera de su habitación, no iba a permitir que ella siguiera juzgando a Amelia y a él, solo por absurdas suposiciones. Pero antes de poder llegar a esta, su hermana lo detuvo, tomándolo del brazo, era evidente que no le dejaría que terminara con esa conversación.

—Precisamente, los años y los golpes que he recibido me han convertido en una mujer astuta, una que no dejará que nadie venga a dañar el buen nombre de la familia. Y en lugar de reprocharme por lo que hago, deberías estar agradecido porque no solo cuido de ti, sino también de la reputación de tu hija —dijo, mirándolo a los ojos, para que comprendiera que no era su enemiga.

—No se te ocurra hablar de Victoria. —Se soltó del agarre con brusquedad, y sus pupilas parecían destellar como llamas.

—Solo pretendo proteger a tu hija. Debes entrar en razón, Stephen, no

puedes permitir que duerma bajo el mismo techo que su novio, eso acabaría con su reputación, y si esa relación no llegase a funcionar, ella quedaría estigmatizada, ya ningún hombre con buenas intenciones la querría —mencionó con desesperación, pues veía que la situación se le estaba escapando de las manos.

—No tienes que desearle mal a mi hija; por el contrario, deberías pedir para que esa relación sea estable y duradera; claro, eso si le tuvieras algo de aprecio —dijo con su mirada clavada en la de ella—. Y dime algo, ¿acaso olvidas que tú y Arnold dormían bajo el mismo techo, antes de casarse? —cuestionó y la rabia dentro de él no disminuía.

—Arnold era primo de nuestro padre, era parte de la familia —alegó de inmediato, sintiéndose ofendida.

—Lo sé y no te estoy juzgando, Margot, pero debes entender que sin importar que ustedes hayan sido familia, fue el respeto que tú y él sentían por el hogar de nuestro padre, lo que hizo que ni siquiera se les pasara por la cabeza ofenderlo. Y lo que te quiero demostrar con eso es que, sé, que puedo esperar lo mismo de Terrence y de mi hija. Estoy seguro de que ellos jamás irrespetarían nuestro hogar, así como no lo haría yo, si Amelia Gavazzeni acepta mi invitación. —Le explicó de la mejor manera posible, para ver si así terminaba de comprender.

Margot se lo quedó mirando, mientras se debatía internamente entre confiar en él o seguir en su postura, e impedir que el buen nombre de los Anderson se viese afectado. Su silencio dejaba claro que no podía solo quedarse de brazos cruzados, mientras ellos lanzaban por la borda todas las buenas costumbres y las normas sociales.

—No es mi intención imponerte nada, así que, al llegar a Chicago, comenzaré las averiguaciones para comprar una casa; después de todo, mi hija y yo solo somos unos invitados en la mansión Anderson —expresó, sin poder esconder su resentimiento, y continuó su camino hacia la puerta—. Y otra cosa, no temas por quedar sola frente a los bancos, seguiré cumpliendo con mi parte del trato, ahora debo pedirte que te marches.

—Solo estoy procurando el bienestar de todos. —Se defendió, sin poder disimular la inquina en voz.

—Y te lo agradezco, pero tu manera de demostrarlo no es la adecuada, así que, prefiero tomar esta decisión.

—Te llevarás a Victoria, y sabes muy bien lo que eso les hará a los chicos, ellos la adoran, y yo... —Su voz se quebró porque, a pesar de todo, también

la sentía como a una hija.

—Pueden verse cuando deseen, no les impondré nada ni la alejaré de ustedes, pero creo que ha llegado la hora de que...

—¡Eres un egoísta, Stephen! —gritó, fuera de control; y llena de dolor, lo empujó para abandonar con prisa el lugar.

Odiaba que siempre le llevase la contraria, que tratara de imponerle sus ideas, como si fuese el único dueño de la verdad, pero; sobre todo, odiaba tener que ceder solo para mantenerlo a su lado. Los sollozos le rompían la garganta a medida que avanzaba con pasos trémulos por aquel pasillo, sintiendo que todo pendía de un hilo, nuevamente, que ella quedaría desamparada y a merced de sus adversarios.

De pronto, su mirada se encontró con la de Brandon, quien la veía, sorprendido, y caminaba en su dirección, quizá pensando que le había sucedido algo grave. Ella esquivó su mirada para esconder su vergüenza, y antes de que pudiera interceptarla, abrió la puerta para entrar en su habitación con rapidez, cerrándola con un golpe seco, que retumbó en todo el lugar.

## Capítulo 19

Stephen se quedó perplejo durante varios segundos, sin lograr comprender el proceder de su hermana, pocas veces había visto a Margot perder los estribos de esa manera. La preocupación lo embargó, porque sin dudarlo, era responsable, en parte, de todo eso; quizá no supo expresarse o actuó de manera impulsiva al decirle que se iría de la mansión junto a su hija.

Cuando al fin logró ordenar la turbación que le dejó en la cabeza el comportamiento de Margot, supo que debía buscarla y hablar con ella, no había necesidad de quedar en esos términos; después de todo, ellos eran hermanos. Caminó, dispuesto a seguirla, pero al abrir la puerta se encontró con su sobrino; notó que su mirada reflejaba un gran desconcierto y preocupación.

—Tío, ¿qué está sucediendo? —inquirió preocupado.

—Tranquilo, Brandon, no es nada —indicó para calmarlo, y le apoyó una mano en el hombro—. Solo tuve una discusión con tu tía, pero no te preocupes, lo solucionaré —agregó, antes de esquivarlo para ir a la habitación de Margot.

—Espere un momento —Lo agarró por el codo para detenerlo—. No creo que sea conveniente que hable con ella ahora, estaba muy alterada. ¿Por qué no me cuenta lo que ocurrió? Tal vez pueda ayudarlo.

—Vaya que han cambiado las cosas, soy quien recibe más consejos de tu parte, cuando debería ser todo lo contrario —dijo con algo de vergüenza, bajando la mirada.

—A veces no tenemos todas las respuestas y no hay nada de malo en acudir a alguien más para obtenerlas, sin importar que esta persona sea más joven que nosotros.

—Tienes razón, además, desde muy niño mostrabas una gran madurez, a tu manera, pero lo hacías. —Soltó un suspiro y accedió a hacer lo que su sobrino le decía; tal vez, hablarlo con Brandon le ayudase a aclarar sus pensamientos—. Ven, pasemos a la habitación, este no es un tema para tratar en el pasillo.

Brandon asintió, siguiendo a su tío, quien se mostraba bastante

acongojado por lo que estaba pasando, aunque en menor grado que su tía Margot. Tomaron asiento en el salón de la suite, y Stephen comenzó a relatarle lo sucedido, intentando ser lo bastante preciso, como para que Brandon se hiciese una idea clara de la gravedad del asunto.

Varios estados de ánimo acompañaron la narración de Stephen, mostrándose decepcionado, ofendido y molesto con su hermana, pues seguía sin hallarle una justificación a su manera de proceder. Cuando finalizó, fue como si se hubiese quitado un peso de encima, Brandon tenía razón al decir que era mejor desahogarse, porque siendo su sobrino un hombre, pudo hablar con él con mayor claridad con respecto a sus intenciones.

—¿Quiere que le diga lo que entiendo de todo esto? —inquirió Brandon, reclinándose en el sillón.

—Estaría muy agradecido —contestó, mirándolo.

—Tía Margot está atemorizada, pero no le gusta mostrarse como una persona débil o que depende de alguien más, por eso actuó como lo hizo, a la defensiva. Ella teme que usted se enamore de Amelia Gavazzeni y termine abandonándola, y que, además, se lleve a Victoria, como ya le confirmó que haría, al decidir marcharse de la mansión —explicó con su mirada serena anclada en la desconcertada de su tío.

—Pero eso es absurdo, yo me comprometí con ella a estar a su lado para manejar los bancos y, lo haré, pero eso no le atribuye el derecho a que decida sobre mi vida —pronunció, alterándose.

—A veces es difícil poner límites para Margot Anderson, pero es necesario hacerlo, aunque eso la enfurezca —habló desde su propia experiencia con la matrona—; sin embargo, creo que deben hablar las cosas mejor y no tener que llegar a los extremos.

—Es lo que me hubiese gustado hacer, Brandon, pero tu tía es tan intransigente. —Se quejó, frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero debe hacer un esfuerzo, porque si usted se va de la mansión, las cosas se pondrán difíciles para todos, y no solo lastimará a tía, sino también a Christian, a Sean y a Victoria; ellos han vivido juntos casi toda su vida, no es justo que por este altercado deban separarse —dijo, pensando en la felicidad de sus sobrinos y su prima.

—No puedo permitir que Margot decida cómo debo llevar mi vida personal, eso es asunto mío —expresó con rabia.

—Estoy de acuerdo con ello, y sabe que lo apoyaré en cualquier decisión que tome. Solo piense muy bien y con tranquilidad todo lo que puede

ocasionar con esta, no peque de impulsivo, lo mejor es que deje que las cosas se calmen y hable con tía más tarde, cuando ella también esté más tranquila y haya reflexionado sobre su comportamiento.

Se puso de pie, dispuesto a marcharse, sintiendo que ya había cumplido su parte allí, pues la decisión que tomase su tío, no debía estar condicionada por nadie, ni siquiera por él, aunque odiase la idea de no tenerlo más en la mansión.

—Gracias, hijo, no sabes cuánto bien me hizo hablar contigo; te prometo evaluar bien todo esto para tomar la mejor elección y que nadie resulte perjudicado.

—No tiene nada que agradecer, para eso está la familia... Una cosa más, si decide irse de la casa, consúltelo con Victoria, ya mi prima está en edad para que su opinión sea escuchada y tenga peso. —Le aconsejó y luego sonrió para que no se sintiera tan presionado—. Bueno, ahora lo dejo, iré a tomar una siesta antes de la cena. Usted intente descansar, le hará bien —mencionó, apoyándole una mano en el hombro.

—Lo haré, que descanses, Brandon —dijo y le dio un fuerte abrazo.

Luego de algunos minutos, Stephen continuó con lo que hacía antes de que llegara Margot. Seguiría el consejo de su sobrino, intentaría descansar para despejar sus pensamientos. Aunque dudaba mucho poder dormir en ese momento, al menos se metería en la tina un rato.

Horas después, la familia se reunía junto a sus amigos en el restaurante del hotel, la única ausente fue Margot, quien envió a su dama de compañía para que la excusara, alegando que tenía un fuerte dolor de cabeza. Brandon y Stephen, al escuchar eso, intercambiaron una mirada que no necesitó de palabras, ambos sabían que ella seguía muy afectada por lo acontecido esa tarde.

Stephen esperaba poder hablar con ella después de la cena, pero su ausencia cambiaba sus planes; sin embargo, no iba a aguardar a que Margot apareciera, debían solucionar ese asunto antes de que empeorase. Por eso, rechazó el postre y también se excusó con sus acompañantes para retirarse de la mesa, diciendo que tenía algunos documentos del banco que revisar y dejar firmados antes de viajar a primera hora a Chicago.

Quienes no estaban al tanto del altercado, no notaron nada extraño en el comportamiento del hombre ni de la matrona; no obstante, Brandon, que sabía lo sucedido, rogó para que ellos se entendieran y las cosas no fuesen a



empeorar.

Vio a su tío alejarse con andar pausado y, por un instante, su mirada se cruzó con la de Victoria, como no quería despertar sospechas en ella, le dedicó una sonrisa, luego hizo que todos se centraran de nuevo en la conversación.

Stephen llegó hasta la puerta de la habitación que ocupaba su hermana, dudó por un momento en llamar, pero luego se armó de valor y golpeó con sus nudillos la hoja de madera. Estuvo a punto de irse cuando no recibió respuesta, pero lo intentó una vez más, y pasaron solo segundos para que Margot abriese.

—¿Cómo te sientes? —Le preguntó al ver que tenía los ojos ligeramente hinchados, como si hubiese estado llorando.

—Solo tengo un dolor de cabeza, necesito descansar y se me pasará —respondió, sin atreverse a mirarlo a la cara.

—Bien, entonces te dejaré hacerlo —mencionó al notar que ella seguía mostrándose reticente.

—Stephen, espera —dijo al verlo alejarse, él se detuvo, enfocando su mirada en ella—. Debemos hablar, pero esta vez lo haremos como dos personas adultas y comprensivas. Pasa, por favor. —Abrió la puerta, al tiempo que le hacía un ademán.

—Por supuesto —mencionó, sintiéndose esperanzado al ver que la actitud de su hermana era menos agresiva.

Margot tomó asiento y esperó a que él también lo hiciera, mientras analizaba con cabeza fría la decisión que había tomado esa tarde. Debía hacerlo una última vez, antes de expresarla en voz alta, porque sabía que, una vez que lo hiciera, no habría vuelta atrás, no era una mujer que empeñaba su palabra y no la cumplía.

—Te daré el voto de confianza que me solicitas, sin poner condiciones —pronunció al fin, con su mirada fija en la de su hermano—. Solo te pido que tengas presente que lo que hago es por cuidar de Victoria.

—Lo sé, Margot, y te lo agradezco mucho, igual quiero que sepas que no pretendo imponerte nada ni obligarte a aceptar mis condiciones. Ten la seguridad de que nunca te dejaría sola al frente de los bancos, sin importar que no esté en la mansión.

—¿Sigues con la idea de marcharte y llevarte a Victoria? —cuestionó, sintiendo que el dolor regresaba a ella.

—Puedes estar tranquila, no lo haré, porque sé el daño que eso le causaría

a los chicos y a mi hija, pero debes tener claro que en mis asuntos personales decido yo, y no quiero que interfieras de ninguna manera. Si necesito un consejo, te lo pediré, pero solo yo decido qué hacer con mi vida, no pretendas que haga todo lo que me dices, solo porque te creas con el derecho por ser mi hermana mayor, ten claro que eso no sucederá —mencionó mirándola, para que supiera que hablaba en serio, aunque intentó usar un tono pausado.

—Como deseas —aceptó, no sin sentirse defraudada por tener que ceder en eso; sin embargo, había algo que le importaba más—. Pero en lo que respecta a Victoria, debes permitirme tomar ciertas decisiones —indicó y, al ver que su hermano pretendía protestar, continuó—: Victoria es una chica inteligente y sagaz para algunas cosas, pero para otras, sigue siendo muy ingenua, como le corresponde a una señorita. Lo que me preocupa es que los tiempos no son como antes, que ahora los jóvenes son mucho más curiosos y, en ese aspecto, tu hija es demasiado arriesgada; desde niña lo fue, y no hay manera en la que puedas negarlo —dijo, intentando no hacer ver que juzgaba a su sobrina, porque no lo hacía, pero debía ser realista.

—Eso lo sé, conozco bien a mi hija, Margot, pero también confío en su sensatez y en los valores que le hemos inculcado —expresó con total seguridad; sin embargo, sabían que, a veces, la pasión arrasaba con todo eso—. Sin embargo, para que estemos más tranquilos, hablaré con ella sobre este tema. —Frunció el ceño, sin esconder su incomodidad.

—Ni se te ocurra hacer algo como eso, ese no es un tema que deba ser tratado por un padre con su hija, mucho menos cuando cuentas conmigo para hacerlo. —Margot se alarmó ante las palabras de su hermano, era una locura—. Además, Victoria no está en edad para tener esa conversación, ni siquiera se ha comprometido con ese chico. Déjame que sea quien se encargue de esto.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó con curiosidad.

—Le entregaré un libro —respondió sin hacer mucho énfasis.

—¿Dejarás que sea un libro el que le explique un tema tan importante? —cuestionó, parpadeando, sorprendido.

—Es el libro que toda señorita virtuosa debe leer, y le haré saber que cualquier duda que tenga, me la puede consultar.

—Está bien, como prefieras —dijo, intentando esconder su sonrisa, y se enfocó de nuevo en el tema—. En cuanto al otro asunto, quiero pedirte disculpas, sé que debí consultarte antes de invitar a Amelia y a Terrence a la mansión, solo que no pensé que eso te fuese a molestar tanto. —Usó un tono

calmado, para no llegar a una nueva discusión.

—Tal vez yo también exageré —pronunció casi en un susurro, pues odiaba tener que dar su brazo a torcer—. Solo te pido que la próxima vez, hables conmigo antes, así como yo te consulto las cosas del banco y las decisiones que hago con respecto a tu hija, merezco ser tomada en cuenta cuando decidas algo en lo que me vea involucrada —exigió, mirándolo a los ojos.

—Te prometo que lo haré, ahora descansa, hermana; buenas noches —indicó, entregándole una ligera sonrisa y se puso de pie, sintiendo que había hecho bien en esperar.

—Que descanses también, buenas noches.

Lo acompañó hasta la puerta y después lo vio alejarse, internamente se sintió aliviada por no perder el apoyo de su hermano y, lo que era más importante, la presencia de Victoria dentro de la mansión.

Aunque a veces la jovencita la exasperaba con su comportamiento, también le recordaba mucho a ella, de pequeña, o al menos a esa pequeña que quiso ser y que debió esconder, porque no le estaba permitido aspirar a tener los mismos privilegios que sus hermanos, solo por el simple hecho de ser una chica.

Amelia estaba de pie en el salón de su casa, no había logrado conciliar el sueño la noche anterior y, no por falta de cansancio, pues la función la dejó agotada, sino porque pensar en que se separaría de Terrence, una vez más, no la dejaba en paz. Era consciente de que las circunstancias, esta vez, eran distintas y que ella apoyó la idea de que él viajara junto a la familia de su novia; sin embargo, eso no evitaba que su ausencia comenzara a lastimarla desde ese momento, pero no se lo haría saber. Por eso, en cuanto lo vio bajar las escaleras, le dedicó una gran sonrisa.

—Buenos días, cariño mío —mencionó, acercándose a él para abrazarlo y darle un beso en la mejilla.

—Buenos días, madre... ¿Consiguió descansar?

—Claro..., dormí cuatro horas. —Mintió con la maestría que le daban los años de actuación—. Pensé en pedirle a Carol que nos hiciera un desayuno, pero creo que es muy temprano y quizá te caiga pesado en el estómago; además, seguro vas a desear hacerlo junto a Victoria, en el tren —comentó de manera casual, mientras le desviaba la mirada y caminó para tomar su abrigo.

—Sí, es algo temprano para tener el apetito despierto, pero si gusta,

podemos hacerlo en la estación de trenes; vamos bien de tiempo —mencionó, intentando atrapar su mirada, pues ella le rehuía, y él sabía que era porque no quería que la viera triste.

—Me parece perfecto. —Sonrió y estaba por salir junto a él, cuando de repente recordó algo que la hizo detenerse—. Espera, antes tengo que darte esto.

Sacó de su pequeño bolso de mano un sobre blanco, bastante abultado; la noche anterior, estando en el teatro, recordó que él necesitaría efectivo para cubrir sus gastos. Por suerte, ella siempre tenía disponible una buena cantidad en la caja fuerte; era algo que le había enseñado su abuela, pues nunca se sabía qué emergencia podía surgir.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es dinero, para que puedas cubrir tus gastos.

—Madre, usted sabe que el duque me dio una buena cantidad, antes de abandonar el palacio; no es necesario que me proporcione más...; además, yo también tengo mis ahorros.

—Lo sé, pero nunca está de más que tengas dinero contigo, por si deseas invitarle un helado a tu novia o salir a pasear con ella y sus amigos. —En vista de que su hijo no recibía el dinero, ella misma lo metió en el bolsillo interior de la gruesa y elegante gabardina que vestía—. Por favor, Terry, no lo rechaces; hay tantas cosas que quise darte y no pude, deja que ahora te consienta, aparte de que así me sentiré más tranquila.

—Está bien —masculló, resignándose; sabía que no le ganaría a su madre y tampoco quería hacerla sentir rechazada.

—Gracias —dijo, sonriendo, complacida.

Lo agarró del brazo para caminar junto a él hacia la salida, donde ya los esperaba Arnold. Subieron al auto y emprendieron el viaje que, por ser tan temprano, no les llevaría mucho tiempo.

## Capítulo 20

Una hora después se encontraban intentando esquivar a la prensa, que no dejaba de sacarles fotografías, mientras caminaban hacia el salón privado de la estación, donde suponían que los esperaban los Anderson. En cuanto cruzaron la puerta del lugar, se respiró tranquilidad. Amelia le dedicó una sonrisa a modo de disculpa a su hijo, pues sabía que él odiaba todo eso, pero este solo le respondió con un ligero encogimiento de hombros.

—Si también voy a dedicarme a la ópera, supongo que debo empezar a acostumbrarme —dijo, sin mucho énfasis.

—¿Has pensando mejor en ello? —preguntó, mirándolo fijamente. Se había planteado que solo lo había dicho para acallar las críticas de Margot Anderson.

—Tomé la decisión ayer mismo, incluso, lo hablé un poco más con Victoria, cuando salimos al jardín, y ella me apoya.

—Yo también te apoyo, cariño... ¡Vaya, no puedo creerlo! —expresó con entusiasmo y lo abrazó—. Estoy segura de que tendrás mucho éxito, tu voz es hermosa y tan profunda, nos encargaremos de pulirla hasta que sea una obra de arte.

—¿Nos?, ¿a quiénes se refiere? —inquirió, frunciendo el ceño.

—A Enrico, a Ernest y a mí. Estoy segura de que ellos estarán encantados con la idea, hasta puedo afirmar que el maestro Toscanini querrá colaborar —contestó como algo natural.

—Madre..., no quiero que las personas piensen que tendré preferencia porque soy su hijo, por favor, permítame ganarme todo esto con mi propio esfuerzo —pidió, tornándose serio.

—Ten por seguro que así será, Terry... Que seas mi hijo no te pondrá las cosas fáciles; por el contrario, te van a exigir más, pero yo sé que tienes el temple para superar cada una de las pruebas que te pongan —mencionó con total seguridad de eso—. Y no te puedes quejar, tendrás a los mejores maestros.

—Le prometo que daré lo mejor de mí —respondió mirándola.

—Lo sé y no espero menos. Ahora, vamos, que tu novia debe estar

ansiosa por verte —dijo, mostrando una sonrisa.

Terrence comenzó a buscar a Victoria o a alguno de los Anderson entre las personas reunidas en ese lugar, solo fue cuestión de minutos para que sus miradas se encontraran; la vio sonreír.

—Buenos días —saludó, dedicándoles una mirada a los demás, por cortesía, pero luego la fijó en su novia—. Te ves hermosa.

—Gracias..., tú también luces muy apuesto. —Había quedado hechizada en cuanto lo vio—. ¡Ah! Buenos días —dijo, sonrojándose.

Terrence sonrió con picardía, feliz y orgulloso del efecto que causaba en ella; le encantaba que fuese tan espontánea, sentía que era como tener a la misma Victoria del colegio ante sus ojos, aunque ahora lucía mucho más adulta. Esos meses separados habían hecho cambios en ambos, él también se veía mayor, su barba salía más gruesa, por lo que debía afeitarla más seguido, y su cuerpo había ganado más masa muscular, debido al entrenamiento que recibía en la academia.

—Buenos días para todos —mencionó Amelia, sonriéndoles.

Las respuestas no se hicieron esperar y de inmediato comenzaron a interactuar, mientras esperaban el anuncio para subir al tren. Margot seguía mostrándose recelosa con la cantante, pero al menos disimulaba un poco más; ya se había resignado a que fuese Stephen quien manejara su destino, ella había cumplido con advertirle.

Después de media hora, un trabajador de la ferroviaria llegó al salón y les pidió que comenzasen a abordar. Amelia, quien no se había separado de Terrence, sintió que un nudo le cerraba la garganta y las lágrimas cristalizaban su mirada. Se abrazó a él con fuerza, pues no confiaba en que su voz pudiera expresar algo; lo apretó y sintió que él también le correspondía, lo que la llenó de felicidad.

—No se ponga triste, madre —susurró, acariciándola.

—Prométeme que me llamarás cada vez que puedas.

—Lo prometo —dijo, mirándola a los ojos—. Nos veremos pronto, si usted no puede viajar, yo regresaré para que pasemos la Navidad juntos —agregó, limpiando la lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—No te preocupes, haré todo lo posible por ir. Cuídate mucho, por favor, Terry —pidió, dándole besos en ambas mejillas.

—Siempre lo he hecho, no se angustie por mí... Usted también se cuida mucho, no se trasnoche ni se sobre exija tanto.

Ella asintió, sonriéndole, en medio de lágrimas, y él le dio un beso en la

frente para despedirla, sintió que su corazón también se oprimía por tener que dejarla. Luego de eso, se dedicaron una mirada más, prometiéndose estar juntos pronto. Ella elevó la mano, para despedirlo, cuando lo vio llegar hasta su novia y tomarla de la mano.

—Me encanta como ella te trata —esbozó Victoria, mirando a su suegra con una sonrisa.

—¿Como a un niño? —preguntó Terrence, en forma de broma, aunque en el fondo, conocía la razón por la que su madre lo trataba de esa manera, y debía reconocer que le agradaba.

—No, te trata como una madre que ama mucho a su hijo —contestó, y sintió cómo era invadida por la nostalgia.

—O como un padre a una hija —acotó él, refiriéndose a la relación de ella con Stephen. Le extrañó ver que ella se tornaba melancólica.

—Sí, supongo..., aunque existe algo especial en la forma en que ella te mira, no es la misma manera en un hombre que en una mujer. Mi padre me adora y lo sé, pero a veces...

—¿A veces? —inquirió Terrence, intrigado.

—No lo sé..., a veces me falta el calor de sus brazos, encontrar tantas respuestas en su mirada, el aliento en su voz, poder confiarle mis secretos y recibir sus consejos... Aunque tengo a mis tías y a mi padre, no tengo consciencia de lo que es ser amada por una madre —respondió y su voz se volvió casi un susurro, mientras escondía su mirada, bajando el rostro, para que Terrence no la viese triste.

—Ven conmigo, olvidé decirle algo a mi madre. —La llevó de la mano para regresar a la sala de espera—. Disculpe, señor, necesitamos pasar, solo tardaremos unos minutos.

—En cinco minutos sale el tren —anunció el trabajador, pero el joven ni siquiera esperó su respuesta.

—¿Qué sucede, cariño?, ¿por qué regresan?

—Victoria quería despedirse de ti —contestó, sonriendo.

—Qué pena, preciosa..., olvidé hacerlo —mencionó Amelia y sonriéndole se acercó a la chica—. Espero que tengan un excelente regreso a casa, y pronto poder ir a visitarte. —Vio que su hijo le hacía señas, pero no entendía.

—Muchas gracias por la invitación, señora Gavazzeni, fue un verdadero placer conocerla. —Victoria se encontraba algo desconcertada por la actitud de Terrence.

—El placer fue mío —respondió ella, sonriendo, una vez que comprendió lo que su hijo deseaba, al leer sus labios.

Así fue cómo, con todo el cariño del mundo, le dio un abrazo estrecho a Victoria, manteniéndola allí pegada a su pecho, en un gesto cargado de amor. No lo hizo solo por la petición de su hijo, sino porque estaba profundamente agradecida con ella, por darle luz y color a la vida de Terrence, cuando todo a su alrededor era tan frío y gris; esa pequeña llegó para hacerlo feliz, y ella nunca tendría cómo pagárselo, pero al menos le entregaría ese abrazo.

—¡Tren saliendo hacia Chicago! —gritó el trabajador, mirándolos fijamente, para que supieran que era con ellos.

—Chicos, debemos irnos. —Stephen, bajó para ir por ellos.

—Ya no los retengo más, diviértanse y cuídense mucho, por favor —pidió Amelia, despidiéndolos—. Buen viaje, Stephen.

—Gracias, éxito en las presentaciones. —Le sonrió por el maravilloso gesto con su hija—. Vamos, el viaje es largo—agregó, dedicándole una mirada de agradecimiento a su yerno.

Victoria sentía que iba en una nube por lo que acababa de vivir, aunque todo pasó muy de prisa, la calidez que sintió en ese abrazo de la madre de Terrence, fue maravillosa. Apretó la unión de sus manos para hacerle saber a su novio cuán feliz estaba y, aprovechando que estaba un escalón por encima de él, le dio un tierno beso en los labios, como muestra de agradecimiento.

Luego de viajar durante dos días, ya que las nevadas habían obstaculizados las vías, por fin arriban a la famosa ciudad de los vientos, que los recibía con un hermoso y helado amanecer. Corrían los últimos días de noviembre, y ya Chicago se vestía de blanco, por lo que se podían ver muchos niños jugando en sus calles cubiertas de nieve.

Era la primera vez que Terrence estaba en esa ciudad, le pareció maravilloso, era evidente que seguía en crecimiento, pero lo hacía a un ritmo menos acelerado que Nueva York, lo que lo hacía lucir menos caótico. Las calles no se congestionaban con el tráfico; por el contrario, este fluía de manera ordenada, y las personas caminaban tranquilas por las calles; todo parecía ser más armonioso.

—¿Te gusta la ciudad, Terry? —Le preguntó Victoria, al ver que no apartaba la mirada de la ventanilla.

—Sí, es muy bonita. —Le contestó, volviéndose a mirarla y sonreía.

—A mí también, aunque mi lugar favorito en el mundo es Barrington.



Debemos ir para que lo conozcas —mencionó ella con entusiasmo, quería que estuviera en cada uno de esos sitios donde su corazón rebosaba de alegría.

—Me encantaría —dijo, dándole un beso en el dorso de la mano.

—Perfecto. —Sonrió y se volvió para mirar a su padre, quien iba a su lado —. Papá, ¿podemos ir la próxima semana a Barrington, por favor? Me gustaría que Terry conociera a mis tías —pidió, dedicándole una mirada de esas que sabían lo convencían al instante.

—Por supuesto, cariño, solo dame unos días para dejar todo organizado en el banco.

—Muchas gracias, papi —dijo y le dio un beso.

Después de algunos minutos, el paisaje urbano quedó atrás, dando paso a uno más campestre y una carretera bordeada de grandes árboles, que se encontraban carentes de follaje. El paisaje le recordaba al camino hacia el palacio de Blenheim, por lo que, una sensación de rigidez se apoderó de él, pero acarició la mano de su novia y se giró para mirarla a los ojos y recordar que ahora estaba muy lejos de ese lugar.

—Ten cuidado, princesa, el suelo está cubierto por una delgada capa de hielo que el sol empieza a derretir. —Le advirtió Stephen a su hija, mientras le daba la mano para ayudarla a bajar.

—Gracias, papá —dijo, sujetándose con fuerza a la mano de su padre, luego se volvió para mirar a su novio, quien había descendido del auto por la otra puerta y miraba la casa—. Terry, entremos pronto o nos congelaremos.

—Tengan cuidado, el suelo está resbaloso. —Le anunció Stephen en voz alta al resto de la familia, luego miró a su hermana y se acercó para ayudarla —. Deberías ser tú, quien le dé la bienvenida, es tu casa —dijo, mostrando una ligera sonrisa, para que viera que estaba dándole el lugar que le correspondía.

—También es tu casa, Stephen, recuerda que nuestro padre nos la heredó a los tres —acotó, pues no quería que él tomara eso como excusa para pensar de nuevo en marcharse.

Se soltó del agarre de su hermano, una vez que sus pies estuvieron estables sobre el suelo, luego se irguió cuan alta era y caminó con su habitual elegancia hacia el hijo de la cantante. Había en este, un tipo de rebeldía que ella conocía muy bien, era la misma que poseía Brandon, y era el mal de la juventud, solo esperaba que no terminara siendo otro dolor de cabeza para ella.

—Bienvenido a nuestra casa, señor Danchester —mencionó, mirándolo a los ojos con seriedad, para dejarle claro que debía respetar ese lugar y a su sobrina.

—Muchas gracias, señora Anderson —respondió con un leve asentimiento de cabeza, para hacerle ver que comprendía su petición.

Todos entraron a la mansión, siendo atendidos de inmediato por el personal de la casa, estos ya estaban al tanto de la llegada del nuevo invitado, por lo que no tardaron en instalarlo en su habitación. Margot había dispuesto ubicarlo en el ala contraria a donde quedaba el dormitorio de Victoria; aunque había acordado con su hermano darle un voto de confianza a los jóvenes, lo mejor era evitar tentaciones.

El sonido de los leños crepitando en la antigua chimenea, el que hacía la hoja de papel al pasar, y su sosegada respiración, era lo que llenaba el espacio dentro del sobrio despacho de Benjen, mientras él revisaba un documento que acababa de recibir.

Dejaba que su mirada se deslizara por cada línea escrita en aquellas hojas, al tiempo que su ceño, cada vez se fruncía más, mostrando la importancia de lo redactado allí, y lo primordial que resultaba para la corona, que él interviniese, desde su función de diplomático.

De pronto, un fuerte estruendo lo sacó de su estado de concentración, haciendo que, incluso, se sobresaltara y estuviera a punto de derramar el vaso de *whisky* que seguía esperando a que lo tomase. Elevó el rostro para ver quién había tenido el atrevimiento de entrar a su despacho sin anunciarse; cuando su mirada se encontró con la furibunda de su esposa, soltó un suspiro pesado, que dejaba ver su cansancio; sabía que nadie más que ella podía actuar de esa manera.

—¿¿Me puedes explicar qué significa esto?! —demandó Katrina, con un grito, mientras todo su cuerpo temblaba a causa de la rabia y la indignación que la recorría de pies a cabeza.

—Retírate, Katrina, no estoy en condiciones de soportar uno de tus berrinches —ordenó con un ademán de su mano, ni siquiera se levantó.

—Eso ya lo sé, Benjen Danchester... ¡Tú nunca estás para tus hijos ni para mí! Pero esta vez tendrás que darme una explicación, lo quieras o no —pronunció con la voz vibrándole por la ira, y caminó hasta quedar frente a él, luego le lanzó el periódico—. ¿Qué significa esto?

Benjen estuvo a punto de seguir ignorándola, pero sus ojos captaron una

fotografía de Amelia junto a Terrence en el periódico, y a partir de ese momento, todo lo demás se esfumó. Agarró el diario entre sus manos, que se volvieron trémulas de un instante al otro, sin conseguir hacer nada más que mirar la imagen, sintiendo que el corazón se le desbocaba.

Incluso, sus oídos se volvieron sordos, y ni siquiera fue consciente del parloteo recriminatorio de Katrina, o de su rabia, que estaba a punto de desbordarla hasta convertirla, una vez más, en la mujer violenta que era cuando se enfurecía. No le importaba nada de eso, pues todo su ser estaba abocado a la imagen de la mujer que no había logrado sacar de su corazón, y del hijo que había nacido de ese amor.

—¡Benjen, te estoy hablando! —exclamó, al ver que él se había quedado embelesado con la imagen de la mujerzuela americana.

—Me gritas de nuevo y te juro que esta farsa que tenemos por matrimonio se acaba —pronunció con un tono que no necesitaba ser elevado para que fuese intimidante.

—¿Cómo dices?, ¿acaso piensas dejar a tu familia por ellos? ¿Piensas dejar a la mujer que te lo ha dado todo, por esa descarada oportunista? —cuestionó, llevándose una mano al pecho y mirándolo como si la hubiese abofeteado.

—¡Basta! ¡Ni una palabra más! —gritó, saliéndose de sus cabales; odiaba que insultara a Amelia, precisamente ella, quien era la intrusa en toda esa historia.

—Ahora lo entiendo todo... Eso es lo que planeas hacer, por eso dejaste que él se fuera con ella, porque pensabas hacerlo después..., nos abandonarás —expresó en medio de sollozos muy mal actuados, intentando disfrazar la rabia en su mirada de dolor, para hacerlo sentir culpable.

—No digas tonterías y vete, tengo asuntos importantes que atender —respondió Benjen, desviándole la mirada, porque en el fondo ese era su mayor deseo, pero sabía que era imposible.

—No intentes engañarme, Benjen, soy tu esposa, la madre de tus hijos; merezco algo de consideración, dime la verdad. ¿Vas a dejarnos para irte con Amelia Gavazzeni? —inquirió, buscando su mirada para impedir que le mintiera.

—Sabes perfectamente que no puedo hacer algo como eso —contestó, mirándola a los ojos. Desde hacía mucho se resignó a ser un prisionero de esa cárcel que llevaba por vida.

—Dices que no puedes, pero seguro es lo que deseas; si no, ¿cómo

explicas esto? —dijo, volviendo a señalar el titular sobre la fotografía—. ¿Por qué dejaste que esa mujerzuela y su bastardo me humillaran de esta manera? ¡Qué humillaran a tus hijos! —exclamó.

Benjen estaba a punto de exigirle que respetara a Amelia y a Terrence, pues no se había percatado, hasta ese momento, del encabezado de la noticia, simplemente, se enfocó en la fotografía; pero al hacerlo, su rostro palideció. Una vez más, agarraba entre sus manos la hoja mientras la apretaba con fuerza, sus ojos leyeron con rapidez toda la nota, descubriendo por qué Katrina estaba haciendo tanto alboroto.

Se sintió sumamente contrariado por las declaraciones; sobre todo, las de Terrence, ya que todo el tiempo renegaba de ser su hijo, decía que era un estigma ser el hijo bastardo del ilustre duque de Oxford. Entonces, no entendía por qué ahora lo anunciaba a viva voz, como si algo lo hubiese hecho cambiar de parecer; dentro de él, se despertó la esperanza de que Amelia le hubiera hecho comprender su manera de proceder, que hubiera logrado que su hijo lo perdonase, aunque suponía que eso sería un milagro.

Sin embargo; por otro lado, sentía un amargo sabor en su boca, al imaginar que Terrence hubiese hecho eso solo por vengarse de él, pues era consciente de que su origen debía ser un secreto. Incluso, le rompería el corazón saber que Amelia había sido quien alimentara ese rencor que ya su hijo sentía por él; lo peor de todo era que sabía que ambos tenían motivos para odiarlo.

—¡No te quedes callado! Dime que harás algo, debes negar esa declaración, Benjen —exigió con sus manos hechas puños.

—Sabes que nunca haría eso, Terrence lleva mi apellido, es mi hijo —mencionó, mirándola con rabia solo por sugerirlo.

—Richard, Ayrton y Dominique también lo son, ¿acaso vas a dejar que los humillen de esta manera?, ¿sabes lo que dirá la prensa? —cuestionó, furiosa, agarrándolo del brazo.

—No tienen nada que decir, todos en Inglaterra saben que tengo un hijo fuera del matrimonio —respondió sin hacerle caso.

—Sí, pero creían que la madre estaba muerta, y ahora resulta que sabrán la verdad..., sabrán que antes de hacerme tu esposa, te acostabas con una mujerzuela americana.

—¡Suficiente, Katrina! No te aceptaré un insulto más en contra de Amelia —pronunció de manera amenazante, soltándose de un tirón del agarre—. Ni siquiera te das cuenta de lo patética que resultas en este momento —dijo con

desprecio.

—Benjen, te exijo que me respetes. —Le advirtió, arrastrando las palabras mientras lo miraba con ira.

—Entonces, comienza por respetarte tú misma, ni siquiera entiendo tu odio hacia una mujer a la que tú le quitaste el prometido y padre de su hijo; por si lo olvidas, Amelia nunca te ha robado nada. Qué pena que tú no puedas decir lo mismo. Y solo porque soy un caballero, porque respeto que seas la madre de mis hijos y porque sé que tú, al igual que yo, solo fuiste una víctima de las decisiones de tu padre, intentaré arreglar esto de la mejor manera. Pero no toleraré un insulto más en contra de Amelia o de mi hijo. ¿Está claro? —demandó, mirándola con autoridad—. Ahora, te pido que te retires, tengo cosas que hacer.

—Benjen... —Ella se sintió a punto de perderlo todo.

—Que te vayas, Katrina, déjame solo —exigió sin mirarla.

Ella se marchó, sintiendo que, una vez más, era derrotada por el maldito fantasma de Amelia Gavazzeni; no sabía cuánto más podía soportar aquella situación tan humillante, pero de algo estaba segura, y era que no se dejaría vencer por esa mujer.

## Capítulo 21

Stephen había cumplido con su promesa de llevar a Victoria hasta Barrington, para que viese a sus tías y pudiese presentarles a su novio a las amables mujeres, a quienes ya les había escrito una carta, anunciándoles que lo llevaría en su próxima visita. Solo debieron esperar una semana, hasta la llegada de Brandon.

Todos sus familiares eran conscientes de que el joven adoraba visitar la casa de los Anderson en esa localidad, pues fue allí donde, prácticamente, permaneció durante sus primeros años, gozando de la libertad que le daba ser tan solo un niño. Así que lo más seguro era que se les uniera en el viaje, además, a Stephen le vendría de maravilla para ayudarle a vigilar a las parejas de novios, en vista de que Margot se quedaría en Chicago, para organizar la velada de Navidad.

—¡Al fin hemos llegado! —exclamó Victoria con felicidad.

Ni siquiera esperó a que el chofer le abriese la puerta, bajó del vehículo casi de un brinco y quedó atascada en la espesa nieve que cubría el suelo, pero enseguida se liberó y corrió hacia la casa; estaba tan ansiosa por ver a sus tías, que olvidó a Terrence.

—Vicky, espera..., ten cuidado con la nieve. —Stephen intentó contener el entusiasmo de su hija, aunque sabía que era en vano. Cuando Victoria llegaba a ese lugar, se liberaba por completo.

—Estaré bien, papi, no te preocupes. —Le dijo y comenzó a tocar la puerta de madera—. ¡Tía, Olivia! ¡Tía, Julia! ¡Estoy aquí!

—Ya vamos, cariño, nuestros huesos ya no son tan fuertes como antes —mencionó Olivia, desde el interior y, segundos después, abrió la puerta—. ¡Bienvenida a tu hogar, Vicky! —expresó con emoción.

—Tía, Olivia, qué felicidad me da verte.

Victoria se fundió en un abrazo con su tía abuela, sintiendo cómo la calidez que irradiaba la envolvía enseguida, era lo más cercano que podía sentir a una madre; sin embargo, debía reconocer que el abrazo que recibió de Amelia, le había provocado la misma sensación, aunque no tan intensa; quizá se debía a que apenas se conocían.

—Yo también estoy feliz de tenerte aquí, mi pequeña, no imaginas cuánto te extrañamos —respondió Olivia, apretando más el abrazo.

—No acapares a la niña, déjame abrazarla a mí también, que llevo mucho deseando hacerlo —mencionó Julia, quien como siempre, le daba órdenes a su hermana, aunque siempre lo hacía con cariño.

—¡Qué hermosa se ve! ¿No te parece que cada día se asemeja más a Virginia? —preguntó Olivia a Julia, ahora que podía verla mejor.

—Son idénticas, aunque también tiene rasgos de Stephen. Por cierto, ¿dónde está tu padre? —inquirió Julia, elevando la vista.

—Sí, y el joven que viniste a presentarnos —comentó Olivia.

—Sacando los regalos que les trajimos —dijo y se volvió a mirarlos. Sonrió al ver a su novio pasarse la mano por el cabello para acomodarlo, era evidente que estaba nervioso; luego miró de nuevo a sus tías—. El chico con el abrigo azul oscuro es Terry, iré a buscarlo para que lo conozcan.

—Espera, deja que lo veamos desde acá... Es muy alto.

—¿Qué edad tiene? —cuestionó Julia, frunciendo el ceño y poniéndose alerta enseguida—. Parece mucho mayor que tú.

—Cumplirá dieciocho en un par de meses, aunque sí es bastante alto —respondió al tiempo que recordaba que debía ponerse de puntillas para besarlo.

—Pero es bastante apuesto, ¿no te parece, hermana? —inquirió Olivia, sonriendo con emoción y complicidad.

—No alcanzo a verlo bien desde aquí, pero sí..., lo parece.

—¿Ya ves, Julia? Nuestra Vicky heredó los gustos de la madre, primero fue Virginia, y ahora ella, solo traen chicos guapos.

—Muchas gracias por el honor que me hacen, aunque lo de «chico», ya no es tan cierto —comentó Stephen, quien alcanzó a escuchar el comentario de la mujer.

—Tú siempre serás un chico apuesto, aunque tengas más arrugas y canas que nosotras. —Olivia se acercó a él, para abrazarlo con fuerza, también lo había extrañado.

—Bienvenido a casa, hijo —mencionó Julia, al tiempo que sonreía, acercándose para abrazarlo también.

El resto llegó saludando a las dos amables damas, mientras que Terrence, esperaba a un lado, solo observando el cuadro, sintiendo envidia de la fortuna que tenía su novia por tener tantas personas que la querían. No era un sentimiento malo, era, simplemente, el deseo de haber tenido algo así; no

conoció a ninguna de sus abuelas, tampoco a su abuelo ni a su tío Oliver, solo a Christopher, quien lo engañó todo el tiempo y luego resultó ser alguien mezquino y malvado.

—Terry, ven, por favor, quiero que conozcas a mis tías; en realidad, ellas son como mis madres. —Victoria se acercó a él y lo agarró de la mano, al tiempo que sonreía, emocionada porque al fin se conocerían.

—Por supuesto. —Sonrió y caminó junto a ella, para acercarse a las damas que lo miraban con insistencia.

—Tías, les presento a mi novio —esbozó con felicidad y orgullo.

—Encantado de conocerlas, Terrence Danchester Gavazzeni.

—Es un placer, señor Danchester, Julia Hoffman —mencionó con seriedad, pero siendo amable al mismo tiempo, pues no acostumbraba a juzgar a las personas por la primera impresión que le causaban.

—Bienvenido a nuestro humilde hogar, señor Danchester. Es un honor tenerlo aquí y conocerlo al fin, soy Olivia Hoffman. —Se presentó, mostrando una gran sonrisa al tiempo que le extendía la mano, comprobando que era realmente guapo.

—El honor es todo mío, señoras Hoffman; muchas gracias por recibirme en su hogar, es un lugar hermoso.

—Gracias, muchacho. Me contó Victoria que se conocieron en el barco, de camino a Londres —comentó Olivia, queriendo saber más acerca de ese romance.

—Así fue, aunque solo nos vimos algunas veces durante el viaje y; en ese entonces, Victoria no me soportaba —contestó con la verdad y sonrió al ver que ella lo miraba con asombro.

—Fue porque tú eras muy odioso conmigo y siempre te burlabas de mis pecas. —Le recriminó, mirándolo con el ceño fruncido, y luego hizo un gracioso puchero con los labios.

—Debes reconocer que eras muy altanera, Victoria, y no me burlaba de tus pecas..., me gustaba verlas, por eso te hacía rabiar, porque se notaban más, justo como ahora —dijo con una sonrisa pícara.

—¡Mocosos engreídos! —expresó, sin darse cuenta de que estaba haciendo lo mismo que tiempo atrás.

—¡Pecosa! —respondió él y soltó una carcajada, al ver que había caído en su juego, como siempre.

—¿No son adorables? —preguntó Olivia, mirándolos con emoción.

—Igual a Stephen y Virginia, cuando se conocieron; ella decía que no lo



soportaba, y él se la pasaba siguiéndola por todos lados, y cuando ella no lo veía rondar por allí, comenzaba a preguntarse dónde estaría —comentó Julia, recordando con alegría a su sobrina.

Stephen, quien había presenciado la escena y escuchado las palabras de Julia, también se llenó de nostalgia al evocar la imagen y todo lo vivido con su adorada esposa.

Sonrió al recordar cómo debió insistir durante meses para que ella aceptara salir a pasear con él y tomar un helado; o la sorpresa que reflejaron sus hermosos ojos verdes, cuando la tomó de la mano por primera vez, para luego entregarle esa sonrisa tan bonita que tenía, la misma que había heredado su hija.

A veces extrañaba tanto su tacto cálido, su risa y sus miradas, que deseaba tener el poder de regresar el tiempo y revivir cada instante. Hacerlo con mayor intensidad, crear mil maneras de hacerla feliz, guardar más recuerdos de esos días y hacerlos eternos.

—Bueno, será mejor que entremos o nos congelaremos aquí afuera — Julia les sonrió y les hizo un ademán para que la siguieran.

—Y si no se dan prisa, los chicos los dejarán sin galletas —comentó Stephen, captando enseguida la atención de su hija.

—¡Que ni se les ocurra! —exclamó Victoria.

—Tranquila, cariño, hice suficiente para todos —dijo Olivia, riendo al ver su reacción. Victoria podía ser ya toda una señorita de sociedad e; incluso, tener novio, pero nunca dejaría de ser una niña.

Los demás también rieron, compartiendo miradas cómplices, pues estaban pensando exactamente lo mismo y entraron, encontrándose con Victoria ya en su sillón favorito y un gran plato de galletas en sus manos. Terrence se acercó, mientras la miraba con diversión, luego se cruzó los brazos, pues su novia estaba tan entretenida en las masas dulces, que ni siquiera le prestaba atención a él.

—¿No te parece que son muchas galletas para ti sola? —preguntó Terrence, sintiéndose tentado a tomar una.

—No son para mí sola, también agarré para ti, porque si las dejaba en la mesa, Brandon, Sean y Christian se las comen todas, ya los conozco y sé que se vuelven locos por las galletas de mis tías —respondió luego de que terminó de masticar una, le extendió la mano para hacer que se sentara en el brazo de su sillón—. Pruébalas, te aseguro que te van a encantar, son las mejores galletas del mundo. —Le llevó una a la boca, mientras sonreía y lo

miraba fijamente.

—Tienes razón, son muy buenas —dijo, gimiendo al degustar la masa crocante y dulce—. ¿Me das otra? —pidió sin inmutarse por las miradas de los demás, que estaban fijas en ellos.

—Claro, tengo suficientes para los dos... Prueba esta, tiene almendras y nueces, y esta de aquí tiene uvas pasas, esta es de chocolate. —Le ofreció de toda la variedad que tenía en el plato.

—Dame una de almendras —pidió y la recibió en su boca.

Escuchó a Stephen carraspear, y pensó que estaban haciendo algo mal, por la llamada de atención de su suegro. Quizá a él le parecía muy osado que Victoria le diera de comer en la boca, pero ellos solían hacerlo así cuando compartían dulces, a los pies del arce, en el colegio. Sin embargo, por respeto a su suegro, agarró la otra con su mano.

—Chicos, aquí está el chocolate... —Olivia llegó con una bandeja repleta de pequeñas tazas humeantes, que despedían uno de los olores más deliciosos sobre la tierra.

Todos agradecieron el gesto de la mujer, tomando con cuidado lo que les ofrecía, para evitar quemarse; luego iniciaron una entretenida conversación, en la que todos participaban. Aunque Julia y Olivia, se morían por saber más sobre la relación de Victoria, sabían que debían ser discretas para no causar la impresión de ser un par de viejitas entrometidas, delante del novio de su niña.

Un par de horas después, los adultos se quedaron en la casa, conversando, y las parejas salieron a dar un paseo; claro está, bajo la supervisión de Brandon, quien ya había asumido su papel de chaperón; la verdad no le molestaba, por el contrario, se divertía mucho.

Por suerte, no estaba solo, contaba con la presencia de Angela, la dama de compañía de Victoria, quien también se había ofrecido a ayudarlo a vigilarlos, para que no fuesen a cometer alguna imprudencia.

La chica era alguien agradable, menor que él por tres años y muy inteligente, aunque no poseía estudios superiores. El resto de sus conocimientos los había adquirido gracias a la sabiduría de sus abuelos, quienes la criaron, pues su madre trabaja en Filadelfia.

—Estoy seguro de que tío Stephen te ayudaría, si le dices que deseas seguir estudiando —dijo él, mirándola a los ojos.

—Ya mi tiempo pasó, señor Brandon, no tendría caso.

—No puedes decir algo así, Angela; nunca es tarde para aprender.

—Lo sé, pero sería complicado, no creo que su tía me dé permiso, sabe cuán estricta es la señora Anderson. Además, no tengo mucho tiempo, debo estar al pendiente de la señorita Victoria, mucho más ahora que está su novio aquí —contestó, sin ahondar mucho en ese asunto, sabía que era un caso perdido.

—Sí, imagino que mi tía te ordenó que fueses la sombra de mi prima —mencionó con algo de fastidio, pues no entendía tanto drama y desconfianza, eso era lo que más le molestaba, que creyesen a su prima una chica de cascos ligeros.

Angela sonrió, concediéndole la razón, y solo se encogió ligeramente de hombros, para luego echarle un vistazo a la pareja; siguieron con su paseo, mientras pensaba que, ciertamente, la señora Margot exageraba. Sin embargo, ella no estaba allí para cuestionar las órdenes de la matrona; por el contrario, debía velar porque cada una se llevara a cabo, esa era su responsabilidad.

Victoria y Terrence, por su parte, apenas podían dominar ese espíritu rebelde que habitaba en ellos, caminaban más de prisa que las otras dos parejas. Y no lo hacían solo con la intención de alejarse para estar solos y poder darse unos besos, sino también para poder vivir todo lo que ese extraordinario paisaje les brindaba.

—¿Qué te parece si hacemos una carrera? —preguntó, mirándolo con los ojos brillantes de emoción.

—¿Una carrera? —contestó Terrence con el ceño fruncido, pensando que había escuchado mal.

—Sí, hasta aquella hilera de árboles sobre la colina. —Señaló los pinos cubiertos de una ligera capa de nieve, que aún dejaba ver el intenso verde de sus hojas.

—En verdad te volviste loca, pecosa, ¿acaso sabes lo difícil que es correr en la nieve? —cuestionó, calculando la distancia.

—Puede que sea complicado para ti, pero no para mí.

—¿Me estás retando?

—Bueno, si no te sientes capaz, no hay ningún problema...

—¿Hasta aquellos árboles, dijiste? —inquirió, calculando la distancia, pensando en la manera de ganarle.

—Sí, no es mucho —confirmó, sonriendo, y se plantó en la nieve, recogiendo con las manos la larga falda, para que le fuese más fácil correr y poder ganarle—. ¿Estás listo?

—Sí —respondió, afirmando con la cabeza.

—Bien, ¡partida! —exclamó y salió con ventaja, porque su novio apenas se había preparado.

—¡Pecosa! —gritó, asombrado, al ver lo tramposa que era; la vio alejarse sonriendo, y puso todo su esfuerzo por acortar la ventaja que ella tenía sobre él.

Victoria no se inmutó por la actitud de Terrence, soltó una carcajada y continuó con su carrera; estaba fuera de práctica, pero aun así, le estaba yendo mucho mejor que a él, y pensó que tenía asegurado el triunfo; sin embargo, de un momento a otro, él pasó a su lado y, del susto que le dio, casi termina cayendo, pero se recuperó rápidamente y reunió toda su energía para continuar.

—Te voy... a... ganar —mencionó Terrence con el poco aire que le quedaba, sintiéndose en ventaja.

—No..., lo creo —respondió ella y aprovechó que él se sentía muy confiado para rebasarlo—. Soy más rápida que tú..., mocoso engreído —agregó, riendo para molestarlo.

—¡Vicky! —Se quejó Terrence, ya sin fuerzas.

Ella lo miró por encima del hombro y luego se enfocó en su objetivo, por lo que consiguió ser quien coronara la cima en primer lugar, gritando de felicidad. Se dejó caer sobre la nieve, tendiéndose con sus brazos a ambos lados, mientras sonreía, disfrutando de ese momento de victoria, tal como era su nombre.

—¡Dilo! —Le pidió a Terrence, cuando lo vio llegar hasta ella, jadeando para conseguir un poco de oxígeno.

—¿Qué..., ¿qué quieres... que diga? —Luchó para poder expresar en voz alta esas palabras.

—Que te gané —contestó con una gran sonrisa.

—Está bien..., pecosa tramposa —dijo, tendiéndose junto a ella, pero sin hacerlo por completo para poder mirarla a los ojos, sintiendo que cada vez la amaba más—. Me ganaste..., pero... seré yo quien reciba un premio.

Tras decir esas palabras se acercó a ella y se apoderó de sus rosados y voluptuosos labios, con un beso ardoroso, que, en cuanto Victoria los separó, Terrence buscó conquistar cada rincón dentro de la cálida boca de su novia. Los gemidos fueron recibidos por él, como una invitación para ir más profundo, y así lo hizo, pues se había contenido durante mucho tiempo y estaba desesperado por perderse en ella.

Sus manos viajaron a la pequeña cintura de Victoria, sintiéndola

estremecerse cuando, de la manera más natural del mundo, ella acabó sometida bajo el peso de su cuerpo y se aferró a su espalda para tenerlo más cerca. Ese gesto casi lo vuelve loco, por lo que, intentó alejarse al sentir que su cuerpo estaba reaccionando rápidamente a cada estímulo, a punto de evidenciar las señales de su deseo, lo que sería muy complicado de esconder.

—Vicky... —susurró, intentando alejarse, pero el calor que recorría su cuerpo, solo le rogaba que se quedara allí.

—Sigue besándome —pidió ella, al tiempo que le acariciaba la nuca, elevándose para ser quien mantuviera el contacto de sus labios, no quería que ese instante terminase.

Terrence luchó por anteponer su lado racional, pero la pasión que bullía dentro de él, era más poderosa, y terminó derrotándolo, por lo que, una vez más, se adueñó de los labios de su novia, dejando que su lengua acariciara cada rincón.

Se estremeció al sentir que Victoria también le respondía con el mismo entusiasmo, demostrándole que la timidez y la inexperiencia de meses atrás, casi era cosa del pasado. Aunque aún conservaba algo de inocencia en el toque de sus manos, que no bajaban de su espalda, mientras que las de él, sentían una corriente que las atraía poderosamente hacia los pequeños senos de su novia.

## Capítulo 22

Todos allí fueron testigo de cómo Victoria derrotaba a Terrence, se mostraron muy divertidos ante el resultado; aunque por un momento creyeron que él ganaría, debían reconocer que la chica llevaba ventaja, pues era la primera vez para él, mientras que para ella era una costumbre hacer esas carreras en esas tierras, y a todos les ganaba.

De pronto, el mayor de los Anderson, notó que el par de enamorados estaban tardando más de lo normal; por lo que, sin querer mostrarse como un opresor del amor, decidió darles un par de minutos a solas. Miró a Angela, quien sí se mostraba ansiosa por ir detrás de Victoria; le dedicó una sonrisa para tranquilizarla, luego continuó con su camino y la invitó a hacerlo con él, pero su dirección cambió.

—Debemos buscarlos —mencionó ella, apurando sus pasos.

—Tranquila, confiemos en ellos, seguro los verás aparecer en cualquier momento; deben estar exhaustos por la carrera.

—Siento decirle esto, pero su prima, a veces, tiene cada idea. Si la señora Anderson se llega a enterar de que retó a su novio a una carrera... —Brandon se detuvo frente a ella y le dedicó una sonrisa.

—Angela, mi tía es una mujer muy severa, y Victoria apenas es una chica, déjala que sea libre un momento, al menos aquí —pidió, mirándola a los ojos y la vio asentir—. Así está mejor. Prometo que cualquier cosa que suceda, me haré responsable, pero estoy seguro de que no tenemos de qué preocuparnos —dijo, mostrándose confiado.

—Cómo se nota que nunca se ha enamorado, joven Brandon.

—¿Qué te hace decir eso? —inquirió, volviéndose a mirarla con curiosidad, mientras intentaba esconder su sonrisa.

—Porque se muestra muy seguro con respecto a lo que puedan hacer un par de enamorados, es evidente que no sabe lo poderoso y peligroso que puede ser ese sentimiento; juega con las personas a su antojo, como si fueran marionetas, y terminan haciendo cosas que nunca pensaron posibles —explicó sin mirarlo a los ojos, sino enfocándose en la cima de la colina.

—Hablas como si hubieses vivido esas experiencias, Angela.

—¿Yo? ¡No! Por supuesto que no, señor. Dios me libre de pecar de esa manera —expresó, alarmada—. Pero sí he sido testigo del infortunio de muchas amigas, también de dos de mis primas, que creyeron en las promesas vacías de falsos caballeros y terminaron desgraciadas para siempre.

—Pues yo creo que hay una gran diferencia, lo que llevó a esas señoritas a acabar en tan penosa situación no fue el amor, sino la lujuria. Existe una gran diferencia entre ambas, porque quien ama con sinceridad, siempre procurará cuidar de la otra persona; en cambio, quien solo siente un deseo carnal, lo único que quiere es satisfacer su apetito... —Brandon se detuvo, antes de usar un lenguaje más osado con la chica, recordándose que no todo el mundo era tan abierto a hablar de esos temas.

—Usted se expresa de una manera que puede convencer a cualquiera, joven, pero su prima es mi responsabilidad y, créame, amor o pasión, las dos llevan a los enamorados al mismo camino sin retorno..., así que, con su permiso, iré a buscarlos —dijo y se alejó, dispuesta a impedir los novios cometieran una locura.

Brandon se quedó sin argumentos para debatir la postura de Angela, sabía que no era culpa de la chica, a las mujeres las habían criado para ser así, para cuidarse hasta de los malos pensamientos de un hombre. Y no estaba en contra de ello; por el contrario, pensaba que era correcto, aunque le gustaría más que, en lugar de sembrar miedo en ellas, las hiciesen mujeres fuertes.

—Cuando tenga una hija, la haré una mujer capaz de decidir por ella misma y; sobre todo, haré que sea una mujer que no tema ser juzgada por hacer de su vida lo que desee —sentenció.

Terrence y Victoria ni siquiera eran conscientes de las heladas corrientes que recorrían el lugar, de la fría nieve donde reposaban sus cuerpos o de los pequeños copos blancos, que se desprendían de las hojas de los árboles y caían sobre ellos. La calidez de sus caricias y sus besos los mantenían en calor, envolviéndolos en un estado de placer y plenitud absoluto, mientras el sentimiento en su interior solo clamaba por más de eso que vivían, y que los estaba haciendo experimentar la poderosa fuerza de la pasión, como no lo habían hecho antes.

Él cedió ante sus deseos y con mucha cautela dejó que su mano le brindara una caricia lenta, que en cuestión de segundos se apoderó de esa pequeña colina que adornaba el torso de su pecosa. La sintió tensarse, por lo que, se detuvo un momento, siendo consciente de que ella podía tomar eso

como un abuso de su parte, pero al sentir que se removía debajo de él y elevaba su cuerpo, pidiéndole que continuara, no dudó en complacerla.

Victoria también sentía que deseaba entregarle más, acariciarlo como no lo había hecho, pero se encontraba tan sumida en ese placer que él le brindaba, que no sabía qué podía hacer para complacerlo. Se arriesgó a imitarlo y deslizó una de sus manos hasta el pecho de Terrence, quería que él sintiera la misma emoción que a ella la estaba haciendo volar, y se sintió feliz cuando lo escuchó gemir.

—Debemos parar..., Vicky... —susurró contra los labios enrojecidos de su novia, que seguían temblando y buscándolo.

—¿Por qué? —preguntó con desconcierto.

—Pecosa..., si alguien llega a vernos, puede decirle a tu padre..., y nos meteremos en problemas —dijo, apoyándole una mano en la mejilla, mientras la miraba a los ojos.

La pasión, estaba provocando que ella olvidase las reglas de decoro y buenas costumbres, esas que su tía tanto se había empeñado en enseñarle. Si su madre viviera, seguro se sentiría muy defraudada de ella; sintió unas enormes ganas de llorar y le esquivó la mirada a su novio, para que no viera cuánto la avergonzaba ser tan tonta e ingenua.

—Entiendo..., lo siento tanto, Terry; por favor, perdóname, no quiero que mi padre te reclame por algo —expresó, angustiada—. Tienes razón, debemos regresar o se preocuparán —murmuró e intentó liberarse del peso de su novio, pero sin pedírselo directamente, para que no fuese a sentirse rechazado.

—Vicky..., mi amor, no tienes que pedirme perdón. —Le rozó una vez más los labios para consolarla, quería alejar de ella esa vergüenza que veía en su semblante—. Ni tú ni yo estamos haciendo algo malo, solo nos brindamos cariño, como lo hacen todos los novios; solo que, para algunas personas, esto no está bien, porque somos muy jóvenes y, en parte, tienen razón, es mejor esperar —explicó, mirándola.

—Debería comportarme como una dama, y no lo estoy haciendo —confesó ella con un nudo en la garganta.

—No digas algo como eso, por favor —pidió con su mirada atormentada clavada en la de ella, no quería que se juzgara—. Eres una dama, Victoria, una señorita de principios. El hecho de que deseemos expresarnos nuestro amor, no nos convierte en inmorales. Te prohíbo que pienses lo contrario, ¿está claro? —La vio bajar la mirada, y eso lo hizo sentir muy mal, se sentía



culpable—. Pecosa, tú y yo seremos esposos algún día, así que no tiene nada de malo que nos besemos o nos acariciemos, es algo normal.

—No, no es normal, Terry. Si mi tía llegara a vernos, diría que mi comportamiento es escandaloso —murmuró sin mirarlo.

—¡Al diablo con tu tía! —expresó él, furioso, pues sabía que Victoria siempre se condicionaba por su culpa.

—¡Terrence! —Le reprochó, mirándolo, asombrada.

—Lo siento, Vicky..., es solo que, odio que vivas siendo una esclava de las opiniones de tu tía o de los demás.

—¿Qué más puedo hacer? —cuestionó, sintiéndose atrapada, moviendo sus pupilas de un lado a otro.

Terrence soltó un suspiro lleno de frustración y, rodó, quedando tendido a su lado, odiando internamente a todo el que se atrevía a condenar a una chica, solo porque se arriesgaba a amar libremente; como si hacerlo fuese un maldito pecado.

Sabía que todo en la vida tenía un tiempo y que él había prometido esperar por este, pero odiaba cada vez que veía a Victoria de esa manera, se sentía tan impotente al verla juzgarse con tanta dureza.

Ella se incorporó hasta quedar sentada y lo miró de soslayo, temiendo que se hubiese molestado por esa situación tan incómoda; su semblante endurecido le dio la razón. Al bajar la mirada para esconder sus lágrimas, vio algo raro en el cuerpo de Terrence, una protuberancia en sus pantalones, que no había notado antes. Pensó que, a lo mejor, se había golpeado durante la carrera y se sintió alarmada.

—¿Qué te pasó, Terry? —preguntó, a punto de posar su mano allí, pero recordó que su tía Margot le había dicho que una dama jamás debía tocar a un hombre más allá de su cintura.

—¿A qué te refieres? —inquirió, abriendo los ojos al notar preocupación en su voz.

—Allí, tu pantalón luce raro..., creo que te golpeaste.

—No es nada. —Terrence enrojeció y se cubrió con su abrigo.

La vergüenza lo hizo actuar de manera torpe, cuando se puso de pie, casi se cae, pero consiguió mantenerse allí y, al ver que ella no quitaba la mirada de su entrepierna, le dio la espalda, rogando para que su erección desapareciera cuanto antes. Y para empeorarlo todo, vio a la dama de compañía de Victoria, quien se acercaba de prisa y lo miraba de manera acusadora, así que también se volvió, escondiéndose de la mujer; no sabía a

dónde ir ni cómo esconder la curva en su pantalón, pues a pesar del abrigo, seguía siendo visible.

—¡Demonios! —exclamó, buscando en su mente algo que le ayudase a bajar su excitación.

—¿Te duele? —Lo interrogó Victoria, buscando su mirada.

—No, pecosa, no es nada..., tranquila —contestó, notando, en ese momento, que la tensión sí hacía que le doliera un poco.

Una vez más, respiró profundo para calmarse, pues sus latidos también estaban desbocados; se esforzó por entregarle una sonrisa a Victoria, al verla tan preocupada, y caminó hacia los pinos.

Necesitaba ganar tiempo porque sabía que Angela no era tan inocente como Victoria, la mujer sabría exactamente lo que tenía, y la sola idea de que eso ocurriera, lo llenaba de vergüenza y rabia.

—Señorita Victoria, debemos regresar a la casa, se hace tarde. —Angela miró con desconfianza a Terrence, quien parecía estar huyendo.

—Claro..., ya íbamos de regreso.

—Solo deme un minuto, señorita Angela, estoy buscando algo que perdí —indicó elevando su mano sin volverse a mirarla, y comenzó a rebuscar en la nieve con su pie, dándose tiempo para que su «circunstancia» desapareciera del todo.

—¿Necesita ayuda? —preguntó, notando muy extraño su comportamiento, y miró a la señorita, quien tenía toda la parte trasera del vestido empapada.

—No, tranquila... —Suspiró con alivio al sentirse relajado, sacó con la punta del pie el anillo que había lanzado—. ¡Aquí está! ¡Lo encontré! —mencionó, acuclillándose para sacarlo de la nieve.

Se había visto en la necesidad de recurrir a ese truco para engañar a la mujer, sabía que no estaba bien, pero fue necesario.

Se volvió a mirarla, mostrando una gran sonrisa, caminó hasta Victoria y la agarró de la mano, mientras que con su mirada le decía que confiara en él y que actuara de manera natural. Por suerte, ella pareció entenderlo; asintió, sonriendo.

—¿Por qué su vestido está todo mojado, señorita? —Le cuestionó.

—Es... es que me caí, Angela —mintió con una maestría que la dejó asombrada, aunque eso, en parte, había sido verdad, no pudo mantenerle la mirada por mucho tiempo, así que buscó la de Terrence, para que la apoyara.

—Sí, a mí también me pasó; fue así como perdí mi anillo, Vicky me

estaba ayudando a buscarlo, por eso nos tardamos tanto. Fue un regalo de mi madre —comentó Terrence, para terminar de convencer a la dama de compañía de su novia.

—Bien, tendrán que cambiarse o terminarán resfriándose; usted tiene ropa aquí, señorita, pero el señor Danchester no trajo nada más.

—Por mí no te preocupes, Angela, siempre he gozado de buena salud, y un poco de nieve no me hará daño.

Angela afirmó con su cabeza, para luego seguir con su camino en silencio, fue delante de los enamorados, para darles esa libertad de la que había hablado el señor Brandon, confiando en que no habían estado haciendo nada malo.

Victoria y Terrence, por su parte, se sentían aliviados de que la mujer no hubiese descubierto nada de lo que en verdad ocurrió; compartían miradas y sonrisas cómplices, que expresaban, al mismo tiempo, el gran amor que sentían, ese que estaban dispuestos a defender.

Al regresar a la casa, trataron de mostrarse casuales para no levantar sospechas en los otros. Victoria sabía que su tía Julia era muy observadora; además, siempre descubría cuándo estaba mintiendo, por eso dejó que su novio explicara lo sucedido.

Terrence mantuvo la misma versión que le dio a Angela y, como era de esperarse, recibieron una reprimenda, pero nada que pasase a mayores. Ella fue a su habitación para cambiarse, y a él le ordenaron ponerse junto al fuego.

Cuando el sol casi se escondía, supieron que la hora de marcharse a la casa que los Anderson poseían en esa localidad, había llegado. La casa de las Hoffman era pequeña, no había espacio para albergarlos a todos; sin embargo, le pidieron a Victoria que se quedara esa noche.

—Por supuesto —mencionó, abrazándolas; le alegró ver que Terrence parecía aprobar que lo hiciera.

—Ustedes también pueden quedarse, chicas, así le hacen compañía a Victoria —comentó Olivia, sonriéndoles a Annette y a Patricia—. Incluso usted, señora Marie; si gusta compartir un poco más con nosotras, no recibimos visitas femeninas con frecuencia, por aquí solo pasa el cartero y los Ormond —agregó, mirando a la anciana.

—Apoyo la idea de mi hermana, nuestra casa es pequeña, pero tenemos espacio para todas —pronunció Julia, sonriendo.

—Estaría encantada, claro, si a nuestro anfitrión no le molesta. —Marie miró a Stephen, para solicitar su permiso.

—En lo absoluto, pueden quedarse aquí, seguro que disfrutarán más la compañía entre damas —respondió él.

—Y nosotros podemos tener una noche de caballeros, jugaremos a las cartas, fumaremos puros y tomaremos *whisky* —acotó Sean, entusiasmado con la idea.

—Te recuerdo que eres el menor de los aquí presentes, así que nada de puros ni *whisky* para ti —indicó Stephen.

Todos los demás rieron a costa del pobre chico, pero su novia fue a su rescate y le acarició el rostro para consolarlo, sintiéndose mal por él. Aunque si era sincera, agradecía que no le permitieran hacer nada de eso, pues no le gustaría besarlo mientras percibía el olor a tabaco.

—Bien, debemos irnos; vendremos mañana por ustedes para celebrar la Navidad en la mansión. Julia, Olivia, les recuerdo que me prometieron estar junto a nosotros este año.

—Así lo haremos, hijo, no te preocupes —respondió la mayor.

Al día siguiente, pasaron por ellas temprano, para de allí, emprender el viaje que llevaría a Julia y Olivia, por primera vez, a la gran mansión donde su hermosa Virginia nunca pudo poner un pie. Las dos señoras no se sentían cómodas yendo a ese lugar, pero ya no podían seguir negándose, sabían que debían hacerlo por Victoria, para que su pequeña fuese completamente feliz esa Navidad.

Amelia había cumplido su promesa, aprovechando que la compañía siempre se tomaba unos días para festejar las fiestas de Navidad y Fin de Año, se embarcó en un viaje hacia Chicago. Por suerte, encontró boleto en primera clase, ya que para la época, escaseaban mucho. Debía agradecer que tuviera amigos influyentes en todos lados.

También contó con la fortuna de que el tren no se topara con obstáculos en las vías, por lo que, llegó a su destino en el tiempo estipulado, justo la mañana antes de Navidad, sería la primera vez que pasaría esas fechas junto a Terrence, después de once años.

Eso la tenía sumamente emocionada y, ¿por qué no decirlo?, también demasiado ansiosa por reencontrarse con él, así que cuando bajó del ferrocarril y lo primero que vio fue a su hijo, casi corrió hasta él y lo abrazó con fuerza. Sentía como si hubieran sido años, en lugar de días, los que habían estado separados; dejó caer una lluvia de besos en su mejilla, sin importarles todas las personas que los miraban.

—Te extrañé tanto, cariño —dijo, acunándole el rostro mientras lo miraba y sonreía, emocionada.

—Yo también la extrañé, madre —expresó con sinceridad, con una sonrisa que iluminaba su mirada.

Stephen y Victoria, veían la escena sintiéndose emocionados, sabían lo que era reencontrarse después de tanto tiempo, sentir esa emoción que no se comparaba con nada. Se acercaron después de un minuto, para darle también la bienvenida a Amelia, mostrándose realmente felices de tenerla como su invitada.

—Bienvenida a Chicago, Amelia, ¿cómo estuvo el viaje? —preguntó Stephen, entregándole una sonrisa.

—Gracias Stephen, por suerte estuvo bien, sin demoras.

—Bienvenida, señora Gavazzeni, es un placer tenerla aquí —mencionó Victoria con una gran sonrisa; quiso abrazarla, pero se sentía cohibida, pues aún no se tenían tanta confianza.

—Muchas gracias, querida, me alegra mucho volver a verte. —Y recordando lo que le había solicitado su hijo la última vez, se acercó y le dio un gran abrazo a la chica.

—Creo que deberíamos ir a los autos —indicó Terrence, al ver que algunas personas comenzaban a reconocer a su madre.

—Por supuesto, debes estar cansada. —Stephen también se dio cuenta de la actitud de los otros pasajeros.

—Solo un poco, dormí durante el trayecto, pero sí, es mejor que nos retiremos —contestó ella, sonriéndole.

Pensó que su hijo le ofrecería el brazo y la escoltaría fuera de la estación, pero el muy bribón se fue con Victoria, dejándola junto a Stephen. Por suerte, él no parecía tener nada en contra de ser quien la guiara y, con un gesto caballeroso, le ofreció su brazo, entregándole también una sonrisa amable.

—El amor hace que los padres pasemos a segundo plano —comentó, viendo la desilusión en la mirada azul de Amelia, sabía justo lo que pasaba por su cabeza en ese instante.

—Lo acabo de comprobar —pronunció ella, riendo mientras negaba con la cabeza y continuó su camino junto al banquero.

Para su fortuna, la estación de Chicago estaba libre de periodistas, así que, al salir, no tuvieron que enfrentarse con las cámaras o las insistentes preguntas de estos. Subieron al auto sin mayores demoras, una vez que el trabajador de la compañía dejó allí el equipaje de la soprano; después salieron

rumbo a la mansión de los Anderson.

## Capítulo 23

Todo estaba listo para la velada especial de Navidad, que había organizado Margot Anderson, la cual tendría lugar esa noche. Como la buena anfitriona que era, se desvivió en atenciones para con todos sus invitados, incluso, con Amelia Gavazzeni. Se propuso olvidarse, al menos por esa ocasión, de las sospechas que la soprano despertaba en ella, y se esforzó por ser amable, aunque eso no evitó que estuviera muy pendiente de las atenciones de Stephen para con la mujer.

Lo mismo hizo con las tías abuelas de Victoria, les abrió las puertas de su casa, mostrándoles un trato cordial y, para su sorpresa, descubrió que la mayor de las Hoffman, le causaba cierta admiración. Quizá porque era una mujer de carácter fuerte y, a diferencia de su hermana, Olivia, era más estricta con Victoria, lo que hacía que la chica no estuviese tan mimada; ya que tenía suficiente con Stephen, su novio y sus primos, quienes se desvivían por complacerla en todo.

Como era de esperarse, los Lerman no podían faltar a una ocasión tan importante para la familia; a pesar de lo ocurrido meses atrás, Margot abogó para que ellos también estuvieran presentes. Stephen, al principio, se mostró algo renuente, pues creía que los chicos todavía no aprendían su lección, pero al final, terminó cediendo, puesto que por muy grave que hubiera sido lo que hicieron Elisa y Daniel, no merecían ser execrados de la familia.

—Buenas noches, Deborah. Bienvenida —mencionó Margot, sonriéndole y acercándose para abrazarla; le alegraba tenerla en casa, nuevamente, además de que creaba algo de equilibrio, en medio de tantas personas a quienes apenas conocía—. Te ves espléndida, como siempre, al igual que tu familia.

—Muchas gracias, tía, usted se ve igual de radiante y la casa luce tan hermosa, admiro su buen gusto —pronunció Deborah con sinceridad, mientras paseaba la mirada por el salón.

—Gracias, querida, por favor, acompáñame; te presentaré a la madre del novio de Victoria, y a los demás invitados —agregó con un tono protocolar,

sin insinuarle la desconfianza que sentía hacia la soprano, para no suscitar comentarios.

Conocer a esa mujer era uno de los mayores motivos que habían llevado a Deborah a aceptar esa invitación, sentía curiosidad por saber si realmente era tan hermosa, como para haber conquistado a uno de los hombres más importantes de Inglaterra, y llegar a darle un hijo.

—Señora Gavazzeni, permítame presentarle a mi sobrina y su familia — mencionó, captando la atención de la rubia.

—Por supuesto. —Miró a las personas junto a la matrona y les entregó una sonrisa amable—. Encantada, Amelia Gavazzeni.

Como dictaba el protocolo, el primero en recibir la mano de la mujer fue el padre de familia, quien, como todos los hombres, quedó deslumbrado a primera vista por la belleza de la cantante.

—Es un honor conocerla, señora Gavazzeni, John Lerman.

—Encantada, Deborah Lerman. —Impuso su presencia, ya que su marido había quedado tan embelesado, que no disimulaba.

La verdad, le tenía sin cuidado lo que hiciera John, estando lejos de ella, podía dormir con cuanta mujer quisiera; pero en su presencia, debía respetarla y darle su lugar, para algo le había dado su apellido.

Observó en detalle a la cantante; por supuesto, intentando no ser muy evidente; lo que vio en ella no la sorprendió en lo absoluto, era igual a cualquier otra artista, con ese estilo que era demasiado recargado, al menos para su gusto.

Elisa y Daniel, también intentaron disimular su emoción por conocer a la soprano, no por las mismas razones de su madre, sino porque no lograban creer que fuese la madre de Terrence, a quien consideraban un bastardo, como hacía el resto de la sociedad londinense; sin embargo, el carisma y la belleza de la mujer, hizo imposible que Daniel no se mostrase entusiasmado con su presencia; al igual que su padre, él también había quedado hechizado, y poco le importaba que la cantante pudiese ser su madre o fuese la de Danchester.

Amelia estaba consciente de la clase de persona que eran los Lerman; al menos, de la madre y los hijos, pues Terrence le había contado sobre la trampa que los hermanos quisieron ponerle a él y a Victoria, para hacer que los expulsaran de Brighton. Así como de la actitud desconfiada que mostró Deborah, en cuanto se enteró del noviazgo de su hijo con la heredera; no obstante, se mostró amable con ellos, por cortesía y para hacerles creer que



no estaba al tanto de todo eso, pero por dentro, se ahogaba con cada palabra que deseaba decirles.

—Ellas son las tías abuelas de Victoria —mencionó Margot, rompiendo con el pesado silencio que quedó, luego de la presentación de la soprano; era evidente que su sobrina Deborah se había molestado por la actitud de su marido.

—Es un placer, señoras, John Lerman —dijo, desviando la mirada de la hermosa rubia, a las mujeres mayores.

—Encantada, Julia Hoffman —respondió con su habitual tono y semblante serio, pues sabía muy bien quiénes eran ellos.

—Un gusto conocerlo, señor Lerman. —Olivia también se obligó a ser cordial; sobre todo, con Deborah Lerman y sus hijos. No olvidaba todo lo que le habían hecho a Victoria.

Deborah se esforzó por sonreír al presentarse a las dos mujeres, se les notaba, por encima, la clase social a la cual pertenecían, sus ropas eran anticuadas, sus cabellos estaban descuidados, así como su piel, y sus manos eran muy ásperas. Se horrorizó al recordar lo que le había dicho su tía Margot, que ellas mismas araban la tierra para cultivar y que, seguramente, también ordeñaban al ganado; lo que le provocó un poco de repulsión, pero supo disimularlo.

—Espero que tanto lujo y protocolo no las tenga abrumadas.

—En lo absoluto, nuestra casa puede ser humilde, pero no somos ignorantes; sabemos muy bien cómo desenvolvernos en estos ambientes, señora Lerman —dijo Julia, mirándola.

—Siempre nos hemos preocupado por ser educadas, aunque no tengamos dinero o hayamos asistido a colegios en Europa. Es una lástima que no haya conocido a nuestra sobrina Virginia, era una chica muy culta, siempre estaba con un libro en las manos y, era tan hermosa, que su tío, Stephen, quedó deslumbrado con ella, a primera vista —acotó Olivia con una gran sonrisa, para hacer que esa bruja se tragara su propio veneno y muriera con este.

—Supongo que debo creer en sus palabras —comentó Deborah, obligándose a sonreír, pero luego giró su rostro para ignorar a ese par de viejas campesinas.

Julia y Olivia intercambiaron una mirada, para decirse sin palabras que debían estar atentas a cualquier cosa que esa bruja y sus hijos quisieran hacerle a su pequeña Victoria. Esa noche ellas estaban allí y no permitirían que nadie hiciese sufrir a su ángel, ellas le habían prometido a Virginia cuidar

de su hija, y lo harían.

Victoria se vio obligada a acercarse a los Lerman, aunque no era de su agrado, le había prometido a su tía Margot, que intentaría llevar una mejor relación con Daniel y Elisa; después de todo, eran familia. Sin embargo, no lo hizo sola, le pidió a Terrence que la acompañara y, él, sin dudarle un segundo, le ofreció su brazo; no solo como un gesto caballeroso, sino para que los jóvenes Lerman supieran que seguían juntos y que nada de lo que ellos intentaran podría separarlos.

—Buenas noches, Daniel y Elisa, sean bienvenidos —dijo, sin poder sonreír, no existía en ella tanta hipocresía.

—Buenas noches —murmuró Elisa, rebajándose a devolverle el saludo a la estúpida campesina que, seguramente, ahora se creía más importante por tener de suegra a Amelia Gavazzeni.

A ella apenas le dio un vistazo, pero su mirada no pudo escapar del magnetismo que poseía Terrence; sobre todo, porque cada vez lucía más apuesto y masculino. Su cabello peinado de esa manera se veía más oscuro y brillante, haciendo que sus ojos resaltaran mucho más, también había ganado altura en los últimos meses y parecía estar dejando detrás al rebelde, para convertirse en un hombre sumamente elegante y gallardo.

—Buenas noches, Terrence... Es grato verte —esbozó de forma coqueta, sin importarle que tuviese a la intrusa colgada del brazo.

—Buenas noches, Elisa —respondió y estuvo a punto de decirle que, para él, no era nada agradable verla, pero se contuvo para no suscitar un problema.

—Buenas noches, Victoria —mencionó Daniel, fijando su mirada en ella, pues le fue imposible mostrarse indiferente ante la belleza de la chica, a pesar de que se suponía que debía odiarla.

Desde que supo que se había separado del hijo bastardo del duque, no había dejado de pensar en ella y; aunque se lo reprochaba constantemente, muy dentro de él, comenzaba a albergar un sentimiento por Victoria. Por supuesto, lo mantenía en secreto, porque si Elisa o su madre llegaban a enterarse, armarían un escándalo que duraría meses, y hasta podían prohibirle visitar la mansión Anderson.

—Buenas noches, Lerman —pronunció Terrence, en un tono que fue casi amenazante, mirándolo a los ojos.

Le molestó la manera en la que se quedó viendo a su novia, y quiso dejarle claro que él no estaba pintado en la pared y, que, por su bien, dejara de mirarla de esa manera. El miedo se reflejó en los ojos ámbar de Daniel, y

Terrence supo que había entendido su mensaje, justo en el momento que salió huyendo de allí, como el miedoso que era, con la excusa de saludar a los demás.

Daniel se marchó, no tanto por miedo, sino por la rabia que le provocó el saber que Victoria y el miserable inglés, habían regresado. Sabía que ella merecía a alguien mejor, que no tuviera esa mala reputación; además, estaba seguro de que ese imbécil solo la quería para jugar y, una vez que obtuviese lo que deseaba, la abandonaría, dejándola deshonrada.

Victoria sintió cómo la tensión que le provocó ese encuentro comenzaba a alejarse de ella, así como lo hacían los hermanos, quienes se marcharon sin mediar palabras. Desvió su mirada de ellos y descubrió que su tía Margot, su padre y Deborah habían estado observándolos, lo que la hizo sentir feliz porque, al menos, verían que ella había puesto de su parte y que quienes se marcharon fueron ellos.

Terrence, por su parte, no pudo quitarse la rabia que le dejó el atrevimiento del idiota de Lerman, y sabía que no lo haría hasta que hablase con él. Debía dejarle claro que no permitiría que volviese a mirar a Victoria de esa manera, porque como lo descubriese haciéndolo, juraba que le rompería la nariz.

—Será mejor que nos mantengamos alejados de ellos —murmuró para que solo su novia lo escuchase.

—Me parece perfecto, no me siento a gusto en su presencia; temo que, en cualquier momento, hagan algo para perjudicarnos.

—No te preocupes, yo cuidaré de ti —dijo, y al ver que ella le sonreía, mostrándose aliviada, le acarició con suavidad la mejilla, deseando besarla, pero sabía que no podía hacerlo en ese lugar.

—¿Qué les dijeron Daniel y Elisa? —preguntó Christian, cuando se unieron a ellos.

—Nada, simplemente nos saludaron.

—Son unos descarados, ni siquiera deberían estar aquí —expuso Sean, mirándolos sin disimular su rabia.

—Es una reunión familiar y, lo queramos o no, son parte de la familia —acotó Christian, pidiéndole a su hermano un poco de comprensión, aunque sabía que era difícil.

—Sí, deberías recordárselo también a ellos, pues fueron quienes quisieron hacerle daño a Victoria, desde que llegó a esta casa. —Al parecer, a Christian se le había olvidado eso.

—Chicos, ya paren, por favor, van a provocar que Vicky esté inquieta toda la velada —pidió Annette, notando cómo su amiga se tornaba triste.

—Victoria sabe que no hay razón para temer, yo estaré a su lado y la protegeré de cualquier cosa que se les ocurra a los Lerman. —Terrence se mostró confiado y reforzó el agarre de sus manos.

—Y nosotros también —indicó Sean, quien no permitiría que el rebelde lo relegara, él podía ser el novio de su prima, pero ellos siempre serían los guardianes de Victoria.

—Todos deben estar tranquilos, yo también sé defenderme y, si quiero que Daniel y Elisa me respeten, tengo que empezar por demostrarles que no soy una cobarde. —Victoria los miró a cada uno, para que vieran que hablaba en serio.

—Creo que lo mejor es que todos dejemos de pensar en eso y nos relajemos, es Navidad y estamos reunidos para celebrar —mencionó Patricia, sonriendo, para que dejaran de lado ese resentimiento que sentían por Daniel y Elisa, o terminarían arruinándoles la velada.

—Tienes razón, amor, vamos a disfrutar la noche, nuestra primera Navidad juntos. —Christian apoyó a su novia y se le ocurrió algo más para animarlos—. ¿Qué les parece si ponemos algo de música? No creo que a tía le moleste.

—¡Sería maravilloso! —expresó Annette, con una sonrisa.

—Estoy de acuerdo, hermano, animemos esta velada con buena música —pronunció Sean.

Acompañó a su hermano hasta el cilindro de fonógrafo, que habían comprado hacía un par de años, pero que después de la muerte de Anthony, no se había encendido. Pensaron que esa ocasión ameritaba que la casa se llenara de música; estaban seguros de que eso hubiera hecho feliz a su hermano.

—Solo tenemos temas viejos. —Se quejó, mirando los cilindros ubicados junto al aparato.

—Son buenas canciones, nos servirán —acotó Christian con una sonrisa y, comenzó a manipularlo, como todo un experto.

Sean se encogió de hombros, resignándose a escuchar esas canciones que, a decir verdad, tampoco estaban tan pasadas de moda; así que, seguramente, todos las conocían.

Sonrió cuando las primeras notas comenzaron a salir de la bocina de amplificación, llenando todo el salón con esa alegría que siempre traía

consigo la música, giró sobre sus talones y, cuando su mirada se cruzó con la de Annette, supo enseguida quiénes serían los primeros en ocupar la pista de baile.

—¿Me concedería esta pieza, señorita Parker? —preguntó con actitud galante, mientras le extendía su mano.

—Por supuesto, señor Cornwall, será un placer bailar con usted.

Acto seguido, se encaminaron hacia el centro del gran salón que había dispuesto la matrona para llevar a cabo esa celebración, y comenzaron a danzar con la destreza y la elegancia que los caracterizaba a ambos. Siendo seguidos por las miradas cargadas de admiración de casi todos los presentes, pues Elisa y Daniel, nunca admitirían que alguien podía bailar mejor que ellos.

—¿Bailamos, pecosa? —sugirió Terrence, viendo cómo su mirada seguía cada movimiento de su amiga y su primo.

—Claro, me encantaría —contestó de inmediato.

Victoria fue quien casi lo arrastró a él a la pista, pues le encantaba mover su cuerpo al ritmo de la música y dejar que esta la envolviera. Ocuparon lugar junto a Sean y Annette, demostrando que estos no eran los únicos bailarines expertos en el lugar, ellos también sabían cómo provocar la admiración de quienes los veían; sobre todo, porque hacían una linda pareja.

—¿Te gustaría bailar, Patty? —inquirió Christian con una sonrisa que llegaba a sus enigmáticos y hermosos ojos azules.

—Yo..., no soy muy buena con el baile, Christian —confesó y bajó el rostro, mostrándose apenada.

—No te preocupes por eso, yo te guiaré, solo debes dejarte llevar —mencionó, entregándole una sonrisa más efusiva para convencerla.

—De acuerdo..., pero procura ir despacio, por favor —pidió, mirándolo con nerviosismo.

—Prometo que lo haré —dijo, ofreciéndole su mano.

Ella aceptó con una sonrisa tímida, pero algo dentro de su pecho se despertó, llenándola de seguridad, cuando sintió el contacto firme y cálido de su novio. Se irguió y caminó con elegancia hacia el centro de la pista, donde ya sus amigos hacían derroche de sus dotes, lo que la intimidó un poco, pero cuando miró hacia el otro lado y descubrió lo feliz que se veía su abuela al verla, terminó por darle la confianza que le hacía falta y se entregó a la música.

—No podemos quedarnos aquí parados como un par de estatuas y permitir

que nos releguen de esta manera, Daniel —murmuró Elisa con rabia, mientras les dedicaba una mirada colmada de desprecio a las parejas en la pista.

—Tienes razón, hermanita, vamos a enseñarles quiénes son los mejores —indicó Daniel con arrogancia.

Le ofreció su mano para guiarla, ignoraron a las tres parejas y siguieron hasta el centro del salón, donde serían el foco de atención y se llevarían la admiración de todos. Como era de esperarse, los hermanos también se desempeñaban muy bien como bailarines; sobre todo, porque asistían a más eventos sociales que los demás.

Los adultos miraban con entusiasmo a las jóvenes, quienes llenaban de alegría y vida ese lugar, que por mucho tiempo estuvo sumido en la tristeza, después de tantas pérdidas. La música hacía vibrar el ambiente, invitando a los demás a unirse, pero ninguno se atrevía a dar el primer paso y dejarse llevar por la música.

Stephen miró a su hermana, quien no sonreía con sus labios, pero sí con su mirada, lo que lo llevó a ofrecerle su mano para invitarla a la bailar. Sabía que, desde pequeña, Margot disfrutaba de ese ritual, pero que tuvo que dejarlo de lado cuando se casó, porque su marido no lo hacía y; según las estúpidas normas sociales, no estaba bien visto que ella bailara con otros hombres.

—Ven, vamos a bailar —pidió al ver que ella observaba con asombro su mano extendida.

—Yo... Hace mucho que no bailo, lo sabes. —Se excusó, desviándole la mirada, su invitación la hizo sentir avergonzada.

—Lo sé, pero hay cosas que jamás se olvidan, bailar es una de ellas —dijo, sonriéndole, no estaba dispuesto a recibir otra negativa, así que la agarró de la mano y caminó con ella hacia la pista que los chicos habían improvisado en el gran salón.

—Stephen..., solo, intenta ir despacio, que este vestido es muy pesado —ordenó con voz temblorosa, temía hacer el ridículo.

—No te preocupes, cuando empieces a bailar ni lo sentirás —comentó para llenarla de confianza.

Margot le dedicó una sonrisa tímida y asintió, mientras en su interior se iba reforzando su valor, para moverse con la destreza con la que lo hacía años atrás, cuando nadie le impedía bailar y ser feliz. Sin apenas notarlo, se encontró desplazándose por la pista con la misma soltura y elegancia de las

chicas más jóvenes; quizá no tan rápido como ellas, pero seguía siendo muy buena bailarina.

—Es imperdonable que la deje a un lado de la pista, mi estimada señora Gavazzeni —mencionó Brandon, al tiempo que le ofrecía su mano y le sonreía—. ¿Me honraría con un baile?

—Estaría encantada —respondió ella, sonriendo también.

Caminaron hacia la pista y, mientras bailaban, él no pudo quitarle los ojos de encima a la hermosa rubia que, por momentos, le recordaba a Charlize, aquella gran amiga con la que descubrió los placeres del cuerpo.

Era igual de hermosa y radiante, con esa vitalidad que hacía que los hombres quedaran hechizados con solo verlas; claro está, la soprano era mayor que su amiga por varios años, pero imaginó que así sería la sudafricana cuando tuviera la misma edad, jamás perdería su belleza y su chispa.

Deborah no podía creer que su marido no tuviese la gentileza de sacarla a bailar, la estaba dejando allí, como si fuese una parte más del decorado; lo miró con reproche y, al parecer, él entendió lo que pedía. Le apoyó la mano con suavidad en la cintura y la guio hasta el centro del salón; ambos se movían de manera mecánica, ya no había en ellos esa emoción que los embargó años atrás, e igual a como les pasaba en la intimidad, solo lo hacían por cumplir con un deber.

## Capítulo 24

Durante la cena, el ánimo festivo que le imprimía la juventud de los enamorados continuó y terminó por envolver a los demás, aunque los Lerman no podían dejar atrás la amargura o el resentimiento que sentían por verse relegados. Sobre todo, los jóvenes, quienes también deseaban las atenciones de los demás y no sentir que la única que en verdad se mostrase complacida con su presencia allí, fuese la matrona, pues los demás casi los ignoraban.

Elisa odiaba que Victoria se estuviera robando toda la atención de Terrence o de su tío Brandon, quien se mostraba más cercano a la tonta campesina, en lugar de serlo con ellos, quienes eran sus parientes más cercanos. Daniel, por su parte, se sentía igual que su hermana, lamentando que la linda rubia solo tuviera ojos para el arrogante hijo del duque. Y ni siquiera sabía por qué eso le molestaba tanto; después de todo, Victoria debía ser insignificante para él, pero eso no evitaba que un fuego se instalase en su pecho, cada vez que la veía sonreírle.

Después del exquisito banquete que les ofreció Margot, regresaron al salón para continuar con la celebración. Daniel y Elisa ya no soportaban seguir siendo relegados, así que se pusieron de acuerdo para separar a la flamante pareja, que esa noche se estaba robando toda la atención; se miraron, compartiendo una sonrisa cómplice y caminaron hacia los novios.

—Victoria, ¿serías tan amable de bailar esta pieza conmigo? —pidió Daniel, ofreciéndole su mano, mientras la miraba a los ojos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó Terrence con un tono amenazador, y se interpuso entre su novia y Lerman.

—Terry, por favor. —Victoria lo sujetó por el brazo, no quería que su novio cayera en las provocaciones de Daniel.

—Solo intento ser gentil con Victoria, ¿acaso no es lo que la tía abuela Margot desea?, ¿que nos tratemos como una familia y olvidemos los rencores? —cuestionó con una sonrisa que fingía inocencia.

—Mi hermano tiene razón, debemos dejar atrás el pasado y comenzar de nuevo, ¿qué dices si tú también me invitas a bailar, Terrence? —inquirió Elisa, parpadeando de manera coqueta.



—Deben estar creyendo que somos estúpidos —murmuró Terrence, apenas conteniendo su rabia.

—Lo estás diciendo tú, no nosotros —respondió Daniel con tono burlón, pero se arrepintió al ver la ira destellar en los ojos de Terrence.

—Daniel, por favor, no seas grosero, recuerda lo que le prometimos a mamá y a la tía Margot —acotó Elisa, mirando a su hermano con fingido reproche, luego desvió su vista hacia la intrusa—. Aunque supongo que les podemos decir que lo intentamos y que Victoria no creyó en nuestros buenos deseos —dijo con toda la intención de hacerla sentir culpable.

—Tienes razón, no tendrán nada que reprocharnos, nosotros intentamos hacer las paces y ellos se negaron, así que, será mejor irnos —mencionó y les dio la espalda.

—Esperen, por favor. —Victoria los detuvo antes de que se alejaran—. Aceptaré bailar contigo, Daniel.

—No, no dejaré que lo hagas, Victoria. —Terrence negó con la cabeza, mientras miraba a su novia con asombro.

—Está bien, Terry..., no me pasará nada.

—No puedes confiar en ellos. —La miró a los ojos, recordándole la trampa que intentaron tenderles en el colegio.

—Todos merecen tener una segunda oportunidad, Terry, además, yo no quiero vivir llena de rencores hacia mi familia. Por favor, mi amor, si no puedes confiar en ellos, hazlo en mí —pidió, apoyando una mano en su mejilla, para alejar de él tanto resentimiento y, le sonrió, para que creyera en ella.

Victoria no hacía eso solo por ella, también lo hacía por Terrence, quería que llevara a cabo su promesa de comenzar de nuevo, sin odios, sin amargura, que fuera libre y dichoso. Sabía que el pasado de su novio no había sido fácil, pero nunca sería verdaderamente feliz, si no lo dejaba atrás y comenzaba a confiar en las personas, a tratar de encontrar lo bueno que había en el corazón de todos, incluso, en el de personas como Elisa y Daniel.

Terrence miró a los hermanos sin disimular su desconfianza, sintiendo que no debía ceder ante la petición de Victoria, se había prometido cuidarla y, sabía bien, que era de personas como Daniel y Elisa de quienes tenía que hacerlo. Sin embargo, tampoco podía negarse a la mirada suplicante de su pecosa, pues también le había prometido a ella, que nunca le impondría nada, que la dejaría ser libre y tomar sus propias decisiones.

—Está bien, confiaré en ti, Vicky —mencionó, mirándola a los ojos,

después desvió su mirada hacia Daniel—. Y a ti te estaré vigilando, así que más te vale que no intentes hacer algo para dañarla, porque te juro que te arrepentirás. —Lo amenazó señalándolo con el dedo, y su tono de voz le dejaba claro que no dudaría en cumplir su palabra.

—Tranquilo, te regresaré a tu novia sana y salva —dijo, mostrando esa sonrisa odiosa que siempre usaba.

—Estaré bien. —Le aseguró Victoria mirándolo a los ojos.

Terrence afirmó con un movimiento rígido y los vio alejarse, sintiendo que el fuego en su interior estaba a punto de calcinarlo, y que la amargura lo invadía. Miró a Elisa a su lado, notando que esperaba que también la sacara a bailar; por un instante pensó en dejarla allí plantada, pero luego supuso que lo mejor sería estar en la pista, cerca de Victoria, así que, la agarró de la mano y casi la arrastró al medio del salón, para ubicarse junto a su novia y al cobarde de Lerman.

—Se dice que los ingleses son todos unos caballeros, pero, definitivamente, tú eres la excepción; no sabes cómo tratar a una dama —expresó Elisa con molestia, por la forma tan ruda en la que la trataba.

—Tal vez se deba a que no estoy frente a una dama —dijo y escuchó cómo ella jadeaba de indignación—. Victoria es muy inocente y bondadosa, pero a mí no pueden engañarme, no me creo este acto de buena fe; las personas como tú y tu hermano nunca cambian.

—Seguramente lo dices por experiencia, pues las campesinas y los inadaptados, tampoco lo hacen —contraatacó, mirándolo.

Terrence le dedicó una mirada de verdadera furia, pero no le respondió con palabras, no le daría el gusto de caer en sus provocaciones, porque sabía muy bien que eso era lo que esperaba. Así que decidió ignorarla y solo se limitó a continuar con la pieza de baile, siendo consciente de que eso molestaría mucho más a la envidiosa y caprichosa chica, que cualquier respuesta que él pudiera darle.

Victoria, por su parte, se sentía muy incómoda por la cercanía de Daniel, no le agradaba la manera en la que la miraba, ni su sonrisa arrogante. Por más que se esforzaba, no podía olvidar todo lo que le había hecho, sus humillaciones y sus actos violentos, quería liberarse de su agarre y alejarse.

Sin embargo, sabía que no podía hacerlo hasta que terminara la canción, o su tía notaría que no estaba poniendo de su parte para hacer las paces. Y lo que era peor, él cada vez se acercaba más, le acariciaba el dorso de su mano con el pulgar y buscaba hacer contacto visual, pero ella le esquivaba la

mirada.

—No debes estar nerviosa, no voy a hacerte nada —mencionó, al ver lo tensa que se encontraba.

—No estoy nerviosa —dijo, queriendo mostrarse valiente.

—Entonces, ¿por qué me rehúyes la mirada? —inquirió, esperando que eso la provocara y lo viese a los ojos.

—¿Qué sentido tiene que te mire? —cuestionó con molestia.

—Es lo que las personas hacen por educación, cuando están compartiendo una pieza de baile —acotó él, sonriendo.

—Las personas que se llevan bien, pero tú y yo no lo hacemos.

—Pensé que podíamos empezar ahora, en verdad quiero ser tu amigo, Victoria —habló con sinceridad, eso deseaba.

—Los amigos no se hacen de la noche a la mañana.

—Tienes razón, se necesita más que una pieza de baile para que dos personas sean amigos, ¿qué te parece si salimos a pasear un día de estos? Podría demostrarte que no soy el chico que crees —mencionó, entregándole una sonrisa para convencerla.

—Lo siento, pero no será posible —pronunció, tajante.

Los minutos que duró la canción se le hicieron eternos a Terrence, y cuando al fin acabó, lo primero que hizo fue acercarse a Victoria, para arrebatársela de los brazos a Daniel Lerman. Dejó a Elisa, prácticamente, tirada en medio de la pista; le daba igual el berrinche que esta pudiera hacer, pues él no tenía por qué aparentar ante los demás que los hermanos le agradaban.

La velada llegó a su final un par de horas después, cuando los caballeros, se encontraban bastante animados por el alcohol, pero conscientes de que no podían excederse. Por lo que, para evitar una resaca al día siguiente, decidieron continuar con la celebración la próxima semana, cuando se reunirían para la cena de Nochevieja.

—Muchas gracias por haber venido, hija —mencionó Margot con una sonrisa, para despedir a Deborah.

—Sabe que no tiene nada que agradecer, tía; jamás la dejaría sola en medio de tantas personas extrañas. —Miró con desdén a las tías de Victoria y a la soprano.

—Lo sé, espero contar con la presencia de ustedes la próxima semana, claro, si no tienes compromiso con la familia de tu esposo —comentó, sin mostrarse muy urgida de su compañía.

—Me apena decir que sí, mis suegros nos han invitado a pasar el Fin de Año en Philadelphia y, como comprenderá, debo estar al lado de mi esposo —respondió, fingiéndose apenada, ya que, si era sincera, no quería volver a esa casa mientras estuviera llena de personas tan indeseables, por mucho que quisiera a su tía.

—Por supuesto, es tu deber estar junto a tu marido, entonces espero que disfrutes de las fiestas y que vengan a vernos cuando estén de regreso —pidió, sonriéndole.

—Tenga por seguro que así lo haré, que descanse, tía.

Margot también despidió a la familia Parker y a las O'Brien, quienes sí le confirmaron su asistencia para celebrar la llegada del Año Nuevo. Luego entró a la mansión, ordenó al personal que quedaba despierto, que vigilaran que los caballeros no hicieran ninguna tontería, llevados por la bebida. Conocía muy bien el espíritu competitivo que se despertaba en los Anderson, después de beber *whisky*; por lo que no le extrañaría que se pusieran a medir sus destrezas en lo que fuese que se les ocurriera. También esperó hasta que Julia, Olivia, Victoria y Amelia subieran a sus habitaciones, para retirarse a su recámara.

Aunque le había prometido a su hermano darles un voto de confianza a él y a su hija, sabía que el alcohol obraba de manera poderosa en el cuerpo de los hombres, y casi siempre los tentaba a dejarse llevar por los deseos de la carne, así que lo mejor era no arriesgarse. Estuvo atenta a cada ruido que provenía de los pasillos o de las habitaciones ubicadas junto a la suya, y cuando por fin el silencio reinó en toda la mansión, ella pudo descansar.

A la mañana siguiente, despertó antes de que lo hicieran los demás, como era de esperarse de una buena anfitriona, envió a preparar bebidas para que hidratasen a los caballeros y los ayudasen a recuperar de la resaca. También le indicó al personal, que fuese a cada habitación de los invitados y de sus sobrinos, para que les anunciaran que el desayuno estaba por ser servido.

Amelia ya se encontraba lista cuando escuchó el toque en su puerta. Ser una persona de costumbres nocturnas por la vida en el teatro, le hacía fácil reponerse a los trasnochos.

—Buenos días, señora Gavazzeni.

—Buenos días, Angela, ¿cómo amaneces? —saludó, cordial.

—Bien, señora, gracias. La señora Anderson pregunta si desea acompañarla a tomar el desayuno en la terraza. —Angela no terminaba de

acostumbrarse a la cordialidad de la mujer.

—Por supuesto, ¿sabes si mi hijo ya bajó? —inquirió, saliendo de la habitación y caminando junto a la empleada.

—Creo que aún sigue durmiendo, acabo de llamar a su puerta y no me respondió —contestó, mirando a la mujer.

—Debe tener resaca, iré a verlo. Por favor, dile a Margot que enseguida estoy con ella —pidió, luego se dirigió a la alcoba de su hijo.

Antes de entrar, llamó a la puerta un par de veces y, al no recibir respuesta, la abrió lentamente, respetando su privacidad, tal como hacía en casa. Se encontró con la habitación en penumbras, lo que le confirmó que él debía seguir durmiendo; se acercó despacio a la cama, tanteando en medio de la oscuridad.

—Terry, ¿te sientes bien, cariño? —preguntó al escuchar que gemía, y luego sintió que se removía bajo las cobijas.

—Me duele la cabeza —respondió con apenas un susurro.

—Debes tener resaca —acotó ella y llevó una mano hasta la frente de su hijo—. ¡Por Dios! Estás ardiendo en fiebre, debemos ir al doctor —dijo y encendió la pequeña lámpara sobre la mesa de noche.

—No es nada, madre —pronunció, queriendo mostrarse fuerte.

—¿Cómo que no es nada! —expresó con voz temblorosa y metió la mano bajo la cobija, para tocarle el pecho. Posó su mirada en él, descubriendo que su rostro y su cuello estaban sonrojados, como si hubiera pasado la noche a la intemperie—. ¿Acaso saliste anoche de la casa? —preguntó con molestia.

—Por supuesto que no, ¿qué iba a hacer afuera? —cuestionó, sintiendo que la pregunta era absurda. Se incorporó para quedar sentado, deseando demostrarle que estaba bien.

—No, recuéstate, iré a buscar algo para bajarte la fiebre. —Lo obligó a acostarse; se levantó, dispuesta a buscar a quien le ayudara.

—Madre..., no hace falta, estoy bien.

Terrence intentó ponerse de pie, pero las piernas le fallaron y terminó cayendo junto a su cama, por suerte la alfombra era gruesa, lo que evitó que el golpe fuese grave.

—¡Terry! —Ella corrió de regreso y con rapidez lo ayudó a levantarse; lo hizo sentarse en la alfombra y que apoyara la espalda en la cama—. Quédate aquí.

—Estoy bien, solo fue un mareo. —Intentó tranquilizar a su madre, pero la verdad se sentía desconcertado; la noche anterior apenas había tomado, no

había razón para que se sintiera así.

—Esto es más que una resaca, iré a buscar a alguien para que me ayude. Y pediré que llamen a un doctor.

—Madre, por favor..., intente calmarse, le digo que no es nada grave; no hay razón para que alarme a los demás —pidió, mirándola a los ojos y le apoyó una mano en la mejilla—. Solo fue el champán que me cayó mal, hacía mucho que no bebía más de dos copas.

—Pero tienes mucha fiebre...

—Me daré una ducha y bajaré, no es necesario que envíe por un médico solo por una simple fiebre; por favor, madre, no me haga quedar como un chiquillo frente a mi novia y su familia.

—Está bien —concedió Amelia, al ver que lo abochornaba la idea de causar molestias—. Pero si la fiebre no baja con esa ducha, hazte a la idea de que vendrá un doctor a verte, ¿entendido? —inquirió.

—Entendido —asintió.

Intentó levantarse, una vez más, pero tuvo que acudir al auxilio de su madre, sujetándose de la mano que ella le ofrecía y, cuando al fin estuvo de pie, se esforzó por demostrarle que estaba bien. Le dedicó una sonrisa y caminó hacia el baño, solo había dado un par de pasos cuando vio que ella lo seguía, y supo que pretendía ir con él.

—Madre, ya no tengo seis años, puedo bañarme solo.

—Claro..., claro, lo siento, cariño. —Se excusó, su intención era ayudarlo y su preocupación no le dejó ver que ya era un hombre—. Iré a buscar algo para que tomes y te hidrates, regreso enseguida.

—No es necesario, mejor baje, y si Vicky le pregunta por mí, dígame que estoy bien, que solo me quedé dormido.

—Pero, Terry. —Dio un par de pasos hacia él, intentando disuadirlo de su terquedad.

—Madre..., estoy bien, solo haga lo que le pido, por favor —pidió y comenzaba a sentirse en verdad como un chiquillo.

—Te daré media hora, si al cabo de ese tiempo no has bajado, vendré a buscarte —mencionó y soltó un suspiro, odiando que su hijo fuese tan terco, pero no podía culparlo, Benjen y ella eran iguales.

Terrence la vio salir de la habitación y se sintió aliviado al dejar que su cuerpo se aflojara, había estado manteniendo esa postura erguida para que ella no notara lo débil que se sentía. Suspiró con pesadez y se encaminó hacia el baño, rogando para que la ducha que estaba por darse se llevara todo el

malestar que sentía.

Mientras se quitaba el pijama, su mirada se enfocó en la imagen que el espejo le devolvía, descubriendo que en verdad se veía muy enfermo. Tenía el rostro demacrado, profundas ojeras, los labios reseco y los ojos vidriosos, suponía que todo eso era producto de esa inexplicable fiebre que lo invadía.

De pronto, las imágenes del sueño que había tenido la noche anterior regresaron a él, provocando que su cuerpo se estremeciese, a causa del escalofrío que le recorrió toda la columna. Frunció el ceño cuando se recordó caminando en un paraje solitario, tenebroso y frío, tropezando con cosas que no alcanzaba a distinguir, pues la oscuridad lo cubría todo.

Al final, el cansancio lo venció y terminó tendido sobre el suelo helado, mirando el cielo colmado de estrellas que parecía estar a punto de caer sobre él y engullirlo en su inmensa oscuridad. Sin embargo, antes de que eso pasara, despertó, sobresaltado; intentó levantarse de la cama, pero el episodio lo había dejado tan débil, que no consiguió hacerlo, y se dejó atrapar por el sueño, hasta que escuchó a su madre llamarlo y traerlo de regreso a la realidad.

## Capítulo 25

Terrence salió de su habitación y se encaminó hacia la terraza donde los demás desayunaban, justo antes de que se cumpliera el plazo que le había puesto su madre, lo supo cuando llegó a la escalera y vio a Amelia a punto de subirlas.

Notó que soltaba un suspiro, aliviada, por lo que él le respondió con una sonrisa, demostrándole que ya se sentía bien y que no tenía por qué seguirse preocupando; el espantoso baño con agua fría que tuvo que darse, había dado resultado, aliviando su malestar.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Amelia, tocándole la frente.

—Mucho mejor, le dije que no era nada para preocuparse.

—Igual no estaría de más que vieses a un doctor, las fiebres no salen de la nada, algo las provoca —indicó, mirándolo con detalle.

—Tal vez fue algo que comí o bebí, no se preocupe por ello y; vamos, que deben estar esperándonos —mencionó para salir del paso.

—Sí, tu novia ya me ha preguntado tres veces por ti... Si no hubiese sido porque tenía a la tía pendiente de cada cosa que hacía, estoy segura de que hubiera ido a buscarte; esa chica en verdad te adora.

—Entonces, no le demos motivos para que esté angustiada, no quiero que su tía la reprenda por mi culpa —expresó con premura y, tras dar un par de pasos, agregó algo más—. Y yo también la adoro a ella, aún no creo esta suerte que tengo de estar junto a Vicky, de nuevo; y todo gracias a usted.

—No tienes nada que agradecerme, Terry, sabes que haría lo que fuera para verte feliz; solo no te olvides de dejar un poco de cariño para mí. —No pudo esconder sus celos de madre.

—También la adoro a usted, madre...; de manera distinta, pero sabe que los sentimientos que tengo por usted son tan poderosos como los que siento por Victoria.

—Lo sé, aunque no puedo evitar sentirme celosa, a veces; anoche, por ejemplo, solo bailaste dos piezas conmigo.

—Le prometo que la próxima vez bailaremos más, claro, siempre que mi suegro me dé la oportunidad de hacerlo —mencionó, fingiéndose celoso.



—¡Terrence! —Le reprochó, porque sabía por dónde venía.

Él se echó a reír ante el asombro y el sonrojo que se apoderó del rostro de su madre, quien en ese momento no lucía como la famosa soprano, sino como una chiquilla que es pescada suspirando por el hombre de sus sueños. De pronto, la idea lo golpeó, trayéndolo a la realidad, y negó con la cabeza para alejarla, ya que sabía que eso complicaría todo para Victoria y para él. Tras hacer eso, retomó su camino hacia la terraza.

En cuanto Victoria vio a Terrence, se levantó para acercarse a él, sin importarle la mirada de reproche que le dedicó su tía, por abandonar la mesa sin presentar antes una disculpa. Lo miró, reflejando en sus ojos la angustia que sintió, desde el mismo instante en que su suegra había mencionado que amaneció con una fiebre muy alta.

—¿Te encuentras bien? —Sus pupilas se movían con nerviosismo.

Le agarró la mano para medir su temperatura, aunque su deseo era tocarle el rostro, sabía que no podía hacerlo, puesto que eso le traería una reprimenda por parte de su tía.

—Sí, pecosa, estoy bien —confirmó en un susurro.

—¿Por qué te dio fiebre? —cuestionó, desconcertada.

—No lo sé, pero no debió ser algo grave, porque ya se me pasó.

—Me alegra, ahora vamos, necesitas tomar un buen desayuno para que no te pase de nuevo. —Lo invitó a tomar asiento junto a ella.

—Parece que la resaca se ensañó contigo.

Brandon lo observó, mostrando una sonrisa, él también tenía un leve dolor de cabeza, pero al menos no lucía tan pálido como Terrence. Creyó que el rebelde estaba más acostumbrado a la bebida, al menos esa era la fama que tenía, según le contaron Christian y Sean, pero, por lo visto, era solo fama, ya que la noche anterior tomó muy poco como para haber amanecido tan mal; a menos que se tratara de otra dolencia.

—Hacía mucho que no bebía como anoche —mintió, porque en realidad, nunca había consumido tan poco alcohol, desde que empezó con solo trece años.

—Tranquilo que no eres el único, Sean bebió así por primera vez y, míralo, apenas puede mantenerse erguido. —Se burló Christian, quien alardeó de poder con cada copa que se sirvió la noche anterior.

—No seas exagerado, estoy perfectamente —alegó Sean, esforzándose por esconder el dolor de cabeza que le martillaba las sienes y le hacía difícil soportar la luz brillante del sol.

—Será la última vez que lo hagan, anoche lo acepté por petición de Stephen, John y el señor Parker, para que no quedaran delante de ellos como unos niños, pero ni imaginen que sucederá de nuevo en la fiesta de Fin de Año —indicó Margot, mirando a todos con severidad.

—Tía, anoche no nos dejó como niños, pero lo hace ahora, frente a la señora Gavazzeni. —Se quejó Sean, sintiéndose realmente humillado por la actitud de la matrona.

—Sean tiene razón, tía —mencionó Christian, sonrojado por la vergüenza que sentía; él ya era mayor de edad.

—No se preocupen por lo que yo opine, chicos, pues pienso seguir el ejemplo de su tía; creo que tampoco dejaré que Terry tome más de una copa de champán, de ahora en adelante —mencionó Amelia.

—Supongo que nada de lo que yo diga, las hará cambiar de opinión, ¿no es así? —preguntó Stephen, intentando abogar por los jóvenes.

—Supones bien —respondió Margot con seriedad.

—Ya obtuviste una respuesta —indicó Amelia, sonriéndole.

Brandon se sintió muy divertido ante esa situación y, aunque le apenaba la prohibición que les pusieron a los chicos, no pudo evitar reír a costa de ellos. Incluso, de su pobre tío, Stephen, quien, por actuar como defensor, también acabó condenado por su tía y por Amelia, con quien lo veía muy entusiasmado; lo que no era para menos, la mujer era bellísima y encantadora.

Julia y Olivia también apoyaron la idea de Margot, pues creían que los chicos estaban muy jóvenes para embriagarse como lo hicieron la noche anterior. Nada tenía que ver que se tratase de una celebración, pues sabían que muchos comenzaban así, después lo agarraban por costumbre y terminaban totalmente perdidos en el alcohol.

Para el final de la tarde, ya Terrence se encontraba completamente recuperado, lo que llenaba de alivio a Amelia, pero también la dejaba desconcertada, pues las fiebres no aparecían de la nada, tampoco se iban como si no hubieran existido. Así que le insistió a su hijo para buscar la causa de ese malestar, pero estaba empeñado en no causar molestias a los Anderson. Ella respetó su decisión de no ver a un médico por el momento, aunque le dejó claro que, al regresar a Nueva York, debía hacerse un chequeo general; de lo contrario, no lo dejaría en paz, y él sabía que cumpliría con su palabra.

—Deberías hacerle caso a tu madre —mencionó Victoria, mientras paseaban por el jardín.

—Pecosa, no vayas a empezar tú también con el mismo tema, ya estoy bien, solo fue algo pasajero —acotó, sintiendo que tanta preocupación comenzaba a exasperarlo; sobre todo, porque él mismo no entendía a qué se debió todo eso.

—No puedes evitar que me preocupe por ti, solo quiero que estés bien —murmuró, mirándolo a los ojos, pues la sola idea de que enfermera, la atormentaba.

—Lo estaré siempre que te tenga a mi lado.

Victoria se sintió encantada, como cada vez que él le hablaba así, que la miraba como hacía en ese momento o cuando la besaba con tanta sutileza, dando paso después a un beso más intenso, que la elevaba por las nubes. Sintió que los labios de Terrence estaban un poco resecos y, pensó que, seguro se debía a la fiebre tan alta que tuvo, por lo que sin cohibirse, comenzó a humedecerlos con su lengua.

Sin embargo, la magia de ese momento duró muy poco, porque Angela, quien había sido enviada por Margot para vigilarlos, se aclaró la garganta, dándoles así la señal de que debían parar.

Terrence soltó un suspiro cargado de frustración, mientras sentía cómo Victoria hundía el rostro en su pecho, demostrando que estaba igual de cansada que él, de que siempre estuvieran interrumpiéndolos y vigilándolos, como si fuesen criminales.

—Ya no soporto más esta situación, vamos a tener que escaparnos —pronunció él, acariciándole el cabello.

—¿Qué te parece si lo hacemos esta noche? —sugirió ella, elevando el rostro para mirarlo, mostrando una sonrisa rebosante de entusiasmo.

—¿Hablas en serio? —preguntó, dudoso. No quería perder la confianza que el padre de Victoria había depositado en él, aunque nunca haría nada indecoroso bajo el techo de los Anderson.

—Claro, debemos encontrar la manera de hacerlo, no creo que sea tan difícil; si lográbamos evadir a las monjas en el colegio, seguro que aquí también podremos librarnos de la supervisión de Angela y de tía Margot —respondió con convicción.

—Y después dices que no eres una rebelde —acotó, sonriendo y, sin importarle la presencia de Angela, se acercó para darle un beso rápido—. De acuerdo, pero debemos planearlo bien para no meternos en problemas; no

quiero que te reprendan por mi culpa, ni perder la confianza que me ha dado tu padre.

Victoria asintió, comprendiendo lo cuidadosos que debían ser y, desde ese mismo instante, comenzó a idear junto a Terrence el plan. Tratando de hablar en susurros para que Angela no los escuchara, conteniendo la emoción y la adrenalina que les provocaba el saber que compartirían nuevamente como lo hicieron estando en el colegio.

Cuando llegó la medianoche y suponían que ya todos dormían, Victoria y Terrence lograron escabullirse de sus habitaciones, encontrándose en lo alto de la escalera, como habían acordado. La emoción que hacía vibrar sus cuerpos los hizo amarrarse en un abrazo, ambos se sentían felices, pues su plan había dado resultado; sin embargo, unos pasos provenientes de la planta baja los llenó de zozobra e hizo que corrieran a esconderse.

—¿Quién crees que pueda ser? —inquirió Victoria temblando.

—No lo sé, ya es muy tarde para que alguien esté despierto y deambulando por la casa, quizá sea alguien del personal. —Asomó medio cuerpo tras la pared, para descubrir de quién se trataba.

—No lo creo, ellos siempre se van a dormir temprano.

—A lo mejor es tu padre que se quedó trabajando.

—¡Mi papá! —chilló, abriendo mucho los ojos.

—Vicky. —La reprendió y le pidió con la mirada que no elevara la voz; de lo contrario, terminaría descubriéndolos.

—Lo siento —susurró, llevándose una mano a la boca.

El temblor aumentó en el cuerpo de Victoria cuando escuchó que los pasos se acercaban a ellos; incluso, sintió cómo Terrence también se tensaba cuando el sonido comenzó a retumbar en la madera de la escalera. De un momento a otro, su novio la haló del brazo y la llevó muy deprisa, en la dirección contraria a su habitación, lo que la desconcertó tanto, que estuvo a punto de caer, pero él la sujetó fuerte.

—¿Qué sucede? —preguntó, intentando seguirle el paso.

—Es Brandon —respondió en un murmullo y antes de que Victoria pudiera decir algo más, estaba abriendo la puerta de su habitación.

Victoria sintió que el corazón le subió hasta la garganta y estaba a punto de ahogarla, mientras un latido desesperado le recorría todo el cuerpo, que no paraba de temblar. Miró a Terrence, mostrando el terror que sentía, como si su primo fuese el peor de los monstruos a los que le temía de niña.

Terrence soltó muy despacio la manilla de la puerta, rogando para que no

fuese a hacer ningún ruido; escuchó los pasos de Brandon, que eran amortiguados por la alfombra del pasillo, y cerró los ojos cuando sintió que él se detenía frente a su puerta.

Apretó a Victoria contra su cuerpo al sentir que casi se le escurría entre los brazos y, la miró, pidiéndole que no se fuera a desmayar en ese instante, ella solo cerró los ojos y se apoyó en él; ambos suspiraron con alivio al percibir que Brandon se alejaba.

—Gracias Dios —susurró Terrence, él no era muy creyente, pero en ese momento no supo a quién más agradecerle.

—Casi nos descubre, ¿crees que nos haya visto? —preguntó en un murmullo, mostrándose alarmada.

—No, no lo creo —respondió, sonriendo, y le acarició las mejillas, que lucían muy pálidas debido al susto.

—Creo que debería regresar a mi habitación —expresó con mucha tristeza, pues su plan había fallado.

—Es mejor que esperemos unos minutos, hasta que Brandon se duerma, no vaya a ser que se le dé por salir de nuevo.

—Bien —susurró, asintiendo, luego miró a su alrededor y, al ser consciente del lugar donde se encontraban, los nervios la atacaron y, su cuerpo, que se había relajado, se puso a temblar otra vez—. ¿Es... es tu habitación? —preguntó sin mirarlo.

—Sí —respondió, sintiendo que él también era invadido por los nervios, pero más poderoso que estos, fue el deseo que se desató en su interior al tener a Victoria allí.

Ella paseó su mirada por el lugar, apenas alcanzaba a ver las siluetas de la cama, el tocador y algunos muebles, gracias a la luz rojiza que se desprendía de los leños, que se consumían en la chimenea. El resto de la habitación estaba en penumbras, pero era bastante cálida, lo que le provocó una sensación abrigadora; sin embargo, los nervios no se alejaban de ella, era la primera vez que estaba en una habitación a solas con Terrence.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó él, para romper el pesado silencio, necesitaba distraerse hablando y alejar de su cabeza los pensamientos que lo tentaban.

—Por nada. —Se volvió a mirarlo y sonrió con nerviosismo.

Terrence también sonrió y le acarició las mejillas, sintiendo el calor del sonrojo que las pintaba, sabía que estaba poniendo a prueba su voluntad, cuando se acercó y posó sus labios sobre los de Victoria. Sin embargo, era

algo a lo que no podía resistirse, necesitaba besarla, acariciarla y sentirla cerca de él; ese sentimiento nacía del centro de su pecho con una fuerza arrolladora, imposible de contener.

Victoria se puso de puntillas para disfrutar mucho más de ese beso, apoyando las manos en el pecho de Terrence, para darse estabilidad, al tiempo que sentía el retumbar fuerte y constante del corazón de su novio, que latía igual que el suyo. Él la pegó a su cuerpo, exigiéndole una mayor entrega, y ella lo complació sin dudarle, su boca lo buscaba afanosamente, mientras sus manos ascendían en una caricia lenta hasta su cuello.

Sus cuerpos vibraban, presos del deseo y la pasión que crecía y crecía a cada momento, llevándolos por rumbos que cada vez les resultaban más placenteros. Los gemidos empezaron a llenar el silencio que reinaba en la habitación, mientras sus labios y sus lenguas no dejaban de rozarse, tampoco lo hacían sus manos, que se aventuraban a brindarse caricias más osadas.

—Victoria —susurró su nombre, casi saboreándolo, como hacía con los voluptuosos y exquisitos labios de su novia.

—Terrence —esbozó ella, sintiendo que deseaba beber el aliento denso y tibio de su novio, hacerlo hasta sentir que la llenaba por dentro y calmaba esa necesidad que tenía de él.

—Pecosa..., yo te... —calló sus palabras.

Estuvo a punto de confesarle que la deseaba con intensidad, que ese fuego que ardía dentro de cuerpo estaba por calcinarlo, y la tensión de su entrepierna era muestra de ello. Sabía que había hecho una promesa y por Dios que quería cumplirla, solo que no pensó que eso sería tan difícil, que tener que contenerse, sería como estar en un infierno.

—Te amo —susurró ella, mirándolo a los ojos con una mezcla de inocencia y curiosidad que hacía bailar sus pupilas.

—Yo también te amo —pronunció él, sonriéndole.

Las palabras de Victoria lo trajeron de nuevo a la realidad, salvándolo de caer en la tentación de llevarla hasta la cama y entregarle toda la pasión que llevaba dentro. Suspiró pesadamente y se recordó que debían esperar, porque ella merecería mucho más que una noche de pasión fugaz, que un encuentro clandestino que, quizá, terminaría haciéndola sentir avergonzada a la mañana siguiente.

—Ven, quiero entregarte algo —dijo y la llevó de la mano junto a él—. Siéntate y cierra los ojos. —Le indicó un sillón frente a la chimenea y luego caminó hacia el armario.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad. Se aclaró la garganta, su voz había quedado ronca después de los besos compartidos.

—Quería dártelo cuando nos despediéramos, pero creo que es mejor hacerlo ahora —mencionó, acercándose a ella.

Vio que Victoria se ponía triste ante la mención de su separación, así que se acuclilló frente a ella y abrió el pequeño estuche de terciopelo. Sonrió al ver que su novia parpadeaba mirando la joya y después anclaba la mirada en él, con muchas preguntas reflejadas en esos impresionantes ojos verdes que lo enamoraron y que seguían conquistándolo día tras día.

—Es hermoso, Terry. —Acercó su mano a la pequeña caja, donde reposaba una cadena con un colgante de zafiro en forma de corazón—. ¿Es para mí? —inquirió, sonriendo.

—Por supuesto, la compré pensando en ti, para que sea un recordatorio de la promesa de estar juntos para siempre, aun en la distancia; quiero que sepas que siempre te llevaré en mi corazón y mis pensamientos —expresó, mirándola con amor.

—Terry, yo también prometo amarte y esperarte, mi corazón siempre será tuyo —sollozó, sintiéndose emocionada.

—Y el mío tuyo, pecosa hermosa —susurró, besándola—. Sé que lo que se acostumbra es un anillo, pero tus manos aún son pequeñas y no quiero que te quede chico con el pasar de los años, así que pensé que una cadena sería mejor, al menos hasta que nos comprometamos —mencionó en un torrente de palabras, pues los nervios lo hacían hablar de esa manera, y con dedos algo torpes, sacó la prenda del estuche y la extendió para ponérsela.

—Gracias, me encanta, es muy hermosa —susurró Victoria, moviendo entre sus dedos el delicado dije, que destellaba bajo la tenue luz de la chimenea—. Te compraré un detalle a ti también.

—No es necesario, pecosa —dijo con sinceridad.

—Pero deseo hacerlo, por favor —pidió, mirándolo a los ojos; le rodeó el cuello con sus brazos para ofrecerle sus labios y convencerlo, ese era un truco que le había dado Annette.

—Está bien —accedió ante la tentadora invitación que le hacía su novia, de perderse en esos labios que adoraba.

Él intentó que el beso fuese lento y tierno, para no verse en una situación como la anterior; le acariciaba las mejillas y el cabello, buscando que sus manos se entretuvieran allí y no desearan recorrer el cuerpo virginal de su novia. Ella también pareció comprender que debían ser más mesurados, y se

acompañó al ritmo pausado que él le proponía, aunque eso no impedía que disfrutaran y se sintieran en las nubes.

Compartían envueltos por la calidez que les brindaba la chimenea y el sentimiento que los unía, entregándose miradas y sonrisas cómplices, con sus dedos entrelazados y besos fugaces. Sin embargo, el tiempo corría en su contra, ya no podían seguir allí, porque sabían que era arriesgado, aunque agradecían el pequeño momento que tuvieron para disfrutar de su amor, sin tener sobre ellos la mirada acusadora de Margot Anderson.

—Te acompañaré —dijo él, caminando a su lado.

—No, es mejor que te quedes. Si alguien me ve, le diré que estaba en la cocina, buscando galletas; es algo que hago con frecuencia, así que no sospecharán —mencionó, sonriendo con picardía y se acercó para darle un beso de despedida.

Terrence le entregó esa sonrisa ladeada y la besó unas diez veces, para conservar el sabor y la suavidad de los labios de Victoria, hasta que tuviera la oportunidad de probarlos de nuevo. Luego de eso, la dejó marchar para que no se le hiciera tarde, mientras sentía que no existía un hombre más afortunado en el mundo que él.



## Capítulo 26

El día al que más temieron había llegado, y el desconsuelo era imposible de ocultar, apenas lograron conciliar el sueño la noche anterior, pues la tristeza que sentían no los dejó descansar. Ella se había quedado dormida después de llorar durante horas, Terrence ni siquiera se había marchado y ya le hacía falta, presentía que sus días volverían a ser igual de fríos, grises y melancólicos, como lo fueron meses atrás.

Él, por su parte, también derramó varias lágrimas antes de que sus párpados cansados se cerraran, cuando ya pasaba de medianoche. No por ser hombre se había cohibido de llorar, aunque intentó no hacerlo mucho, para que sus ojos no evidenciaran su sufrimiento; era consciente de que debía mostrarse fuerte y darle ánimos a su novia.

—Ya están abordando —mencionó Stephen, lamentando que su hija tuviese que sentir la ausencia de su novio, nuevamente.

—Bien —susurró Terrence, escuchó sollozar a Victoria; le dio un beso en el cabello para consolarla.

—Espera, tengo que entregarte algo —dijo ella, buscando con rapidez en su pequeño bolso; sacó de este un estuche de raso negro y se lo extendió—. Quise que fuera uno igual al que me diste, pero mi padre y Brandon, quienes me acompañaron a comprarlo, me dijeron que un colgante en forma de corazón, no era un detalle muy masculino.

—Bueno, tienen razón —mencionó Terrence, sonriendo—. Aunque no me hubiese importado llevarlo, si venía de ti.

—Lo sabía, pero igual terminé optando por este anillo. —Al fin pudo sacarlo y se lo entregó con una sonrisa tímida.

—¡Vaya! Es muy bonito —expresó al recibirlo.

—Espero que te quede bien, usé las manos de Brandon como medida —confesó, manifestando su nerviosismo.

—Me queda perfecto —respondió, moviéndolo en su dedo anular, admirando la hermosa esmeralda que se robaba toda la atención, así como lo hacían los ojos de su novia—. Cada vez que lo vea, recordaré tu hermosa mirada.

—Lo compré con esa intención. —Sonrió y llevó su mano hasta el dije que colgaba de su cuello, para exponerlo—. Y cada vez que te extrañe, veré el mío y recordaré tus ojos. También recordaré la promesa que me has hecho y la que yo te hago ahora... Prometo amarte siempre y esperarte hasta que llegue el día en el que ya no tengamos que separarnos —dijo con un hilo de voz, mientras dos lágrimas pesadas corrían por sus mejillas, y el corazón parecía detenerse, ante toda la tristeza que le provocaba esa despedida.

—Guardaré tu promesa en mi corazón, mi amor... Te juro que cada vez que pueda vendré a verte; entre tanto, te enviaré cartas e iré guardando muchos besos y caricias para entregarte —susurró, acunándole el rostro, sintiendo la imperiosa necesidad de besarla.

No le importó que su suegro estuviera a pocos pasos de allí, o que un mar de personas los rodeara, nadie tenía el derecho de juzgarlos. Gimió con felicidad cuando sintió que Victoria le rodeaba el cuello con los brazos y respondió a su beso con el mismo entusiasmo, abrazándose con tanta fuerza a él, que sus cuerpos casi se fundieron.

El amor hacía valientes a los amantes, al menos, eso decía Shakespeare, y ellos eran prueba de eso, porque dejaron de lado el temor a ser juzgados o reprendidos, solo se entregaron a ese beso que; por desgracia, se vio interrumpido por el silbato del tren.

Sus labios se alejaron, pero sus alientos tibios seguían mezclándose, creando sutiles nubes de vapor, debido al frío que reinaba en el lugar; se miraron a los ojos, que estaban a punto de desbordarse en llanto, y comprendieron que el momento de separarse había llegado.

—Yo también te escribiré todos los días —aseguró Victoria mientras caminaba con él hasta el andén; su madre ya lo esperaba en la puerta del tren—. Gracias por haber venido, señora Gavazzeni, y por traer a Terrence de Inglaterra. No se imagina cuán feliz me ha hecho —confesó en medio de lágrimas.

—No tienes nada que agradecerme, Vicky, recuperar a mi hijo ha sido el regalo más grande que Dios me ha dado, después de haberlo puesto en mi vientre —respondió ella, sonriendo, y se acercó para abrazarla con ternura—. Cuidate mucho y, ya sabes, eres bienvenida en Nueva York cuando desees, ambos lo son.

—Gracias, las nuestras estarán abiertas para ustedes, siempre que deseen volver —expresó con total convicción.

Lo había consultado con Margot, y su hermana accedió; al parecer, esos

días habían logrado cambiar un poco la percepción que tenía de Amelia. También se acercó a Terrence y le dio un abrazo, tratándolo como a un hijo, y no porque estuviese ilusionado con tener una relación con Amelia, como muchos pensaban, sino porque sabía que lo que más le había faltado al joven, había sido un buen padre.

—¡Última llamada! ¡Tren para Nueva York saliendo!

Terrence y Victoria se unieron, una vez más, en un abrazo estrecho, sintiendo cómo sus cuerpos se resistían a separarse, pero el destino los obligaba. Sus padres también se despedían con un abrazo, aunque más protocolar, pues no estaba bien visto que dos personas que apenas se conocían, tuvieran mayores muestras de afecto.

—¡Te amo, Vicky! —exclamó desde la puerta del tren.

—¡También te amo, Terry! —gritó, caminando de prisa detrás del tren, quería seguir viéndolo tanto como le fuera posible.

Al final, la locomotora marchó a toda velocidad, llevándosele lejos de ella, quien se quedó allí, desgarrándose en sollozos, con ese insoportable dolor en el pecho. Stephen se acercó y la abrazó con fuerza, queriendo darle consuelo, pues sabía lo difícil que eran las despedidas, él mismo vivió varias junto a Virginia.

—No llores, princesa, lo verás de nuevo muy pronto.

—Apenas acaba de marcharse y ya lo extraño, papá.

Un sollozo cargado de dolor brotó de su garganta y se abrazó con fuerza a su padre, hundiendo su rostro en ese cálido pecho, que siempre le había servido de refugio ante el dolor. Sintió cómo la envolvía con sus fuertes brazos y le besaba el cabello, consolándola como solo él sabía hacerlo, con esa ternura infinita que sentía por ella.

—Sé que ahora mismo te sientes muy triste, pero debes intentar reponerte, piensa en lo mal que estaría Terrence si te ve así —mencionó, acariciándole la mejilla y le dio un beso en la frente.

—Tienes razón, le prometí que no lloraría mucho.

—Así está mucho mejor, ahora vamos, princesa, debemos regresar a la casa —pronunció y la llevó junto a él, manteniendo el abrazo mientras caminaban despacio.

Terrence observaba a través de la ventanilla del tren, el paisaje que se desdibujaba por la velocidad que llevaba la máquina, mientras dejaba correr en silencio, esas lágrimas que le eran imposible contener. Se suponía que

debía estar preparado para esta separación, que solo era momentánea, pero eso no evitaba que ese vacío en su pecho se hiciera más grade y doloroso, a medida que se alejaba de Victoria.

—Ven aquí —mencionó Amelia, cuando lo escuchó sollozar.

—Estoy bien —susurró, rehuyéndole por vergüenza, no quería que lo viera llorar, los hombres no lo hacían.

—¿Acaso olvidas que yo también estuve enamorada y que viví separaciones igual de dolorosas? Mi vida, no es necesario que escondas tu dolor de mí, soy tu madre.

—Mi padre siempre me decía que los hombres no debían llorar, es algo que me quedó grabado desde que tenía seis años.

—Tu padre era un imbécil por decir eso, ser hombre no te debe limitar para expresar tus sentimientos, así que, te prohíbo que te cohibas solo por las idioteces que haya dicho Benjen. Y si en este momento necesitas llorar... ¡Hazlo! ¡Eres libre!

—No es tan fácil —mencionó, negándose a dejar que lo vieran tan vulnerable; lo habían condicionado a sentir vergüenza de su llanto.

Todo por culpa de la miserable duquesa Katrina, quien siempre que lo veía llorar, siendo un niño, se burlaba de él y animaba a sus medios hermanos a que también lo hicieran. Lo llamaba cobarde, mimado; decía que su madre no había criado a un varón, sino a una «niña».

—Aquí solo estamos tú y yo, nadie va a juzgarte.

Vio cómo sus ojos se cristalizaban y abrió sus brazos para invitarlo a refugiarse en ella, quería que le permitiera apaciguar su dolor, quería que supiera que siempre estaría para él, en los buenos y los malos momentos, pues el amor de una madre era incondicional.

Lo vio dudar unos segundos, al final, terminó rindiéndose y se dejó envolver por ella. Seguía intentando contener sus emociones, solo cuando ella le dio un beso en la cabeza, fue que por fin se liberó y comenzó a llorar.

Amelia se quedó en silencio, mientras lo dejaba desahogarse; sabía que en esos momentos las palabras sobraban, no había nada que ella pudiera decirle que lo aliviara. Además, era casi un milagro que su hijo se mostrase tan vulnerable, siempre se esforzaba por parecer fuerte; era evidente que había heredado ese lado de su padre, Benjen era igual.

Su amor no le permitía quedarse impassible mientras veía cómo el dolor lo desgarraba, así que comenzó a tatarrear la canción que le cantaba para hacerlo dormir, cuando apenas era un bebé; al parecer, dio resultado, ya que terminó

por dormirse.

Benjen había tenido que soportar durante casi tres meses el drama y los reproches de Katrina, así como los cuestionamientos de su primo, el actual monarca; después de que saliera a la luz lo de su hijo. Aunque Jorge ya estaba al tanto de su secreto, pues siempre habían sido confidentes, no esperaba que la noticia fuese a hacerse de conocimiento público, mucho menos mientras atravesaban una situación tan complicada, cuando no podían darse el lujo de que algún miembro de la realeza fuese objeto de críticas.

Para complicar más su situación, la fama de su examante, parecía haberse triplicado en el Reino Unido, tras esa declaración, y comenzaron a llover fotos de ella en todos los periódicos, por lo que tenía que verla casi a diario, mientras se informaba de la opinión de la prensa sobre el avance de los alemanes.

Amelia, Terrence y él, llegaron a ocupar los titulares un par de días, quitándole protagonismo al mismo conflicto bélico que vivían, lo que enfurecía más a su esposa y a su primo.

Sin embargo, allí no acababa todo, porque en la última carta que ella le envió para hablar sobre el tema y justificarse, le escribió que nunca rompió la promesa que le hizo, pero que su hijo no estaba atado a nada que lo hiciera guardar silencio. Lo que le dejaba claro a Benjen, que, lo quisiera o no, debía afrontar su responsabilidad y decirle al mundo la verdad, o quedaría frente a todos como un cobarde.

Así fue como se vio tomando la decisión de ir a América para hablar con Amelia y su hijo, debía llegar a un acuerdo con ellos, antes de hacer una declaración pública. No podían ir por allí cada uno dando su versión de la historia y alimentando los rumores, eso no les convenía a ninguno; lo mejor era decir la verdad, pero sin entrar en detalles.

—No soportaré una humillación más, Benjen, ni se te ocurra salir del palacio y tomar ese barco; o me veré obligada a... —decía mientras caminaba tras él, por el pasillo, aprovechando que no había sirvientes presentes para poder reprocharle su actitud.

—¿A qué, Katrina?, ¿a abandonarme? —cuestionó con sarcasmo.

—No sabes de lo que soy capaz, así que no me retes.

—Te equivocas, sé perfectamente de lo que eres capaz, pero también soy consciente de que nunca dejarías las comodidades y a tus amistades de Londres, para marcharte a Norfolk y recluirte en la vieja mansión de tu padre

—dijo, absolutamente convencido de sus palabras, pues conocía muy bien a la mujer con la que había compartido casi la mitad de su vida.

—¡Eres un maldito miserable! —gritó, llevada por la rabia.

—Será mejor que controles tu temperamento o bien podría olvidarme de que soy un caballero, y responderé a tus insultos —mencionó, volviéndose a mirarla con un gesto amenazador, la ira había oscurecido sus ojos grises, convirtiéndolos en plomo líquido.

—Lo que pretendes hacer es inapropiado, expondrás a tu familia al escarnio público, ¿acaso no lo ves? —Usó un tono más sumiso, sabía que con amenazas e insultos nunca ganaría nada con Benjen.

—Eres tú quien no lo ves. ¿Prefieres que la gente siga inventando historias?, ¿que sigan murmurando a nuestras espaldas en cada evento al que asistamos? —inquirió, cansado de lidiar con todo eso; había tomado una decisión y no daría su brazo a torcer—. Tengo que aclarar esta situación, pero, para eso, necesito hablar antes con Amelia y con Terrence, y si la cuestión se trata de cuidar de esta familia, no olvides que ellos también fueron una para mí, que él es mi hijo y ella fue mi mujer, así que es mi deber velar también por los dos.

—¡No me faltes al respeto diciendo eso! —expresó, sintiéndose en verdad indignada—. Ellos no son nada, nosotros somos tu verdadera familia, la aprobada por Dios y por los reyes.

—La impuesta por mi padre —soltó, sin poder contenerse más, pero se arrepintió al segundo siguiente, al ver el dolor que se reflejaba en el rostro de su esposa—. Lo siento..., yo...

—No digas nada, ya me has dejado claro quiénes son los que verdaderamente te importan —voceó con resentimiento, tragándose las lágrimas—. Siempre lo supe, pero decidí ignorarlo por el bien de nuestros hijos, porque ellos son seres inocentes.

—Sabes que amo a mis hijos; a todos por igual, y que siempre he procurado su bienestar; quizá mi papel como padre deje mucho que desear, y no sabes cuánto me pesa, pero quiero creer que estoy a tiempo de enmendarlo —habló con sinceridad.

Debía admitir que, en lo que concernía a sus hijos, había fallado en muchos aspectos, la ausencia de Terrence y el hecho de que no le hubiese escrito ni una carta en meses, se lo había dejado claro. Sin embargo, sentía que estaba a tiempo de reparar todos sus errores y mejorar la relación que tenía con ellos; no deseaba que terminasen odiándolo, así como le sucedió a

él con su padre.

—Te aseguro que así es —mencionó ella con rencor, pues siempre había hecho a un lado a sus hijos, haciéndoles sentir que nunca deseó tenerlos; al menos, no con ella.

—Te juro que lo he intentado, Katrina, que si he tomado esta decisión de irme a América es solo para evitar que ellos sigan siendo parte del cotilleo de medio mundo —pronunció, mirándola a los ojos, esperando que lo comprendiera, aunque fuese una vez en su vida.

—Haz lo que mejor te plazca —espetó, cansada de esa situación y de tener que estar rogándole para que le diera su lugar.

Le dio la espalda y se encaminó a su habitación, resignándose a ser relegada al último lugar, entre las prioridades de su marido. Si tan solo pudiera regresar el tiempo, se opondría con todas sus fuerzas a ese matrimonio que solo le había traído desdichas; jamás se hubiera hecho la tonta ilusión de que Benjen Danchester llegaría a sentir amor por ella.

## Capítulo 27

Desde el ingreso de Terrence a la academia de arte, los días habían transcurrido de manera veloz; entre sus obligaciones en Juilliard y las clases con su madre, apenas le quedaba tiempo para dedicarlo a sus asuntos. Aunque, a decir verdad, lo único que lo ocupaba, fuera de su preparación, era escribirle a Victoria; su novia le pedía que le contara en detalle todo lo que hacía y, él la complacía, relatándole su día a día.

A veces, sentía que sus misivas eran monótonas, que no tenía nada nuevo que contarle, pero recibir las respuestas de ella, donde se mostraba emocionada por sus avances, lo animaban a seguir con esa rutina. También porque le gustaba leer cada pormenor de la vida de su pecosa, aunque ya conociese lo que hacía desde que se levantaba hasta que se iba a dormir; era como mantener una conversación, y eso hacía que la distancia y la ausencia fuesen menos difíciles de sobrellevar.

Recordó con una sonrisa cuando se apareció en Nueva York, por motivo de su cumpleaños; apenas habían pasado tres semanas desde que se despidieron en Chicago. Sin embargo, Victoria pudo convencer a su padre para que la llevara a verlo.

Ahora era su turno de sorprenderla, aprovecharía que su cumpleaños sería ese fin de semana, para ir a verla; tuvo que inventarle que tenía unas pruebas en la academia y fingirse acongojado por no poder acompañarla. Pero, la verdad, lo tenía todo planeado desde hacía semanas, solo esperaba que se pusiera feliz al verlo y que no le tomara en cuenta esa pequeña mentira que le había dicho.

—Adelante, madre —ordenó y agarró su camisa para cubrirse.

—Hola, cariño, ¿cómo amaneces? —Lo saludó, entrando al pequeño cubículo del tren donde viajaban.

—Bien, descansé durante toda la noche. ¿Y usted?, ¿pudo dormir? —preguntó, acercándose para darle un beso en la frente.

—Sí, desperté un par de ocasiones por el movimiento del tren, pero me quedaba dormida enseguida —respondió, acomodándole la camisa—. ¿No vas a rasurarte? —Pasó su mano por la sombra oscura de la barba de su hijo,



que le dejaba ver que, Terrence, cada vez se hacía más hombre, y eso la llenaba de nostalgia.

—Intenté hacerlo, pero la vibración del tren no permite que mi pulso esté firme, así que prefiero esperar a que lleguemos. Solo espero que mi novia no me crea un desaliñado.

—Eso lo dudo, te ves tan guapo hoy que, Victoria, se quedará sin suspiros cuando te vea. —Lo miró con una sonrisa, a través del espejo, y la hizo feliz ver que él le devolvía el gesto.

—Muchas gracias, madre, aunque supongo que su opinión se ve condicionada —comentó en tono de broma.

—No quieras parecer modesto conmigo, los Gavazzeni siempre hemos sido conscientes de los atributos que tenemos y, tú, cariño, no eres la excepción; además, a donde quiera que vas conmigo, veo cómo te miran las chicas. Creo que me he vuelto la suegra más codiciada de todo Nueva York —agregó, riendo.

—Puede que tenga razón, pero su hijo solo tiene ojos para una hermosa pecosa con cabello dorado y mirada del color de las esmeraldas, que justo hoy está de cumpleaños —sentenció con el corazón rebosante de felicidad, al saber que la vería muy pronto.

—Me encanta verte tan enamorado y feliz, Terry.

Él respondió con el mismo sentimiento, ya no había muros entre los dos, nada les impedía demostrar sus sentimientos.

La mansión Anderson se encontraba de fiesta, celebrando el cumpleaños número dieciséis de Victoria, quien no había dejado de recibir regalos y felicitaciones desde que despertó esa mañana, rodeada por sus seres queridos.

Margot no había escatimado esfuerzos para hacer que todo luciera perfecto, como en cada aspecto de su vida; la matrona siempre se exigía a entregar solo lo mejor y, esta vez, no podía ser distinto, pues, en el fondo, sentía que estaba celebrando el cumpleaños de esa hija que la vida le dio.

Se encontraban en plena primavera, por ello había ordenado crear un espacio de ensueño dentro del inmenso jardín, que no estuviera muy alejado de la mansión y que fuese ideal para llevar a cabo la celebración.

Este había sido decorado con mesas vestidas con manteles blancos y detalles florales, en donde reposaban hermosas piezas de fino cristal, que estaban llenas de los dulces favoritos de Victoria; las sillas habían sido

adornadas con vistosos lazos rosados y violetas, hechos de seda.

De los árboles colgaban decenas de cintas en colores pasteles, guirnaldas de flores y globos de tonos brillantes, que hacían resaltar, aún más, la primavera, en ese rincón de la propiedad, pero no solo se había esmerado en los detalles de la decoración, también había buscado al mejor pastelero de Chicago.

Lo mismo hizo con el vestido que ella luciría ese día, fue elaborado por una de las modistas más solicitadas de la ciudad, ya que quería que la chica luciera espléndida, y así poder demostrar que había cumplido con lo que se propuso, convertirla en toda una dama.

—Muchas gracias por todo esto, Margot, este lugar luce como de cuentos de hadas —mencionó Stephen con una gran sonrisa, observando a su alrededor.

—Y tu hija se verá como una princesa, el vestido le quedó perfecto —dijo, sintiéndose satisfecha—. Creo que deberías ir a buscarla, los invitados ya están llegando y, cuando la dejé, estaba casi lista.

—Por supuesto —dijo y se marchó, ansioso por verla.

Victoria se encontraba parada frente al espejo de cuerpo entero, admirando el precioso vestido que le había obsequiado su tía Margot. En verdad la hacía lucir como una princesa, y eso la tenía sumamente feliz, así como estar celebrando su cumpleaños, rodeada de todas las personas que amaba.

Sin embargo, su felicidad no era completa, pues había dentro de ella un vacío que, sabía, nada lograría llenar ese día. Cuando Terrence le contó que ese día no podría estar junto a ella, sintió como si su corazón se dividiera en dos y; ahora, sentía que una parte estaba feliz y la otra muy triste.

—Quedó bellísima, señorita Victoria —pronunció Angela con una gran sonrisa, mientras la miraba en detalle.

—Gracias, Angela... Y, por favor, ya te lo he pedido, llámame Vicky. —La miró a través del espejo, entregándole una sonrisa.

—Sabe que a su tía no le gusta que nos tomemos esas libertades.

—Pero ella no está aquí en este momento y, cuando estemos solas, deseo que me llames así, Vicky. —Tomó sus manos y le obsequió una gran sonrisa para convencerla.

—Está bien —concedió con timidez.

En ese momento escuchó que alguien llamaba a la puerta, su cuerpo se puso tenso, pensando que podía ser la matrona, así que se soltó del agarre de

la señorita y caminó para abrir la puerta. Quien se encontraba al otro lado era el señor Stephen, eso la llenó de alivio y le dedicó una sonrisa, haciéndose a un lado para que él pudiera pasar y ver lo hermosa que había quedado su hija.

—Vine por la princesa de esta casa —anunció, buscando con la mirada a Victoria y, cuando la encontró, se detuvo, creyendo que alguien tan hermoso no podía ser real—. Si tu madre pudiera verte en este instante..., el orgullo y la felicidad en su pecho sería incontenible —expresó con un nudo en la garganta, a punto de ponerse a llorar.

—Papi —susurró, igual de emocionada; se acercó a él y le acarició la mejilla—. Mami está aquí con nosotros, ¿lo recuerdas?

—Sí, princesa, tienes razón. Virginia está aquí, como siempre —pronunció, recordando que él, persistentemente, se lo decía; sobre todo, cuando la veía triste—. Te ves tan hermosa, mi niña, y lo mejor es que tu belleza no es solo exterior, también la llevas dentro; te me has convertido en toda una señorita, bondadosa y radiante, como tu madre.

—Espero ser también la dama que deseabas que fuera. —Sentía que le faltaba mucho para alcanzar esa perfección que su tía le exigía.

—De eso no te quede la menor duda, eres la dama más elegante de toda la ciudad... ¡Qué digo de la ciudad!, ¡del país! —expresó y su pecho se hinchaba de orgullo por ese motivo. Se irguió, dejando ver toda su altura, y le ofreció su brazo—. ¿Será que me concede el honor de guiarla a su fiesta, princesa Anderson?

—Claro, apuesto rey. —Dejó escapar su risa cantarina.

Stephen también se carcajeó ante las ocurrencias de su hija y, mientras caminaba junto a ella, no podía dejar de mirarla, pues le recordaba tanto a Virginia; claro, tenía rasgos suyos, pero su esencia y su candor le había sido todo heredado por su amada esposa.

Victoria, por su parte, se sentía feliz, ya que cada esfuerzo que había hecho y todos sus sacrificios por fin daban fruto; ahora solo restaba salir tomada de la mano de su padre, para celebrar su cumpleaños.

Cuando llegaron al espacio que había sido decorado en el jardín, todos los presentes se pusieron de pie y aplaudieron a la festejada; incluso, Margot, se mostró orgullosa, viendo lo bella y elegante que lucía. Brandon, Christian y Sean fueron los primeros en aproximarse para admirarla más de cerca, luego se les unieron Annette y Patricia, quienes la abrazaron y la felicitaron.

Los Lerman, que no podían faltar a esa celebración, también tuvieron que unirse a los aplausos, aunque, esta vez, la admiración de Daniel era sincera.

Había quedado deslumbrado en cuanto vio llegar a Victoria, nunca imaginó que la pequeña campesina algún día luciría así; aunque, a decir verdad, no podía decir que antes fuese fea o desaliñada, solo que su odio no dejó que la viera bien.

—¿Qué haces mirando así a esa estúpida?, ¿acaso te gusta, Daniel? —Le reprochó Elisa, pellizcándole el brazo, para que dejara de hacerlo.

—¡No me lastimes! —Se quejó, sobándose—. Y deja de decir tonterías, no la estoy mirando de ninguna manera.

—Pues más te vale, si no quieres que se lo diga a mamá.

—No le dirás nada o le contaré que te pusiste así para ver si conquistabas a Terrence; aunque es una pena que perdieras tu tiempo, por lo visto, él no vendrá —expresó con burla.

—Mucho mejor, espero que, ahora, estando en Nueva York, se olvide de la tonta de Victoria; si no es para mí, que tampoco lo sea para ella —pronunció, dejando salir toda su maldad y el resentimiento que sentía por la rubia.

Tanto era el odio que llevaba sembrado en el corazón hacia Victoria, que ni siquiera se acercó para felicitarla, solo la miró de manera despectiva, le dio la espalda y se alejó. Ella no se rebajaría a acercarse para darle un abrazo o rendirle pleitesías a una campesina que solo por estar llevando un vestido elegante, se creía una dama a su altura, para eso le faltaba mucho.

Victoria se sintió aliviada al ver la reacción de Elisa, tampoco se sentía cómoda recibiendo unas felicitaciones cargadas de hipocresía por parte de la pelirroja. Por educación, las aceptó de Daniel y sus padres, pero tampoco creía que estas fuesen sinceras, al menos, no de madre e hijo, ya que el señor Lerman, sí parecía sentir algo de estima por ella.

—¿Qué te parece si vamos a sentarnos? —sugirió Stephen, intentando controlar la rabia que le provocó el gesto de la pequeña maleducada, que había criado su sobrina Deborah.

Victoria asintió y caminó junto a él, con un aire orgulloso; demostrándole que nada de lo que acababa de hacer Elisa la afectaba. Tomaron asiento en la mesa que habían dispuesto para ella, allí donde los invitados podían pasar y brindarle sus buenos deseos.

Ella les agradecía con una sonrisa, intentando mostrarse efusiva y feliz, pero a cada minuto que pasaba, su corazón se encogía más, porque la ausencia de Terrence se hacía más pesada.

Minutos después, Stephen vio que el ama de llaves le hacía una señal, así

que se puso de pie, disculpándose con ella. Se alejó, intentando mostrarse casual, para que Victoria no sospechara nada. Suponía que la sorpresa que le habían preparado a su hija por fin estaba allí, le había costado mucho mantenerse en silencio, pero todo fuera por sorprenderla; dejó ver una gran sonrisa y agilizó el paso.

—¡Bienvenidos! —esbozó con entusiasmo en cuanto lo vio.

—Muchas gracias, Stephen... ¿Cómo se encuentra Victoria? —Quiso preguntar de inmediato, deseaba saber si su ausencia la había afectado mucho o si estaba disfrutando de su fiesta.

—Está bien, aunque no creo que sospeche, ya que, a momentos, la noto triste. —Le respondió a su yerno—. Bienvenida, Amelia, te ves hermosa, como siempre.

—Muchas gracias, Stephen, siempre tan galante.

—¿Desean alojarse en sus habitaciones, ponerse cómodos?, ¿o prefieren ir directo a ver a Victoria? —preguntó por protocolo, pues la ansiedad que veía en Terrence, ya le daba una respuesta.

—Quisiera ver a Vicky en este momento. —Se moría por verla.

—Suponía que dirías eso —acotó Stephen, sonriendo.

—Casi se lanza del tren en cuanto llegamos.

—Dinora, que lleven el equipaje de la señora Gavazzeni y de Terrence a las habitaciones que se dispusieron para ellos, por favor.

—Enseguida, señor; con su permiso.

—Si son tan amables de acompañarme. —Caminó junto a ellos.

Terrence sentía que su corazón retumbaba como un tambor marcial, mientras que su cuerpo temblaba, llenándose de anticipación y nervios. La vio de espalda, estaba sentada en una mesa junto a sus tías.

—¡Pecosa! —La llamó de esa manera, porque nació desde el fondo de su corazón, sin importarle los comentarios que desataría por tratarla de ese modo tan informal.

Victoria sintió que su cuerpo se volvía una masa temblorosa al escuchar su voz, llamándola de esa forma que solo él hacía. Un día le dijo que adoraría que la llamara «pecosa», y ese día había llegado, pues no podía estar más feliz de escucharlo. Se fue volviendo lentamente, temiendo que sus ansias por verlo fuesen tantas, que estuvieran haciéndole imaginar cosas, pero en cuanto su mirada se posó en el galante chico que la veía con emoción y le sonreía, su mundo estalló en colores brillantes, y todo lo demás desapareció.

—¡Terry! —exclamó, levantándose de la mesa; recogió su vestido y corrió

para acotar la distancia entre los dos.

Él también aceleró su andar para llegar hasta ella, necesitaba sentir su calidez, disfrutar del aroma que brotaba de su cabello y mirarse en esos hermosos ojos verdes.

Cuando al fin estuvieron frente a frente, se unieron en un abrazo que casi los llevó a fundirse en un solo ser, ella lloraba de felicidad, y él estaba a punto de hacerlo; ambos temblaban de emoción.

—Feliz cumpleaños, Vicky... Ya son dieciséis, solo nos faltan dos para que podamos estar juntos para siempre —susurró para que solo ella pudiera escucharlo, mientras la apretaba a su cuerpo.

—No puedo creer que estés aquí —expresó, acariciándole el rostro, perdiéndose en el intenso azul de esos ojos que tanto había extrañado. Pero, de pronto, volvió a la realidad—. ¡Me dijiste que no vendrías! —Le reprochó en medio de lágrimas y risas, sentía que estaba flotando entre sus brazos.

—Quería darte una sorpresa, mi amor... —respondió, acariciándole la nariz, notando que las pecas comenzaban a desaparecer, lo que le provocó algo de tristeza; aunque debía reconocer que cada día estaba más hermosa y se hacía más mujer—. Siento haberte dicho que no vendría.

—Debí suponerlo, eres un malvado. —Le golpeó el pecho.

—¡Auh! Pecosa... —Se quejó—. Bien, ¿qué puedo hacer para que mi novia me perdone? —preguntó, sonriéndole.

—Podrías empezar por darme un beso —exigió con su mirada llena de anhelo, mientras se acercaba a él.

Terrence vio en los ojos verdes el reto que su novia le lanzaba, así como la tentadora invitación que ese par de labios voluptuosos y rosados le hacían. Sabía que podía perder la cabeza por eso o, al menos, llevarse una reprimenda por parte de su suegro; sin embargo, su deseo de besarla era mucho mayor, así que, jugándose el todo por el todo, cedió a sus deseos.

Acunó el delicado rostro de su pecosa entre sus manos y bajó, posando sus labios sobre los de ella; luchó para que ese gesto fuese sutil y mesurado, pero las intenciones de Victoria eran otras. Ella se le colgó del cuello y lo instó a quedarse más tiempo, disfrutando de la cálida sensación que los recorría, de ese temblor, que era tan delicioso, y del dulce sabor que compartieron cuando sus lenguas se rozaron.

Todo lo demás desapareció y solo quedaron ellos, sumergidos en el embelesamiento que ese beso provocaba en ambos, disfrutando del intenso amor que los unía, que les impedía ser conscientes de lo que estaban

ocasionando.

## Capítulo 28

Una ola de murmullos se dejó escuchar en todo el lugar, y las miradas asombradas no se hicieron esperar; sobre todo, por parte de Margot, quien sintió como si su esfuerzo se cayera cual castillo de naipes. Se puso de pie, dispuesta a acabar con aquel espectáculo tan vergonzoso, sin poder creer que su hermano no hiciese nada, mientras veía cómo ese chico mancillaba el honor de su hija, delante de todos los invitados.

Stephen se había quedado de piedra, al ver cómo Victoria besaba a su novio; hubiese esperado esa reacción impulsiva por parte de Terrence, pero no podía negar que ella también había formado parte de ese intercambio. Sintió la mano de Amelia apoyarse en su antebrazo, como buscando sacarlo del trance; gracias a eso reaccionó, aunque no sabía cómo hacer para detenerlos sin ocasionar un escándalo.

Victoria y Terrence se separaron al escuchar que el padre de ella se aclaraba la garganta, exigiéndoles con ese gesto que terminaran. Él sabía que debía entregarle una disculpa, pues no fue correcto dejarse llevar por sus deseos; así que se volvió para asumir su responsabilidad.

—Esto es inaudito —dijo Margot, mirando a Victoria con reproche, y al hijo de la soprano con verdadero odio.

—Les ofrezco mis disculpas, me dejé llevar por la emoción de ver a Victoria —mencionó Terrence, mirando a su suegro, pues era a quien le debía respeto. La señora Margot, bien podía irse por donde llegó y guardarse sus reclamos.

—No fue culpa suya..., fui yo la que le pidió un beso, como compensación por haberme ocultado que vendría.

—Hablabamos de esto después —mencionó Stephen, mirándolos con seriedad—. Ahora, concentrémonos en disfrutar de la fiesta y evitemos que los invitados sigan murmurando, por favor —agregó, al ver cómo su hermana se mostraba indignada por su proceder.

—Victoria, ven a sentarte a mi lado —ordenó Margot.

—Como usted diga, tía —susurró, bajando la cabeza, para esconder las lágrimas que habían inundado sus ojos.



Victoria sentía que había cometido un error al dejarse llevar por sus emociones, nunca había visto a su padre tan serio ni a su tía tan molesta. No imaginó que entregarle un beso a Terrence fuese a provocar la rabia por parte de su familia; ella sentía que no merecía un castigo por eso, no había sido nada malo, y le dolía que la recriminaran por ello.

Terrence sintió que su pecho estallaba de rabia al ver cómo Margot Anderson trataba a Victoria, esa mujer no tenía ningún derecho de juzgar a su pecosa, no era su madre. Solo era una vieja amargada, que odiaba que los demás fuesen felices, pero estaba muy equivocada si creía que podía arruinar la felicidad de Victoria el día de su cumpleaños.

—Yo lo haré a tu lado también —mencionó Terrence, agarrándola de la mano para infundirle seguridad y dejarle claro que ella no tenía nada de lo que avergonzarse.

Caminó junto a su novia, mostrándose seguro, sin dejarse apabullar por la rabia en la mirada de Margot Anderson, ni las asombradas de Deborah y Elisa Lerman; ninguno de ellos tenía el derecho de opinar sobre lo que hacían Victoria y él.

Después de ese momento cargado de tensión, Victoria sentía que la compañía de Terrence a su lado, hacía que la pena comenzara a disiparse; sin embargo, en más de una ocasión, quiso acercarse a su padre. Necesitaba hablarle y explicarle que no había actuado mal, que solo hizo lo que siempre le aconsejaba, pues, en muchas oportunidades, le había dicho que cuando una persona quiere a otra, siempre debe demostrárselo, y eso precisamente fue lo que hizo con Terrence.

—¿Crees que mi papá esté molesto conmigo?

—No, por supuesto que no, pecosa; en caso de que estuviera molesto con alguien, sería conmigo, pues fui yo quien tuvo el atrevimiento de besarte frente a todos —respondió, mirándola.

—Sí, pero fui yo quien te lo pidió —indicó, sintiéndose apenada por su actitud; debió contenerse.

—Y yo acepté, encantado de la vida —dijo, sonriendo y le acarició la punta de la nariz, quería hacerla sonreír—. ¡Ey, mírame! Lo que hicimos no tiene nada de malo, pero si tu padre está molesto y necesita una compensación, hoy mismo le pido tu mano en matrimonio, así acallamos todos los comentarios; en unos meses seríamos marido y mujer, y ya nadie podrá juzgarnos por darnos un beso.

—No podemos hacer eso, Terry, aún somos muy jóvenes.

—Yo ya soy un hombre y puedo hacerme responsable de ti, solo necesitaría que tu padre nos dé su autorización y te haría mi esposa. —La miraba a los ojos para que supiera que hablaba en serio.

—Mejor esperemos a ver qué nos dice cuando hable con nosotros —mencionó, rehuyéndole la mirada, deseaba estar con Terrence, pero no quería apresurar las cosas; sentía que aún no estaba lista para llevar una vida de casada y formar una familia.

—Como desees —pronunció él, en un tono calmado, mientras le daba un beso en el dorso de la mano, comprendiendo que el miedo de Victoria era lógico, aún estaban jóvenes para casarse.

Stephen veía la escena entre su hija y Terrence, sintiendo una opresión en el pecho, pues cada vez era más consciente de que ella, poco a poco, se alejaba de él. Victoria estaba formando su propio camino, quería vivir nuevas experiencias junto al chico que amaba, algo bastante natural; pero no por eso dejaba de llenarlo de miedo, aunque estaba seguro de que no la detendría.

No lo haría porque su felicidad dependía de la de su hija; si Victoria era feliz, él también lo sería, aunque eso significara dejarla volar lejos y en compañía de alguien más.

Solo esperaba que Terrence supiera valorar al tesoro que le entregaba, que la hiciera dichosa y cuidara de ella; porque si hacía lo contrario, podía jurar que no descansaría hasta hacerle pagar cada lágrima que su pequeña hija derramara por él.

—Stephen, tengo que disculparme por el comportamiento de mi hijo, no fue correcto lo que hizo... Los jóvenes de ahora no miden las consecuencias de sus acciones y actúan de manera impulsiva —mencionó Amelia, notando la tensión que embargaba al banquero.

—No te preocupes, Amelia, como dices, los jóvenes de ahora son más arriesgados y no se preocupan por cuidar las apariencias. Además, tampoco soy tan ingenuo como para no saber que mi hija y Terrence han compartido algunos besos, ya tienen un año de novios —expresó, mirando a la mujer y notando la angustia en esos lindos ojos azules.

—Lo sé, yo también lo suponía, pero no era ni el momento ni el lugar. Margot tiene razón en estar molesta, pero pierde cuidado, hablaré seriamente con Terrence.

Amelia no estaba haciendo eso por complacer a los Anderson, lo hacía por su propio hijo, pues si seguía actuando así, no tendría su aprobación, y lo que

menos deseaba era que lo separasen de Victoria.

Nunca estaba de más que, como su madre, lo aconsejara; no le hablaría en plan de reclamo, porque sabía lo difícil que era el carácter de su hijo, pero sí le haría ver sus errores.

—Tranquila, ya solucionaremos esto, ahora disfrutemos de la fiesta. —Le dedicó una sonrisa para aligerar su preocupación.

—Sí, es lo mejor —respondió, dedicándole el mismo gesto.

Mientras los padres de los enamorados acordaban eso, Margot solo esperaba el momento en el que pudiera reclamarle a Victoria su desfachatez; también lo haría con ese joven. Le dejaría en claro que a su sobrina no podía irrespetarla de esa manera.

—Te lo dije, es una desvergonzada, de seguro así era la madre y por eso logró engatusar a mi tío —murmuró Deborah a su marido.

—Por favor, mujer, no seas tan exagerada; la chiquilla y el novio, solo compartieron un inofensivo beso —comentó John, sin alarmarse.

—Supongo que no te mostrarías tan comprensivo, si hubiese sido Elisa. Dios nos libre de que nuestra hija haga algo como eso.

—Me molestaría y esperaría a estar en privado para reclamarle, justo como supongo hará Stephen, pero no por eso voy a pensar que mi hija es una desvergonzada. Los tiempos cambian, Deborah, los chicos ahora son más abiertos a la hora de expresar sus sentimientos —mencionó, sonriéndole a su preciosa hija.

—Yo sé el tipo de educación que le he dado a mis hijos, y estoy segura de que Elisa jamás tendría un comportamiento como ese. Nuestra hija es una dama con valores, y se dará a respetar por su pretendiente, así como yo lo hice contigo —aseguró, mirándolo a los ojos, porque sabía que Elisa era una chica de principios.

—No todas las mujeres son como tú, querida; tu comportamiento me hacía sentir que estaba a punto de casarme con una monja, apenas sí me dejabas tomarte de la mano mientras paseábamos por el jardín en Barrington —expresó, llevado por el alcohol.

—Te agradecería, querido esposo, que evitaras ese tipo de comentarios delante de nuestros hijos. —Le reprochó, viéndolo con rabia; odiaba que criticara su papel de esposa.

—Tú fuiste quien trajo el tema a la mesa, yo solo estoy dando mi opinión —dijo, mostrando media sonrisa.

Elisa y Daniel compartieron una mirada, sintiéndose hastiados de tener

que presenciar las discusiones entre sus padres; él negó con la cabeza, mirando hacia otro lado, pero su hermana le golpeó la rodilla por debajo de la mesa. Solo así, Daniel entendió el mensaje que le enviaba Elisa; se puso de pie, excusándose con sus padres para ir hasta la pista de baile que habían improvisado en el jardín.

El resto de la velada se desarrolló de manera normal, dejando en el pasado el episodio que había protagonizado la festejada, escandalizando a varias madres e incomodando a más de un padre. Sin embargo, cuando llegó la hora de cortar el pastel, la mayoría de los presentes lo celebró con alegría, entonando el «feliz cumpleaños» que, por la época, estaba muy de moda, mientras ella esperaba ansiosa para pedir sus deseos y apagar las dieciséis velas, en el enorme y hermoso pastel.

—Felicidades, princesa, que Dios te bendiga y te dé muchos años de vida.  
—Stephen la abrazó con fuerza, besándole las mejillas.

—Gracias, papi, y que tú estés conmigo siempre.

Stephen asintió, sonriendo, pero un nudo se le formó en la garganta y no pudo mantenerle la mirada; no quería que ella viese en sus ojos la tristeza que le provocaba saber que estaba cerca el día en que debía despedirla y dejar que hiciera su propia vida.

Sin embargo, recordó que aún le quedaban dos años, como mínimo, para ello, pues había dejado claro que Victoria no se casaría hasta cumplir la mayoría de edad; así que, mientras pudiera, disfrutaría de cada instante junto a su pequeña.

Después de las felicitaciones de su padre, llegaron las del resto de la familia y amigos; incluso, Daniel Lerman, se tomó el atrevimiento de abrazarla y darle un beso en la mejilla, lo que estuvo a punto de desatar la ira de Terrence, quien se contuvo solo para no provocar otro episodio como el anterior.

Los invitados se fueron marchando, anunciando que la fiesta se acercaba a su final, por lo que la tensión se apoderó de Victoria. Sabía que cuando no quedase nadie extraño, su tía y su padre la llamarían para enfrentarla por lo que había hecho; solo imaginarlo le provocaba un nudo en el estómago.

—¿Estás bien? —Le preguntó Terrence, al ver que la alegría había desaparecido de su rostro.

—Sí, solo..., espero que tía no me imponga un castigo muy severo —contestó con la mirada en el mantel.

—Que ni se le ocurra, porque va a conocerme en verdad —pronunció

mirando a la matrona, quien despedía a los invitados.

—Terry..., es mejor que no empeoremos las cosas. Hablaré con mi padre, sé que él me comprenderá, siempre lo hace.

—Bien, pero si a tu tía se le ocurra juzgarte o hacerte sentir mal, te juro que le digo todas las cosas que tengo meses callándome. Ella no tiene ningún derecho a opinar sobre tu vida, no es tu mamá.

—Gracias por defenderme —expresó, sonriendo—, pero lo mejor será no provocarla.

—Lo hago porque te quiero —respondió con sinceridad.

—Yo también te quiero, rebelde engreído.

—¿Ya no soy «mocososo engreído»? —cuestionó, elevando una ceja.

—No, ya no luces como un «mocososo» —respondió, sonriendo de manera coqueta—. Ahora te ves como un hombre, Terry. —Le acarició con suavidad la barba, sintiendo lo áspero del vello que crecía allí y; se sonrojó, mordiéndose el labio inferior, para controlar sus deseos de besarlo, se moría por hacerlo de nuevo.

—Tú también comienzas a lucir como una mujer —susurró, obligándose a no bajar la mirada para posarla en su escote y ver el nacimiento de sus senos blancos como la crema; negó con la cabeza para no irrespetarla con sus pensamientos—. Aunque sigues teniendo pecas, así que no dejarás de ser «mi pecosa».

Sus miradas se fundieron mientras luchaban con sus deseos de dejarse llevar por la pasión que sentían, y que sus bocas también se acoplaran en un beso perfecto. Ambos sabían que, de momento, no podían. Fueron salvados por Brandon, quien se acercó, fingiendo que deseaba entablar una conversación.

—Será mejor que no provoquen la ira de la madre inquisidora, mis apreciados jóvenes —esbozó con sorna, mirando a su tía.

—¿Por qué será así? —Victoria esperaba que él, quien era mayor y parecía conocerla mejor, le diera una respuesta.

—Supongo que porque nunca conoció el amor. Nuestro abuelo la obligó a casarse con un hombre que le llevaba quince años, un buen hombre, según recuerdo, pero poco cariñoso.

Victoria se quedó en silencio tras esa declaración, sintiendo mucha pena por lo que tuvo que vivir su tía; nadie debería ser obligado a compartir su vida con alguien a quien no amaba, esa sería una desgracia.

Terrence, por su parte, comprendió de dónde nacía la amargura de la

matrona, le sucedió igual que a su padre, y ese parecía ser el destino de todo aquel que se unía a alguien solo por cumplir con lo que la sociedad le exigía.

—Es tan triste —susurró Victoria, sin quitarle la mirada de encima, viendo cómo sonreía, pero sin emoción.

—Yo nunca dejaré que nadie me imponga nada, prefiero que me llamen rebelde, pero las decisiones que tome en mi vida, serán solo las que escoja por mi cuenta y que me hagan feliz.

—A veces la vida nos dificulta las cosas, Terrence, no siempre se puede escoger lo que uno desea, pero mantén esa actitud y lucha por lo que quieres; así, tarde o temprano, lo conseguirás —mencionó, sonriendo, pues él acababa de acordar con su tío, el permiso para realizar su tan anhelado viaje.

—Gracias por tus consejos, Brandon —respondió.

—Yo también voy a luchar por lo que quiero —indicó Victoria, con ese aire rebelde que, al igual que su novio, poseía.

—De eso no me queda la menor duda, así que ve armándote de paciencia, Terrence, porque esta hermosa señorita, será una mujer de armas tomar —vaticinó, sonriendo.

—Pobre de mí. —Él se fingió acongojado.

—¡Terry! —Se quejó Victoria, mirándolo, perpleja.

Eso provocó que tanto Terrence como Brandon estallaran en carcajadas, llenando el ambiente con ese sonido ronco y tan masculino, que atrajo las miradas de alguna de las damas que aún se encontraban presentes, quienes, en su mayoría, habían asistido a la fiesta solo con la idea de poder captar la atención de alguno de los herederos del clan escocés.

Ahora, el hijo de la soprano y del duque de Oxford, también se había ganado el interés de muchas, aunque este ya tuviese una relación con Victoria; la misma bien podía terminar y hacer que estuviese de nuevo en el mercado de los solteros.

Terrence y Victoria fueron llamados por sus padres, cuando la fiesta acabó, para reunirse en el despacho y hablar sobre lo sucedido. Stephen le pidió a Margot que dejara que fuese él, quien tratara ese asunto con su hija; le costó mucho convencerla de no intervenir, pero, al final, consiguió hacerlo. Sabía que había sido lo mejor, pues su hermana, en ese aspecto, era muy dura.

Por suerte para los jóvenes, tanto Amelia como Stephen, habían vivido el amor en su juventud y, sabían, que el sentimiento se volvía difícil de controlar. Así que, se mostraron comprensivos; sin embargo, les pidieron que

la próxima vez que estuvieran en presencia de extraños, fuesen más medidos a la hora de darse muestras de afectos, para evitar dar pie a las críticas de personas mal intencionadas.

—Le prometo que no sucederá de nuevo, no expondré a Victoria. — Terrence miró a su suegro a los ojos, confirmándole también con estos lo que decía.

—Y yo también prometo tener el comportamiento que se espera de mí — dijo ella, sintiéndose algo avergonzada.

—Eres toda una dama, princesa. —Stephen le acarició la mejilla, instándola a subir el rostro—. Estar enamorada no es un pecado, tampoco entregarle muestras de amor a tu novio; solo intenta que la próxima vez, no haya nadie presente. Ni siquiera yo, porque me hará sentir que ya no eres mi niña y que dentro de poco te irás de mi lado —pronunció, sintiendo que estaba por llorar.

—Nunca me iré de tu lado, papi..., nunca —afirmó, rodeándole el cuello con sus brazos.

Stephen no dijo nada porque en ese instante las palabras sobraban, además, sabía que cualquier cosa que pudiera decir en ese momento, más adelante no tendría validez alguna. Porque los hijos eran un préstamo que Dios les hacía a los padres para hacerlos felices por un tiempo, y después debían dejarlos libres.

## Capítulo 29

Benjen había llegado a Nueva York desde hacía unos días, después de un viaje en barco, que le llevó más tiempo del previsto, ya que, debido a la guerra y la tensión que provocaba la presencia de submarinos, se había creado una nueva ruta que fuese más segura para los trasatlánticos.

Tenía la esperanza de hablar con Amelia y con su hijo apenas llegara a la ciudad, y así acabar, cuanto antes, con el escándalo que Terrence había desatado, pero al presentarse en la casa de la soprano, recibió la noticia de que no se encontraban en la ciudad.

Según le informó el ama de llaves, habían viajado a Chicago, para asistir a la fiesta de cumpleaños de Victoria Anderson, la chica americana que Terrence le quiso presentar como novia, con la que le prohibió que tuviera una relación. Se sintió molesto y frustrado de haber hecho ese viaje en vano, pero solo le tomó un día decidirse a trasladarse él también hasta esa ciudad, no se iría de América sin cumplir con su cometido.

Fue recibido en la estación de ferrocarriles por el chofer que había contratado su asistente, para que lo llevara hasta The Palmer House, el hotel donde le había reservado para que descansase del agotador viaje en tren. Después de eso, lo llevaría hasta la mansión de los Anderson, ubicada a las afueras de la ciudad, donde suponía que se estarían quedando su hijo y su exmujer, ya que no consiguió dar con su paradero en ningún hotel del centro o las afueras de Chicago.

—¿A qué hora desea que pase por usted, señor Danchester? —inquirió Barry, quien le estaba sirviendo de chofer; el cual, al ser americano, no sabía que alguien con su título nobiliario, debía recibir el trato de «Excelencia».

—Pase por mí a las dos —ordenó con tono hosco.

No tenía nada en contra de él, simplemente, no podía controlar el mal humor que sentía y que empeoraba con el pasar de las horas. Caminó hasta la recepción y se identificó, de inmediato, el gerente se puso a su disposición, le ordenó al botones que llevara la única maleta que traía, y se ofreció a llevarlo hasta la suite royal.

—Espero que sea de su agrado —mencionó con una sonrisa.



—Sí, lo es, muchas gracias por su atención —dijo para despedirlo, y soltó un suspiro pesado cuando al fin quedó solo.

Se despojó de su ropa y se encaminó al cuarto de baño, se miró en el espejo, que le devolvía la imagen de un hombre cansado. Realmente lo estaba, y no era un agotamiento resultado del viaje que había iniciado en Europa, su cansancio venía acumulándose desde hacía mucho tiempo, desde el mismo instante en que se dejó avasallar por su padre.

Ya no tenía tiempo para lamentaciones, debía seguir con su papel y cumplir con sus obligaciones, se repitió en sus pensamientos para reforzar su postura. Arrancó su mirada de la imagen en el espejo, y luego se metió bajo la regadera, quedándose allí un largo rato mientras masajeaba su cuello, que estaba duro de tanta tensión.

Al salir, se puso un pijama y se tendió en la cama para intentar descansar un poco, pero no podía luchar contra la imagen de Amelia; saber que estaba a punto de verla, lo ponía ansioso. Al final, el cansancio terminó por vencerlo, pero solo un par de horas, y durante estas, también fue perseguido por los recuerdos de la mujer que amaba.

Despertó sobresaltado, con el corazón latiéndole muy de prisa, y el deseo recorriéndolo de pies a cabeza, anhelando tener a su lado ese cuerpo cálido y hermoso, que le había dado un placer que no encontró en ningún otro, de los muchos que había tenido.

Margot se encontraba en su estudio, revisando unos papeles del banco, que había recibido días atrás; había descuidado esas obligaciones por atender todo lo relacionado con la fiesta de su sobrina. Escuchó que llamaban a la puerta, pero no respondería hasta terminar ese párrafo; sus empleados ya sabían que odiaba que la interrumpieran mientras estaba trabajando.

—Adelante —ordenó mientras se quitaba los anteojos.

—Disculpe que la moleste, señora Margot, pero tiene una visita.

—¿Una visita? —cuestionó, desconcertada, nadie le había dicho que iría a visitarla; había visto a todas sus amistades en la fiesta de cumpleaños y nadie quedó en visitarla.

—Sí, se trata del señor Benjen Danchester, ha venido por la señora Gavazzeni y su hijo; sin embargo, cuando le dije que ellos no se encontraban en la casa en este momento, pero que regresarían, pidió esperarla y hablar con usted.

—¡El duque de Oxford! —expresó, levantándose y salió de detrás de su

escritorio—. Por favor, hazlo pasar de inmediato, es una ofensa hacer esperar a un hombre como él —indicó, mientras se acomodaba el vestido y el cabello.

—Por supuesto, señora. —Salió tras recibir la orden.

Margot se miró en el espejo incrustado en el reloj de pie, que estaba en un extremo de la habitación, lamentando que su apariencia no fuese impecable; odiaba esas visitas que llegaban sin anunciarse. Sin embargo, tratándose del primo del rey de Inglaterra, no podía negarse a recibirlo; por el contrario, debía sentirse honrada de tenerlo en su casa.

—Buenas tardes, señora Anderson, es un placer verla de nuevo.

—Buenas tardes, su excelencia. El placer es todo mío.

—No es necesario que use ese término, señora Anderson, nos encontramos en América —indicó para ganar la confianza de la mujer—. Permítame ofrecerle una disculpa por presentarme en su casa de esta manera —agregó, mirándola a los ojos.

—No tiene por qué disculparse, es un honor recibir su visita, señor Danchester; por favor, tome asiento.

—Muchas gracias —contestó Benjen, esperando que ella lo hiciera primero, para luego sentarse él.

—Supongo que no por estar en América se negará a tomar el té, es casi la hora. —Se esforzaba por no mostrarse nerviosa, ya que era la primera vez que alguien de la realeza la visitaba.

—Claro que no, estaría encantando —respondió, conteniendo sus deseos de preguntarle directamente por Amelia y Terrence.

—Perfecto, por favor, Dinora, pida que nos traigan el servicio de té. —Su mirada también le indicó a la mujer, que le ordenara a la cocinera que fuese uno especial para su invitado. La vio salir y luego le dedicó una sonrisa al duque—. Presumo que el honor de su visita se debe a la presencia en esta casa de la señora Gavazzeni y del joven Terrence.

—Está en lo cierto, señora Anderson. Viajé hasta Nueva York para tratar algunos asuntos con ellos, pero al llegar, su ama de llaves me dijo que habían viajado a Chicago, por la celebración del cumpleaños de su sobrina —explicó, sin apartar la mirada de la mujer, como era su costumbre—. El asunto que me hizo venir desde Europa es muy importante, por eso me tomé la libertad de trasladarme hasta aquí, suponiendo que son sus huéspedes.

—Así es, ellos llegaron ayer en la mañana. Mi sobrina Victoria y su hijo Terrence son... novios.

—Sí, estoy al tanto de esa relación. —La interrumpió, impaciente por saber dónde se encontraban.

—¿Ya conoce a mi sobrina? —preguntó, pues no había sido informada de que Victoria hubiera sido presentada con el duque.

—No he tenido el placer. —Sabía que no podía decirle que se negó a acompañar a su hijo para pedir el permiso de cortejar a la chica.

—Pierda cuidado, lo hará hoy mismo. Salió a pasear a caballo junto a su hijo, Amelia y mi hermano. No deben tardar.

Margot se mostró entusiasmada, pues ahora que era de conocimiento público que Terrence era hijo del duque, probablemente Victoria sería acogida por la realza. Sabía que la monarquía era muy estricta, pero su sobrina era de buena familia.

Benjen le dedicó una sonrisa a la mujer y se libró de responderle, ya que en ese momento entró el ama de llaves junto a otra de las empleadas. Cuando quedaron a solas, nuevamente, se entretuvieron en la bebida y en una conversación trivial.

Solo habían pasado quince minutos cuando la mirada de Benjen pudo divisar a través el ventanal, la llegada de Amelia y su hijo, quienes se notaban muy felices en compañía de los Anderson. Su exmujer fue quien captó su atención, lucía espléndida en ese traje de equitación, que se amoldaba a su curvilínea figura, con el cabello recogido en una elegante coleta, y esa sonrisa que hacía mucho no le veía.

—Han llegado —anunció Margot, dejando su taza de té a un lado para ponerse de pie—. Por favor, señor Danchester, ¿es tan amable de acompañarme para presentarle a mi sobrina? A mi hermano ya lo conoce, compartimos con usted hace tiempo.

—Por supuesto —dijo, levantándose, luego de ser sustraído por la voz de la mujer, de su embelesamiento con Amelia.

Antes de salir del estudio, él alcanzó a ver cómo Stephen Anderson sujetaba a la madre de su hijo por la cintura y la ayudaba a bajar de la yegua que montaba. En ese instante, sintió cómo se desataba dentro de su pecho el intenso fuego de los celos, que le provocó ver que otro tomaba lo que era suyo.

—Bienvenidos —esbozó Margot, recibéndolos con un entusiasmo que era muy poco habitual en ella.

—Buenas tardes. —Benjen, más que saludarlos, quiso imponer su presencia; por eso clavó su mirada en Amelia.

—Buenas tardes, señor Danchester —respondió Stephen, notando la tensión en el hombre, quien le dedicó una mirada cargada de molestia—. Es un placer tenerlo en nuestra casa.

—Muchas gracias, señor Anderson —contestó con fría cortesía—. Llegué hace un rato, su hermana me dijo que Amelia y mi hijo estaban de paseo junto a usted y su hija —agregó con cierto tono posesivo.

—¿Qué hace usted aquí? —cuestionó Terrence, frunciendo el ceño y revelando su desagrado por la presencia del duque.

Fue el primero en reaccionar, pues Amelia se había quedado congelada apenas escuchó la voz de Benjen, sus ojos no alcanzaban a creer que estuviese frente a ellos; hasta donde sabía, él tenía años sin pisar el país, más específicamente desde que se llevó a su hijo. Así que, no sabía cuál era el motivo que lo hizo regresar a América. Pero, si tenía que ver con intentar llevarse a Terrence, estaba muy equivocado, no se lo permitiría, antes tendría que matarla.

—También me alegro de verte, hijo —respondió a la altanería de Terrence, sabía que se iba a encontrar con esa actitud, así que decidió decir eso y luego ignorarlo—. ¿Cómo has estado, Amelia?

—Yo..., yo..., me encuentro bien; no esperaba tu visita. —Luchó por dejar de lado los tontos nervios que la invadieron ante su presencia.

—Lo imagino —pronunció con dureza mientras la miraba de manera recriminatoria—. He venido porque necesito hablar con ustedes de algo importante.

—Tiene que serlo, para que decidiera abandonar a su querida esposa y a su familia —comentó Terrence con sarcasmo, pero su mirada delataba la ira que sentía.

—Terry —susurró Victoria, acariciándole el antebrazo para que se calmara, pudo sentir cómo su cuerpo se había tensado, tanto, que parecía una de las estatuas de la mansión.

—Tú debes ser Victoria —mencionó, acercándose a ella con una sonrisa—. Encantado de conocerte, Benjen Danchester Remington. —Le extendió la mano para presentarse, detallando con su mirada a la chica, que, por un instante, le recordó a Amelia, cuando él la conoció.

Terrence vio ese gesto tan cargado de hipocresía, que estuvo a punto de alejar a Victoria y ponerla detrás de él; no quería que su novia fuese objeto de las burlas de su padre, pues sabía que él, solo estaba actuando.

No obstante, luchó por contenerse y no destruir la ilusión que vio en los

ojos de su pecosa, cuando el duque le extendió su mano para saludarla; sabía que ella anhelaba ser estimada por cada uno de sus padres.

—Es un placer, Victoria Anderson Hoffman —esbozó con una sonrisa que llegaba hasta su mirada, haciéndola más brillante.

—Ahora comprendo porqué mi hijo está tan enamorado de ti. Eres una chica muy hermosa. —Sus palabras fueron sinceras.

—Muchas gracias —respondió, sonrojándose.

—Dijo que necesitaba hablar con nosotros —mencionó Terrence, para acabar con el teatro del duque.

—Así es —confirmó, viendo la ira destellar en los ojos de su hijo.

—Pueden hacerlo en el salón, así tendrán privacidad.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, pero no me gustaría importunarla, Margot —indicó, mirando a la mujer—. He venido en un auto, el chofer nos esperaba para llevarnos a Chicago.

—No será necesario, lo que tengas que decir, seguro será rápido —acotó Amelia, notando la actitud de Benjen. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba celoso y que quería sacarla de allí, pero no lo dejaría—. Acepto su ofrecimiento, Margot, usaremos su salón; después, podrás regresar solo a Chicago. Por favor, acompáñame.

—Iré con ustedes. —Terrence no dejaría que lo excluyeran.

—Terry, prefiero que dejes que sea yo quien tenga esta conversación con tu padre —solicitó Amelia, mirándolo.

—Madre, yo tengo el derecho...

—Lo sé, solo dame unos minutos con él, te prometo que estarás presente cuando Benjen tenga que decir lo que lo trajo hasta aquí, por favor —pidió, viendo la renuencia en la mirada de su hijo, que no escondía la rabia que sentía en ese momento.

—Está bien, haré lo que me pide —pronunció entre dientes.

—Gracias, cariño. —Le acarició la mejilla y luego se volvió para mirar a Benjen—. Haz el favor de acompañarme.

Le dio la espalda y caminó delante de él, esperando que la siguiera hasta el estudio de Margot, mientras en su interior se iba armando de valor, pues si debía pelear por su hijo, lo haría.

El poder que Amelia tenía sobre él, seguía siendo muy fuerte, pudo comprobarlo solo con caminar detrás de ella y ser atrapado por el hechizo del sutil balanceo de sus caderas, así como le sucedía años atrás. Entraron al estudio y fue él, quien cerró la puerta, deseando dejar el mundo fuera de ese

lugar para tomarla entre sus brazos, besarla hasta sentir que era únicamente suya. Fue sacado de esa quimera por una fuerte bofetada que le volvió la cara y le dejó la mejilla ardiendo.

—¿Por qué diablos hiciste eso? —cuestionó, dedicándole una mirada furibunda y confundida.

—¿Que por qué?, ¿en verdad me lo preguntas? —inquirió, viéndolo con verdadero odio y temblando de rabia—. Me dijiste que cuidarías de Terry, que a tu lado nunca le faltaría nada.

—¿Y acaso fallé en algo? —preguntó molesto por sus reclamos sin sentido—. Cuidé de él, le di una buena educación; siempre tuvo lo que quiso, nunca le faltó nada.

—¿Y qué hay del amor?, ¿le brindaste el cariño que debía darle un padre?, ¿fuiste comprensivo con él?, ¿lo escuchabas cuando quería decirte algo? ¿En algún momento te importó lo que él sentía estando abandonado en ese internado? —Le reprochó por todo el daño que él le había hecho a su hijo.

—Yo no lo abandoné, solo procuraba su bienestar y, que estuviese en ese colegio era lo mejor, allí estuvo bajo el cuidado de buenas mujeres. —Se justificó sin mirarla a los ojos.

Sabía que ella tenía razón en estar molesta con él, porque había fallado en la promesa que le hizo, no fue el padre que le rogó que fuera para Terrence, cuando se vieron por última vez en Londres. Sin embargo, eso no lo libraba del dolor que cada reproche de Amelia le provocaba, porque todo lo que pretendió fue hacerle el bien, protegerla a ella y a Terrence.

—Pues mi hijo no necesitaba del cuidado de «buenas mujeres», él necesitaba a un padre, y tú no supiste serlo. No te imaginas cuánto maldigo el día en que dejé que tu padre y tú lo arrancaran de mi lado, fui una estúpida y una cobarde, debí luchar, pero me dejé convencer una vez más por tus promesas.

—Amelia..., yo no... —Intentó acercarse a ella.

—Ni se te ocurra tocarme. —Le advirtió, arrastrando las palabras—. Ya nada de lo que digas va a reparar el daño que nos hiciste; sin embargo, no quiero que mi hijo viva siendo esclavo del odio, por eso he intentado que él olvide el resentimiento que siente hacia ti. Deja que sea yo quien lo haga dejar atrás el pasado, y ahora es mejor que te vayas y no regreses; tú ya no tienes nada que hacer en nuestras vidas.

Él sintió que esas palabras le habían dolido más que la bofetada que le dio, Amelia acababa de golpearlo en el corazón, y solo pudo mirarla en silencio

mientras contenía las lágrimas que colmaron sus ojos. Respiró profundo para alejar de él esa dolorosa sensación de pérdida, le desvió la mirada al no poder soportar el odio que ahora veía en esos ojos que alguna vez le entregaron tanto amor.

—Lo haré, solo necesito que estén al tanto de algo y me iré.

—Bien, entonces habla —cedió a escucharlo, una vez más.

—Necesito que Terrence esté presente, esto también le concierne a él —exigió, adoptando esa postura soberbia, que a veces era su escudo.

—Bien, iré por él —dijo y lo esquivó para salir del lugar.

Amelia accedió a hacer lo que le pedía, no tanto por complacer a Benjen, sino porque le había prometido a Terrence que lo dejaría estar presente. Sabía que su hijo no le perdonaría que llevaran a cabo esa conversación sin que él formara parte de la misma; sobre todo, si se trataba de su futuro, pues nadie más que él, podía decidir lo que haría de ese momento en adelante.

## Capítulo 30

Victoria se encontraba muy ansiosa por lo que pudiera resultar de la conversación que tendrían sus suegros, apretaba la mano de su novio, como queriendo aferrarse a él y que el duque no pudiera separarlos.

Sentía cómo Terrence luchaba por calmarla y llenarla de seguridad, buscaba su mirada y le sonreía mientras acariciaba el dorso de su mano o, a momentos, dejaba caer besos en su cabello, y suspiraba, también estaba nervioso; aunque intentase mostrarse casual, ella podía sentirlo.

—Terry, tu padre necesita hablar con nosotros, por favor, ven conmigo — anunció Amelia, mirándolo a los ojos.

—Está bien —dijo, poniéndose de pie—, regreso en unos minutos, pecosa, no te preocupes por nada.

—No lo haré —dijo, mirándolo; después buscó la mirada de su suegra—. Por favor, señora Amelia, no deje que el duque se lo lleve.

—Puedes tener por seguro que no dejaré que algo así suceda.

—Puedes estar tranquila, pecosa, tampoco voy a permitirlo.

Entraron al despacho, encontrándose a Benjen mirando hacia el jardín, pero en cuanto sintió su presencia, se volvió enseguida y con un ademán les indicó el sillón de dos plazas para que tomaran asiento.

—¿Qué lo ha traído hasta aquí? —Terrence no se andaba con rodeos, así que fue directo al grano.

—La declaración que hiciste provocó un escándalo en Inglaterra, ha afectado a la corona y, Su Majestad, está muy contrariado.

—No se imagina cuánto me entristece esa situación. —Se mofó Terrence, quien en el fondo estaba feliz de que eso hubiese ocurrido, ya se imaginaba la histeria de su madrastra.

—No seas irrespetuoso con el rey, no olvides que también es mi primo. — Benjen lo miró con severidad.

—Por supuesto, lo olvidaba. —Abrió los ojos como si la revelación del duque lo hubiese asombrado—. Y bien, ¿qué le ha pedido el rey? Porque supongo que lo hizo; de lo contrario, no estaría aquí.

—Terry, por favor. —Amelia le pidió con la mirada que fuese menos



hosco, no quería que esa conversación acabara en una pelea entre padre e hijo, pues veía que hacia allá era que iban.

—Su Majestad desea que se acaben los rumores, me ha pedido hacer un comunicado oficial. Yo no quería darles más tela para contar a esos entrometidos, pero en vista de la situación, me veo obligado a hacerlo, así que voy a declarar públicamente que eres hijo mío y de Amelia, que fuiste concebido en la relación que tuvimos, antes de mi matrimonio.

—Si va a hacerlo por obligación, es mejor que no diga nada; ni mi madre ni yo necesitamos que se nos reconozca públicamente.

—No puedo creer que te expreses de esa manera. —Amelia no pudo evitar decir esas palabras, se sintió ofendida.

—¿Qué quieren que haga? —inquirió, ofuscado por sus reproches—. Estoy haciendo lo que considero mejor para los tres, para acallar el escándalo e intentar reparar lo que tú ocasionaste al hablar —culpó a Terrence, entregándole una mirada de reproche.

—Yo no dije nada que no fuera cierto —espetó con rabia—. Y si de verdad quiere reparar todo esto, empiece por responder por el daño que le ha causado a la reputación de mi madre. Diga que se aprovechó de ella porque vio que no tenía un padre o un hermano al que debiera rendirle cuentas —exigió, dejando que la rabia que traía acumulada estallara en ese momento.

—Yo no me aproveché de tu madre. —Benjen se defendió con vehemencia, mirándolo a los ojos.

—¡Ah, no! Entonces, ¿cómo le llama al hecho de haberla embarazado, para después dejarla y casarse con otra? ¡Respóndame! —demandó, temblando a causa de la ira que lo recorría de pies a cabeza.

—Cariño, cálmate, por favor —pidió Amelia, deteniéndolo, Benjen; a pesar de todo, era su padre y le debía respeto.

Un tenso silencio se apoderó del lugar, mientras Terrence estaba a la espera de una respuesta; deseaba escucharlo decir que tenía la razón. Quería que Benjen confesara que fue un miserable y que se aprovechó de la ingenuidad y del amor que su madre; hacerlo para poder cerrar ese ciclo y que después de eso, se fuera para siempre de sus vidas.

Benjen sintió que las acusaciones de Terrence lo golpeaban, pero no podía hacer nada para refutarlas, su hijo tenía razón, él debió responderle a Amelia, como hubiese hecho un caballero. Ella era virgen cuando estuvo con él, sin importar que fuese una mujer independiente, seguía siendo señorita, y solo eso bastaba para que se quedara a su lado, ni siquiera necesitaba saber que

esperaba un hijo de ambos, su responsabilidad era casarse con ella y darle un hogar, valorar su entrega.

Por eso ahora debía hacer algo para reparar el daño que le había causado, Terrence tenía razón, ella no debía seguir siendo juzgada por la sociedad, cuando el único responsable había sido él, pues fue quien la abandonó.

Respiró profundo para calmarse y tener clara la idea que acababa de ocurrírsele, pero también para evaluar las consecuencias que le traería. Pensó que Amelia y Terrence merecían tener esa compensación.

—Haré lo que me pides —dijo, mirando a su hijo—. Responderé por la reputación de tu madre, les diré a todos que ella y yo nos casamos en Escocia, pero que el matrimonio fue anulado gracias a la intervención de mi padre, que él alegó que Amelia era menor de edad cuando se llevó a cabo la boda y, su abuela, que en ese momento, era su tutora, no se encontraba presente para dar su autorización, así que el acto no tuvo validez —mencionó sin titubear un solo segundo.

—No puedes hacer eso —cuestionó ella, asombrada.

—Claro que puede —indicó Terrence, sorprendido, pero también satisfecho de lo que había logrado.

—Sí, puedo hacerlo..., y es mi deber. —Benjen la miró a los ojos, pidiéndole perdón por no haberlo hecho antes.

—Pero..., necesitas un registro, testigos. Además, harás ver a tu padre como un villano —indicó ella, nerviosa ante la sola idea de inventar algo tan delicado.

—¿Y no lo fue? —cuestionó Benjen, y su voz denotaba el resentimiento que le tenía a su padre, pero recapacitó lo había perdonado el día que murió —. Puedo conseguir todo eso, no será un problema, solo necesitaré de tu firma para el acta de matrimonio.

—Esto es una locura —expresó Amelia, poniéndose de pie.

No podía imaginar que él estuviese hablando en serio, que pretendiese inventar que estuvieron casados, y ni hablar de lo que significaría para ella estampar su firma en un documento que así lo certificase. Prefería que las personas siguiesen hablando, ya estaba acostumbrada y podía lidiar con eso perfectamente, pero no con el hecho de simular un matrimonio con Benjen, aunque fuese en un papel.

—Lo que propone mi padre es lo mejor, así usted no seguirá siendo estigmatizada por haber tenido un hijo fuera del matrimonio —alegó Terrence, queriendo convencerla.

—Es una completa locura... Por favor, Terry, déjame a solas con tu padre, necesito hablar con él —pidió sin mirarlo.

—No, lo siento mucho, pero esta vez no la complaceré —respondió sin moverse del sillón—. Por favor, venga aquí y tome asiento. Si vamos a hablar, lo haremos juntos.

—No hay nada más que discutir, yo me encargaré —dijo Benjen, quien de pronto se sintió tan nervioso como Amelia.

—No puedes decidir por mí, todavía no he aceptado —indicó ella, mirándolo—. ¿Has pensado en lo que diría tu esposa cuando se entere de esto? Ella podría desmentirte y el escándalo sería mucho mayor.

—Katrina es asunto mío, no debes preocuparte. Solo debemos estar de acuerdo en la versión que daremos, de esa manera lograremos convencerlos a todos, en especial a la prensa. Creo que sería conveniente que vinieran conmigo al hotel donde me hospedo en Chicago, así podemos hablar de esto en detalle —sugirió, no tanto para hablar de su plan, sino para sacar a Amelia de esa casa.

—Le prometí a Victoria que me quedaría aquí.

—Yo necesito pensar con calma todo esto, todavía no he tomado una decisión, así que tú puedes irte a tu hotel, que nosotros nos quedaremos y ya hablaremos cuando regresemos a Nueva York —explicó Amelia, poniéndole límites, pues no le gustaba que tratara de imponerle qué hacer.

—Está bien, como deseen. Me estoy quedando en El Palmer, cualquier cosa que quieras hablar o necesites, solo tienes que llamarme y lo conversamos —dijo mirándola a los ojos, se puso de pie, sintiendo que ya no tenía nada que hacer allí—. ¿Cuándo regresan a Nueva York?

—Mañana por la noche —respondió Amelia, quien estaba tan aturdida, que no notó que le daba información de más.

—Perfecto, reservaré en el mismo vagón, para que viajemos juntos. —Le informó para que no fuese a tomarla por sorpresa.

—Eso no será necesario. —Se negó de inmediato.

—Creo que sí, tenemos mucho de qué hablar. Ahora me marcho, no quiero seguir importunando a tus anfitriones.

—¿No te despedirás de tu hijo? —cuestionó, asombrada, al ver que no le dedicaba algunas palabras a Terrence.

—No se asombre, madre, el duque no acostumbra a hacerlo; le es más fácil ignorarme —comentó, mirando a su padre con resentimiento, seguía siendo el mismo.

—Tal vez no te has dado cuenta o quizá contigo sea distinto, pero Terrence nunca fue muy dado a las muestras de cariño.

—No tuve un padre que me enseñara a serlo.

—Van a tener que solucionar esto, no los quiero discutiendo cada vez que nos encontremos —ordenó Amelia, mirándolos.

—No puede pretender que seamos una «familia feliz» de la noche a la mañana, madre, empezando porque él ya tiene una, nosotros solo somos su obligación, ¿o no es así, duque?

—Se necesita tiempo para arreglar las cosas, eso lo sé muy bien, pero yo estoy poniendo de mi parte y haciendo mi mejor esfuerzo, Terrence; ahora, compórtate como el hombre que ya eres y hazlo tú también. Buenas noches, que descansen.

Les dio la espalda y salió del estudio sin esperar una respuesta por parte de su hijo, sabía que no la tendría; y se negaba a seguir alimentando ese resentimiento que le tenía. Al llegar al salón, vio a la matrona de los Anderson sentada en un sillón junto a su hermano y su sobrina, todos se pusieron de pie ante su presencia.

—Me gustaría invitarlo a quedarse a cenar. —Margot fue la primera en hablar y acercarse a él.

—Me encantaría hacerlo, señora Anderson, pero me temo que tengo asuntos que no puedo postergar. Le prometo venir a visitarlas en otra ocasión y aceptar su invitación.

—Es una lástima, pero sepa que las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para usted —confirmó con una sonrisa.

—Le agradezco su gesto y lo atenta que fue hoy.

—Duque..., señor Danchester. —Victoria titubeó a causa de los nervios—. Por favor, no se lleve a Terrence de regreso a Europa —suplicó con sus ojos colmados de lágrimas.

—No se preocupe, señorita Anderson, no haré tal cosa; mi hijo se quedará con su madre —respondió y le dedicó una leve sonrisa, para que no estuviese angustiada.

—Muchas gracias. —Le entregó una enorme sonrisa.

—No tiene nada que agradecer, solo..., hágalo feliz —pidió y le extendió su mano—. Fue un placer conocerla, señorita —agregó, dándole un beso en el dorso de la mano.

—El placer fue mío, señor Danchester..., y puede llamarme Vicky —dijo, mostrando una sonrisa tímida.

—De acuerdo, Vicky, espero que nos veamos en una próxima oportunidad. —Se permitió mirarla y recordar a Amelia.

Levantó la vista y vio que el padre de la chica lo miraba con desconfianza, concluyó que quizá su hijo le había dicho que él no aprobaba esa relación. Así que caminó hasta él, para que viera que eso ya formaba parte del pasado, no tenía nada en contra de la chica, y ni siquiera le importaba que fuese americana.

Desde el mismo momento en el que Terrence abandonó el palacio, él decidió que le permitiría hacer de su vida lo que mejor le pareciera. Y siendo su hijo, ahora, un hombre, sabía que no le impondría nada; además, la chica era un buen partido además de hermosa; por lo menos, había escogido bien.

—Tiene usted una hija hermosa, Stephen, mi hijo no pudo haber hecho mejor elección. Solo espero que sea digno de su confianza y del amor de su hija. —Lo mencionó porque recordó la mala vida que su hijo llevaba en Londres; esperaba que no siguiera igual en América, aunque junto a Amelia, lo dudaba, su exmujer tenía mucho carácter.

—Terrence es un gran joven y, créame, es digno de mi confianza. Me ha demostrado que tiene las mejores intenciones con Victoria —dijo, sintiéndose molesto al ver la poca fe que tenía Benjen Danchester en su hijo. Ahora comprendía mucho más la manera de ser del joven.

—Me alegra escuchar eso, fue grato verlo de nuevo. Ahora me despido, tengo algunos asuntos relacionados con mi hijo y mi «exmujer», que atender. —Recalcó esas últimas palabras.

—Gracias por su hospitalidad, que tengan buenas noches.

Luego salió del lugar con ese andar elegante que siempre lo había distinguido como uno de los más altos miembros de la realeza inglesa, derrochando seguridad y arrogancia.

Madre e hijo salieron del salón de Margot, poco después de que el duque lo abandonara; por lo que pudieron presenciar la actitud del hombre con los miembros de la familia Anderson. Lo que más le llamó la atención a Terrence, fue ver a su padre ser amable con Victoria; no podía adivinar si estaba fingiendo o si era sincero, solo esperaba que no se atreviera a hacerle un desaire.

Por su parte, Amelia se tensó al verlo hablar con Stephen, ella sabía que Benjen estaba celoso, y le preocupaba que fuese a cometer una estupidez, como hacerle algún reclamo a su anfitrión, creyendo que él podía tener un interés romántico en ella. Pero, por suerte, lo vio salir de esa casa sin llevar a

cabo lo que tanto temía, al parecer, había comprendido que él ya no tenía ningún derecho sobre ella.

Al día siguiente, Benjen cumplió con su palabra de viajar junto a ellos a Nueva York, se encontraba en la sala de espera cuando los vio llegar en compañía de Stephen y Victoria Anderson. Ya se esperaba que algo como eso ocurriese; sin embargo, esto no evitó que los celos estallaran dentro de su pecho, al ver a Amelia caminando del brazo de ese hombre.

—Buenas noches, Amelia, Terrence, Stephen, señorita Anderson.

—Buenas noches, Benjen. —Amelia respondió al saludo.

—Así que lo consiguió, viajará con nosotros —masculló Terrence con rabia. Sabía que su padre haría hasta lo imposible, pero comprobarlo le molestaba.

—Sí, no fue difícil —contestó, entregándole una sonrisa arrogante, la misma que le había heredado. Después, miró a los Anderson—. Stephen, gracias por traerlos, hubiese ido por ellos, pero Amelia me dijo que no era necesario. —Sentir celos y deseos de golpear a ese hombre no le impedía ser educado con él; por el contrario, quería mostrarse seguro.

—No tiene nada que agradecer, Benjen, Terrence es mi yerno, y Amelia una amiga muy especial —comentó, analizando la actitud del duque, ya no le quedaban dudas de que el hombre estaba celoso.

—Por supuesto, ¿cómo estás, Vicky? —preguntó, sonriéndole a la pequeña, quien era la única que se veía feliz de verlo.

—Muy bien, gracias, ¿usted cómo se siente, señor Danchester?

—Me encuentro bien, gracias —contestó con el mismo gesto.

—Vamos a caminar, Vicky, aún falta para que el tren parta.

Terrence alejó a su novia de su padre, no sabía qué intenciones tenía el duque al mostrarse tan atento con Victoria, pero a él no le convencía tanta amabilidad de su parte. Un simple acto de buena fe por parte de Benjen Danchester, no era suficiente para ganarse su confianza, pues ya muchas veces lo había defraudado.

Un pesado silencio se apoderó de los adultos, quienes no sabían qué decir y, de pronto, Amelia se sintió muy incómoda en medio de ese triángulo. Por suerte, Stephen sacó a acotación el tema de la guerra, deseaba conocer cómo estaban las cosas, por si tenía que negarse a dejar que Brandon hiciera el viaje que quería.

Benjen se mostró algo hermético al principio, pero al comprender que eso

podía mantener al banquero concentrado en la conversación y no en Amelia, cedió, entregándole algunos detalles, nada muy revelador, porque no podía. Así estuvieron hasta que el silbato les anunció que el tren saldría en minutos; de inmediato, le ofreció su brazo a Amelia, pero ella lo rechazó.

—Espero que vayas a visitarnos pronto —dijo, sonriéndole a Stephen, mientras se despedía de él con un abrazo.

—Si no lo hago, te aseguro que mi hija me volverá loco —respondió, riendo—. Que tengan buen viaje, Amelia; me dio gusto verte —agregó, mirándola a los ojos.

—Gracias, a mí también, cuídate mucho, Stephen.

Él asintió, sonriendo, y se alejó de ella; vio que Terrence y su hija estaban de regreso, así que se acercó al joven para darle un abrazo y despedirlo como hacía siempre, sin prestarle atención a la molestia que endurecía el semblante del duque. Consideraba que el hombre tuvo una oportunidad maravillosa de ser feliz junto a Amelia y su hijo, pero la perdió por darle más valor a una posición social que al amor.

Benjen apenas consiguió contener su furia, al ver cómo Stephen Anderson trataba a Amelia y a Terrence, como si fuesen suyos, sin respetar que él se encontraba presente. Se despidió de la chica siendo cordial, pero al banquero solo le dedicó una mirada, después se alejó, apoyando una mano en la cintura de su mujer, para dejarle claro a quién le pertenecía.

—Iré a mi compartimento —anunció Terrence con molestia, en cuanto vio que su padre había reservado el vagón completo.

—Yo también iré al mío —dijo Amelia, decidida a ignorar a Benjen.

—Espera, debemos hablar. —Él la agarró de la mano para detenerla y la miró a los ojos—. Siéntate, por favor.

—Que sea rápido —accedió, pensando que, quizá, él pensaba explicarle mejor en qué consistía su idea del falso matrimonio.

—¿Qué hay entre Stephen Anderson y tú? —preguntó, una vez que ella se sentó y estuvieron frente a frente.

—No puedo creer que me hicieras quedar para hablar de eso. —Le reprochó, poniéndose de pie, dispuesta a marcharse.

—¿Te gusta? —cuestionó, atrapándola antes de que abandonara el lugar, y la pegó a los paneles de madera.

—Si me gusta o no, ese ya no es tu problema. Ambos estamos libres de compromiso y podemos hacer lo que nos plazca, cosa contraria de ti. No olvides que tienes una mujer que te espera en Inglaterra y, ahora, suéltame —

exigió, mirándolo a los ojos.

Amelia le había dado un golpe bajo, dejándolo sin argumentos; se obligó a dejarla ir y le dio la espalda, para no demostrarle cuánto le dolió saber que ya no tenía ningún derecho sobre ella.

Se quedó allí, dejando que su mirada se perdiera en el paisaje difuso y, que, poco a poco, se iba sumergiendo entre sombras, así como lo había hecho él, desde el día que aceptó renunciar a ella.



## Capítulo 31

Marie y Patricia debieron pasar dos días siendo torturadas por una lluvia de rumores y los titulares que hablaban de la cantidad de muertos que había dejado el hundimiento del trasatlántico Lusitania, donde viajaba Henry O'Brien, el padre de Patricia. El mundo entero estaba conmocionado y repudiaba la infame agresión del submarino alemán, al barco donde solo viajaban civiles, y que nunca debió ser catalogado como un objetivo militar, pues no existían motivos para ello.

Ambas se mantuvieron atentas a cualquier novedad, pues sabían de la existencia de muchos pasajeros heridos que estaban inconscientes y que todavía no habían sido identificados. Así que ellas conservaron las esperanzas de que Henry fuese uno de los pocos sobrevivientes.

Roger Stanford, amigo de la familia y socio del inglés, se trasladó hasta Queenstown, Irlanda, tras conocer la noticia y; de inmediato, comenzó la búsqueda en los hospitales; luego de dos días, lo halló en una morgue, había sido uno de los tantos cuerpos que rescataron. Tras reponerse del impacto que le causó ver a su amigo de la infancia, inerte, se dirigió con prontitud a la oficina de correos, para cumplir la difícil labor de informarles a las O'Brien sobre la muerte de Henry.

Cuando recibieron el telegrama desde Irlanda, donde le confirmaban el fatídico resultado, su mundo colapsó por completo. Muestra fue la reacción de Marie, quien se desplomó en medio del salón, quedando inconsciente tras asimilar la pérdida de su único hijo.

—¡Abuela!, ¡abuela! —gritó Patricia, corriendo hacia ella.

—¡Marie! —Christian la agarró entre sus brazos.

—Traiga un vaso con agua de azúcar, y alcohol, por favor —pidió Margot, a la sirvienta que había entregado el telegrama.

Victoria y Annette se aferraron a Patricia para darle fortaleza, pues su amiga también se puso pálida; temían que fuese a terminar como su abuela. Mientras que, Karla, ayudaba a Christian y Sean, quienes cargaron a la anciana y la recostaron en un sillón, intentando reanimarla, pero ella seguía sin volver en sí; su rostro lucía gris y apenas respiraba.

—Debemos llamar a un doctor —ordenó Margot, manteniendo el aplomo, haber atravesado tantas desgracias, la había fortalecido.

—Lo haré de inmediato —mencionó Karla.

Patricia se acercó a su abuela y comenzó a llorar en su regazo, sintiendo que, si la perdía a ella también, ya no podría seguir viviendo; no quería estar sola en el mundo. Sintió los brazos de su novio rodearla, demostrándole que se equivocaba, que ahora lo tenía a él; sin embargo, eso no menguaba el dolor por la pérdida de su padre o el miedo de ver a su abuela así.

—Tu abuela estará bien, Patty; es una mujer fuerte, no te preocupes, amor —susurró Christian, dándole un beso en el cabello mientras contenía su propio llanto.

—Moriré si la pierdo también a ella —esbozó aquello que estaba en sus pensamientos y rompió a llorar con más fuerza.

—No digas eso, Patty —rogó Victoria, arrodillándose junto a ella, mientras le acariciaba la espalda para consolarla.

—Abuela Marie no te dejará..., solo tuvo un desmayo, pero estará bien, como dijo Christian. —Annette también intentó darle ánimos.

—Mi papá... ¿Por qué mi papá? —Un sollozo rompió su voz y no pudo continuar, hundió el rostro en el regazo de su abuela.

—Patricia, ahora debes ser fuerte... —decía Margot.

—¡Por el amor de Dios! Déjela llorar, tía; es más doloroso si se guarda su pena —intervino Christian, mirando a la matrona con reproche, no podía creer que le pidiera a su novia que no expresara su dolor—. Acaba de perder a su padre.

—Sé lo que es perder a alguien querido, mi madre murió cuando yo tenía la edad de Patricia.

—Entonces, con mayor razón debería comprenderla, en lugar de exigirle que sea fuerte —pronunció Christian, dejándole ver su molestia, pues ella siempre actuaba de esa manera. Lo hizo cuando sus padres murieron y cuando lo hizo Anthony.

—Christian..., está bien —mencionó Patricia, esforzándose por acallar su llanto—. La señora Margot tiene razón, tengo que ser fuerte por mi abuela, ella necesita que yo la cuide, y si despierta y me ve llorando, se pondrá peor —agregó, limpiándose las lágrimas.

Christian estaba por responder cuando la empleada llegó con lo que había pedido Margot, y todos se avocaron a ayudar a Marie, quien solo tardó unos segundos en reaccionar, aunque no estaba del todo consciente. Sentía un

fuerte dolor en su cabeza, provocado por el golpe que se había dado al caer y que; por un momento, le impidió recordar lo que había sucedido, pero la mirada colmada de tristeza de su nieta la trajo de regreso al presente.

—Henry..., el telegrama... —balbuceó, buscando el papel.

—Abuela, debes quedarte aquí..., por favor, no te levantes.

—Mi niña..., tu papá..., mi hijo..., mi Henry... —Sollozó, aferrándose a Patricia, y las dos rompieron en llanto.

Se mantuvieron así por varios minutos, mientras los demás se quedaban en silencio, dejándolas expresar el dolor por esa pérdida tan repentina y devastadora que habían sufrido. Luego de un rato de desahogo, Patricia notó que su abuela, una vez más, se descompensaba, por lo que le rogó para que subiera a su habitación.

El doctor llegó y de inmediato subió para examinarla, le recetó unos medicamentos y le ordenó reposo absoluto, ya que ese tipo de emociones, a su edad, siempre afectaban el corazón.

Patricia le prometió al médico que haría todo lo que le había indicado y, en presencia de este, le advirtió a su abuela que no la dejaría salir de esa cama hasta que estuviese mejor.

—Por favor, esté atenta a cualquier malestar que presente y me llama de inmediato —mencionó el médico mirándola a los ojos.

—Lo haré, muchas gracias por haber venido.

—Patty..., ven aquí —pidió Marie, extendiéndole la mano.

—¿Te sientes mal, abuela? —inquirió y estaba por salir tras el doctor, cuando la vio negar.

—No, no te asustes, mi pequeña; mi cuerpo todavía aguanta. Y voy a quedarme contigo por muchos años más.

Sin embargo, se dio la libertad para que dos lágrimas corrieran por sus mejillas, mientras abría sus brazos para recibirla; sintió que Patricia se abrazaba a ella con fuerza y enseguida comenzó a arrullarla, así como cuando era pequeña. Para aquel entonces, acababa de perder a su mamá, y ella le dijo que no se preocupara, que nunca le faltaría amor y cariño, porque a partir de ese día, ella sería su madre; ahora también le tocaría ser su padre.

Al llegar a Nueva York, se encontraron con que la prensa estaba apostada a la entrada de la estación de trenes; aunque suponían que no estaban allí por ellos, sino a la caza de personalidades del gobierno, que les ofrecieran declaraciones sobre qué medidas se tomarían en contra del gobierno alemán,

por el hundimiento del Lusitania.

Eso puso a Benjen a la defensiva, ya que él, se encontraba de incógnito en el país y; si llegaban a verlo, lo atacarían con preguntas relacionadas al suceso que enlutaba al mundo, y del que no podía hablar sin la autorización de su primo o del primer ministro británico. Por lo que le ordenó a su asistente que buscara la manera de sacarlos de la estación sin que tuvieran que verse expuestos a las cámaras de los periodistas; así fue cómo terminaron saliendo por una de las zonas de carga.

Tuvieron que caminar por medio de trabajadores, que ni siquiera disimulaban las miradas lascivas que le dedicaban a la madre de su hijo, por lo que tanto él como Terrence, se encargaron de escoltar a Amelia.

Ella también se mostró de acuerdo con la decisión de Benjen, quería evitar a toda costa que Terrence fuese víctima de un nuevo escándalo, su hijo no podía comenzar una carrera en el mundo de la ópera, dejando que hablaran más de su vida privada, que del talento que pronto demostraría sobre el escenario.

Además, sabía que, si llegaban a verlos juntos, lo primero que pensarían sería que ella había sido y seguía siendo la amante de Benjen, y aunque eso no fuese cierto, sería los titulares que pondrían, pues de esa manera venderían más ejemplares.

—Los llevaré hasta tu casa —mencionó Benjen, quien después del episodio que tuvieron al subir al tren, había estado muy poco comunicativo con ellos.

—No hace falta, le envié a avisar a Arnold, con el chico del equipaje, para que nos buscara en esta parte de la estación.

—De acuerdo, esperaré hasta que suban al auto y compruebe que estén bien.

No quiso insistir, pues era evidente que ni ella ni Terrence deseaban su compañía. Comenzaba a pensar que ninguno de sus esfuerzos por arreglar las cosas conseguiría hacer que ellos algún día llegaran a sentir, al menos, un poco de aprecio por él.

—Gracias —respondió ella y lo miró por cortesía.

—Te informaré de los avances que tenga —dijo cuando vio que el auto de Amelia se acercaba.

—¿Cuándo te irás a Londres? —preguntó, aunque después se arrepintió por mostrarse interesada.

—Planeaba quedarme hasta tener el acta de matrimonio, pero con este

ataque de los alemanes, depende de lo que me ordene Jorge —indicó, frunciendo el ceño, pues todo lo que había imaginado pendía de un hilo—. Quizá deba regresar o me pida quedarme, como representante de la corona y el gobierno inglés, para ejercer presión sobre los americanos y conseguir que entren a la guerra como aliados.

—Comprendo, por favor, atiende primero lo que sea que te ordene tu primo, detener esta guerra es más importante que cualquier cosa —pidió, para que evitaran que se siguieran perdiendo vidas inocentes.

—No te preocupes, me encargaré de todo. Igual, si voy a presentar el acta de matrimonio como prueba, necesito tener tu firma, así que lo más probable sea que nos veamos de nuevo.

—Bien, cualquier cosa que necesites puedes llamar a la casa, no hay necesidad de que te traslades hasta allá. Así evitamos que la prensa te vea y comiencen los rumores, nos pondremos de acuerdo por teléfono y nos encontraremos en un lugar libre de periodistas —mencionó, antes de subir al auto, donde ya la esperaba Terrence—. Adiós, Benjen.

—No te preocupes, seré discreto; por favor, despídeme de nuestro hijo —indicó al ver que este ni siquiera lo hizo. La vio asentir y luego subir al auto—. Adiós, Amelia —susurró, sintiéndose muy solo.

Él también subió al auto que lo llevaría hasta El Palace, y mientras el auto iba rumbo a este, le dictó a su asistente el contenido del telegrama que le enviaría a su primo, notificándole que estaba a su disposición para lo que necesitase.

Ser consciente de eso, sumaba más preocupación y peso a la carga que ya llevaba, se suponía que al estar lejos de Inglaterra, tendría esos días libres para descansar de esa maldita guerra que llevaba casi un año.

Había pasado tan solo una semana desde la muerte del padre de Patricia, y ya las dos damas se estaban viendo en problemas, por la falta de un hombre que estuviera al frente de los negocios. Marie, a diferencia de la matrona de los Anderson, nunca se había preparado para asumir el mando de la fortuna familiar, y que su hijo, Henry, se había encargado de administrar hasta el día de su muerte.

En vista de eso, Stephen y Margot le habían ayudado a la toma de algunas decisiones, pero el mayor problema que tenían era que, gran parte de sus propiedades y negocios, se encontraban en Europa. Fue precisamente eso lo que llevó a Henry a tomar la decisión de regresar a Inglaterra, para poder

vigilarlas de cerca e impedir que su familia quedara en la ruina, pero ahora, todo quedaba a la deriva.

Roger Stanford estaba haciendo lo que podía desde Londres, para ayudarlas a mantener todo a flote; sin embargo, los competidores de las fábricas de textiles, no se condolieron por la pérdida del hombre de la familia, y ya comenzaban a desplazarlos. En un mundo dominado por hombres, Marie y Patricia eran presas fáciles; sobre todo, en tiempos de guerra, cuando todos parecían perder su humanidad y solo se dejaban llevar por la ambición.

—Tenemos que hacer más para ayudarlas —mencionó Christian, sintiéndose desesperado al estar atado de manos.

—Sé que este escenario es muy difícil, pero estamos haciendo todo lo que está al alcance de nuestras manos, Christian.

—Tío tiene razón, y comprendo que te sientas mal por la situación que atraviesa tu novia, pero no ganas nada con angustiarte, debes estar calmado para brindarles tu apoyo —comentó Brandon, siendo consciente del empeño que toda la familia ponía para salvar el patrimonio de las O'Brien.

—Marie accedió a vender una de las fábricas, antes de que ya no tuvieran clientes y debieran declararlas en bancarrota —indicó Stephen.

—Eso es lo que buscan sus competidores, que se vea en la obligación de vender al precio que ellos le ofrezcan, que estoy seguro será una miseria —argumentó Christian, molesto.

—Cualquiera que venda sus propiedades en este momento en Europa, solo recibirá una miseria —alegó Brandon, quien tenía conocimiento de lo bajo que estaba el mercado.

—La mayor preocupación de Marie no es lo que reciba por la venta de las fábricas, sino que sus empleados no queden en la calle. Una de las condiciones que pondrá para vender, es que ninguno sea despedido o removido de sus cargos; muchos llevan toda la vida trabajando para ellos, y no sería justo que terminasen en la calle por un mal manejo de las empresas. —Le explicó, para que no se atormentase más.

—Eso lo comprendo tío, pero... ¿por qué tienen que ser ellas las que se sacrifiquen y pierdan su patrimonio? —cuestionó, sintiendo que solo mencionarlo le dolía.

—Porque cuando se trata de negocios, Christian —respondió Brandon—, muchos no tienen escrúpulos y las cosas son así, duras y directas. A tía Margot estuvo a punto de pasarle, cuando tu padre murió y no había un hombre frente a los negocios, que la representase —agregó a la explicación

que ya le había dado su tío.

—Pues, si ese es el problema, entonces voy a solucionarlo; me pondré frente a las fábricas de textiles O'Brien —pronunció con absoluta seguridad, mientras miraba a su tío abuelo y a su tío Brandon.

—No es tan sencillo, Christian —comentó Stephen, con mayor conocimiento de los requerimientos legales.

—Para que pudieras ser el representante de las O'Brien, tendrías que ser su familiar o...

—Estar casado con Patricia —culminó la frase antes de su tío Brandon—. Si lo que hace falta es eso, entonces no perdamos tiempo, me casaré con Patty.

Vio que sus tíos lo miraban con sorpresa y se quedaban callados, pero no entendía el porqué, pues ya antes había mencionado su intención de hacer su esposa a la chica. La amaba y estaba dispuesto a lo que fuese con tal de salvarla de la ruina, no porque él no pudiese proveerle una vida sin carencias, sino porque le parecía infame que otros se adueñaran de lo que tanto trabajo le había costado a su familia.

—Ella es menor de edad —acotó Stephen, aunque sabía que ese no sería un impedimento.

—Lo sé, pero yo soy mayor y, legamente, soy capaz de brindarle un hogar estable. Mi madre tenía diecisiete años cuando se casó con mi padre, contaron con la autorización de mi abuelo, y sé que abuela Marie no se opondría a que me casara con Patricia, menos si eso les ayudara a mantener a flote su patrimonio —argumentó, sintiéndose seguro de que Marie lo apoyaría.

—Bueno, viéndolo de esa manera, podría ser una solución, aunque no sé qué dirá tía Margot. Tú, apenas, comienzas tu carrera en ingeniería. —Le recordó Brandon.

—Puedo posponer mis estudios por un tiempo, hasta que se estabilice la situación en Europa. Esta guerra no puede durar para siempre —respondió, esperanzado.

—Confíemos en que no —mencionó Stephen, después soltó un suspiro—. Y bueno, si tu decisión ya está tomada, sabes que cuentas con todo mi apoyo.

—Muchas gracias, tío abuelo. —Se acercó para darle un abrazo, demostrándole cuánto valoraba su consentimiento.

—El mío también, solo te daré un consejo. —Brandon esperó a que su sobrino lo mirase para continuar—. No le vayas a proponer matrimonio a tu

novia argumentando que lo haces para salvarla de la ruina, eso sería poco romántico —dijo, mostrando una sonrisa. Con esa decisión, su sobrino acababa de lanzarle diez años encima. Sabía que pronto, lo convertiría en tío abuelo.

—Claro que no, buscaré las palabras adecuadas para hacerle la propuesta, aunque a su abuela sí tendré que hablarle de mis otras intenciones —expresó con algo de inquietud, esperaba que Marie no se sintiese ofendida.

—No te preocupes, todo saldrá bien —aseguró Stephen.

—Gracias, ahora iré a ver a tía Margot; de compromiso, quiero darle uno de los anillos de mi madre a Patricia.

—Me parece estupendo —comentó Brandon.

—Es un hermoso detalle de tu parte. Recuerda avisarnos cuando vayas a ver a tu novia, lo idóneo es que ambos estemos presentes y, seguramente, Margot también querrá acompañarnos.

—Así lo haré, gracias; ahora iré a hablar con tía, deséenme suerte —pidió, sonriendo y rascándose la nuca, pues sabía que la matrona le daría un sermón.

—Mucha suerte —dijeron al unísono, Brandon y Stephen.



## Capítulo 32

Dos semanas después de que regresasen de Chicago, Benjen no podía seguir luchando contra sus deseos de ver a Amelia; así que, doblegando su orgullo, fue y se presentó en su casa. Corrió con la suerte de que ella se encontraba, pues ni siquiera llamó para decirle que iba; por lo que, apenas lo vio, se mostró sorprendida.

—Buenas tardes, Amelia. —La saludó, deseando acercarse y besarla, aunque fuese en la mejilla, pero se contuvo.

—Buenas tardes, Benjen... ¿Sucedió algo?

—No, todo está bien..., solo pasé a saludarte —comentó, sintiéndose estúpido, por no poder inventar un mejor motivo.

—Entiendo —respondió en un susurro, notó el semblante apenado de Benjen y se condolió—. Toma asiento, por favor.

—Gracias, ¿cómo se encuentra Terrence? —La verdad, también quería saber de su hijo.

—Está bien, por cierto, no debe tardar en llegar del instituto —dijo, mirando la hora en el reloj de pared—. Es muy aplicado y le va muy bien —esbozó con orgullo.

—Es un chico inteligente, en Brighton siempre tuvo buenas calificaciones. Era su comportamiento lo que siempre ocasionó quejas entre las monjas —comentó, frunciendo el ceño.

—Tiene un carácter difícil... Mira, allí llegó —dijo al verlo entrar.

Terrence traía una sonrisa en sus labios, que se borró en cuanto vio a Benjen, sentado en el salón de la casa; su cuerpo se tensó ante el desagrado que le provocaba la presencia del duque en ese lugar. Quiso pasar de largo e ignorarlo, pero la mirada de su madre le suplicaba que no hiciera algo como eso; era evidente que ella tampoco se sentía cómoda estando a solas con su padre.

—Buenas tardes —saludó para no ser descortés.

—Hola, Terrence —mencionó, poniéndose de pie—, ¿cómo has estado? —inquirió, mirándolo a los ojos.

—Bastante ocupado —respondió, manteniéndole la vista.

—Acabo de enterarme, por tu madre, que estás estudiando. ¿A qué universidad estás asistiendo? —preguntó, ignorando su actitud hosca.

—Voy al conservatorio Juilliard.

—¿Un conservatorio? —Benjen se mostró desconcertado.

—Así como escuchó, estoy estudiando canto —anunció con satisfacción, al ver cómo el duque palidecía—. Algunas veces acompaño a mi madre al teatro, recibo clases de ella, Enrico Caruso y Ernest Aldridge, todos dicen que tengo mucho talento.

—¿Te preparas para ser un cantante de ópera? —No podía creer lo que escuchaba, por eso hacía tantas preguntas.

—Terry posee una voz prodigiosa y cuenta con el talento para ser un tenor dramático. —Amelia intervino, percibiendo que Benjen estaba a punto de colapsar.

—No puede dedicarse al mundo de la ópera.

—¿Por qué no? —cuestionó Amelia, molesta.

—Sí, explíquenos por qué no puedo seguir los pasos de mi madre —exigió Terrence, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Porque eres un Danchester y debes tener otra profesión, aunque ya una parte de mi herencia está destinada a ti; además, ningún miembro de la realeza puede dedicarse a las artes.

—Pues le recuerdo que no soy un miembro de la realeza, solo soy un bastardo al que le dio su apellido.

—¡Terrence! —Amelia se sintió horrible cuando lo escuchó nombrarse de esa manera, él no era ningún bastardo.

—Lo siento, madre, pero por si no lo sabe, ese era el término que usaba la duquesa, ¿o miento, padre? —Lo interpeló.

—Sabes bien que siempre se lo prohibí y en mi presencia jamás lo hizo —alegó Benjen—. Además, el hecho de que lleves mi apellido ya te hace mi hijo legítimo, eso fue algo que siempre te dejé claro; tienes los mismos derechos de tus otros hermanos, pero no es eso lo que estamos discutiendo ahora, sino tu decisión de estudiar canto y querer dedicarte a la ópera.

—No hay nada que discutir, usted lo ha dicho, es mi decisión y nada me hará cambiar de parecer —aseguró con su mirada fija en la de su padre—. Ya soy un hombre, así que no pretenda venir a imponerme nada, porque solo perderá su tiempo. Ahora, si me disculpa, madre, tengo cosas importantes que hacer; nos vemos después.

—¡No he terminado de hablar contigo, Terrence! —Benjen intentó ir tras

su hijo, cuando lo vio darle la espalda.

—Déjalo..., en este momento no te escuchará —mencionó Amelia, con un tono conciliatorio, deteniéndolo por un brazo, mientras veía a Terrence subir la escalera sin inmutarse por las exigencias de su padre.

—Siempre hace lo mismo, por eso nunca conseguimos entendernos, tiene un carácter del demonio.

—Ya lo has dicho, es un Danchester —comentó, sonriendo.

—Pues también es Gavazzeni, y creo que de allí fue de donde heredó la terquedad. —Se defendió.

Ella se mostró sorprendida, pero luego mostró una sonrisa, asintiendo; no negaría que muchas veces era terca, sobre todo, cuando se empeñaba en alcanzar algún objetivo.

Desvió la mirada al no poder soportar la intensidad con la que Benjen la veía, el silencio se hizo pesado y, solo en ese momento, se percató de que seguía sujetándole el brazo, así que lo soltó.

—Tengo que ir al teatro —dijo para escapar de esa situación.

—Será mejor que me vaya —pronunció Benjen, comprendiendo el mensaje—. La próxima semana llega el acta de registro, me comunicaré contigo para lo de la firma.

—Bien —afirmó sin estar totalmente convencida de ello.

Después de eso, lo acompañó hasta la puerta, despidiéndose de él con un educado y distante apretón de manos, apenas lo miró, para que no viera en sus ojos que, una parte de ella, no deseaba que se fuera.

Cerró la puerta, pero no pudo evitar mirar a escondidas, detrás de la cortina que cubría la ventana, cómo se subía al auto y se marchaba; un suspiro cargado de nostalgia brotó de sus labios, pero recapacitó rápidamente y negó con la cabeza, alejando la imagen de Benjen.

Las piernas le temblaban, las manos le sudaban y el corazón parecía estar a punto de salirse del pecho, mientras caminaba hacia la terraza donde se encontraba Patricia. Había llegado minutos atrás a la casa de su novia, junto a su hermano, sus tíos y su tía abuela, quienes estaban allí para apoyarlo y para hablar con Marie. Como era de esperarse, la abuela de su novia se mostró algo sorprendida por su decisión.

Sin embargo, no dudó en apoyarlo y agradecerle el gesto que estaba teniendo, no tanto por los negocios, sino por su nieta, pues no quería que Patricia se quedara sola, si ella también llegaba a faltarle. Siempre pensó que

se iría antes que su hijo, y que él se quedaría para cuidar a su pequeña y adorada nieta, pero la vida resultaba tan injusta y caprichosa algunas veces, por eso lo mejor era anticiparse a cualquier eventualidad, y dejar a Patricia junto a alguien que la cuidase y la hiciera feliz.

—Hola, Patty, ¿cómo estás? —La saludó, llegando por detrás de ella; la rodeó con sus brazos y le dio un tierno beso.

—Bien..., estoy bien —mintió, pues hasta hacía minutos había estado llorando, no podía dejar de pensar en su padre. Negó con la cabeza para dejar de hacerlo—. ¿Cómo has estado?

—Bien, estuve hablando con tu abuela —dijo, mirándola a los ojos, al tiempo que le acariciaba las mejillas.

—¿Sobre qué? —inquirió al ver que estaba inusualmente serio; por lo general, era más risueño, y eso alejaba la pena que ella.

—Bueno..., estuve pensando en nosotros, en el tiempo que llevamos juntos, en lo mucho que he llegado a quererte, a amarte... Porque, te amo mucho. —Su mirada se ancló en la marrón de su novia, y sus latidos se desbocaron; nunca se había sentido tan ansioso.

—Yo también te amo, Christian —esbozó ella con timidez, aún se sonrojaba cuando su novio le expresaba sus sentimientos.

—No te imaginas cuánto me alegra escucharte decir eso, porque yo quisiera... Es decir..., me gustaría... Quiero pedirte algo.

Christian sentía que la lengua se le enredaba, había ensayado lo que le diría una mil veces, y lo único que conseguía era balbucear como un tonto. Cerró los ojos, reprochándose, y se gritó en pensamientos que se controlara; abrió sus párpados de nuevo, decidido a actuar, y buscó con dedos trémulos el estuche dentro de su bolsillo.

—Patricia, quiero pedirte que me conviertas en el hombre más feliz del planeta..., que te cases conmigo —pidió y la voz le vibraba a causa de la emoción que sentía.

—¿Qué? —preguntó, sorprendida, mientras parpadeaba de manera nerviosa, sin poder creer lo que le pedía.

—Quiero que seas mi esposa, Patty —pronunció, esta vez con mayor claridad y determinación.

Ella se quedó en silencio mientras observaba el precioso anillo que él le ofrecía, sus pensamientos y sus emociones eran un torbellino que giraba demasiado rápido. Incluso, podía sentirse mareada, por eso cerró los ojos, era como si estuviera a punto de desmayarse; lo sintió acariciarle la mejilla y eso

la hizo temblar más de lo que ya lo hacía.

—Patty, mírame, por favor —rogó, temeroso de que ella fuese a rechazarlo; la vio abrir lentamente sus párpados, por lo que sonrió como si sus ojos fuesen el sol que lo iluminaba; agarró sus pequeñas manos entre las suyas y continuó—. Yo..., sé que, tal vez, tengas muchas dudas, porque somos jóvenes y aún nos faltan muchas cosas por hacer y por vivir...

—Christian, lo que dices es verdad, yo... —Patricia intentó decirle que no se sentía preparada. Lo amaba muchísimo, pero sentía miedo de no saber llevar un hogar, de no atenderlo como era debido.

—Por favor, déjame continuar y, si a pesar de todo lo que voy a decirte decides negarte, lo comprenderé —dijo, sosteniéndole las manos y evitando que le rehuyera la mirada; suspiró, armándose de valor—. Patricia, te prometo que vivirás todo lo que debas y anheles vivir, cada aventura, cada aprendizaje, todo... Solo te pido que me dejes hacerlo junto a ti, que me des la oportunidad de cuidarte y amarte por lo que nos reste de vida.

Patricia sintió tantas ganas de llorar que no pudo contener sus lágrimas, nunca imaginó que alguien le entregaría una declaración de amor tan hermosa; por primera vez, en semanas, se sentía feliz.

Sollozó asintiendo en respuesta y, en medio de lágrimas, dejó ver una sonrisa verdadera, no como las fingidas que había entregado en los últimos días, sintiendo dentro de su corazón que su padre, desde el cielo, también estaba dichoso por ella y le daba su consentimiento.

—¿Aceptas? —Quería escuchar su respuesta para poder creerle.

—Sí, acepto —respondió, afirmando también con su cabeza.

Christian se mostró mucho más efusivo, la amarró entre sus brazos y atrapó entre sus labios los de Patricia, siendo mucho más osado de lo que había sido, pues la emoción lo llevaba a entregar y exigir más. Aunque la ternura estuvo presente, como siempre que se besaban; esta vez, todo era más intenso, despertando en ellos ese profundo deseo que sentían el uno por el otro, pero que habían guardado, creyendo que era inapropiado demostrarlo, pero ahora serían esposos.

Minutos después, decidieron entrar a la casa para hacer partícipes a sus familias de su felicidad; de inmediato, recibieron las felicitaciones; sin embargo, Victoria y Annette, quienes acababan de llegar, no podían salir de su sorpresa.

Nunca imaginaron que, Patricia, siendo la más joven de ellas, sería la primera en casarse, pero después de la sorpresa inicial, corrieron a abrazarla y

le prometieron que le prepararían la boda más hermosa que pudiera imaginar.

Una semana después de que Benjen estuviera en su casa, Amelia recibió su llamada, tal y como le había mencionado que haría, en cuanto llegase el acta de registro de su falso matrimonio. Debían encontrarse para que ella lo firmara y, de inmediato, le pidió que fuera en su casa, pues consideraba que era el lugar más seguro; sin embargo, Benjen alegó que no deseaba tener otro episodio incómodo con Terrence.

Por lo que, sugirió que fuese en su suite del hotel donde se estaba hospedando; como era de esperarse, ella se negó, alegando que si la prensa se enteraba, estallaría un escándalo.

Benjen le aseguró que nada de eso pasaría, pues la habitación estaba registrada a nombre de su asistente, lo había hecho de esa manera desde su llegada, para poder actuar y moverse con libertad por la ciudad.

—No puedo creer que vuelvas a confiar en él. —Se reprochó en voz alta mientras caminaba hacia la recepción del hotel. De pronto, un hombre se interpuso ante ella, impidiéndole seguir.

—Buenas tardes, señora Gavazzeni. Soy Malcolm Middleton, el asistente del duque; él me pidió que la recibiera y la llevase hasta su habitación. —Le informó—. ¿Sería tan amable de acompañarme? Por favor.

—Por supuesto —murmuró, siguiéndolo, mientras sentía que las piernas cada vez le temblaban más.

—Hola, Amelia, ¿cómo estás? —La saludó con una sonrisa, cuando la vio entrar al salón de la suite.

—Estoy bien, gracias... ¿Tú cómo estás? —respondió y la voz le vibraba a causa de los nervios; respiró profundo para calmarse.

—También estoy bien, por favor, toma asiento. —La invitó con un ademán de su mano, luego miró a su asistente—. Muchas gracias, Malcolm, puedes retirarte.

—Con su permiso, Su Excelencia, señora Gavazzeni —mencionó, luego les dio la espalda, saliendo de la habitación discretamente.

Amelia sintió que su estómago se apretaba, al saberse sola en ese lugar con Benjen, aun así, se esforzó por mostrarse calmada, ignorando que detrás de esas puertas corredizas, estaba una cama enorme y seguramente muy cómoda. Negó con su cabeza, rechazando la imagen que hizo que algunas partes de su cuerpo se tensaran, paseó su mirada por el lugar, buscando

distraerse y, de pronto, vio el sobre encima.

—Toma. —Benjen le ofreció una copa de vino, al tiempo que le sonreía, estaba feliz de que ella estuviera allí.

—No, gracias. —Se negó, mirándolo con seriedad; si él pensaba que ella había ido con otra intención que no fuese hablar del acta, estaba muy equivocado.

—Por favor, Amelia, será solo una copa; además, es un Hermitage. Sé cuánto te gusta este vino. —Quiso convencerla.

—Benjen, no vine para tomar vino, si estoy aquí es para firmar el acta de registro, nada más.

—Lo sé, solo quise... —Se detuvo antes de cometer la estupidez de decir que sentía como si estuvieran a punto de casarse—. No me hagas caso —mencionó apenado y le dio la espalda, para poner la copa sobre la barra del bar.

—Cambié de parecer, dámela —pronunció sin siquiera saber por qué hacía eso; todo por el sentimiento de pena que le causó ver la desilusión en él, ante su rechazo.

Benjen sonrió con emoción y le hizo entrega de la misma, luego se sentó en el mismo sillón donde estaba ella; la vio tensarse por su cercanía, y eso lo hizo feliz. Sin embargo, se recostó en el espaldar, para no imponerle su presencia, solo deseaba que fuese consciente de la atracción que seguía viva entre los dos.

—¿Es ese el acta? —preguntó Amelia, para enfocarse en el asunto que la había llevado hasta allí.

—Así es —respondió, sacándola del sobre y se la extendió.

—La persona que la hizo realizó un trabajo impecable, nadie se atreverá a decir que es falsa. —Amelia observó cada detalle, sorprendiéndose por el resultado, en verdad lucía como si fuese un acta de hacía casi veinte años—. No sabía que tenías conocidos que hicieran este tipo de «trabajos» —expresó, sintiéndose extraña al leer sus nombres en ese papel.

—En el mundo donde me desenvuelvo, debo tener conocidos en todos lados —comentó de manera casual.

—Hablas como si fueras un mafioso y no un miembro de la realeza británica —dijo, riendo a expensas de él.

Benjen también sonrió al darse cuenta de que lo que ella decía era verdad, se había escuchado como alguien que se manejaba en los bajos mundos. Sin embargo, no le importó que Amelia se riera a costa de su tontería, dejaría que

lo hiciera cuanto quisiera solo por verla así, con la mirada brillante, las mejillas con un ligero rubor y esos labios que tanto anhelaba, curvados en una sonrisa.

—Había extrañado tanto verte así —confesó, embelesado con su belleza y su alegría, deseando besarla como antes, cuando ella le entregaba esas sonrisas que lo enamoraron.

Amelia se tensó ante esa declaración y dejó de sonreír, sabía bien que debía alejarse de ese camino, por lo que desvió su mirada de la de Benjen, que casi sentía que le quemaba la piel. Ahogó un suspiro que pretendía brotar de sus labios, mientras se esforzaba por ignorar la presencia del único hombre al que verdaderamente había amado.

—¿Me prestas una pluma para firmar? Por favor.

—Claro —murmuró, desviando su mirada.

El cambio en Amelia fue demasiado evidente, supo que no lo dejaría avanzar más de allí. Se puso de pie y fue hasta el escritorio, luego regresó y le extendió la elegante pluma con baño de oro.

—Gracias —dijo, recibéndola y, sin pensarlo mucho, estampó su firma en el documento—. Toma. —Le regresó la estilográfica.

Benjen tampoco dudó en dejar su firma en ese papel que los unía como marido y mujer, pero que, lamentablemente, tenía una leyenda a un costado, que lo anulaba antes de que siquiera fuese una realidad. Se quedó en silencio, mirando la hoja, sintiendo la urgente necesidad de decirle tantas cosas a Amelia, pero sin que ninguna de estas pudiera salir de sus labios.

—Bien, ya está hecho..., debo irme. —Amelia se esforzó por decir esas palabras, pues el nudo en su garganta apenas la dejaba respirar; se puso de pie y caminó con rapidez hacia la puerta. Debía salir de allí antes de que comenzara a llorar.

—Amy, espera —rogó Benjen, siguiéndola, y la atrapó antes de que abriera la puerta; le rodeó la cintura con sus brazos, pegándola a su cuerpo y estremeciéndose junto a ella.

Amelia sintió que los muros que había creado para mantenerlo lejos de ella, se hacían trizas, solo con escucharlo llamarla de esa manera, con ese abrazo que era tan hermoso como doloroso.

No pudo evitar sollozar al sentir que hundía el rostro en su nuca y respiraba profundo, para luego dejar caer un par de besos, que de inmediato, le inflamaron la piel.

—Por favor..., Amy, por favor..., quédate solo un poco más —pidió,



volviéndola para mirarla a los ojos, necesitado de sus labios.

—No puedo, Ben... Sabes muy bien que no puedo hacer esto, es mejor que me vaya —pronunció sin atreverse a mirarlo.

—Te deseo tanto, Amelia..., si por un instante, me dejaras demostrártelo, te haría sentir que nunca, jamás he dejado de amarte —susurró contra los labios de ella, mirándola a los ojos mientras los suyos le rogaban por una oportunidad—. Te amo, Amy, siempre te he amado.

—Lo único que sé es que sigues junto a tu esposa, y no pienso creer en tus falsas promesas, Benjen, ya no más.

Se liberó del abrazo con gestos bruscos, pues le había molestado que pretendiera convencerla de que la amaba y que se quedaría con ella, solo para llevársela a la cama.

Salió de la habitación, sintiendo cómo la decepción acababa con toda estúpida ilusión que le hubiese causado ese momento o las acciones que él había tenido con Terrence y con ella en los últimos días, era evidente que, Benjen Danchester, nunca daba nada por nada, y ese momento se lo dejaba claro.

## Capítulo 33

El primer pensamiento que llegó hasta Terrence al despertar esa mañana fue, lo rápido que pasaba el tiempo, y eso se debía a que justo ese día, culminaría su primer semestre y haría sus primeras audiciones. Los meses se le habían ido como agua entre los dedos; era cierto, pero también había llegado a sentir, en ese tiempo, que su vida por fin le pertenecía, que tenía un rumbo esperanzador y definido, uno que él mismo había escogido.

Una sonrisa se apoderó de sus labios mientras se estiraba, para liberar a su cuerpo de la pereza; parpadeó para ajustar su vista a luz que entraba en la habitación, pues olvidó cerrar las cortinas. Escuchó un par de golpes en la puerta y supo de inmediato que era su madre.

Por suerte, no había despertado como en otras ocasiones, cuando su cuerpo amanecía muy activo y tenía que correr a ocultarse en el baño, para que su madre no notase su excitación. Tal vez, se debió a que la noche anterior, terminó tan cansado después de estar horas ensayando, que lo único que su cuerpo deseaba en ese momento era estar completamente relajado.

—Adelante —ordenó.

—Buen día, cariño —Amelia, entró a la habitación—. ¿Te desperté? —preguntó, sintiéndose apenada, al encontrarlo todavía en la cama.

—Buen día, madre, no se preocupe, tenía algunos minutos despierto —respondió, sonriéndole.

—Terrence, ¿cuándo dejarás esa mala costumbre de dormir sin pijama? Sabes que por las noches la temperatura suele bajar, podrías terminar resfriándote y eso afectaría tu voz.

—Madre, no me regañe como si fuera un niño de seis años, por favor —dijo, intentando mostrarse serio, pero no podía dejar de sonreír al verla con las manos en su cintura y la mirada reprobatoria—. Tampoco duermo sin pijama, llevo la parte de abajo, y lo hago porque es más cómodo así, es una costumbre que he tenido siempre.

—No, no siempre, antes de irte con tu padre dormías como una persona decente —indicó, recordándole que ella había sido una excelente madre, que cuidó de él y de su apariencia.

—Sí, recuerdo los pijamas de marinero con barquitos, anclas y timones, también tenía un par con rayas celestes —pronunció con cara de horror, burlándose de su madre.

—¡Terrece! —Lo reprendió al ver que se estaba mofando de sus gustos—. Te recuerdo que eran para niños, y nunca te quejaste; por el contrario, te gustaban.

—¿Cómo podía hacerlo? Tenía seis años y no sabía lo tonto que me veía —comentó, y al ver la indignación de su madre, soltó una carcajada, se levantó para darle un abrazo y un par de besos.

—Ya deja de andar de zalamero, que no te librarás del par de nalgadas que te estás mereciendo —dijo al tiempo que estrellaba su palma en el redondo trasero de su hijo, haciéndolo brincar.

—Madre..., que no tengo seis años. —Se quejó riendo.

—Entonces compórtate como un hombre y deja de burlarte de mí. —Lo señaló con el dedo—. Ahora, comienza a prepararte o se te hará tarde, y antes quiero que desayunemos juntos.

—Está bien, en media hora estaré con usted.

La vio salir y luego entró al baño, se metió bajo la regadera, dejando que el agua se deslizara por sus músculos laxos; por un momento, Victoria llegó hasta sus pensamientos y estuvo a punto de darle rienda suelta a su imaginación. Sin embargo, se detuvo, pues eso le llevaría un buen rato, y no quería hacer esperar a su madre.

Un par de horas después, llegaba hasta las instalaciones de Juilliard, para asistir a su última prueba de ese semestre; les entregó un saludo protocolar a sus compañeros y siguió hasta el puesto que siempre ocupaba al fondo del salón. No había llegado a hacer ningún amigo en esos meses que llevaba allí, pues, cada uno, parecía estar pendiente de sus propios avances y, la verdad era que, en su mayoría, eran muy egocéntricos; no se veían como compañeros, sino como competencia.

Se concentró en estudiar las líneas de la ópera en la que haría audición esa tarde, su madre le había enseñado que no todo dependía de su voz, pues, entre más confiado se sintiera de lo que presentaría, recordando cada uno de sus diálogos, mejor sería su desempeño vocal.

Estaba en eso cuando sintió que alguien se acercaba a él, no fue necesario que elevara la mirada, su perfume le revelaba de quién se trataba; sonrió al recordar que, a pesar de llevarse mal en un principio, ahora eran muy buenos amigos.

—¿No piensas saludarme? —inquirió con reproche.

—Hola, Allison —pronunció sin perder de vista sus líneas.

—Hola, Terrence, siempre tan efusivo. —Se burló, ocupando el puesto junto a él—. ¿Estás preparado para esta tarde?

—Sí, pero no está de más seguir repasando, ¿cómo te sientes tú?

—Perfectamente lista, llevo mucho tiempo esperando este día.

—¡Por Dios!, hablas como si fueses una anciana —comentó Terrence, sonriendo, burlándose de lo teatral que había sonado.

—Eres tan insoportable, pero no importa, esta tarde, cuando obtenga el papel, vas a tener que tragarte toda tu arrogancia —dijo con seguridad, elevando la barbilla en un gesto altanero.

—Ya lo veremos —pronunció, encogiéndose de hombros.

—Ahora sí, en serio, ¿no estás nervioso? —Cambió de actitud.

—Un poco, pero confío en la preparación que hemos tenido; mi madre y Enrico son excelentes profesores, también muy exigentes, por lo que no nos dejarían presentarnos hoy, si no supieran que estamos listos. Debemos sentirnos confiados, seguro vamos a sobresalir entre todos —respondió, mirándola a los ojos para llenarla de confianza.

—Tienes razón..., debemos tener confianza.

Vieron entrar a su profesor de canto, Antonio Cotogni, quien de inmediato impuso su presencia en el lugar, haciendo que todos los alumnos guardaran silencio. El hombre tenía ochenta y dos años, pero aún mantenía la gallardía que años atrás lo posicionó como uno de los mejores barítonos del siglo pasado.

Ya en horas de la tarde, Amelia y Enrico se encontraban detrás del escenario, paseándose de un lugar a otro, tentados de abrir el telón y asomarse para saber lo que estaba sucediendo, mientras que sus alumnos predilectos, justo en ese momento realizaban sus audiciones para obtener papeles dentro de El Trovador, la próxima pieza que la casa metropolitana de la ópera estrenaría.

Sentían como si fuesen ellos los que estuviesen en el escenario en ese instante, la misma emoción de la primera vez, los nervios, la ansiedad, la alegría y el miedo, todos esos sentimientos giraban dentro de ambos, y es que eso era ser parte de ese mundo, donde las emociones siempre eran más intensas.

La primera en salir fue Allison, la sonrisa que mostraba en su rostro y el

brillo en su mirada ya lo decían todo, se acercó a Amelia, corriendo, uniéndose en un fuerte abrazo. Sentía tanta felicidad en su interior que estaba a punto de llorar, uno de sus sueños más grandes se hacía realidad, y todo gracias a la mujer que en ese instante la abrazaba.

—¡Lo he conseguido! Obtuve el papel de Inés.

—Cariño, estoy tan orgullosa y tan feliz..., siempre supe que cuando llegara el momento, demostrarías el talento que tienes —dijo Amelia, sonriendo y acunándole el rostro con las manos.

—Todo esto se lo debo a usted, madrina. Gracias por ayudarme y enseñarme —pronunció con la voz trémula.

—Yo solo te di las herramientas, tú has hecho todo el trabajo, y esa voz tan hermosa que tienes, no es gracias a mí, ese don es únicamente tuyo, recuerda que te fue heredado por tu madre.

—Felicitaciones, hermosa. —Enrico también se acercó para darle un abrazo, estaba feliz por ella, pues la conocía desde que era una chiquilla y corría por cada rincón del teatro.

—Gracias, maestro Caruso. —Nunca se había acostumbrado a llamarlo por su nombre, porque le tenía mucho respeto.

—Bien, aquí viene nuestro chico —anunció, observando a Terrence, quien, a diferencia de Allison, no se veía feliz.

—Terry..., cariño, ¿qué pasó? —preguntó Amelia con preocupación, al verlo tan acongojado.

—Yo... —Calló y frunció el entrecejo, saboreando por un momento la expectativa que podía ver en todos—, seré su secuaz, maestro Enrico. Me han dado el papel de Ruiz —expresó, mostrando una gran sonrisa que se llevaba toda la pena que cubría su semblante.

—¡Terrence! —Le reprochó Amelia, por haberla asustado—. Eres un malvado, ¿por qué nos hiciste creer que no habías pasado la prueba? —inquirió, pegándole en el hombro por torturarla de esa manera.

—Siempre tan odioso. —Allison también se quejó.

—Solo estaba ensayando mis expresiones. —Se excusó, riendo, y le dio un beso a su madre, a modo de disculpa.

—El muchacho es un bribón, pero está en lo cierto, ahora más que nunca debe mejorar sus expresiones. Tenemos que trabajar mucho para quitarle esos gestos tan acartonados, que aprendió al estar tantos años rodeado de la realeza —comentó Enrico, riendo.

Las dos damas también lo hicieron a costa de Terrence, pero luego se

unieron en un abrazo los cuatro, para celebrar su éxito.

El imponente edificio construido con bloques de piedras grises, cubiertas de musgo en algunas partes, ventanales clausurados con gruesas barras de hierro y un tejado igual de sombrío que las paredes, se presentó ante la mirada algo asustada de Victoria. Al bajar del auto, sintió cómo su corazón se aceleraba, pues esa imagen le recordaba mucho al primer día que estuvo en Brighton, y pensó que su primo Sean, no había mentido cuando llamó al colegio: «La prisión».

Aunque si comparaba el colegio inglés con el edificio que veía en ese momento, podía decir, con total seguridad, que este último lucía mucho más aterrador e intimidante, tanto, que daba la impresión de haber sido sacado de un cuento de terror. La sensación de miedo creció dentro de ella, paralizándola por completo, tanto, que estuvo a punto de regresar a la seguridad que representaba estar dentro del coche.

—Vicky, ven, debemos entrar —mencionó Annette, mirando con desconcierto a su amiga, estaba pálida y lucía asustada.

—Yo..., yo preferiría aguardar aquí.

—¿Acaso tienes miedo? —inquirió, mostrando una sonrisa burlona, pero al verla asentir, se condolió de ella—. No tienes por qué temer, Vicky; sé que por fuera se ve horrible, pero es por culpa del gobierno, que hace años no le asigna un presupuesto para el mantenimiento, y las hermanas de la congregación, prefieren ocupar nuestras donaciones en comida y medicamentos, que en pinturas para las paredes o pagarle a alguien para que arregle el jardín —explicó, tomándola de la mano, mientras la guiaba al interior del edificio.

—Es más sombrío que Brighton —susurró Victoria, para que nadie más que Annette la escuchara; no quería que las religiosas se sintieran ofendidas por sus comentarios.

—Sí, mucho más —comentó, riendo; ella había pensado lo mismo la primera vez que lo visitó, pero ya estaba acostumbrada.

—¿Cuántos niños viven aquí? —preguntó, viendo a varios que jugaban en los columpios que estaban a punto de caerse.

—No lo sé con exactitud, pero son muchos, podemos preguntarle a la madre superiora —respondió, al parecer, comenzaba a dejar atrás el miedo y se interesaba por los desafortunados chicos del lugar.

La rubia asintió en silencio, al tiempo que paseaba su mirada por cada

rincón, sin poder alejar de ella el miedo que sentía; era como si presintiera que de cualquier lugar saltaría algún monstruo o fantasma. Las puertas estaban abiertas, así que ingresaron a la casa y caminaron por un largo pasillo que las llevó hasta la oficina de la directora.

Debieron esperar afuera unos minutos, pues la mujer trataba de convencer a unos trabajadores para que repararan el techo por la mitad del precio que cobraban. Se enteraron de eso porque las voces de los hombres eran fuertes y se podía escuchar claramente cómo se negaban a hacer caridad con el orfanato.

—Buenas tardes, por favor, tomen asiento, señoritas.

—Muchas gracias, madre Marietta —mencionó Annette, quien ya había estado en presencia de la religiosa—. Permítame presentarle a mi amiga, la señorita Victoria Anderson.

—Encantada de conocerla. —Le extendió la mano a la monja, quien tenía un semblante menos duro que el de la madre Morgan.

—Es un gusto tenerla aquí —dijo con una sonrisa, pues sabía que la chica de seguro la ayudaría con buenas donaciones, aunque ya la matrona le enviaba, nunca estaba de más algo extra—. Hace mucho que su tía no nos visita, supongo que debe estar muy ocupada —agregó, viendo los ojos verdes de la chica, que se movían con nerviosismo.

—Ciertamente, está al frente de los negocios junto a mi padre y mi primo Brandon —respondió con una sonrisa.

—Una labor así, requiere de mucha dedicación, por lo que imagino que la envié a usted para que cumpla con su papel aquí.

—En realidad, cuando Annette me habló de este lugar, quise venir para ofrecerles mi ayuda en lo que necesiten.

—Mi estimada señorita Anderson, este país necesita de más personas como usted —dijo, sonriendo, poniéndose de pie—. Por favor, acompáñeme, quiero que conozca a los niños a quienes les brindamos comida y un lugar donde refugiarse.

—Por supuesto y, por favor, llámeme Victoria.

—Como guste, Victoria; por aquí, por favor. Señorita Annette, venga también con nosotras, así acompaña a su amiga en este recorrido.

Annette le entregó una sonrisa a su amiga, confirmándole que no tenía nada de qué temer, que ese lugar no era ninguna fortaleza embrujada, sino un lugar para cobijar a los más inocentes y desvalidos. Caminaron de nuevo por su largo corredor, pero a diferencia del anterior, este tenía algunas puertas a

cada lado; se detuvieron en la primera y, cuando la madre entró, todos los pequeños hicieron silencio.

—Niños y niñas, saluden a las señoritas Anderson y Parker.

—Buenas tardes, señoritas Anderson y Parker —repitieron al unísono, mientras miraban con curiosidad y admiración a las hermosas jóvenes, que los visitaban ese día.

—Buenas tardes. —Victoria les entregó una gran sonrisa.

—Buenas tardes, chicos, me alegra volver a verlos.

—Este salón lo usa la hermana Sophia, para dictar clases; les enseña lo básico para que aprendan a escribir, leer y sacar cuentas. Lamentablemente, enfermó la semana pasada y debieron recluirla en el hospital; desde entonces, los chicos no han recibido sus lecciones.

—¿No tienen a alguien más que se ocupe de ello? —inquirió Victoria, sintiéndose angustiada por esa situación.

—De momento, no; en el orfanato solo somos cinco hermanas, y apenas nos alcanza el tiempo para preparar las comidas, ayudar a bañarse a los más pequeños, alimentarlos y darles sus medicinas. Contamos con algunas mujeres de la comunidad, que vienen dos veces a la semana para lavar las sábanas y las ropas de los niños; de todo lo demás, nos encargamos nosotras —explicó, mirándola.

—Comprendo —musitó Victoria, muy triste.

—Tal vez nosotras podamos ayudarlas, podemos contratar a alguien para que les dé las clases a los niños —sugirió Annette.

—Las institutrices jamás aceptarían este trabajo, no están acostumbradas a manejar grupos tan grandes; además, no podemos permitirnos pagar el salario que ellas acostumbran a recibir. —Le dio una respuesta rápida, porque ya sabía todo lo que sucedería si seguía el consejo de la chica.

—Yo tengo la solución —anunció Victoria—. Cuente conmigo para ocupar el lugar de la hermana Sophie, me encargaré de enseñarles todo lo que deban aprender —expresó con entusiasmo.

—Vicky. —Annette la miró como si acabara de perder la cabeza.

—Señorita Anderson, en verdad agradezco su ofrecimiento, pero el trabajo dentro del orfanato requiere de mucho esfuerzo y dedicación, no se trata solo del grupo que ve aquí. Tenemos casi a cien huérfanos, eso sin contar a los menores de cinco años, quienes, por su edad, no reciben educación todavía.

—Lo comprendo, madre, aun así, estoy dispuesta a ayudarles, quiero



poder brindarles a estos pequeños algo más que comida, ropa o medicamentos, quiero darles una enseñanza que los ayude más adelante a convertirse en hombres y mujeres de bien —esbozó con convicción, recordando los valores que les habían enseñado sus tías abuelas, quienes decían que la educación era un bien muy valioso, incluso, más que el propio dinero.

—Hagamos algo, señorita Anderson, vaya a su casa y consúltelo con su familia, pues, siendo usted menor de edad, necesita de su autorización; si ellos lo aprueban, entonces yo estaré encantada de recibir su ayuda —mencionó por protocolo, pues estaba segura de que Margot Anderson jamás la dejaría.

Victoria asintió con una entusiasta sonrisa, sintiéndose segura de que contaría con el permiso de su familia, pues ninguno se negaría a apoyar una causa tan noble. Luego de eso, siguieron con el recorrido que las llevó a los dormitorios, la capilla y el comedor, donde fue conociendo a más niños.

## Capítulo 34

Victoria esperó a que todos estuvieran reunidos durante la cena para contarle a su padre y a su tía, la idea que se le había ocurrido esa tarde, cuando visitó el orfanato en el centro de Chicago. Tal y como había previsto Annette que pasaría, su tía Margot palideció al escuchar la noticia y casi termina desmayada encima de su crema de patata.

—Mi respuesta es un no rotundo —mencionó, antes de que Victoria siguiera hablando.

—Pero..., tía Margot, por favor, piense en esos niños; es un acto de caridad, y usted siempre me ha hablado de lo importante que es para una dama, involucrarse en estas obras; además, mi deber como cristiana me exige que ayude a los más necesitados, que solo así seré una buena persona ante los ojos de Dios.

Victoria miraba a su tía a los ojos mientras decía todas aquellas palabras, las que había aprendido desde que era una niña junto a sus tías abuelas. Las mismas que con el pasar de los años, se habían reforzado en esa casa, así que no podía venir a pedirle en ese momento, que viera hacia otro lado, mientras era consciente de las carencias de esos pobres niños.

Brandon se llevó la servilleta a los labios para esconder su sonrisa, viendo cómo el rostro de su tía mostraba la derrota, pues su prima le había dado una buena lección. Su tía Margot debía aprender que no se trataba solo de darse golpes de pecho en la misa de los domingos o de entregar donativos a algunas instituciones, también era necesario obrar en base a lo que se predicaba, eso era ser un buen ser humano.

—Victoria tiene toda la razón —dijo, apoyando a su prima.

—Tengo que decir que también estoy de acuerdo con mi hija, ser un buen cristiano es ayudar a quienes nos necesitan —acotó Stephen, orgulloso del buen corazón que tenía su pequeña.

—No estoy en contra de que Victoria ayude al orfanato, puede hacerlo dando un donativo, no yendo a ese lugar a dar clases. Ella ha sido educada por las mejores institutrices de la ciudad, asistió a uno de los mejores colegios de Europa, no para que terminara impartiendo sus conocimientos a

niñas y a niños a los que no les servirá para nada.

—No puedo creer que diga algo como eso —pronunció Brandon, mirándola con asombro.

—Solo digo la verdad, cuando crecen se convierten en una clase de personas que solo aspiraran a trabajar de lo que les ofrezcan y a vivir de manera precaria; nunca verás salir de allí a un abogado, un ingeniero o un doctor; así que lo único que hará Victoria, será perder su tiempo.

—Eso es muy cruel, el hecho de que sean pobres no los hace menos que los demás, merecen tener los mismos derechos que todos, y sé que muchos de ellos sabrán aprovecharlos. —Victoria rebatió los argumentos de su tía, que eran muy prejuiciosos.

—En el mundo debería haber más personas que piensan como Victoria, y no como usted, tía Margot —mencionó Brandon, quien también tenía ese espíritu altruista de la chica.

—¡Oh, por favor! Ahora resulta que soy una desalmada, pues te diré, jovencito, que estas canas y estas arrugas son por los años que he vivido; he visto muchas más cosas que tú, y sé muy bien cuándo estoy frente a una causa perdida, y esta lo es.

—Margot, por favor, no hay necesidad de ser tan dura —acotó Stephen, quien ya intuía cómo acabaría esa conversación; soltó un suspiro y miró a su hija, notando la desilusión apoderarse de su semblante—. Princesa, haz lo que te dicte tu corazón, si deseas ayudar a esos niños, cuenta con todo mi apoyo.

—Con el mío también —dijo Brandon, mirándola.

—Muchas gracias, papi. —Sonrió, luego se puso de pie y caminó para abrazarlo—. Gracias a ti también, Brandon —agregó, llegando hasta su primo para entregarle el mismo gesto.

—Perfecto, como ya lo han decidido, no tengo nada más que decir —pronunció con rabia y lanzó la servilleta sobre la mesa—. Que disfruten la cena, yo me retiro a mi recámara, he perdido el apetito. —Se levantó y salió del lugar con andar altanero, sin mirarlos.

—Lamento mucho haberla molestado. —Victoria se mostró apenada, agachando la cabeza.

—No te preocupes por eso, princesa, ya se le pasará.

—Lo importante es que tú hagas lo que te dictan tu conciencia y tu corazón, eso es lo que hará de ti una gran mujer, querida prima.

Los labios de Victoria también se curvaron, mostrando el mismo gesto,

mientras asentía con la cabeza, dejando que sus ojos se iluminaran por la felicidad que sentía al conseguir lo que deseaba. Después de eso, continuaron con la cena, solo estaban ellos tres, porque Christian y Sean se encontraban en Nueva York. El mayor presentando unas últimas pruebas antes de aplazar su carrera, y el menor en su primer semestre de Leyes.

Los días seguían cayendo como las hojas de los árboles en otoño, y el tiempo pasaba volando para todos; las obligaciones de ser adolescentes, comenzaban a ser reemplazadas por las de unos jóvenes adultos. Tal era el ejemplo de Victoria, quien había demostrado que, en verdad, podía con la responsabilidad adquirida. Visitaba el orfanato todos los días de la semana, a excepción de sábados y domingos.

Sentía que su vida tenía un nuevo sentido, se emocionaba cada vez que veía los avances en los chicos, y aunque no faltaba el rebelde que buscaba hacerle más complicadas las cosas; eran más aquellos que apreciaban lo que ella hacía. La verdad era que también había aprendido mucho de ellos, como a valorar las pequeñas cosas de la vida y estar agradecida por cada una.

Un par de semanas después, la hermana Sophie regresó y quiso ponerse al día con todo, agradeciéndole por su colaboración, y dándole la libertad para que pudiera marcharse. Sin embargo, Victoria insistió en quedarse porque no deseaba regresar a la mansión a encerrarse entre paredes; sentía que hacía más estando allí. Las monjas necesitaban de ayuda, así que la aceptaron, ya que en poco tiempo, se había ganado los corazones de los niños y de las religiosas.

Annette lidiaba con la ausencia de Sean, enfocándose en los preparativos de la boda de Patricia, eso mantenía su cabeza ocupada y así no pensaba en cuánto lo extrañaba.

Patricia, por su parte, también intentaba olvidar el dolor de la muerte de su padre, dejándose llevar por el ritmo desenfrenado de su amiga, que siempre mostraba cuando de compras se trataba.

Aunque en ocasiones sentía que estaban haciendo todo de manera muy apresurada, comprendía que la intención de Christian era ayudarlas a su abuela y a ella. No obstante, eso no le quitaba el peso de sentir que estaba planeando una celebración, cuando su padre apenas tenía dos meses de muerto; pero su abuela alejaba esos pensamientos de su cabeza, diciéndole que, seguramente, él, desde el cielo, estaba feliz de ver que habían continuado con su vida.

Cuando llegó el verano, todas viajaron a Nueva York, junto a sus familias,

habían sido invitadas al estreno de «El Trovador», la primera ópera en la que estaría Danchester. En la estación de trenes, las recibieron Christian y Sean. Terrence no pudo ir porque tenía ensayos, además de una rueda de prensa, antes del estreno de esa noche.

—No te sientas triste, Vicky, solo faltan algunas horas para que puedas verlo —mencionó Patricia, al notar la congoja de su amiga.

—Lo sé —dijo, soltando un suspiro y se esforzó por sonreír.

—Así te ves más bonita —acotó Brandon, quien también había visto la desilusión de su prima.

El comentario del rubio hizo que su sonrisa se hiciera más ancha y que su mirada se iluminara, se acercó a él y le dio un abrazo, para caminar juntos hacia la salida, donde ya los esperaban los autos.

Para cuando la noche cayó, Victoria apenas podía contener su ansiedad; sobre todo, después de recibir una llamada de su novio, donde le informaba que no podía ir hasta el hotel para verla, pero que la esperaba una hora antes de la función, en La Casa de la Ópera, que solo tenía que preguntar por él en cuanto llegase.

—Buenas noches, señor. —Le habló a la primera persona que vio llevando el uniforme del lugar.

—Buenas noches, señorita, ¿le puedo ayudar en algo?

—Sí, vengo a ver al señor Terrence Danchester.

—Por supuesto, como todas las otras chicas aquí presentes —comentó con una sonrisa, el muchacho había causado revuelo apenas se anunció que participaría en la ópera de esa noche.

Victoria parpadeó, desconcertada, pero cuando miró a su alrededor, descubrió a lo que el trabajador se refería. Vio a varias chicas que susurraban, sonreían y algunas hasta suspiraban cuando nombraban a su novio; en ese instante, sintió que un calor se extendió por su pecho y las lágrimas inundaron sus ojos, todo eso fue provocado por los celos.

—Lo que mi hija quiere decir, es que él nos está esperando. —Stephen tuvo que intervenir al ver el semblante contrariado de ella, era igual al que mostraba Virginia cuando estaba celosa.

—En ese caso, síganme, por favor; está en su camerino.

—Será mejor que te acompañe uno de tus primos, yo iré al palco con Margot, ya sabes cómo se pone —susurró en un tono cómplice para su hija y le entregó un guiño.

—Claro, le diré a Sean. —Victoria lo escogió por una razón en específico

—. ¿Puedes acompañarme, por favor?

—Por supuesto, ¿me esperas en el palco, princesa? —Annette asintió, y él le dio un beso en el dorso de la mano.

Luego de eso le ofreció el brazo de manera galante a Victoria, para caminar junto a ella hasta el camerino de Danchester, y asegurarse de que este no se fuese a aprovechar. Sin embargo, no contaba con las intenciones de su prima, quien, al estar frente a la puerta señalada con el nombre de su novio, se volvió a mirarlo y le pidió que la esperara allí.

—No, de ninguna manera, Victoria; me pediste que te escoltara y así lo haré —mencionó, determinante.

—Sean, no seas tan estricto, tú más que nadie deberías entender que desee tener un momento a solas con mi novio.

—Lo siento mucho, pero mi deber es velar por ti, no dejaré que entres sola a ese lugar —sentenció mirándola a los ojos.

—Bien, entonces yo tampoco los cubriré a Annie y a ti, cuando deseen verse a solas. —Lo amenazó, cruzando los brazos sobre su pecho, dejándole ver que podía ser igual de obstinada.

—¡Victoria! —Se quejó, ella le había dado un golpe bajo.

—Tú decides, o me permites entrar sola o no seré más su celestina —comentó, alzando la barbilla con altivez.

—Está bien, pero si tardas mucho, entraré, ¿entendido?

—¡Sí! —expresó con emoción—. Muchísimas gracias, Sean.

Se abrazó a él con rapidez y le dio un par de besos en la mejilla, después giró sobre sus talones; se sentía tan emocionada que era como si, en lugar de caminar, flotase. Le sonrió al caballero que mantenía la puerta abierta para que ella pasara; cuando lo hizo, su mirada comenzó a buscar a Terrence, pues no lo veía por ningún lado.

—Hola, pecosa —dijo él, saliendo de detrás de la mampara.

—¿Terry? —preguntó, mirándolo con asombro. No se parecía a su novio, si no fuera por la voz, no creería que fuese él; se acercó para verlo mejor—. ¿Por qué estás vestido así?, ¿qué tienes en el rostro y el cabello? —inquirió, tratando de descubrir sus rasgos.

—Es maquillaje, y esto del cabello es un polvo, para simular que tengo algunas canas, porque el personaje al que interpreto es mayor.

—Te ves raro —pronunció, siendo sincera.

—Solo me veo mayor —acotó él, riendo—. Pero llegaste y ni siquiera te has acercado para darme un beso. ¿Será que no te gustaré cuando tenga canas

y arrugas? —preguntó, escondiendo en un reproche su diversión.

—¡Claro que sí!... Es solo que, me sorprendiste. Esperaba encontrar a mi novio, no a un anciano —contestó, mirándolo y llevando las manos a su cuello para besarlo.

—Pecosa. —Se quejó, frunciendo el ceño, al ver la burla que hacía bailar ese par de ojos verdes.

—Lo siento —dijo, riendo y le acarició con cuidado el rostro, mientras lo detallaba mejor—. Vas a ser igual de apuesto cuando seas un viejito cascarrabias —agregó, guiñándole un ojo y luego se puso de puntillas, rozando sus labios con los de él.

Terrence sonrió al ser cautivado por el ingenio y la belleza de su novia, respondió al roce de labios con uno lento, pero eso fue el preludio de un beso que sería igual de intenso a los que siempre acostumbraban.

Él envolvió la pequeña cintura de Victoria con sus manos, dándose la libertad para pegarla a su cuerpo y poder sentirla, ya que el pesado traje que portaba se lo hacía difícil, pero aun así, disfrutó de sus formas y su calidez.

Minutos después, fueron sacados de la burbuja donde se encontraban por un par de golpes en la puerta; se quedaron unos segundos con sus frentes apoyadas la una en la otra, mientras intentaban recuperar el aliento. Cada vez que se besaban, sentían que la necesidad de entregar más, crecía dentro de ellos, ya no les bastaba con solo brindarse tiernas caricias o besos apasionados, sus cuerpos les exigían traspasar los límites que sus ropas les imponían.

Cuando Victoria fue consciente de su entorno, pensó que quien llamaba a la puerta debía ser su primo, pues le había advertido que no tardase. Suspiró con desgano, sintiéndose frustrada por tener que renunciar a las sensaciones que vivía junto a Terrence, cada vez que estaban a solas; sin embargo, se negó a alejarse sin darle un beso más.

—Adelante —ordenó él, al escuchar que volvían a llamar.

—Terrence, date prisa... —Allison calló sus palabras al ver que su compañero se encontraba acompañado—. Buenas noches, señorita Anderson —saludó a la rubia con educación.

—Buenas noches, señorita Foster —respondió sin mostrarse muy feliz por la presencia de esa chica allí. No obstante, se recordó que debía ser educada—. Felicitaciones por su papel.

—Muchas gracias —respondió y le sonrió con amabilidad.

—Ya estoy casi listo, Allison.

Terrence intervino, después de que las dos chicas se quedaron en silencio, solo mirándose con desconfianza. No entendía por qué las mujeres siempre veían como sus enemigas a las amigas de sus novios.

—El profesor Toscanini pidió vernos a todos detrás del escenario antes de comenzar —informó.

—Creo que ya debo retirarme... —mencionó Victoria, al ver que estaba retrasándolo.

—¿Nos das un momento, por favor, Allison? —pidió, quería despedirse de Victoria y demostrarle que no debía sentir celos.

—Claro, pero no tardes —respondió y salió del lugar.

—Debes darte prisa. —Victoria lo miro a los ojos—. Terry, te deseo mucho éxito, aunque no dudo que así será.

—Muchas gracias, pecosa, ahora me das mi beso de la buena suerte —pidió, sonriéndole; ella respondió con el mismo gesto y se unieron en un beso breve pero cargado de intensidad—. Te amo.

—Yo también te amo —expresó, emocionada.

Lo abrazó muy fuerte y después salió antes de que sus deseos de quedarse un poco más, la rebasaran y terminara causándole problemas. Soltó un suspiro, sintiéndose feliz por estar cerca de él, y una sonrisa afloró en sus labios, pero cuando vio el ceño fruncido de Sean, intentó disimular, mostrándose inocente como una paloma.

Victoria se concentró por completo en la obra, pero para su desventura, Terrence no apareció en el primer acto, tampoco lo hizo Allison Foster. Una dolorosa presión se apoderó de su pecho, al imaginar que ellos debían estar juntos, pues ella había pasado a su camerino a buscarlo. Frunció el ceño al no entender el porqué de tanta prisa, si no saldrían a escena en el primer acto.

—Quizá ella mintió y el director no había pedido verlos, a lo mejor lo hizo solo para separarnos —susurró con rabia y tristeza. Una imagen de ellos riendo juntos intentó apoderarse de sus pensamientos, pero negó para alejarla—. No seas insegura, Vicky, él te ama y jamás haría algo para lastimarte. —Se dijo, obligándose a confiar en el amor que Terrence le profesaba.

—¿No saldrás en el intermedio, Vicky? —preguntó Annette.

—Yo..., sí, claro, iré con ustedes —respondió.

Sabía qué, de quedarse allí, no dejaría de torturarse con cientos de suposiciones sobre lo que estaría haciendo Terrence. Ni siquiera comprendía porqué estaba tan afectada, se suponía que, en todos esos meses, su novio había estado cerca de Allison Foster, incluso, estudiaban juntos; así que era



absurdo que eso ahora la molestase.

—¿Estás bien, Vicky? —preguntó Patricia, al verla tan pensativa, parecía uno de esos títeres de los circos.

—Sí, claro, Patty, solo me apena que Terry no saliera en el primer acto —dijo parte de la verdad.

—No te preocupes, ya lo verás en el próximo.

Victoria asintió, respondiendo con el mismo gesto, y se concentró en disfrutar de la compañía de sus amigas, quienes la pusieron al tanto de cómo iban los preparativos de la boda. Minutos después, ella agradeció que regresaran al palco para el segundo acto, pues ya no soportaba seguir escuchando cómo otras chicas hablaban de Terrence. Era evidente que estaban desesperadas por atraer la atención de su novio, lo que le pareció un comportamiento muy descarado.

El personaje de Ruiz, que interpretaba Terrence, solo estuvo en el escenario durante unos minutos, pero logró arrancarles suspiros a todas las señoritas presentes. Lo que a Victoria no le agradó mucho, pero debía reconocer que se había lucido en esa primera presentación o, eso sentía, pues al estar profundamente enamorada, lo veía perfecto.

Al final de la obra, quedó tan desolada como la vez anterior, pues los protagonistas habían tenido el mismo final trágico, aunque por suerte, el personaje de Terrence no sufrió el mismo destino; si no, hubiese acabado seca de tanto llorar. Sin embargo, ser consciente de que dentro de poco vería a su novio, la hizo olvidar tanta tristeza y salió con una gran sonrisa del palco.

Había transcurrido casi una hora desde que llegase a la fiesta, y su novio no aparecía por ningún lado, eso hacía que su felicidad comenzara a menguar, pero intentaba no mostrarse tan ansiosa. Cuando al fin llegó, lo hizo en compañía de su madre y de Allison Foster; verlo llevándola del brazo fue un golpe directo a su corazón y estuvo a punto de ponerse de pie para salir corriendo, pero se contuvo porque no quería darle el gusto a esa chica, que solo quería separarlos.

—Tranquila, solo posan para las cámaras —susurró Annette para tranquilizarla, pues sabía el mal momento que debía estar pasando su amiga y la compadecía.

—Lo sé —respondió, queriendo mostrarse madura.

Por fortuna, ese episodio fue breve y, una vez que los periodistas dejaron de fotografiarlo, Terrence se separó de Allison y caminó hacia ella. Victoria

sintió como si su novio fuese dos personas distintas, el inalcanzable cantante de ópera, por el que todas suspiraban, y el rebelde que ella conocía y se había ganado su corazón; de más estaba decir que prefería a este último.

—Olvidé decirte que te ves hermosa —susurró, mirándola con admiración. Ella resaltaba entre las demás chicas allí presente.

—Tú luces mucho más guapo así. —Sonrió con picardía.

Él le entregó un guiño y sonrió, dándole un beso en el dorso de la mano, ya que no podía hacerlo en los labios, como tanto deseaba. Después de ese momento, la velada fue maravillosa para Victoria, su novio no se alejó de ella un solo momento, aunque, en más de una ocasión, algunas chicas se acercaban para que él les firmara los volantes con el programa de la obra.

Pensó que debía comenzar a hacerse a la idea de que, a partir de ese día, su novio sería alguien famoso, y que siempre tendría detrás de él a muchas admiradoras. Entre más rápido lo asumiese, menos la afectaría; o al menos eso esperaba, porque de no ser así, presentía que su vida sería muy complicada.

## Capítulo 35

Patricia apenas podía creer que la chica del espejo fuese ella, se veía tan distinta, llevando ese maravilloso vestido de novia, el largo y hermoso velo, además del maquillaje; aunque era muy tenue, apenas algo de sombra en sus ojos, rubor en sus mejillas y un suave rosa en los labios, sentía que lucía muy diferente.

Quizá esa sensación se la provocaba verse así por primera vez, ni siquiera se veía como una chica de dieciséis años, sino como toda una mujer, una que estaba a punto de unir su vida a la del hombre que amaba.

—Te ves tan hermosa —esbozó Annette, sintiéndose feliz por su amiga y, orgullosa, ya que todo ese atuendo había sido su sugerencia.

—Eres la novia más linda de todo el país —expresó Victoria con la mirada brillante, pues Patricia iluminaba todo el lugar.

—Muchas gracias, chicas, la verdad es que... me siento como si fuera otra persona —comentó, sonrojándose con timidez—. ¿Usted qué opina, abuela? —preguntó al ver que se mantenía callada.

—Yo... creo que te ves como una princesa —respondió con la voz ronca por las lágrimas que inundaron su garganta, luego le extendió los brazos, invitándola a acercarse—. Ven aquí, querida, déjame darte un abrazo —pidió muy emocionada.

Ella caminó rápidamente y se refugió en el cálido cuerpo de su abuela, sintiendo que las emociones también estaban a punto de rebasarla. Marie, apenas podía creer que su niña estuviera a punto de casarse, los años se le habían escapado sin notarlo, y ella ya casi era una mujer; lo que le hizo recordar que había una conversación pendiente entre las dos.

—Bueno, mis bellas señoritas, ustedes, como el cortejo, deben estar antes que la novia, creo que ya es hora de partir —dijo, mirando a Annette y Victoria—. Mientras tanto, mi pequeña y yo debemos tener una conversación muy importante.

—Por supuesto, abuela Marie —mencionó Victoria con una sonrisa, y agarró el pequeño bolso de mano donde llevaría algunas cosas para retocar el maquillaje de Patricia.

—Las dejamos solas, no hagas esperar mucho a Christian.

Salieron juntas de la habitación y, cuando iban por el pasillo, compartieron una mirada cómplice; sabían cuál era la conversación que Marie tendría con Patricia, y su curiosidad estuvo a punto de hacerlas quedarse a escuchar detrás de la puerta. Luego negaron con la cabeza mientras sonreían, debían esperar a que su día llegase, además de respetar la privacidad y ese momento que era únicamente de su amiga.

Patricia se sentó como su abuela le había pedido y se mantuvo en silencio, mientras la veía meditar acerca de esa conversación que deseaba tener. El silencio comenzó a ponerla nerviosa, por lo que comenzó a estrujar sus manos y soltó un suspiro para drenar la ansiedad que estaba a punto de hacer que se desmayara.

—Cariño..., a partir de este día, tu vida cambiará de muchas maneras, tendrás la responsabilidad de llevar tu hogar, aunque yo estaré allí para ayudarte, claro está; sin embargo, tendrás otras obligaciones con tu marido, unas que solo tú puedes llevar a cabo y que debes cumplir con la frecuencia que él te lo solicite; por supuesto, siempre que no estés físicamente indispuesta para ello.

—Planeo ser la mejor esposa para Christian, abuela.

—Sé que lo conseguirás, eres perseverante y muy inteligente. —Suspiró al ser consciente de que estaba dando muchas vueltas—. Esta noche, cuando debas cumplir con tus deberes maritales...

—No, no, abuela, no es necesario que me explique nada de eso, por favor —dijo, enrojeciendo de pies a cabeza.

—¿No es necesario? —cuestionó con la voz ahogada, sintiéndose alarmada por la declaración de su nieta.

—No se angustie, por favor —pidió al ver que palidecía y sus ojos estaban a punto de saltar de su rostro—. Yo..., le comenté a Christian que me sentía muy joven para comenzar una vida como marido y mujer, en ese aspecto. Así que él me dijo que no tenía problemas con esperar y darme el tiempo que necesitase —dijo con la mirada anclada en sus manos, eso la avergonzaba.

—Ya veo —murmuró Marie, sopesando las palabras de su nieta; suspiró y se encaminó para tomar asiento en el sillón donde ella estaba—. Patty..., cuando dos personas se aman y tienen la libertad para demostrarse ese amor, no existen plazos acordados por conveniencia de alguna de las partes, el amor es algo que no puedes contener, y es natural, así como lo es el deseo. Tu futuro esposo es joven y gallardo, tú eres una jovencita muy bonita, ambos

sienten atracción él uno por el otro...

—Sé todo eso abuela, pero... —Patricia no pudo continuar, su mirada reflejaba la angustia que sentía.

—Solo debes confiar en él, Christian es un chico gentil, sé que será un buen esposo, te tratará con ternura y respeto. Y si decides comenzar tu vida marital hoy o dentro de un mes, ten presente que debe ser algo que deseen los dos; no le impongas nada o estarán comenzando este camino con mal pie. — Le aconsejó y le entregó una sonrisa.

—Tengo miedo de arruinarlo —confesó, sollozando.

—No, no digas eso, no vas a arruinar nada. Solo sé tú misma, recuerda que eso fue lo que lo enamoró —pronunció, acunándole el rostro entre las manos—. Ahora, ponte de pie y piensa en lo maravillosa que será tu vida junto al chico que amas.

—Gracias, abuela. —Patricia se abrazó a ella con fuerza.

—No tienes nada que agradecer, solo quiero que seas feliz, mi «patito». —La llamó por el apodo que usaba cuando era niña, aunque a su hijo y a su nuera no les gustaba.

Patricia sonrió al recordarlo, se miró en el espejo, reconociéndose en la mujer vestida de novia; se irguió con orgullo y la seguridad la colmó por completo.

Stephen sería el encargado de llevarla hasta el altar, y cuando la vio bajar, sintió una gran emoción y, deseó que, donde quiera que estuviera Henry O'Brien, pudiera ver lo hermosa que lucía su hija. Se acercó hasta ella para recibirla a los pies de la escalera, al tiempo que mostraba una gran sonrisa que llegaba a iluminar sus ojos azules.

—Te ves preciosa, Patricia —mencionó, detallándola mejor.

—Gracias, señor Anderson —respondió, sonriendo con timidez, y se colgó del brazo que él le ofrecía.

—A partir de hoy no tendrás que llamarme así, te convertirás en mi sobrina, así que podrás llamarme tío abuelo o, simplemente, tío, como hace Christian —acotó, sonriéndole para hacerla sentir confiada.

—Será un honor —expresó, emocionada.

—También lo será para mí, y ya no hagamos esperar más a mi sobrino, debe estar a punto de enloquecer.

—¿Vamos retrasados? —preguntó con angustia.

—No, vamos bien de tiempo, pero los novios siempre son impacientes —explicó, riendo.

Marie se acercó para besar la frente de su nieta y darle la bendición, deseándole lo mejor del mundo; sin poder evitar derramar un par de lágrimas, lamentando que su hijo no estuviera allí para verla. Luego de eso, subió a otro auto junto a Annette y Victoria, ambos coches salieron rumbo a La catedral del Santo Nombre, donde ya los esperaban los invitados y un novio que debía estar muy ansioso.

Cuando el auto se detuvo frente a la hermosa e intimidante fachada con estilo del renacimiento gótico, el corazón de Patricia se desbocó en latidos, todo el cuerpo le comenzó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas, estaba entrando en pánico.

Se aferró a la mano del tío abuelo de su futuro esposo, impidiéndole que bajara del auto; lo miró a los ojos, rogándole que le diera un momento para poder tranquilizarse.

—¿Te sientes bien? —preguntó Stephen, al ver que había pedido los colores del rostro y estaba temblando.

—Sí..., sí, es solo que... —Patricia se detuvo sin saber cómo explicar lo que sentía; suspiró, cerrando los ojos para alejar de ella ese miedo absurdo que intentaba paralizarla, consiguió vencerlo y abrió sus párpados—. Estoy bien..., estoy bien. —Luchó por ser valiente.

—Es normal que estés nerviosa, a todos nos pasa en un día como este —comentó, recordando que mientras esperaba a Virginia, no podía con la ansiedad, deseando que llegase, pero se puso a temblar en cuanto la vio caminar hacia el altar.

—¿Los hombres también se ponen nerviosos?

—No te imaginas cuánto —dijo, sonriendo—. Y ahora, vamos, antes de que a tu novio le dé un ataque de ansiedad.

Patricia asintió, compartiendo el mismo gesto, se acomodó el velo y respiró profundo, luego recibió la mano de Stephen, quien ya había bajado y esperaba para ayudarla. Su abuela ya se encontraba allí, junto a sus amigas, ellas les sonreían, llenándola de confianza; vio que alguien les indicaba que debían entrar y, un minuto después, escuchó que la marcha nupcial daba inicio.

Atravesó las puertas, llevada del brazo de Stephen Anderson, y el pasillo frente a ella se le hizo interminable, no sabía cómo conseguiría la proeza de llegar al final, antes de que sus piernas flaqueasen. La respuesta le llegó segundos después, cuando su mirada se posó en Christian, quien lucía como todo un príncipe, y la esperaba junto al altar, mostrando una sonrisa que la

llenó de seguridad, por lo que también sonrió y comenzó a caminar.

Sentía un sinfín de emociones recorrerla de pies a cabeza mientras avanzaba, de vez en cuando, le dedicaba sonrisas a las personas apostadas a cada lado del pasillo; quienes, en su mayoría, eran desconocidos para ella y estaban allí por invitación de la matrona de los Anderson. La verdad es que solo le importaba el chico al final del pasillo, ese que era como el faro que la estaba guiando a un puerto seguro. Comprendió que, a partir de ese instante, ya no tenía nada que temer, porque Christian siempre sería su refugio, su hogar, el pilar en el que podía apoyarse desde ese día y para siempre.

—Te ves... bellísima, Patty —esbozó él, sin poder despegar su mirada de ella, lo tenía completamente hechizado.

—Gracias, Christian —susurró, entregándole una sonrisa tímida—. Tú también luces muy apuesto. —Sus mejillas ardieron por el sonrojo.

—Christian. —Stephen atrajo la atención de su sobrino, que ni siquiera lo había mirado, algo que él comprendía muy bien, pues en su momento también vivió lo mismo. Sonrió cuando la mirada de su sobrino se encontró con la suya—. Te hago entrega de Patricia, para que la hagas tu esposa y la protejas como el tesoro más preciado.

—Muchas gracias, tío Stephen —respondió, sonriendo con emoción y recibió la mano de su novia.

—Les deseo la mejor de las fortunas.

Después de eso, se alejó para ocupar su puesto en la primera fila, junto a Margot, mientras sonreía al ver que el sacerdote también tuvo que llamar la atención de los novios, pues estos solo eran conscientes el uno del otro. Y de ese modo, dio inicio la ceremonia, que estuvo cargada de momentos muy emotivos, recordándoles a todos los presentes la importancia del amor, el compromiso y el apoyo que nunca podía faltar en un matrimonio.

Los votos fueron hermosos y muy conmovedores; sobre todo, por parte de Christian, quien estaba más consciente del paso que estaba dando, y no se sentía tan nervioso como su novia. Mientras que Patricia casi olvidó todas las palabras que había ensayado, pero luchó por no entrar en pánico y dejó que fuese su corazón el que le expresara a Christian todo el amor que sentía por él.

—Hijo, ¿aceptas a Patricia Madeleine O'Brien Carson, como tu esposa? Para amarla, respetarla y acompañarla por el resto de tus días

—Sí, acepto —pronunció, sonriendo y mirando a los ojos a Patricia, sin titubear.

—Y tú hija, ¿aceptas a Christian Arthur Cornwall Anderson, como tu esposo? Para amarlo, respetarlo y acompañarlo por el resto de tus días. — Miró a la jovencita, quien lucía muy nerviosa.

—Sí, acepto. —La voz de Patricia se escuchó firme y fuerte, lo que la hizo sentir feliz, pues ya no había dudas en ella.

Christian le dedicó una sonrisa radiante y estuvo a punto de tomarla entre sus brazos para besarla, pero se recordó que debía esperar, todavía no llegaban a esa parte. Le agarró la mano y miró hacia el sacerdote, para que este continuara con la ceremonia, ya quería salir de allí, llevando a Patricia de su brazo, como su esposa.

—Con el poder que me ha sido otorgado por la Santa Iglesia, los declaro marido y mujer. Christian, puedes besar a tu esposa —anunció el sacerdote con una sonrisa.

Él se volvió para mirar a Patricia y con suavidad le retiró el velo, sintiendo que su corazón estaba a punto de estallar de felicidad; nunca había visto a una mujer más hermosa que ella. Trató de contener su pasión y acunó el delicado rostro de su esposa, luego bajó para apoyar sus labios sobre los tiernos de Patricia, prologando el toque al sentir que ella le correspondía y que el lugar se llenaba de aplausos.

Segundos después, se separaron, aunque seguían sintiendo que flotaban dentro de una burbuja; se volvieron hacia los asistentes, presentándose como el señor y la señora Cornwall.

De inmediato, sus familiares más cercanos llegaron hasta ellos y comenzaron a felicitarlos, entregándoles sus mejores deseos, luego les permitieron continuar, ya tendrían tiempo de compartir en la recepción.

—Pensé que nosotros seríamos los primeros en casarnos —Le susurró Terrence a Victoria, mientras veía a los novios caminar por el pasillo, ahora convertidos en esposos.

—Yo también —expresó ella, riendo; recibió el brazo que le ofreció su novio y caminó detrás de los recién casados.

Sean escuchó las palabras del rebelde y de su prima, por lo que apresuró el paso para llegar hasta ellos.

—¿Qué hay de Annie y yo? No olviden que fuimos los primeros en comprometerse —acotó, sonriendo, pues su hermano le había ganado la partida, pero estaba feliz por él y Patricia.

—Tienes razón, amor..., se suponía que debíamos ser nosotros —comentó Annette, aunque estaba feliz por su amiga.



—¡Vaya! Cuánta prisa tienen todos, yo ni pienso en eso —mencionó Brandon, alzando las cejas con asombro.

Los más jóvenes rieron ante el comentario y el semblante contrariado de Brandon, sabían que decía eso únicamente porque nunca se había enamorado, pero cuando le llegase su momento, sería el primero en querer llevar a la dama en cuestión al altar.

Al ver que ya los recién casados estaban a punto de atravesar la puerta, las chicas apresuraron el paso para cumplir con la hermosa tradición de lanzarles el arroz y desearles prosperidad y fertilidad, que estas dos marcaran sus vidas como marido y mujer.

Los novios subieron al hermoso auto, adornado con cintas y flores, que los llevaría hasta la mansión; pero antes, pasearon un rato por la ciudad, mientras hacían tiempo para que todos los invitados llegaran. Sin embargo, de lo que menos disfrutaban era del paisaje otoñal que vestía Chicago, pues sus miradas no podían despegarse la una de la otra, así como sus manos, que ahora portaban alianzas doradas.

—No puedo creer que estemos casados —murmuró Patricia.

—Yo sí, y debo decir que esto me hace sentir como el hombre más feliz sobre la tierra —comentó Christian, llevándose la mano de ella a los labios, para darle un beso.

No obstante, pensó que siendo esposos, ya no tenía sentido que se limitase, así que con suavidad, elevó la barbilla de Patricia para besar sus labios. Sintió que ella se tensaba, quizá por la presencia del chofer, pero en cuanto él le entregó una caricia en la mejilla, la sintió relajarse y entregarse a ese momento.

Casi una hora después, llegaban a la recepción, donde fueron recibidos con aplausos, risas y abrazos de felicitaciones de cada uno de los invitados. Se sentaron en una larga mesa junto a sus familiares, mientras la orquesta tocaba un repertorio que habían escogido las chicas, todas canciones de amor para celebrar la unión de Christian y Patricia.

—Ahora, el primer baile de los esposos —anunció Margot.

Ella llevaba dentro de su pecho una sensación de felicidad y satisfacción que no podía esconder, se sentía realizada al haber formado a Christian hasta convertirlo en el hombre que era. Un ser bondadoso, honesto, comprometido, responsable y, a partir de ese día, un hombre de familia; aunque no había seguido la tradición de escoger a una esposa escocesa, no tenía nada que reprocharle a Patricia, pues era una dama adorable.

—Te ves muy feliz, Margot —comentó Stephen, acercándose hasta ella y agarrándole la mano.

—Lo estoy —respondió con una sonrisa—. Hacen una hermosa pareja, seguro que nos darán niños hermosos.

—Bueno, según me dijo Christian, cuando hablé con él, esta tarde sobre ese tema..., planean esperar.

—¡Tonterías! Lo que sigue al matrimonio son los hijos, es el orden natural —expresó con convicción.

—Aún son jóvenes, Margot, no tiene nada de malo que deseen tener un tiempo para ellos como pareja. Recuerdo que Virginia y yo nos tomamos dos años antes de concebir a Victoria; eso hizo que nuestra unión se fortaleciera y que estuviéramos seguros del paso que habíamos dado, para tomar uno más importante, el de ser padres.

—Cada quien tiene su manera de pensar, ojalá Dios hubiese puesto un hijo en mis brazos al año de casada, te aseguro que lo habría recibido como la bendición más grande.

—Bueno, puede que no lo haya hecho en ese momento, pero lo hizo años después, y no te dio solo uno, sino a todos ellos —dijo, refiriéndose a sus sobrinos. La vio sonreír y le dio un beso en la mejilla, sintiéndose feliz por su hermana.

—Gracias —susurró, tan emocionada, que sus ojos se llenaron de lágrimas y le apretó la mano.

—Gracias a ti —mencionó él, sonriéndole.

Luego siguieron admirando a los recién casados, quienes se desplazaban con soltura y elegancia por toda la pista de baile, hechizando a cada uno de los presentes. No tanto por sus dotes de bailarines, sino por el amor tan hermoso que irradiaban y que les trasmitían en cada mirada y sonrisa que se dedicaban.

Para cuando la tarde comenzó a caer, los invitados se reunieron en la entrada de la mansión para despedir a los novios, ellos pasarían los dos primeros días de su luna de miel en Barrington, como era la costumbre de los Anderson. Luego viajarían hasta Florida, para disfrutar del mar, solo serían diez días, pues Patricia se negó a dejar por más tiempo a su abuela; además, que suponía que estar tanto tiempo a solas con Christian, haría más complicado el acuerdo al que habían llegado.

—Disfruta del amor, mi pequeña, recuerda que la vida es demasiado corta como para no aprovechar cada instante. —Le aconsejó Marie, mirándola a los

ojos, esperando que dejara de lado esa tonta idea de esperar para entregarse a su esposo; la verdad estaba deseosa de tener bisnietos.

—Gracias, abuela, ya lo hago..., estoy tan feliz —expresó con la voz ronca por las lágrimas.

—Y lo estarás mucho más. Ama a tu esposo con todo tu ser y sabrás de lo que hablo —dijo, sonriendo, y le dio un beso en la frente—. Que Dios te bendiga, mi patito. —Luego miró a su nuevo nieto—. Cuídala mucho, Christian.

—Le prometo que lo haré, ella ahora es mi tesoro —pronunció afirmando con su cabeza y le dio un abrazo.

Los demás también se acercaron para despedirse, deseándoles lo mejor, mientras que Brandon y Stephen le daban algunos consejos de último momento a Christian.

Las chicas, por su parte, le pedían a Patricia que recordara su promesa de contarles cómo era vivir una noche de bodas, confiaban en que su amiga las salvaría de seguir en ese mar de incertidumbre.

Después de eso, los jóvenes subieron al auto y emprendieron el viaje que, seguramente, estaría lleno de aventuras y daría comienzo a su nueva vida como marido y mujer.

## Capítulo 36

Patricia se miraba llena de curiosidad en el espejo, luciendo el elegante y sugerente camisón de seda blanca, con ribetes de encajes y transparencias que la hacía lucir como una mujer. Había sido un regalo de Annette, quien le dijo que debía llevarlo la noche de su boda; en un principio, pensó que no tendría sentido empacarlo, si había acordado con Christian que no iniciarían su vida marital todavía.

Sin embargo, al verlo doblado entre sus prendas de dormir, no pudo evitar caer en la tentación de probárselo para ver cómo lucía y cumplir la promesa que le hizo a su amiga de llevarlo esa noche. Aunque fuese solo para meterse a la cama y cubrirse hasta el cuello, pues se moriría de vergüenza si Christian la viese vestida así, estaba casi desnuda.

Se sobresaltó al sentir que la puerta de la habitación se abría, su cuerpo se puso a temblar y sus latidos se desbocaron al verlo, a través del espejo. Se giró, cruzando los brazos sobre sus senos, para evitar que viera ese escote tan escandaloso, y caminó de prisa para buscar refugio en la inmensa cama, vestida con delicadas sábanas y edredones en tonos malva, dorado y cobre, debajo de los cuales se escondió, mientras sentía que el rostro le ardía ante el sonrojo que lo pintaba de escarlata.

—Lo... lo siento, creo que debí tocar antes de entrar —expresó él, saliendo de la conmoción que le causó ver a Patricia vestida así; su cuerpo fue barrido por una llamarada de deseo.

—No te preocupes —susurró ella, tapándose hasta el cuello.

—Nos dieron una habitación sin sillones, pero al menos la alfombra está gruesa; creo que podré dormir allí sin problemas.

—¿Por qué dices algo así? No puedes dormir en el piso, es muy incómodo, Christian. —Se incorporó un poco para mirar el lugar al que él se refería y que estaba a los pies de la cama—. Puedes dormir aquí, hay mucho espacio para los dos.

—¿No te importa que duerma contigo? —cuestionó, desconcertado, ya que ambos habían acordado que no tendrían intimidad por el momento.

—Claro que no..., somos esposos, ¿no? —susurró sin atreverse a mirarlo

a los ojos—. Y no quiero que duermas incómodo y amanezcas con el cuerpo adolorido por mi culpa. Ven a la cama, por favor.

—¿Estás segura? —preguntó y la vio asentir.

Le sonrió pensando que él también podía actuar con madurez, estar en una cama junto a Patricia, no debería ser ningún peligro; después de todo, era un hombre y podía controlar sus instintos carnales.

Se quitó el salto de cama del elegante pijama que había recibido como regalo de su tío Stephen, para esa noche, y luego caminó lentamente hasta la cama, movió las cobijas, metiéndose debajo de estas, al tiempo que sentía su cuerpo rígido como piedra.

—¿Ves? Hay mucho espacio —comentó Patricia, notando que entre los dos, había una distancia prudente.

—Sí, es una cama grande —dijo e imaginó todo lo que podían hacer en esta, pero de inmediato negó con la cabeza, alejando esa idea; soltó un suspiro—. Sin embargo, no quería que te sintieras incómoda o pensaras que no cumpliría con mi promesa; creí que sería más fácil para ti dormir sola —esbozó de manera nerviosa, pues, al parecer, era más difícil para él estar juntos en una cama, de lo que resultaba para ella.

—Eres tan especial conmigo, Christian, muchas gracias —susurró, agarrándole las manos y perdiéndose en ese azul intenso de sus ojos.

—Tal vez se deba a que estoy profundamente enamorado de usted, señora Cornwall. —Se llevó las manos de ella a los labios, para besarlas, mientras la miraba a los ojos.

—Yo también estoy enamorada de usted, señor Cornwall, lo amo profundamente —pronunció sonriéndole y luego se quedaron en silencio, solo mirándose. El aire se cargó de expectativas.

—Patricia... —esbozó su nombre, brindándole una suave caricia en la mejilla, sintiendo que su pecho era pequeño para tanto amor, que necesitaba liberar al menos un poco, y por eso la besó.

Ella se estremeció al sentir ese beso tan profundo y entregado, ese que la hacía liviana y elevarse por el aire; quiso darle lo mismo, así que llevó su mano hasta el pecho masculino, sintiendo la fuerza de los músculos y la calidez que traspasaba la seda del pijama; suspiró, separando sus labios y se aventuró a entregarle su lengua.

Christian recibió ese gesto de ella como una invitación, deslizó la mano que le acariciaba la mejilla hasta su cuello, abriéndola allí para enredar sus dedos en la espesa cabellera castaña. La sintió temblar y eso avivó mucho

más el deseo que latía dentro de él, por lo que el beso se volvió más intenso e invasivo, recorriendo con su lengua los rincones de la boca de su amada, disfrutando de su dulzura y su calidez.

—Christian —susurró, sintiendo que ese beso la estaba mareando y su cuerpo comenzaba a arder.

—Me encanta la manera... en la que pronuncias mi nombre, quisiera escucharlo siempre, Patty.

—A mí también me gusta escucharte decir el mío y que ahora me llames señora Cornwall —confesó con timidez.

—A partir de ahora te llamaré así todos los días —aseguró, mirándola a los ojos y le dio un toque de labios—. Sin importar que sigas siendo señorita —agregó, pero al ver que ella bajaba la mirada y se tensaba, quiso golpearse por ser tan estúpido y hablar de más—. Patty..., lo siento, no quise... —Intentó disculparse al ver que su comentario la había lastimado.

—No te preocupes, está bien, puedes seguir llamándome Patty, también me gusta. —Sonrió para alejar ese sentimiento de culpa de él.

—Haré lo que desees, amor mío. Ahora, será mejor que nos durmamos, ya es tarde. Buenas noches, Patty. —No quiso ahondar en más explicaciones, pues con lo torpe que se estaba portando, podía terminar por arruinarlo todo.

—Bien, buenas noches, Christian —mencionó y se arriesgó a darle un beso, solo un toque de labios.

Ambos sonrieron ante ese gesto, y después cada uno se acostó, ocupando un lugar en la cama, manteniendo una distancia prudente entre sus cuerpos. Él le dio la espalda para poder luchar contra la tentación. Presentía que esa sería la noche más larga de su vida, y se sintió angustiado al pensar que las siguientes serían iguales.

—Christian, ¿estás dormido? —preguntó minutos después de estar mirando el dosel de la cama y no poder conciliar el sueño.

—No, aún estoy despierto —respondió y rodó para mirarla.

—Quiero..., quiero que me llames señora Cornwall..., mañana cuando despertemos —pidió, mirándolo a los ojos.

—Por supuesto, amor, ya te dije que haré lo que desees —comentó, mostrando una sonrisa condescendiente.

—Sí..., lo sé, pero... es que yo..., en verdad deseo ser la señora Cornwall, al despertar. —La voz le vibró a causa de los nervios.

Christian pudo escuchar sus palabras, pero fue su actitud lo que le hizo comprender a lo que en verdad se refería y, aunque se encontraba acostado,

pudo sentir cómo su mundo se tambaleaba.

Cerró los ojos solo por un instante, sin poder creer que eso estuviese ocurriendo; aunque lo había deseado muchas veces, ya se había resignado a que no pasaría por un tiempo.

—Christian... —Lo llamó al ver que se quedaba callado.

—¿En verdad quieres que..., que nosotros...? —Se interrumpió, mirándola fijamente a los ojos. No quería que ella cediera solo por sentirse presionada, eso lo haría sentir terrible.

—Sí —respondió, asintiendo también con su cabeza—. Quiero que tengamos una noche de bodas como la de todos los recién casados. —Sus mejillas ardían ante el sonrojo, pero su mirada desbordaba convicción.

Él agarró el rostro en su esposa entre las manos y la miró con devoción, antes de besarla con intensidad; gimió junto a ella cuando sus lenguas se rozaron, aprobando el sabor que inundaba sus bocas y que, de un momento a otro, se volvió adictivo. Sus manos también hicieron lo propio y comenzaron a brindarse caricias, así fue cómo la mano de Christian cubrió el pequeño seno de Patricia, y ella se estremeció al sentirse tocada de esa manera.

—Chris... Christian —habló cuando él liberó sus labios para besarle el cuello, lo que hizo que su piel se erizara—. Christian...

—Sí..., amor, sí, dime... ¿Voy muy rápido? —inquirió, sintiéndose apenado, se suponía que debía ser tierno.

—No, no es eso..., es que... tu mano está en mi... —La vergüenza al ver cómo le tocaba el seno, no le dejó continuar.

—¡Ah!... Lo siento, yo... ¿Te molesta? —La retiró, sintiéndose apenado con ella, aunque, las veces que estuvo con una chica, no se habían quejado de que las tocara de esa manera.

—No lo sé... —Se quedó en silencio, analizando la sensación que le provocó que él la tocara así—. No, no me molesta; por el contrario, es... placentero. Es solo que, no sé si es correcto, si está bien... Tuve la estúpida idea de decirle a mi abuela que no me explicase nada con respecto a esta noche, y ahora no sé qué hacer —explicó con rapidez, antes de que la vergüenza le fuese a secuestrar la voz, una vez más.

—No te preocupes, mi vida, solo siente y disfruta de mi amor; yo te enseñaré todo lo que debas saber sobre esta noche —susurró, rozándole los labios, al tiempo que le agarraba las manos y la animaba a desabotonar su pijama, con una sonrisa radiante—. Comienza por desvestirme, y siéntete en libertad de tocarme de la manera que desees, donde desees; recuerda que juré

ser tuyo, y tú ser mía —pronunció, mirándola a los ojos y, luego, bajó, creando un sendero de besos desde su cuello hasta sus senos.

—¡Christian! —exclamó en medio de un jadeo, arqueándose cuando sintió cómo él comenzaba a besarle los pechos.

—Relájate..., nada de lo que hagamos esta noche estará mal; soy tu marido y tú mi mujer, podemos entregarnos por completo. Confía en mí —pidió, mirándola a los ojos.

Ella pasó el nudo que se había formado en su garganta y asintió, entregándole una sonrisa tímida; después dejó caer los párpados pesadamente, cuando sintió que él la besaba de nuevo. Podía sentir cómo sus besos cada vez se volvían más osados, dándole suaves succiones a sus pezones, como si fuesen una mamila, y después los lamía, como si se tratasen de un dulce, lo que la hizo sonreír, porque no se imaginaba que pudieran serlo.

De pronto, sintió cómo una de las manos de Christian se movía debajo de las sábanas, hasta alcanzar su rodilla y comenzaba a subir su camisón, rozándole suavemente la sensible piel del interior de sus muslos. Su cuerpo se tensó y sus piernas se apretaron, cortándole el camino, pero al recordar que él le había pedido que se relajara, suspiró y luchó por hacerlo, aunque no le resultaba fácil, todo era muy nuevo y abrumador para ella.

—Tu piel es tan suave, Patty..., es como el terciopelo —murmuró, deslizando su mano por el vientre plano y trémulo de su esposa, había evitado tocarla en su lugar más íntimo, al sentir que se tensaba, no quería que ella estuviese asustada.

—Gracias —susurró, sonriéndole y suspiró bajo el influjo de sus caricias, luego se aventuró a tocarlo—. Tu cuerpo es tan fuerte..., pensé que eras más delgado, pero tienes músculos vigorosos —expresó, sonriendo mientras observaba el pecho de su esposo.

—Es una suerte que pienses eso, porque no hago mucho ejercicio —comentó, riendo; la miró a los ojos y sin poder esperar más, se movió para ponerla debajo de su cuerpo.

—Christian —esbozó, abriendo mucho los ojos y sintiéndose abrumada al ser consciente del peso de él sobre ella, y de algo duro que presionó en la parte baja de su estómago.

—Tranquila..., todo estará bien..., solo recuerda relajarte —mencionó, luchando por no dejarse caer por completo sobre ella.

Patricia, asintió, demostrándole que confiaba en él; suspiró cuando



comenzó a acariciarla, cerró los ojos y se entregó en sus manos, que se movían a un ritmo acompasado y la iban seduciendo. Por ello, no fue consciente del momento en el que la despojó de su camión, tampoco en el que se quedó desnudo.

Christian necesitaba comprobar si ella estaba lista para recibirlo, había aprendido, en su escasa experiencia, que las mujeres debían estar en ciertas condiciones para que no les resultase doloroso el encuentro; sin embargo, no hallaba la manera de planteárselo, por más que lo pensase; pues, era consciente de que se había escandalizado un poco cuando le acarició los senos, así que tocarla de manera más osada, quizá resultaba una ofensa para su esposa.

—Mírame, Patricia —rogó con la voz ronca y profunda, armándose de valor. Ella abrió sus párpados, mostrándole ese par de ojos marrones que brillaban como luceros, y le entregó una sonrisa que lo hizo sentir como alguien especial; la besó con ternura y habló—. Mi amor..., tengo que saber si estás lista para recibirme, si tu cuerpo está listo.

—¿Para recibirte? —inquirió, parpadeando, desconcertada.

—Sí..., es como cuando nos besamos y mi lengua entra en tu boca —explicó y la vio asentir, por lo que continuó—. Es más o menos así, solo que ahora será otra parte de mí, la que entrará en tu cuerpo..., y debo saber si estás lista.

—¿Y cómo lo sabrás? —cuestionó, temblando; imaginaba en qué lugar de su cuerpo él entraría, porque era justo allí donde las sensaciones eran más poderosas, así como su necesidad.

—Tengo que tocarte, pero te prometo ser gentil, no tienes que temer —contestó, mirándola a los ojos y la vio sonrojarse, demostrándole que había entendido a lo que se refería.

—Está bien, puedes hacerlo —susurró, respirando profundo para intentar relajarse, pero su cuerpo parecía una piedra.

Él notó que estaba demasiado tensa y que no podía solo abordarla de esa manera, se suponía que ese momento debía ser especial, y no que pareciera un procedimiento médico. Así que comenzó a besarla, necesitaba hacer que se relajara y se sintiera cómoda; lentamente, fue deslizado sus manos por la pequeña y frágil figura de su esposa, pensando que quizá, sí era demasiado pronto para hacerla su mujer.

—Es tan hermosa la manera... en la que me acaricias —expresó ella, en medio de un suspiro.

—Te prometo que será así siempre. —Le besó el cuello, sintiéndose feliz al ver cómo, poco a poco, ella se entregaba en sus manos.

Deslizó sus labios hasta alcanzar los brotes rosados que coronaban las pequeñas colinas en su torso, y comenzó a beber de ellos mientras su mano buscaba el rincón que se moría por conquistar esa noche. Sintió que ella se estremecía ante el roce de sus dedos sobre el suave pubis, y se detuvo un instante para no asustarla, mientras seguía besándola. Se le ocurrió que, quizá, era mejor ir abonando el camino de su unión.

Así fue cómo optó por dejar que fuese su hombría la que rozara con lentitud el centro del placer de su esposa; gimió al comprobar que estaba húmeda, caliente y palpitante, lo que se resumía a que se encontraba completamente lista para recibirlo.

Intentó ir un poco más allá y sintió cómo ella le clavaba las uñas en los brazos, soltando un gemido ahogado que le dejaba claro que su invasión la había lastimado un poco.

—Tranquila..., está bien..., está bien —susurró en su oído y siguió besándola, también estaba tenso, pues no quería hacerle daño; por eso recordó que entre más prologase ese momento, más complicado sería para ella, así que buscó su mirada—. Patty, amor..., te va a incomodar, pero solo será un instante, te lo prometo, confía en mí, ¿sí? —pidió, rozándole los labios.

—Sí..., confío en ti, Christian —pronunció, siendo consciente de que debían continuar, que eso no acababa allí. Sentía una mezcla de miedo y emoción que la recorría entera y se exigía más.

Se miraron a los ojos, demostrando todo el amor que sentían, unidos en un abrazo muy estrecho, que acabó por alejar los miedos de Patricia y las dudas de Christian, y una sonrisa compartida fue todo lo que necesitaron para dar paso a una entrega absoluta. Él conquistó el cuerpo de su esposa, y ella se aferró con todas sus fuerzas al de su marido, sintiendo que el desgarró en su interior la dejaba sin aire y hacía brotar lágrimas de sus ojos, pero luchó por ser valiente y no le pidió que se alejara.

—¿Estás bien? —preguntó con angustia al ver que lloraba.

—Sí..., lo estoy..., solo no te muevas, no todavía, por favor.

—Tranquila, lo haré cuando me lo pidas —dijo, besándola.

—Gracias. —Respiró profundo e intentó sonreír.

Se sentía abrumada por las sensaciones que la recorrían en ese instante, aunque no de un modo malo, era algo distinto y nuevo para ella, algo que no

se lograba explicar ni con todas las palabras que existían dentro de su vocabulario.

Quiso probar si ya no le dolería de nuevo y tomó la iniciativa, meciéndose debajo de Christian; el movimiento le incomodó un poco, aunque no al grado de lo que sintió antes, así que continuó muy lento.

—¿Quieres que también lo haga yo? —preguntó, deseoso de acompañarla en ese baile.

—Sí..., pero despacio —pidió, mirándolo a los ojos.

Él sonrió e hizo lo que le pedía, esmerándose en ser cuidadoso, pues podía sentir que Patricia estaba muy estrecha, apenas podía moverse en su interior y eso lo hizo pensar que, quizá, sí estaba muy joven para iniciar una vida marital. Aunque sabía de mujeres que se habían casado mucho más jóvenes e; incluso, habían traído hijos al mundo, pero eso no lo libraba de su responsabilidad de cuidar de ella y de su cuerpo.

La naturaleza comenzó a hacer lo suyo, permitiendo que sus cuerpos se acoplaran a la perfección. El placer se fue apoderando de ellos, dejando detrás el dolor que en un principio embargó a Patricia, y antes de que pudiera ser consciente de lo que hacía, se encontraba a las puertas del paraíso.

Sentía que entre más tenía de Christian, más deseaba, y eso la llevó a aumentar el ritmo de sus caderas, que salían al encuentro de las de su esposo, así como su boca, que buscaba de manera urgida sus labios y su lengua.

Un grito agónico se desprendió de su interior y se ahogó en él, cuando lo bebió en medio de un beso, donde también liberó sus propios gemidos, que iban acompañados del estallido de su propio orgasmo, que se derramó en el interior de Patricia, marcándola a partir de ese momento como suya para siempre.

## Capítulo 37

Despertó sobresaltado y con rapidez se sentó en la cama; una vez más, era víctima de ese molesto dolor en el pecho, que ya comenzaba a preocuparlo. Por instinto, se llevó una mano para ejercer presión allí, esperando que eso le ayudase a aliviar la dolencia, pero sabía que era poco lo que podía hacer contra lo que desconocía, así se volvió a tumbar en la cama.

Un suspiro escapó de entre sus labios, cuando el dolor comenzó a pasar y los latidos de su corazón, poco a poco, se fueron normalizando. Cerró los ojos para calmar los pensamientos que lo atormentaban, pero al mismo tiempo, era consciente de que ya no podía esperar más, tenía que programar una visita a su doctor.

No pudo conciliar el sueño después de ese episodio, por lo que dejó que su mente vagara entre sus recuerdos, esos de los días cuando fue completamente feliz, y a los que volvía siempre que se sentía extraviado o angustiado, justo como lo estaba en ese momento. Vio cómo los primeros rayos de sol, lentamente, comenzaban a abrirse paso entre la espesa niebla que rodeaba la mansión ese día; suspiró y luchó contra la pereza para ponerse en pie.

—El tiempo no pasa en vano. —Se dijo mirándose en el espejo.

Podía notar que su cabello ya no era tan abundante, tenía entradas pronunciadas en la frente, también arrugas en los contornos de sus ojos. Decían que esas marcas les salían primero a las personas que sonreían con frecuencia; bueno, debía reconocer que él lo había hecho, aunque no tanto como le hubiese gustado, pero así era la vida.

—Buenos días, Stephen, ¿cómo amaneces? —Lo saludó Margot.

—Buenos días, hermana, estoy bien, gracias.

—¿Estás seguro? Te ves algo pálido.

—Sí, no te preocupes, solo que no pude dormir bien anoche, pero no es nada. ¿Tú cómo te encuentras hoy? —preguntó, sonriendo para que ella no sospechase de su malestar.

—Bien, también me desvelé un poco. Estuve pensando en Victoria. —Dejó el comentario en el aire, esperando que él le pidiera continuar y así

poder hacerlo, no quería mostrarse muy urgida.

—¿En Vicky? Imagino que debe ser algo importante, para que te impidiera conciliar el sueño, ¿qué sucede con mi hija?

—Nada grave, no te preocupes —dijo de inmediato al ver que su semblante se mostraba contrariado—. Solo le estaba dando vueltas a una idea, vamos al jardín para desayunar y te cuento mejor.

Stephen se dejó guiar por su hermana hasta la terraza que usaban para desayunar, cuando el clima así se los permitía. La miró ocupar su asiento con toda la calma del mundo, sabía que esa era su forma de ser, pero también la táctica que utilizaba cuando quería despertar el interés y la curiosidad de las personas.

—Bien, soy todo oído —mencionó para que Margot no siguiera con los rodeos, y acomodó su servilleta.

—Creo que es conveniente para Victoria, que curse una carrera en la universidad —declaró, yendo directo al grano.

—¿Quieres que mi hija vaya a la universidad? —cuestionó, sorprendido, jamás hubiese esperado eso de parte de Margot.

—Sí, como escuchaste —confirmó mirándolo a los ojos, y quiso continuar—. Victoria tiene una curiosidad sagaz, es inteligente y sé que sabría aprovechar esta oportunidad. Incluso, estoy dispuesta a dejar que escoja la carrera que desee, entre las que se ofrecen para las mujeres en la Universidad de Chicago. Tomaré el té con Edith Rockefeller, esta semana, y pensé en hablar del tema; por supuesto, si tú lo autorizas.

—Yo..., la verdad no sé qué decir, sabes que siempre he querido lo mejor para mi hija, e imaginarla como una mujer con carrera universitaria me llena de emoción; sin embargo, creo que es algo que debemos consultarle a ella, antes de tomar cualquier decisión.

—¡Por el amor de Dios, Stephen! No tendrías ni que ponerlo en duda. Estoy segura de que tu hija estará feliz, siempre ha mostrado interés por el conocimiento, además, esto servirá para que deje de lado esa absurda idea de seguir perdiendo su tiempo en el orfanato. Es una Anderson y está hecha para cosas grandes, relevantes —mencionó completamente convencida de su idea.

—Es posible que se interese en tu idea, aunque dudo que la vayas a hacer desistir de prestar su ayuda al orfanato, sabes tan bien como yo que es terca, y ese rasgo también lo heredó de los Anderson —dijo sin poder evitar sonreír al ver a Margot erguirse al sentirse aludida.

—Tendrá que escoger, porque no creo que los estudios le dejen tiempo

para otras ocupaciones, y estoy segura que optará por sus estudios superiores. Yo en su lugar, no lo dudaría, ojalá nuestro padre me hubiese brindando una oportunidad así, te aseguro que hoy las cosas serían distintas y no tendría que depender de nadie —comentó con altivez, pero al notar que Stephen fruncía el ceño, se arrepintió—. O podría servirles de más ayuda a ti y a Brandon, con todo lo relacionado a los negocios de la familia.

—Te entiendo, aunque siempre pudiste solicitarle eso a tu marido, Arnold era un hombre comprensivo, quizá te hubiese dado el permiso de estudiar —dijo, siendo consciente de que no había hablado por mal, solo estaba liberando sus pensamientos.

—Ya no hablemos del pasado, no tiene sentido. Ahora debemos enfocarnos en Victoria, y tú deberás ayudarme a convencerla de que es lo que le conviene para su futuro.

—Te prometo que haré lo que esté en mis manos, pues, por encima de todo lo demás, siempre estará la felicidad de mi hija y, si su deseo es estudiar, la apoyaré, pero si decide lo contrario, quiero que sepas que me pondré de su lado.

Margot no pudo hacer más que asentir con un movimiento rígido, mientras rogaba internamente porque su malcriada sobrina no fuese a cometer la estupidez de rechazar el privilegio que le daba.

Ya cerca del mediodía, Brandon se encaminó hacia la oficina de la presidencia, desde donde su tío Stephen y la matrona llevaban las riendas del emporio creado por su abuelo Jonathan William Anderson. Su tía no había ido con ellos ese día, pues se quedó en la mansión para preparar el almuerzo de bienvenida que le darían a Christian y a Patricia, quienes regresaban de su luna de miel.

Entró al lugar, después de recibir la orden para hacerlo, pero se quedó en silencio junto a la puerta, al ver que su tío se encontraba ocupado en una llamada. Miró el enorme retrato de su abuelo colgado en la pared detrás del escritorio, su semblante serio no dejaba de intimidarlo ni siquiera en ese momento, cuando ya se consideraba todo un hombre; su tío terminó la conversación que tenía y lo invitó a seguir.

—¿Ya está listo, tío? —preguntó, entrando a la gran oficina.

—Brandon, me temo que no podré acompañarte a la estación.

—¿Se le presentó algún contratiempo? —inquirió, viéndolo ponerse su gruesa gabardina, lo que indicaba que saldría.

—No, todo está bien, solo tengo una cita —respondió, cerrando los

botones y después agarró su sombrero.

—¿Con una dama? —preguntó, sonriendo, no quería inmiscuirse en la vida privada de su tío, pero no podía negar que su actitud le provocaba algo de curiosidad.

—No, no es nada de eso —respondió, entregándole una sonrisa—. Voy a ver al doctor Peterson, logré conseguir que me atendiera hoy, ya sabes que es un hombre muy ocupado, así que he corrido con suerte.

—Comprendo —murmuró Brandon y la sonrisa fue reemplazada por un gesto de preocupación.

—Intentaré llegar para el almuerzo, pero si no lo consigo, preséntales mis disculpas a Christian y a Patty, por favor —dijo y estaba por salir cuando se volvió para mirarlo, necesitaba pedirle algo más—. Y otra cosa, no le comentes nada de esto a Margot ni a Victoria, por favor; Brandon, no quiero que se preocupen.

—¿Acaso existe algún motivo por el que debemos preocuparnos, tío Stephen? —Se incluyó, pues él comenzaba a hacerlo desde ese momento, la actitud relajada de su tío no lo tranquilizaba.

—Tranquilo, no se trata de nada grave; la verdad es que aún no sé lo que tengo, por eso iré a verlo. Supongo que él me enviará a hacer algunos exámenes y luego de eso tendremos los resultados.

—Por supuesto, en ese caso, solo nos queda esperar.

—Ciertamente —dijo sin darle mucha importancia al asunto, no quería que su sobrino comenzara a atormentarse—. Bien, ahora vamos o se nos hará tarde. —Caminó junto a Brandon para salir de la oficina.

Sabía que Stephen era un hombre saludable, nunca lo había visto enfermarse en el tiempo que llevaba en la mansión, pensó que era absurdo angustiarse; sin embargo, querer asegurarse a sí mismo de que todo estaría bien, no alejaba esa sensación de zozobra.

—Tío, espere... —Lo llamó antes de que subiera al auto—. Si por casualidad, las noticias que espera recibir hoy no son tan alentadoras, me lo hará saber, ¿verdad? —inquirió, mirándolo.

—Brandon, ya te dije que no tienes...

—Solo quiero que me prometa que si se trata de algo grave me lo dirá, que no se lo guardará para usted solo. —Le exigió.

—Te prometo que sea lo que sea te lo comunicaré. ¿Está bien?

—Muchas gracias —expresó y le dio un abrazo.

Stephen le dedicó una sonrisa al tiempo que le palmeaba la mejilla de

manera cariñosa, después de eso subió al auto en la parte de atrás; debía admitir que sí sentía cierto temor de lo que pudiera descubrir en esa visita al doctor.

Sin embargo, se obligó a relajarse, pues no ganaba nada con poner más peso a la carga que ya llevaba, el auto se puso en marcha, y él respiró profundo para aliviar la molesta presión en su pecho, que solo empeoraba cuando se angustiaba.

Victoria lanzó las hojas del periódico al suelo y comenzó a pisotearlo, ya no soportaba seguir leyendo noticias como esa y; sin poder contenerse más, descargó toda su rabia haciendo añicos la imagen de Terrence junto a Allison Foster, quienes siempre se mostraban sonrientes y cómplices ante las cámaras.

En ocasiones anteriores, solo ignoró a la chica y recortó la imagen de su novio, pues deseaba atesorar cada nota de prensa donde él salía, para crear un álbum que pensaba mostrarles a los hijos que tuvieran; quizá por eso se llenó de rabia, porque sería humillante que vieran que su padre siempre estaba junto a otra mujer.

—Vicky... ¡Victoria, por Dios! ¿Qué haces? —preguntó Annette al entrar a la habitación y encontrarla en pleno berrinche.

—Nada —murmuró, sintiéndose avergonzada al ser descubierta en semejante ataque de histeria, se dobló y recogió con rapidez los pedazos del periódico para echarlos a la basura.

—¿Qué sucede?, ¿qué es eso? —cuestionó, intentando quitárselos.

—No es nada, Annie. —Le dio la espalda para evitar que lo viera.

—Con que de eso se trata —masculló, mirando el pedazo de papel que había logrado quitarle—. Lo vi esta mañana después del desayuno, entiendo que te sientas de esta manera, amiga.

—Estoy cansada de esta situación. —Un sollozo le rompió la voz, no quería mostrarse afectada, pero ya no soportaba que su novio, compartiera más con su «compañera» de trabajo, que con ella.

—Comprendo cómo te sientes, Vicky —susurró Annette.

—No, no lo comprendes, porque nunca has tenido que ver a Sean, posando para los diarios junto a otra chica. —También descargó su rabia en la pobre Annette, pero de inmediato se arrepintió, su amiga no tenía la culpa —. Lo siento..., lo siento mucho, Annie, no es justo que te hable de esa manera, por favor, perdóname, no sé por qué me comporto así.



—Tranquila, que aunque no lo creas, sí te entiendo. —La agarró de la mano y la condujo hasta el sillón cerca del balcón, para que el aire fresco le ayudara a calmarse—. Sabes, a veces, a mí también me atormenta la idea de saber que Sean está solo en Massachusetts, y que esa ciudad está repleta de chicas hermosas y con una mentalidad mucho más adelantada que la mía, temo que alguna de ellas pueda despertar el interés de mi prometido y termine olvidándome —confesó para solidarizarse con su amiga, también porque lo que decía era cierto, la inseguridad era la peor enemiga que tenían las mujeres enamoradas.

—Son situaciones distintas, lo tuyo son solo suposiciones, Annie —pronunció con desgano, comprendía que quisiera ayudarla, pero nada ni nadie podía hacerlo.

—Y lo tuyo también, Vicky... ¿O acaso tienes motivos para creer que entre Terry y esa chica exista algo más que una relación profesional? —preguntó, molesta y preocupada.

—No..., no los tengo. —Negó con la cabeza, dejando correr una lágrima por su mejilla—. Sin embargo, eso no evita que me sienta mal, cada vez que me topo con una imagen como esa o cuando leo que hacen una extraordinaria pareja... Te juro que mi sangre hierve y siento un dolor en el pecho, uno que jamás desearía que tú experimentases, porque es espantoso, Annie —pronunció, dejando que el llanto bañara su rostro, ya no podía seguir conteniéndose.

—Vicky..., no llores. —Se acercó para darle un abrazo, y comenzó a acariciarle la espalda para consolarla—. Mira, no tiene sentido que te dejes llenar la cabeza por todos esos chismes de la prensa, recuerda que Terry te lo dijo, que esas personas no hacían más que inventar para vender periódicos —explicó mirándola a los ojos y dedicándole una sonrisa, para llenarla de confianza.

—Entonces, ¿por qué no les dice que tiene novia?, ¿por qué no me ha presentado, las veces que he viajado a verlo? —cuestionó, sintiéndose dolida—. Pero ¿sabes? Esas preguntas no tienes que contestarlas tú, sino él —dijo, soltándose del agarre de su amiga y se puso de pie, dispuesta a exigir las respuestas que necesitaba.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Annette, alarmada; sabía que esa actitud de Victoria solo podía vaticinar problemas.

—Voy a escribirle una carta y le haré todas estas preguntas que me torturan, ya me cansé de permanecer callada, mientras veo cómo otra se

pavonea junto a mi novio, y él no le pone un alto a todo eso —respondió, sentándose en su escritorio.

—¿Te has vuelto loca, Victoria? —inquirió, arrebatándole la estilográfica —. No puedes hacer eso, así no resuelven los problemas las personas adultas.

—¡Pues me harté de ser adulta! Así que dame esa pluma.

—No te daré nada. —Negó con la cabeza y la escondió detrás de su espalda, mientras se alejaba un par de pasos.

—Annette Parker, necesito escribir esa carta, regrésame la pluma.

—Vicky..., me considero tu amiga y es mi deber evitar que cometas una locura, estoy segura de que si le escribes justo como estás en este momento, esa carta solo estará plagada de reproches...

—Es justo lo que deseo, poder desahogarme, necesito sacar de mi pecho toda la rabia y el dolor que siento...; necesito que sepa el daño que me está causando con su actitud.

—¿Y qué pasará luego? —La miró fijamente.

—No lo sé, supongo que... vendrá y me dirá que todo lo que dicen los diarios es mentira, que yo soy la única dueña de su corazón y que Allison no significa nada —dijo lo que esperaba.

—Ven conmigo —pidió, llevándola frente al espejo—. Mira ese corazón que llevas colgado en el cuello, ¿acaso no es el símbolo de la promesa que te hizo? —cuestionó, arqueando una ceja.

—Sí, lo es..., pero yo necesito algo más que ver este corazón e imaginar que él sigue manteniendo su promesa. —Su mirada atormentada buscó la de Annette, a través del espejo, y luego continuó—, quiero que él esté aquí conmigo, que nos podamos ver más seguido, que nuestra relación sea como antes, cuando estábamos en Londres —hablaba sin siquiera respirar.

—Victoria, ya no somos unos chicos; ahora, lo queramos o no, tenemos responsabilidades, y Terrence no puede estar aquí todo el tiempo, así como Sean tampoco puede hacerlo.

—No le estoy pidiendo que deje de lado sus sueños, lo único que necesito es que me diga que me ama, que se lo grite al mundo, así como yo me muero por hacerlo, porque todos sepan que, Terrence Danchester, es el chico al que amo y que será mío para siempre.

Todas esas palabras salieron de su corazón, y se aferró con una mano al zafiro que colgaba de su cuello y rompió a llorar. Sentía dentro de su corazón que lo estaba perdiendo, que él, cada vez, se alejaba más de ella, y si eso llegaba a pasar, no sabía cómo continuaría con su vida; porque ya se había

construido un futuro junto a él.

Annette la abrazó con fuerza para brindarle consuelo, sintiendo cómo el miedo y el dolor de Victoria eran tan palpables, que sus propias lágrimas se hicieron presentes. Sin embargo, luchó por no derramarlas, solo la dejó que se desahogara en silencio, sabía que su amiga necesitaba llorar y sacar de su pecho todo lo que sentía, que a veces ese era el mejor remedio.

Después de unos minutos, cuando estuvieron más calmadas, escucharon el sonido del motor de un auto que se acercaba, miraron la hora que marcaba el reloj colgado en la pared, eran casi las dos de la tarde, por lo que caminaron de prisa para arreglarse. En realidad, Victoria, quien después de su episodio había quedado hecha un desastre y no podía presentarse de esa manera delante de los demás.

—Me muero por ver a Patty y que nos cuente cómo le fue en todos estos días —comentó Annette, sonriendo.

—Yo también. —Victoria se esforzó por sonreír.

—Verás que su relato nos animará y te hará olvidar de toda esta tristeza que llevas en el corazón —aseguró, ayudándole con su cabello.

—Muchas gracias, Annie..., no sé lo que haría sin ti.

—No tienes nada que agradecerme, para eso estamos las amigas

Salieron de prisa de la habitación, ansiosas por ver a su amiga; tenían muchísimas cosas que contarse. Cuando la vieron entrar al gran salón, colgada del brazo de Christian, no pudieron mantener la compostura y bajaron las escaleras casi corriendo, como si fueran un par de niñas.

—¡Patty, qué maravilla verte! —Annette la abrazaba.

—¡No te imaginas cuánto te extrañamos, Patty! —mencionó Victoria, amarrándola también entre sus brazos.

—También me alegra verlas, chicas, yo también las extrañé muchísimo —comentó, sonriéndoles con verdadera emoción.

—Dudo que lo hicieras, te ves radiante —indicó Annette, sonriéndole con picardía—. Seguro que pasabas tus días en esas paradisíacas playas de la Florida, junto a tu flamante esposo, y en lo último que pensabas era en nosotras.

Todos rieron ante el comentario de la pelinegra y el sonrojo de Patricia, a quien el matrimonio le había sentado de maravilla, pues lucía más hermosa, alegre y confiada. Parecía que la chica tímida, que aún estaba dudosa del paso que había dado, y que salió de esa casa hacía tan solo doce días, se había quedado en algún rincón de Florida, y la que llegó en su lugar, se había

forjado con tanto amor, que parecía otra.

## Capítulo 38

Christian veía la escena con diversión, aunque no podía negar que se sentía algo celoso, pues su adorada prima, Victoria, solo había saludado a su esposa y se había olvidado por completo de él. Sin embargo, cuando sus miradas se encontraron, ella acortó la distancia y se amarraron en un abrazo; se sintió feliz, como siempre que Victoria le entregaba esas muestras de cariño tan espontáneas, pero de pronto, sintió que había algo más detrás de ese abrazo, como si ella estuviese necesitando de consuelo.

—¿Estás bien? —Le preguntó cuando se separaron y pudo ver que sus ojos estaban enrojecidos, como si hubiese estado llorando.

—¡Sí, claro! Estoy feliz de verte —respondió, entregándole una sonrisa, le estaba diciendo la verdad, aunque en parte.

—También me alegra verte —dijo, acariciándole la mejilla.

Margot solicitó la atención de todos para que pasaran al comedor, sabía que Christian y su esposa debían estar hambrientos y cansados del viaje, así que lo mejor era agilizar la bienvenida, para que pudieran retirarse a su habitación. Se quedarían en la mansión hasta que la casa que había comprado su sobrino estuviese decorada y amoblada, ya que con lo rápido que ocurrió todo, a Patricia no le dio tiempo de encargarse de ello y de los preparativos de la boda al mismo tiempo.

—¿Mi padre no vino con ustedes? —Le preguntó Victoria a Brandon, después de que notase su ausencia.

—Tuvo que atender un asunto importante, pero dijo que trataría de llegar temprano —respondió sin mirarla a los ojos.

—Ojalá lo haga, tengo ganas de verlo. —Se sentía muy sensible.

—Pero si solo hacen unas horas que no lo ves.

—Lo sé, igual lo extraño —dijo y aprovechó que su tía no la veía para encoger sus hombros.

—¿Estás bien? —Pudo ver que no irradiaba su habitual alegría.

—Sí, no me hagas caso..., todo está bien —murmuró, fingiendo una sonrisa y caminó alejándose de él.

Durante la comida no estuvo muy participativa, solo se limitaba a sonreír

y responder cuando se dirigían a ella, sentía una profunda tristeza que no sabía explicarse. Y no se trataba solo por la nota en el periódico, eso fue lo que desbordó sus emociones, pero había algo más que la angustiaba desde que despertó, era como si presintiese que algo malo estaba a punto de suceder.

—Vendré a visitarlas mañana —mencionó Annette, mientras se despedía—, aunque tenemos una conversación pendiente, sé que debes estar cansada del viaje y es muy desconsiderado de mi parte, pretender que hablemos en este momento, solo quería verte y darte la bienvenida.

—Muchas gracias por venir, Annie —pronunció, abrazándola.

—Y en cuanto a ti —dijo, mirando a Victoria—. Recuerda lo que hablamos, no hagas una tormenta en un vaso de agua, y prométeme que no escribirás esa carta. Lo que sea que debas decirle, espera hasta que puedas tenerlo frente a ti.

—Seguiré tu consejo. —También la abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla—. Gracias por contener mi temperamento, sé que a veces no es fácil —confesó, apenada.

—Tranquila, para eso estamos las amigas; ahora, suban a descansar, ambas lo necesitan. —Sonrió, lanzándoles un beso.

Después salió por la puerta con ese andar elegante que la caracterizaba y que sabían nunca perdería, pues Annette, era la más madura y siempre tenía una solución a cualquier problema que surgiese.

—No sé qué haría sin ella —murmuró Victoria.

—Yo tampoco —acotó Patricia, sonriendo y la abrazó.

Vieron salir a Christian del despacho, donde se había reunido con la matrona y con Brandon, él le dedicó una sonrisa a su esposa, ofreciéndole la mano para caminar junto a ella. Victoria se sintió algo celosa y nostálgica ante esa imagen, pero se obligó a sonreírles, pues el hecho de que ella estuviese pasando un mal momento en su relación con Terrence, no debía empañar la felicidad de Christian y Patricia.

—Nos vemos en la cena, Vicky —dijo él, con una sonrisa.

—Claro, descansen —respondió y los vio alejarse.

Pensó en subir a su habitación y descansar un rato, pero desechó esa idea; ya que, encerrándose allí, lo único que conseguiría sería seguir atormentándose con los recuerdos sobre la nota de prensa. Decidió salir a dar un paseo por el jardín, eso siempre la ayudaba a distraerse al llenarse de hermosos recuerdos de sus primeros años allí; se imaginaba jugando al lado

de Anthony, Christian y Sean, siendo apenas una niña.

Christian y Patricia entraron en la habitación que su tía abuela Margot había enviado a acondicionar para ellos, era hermosa y espaciosa, la cama era mucho más grande que la que tuviera él cuando soltero; estaba vestida con sábanas blancas y edredones morados con bordado en hilos dorados. El resto de la decoración también tenía una esencia un poco más femenina, que distaba mucho de la sobria que poseía él. Pensó que, quizá, su tía lo había hecho para que Patricia se sintiese cómoda allí, pues estarían al menos un mes en ese lugar.

Su mirada se posó en su esposa, quien se quitaba los pendientes de perlas que él le había regalado por su cumpleaños, después intentó hacer lo mismo con su vestido, pero apenas alcanzaba la mitad de la hilera de botones en su espalda. De inmediato, se acercó para ser él, quien tuviese el placer de desnudarla, sentía que eso ya se le estaba volviendo un fetiche, le encantaba ir descubriendo la piel de su mujer.

—¿Te sientes muy cansada? —preguntó, mientras la miraba a través de espejo, sin poder evitar acariciarle la espalda.

—El viaje me dejó agotada, Christian; muero por tener un baño de agua tibia y dormir varias horas entre tus brazos.

—Yo muero por lo mismo, amor mío —expresó, besándole el cuello; sonrió con malicia cuando la escuchó suspirar—. ¿Te parece si nos damos ese baño juntos y así nos vamos a la cama al mismo tiempo?

—Muy bien..., solo prométeme que te portarás bien. Me daría mucha vergüenza que la señora Margot se entere de que nos bañamos juntos, seguro se escandalizaría..., y mi abuela también —dijo, mirándolo a los ojos, pues aún, ciertas cosas que hacía con su esposo en la intimidad, le parecían muy osadas.

—No debes preocuparte por eso, nadie se enterará, nuestra habitación está en la tercera planta...

—Christian. —Le advirtió, ya sabía lo que se escondía detrás de esa sonrisa lobuna y esa mirada que fingía inocencia.

—Está bien, le prometo portarme bien, señora Cornwall —dijo y la levantó en sus brazos, ahogando con un beso apasionado el grito que ella liberó, mientras sonreía con picardía. Manióbró para abrir la puerta que daba al cuarto de baño y entró llevándola en sus brazos—. Me portaré como un angelito, cuando estemos acostados en la cama, listos para dormir, pero antes de eso, planeo hacerle el amor, esposa mía.

—Es usted incorregible, esposo mío —pronunció en medio de las risas que le provocaban sus besos en el cuello.

Dejaron las palabras de lado para desvestirse en medio de besos, caricias y miradas cómplices, que iban avivando la llama de la pasión; la misma que cada día se volvía más intensa, gracias a la experiencia y confianza que Patricia iba ganando con cada encuentro.

Poco a poco, Christian le enseñaba a complacerlo, a que fuese más osada en el plano íntimo, invitándola a pedirle lo que deseaba y a que le hiciera lo que quisiera, mientras se desvivía por hacer de sus juegos de seducción un arte, para hacerle vivir a su esposa, experiencias placenteras y maravillosas cada día.

Tras recibir el diagnóstico del doctor Peterson, quedó sumido en una especie de trance, que lo llevó a caminar durante un buen rato por las calles de Chicago, haciéndolo moverse casi por inercia, pues no sabía a ciencia cierta a dónde ir en ese momento. Regresó a la torre Anderson, creyendo que enfocarse en el trabajo lo ayudaría a distraerse, pero la preocupación no lo dejaba un solo instante, la imagen de su hija se repetía en su cabeza, una y otra vez, lo que hizo que una imperiosa necesidad por verla y abrazarla se apoderase de él.

—Robert, ¿podrías encargarte de los asuntos que quedan pendientes? — Le preguntó al hombre de confianza de su familia y su mejor amigo desde siempre.

—¿Te sucede algo? —inquirió, mirándolo, ya sospechaba que algo le ocurría, pero esperaba que él se lo contara.

—Es complicado..., todavía estoy tratando de asimilarlo, pero te prometo que en cuanto lo haga, te lo contaré; solo necesito ir a la casa y estar con mi hija —respondió, luchando contra la angustia que aceleraba sus latidos.

—Comprendo, entonces, ve y no te preocupes por nada, yo me haré cargo de todo —dijo caminando hasta el perchero para alcanzarle su abrigo y el sombrero.

—Gracias, amigo..., pero si sucede cualquier eventualidad, no dudes en comunicarte conmigo a la mansión.

—Pierde cuidado, todo estará bien, ahora ve y descansa, se nota que lo necesitas —mencionó, entregándole sus cosas.

Durante el trayecto a casa estuvo callado, dejando que su mente asimilara la noticia que había recibido y luchando contra el miedo que le causaba.



Aunque Peterson se mostró optimista, él sabía que los resultados de sus pruebas no serían favorables.

—Buenas tardes, Dinora —saludó al ama de llaves.

—Buenas tardes, señor, llega temprano hoy —mencionó la mujer.

—En realidad, creo que vengo retrasado, pensé que llegaría para el almuerzo de bienvenida de mis sobrinos.

—Pasó hace un rato, es una pena que se lo haya perdido, señor Stephen, pero podrá saludarlos durante la cena, hace poco subieron a descansar.

—Imagino, deben haber llegado exhaustos. Bueno, en ese caso, iré a ver a mi hija —mencionó, encaminándose hacia la escalera.

—La señorita está en el jardín, estuvo paseando un rato, pero hace poco la vi que regresó y se sentó en la terraza. —Le informó.

—Muchas gracias, Dinora —esbozó, sonriéndole.

—No hay de qué, señor.

Él salió rumbo a la terraza, hacía mucho que no pasaba una tarde de esa manera con Victoria, pensó en las palabras que le dijese el doctor Peterson, sobre su exceso de trabajo; y tenía razón. Había estado muy atareado últimamente, agobiado con los problemas que tenían las sucursales en Europa y las propiedades de la familia que estaban en riesgo, debido al conflicto bélico que atravesaba el viejo continente.

—Me dijeron que, en este jardín, siempre paseaba una hermosa princesa, así que vine con la ilusión de poder verla —expresó mientras se acercaba a ella, quien observaba el paisaje con un gesto ausente.

—¡Papi! Viniste... ¿O acaso te llamó Brandon?

—¿Brandon? No, no me ha dicho nada, ¿por qué lo dices? —inquirió, temiendo que su sobrino le hubiese hablado de su cita con el doctor, no quería que su hija se angustiara.

—Bueno, cuando le pregunté por ti, me dijo que no vendrías al almuerzo porque debías atender unos asuntos importantes, me puse triste porque deseaba verte y, él lo notó, así que pensé que te había llamado para decírtelo —explicó, mirándolo a los ojos.

—No, tu primo no me dijo nada..., pero como nuestros corazones están unidos, supongo que fue este quien me trajo hasta aquí, yo también deseaba verte —mencionó, acariciándole las mejillas y le dio un beso en la frente, al tiempo que se esforzaba por retener las lágrimas que le subieron de golpe a la garganta e intentaban ahogarlo.

Victoria le rodeó la cintura con los brazos, sintiendo la necesidad de

refugiarse en la calidez que brotaba del cuerpo de su padre, esa que alejaba toda la tristeza de ella. De pronto, sintió que su corazón se encogía y comenzaba a latir pesadamente, provocando que esa sensación de angustia que la había atacado desde que despertó, fuese mucho más intensa.

—Ven, vamos a sentarnos. —Stephen deseaba seguir abrazado a su hija, pero temía que no pudiese seguir conteniendo sus emociones, y se había prometido ser fuerte delante de ella.

Victoria asintió, bajando la cabeza, no quería que su padre notara que ese día se encontraba triste, era tonto preocuparlo con sus problemas amorosos; sobre todo, porque seguramente, él le diría lo mismo que Annette, que estaba exagerando.

Caminó y se sentó a su lado, con la espalda recta y la barbilla altiva, tal y como le había enseñado su tía que debía sentarse una dama.

—¿Por qué no te sientas en mis piernas? Hace mucho que no te cargo de esa manera —comentó Stephen, sonriéndole.

—Papá..., podía hacerlo cuando era una niña, pero ahora soy una señorita —respondió, no porque no lo deseara, sino porque si su tía la veía de seguro la reprendería.

—Para mí, siempre serás una niña, mi pequeña princesa —comentó él, para convencerla, y se palmeó la rodilla.

Victoria le entregó una gran sonrisa, la primera genuina que mostrara ese día y, sin pensarlo dos veces, se sentó en las piernas de su padre mientras lo rodeaba con sus brazos. Después apoyó la cabeza en el hombro y suspiró, sintiendo como si el tiempo hubiese dado marcha atrás, haciéndola sentir niña otra vez.

—¿No te peso mucho? —preguntó, mirándolo de reojo.

—Claro que no —respondió, sonriéndole.

—Entonces, puedo comer más galletas —esbozó con picardía.

Stephen soltó una carcajada, de esas que solo Victoria era capaz de sacarle con su vivacidad, adoraba que su hija fuese así, y rogaba a Dios porque nunca perdiera su alegría, ni siquiera si él llegaba a faltarle. Ese pensamiento hizo que su corazón se contrajera de dolor, pero no uno físico, como el que sufrió esa mañana; lo que sentía en ese instante era más emocional y tuvo que luchar para ahogar el sollozo que pretendía romperle la garganta y dejarle saber a ella que estaba sufriendo.

—¡Ay, por el amor de Dios! —exclamó Margot, entrando a la terraza y clavó su mirada llena de reproche en los dos.

Stephen y Victoria se sobresaltaron al ser sorprendidos por la matrona y, de inmediato, la chica quiso ponerse de pie para evitar una reprimenda mayor por parte de su tía; sin embargo, él la retuvo allí, sujetándola de la cintura, y negó con su cabeza, haciéndole saber que no era necesario que se levantase.

—Este no es el comportamiento de una señorita. Ocupa el espacio vacío en el sillón, Victoria. —Le ordenó con tono severo, luego miró a su hermano, pues sabía que esa idea debió estar apoyada por él—. Stephen, te agradecería que no alcahuetes el comportamiento infantil de tu hija. Victoria ya no es una niña.

—Te equivocas, ella es mi niña y, si quiero cargarla en mis piernas, lo voy hacer, aunque tenga tu edad —mencionó con determinación, y tuvo que esconder su sonrisa al ver la indignación en el rostro de su hermana, pues la había llamado vieja en su cara, aunque la verdad no lo estaba, pero parecía una.

—Papá, tía tiene razón... —Victoria intentó mediar, no quería que acabaran discutiendo por su culpa—. Además, tengo que subir a cambiarme para la cena.

—Está bien, vamos a complacer a tu tía, por esta ocasión —dijo y le entregó un guiño de ojo, al tiempo que le apretaba la nariz—. Ve, mi pequeña princesa. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Te adoro, papi —mencionó ella, sonriendo, también lo abrazó, le dio un beso largo en la mejilla y luego se puso de pie.

—Y yo a ti más, Vicky —esbozó mirándola como el regalo más hermoso que Virginia y la vida le habían dado.

Margot observaba con mirada crítica el comportamiento de padre e hija, esperaba a que Victoria se retirara para hablar con su hermano seriamente. Sin embargo, algo en la actitud de Stephen la desconcertaba, se notaba nostálgico y preocupado, aunque intentaba sonreír, a ella no podía engañarla.

—¿Qué te sucede? —preguntó una vez que quedaron solos.

—Nada —respondió soltando un suspiro y poniéndose de pie, sin atreverse a mirarla a los ojos—. También iré a descansar un rato antes de la cena.

—Stephen..., en cuanto a lo de Victoria...

—Por favor, Margot, permite que mi hija actúe como desee de vez en cuando. Si no le hace daño a nadie, ¿por qué debemos reprochárselo? —cuestionó, mirándola a los ojos.

—La sociedad no aprueba este tipo de comportamientos y lo sabes, tu hija

ya es una señorita, no puede ir por allí, actuando como si fuese una niña de cinco años —alegó, ciñéndose, como siempre, a las normas que regían a todas las mujeres.

—Si mi hija y yo somos felices actuando así, lo demás me importa un bledo..., aceptaré tener un comportamiento adecuado delante de los extraños, pero no me cohibiré de entregarle mi cariño a Victoria, cómo y cuándo desee. La vida es muy corta para estar pendiente del qué dirán, toma eso como un consejo, hermana —dijo, dándole la espalda.

Margot lo vio alejarse, sintiéndose en un principio molesta, pues, prácticamente, la había dejado con la palabra en la boca; pero después de un momento, ese comentario despertó una gran preocupación en ella. Movi6 la cabeza en un gesto negativo, para alejar los pensamientos que intentaron llegar a atormentarla, ya que no tenía motivos para creer que algo malo pudiera estarle pasando a Stephen; de ser así, estaba segura de que él se lo diría.

## Capítulo 39

Patricia llegó a la mansión junto a Annette, después de un día que le pareció interminable, escogiendo telas para las cortinas de su nuevo hogar, muebles y utensilios; jamás imaginó que amoblar una casa demandara tanto trabajo. Suponía que eso era lo que últimamente la hacía sentir tan agotada, pues en cuanto llegaba la noche, lo único que deseaba era dormir, aunque procuraba dedicarle tiempo a su esposo.

Las últimas noches no había estado de ánimos para tener relaciones con él, además de que su condición de mujer la había indisputado; le llegó antes de lo esperado y de una manera poco habitual, solo le duró un par de días. Se vio tentada a preguntarle a su abuela si era normal que su período cambiara después de iniciar una vida marital, pero la vergüenza le robaba la voz, cada vez que intentaba preguntarle.

—¿Te sientes bien, Patty? —preguntó Annette, al verla tan pálida y desencajada, pero luego recordó que su tía más joven, también se veía así las primeras semanas de casada—. Creo que Christian no te deja dormir lo suficiente —acotó con una sonrisa llena de picardía.

—Por el contrario, duermo toda la noche, es lo que hago apenas pongo la cabeza en la almohada, creo que es todo esto de la decoración que me tiene agotada, o quizá sea el principio de un resfriado —respondió, sintiéndose un poco angustiada, pues sabía que todo se retrasaría si llegaba a enfermarse.

—Es probable, ha estado haciendo mucho frío estas últimas semanas, y eso que falta mucho para que llegue el invierno. Igual, no debes preocuparte, ya casi terminamos, y no sucederá nada si te tomas un par de días para descansar.

—Sí, por fortuna ya queda poco, aunque me aterra pensar que después de esto, me tocará llevar las riendas de mi propia casa. Veo a la señora Margot y lo hace tan bien, que temo fallar en algunas cosas y no recibir su aprobación, eso sería muy vergonzoso.

—Pierde cuidado, lo harás de maravilla y, si te equivocas en algo, no es motivo para hacer un drama; irás aprendiendo con el paso de los días, además, tu abuela estará allí para ayudarte, ella se encargaba de la casa de tu padre en

Londres.

—Sí, claro, sé que puedo contar con ella, solo que no quiero molestarla mucho. Ha perdido vitalidad desde la muerte de mi padre —mencionó y la tristeza la embargó.

—Debes darle tiempo, verás que cuando menos te lo esperes, abuela Marie vuelve a ser la misma de siempre.

En ese instante, la vieron aparecer en el salón, se notaba algo distraída, pero en cuanto su mirada las captó, les dedicó una sonrisa y se acercó para saludarlas. Había estado dando vueltas por la enorme mansión, sintiéndose aburrida, pues no tenía con quién hablar. Margot había estado todo el día en las oficinas, atendiendo su trabajo.

—Buenas tardes, queridas. Me alegra tanto verlas, pensé que tendría que tomar el té yo sola —comentó, sonriéndoles.

—Por suerte, no será así, y a nosotras nos vendría de maravilla.

—¿Cómo te sientes, abuela? —preguntó, acariciándole la mejilla.

—Bien, mi corazón; no te preocupes por mí, aunque no sé si deba decir lo mismo de ti, te ves muy pálida —comentó, tocándole la mejilla y sintió que tenía la temperatura un poco alta.

—Creo que me va a dar un resfriado.

Caminaron hasta el salón donde Margot servía el té, el cual les había ofrecido cada vez que ellas quisieran hacer uso de este; de inmediato, fueron atendidas por Dinora, quien hizo que a los pocos minutos les presentaran el servicio completo de té.

—Todo se ve delicioso, creo que probaré cada dulce de esta fuente —comentó Annette, se sentía hambrienta por tanta actividad física.

—Su té, señora Cornwall. —Diane le hizo entrega de la taza.

—Muchas gracias —mencionó con una sonrisa, pero en cuanto el aroma del té, mezclado con leche, llegó a sus fosas nasales, sintió que el estómago se le revolvía—. ¡Ay, por Dios! —Alejó rápidamente la taza, poniéndola en la pequeña mesa donde estaba el servicio.

—¿Qué sucede, Patty? —inquirió Marie, mirándola con preocupación, su nieta había perdido los colores del rostro.

—El olor es muy fuerte... —Se llevó la mano para intentar contener una arcada que la atacó.

—Lo preparé igual que siempre, señora.

—Diane tiene razón, el mío sabe igual que siempre, está delicioso —comentó Annette, dándole un sorbo.

—¿Desea que le sirva otro? —inquirió con tono servicial.

—No te preocupes, Diane, creo que hoy pasaré del té.

Marie analizaba en silencio la situación, observando detenidamente a su nieta, quien desde su regreso, se notaba muy distinta; claro, como era habitual en una mujer recién casada. Esperó hasta que Diane se retirase, para poder revelarle sus sospechas; aunque, antes, debía encontrar la mejor manera de hacerlo y, por supuesto, que su sobrina le confirmase que podía estar en lo cierto.

—Patty... ¿Desde cuándo te has estado sintiendo de esta manera?

—¿Sentirme cómo? —cuestionó, desconcertada.

—Con malestares, náuseas, cansancio —acotó la señora.

—Bueno, desde hace un par de semanas; creo que fue el cambio de clima, pasar de uno tan cálido como el de Florida, a este frío intenso de Chicago, seguro me afectó, abuela, pero no es nada por lo que debemos preocuparnos.

—No, pero tampoco creo que se trate del clima. Sospecho que es algo más —dijo, mirándola a los ojos, esperando que su nieta reaccionara a sus indirectas.

—¿Qué cree que pueda ser, abuela Marie? —preguntó Annette con curiosidad, pues suponía que la anciana sabía mucho más.

—Lo que les ocurre habitualmente a las mujeres recién casadas. —Se acercó y le agarró una mano a su nieta, mientras la miraba a los ojos—. Patty, creo que estás esperando un hijo —pronunció con una sonrisa que llegaba a su mirada.

Una exclamación escapó de los labios de Annette, y su mirada voló a Patricia, quien se puso más pálida de lo que ya estaba; por suerte, su amiga no tenía una taza de té en sus manos, de lo contrario, hubiese ido a parar al piso. Quiso ponerse de pie y felicitarla, pero su semblante no se mostraba como el de una mujer feliz, sino lleno de temores y dudas; pensó que, si ella estuviese en su lugar, también estaría asustada.

—¿Cómo... cómo puede ser posible? —preguntó con la voz trémula, sentía que su mundo acababa de ponerse de cabeza.

—Bueno, querida..., creo que tú, más que nadie, deberías tener la respuesta a esa interrogante —contestó Marie, sonrió al verla sonrojarse y bajar el rostro con vergüenza—. Creo que la resolución de esperar para iniciar una vida marital no les duró mucho tiempo, ¿no es así? —cuestionó, riendo.

—¡Ay, abuela! —Se quejó, cubriéndose el rostro con las manos.

Annette y Marie rompieron en carcajadas ante la reacción de Patricia, quien solo les confirmaba que las sospechas de su abuela podían ser ciertas, lo que las hizo sentir muy felices. De pronto, escucharon que la puerta se abría, se volvieron a mirar y vieron entrar a Victoria, quien al verlas así, también sonrió.

—Hola, chicas, abuela Marie, veo que están muy felices hoy, ¿me pueden compartir el motivo? —pidió la rubia, quien en las últimas semanas no había estado de muy buen ánimo.

—Abuela Marie sospecha que Patty pueda estar embarazada —contestó Annette con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—¿En serio?! ¡Ay, Patty! Es maravilloso, seré tía —expresó con emoción y se acercó para abrazarla.

—Yo..., yo... Todavía no estoy segura, creo que deberíamos esperar hasta que un médico lo confirme —respondió con la voz vibrándole a causa de las emociones que la embargaban, que en su mayoría, estaban asociadas con el miedo.

—Christian se va a morir de la felicidad cuando se entere, y estoy segura de que todos los demás también —pronunció Victoria, deseosa de contarle la noticia al resto de la familia.

—Creo que Patricia tiene razón, es mejor esperar a que un doctor lo confirme, antes de anunciarlo —comentó Annette.

—Sí, Annie tiene razón —acotó enseguida Patricia, al tiempo que afirmaba con su cabeza y no dejaba de temblar.

—Bien, entonces mañana te acompañaremos a ver al médico.

—Gracias —susurró, sintiendo que estaba a punto de llorar.

Annette y Victoria, al ver los ojos de su amiga colmados de lágrimas, se acercaron a ella y la abrazaron con fuerza para reconfortarla; sabían que ese momento era muy emotivo para Patricia. Desde su sillón, Marie vio ese amor incondicional que las chicas le brindaban a su nieta, y se sintió feliz, consciente de que nunca estaría sola, que siempre contaría con buenas personas.

Horas después, cuando Patricia estaba casi lista para irse a la cama, sintió curiosidad y se acercó al espejo para ver si su vientre se notaba distinto. Se pegó la seda de su camión de dormir y se esforzó por encontrar una curva o algo que le indicase que las sospechas de su abuela eran ciertas.

—¿Qué haces? —preguntó Christian, sonriendo, divertido, cuando salió



del cuarto de baño y la vio frente al espejo.

—Nada..., nada —respondió, sobresaltándose, y los nervios se desataron en ella; caminó de prisa y se metió a la cama.

—Has estado actuando extraño desde que llegué, ¿acaso ocurre algo, amor? —inquirió, mirándola a los ojos.

—No es nada, solo estoy algo casada.

—Déjame darte un masaje, te ayudará a relajarte.

Ella asintió, pues era lo que necesitaba en ese instante, un buen masaje de su marido; sonrió al sentir sus fuertes manos deslizarse por su espalda y luego ejercer presión en sus hombros. Gimió, aprobando lo que hacía, al tiempo que comenzaba a relajarse y olvidaba ese asunto que la atormentaba. Pero, de un momento a otro, se tensó de nuevo, cuando él masajeó uno de sus senos y sintió que, en lugar de ser placentero, le resultaba doloroso.

—Espera, por favor, Christian —pidió, alejándose para evitar que siguiera tocándola, pues la lastimaba.

—¿Qué sucede? —preguntó, desconcertado.

—Me duele —respondió en un susurro y se volvió, quedando boca arriba mientras miraba a su esposo a los ojos.

—Lo siento..., cariño..., pero no entiendo, no fui brusco —dijo, mostrando su preocupación.

—Lo sé..., es solo que... ¡No sé qué está pasándome! —Se quejó, cubriéndose el rostro con las manos y comenzó a llorar.

—Patty..., amor, mi cielo, no llores —pidió, intentando apartarle las manos y comenzó a besarla—. No llores, por favor, está bien; si no quieres que hagamos el amor esta noche, no hay problema, yo lo comprendo —mencionó, pensando que quizá ella estaba pasando por esos días de los que le había hablado su tío Stephen, en los que las mujeres se ponían muy sensibles.

—No es eso... —dijo en medio de sollozos y soltó un suspiro pesado, intentando calmarse—. Creo que estoy embarazada.

—¿Qué? —Christian se incorporó, quedando sentado en la cama, y la miró completamente asombrado—. ¿Estás segura de eso, Patricia? —inquirió entre emocionado y perplejo.

—No, pero mi abuela dice que el malestar que he venido presentando estas últimas semanas, no es ningún resfriado o agotamiento por lo de la decoración de la casa —explicó en medio de lágrimas, y suspiró para intentar controlarse.

—¿Y cómo te sientes, Patty? —Le puso un dedo bajo la barbilla y la

animó a mirarlo a los ojos.

—No lo sé... —respondió con sus ojos anegados en lágrimas, respiró hondo—. No me cuidé, Christian, así que es posible.

—¡Dios mío! —exclamó, sonriendo—. Un bebé... ¡Un bebé nuestro! —expresó y comenzó a besarle los labios, la frente, las mejillas, sintiendo que su pecho estaba a punto de estallar de felicidad. Quería saltar y cantar de la emoción.

—¿Te alegra? —Parpadeó, sonriendo ante esa lluvia de besos que dejaba caer en su rostro.

—¡Por supuesto! Claro que me alegro, amor... ¿Tú no? —preguntó, tornándose serio de inmediato.

—Siento que es demasiado pronto... Aún no sé si esté lista para llevar una casa, mucho menos para ser madre, Christian —confesó, y de solo pensarlo su corazón se desbocaba.

—No debes preocuparte, mi amor, sé que es pronto y que quizá hubiera sido mejor esperar un par de años, pero Dios nos ha enviado este maravilloso regalo, y estoy seguro de que llegado el momento, lo haremos bien. Vamos a darle a nuestro hijo o hija todo lo que necesite y todo nuestro amor —aseguró mirándola a los ojos.

Se besaron con ternura y, después, él se dedicó a mirar el vientre de Patricia, intentando, tal como hiciera ella en el espejo, descubrir si se veía distinto, y ambos rieron al comprender que ni siquiera tenían la certeza, así que estaban actuando como un par de tontos; al final, se quedaron dormidos, con la esperanza de estar desde ya albergando una nueva vida.

Brandon no podía concentrarse en los documentos que revisaba, desde temprano toda su atención estaba puesta en su tío, quien ese día lucía más demacrado de lo que se venía mostrando en las últimas semanas. Sabía que estaba siguiendo el tratamiento que le puso el doctor Peterson, pero este no parecía tener ningún efecto, pues no veía mejorías; por el contrario, Stephen ya no podía esconder los dolores que lo atacaban, aunque se esforzaba por intentarlo.

—¿Se encuentra bien, tío? —preguntó al ver que se ponía de pie.

—No mucho, desperté esta mañana con el dolor, y no ha cedido con los medicamentos; iré a ver a Peterson —respondió con la verdad, pues su sobrino estaba al tanto de su enfermedad.

—Iré con usted —indicó, dejando de lado la carpeta.

—No es necesario, Brandon, es mejor que te quedes aquí al pendiente de las cosas. Carl me llevará.

—Robert puede quedarse al frente, como lo ha hecho tantas otras veces, por favor, tío Stephen, déjeme acompañarlo.

—Está bien —aceptó porque ese día se sentía peor que nunca.

Brandon también agarró sus cosas y rápidamente se cubrió con la gabardina, esperaron a Robert, para dejarlo al tanto de todo.

Cuando faltaban dos manzanas para llegar al edificio de tres plantas donde funcionaba la clínica del médico de la familia, a Stephen empezó a dolerle mucho más el pecho, tanto, que incluso le estaba costando respirar. Por lo que, con rapidez, bajó el vidrio de la ventanilla, sin importarle que el aire afuera estuviera helado, pues la noche anterior había caído la primera nevada.

—Necesito quitarme esto —esbozó, dándole tirones a su corbata.

—Permítame ayudarlo —indicó Brandon, y con agilidad lo soltó, también le abrió los primeros botones de la camisa—. Intente calmarse, tío; si no, le será más complicado respirar.

—Estoy bien..., estoy bien —dijo, sintiendo que el dolor comenzaba a menguar y respiraba mejor.

De pronto, un calambre se apoderó de su mano, subiendo por su brazo izquierdo, y sus latidos se aceleraron, provocándole un dolor que lo llevó a gritar y a apretar sus dientes para soportarlo. Se llevó las manos al pecho, sintiendo que su corazón estaba a punto de romperse a la mitad, de tanto que le dolía.

—¡Tío! ¡Tío Stephen! —Brandon comenzó a desesperarse al ver cómo sus labios se tornaban morados y el rostro se le pintaba de un tono sepulcral, que lo llenó de pánico.

Carl, al ver lo que pasaba, aceleró el auto y estacionó con un chirrido de neumáticos frente a la clínica; bajó rápidamente y caminó hacia el interior del edificio para pedir ayuda. Regresó junto a dos enfermeras, trayendo una silla de ruedas, ayudó al joven Brandon a subirlo, ya que Stephen se había desmayado a causa del dolor.

Las dos mujeres y otro trabajador lo subieron a una camilla, una le tomó el pulso y le revisó las pupilas; hacían todo con mucha rapidez, mostrándose alarmadas por la condición del magnate. El doctor Peterson se apersonó y, rápidamente, comenzó a hacerle la técnica de presionar en el cartílago cricoides, mientras le ordenaba a una de las enfermeras que siguiera el procedimiento de brindarle oxígeno con su boca.

Brandon veía todo desde la distancia, sintiéndose impotente y angustiado, pues no era necesario tener conocimientos médicos, para saber que lo que le estaba sucediendo a su tío, era grave. Supo, en ese instante, que ya no podían seguir ocultárselo a la familia, ellos debían estar al tanto de la gravedad del asunto; sobre todo, Victoria; si ese era el final, su prima merecía estar junto a su padre.

En cuanto su tía llegó a buscarla al orfanato, para informarle de la llamada de Brandon, todo su mundo se puso de cabeza y la angustia comenzó a hacer estragos en ella. El auto se estacionó frente al edificio y ella bajó sin siquiera esperar al chofer, corrió hacia el interior, al tiempo que le preguntaba a todo el mundo por su padre, mientras su cuerpo temblaba y las lágrimas la ahogaban.

—Vicky. —Brandon se acercó hasta ella, había escuchado la algarabía desde la sala de espera donde se encontraba.

—¿Dónde está mi papá?, ¿cómo está? ¡Por favor, Brandon, dímelo! —rogó, mirándolo a los ojos.

—Se lo llevaron y lo están atendiendo en este momento.

—Brandon... ¿Qué dice el doctor Peterson?, ¿cuál es la condición de Stephen? —cuestionó Margot, con la voz agitada a causa de la angustia y la prisa con la que caminó.

—Solo me dijo que se trataba de un ataque cardíaco, que el pronóstico era grave, pero que lo habían controlado. Debemos esperar —Se sintió mal por no haberles contado antes lo que pasaba.

—No quiero esperar, quiero verlo ahora —exigió Victoria, dispuesta a buscarlo en cada rincón de ese lugar.

—Vicky, no puedes; debes permitir que el doctor haga su trabajo —dijo, sujetándola de la cintura.

—Brandon, por favor..., necesito ver a mi papá —rogó y las lágrimas brotaban de sus ojos, como si estos fueran manantiales.

—Lo sé, pequeña..., lo sé —respondió con la voz quebrada.

—Victoria, tu papá estará bien, debemos confiar en Dios. Ven, acompáñame a la capilla, vamos a rezar —pidió Margot, sujetándola por los hombros y le acarició el cabello.

Ella asintió en silencio y se obligó a guardar la calma, sabía que era irresponsable de su parte interferir en las labores de los médicos.

Lo mejor que podía hacer en ese momento era lo que decía su tía, pedirle

a Dios que no se llevara a su padre, que le permitiera quedarse a su lado para siempre, pues, sinceramente, no sabría qué haría sin él.

## Capítulo 40

Lentamente, fue saliendo de ese estado de inconsciencia a donde había sido llevado a causa del intenso dolor que lo atacó, ni siquiera sabía cuántas horas había estado en ese lugar, pero de algo estaba seguro, seguía con vida. Lo comprobó al abrir los ojos y ver que se encontraba en la habitación de un hospital; parpadeó, intentando aclarar su visión, y giró su rostro hacia la derecha.

—¿Cómo se siente, señor Anderson? —Le preguntó la enfermera.

—Algo... aturdido... —esbozó como pudo, pues sentía la lengua muy pesada, dejó caer los párpados, deseando descansar un poco más, pero enseguida recordó a Victoria—. Mi hija... ¿Victoria se encuentra aquí? —preguntó con urgencia.

—Está en la capilla con su hermana y su sobrino.

—Quiero verla —pidió, sabía que debía estar angustiada.

—Debe seguir descansando —ordenó la mujer.

—No podré hacerlo si no la veo, por favor, enfermera... Necesito ver a Vicky —rogó, sujetándole la mano.

—Está bien —mencionó para aminorar la angustia que veía en el paciente —, pero antes debo consultarlo con el doctor Peterson; si él lo autoriza, haré entrar a sus familiares.

—Muchas gracias. —Le agradeció y la vio salir.

El tiempo que transcurrió desde que la enfermera se marchara se le hizo eterno; comenzaba a angustiarse, pensando que, quizá, el doctor no había cedido a su petición. Sentía que el dolor en su pecho ya no era tan intenso, pero esa molesta presión que lo antecedía, estaba allí presente, igual que esa mañana.

—¡Papi!, ¡papi! —Su hija entró como una ráfaga, se acercó a la cama y le vio la intención de abalanzarse sobre él, pero se contuvo y solo le acarició el rostro, luchando por no llorar—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien, princesa, fue solo un susto —respondió, intentando sonreír para alejar el miedo de ella.

—El doctor nos dijo que fue más que eso... ¿Por qué no nos dijiste nada,

Stephen? —cuestionó Margot, no quería incomodarlo, pero tampoco pudo guardarse su reproche—. Debiste decirnos lo que sucedía..., debiste hacerlo —agregó, esforzándose por no llorar.

—Tía... —Brandon le advirtió que ese no era el momento, debía tener más mesura y esperar a que su tío se recuperara.

—Lo siento..., solo estoy angustiada. —Se disculpó y se acercó a él para tomarle la mano—. ¿Cómo te sientes? Y por favor, sé sincero.

—No debes preocuparte, Margot, estoy en buenas manos... Siento no haberles contado nada, no quería atormentarlas con todo esto; ya el doctor Peterson se está encargando. Ahora solo me siento un poco cansado, pero supongo que debe ser por los calmantes.

—Entonces, debemos dejarte, para que puedas dormir.

—No, no..., yo no quiero dejarlo. Me quedaré aquí con él, dormiré en ese sillón —mencionó Victoria, sin soltarle la mano.

—Pequeña, no es necesario que pases una mala noche, aquí estaré bien; aunque sí quiero que se queden un poco más, debes regresar a la casa a descansar —dijo Stephen, acariciándole el rostro, notando sus ojos hinchados y enrojecidos, que reflejaban un gran cansancio.

—Papi..., quiero quedarme contigo, por favor.

—Victoria, no insistas, tu padre tiene razón, lo mejor será regresar a la casa y volver mañana temprano —indicó Margot, siendo consciente de que así su hermano descansaría mucho mejor.

—Haré lo que sea mejor para ti —susurró Victoria, mirando a su padre a los ojos. Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Lo mejor para mí es saber que estarás bien, te prometo que mañana, cuando vengas, estaré esperándote —pronunció, le sonrió y se elevó para darle un beso en la frente, al tiempo que le rogaba a Dios para que le permitiera cumplir esa promesa.

Victoria asintió, tragándose las lágrimas, y le entregó una sonrisa, al ver que él le dedicaba ese gesto; no quería que se angustiara al pensar que ella estaba triste, aunque así era. Lo peor es que le estaba costando demasiado controlarse, en la capilla, su tía le habló y casi le exigió que se mostrara fuerte, que debía serlo para brindarle a su padre la fortaleza necesaria para atravesar esta crisis, y ella le juró que lo sería.

Al día siguiente, Victoria se sintió feliz al regresar y ver que su padre había cumplido su promesa, lo encontró desayunando y con mejor semblante que el día anterior. Ella, por su parte, se mostraba más cansada, pues la noche

anterior no pudo dormir; cerraba los ojos durante unos minutos, pero la angustia le hacía abrirlos; pensaba que mientras se mantuviese despierta, nada malo le sucedería a su padre, que debía mantenerlo con vida.

Les avisó a las hermanas del orfanato que no podría ir en algunos días, deseaba dedicarse a su padre por completo y velar por su pronta recuperación. Las religiosas fueron comprensivas y le aseguraron que él estaría en sus oraciones, ella lo agradeció y se instaló en la habitación de la clínica; había llevado varios libros que escogió de la biblioteca.

—Princesa, ¿me das un poco de agua? Por favor.

—Claro, papi —respondió, dejando el libro de lado para ponerse de pie y servir el vaso de agua, luego le ayudó a tomarlo.

—Creo que deberías regresar a la casa e intentar descansar un poco, te ves agotada —mencionó, era evidente que no había dormido la noche anterior, tenía grandes ojeras.

—Estoy bien, papá. —Su preocupación era más que su cansancio.

—No quiero que te enfermes, Vicky.

—No lo haré..., te lo prometo —dijo y le dio un beso en la frente—. ¿Quieres que siga leyéndote o prefieres dormir?

—Me gusta escucharte leer, sigamos con la historia —contestó, recordando que Virginia actuó igual, cuando él estuvo convaleciente por la picadura de aquella serpiente. Siempre queriendo mostrarse fuerte y optimista.

Victoria ocupó su puesto en el sillón y abrió el gran tomó de «Los miserables». Después de algunos minutos, vio que su padre se había quedado dormido, se acercó despacio y le puso la mejilla sobre el pecho, buscando escuchar el latido de su corazón.

Rogaba para que ese sonido siguiera así por mucho tiempo, dejó correr un par de lágrimas y se llevó la mano a los labios para acallar un sollozo, luego se alejó para no despertarlo. Se recostó un instante en el sillón, pues sentía que sus párpados, cada vez, estaban más pesados, pero no pretendía dormir, solo descansar un instante.

No supo cuánto tiempo pasó, pero cuando despertó, lo hizo con un sobresalto; se incorporó con rapidez en el sillón y eso la hizo marearse. Se llevó una mano a la cabeza, sintiéndola muy aturdida y, de inmediato, se obligó a recuperarse para saber cómo se encontraba su padre.

—Lo siento..., me quedé dormida. —Se disculpó y, cuando su vista se aclaró y pudo ver al chico que estaba de espalda, sintió que los latidos de su



corazón se desbocaban y comenzó a temblar—. ¿Terry...?

—Hola, pecosa. —Se acercó, le acunó el rostro entre las manos y la besó en la frente, luego le sonrió.

—¿Qué haces aquí? —inquirió, mirándolo a los ojos.

—Brandon me llamó y me contó lo que ocurrió, me puse en contacto con Sean, vino a Nueva York y viajamos juntos; mamá también vino, está afuera con tu tía —respondió, entregándole una sonrisa y le acarició las mejillas, se notaba que había llorado mucho.

—Gracias por venir —dijo, abrazándose a él con fuerza.

—Te extrañé mucho. —Le confesó, besándole el cabello.

—Sabía que justo eso pasaría en cuanto lo viera —comentó Stephen a su sobrino, mientras sonreía.

—Sí, yo también lo sospechaba —respondió Sean, sonriendo.

—Me alegra mucho verte, Sean, te extrañé, aunque estoy segura de que no tanto como Annie. —Se acercó para abrazarlo.

—Yo también las extrañé a las dos, aún no la veo, pero sé que sabrá comprender que necesitaba pasar por aquí primero.

—Seguro lo hará, te adora. Y qué bueno que estés aquí, porque quizá recibas otra sorpresa muy pronto —dijo, sonriendo al recordar que estaban a la espera de la confirmación del embarazo de Patricia.

Stephen miró con sospecha a su hija, sabía que esa sonrisa escondía algo; además, había visto a las damas de la mansión muy misteriosas en los últimos días. Sin embargo, solo bastó con que Victoria posase su mirada de nuevo en él, para que la alegría fuese reemplazada por la preocupación, y no quería verla así, por lo que pensó que debía hacer algo, y esperaba que Terrence lo ayudase.

—Pequeña, me gustaría que regreses a la casa e intentes descansar. —Le pidió Stephen. Ella apenas había dormido una hora.

—Estoy bien, papá —Le acarició el cabello y le besó en la frente.

Stephen le dedicó una mirada a su yerno, pues ya minutos atrás habían hablado de eso, cuando llegaron y la encontraron dormida en el sillón. Intentaron no despertarla, pues sabían que ella necesitaba descansar, y Terrence se mostró muy preocupado, ya que sabía lo terca que podía llegar a ser Victoria, así que le prometió a su suegro que haría todo lo posible para convencerla de que se tomara un descanso.

—No, no lo estás —mencionó Terrence—. Y estoy seguro de que ni siquiera has comido algo hoy, ¿o me equivoco? —cuestionó mirándola a los

ojos y vio que le rehuía la mirada.

—No tengo apetito —contestó sin mucho énfasis.

—Igual debes alimentarte o terminarás enfermado, ven conmigo, te llevaré a comer algo cerca y regresaremos luego.

—No quiero salir —mencionó con seriedad, mirándolo a los ojos; quería que la dejara tranquila, allí, cerquita de su padre.

—Victoria, Terry tiene razón, necesitas comer. —Stephen le habló con algo de autoridad, para ver si de esa manera la hacía entrar en razón—. Si sigues así, vas a terminar enfermándote y, entonces, ya no podrás estar a mi lado, sino internada en otra de las habitaciones de este lugar, ¿es eso lo que quieres? —preguntó mirándola, aunque ella no se atrevía a verlo a él.

—No, por supuesto que no —respondió en un susurro.

—Entonces, haz lo que te pedimos, por favor, princesa; te prometo que estaré bien, pero para eso necesito que tú también lo estés.

—Vicky, prometo no moverme de aquí hasta que regreses; por favor, ve con Terry y come algo. —Sean la miró a los ojos, solicitándole que cediera por el bien de ella y de su tío abuelo.

—Está bien, lo haré —cedió, dejando escapar un suspiro en señal de derrota—, pero solo iré a comer algo y regresaré enseguida, ¿de acuerdo? —indico mirándolos a todos.

Ellos asintieron ante la demanda de la chica y, sonrieron, sintiéndose satisfechos, cuando ella les dio la espalda para buscar su bolso y su abrigo. Se despidió de Stephen, dándole muchos besos en las mejillas, acariciándole el pecho para calmar cualquier dolor que pudiera tener, y le aseguró que regresaría pronto.

—Vayamos a la cafetería —pronunció ella, sin mirarlo.

—¿No te gustaría ir a otro lugar? —sugirió, intentando atrapar la reticente mirada de su novia.

—No, con un emparedado me bastará.

—Eso no es nada sustancioso, pecosa. ¿No te provoca algo más? Estoy seguro de que cerca de aquí debe haber restaurantes con buena comida —dijo e intentó agarrarla de la mano.

Victoria se alejó, antes de que pudiera hacerlo; seguía muy molesta con él, y aunque valoraba que hubiese viajado para acompañarla, no podía olvidar sus fotos junto a Allison. Vio a su tía junto a Amelia y se acercó para saludarlas, necesitaba tiempo para analizar lo que hablarían.

Él se sintió desconcertado ante la reacción de Victoria, suponía que su

novia se pondría feliz al verlo; sin embargo, después de que lo abrazó, se había mostrado indiferente, apenas sí le había dedicado algunas miradas, y no había vuelto a sonreírle.

Su madre logró convencerla de salir junto a ellos a un restaurante, donde encontraría comida más apetecible. Margot también estuvo de acuerdo, porque le preocupaba que Victoria enfermase por la falta de descanso y de alimento. Durante el trayecto, Victoria se mantuvo en silencio y, tanto Terrence como Amelia, pensaron que, tal vez, la preocupación era lo que la hacía actuar de esa manera.

—¿Te sientes bien? —preguntó Terrence, una vez que quedaron solos, pues su madre se excusó para ir al tocador, luego de ordenar.

—Estoy cansada —murmuró, doblando la servilleta de tela.

—¡Vaya! Qué rápido lo admites ahora, hasta hacía unos minutos estabas empeñada en decir lo contrario —dijo, sonriendo, le acarició la mejilla y se acercó para besarla.

—Estamos en un lugar público —acotó ella, rechazándolo.

—Tienes razón, disculpa mi comportamiento —murmuró, molesto, intuyendo que su actitud no tenía que ver solo con lo de su padre, sino con algo más.

Amelia regresó a la mesa, notando la tensión entre su hijo y Victoria, quiso aligerar un poco esa situación, aunque no sabía lo que había pasado. Inició una charla amena, no obstante, fue poco lo que pudo hacer, pues ninguno de los dos estaba muy participativo, así que optó por concentrarse en su comida.

Al regresar al hospital, encontraron a Daniel Lerman junto a la matrona, en cuanto el joven vio a Victoria se acercó a ella y la envolvió en un abrazo, sin importarles la presencia de Terrence. Esto hizo que la rabia despertara con poderío en el cuerpo del rebelde, pero antes de que pudiera descargarla en el cobarde que pretendía robarle a su novia, su madre le agarró del brazo.

—Vine en cuanto me fue posible, lamento mucho lo que le sucedió a tío Stephen —mencionó Daniel, con tono amable, ignorando la mirada desconcertada de Victoria.

—Gracias —respondió ella por cortesía, aunque no entendía esa preocupación tan repentina por parte del chico.

—Mi madre y Elisa se encuentran de viaje, por eso no me acompañaron; papá también está fuera de la ciudad —explicó y aprovechó ese momento para tomarle las manos—. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para

lo que necesitas, Vicky.

—Muchas gracias, Daniel —esbozó, incómoda ante su cercanía y su contacto, así que con disimulo, se soltó.

—¿Terminaste tu pantomima, Lerman? Ya puedes alejarte de mi novia. — Le exigió Terrence, mirándolo con rabia.

—No seas maleducado. —Le reprochó Victoria, pues no sentía que Daniel estuviera haciendo nada malo, parecía sincero; además, ella nunca había tratado mal a su amiga Allison.

Terrence miró a Victoria con asombro, sin poder entender por qué estaba tan esquiva con él y se mostraba tan amable con Lerman. Apretó los dientes para tragarse sus palabras, y un músculo en su mandíbula latió un par de veces, dejando en evidencia la rabia que lo embargaba.

—Victoria, necesito hablar contigo, ahora —demandó, mirándola con seriedad, no permitiría que siguiera tratándolo así.

—Será después, antes iré a ver a mi padre—dijo y se marchó, siendo consciente de que Terrence estaba muy molesto.

Él la vio alejarse en compañía de Daniel, lo que provocó que la rabia que vibraba dentro de su cuerpo fuese mucho mayor y, por un momento, sintió ganas de estrellar su puño contra la pared, aunque lo que en verdad quería era hacerlo en la cara de Lerman.

—Cálmate, cariño..., no le des importancia a esto, es lo que ese joven desea, enfurecerte —mencionó Amelia, acariciándole la espalda para relajarlo, pues veía cuán tenso estaba.

—Más me molesta la actitud de Victoria, no sé qué demonios le pasa, no es así conmigo —expresó con dolor y rabia.

—Está pasando por un momento difícil, trata de entenderla.

Terrence asintió de manera forzada y soltó un suspiro, obligándose a ser comprensivo; sin embargo, eso no alejaba la sensación de molestia que sentía. Después de calmarse, pasó a la habitación de Stephen, siendo acompañado por su madre, quien deseaba ver a su amigo, pero también estar presente, por si debía contenerlo.

Al regresar a la mansión, Margot se excusó con ellos y se retiró a su habitación, alegando que tenía una fuerte jaqueca. Amelia también expresó su deseo de descansar, pues el viaje la había dejado agotada. Así fue cómo Victoria y Terrence quedaron solos, ambos debatiéndose entre expresar lo que sentían o seguir callando; él la vio ponerse de pie.

—Vicky..., espera, necesitamos hablar —dijo, sujetándola de la mano

para impedir que se fuera.

—Estoy cansada, dejémoslo para después. —No quería discutir, en ese momento solo tenía cabeza para su padre.

—¿Qué sucede, Victoria? Desde que llegué, me has tratado con indiferencia, ¿acaso estás molesta conmigo? —cuestionó y sus ojos reflejaban el dolor que sentía.

—¿Crees que deba tener algún motivo para estarlo? —inquirió, mirándolo con resentimiento al ver lo cínico que era.

—No, por supuesto que no —contestó, sin comprender su comportamiento—. Viajé para estar contigo, para apoyarte en este momento tan difícil y porque sentía que debía estar a tu lado.

—Muchas gracias por tu consideración, Terrence, pero no era necesario, podías seguir con tu vida en Nueva York, aquí tengo a gente que me apoya y que siempre está conmigo.

Le dio la espalda y caminó hacia la escalera, no quería seguir viendo cómo pretendía mostrarse como el novio entregado y preocupado, cuando todo lo que había hecho en los últimos meses fue dedicarle todo su tiempo a Allison y olvidarse de ella.

# Capítulo 41

Terrence se quedó de piedra al escuchar las palabras cargadas de reproche de Victoria, ni siquiera comprendía qué le estaba recriminando. Salió de ese estado de conmoción al ver que ella se alejaba, por lo que antes de que pusiera un pie sobre la escalera, caminó de prisa y la sujetó de la cintura.

Victoria se vio siendo arrastrada por su novio hasta ese espacio debajo de la escalera, donde quedaban ocultos de la vista de quien entrara al salón, pero seguían estando expuestos. Por lo que, lo miró con asombro e intentó escaparse de sus manos, forcejeó con él, aunque resultaba inútil, ya que Terrence era mucho más alto y fuerte que ella.

—Suéltame, Terrence, ¿te has vuelto loco? Alguien podría vernos y pensar que estamos haciendo algo indebido. —Le reprochó sin cesar en sus deseos de liberarse.

—No me he vuelto loco, pero estoy a punto de hacerlo y será por tu culpa. ¿Qué te pasa, Victoria?, ¿por qué estás así conmigo? —cuestionó con tono apremiante, se sentía desesperado.

—¿Y todavía tienes el descaro de preguntármelo? —cuestionó, soltándose con un movimiento brusco de sus manos, tenía ganas de llorar, pero no lo haría delante de él.

—Te lo pregunto porque no entiendo un demonio... —Calló y respiró profundo para mantener la calma—. Vicky, vamos a otro lugar donde podamos hablar mejor, por favor —pidió, mirándola a los ojos.

Ella cedió solo para acabar con esa zozobra que la había torturado, siguió el consejo de Annette, y no le había escrito para reprocharle lo de las fotografías, pero tenerlo frente a ella, removió su rabia.

Caminaron hasta el salón donde recibía sus lecciones, ese espacio era usado únicamente por ella, así que era poco probable que alguien llegara y los sorprendiera. Entraron y cerraron la puerta; durante los primeros segundos, solo podían mirarse en silencio, manteniendo una distancia que, cada vez, parecía hacerse más grande, separándolos y dejándolos sin saber cómo iniciar esa conversación.

Terrence sabía que estaba perdiendo un tiempo muy valioso, que

cualquiera podía llegar y quitarle la oportunidad de descubrir las razones que tenía Victoria para estar tan molesta con él. Antes de hablar, un pensamiento llegó a su cabeza, dándole una explicación a ese comportamiento; negó, creyendo que estaba equivocado, pero al ver su semblante, lo supo. Ella estaba celosa de su compañera de trabajo; sin embargo, quiso confirmarlo.

—Todo esto es por Allison, ¿no es así? —preguntó, elevando una ceja mientras la miraba fijamente.

Victoria pudo percibir la sorna en el tono de voz y la actitud de Terrence, lo que la enfureció mucho más, porque era evidente que se estaba burlando de ella. Él no la estaba tomando en serio, así que quiso salir de allí y dejarlo con la palabra en la boca, sin darle ninguna explicación y que regresase por donde había llegado; sin embargo, su rabia no desaparecería si no le decía en ese instante todo lo que sentía.

—Sí, tiene que ver con ella —respondió en un tono duro y directo—. Y, sobre todo, tiene que ver contigo, con tu comportamiento, Terrence —agregó, mirándolo con rabia.

—¿De qué comportamiento hablas, Victoria? —cuestionó, frunciendo el ceño, pues seguía sin entender sus reproches.

—¡Del tuyo! Pareces más el novio de Allison, que el mío... Y no es de extrañarse que todos los diarios solo hablen de la bonita pareja que forman, de lo unidos que son, de su complicidad y lo bien que se desenvuelven en el escenario... Para todo el mundo son la pareja perfecta —espetó, luchando por no ponerse a llorar.

—Los diarios solo se inventan mentiras para vender, ya te lo dije antes, pecosa, esos titulares no significan nada —respondió, molesto.

—Perfecto, supongamos que los titulares de los diarios sean mentira y que solo se basen en rumores que ellos inventan, pero ¿qué hay de las fotos?, ¿esas también mienten, Terrence?

—¡Son solo fotografías! Ella y yo también somos actores y representamos un papel para la prensa...

—¿Qué papel?, ¿el de un par de enamorados? —cuestionó, interrumpiéndolo, con las lágrimas a punto de desbordarla.

—Por favor, Vicky, esta discusión es absurda —dijo y se acercó a ella para abrazarla, pero una vez más, ella se alejaba, por lo que él dejó escapar un suspiro, armándose de paciencia—. Sabes muy bien que entre Allison y yo solo hay una amistad, que es a ti a quien amo, ¿acaso no te lo he dicho y te lo he demostrado cientos de veces?

—Y si es así, ¿por qué no les has contado a todos que tienes novia?, ¿que yo existo? —Dejó ver el dolor que le provocaba que no lo hiciera.

—Porque eso no es asunto de los demás y porque no tengo que ir por allí, dando cuenta de mi vida a nadie; una cosa es el cantante de ópera y otra soy yo —pronunció, mostrándose firme en su postura.

—¿Sí? Pues yo siento que ambos se están volviendo inalcanzables para mí, ya no eres el mismo de antes, Terrence; te veo en esas fotos o sobre un escenario, y siento que queda tan poco del chico del que me enamoré. —Las lágrimas le quebraron la voz, pero respiró profundo para continuar—. Así que..., antes de que esto se nos vaya de las manos y nos hagamos sufrir más, creo que lo mejor sería que...

—No lo digas..., no se te ocurra terminar conmigo de nuevo, Victoria. — Le advirtió, sin poder creer lo que estaba escuchando.

Dio un par de pasos hacia ella, sintiendo cómo la garganta se le inundó en lágrimas y el corazón se le encogía de dolor; le parecía increíble que estuvieran pasando por eso, una vez más. No podía concebir que Victoria no creyese en su amor, después de todas las veces que se lo había demostrado, que pensara que se podía enamorar de otra y la olvidaría en un par de meses.

—Tal vez sea lo mejor para los dos..., no quiero sufrir, Terrence, pero es lo que hago cada vez que te veo junto a ella, cuando veo cómo la miras y le sonríes mientras la sostienes por la cintura. Y yo no poder estar ahí, junto a ti. —Bajó el rostro, sintiéndose derrotada. No podía luchar contra Allison Parker, no mientras estuviera tan lejos de él.

—Victoria..., Vicky, mírame —esbozó y acortó la distancia entre los dos, llevó un par de dedos a la barbilla de su novia y ejerció presión para hacer que ella levantara su rostro y lo mirara; en ese instante, sintió su corazón contraerse al ver ese par de esmeraldas que tanto adoraba, ahogadas en lágrimas—. Quiero que escuches muy bien esto que voy a decirte: Yo jamás..., jamás miraría a otra chica como te miro a ti, ni le sonreiría como lo hago contigo...

—Terry. —Negaba con la cabeza.

—No, por favor, déjame continuar —pidió al ver que ella intentaba alejarse y negarle la posibilidad de aclarar todas sus dudas y ahuyentar sus miedos—. Jamás lo haría, ¿sabes por qué? —preguntó y vio que ella seguía renuente a creer en lo que decía, lo que le hizo sentir que estaba fallando en algo; sin embargo, no desistió y continuó—: Porque no sentiría por nadie más lo que siento por ti, porque te amo con todo mi ser y prometí hacerlo por lo



que me reste de vida; por favor, créeme, nunca dejaría de amarte, pecosa, nunca.

—Entonces, ¿todo lo que se ve en las fotos es actuado?

—No, no todo. En verdad siento un gran cariño por Allison, es una buena amiga —respondió y, al ver que ella fruncía el ceño, suspiró, pensando en lo complicado que resultaba dar explicaciones a las mujeres—. Vicky, lo que siento por ella es algo como lo que sientes tú por Brandon, Christian y Sean; ese sentimiento, ese tipo de cariño nada tiene que ver con el amor que sentimos tú y yo.

—¿Y Allison siente lo mismo por ti? —Podía confiar en él, pero no en esa chica.

—Por supuesto, ambos estamos claros en eso, ella sabe que tú y yo estamos juntos, que nos amamos. Además, Allison también tiene muchos pretendientes —acotó para convencerla.

—¿Y por qué no acepta a alguno de ellos? —Victoria no cesaban en su afán, quería saber toda la verdad.

—No lo sé, y tampoco es algo que me concierne, es su vida privada, Vicky —dijo y le acunó el rostro—. Pecosa, no tienes que sentir celos de Allison ni de ninguna otra chica, por favor, créeme cuando te digo que eres la única a la que amo... —susurró, mirándola a los ojos y comenzó a rozar sus labios con los de ella—, la única a la que deseo.

Tras decir esas palabras, Terrence se apoderó de la boca de su novia con un beso lento, cargado de ternura, pero que poco a poco, fue ganando intensidad, haciéndose profundo. Ella gimió, aferrándose a él, disfrutando de ese roce que la llenaba de certeza y alejaba toda la pena que la había atormentado durante semanas.

Una vez más, sentía que era embargada por esa necesidad de entregarle más, quería hacerlo por completo, aunque no tuviera idea de cómo, simplemente, era algo que nacía en su interior. Sus dedos se deslizaron por la nuca de Terrence, en una caricia sutil, para luego perderse en su espesa caballera; lo sintió estremecer y eso la animó a hacerlo de nuevo, gimiendo junto a él, cuando sus lenguas se unieron en una danza sensual.

—Yo también te amo, Terry —susurró contra los labios de su novio—. Y siento que también te deseo.

—Victoria —murmuró él, cerrando los ojos y temblando ante la confesión de ella, sintiendo que apenas podía contener su pasión—, estás poniendo a prueba mi voluntad.

—¿Por qué? —cuestionó, desconcertada.

—Porque le prometí a tu padre que solo te haría mi mujer una vez que estuviéramos casados..., pero justo en este instante, me estoy muriendo por hacerte mía —expresó con la voz ronca, como el rumor del mar en una tormenta.

Ella tembló ante la intensidad que se desbordaba de la mirada de Terrence, y jadeó cuando él llevó una mano a su cintura, para pegarla a su cuerpo y hacerla consciente de su naturaleza masculina. Sin embargo, no se sintió asustada ante la demanda que sentía en ese contacto, sino intrigada y deseosa de descubrir mucho más junto a él, quería saber lo que se sentiría ser suya.

—Señorita Victoria, ¿se encuentra aquí? —preguntó Angela, al otro lado de la puerta, después de tocar un par de veces.

Los nervios se desataron en Victoria y Terrence, quienes se miraron con sorpresa; sus cuerpos casi se convirtieron en piedra y por eso se mantuvieron abrazados. Sin embargo, al escuchar un segundo toque, él reaccionó, llevándose un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio, pero ella negó con la cabeza, pues conocía mejor a Angela y, sabía, que si no respondía, su dama de compañía podía entrar.

—Tienes que esconderte..., ve detrás de las cortinas —susurró en su oído y se alejó de él para caminar hacia su escritorio.

—Vicky, espera... ¿Crees que funcione? —preguntó, creyendo que lo mejor era enfrentar a Angela y decirle la verdad.

—Confía en mí —pidió, sonriéndole y le dio un beso, antes de hacer que se diera la vuelta y se encaminara hacia el ventanal. Luego corrió hacia su escritorio al escuchar que volvía a llamar; se sentó y respiró profundo para aplacar sus nervios—. Sigue, Angela, estoy aquí.

—Victoria, la he estado buscando, ¿por qué no respondía?

—Lo siento, estaba distraída —contestó, mirándola a los ojos, para que no fuese a sospechar nada.

—Siempre lo está —dijo, sonriendo—. Será mejor que suba a su habitación, la ayudaré a prepararse para la cena.

—No te preocupes, Angela, comí hace poco en un restaurante cerca de la clínica, junto a la señora Amelia y Terry; no tengo apetito, mejor subiré a descansar —mencionó, poniéndose de pie; debían salir de allí.

—Creo que sería conveniente, se le nota agotada; por cierto, me extrañó no ver a su novio —comentó para saciar su curiosidad, pues ellos siempre estaban juntos.

—Debe estar en su habitación, descansado, el viaje desde Nueva York es muy agotador —respondió, usando un tono casual, sin mirarla a los ojos. Rogó para que a Terrence no se le ocurriera reír o estornudar en ese momento.

—Bueno, vamos, le ayudaré a prepararse para dormir.

—Angela, por favor, no es necesario, ya no soy una niña; puedo hacerlo por mi cuenta. —Se quejó, sonrojándose, pues sabía que Terrence estaba oyendo la conversación.

Prueba de ello fue la risa que dejó escapar, aunque baja, ella consiguió escucharla, y Angela también, pues la vio volverse y comenzar a mirar hacia las cortinas, donde su novio se encontraba escondido.

Victoria palideció, temiendo que su dama de compañía fuese a descubrirlo, pero por suerte, regresó la mirada a ella y continuaron con su camino hacia la puerta.

—Está bien, haré lo que me diga, ahora, salgamos, que algunos lugares de esta mansión se vuelven tenebrosos cuando cae la noche.

—Tienes toda la razón —dijo Victoria, fingiendo terror.

Le echó un último vistazo a ese rincón donde su novio se escondía, lo vio asomarse con cuidado y guiñarle un ojo, a lo que ella respondió con una sonrisa coqueta.

Aunque intentó librarse de Angela, para esperar a Terrence en el pasillo que conducía a las habitaciones, y seguir con su conversación, no logró hacerlo; ella insistió en prepararle su ropa para que al día siguiente no perdiera tiempo y fuera bien temprano a ver a su padre.

Stephen fue dado de alta dos días después, aunque, de momento, no podía regresar al trabajo; el doctor le indicó reposo absoluto, hasta que estuviera completamente recuperado. Le recomendó caminar por el jardín, para que respirase aire puro todas las mañanas y las tardes, dijo que eso le haría bien a su corazón, así como seguir el tratamiento.

Así era cómo se encontraba paseando junto a su hija, Amelia y Terrence, quienes se ofrecieron a acompañarlo durante esa actividad, para que no se aburriera y para estar al pendiente él.

—Tienes mejor semblante —comentó Amelia, sonriendo.

—Tengo la impresión de que los hospitales, en lugar de mejorar a los pacientes, terminan enfermándolos más.

—Concuerdo con esa idea —mencionó Terrence.

Recordando que después de aquella inexplicable fiebre que le dio a fin de año, tuvo que someterse a una gran cantidad de exámenes para complacer a su madre, aunque los mismos no arrojaron nada extraño, su estado físico era óptimo.

—No lo apoyes en sus locuras, Terry. —Le advirtió Victoria, quien iba colgada del brazo de Stephen—. Así tenga que internarse en un hospital por meses, tendrá que hacer todo lo que le diga el médico, ese fue el acuerdo al que llegamos, ¿no es así, padre?

—Te prometí que seguiría el tratamiento al pie de la letra, no debes preocuparte por eso, princesa —respondió con una sonrisa.

—No te imaginas cuánto me alivia escucharte hablar así, Vicky, ahora sé que cuando seas la esposa de Terry, le pondrás mano dura, y no tendré que preocuparme por su salud, porque si lo dejo en sus manos, sería un verdadero desastre —comentó Amelia, sonriendo al ver la cara de fastidio de su hijo.

—Eso puede tenerlo por seguro, señora Amelia —dijo, ignorando el ceño fruncido de Terrence—. Es más, les informo que estoy pensando en inscribirme en los cursos de enfermería, que abrieron en el hospital que queda junto al orfanato.

—Pensé que preferirías estudiar en la Universidad, como te había propuesto Margot —mencionó Stephen, mirándola.

—Tal vez lo haga más adelante, pero en este momento, planeo dedicarme a cuidarlo, por lo que me será más útil la enfermería —respondió, dejando claro que nada la haría cambiar de opinión.

—No me gustaría que dejaras de lado tus aspiraciones por cuidar de mí, tampoco estoy tan mal, pequeña.

—Mis aspiraciones nada tienen que ver con lo que mi tía planea que estudie, papá, así que puedes estar tranquilo.

—Bueno, en ese caso, quiero que sepas que cuentas con todo mi apoyo —esbozó una gran sonrisa y la abrazó.

—También cuentas con el mío, pecosita. —Le dijo Terrence.

—Gracias a ambos. —Se acercó para abrazar a su novio.

Continuaron con su paseo, hablando de sus actividades cotidianas, como las clases que Victoria impartía a los chicos del orfanato, y del estreno de la próxima ópera, donde actuarían madre e hijo, una vez más. El éxito de Terrence había sido tal, que ya se había asegurado el papel de Sparafucile, en la aclamada ópera «Rigoletto», a estrenarse en un par de semanas.

En la pieza también actuaría Allison, en el papel de Gilda; Enrico, como el

duque de Mantua; Amelia, como la Condesa Ceprano; y el protagónico estaría a cargo de Ernest Aldridge, creando un elenco de ensueño, según la crítica.

Lamentablemente, los Anderson no podrían asistir al estreno, ya que el doctor consideró que no era prudente exponer a Stephen a un viaje tan largo, en su condición.

El domingo por la tarde, Terrence y Victoria se despedían en la estación de trenes, esta vez fue Brandon, quien los acompañó. Los novios se tomaron algunos minutos para reforzar sus promesas de amor, agarrados de las manos y mirándose a los ojos, sintiendo que la tristeza embargaba sus corazones, pues ambos sabían que pasarían varias semanas hasta volver a verse.

Brandon, al ver esa escena, se dijo en pensamientos que, si algún día llegaba a enamorarse, lo haría de una mujer que viviese en su misma ciudad, para no tener que padecer las despedidas. Para consolar el corazón acongojado de su prima, la invitó a comer un helado antes de regresar a la casa, logrando con ese gesto, sacarle al menos una sonrisa.

## Capítulo 42

El día del estreno había llegado y el camerino de Allison parecía una floristería, pues su papel de Gilda había despertado el interés de los caballeros. Había arreglos en todas partes, cajas de bombones; incluso, algunos hombres, queriendo impresionarla, se animaron a obsequiarle joyas, aunque nada demasiado escandaloso, pues no estaba bien visto que una dama recibiera detalles tan valiosos de un desconocido.

—No puedo creerlo, ¡mira cuántos regalos, Terry! —expresó con emoción, girando en medio del lugar con una gran sonrisa.

—Me alegro mucho por ti, aunque no deberías ilusionarte mucho, sabes lo que buscan los hombres con tantos regalos; sobre todo, estos que enviaron joyas —comentó, viendo los estuches encima del tocador.

—Hablas por envidia y celos. —Se quejó, poniendo los brazos en jarra, mientras lo miraba con reproche.

—No tengo nada que envidiarte, Allison, sabes que también recibo muchos regalos; tampoco estoy celoso, sabes que tengo una novia a la que amo profundamente —respondió con arrogancia.

—Yo soy más admirada que tu novia. —Elevó la barbilla con altives—. Y tengo a muchos caballeros a mis pies.

—Estoy seguro de que si Victoria fuese parte de este mundo, sería tan admirada como tú, pero gracias a Dios no es así, porque yo no viviría en paz —comentó, recordando los reproches de su novia en días pasados, cuando le pidió que se pusiera en su lugar y, para él, fue inconcebible hacerlo, porque de solo imaginarlo, sentía que moría de celos—. Además, ella es la única que puede alardear de tenerme a sus pies —agregó, mostrando esa sonrisa ladeada, que tantas admiradoras le había conseguido.

—¡Ay, por Dios! Eres tan insoportablemente vanidoso, Terrence Danchester Gavazzeni —dijo, frunciendo el ceño.

—Tú comenzaste a alardear de todo esto, yo solo te respondo, pero será mejor que me vaya, tengo que prepararme para dar lo mejor de mí, asesinandote —pronunció con malicia y se encaminó hacia la puerta.

—Vas a tener tu oportunidad de vengarte esta noche, así que espero sepas

aprovecharla —contestó a su provocación.

Lo vio salir y, sin poder evitarlo, dejó escapar un suspiro; cada día le parecía más apuesto, pero también más inalcanzable, pues era evidente que nunca tendría ojos para otra que no fuese Victoria Anderson.

Decidió alejar de su cabeza cualquier pensamiento romántico relacionado con Terrence, sabía que aspirar al amor de su compañero era absurdo; además, tampoco se veía teniendo una relación con él; era muy celoso y, eso, definitivamente, chocaba con su personalidad, ella disfrutaba de tener la admiración de muchos hombres, no de uno solo.

Esa idea la hizo recordar lo que hacía justo antes de que entrara Terrence a su camerino, así que se acercó de nuevo hasta su tocador y comenzó a ver sus regalos. Escogió un estuche forrado en raso blanco, con una cinta de seda roja en forma de lazo; lo abrió y quedó encantada con el par de pendientes de perlas que había en su interior.

*«Estimada señorita Parker, espero que este presente no sea visto como una ofensa, es mi más sincera muestra de admiración. Estoy ansioso por verla en el escenario y, si no es mucho pedir, que me otorgue el honor de poder bailar junto a usted esta noche».*

*Harry Vanderbilt.*

Allison se llevó la nota al pecho y dejó escapar un grito de júbilo, aunque lo acalló enseguida con su mano, para no alertar a nadie. No obstante, apenas le era posible contener su emoción, pues sabía perfectamente quién era el hombre que le había enviado la nota, uno de los solteros más codiciados de la ciudad, un hombre apuesto, joven y elegante, que no tenía reparos en mostrar su admiración por ella.

—Esta será tu gran noche, Allison, hoy vas a deslumbrarlos a todos, caerán rendidos ante tu belleza y tu talento.

Con rapidez, sacó los pendientes de la caja para probárselos, le quedaban perfectos y decidió que serían los que luciría en la fiesta del alcalde. Escuchó que llamaban a la puerta y corrió a abrir, era una de las chicas de vestuario, faltaba poco para salir al escenario y debía prepararse para ser la Gilda más hermosa de la historia.

El mes siguiente, no fue nada fácil para la familia Anderson, en vista de que el tratamiento para Stephen no parecía estar dando buenos resultados,

había sufrido un par de recaídas, que iban debilitando su salud. Esa situación hacía que Victoria estuviese sumida en un mar de zozobra, sin saber en qué momento perdería a su padre para siempre.

Además, también tuvo que lidiar con su tía Margot, quien se enfureció con ella hasta el punto de dejar de hablarle un par de semanas, luego de que se enteró de que no iría a la universidad, sino que prefería inscribirse en un curso para estudiar enfermería.

La tensión en el hogar era tan abrumadora, que ni siquiera la confirmación de la noticia del embarazo de Patricia, había conseguido devolver la alegría a la mansión.

—Cada día se nota más —mencionó Annette, mirando el vientre de su amiga, mientras tomaban el té.

—Sí, y sigo sintiéndome terrible —comentó, refiriéndose a sus malestares, que no le daban tregua.

—Ya pasarán, pequeña. —La alentó Marie, sonriéndole.

Todas miraron a Victoria, quien no había dicho una palabra; una vez más, se encontraba ausente y cansada; al parecer, la idea de Patricia de invitarla a su casa a tomar el té, para que se distrajera, no había funcionado.

—Vicky, ¿te sientes bien? —preguntó Annette, agarrándole la mano para brindarle una caricia que la reconfortara.

—Sí..., estoy algo cansada pero bien —respondió, mostrando una sonrisa que no llegaba hasta su mirada.

—Debes intentar dormir más, cariño —recomendó Marie.

—Le prometo que este fin de semana lo haré.

Una hora después, se despedía, incluso, de Christian, quien había llegado casi al final de la tarde, luego de un arduo día de trabajo. Desde que se casara, se había dedicado por completo a salvar el patrimonio de su esposa y de su abuela, intentando administrarlos desde América.

Durante el trayecto hasta la mansión, ella pudo dejar de fingirse feliz y dejó que el llanto saliera en silencio, mientras miraba a través de la ventanilla. Se sentía tan agotada física y emocionalmente, que, a veces, solo cerraba los ojos y deseaba con todas sus fuerzas despertar de esa pesadilla y que, al hacerlo, su padre estuviese completamente sano.

—Hola, Vicky. —La saludó Brandon con una sonrisa.

—Hola, Brandon, ¿cómo te fue hoy? —Sabía que su primo también estaba cargado de trabajo, pues desde que su padre enfermó, él había quedado al frente de los bancos.



—Bien, gracias por preguntar. Aunque contigo no es necesario, se nota que sigues triste —comentó, acariciándole una mejilla, donde se podía apreciar el rastro de las lágrimas.

—Estoy bien —mintió; no quería sumarle más preocupaciones.

—Pues, te tengo una sorpresa, creo que esto te pondrá feliz. —Le entregó una sonrisa efusiva y se hizo a un lado.

—¿Llegó carta de Terry? —Un brillo se apoderó de su mirada.

—No, es algo mucho mejor. ¿No es verdad, señor heldentenor? —preguntó, dándole la pauta para que saliera.

—Hola, pecosa —pronunció, recibéndola con una gran sonrisa.

—¡Terry! —exclamó con emoción y corrió hasta él—. Te extrañé tanto, no puedo creer que estés aquí. No te esperaba.

—Yo también te extrañé, Vicky, estaba desesperado por verte.

—No te imaginas cuánta falta me hiciste —susurró y sus ojos se volvieron manantiales, por lo que hundió su rostro en el pecho cálido y fuerte de su novio.

—¡Ey, pecosa! —Intentó hacer que lo viera, pero ella seguía refugiada en su pecho—. No llores, ya estoy aquí y me quedaré hasta el próximo año —comentó, queriendo jugarle una broma, para hacerla sonreír; sufría al verla llorar.

—Solo faltan dos semanas para eso. —Se quejó, mirándolo a los ojos, perdiéndose en ese azul que le encantaba.

—Haremos que sean maravillosas, como siempre —aseguró, dándole un suave beso en los labios—. Ya, no llores más, por favor, sabes que no me gusta que lo hagas.

—Lo siento..., es que he estado muy agobiada estos últimos días. —Se disculpó, bajando el rostro.

—Comprendo, pero a partir de hoy no quiero que estés triste.

—Ojalá fuese así de sencillo —murmuró, pues lo había intentado arduamente durante las últimas semanas.

—Sé que no lo es, pero haremos el intento, ¿me lo prometes? —pidió con su mirada anclada en la de ella.

—Pensé que llegarías la próxima semana, aún quedan funciones pendientes de Rigoletto. —Ella seguía todas las noticias que salían en los diarios, y hasta tenía la cartelera de las funciones, pues guardaba la esperanza de ir a verlo, pero las recaídas de su padre se lo impidieron.

—No es necesario que esté en todas las funciones; mi madre hizo lo

mismo y le cedió estas últimas presentaciones a su suplente —explicó, y le acarició las mejillas con los pulgares—. Así que, cuando tuve la oportunidad de subirme a un tren, no lo pensé dos veces. No veía la hora de tenerte así, mi hermosa pecosa, me moría por abrazarte.

—¿Solo por abrazarme? —preguntó, coqueta.

Él sonrió al comprender el mensaje de su novia, miró a su alrededor, viendo que no había nadie. Por lo que, sin perder tiempo, se apoderó de los voluptuosos labios de su novia, y recibió con satisfacción la respuesta de Victoria. Juntos se sumergieron en el placer que les provocaban los besos que se brindaban.

Stephen se encontraba en su habitación, en los últimos días no había tenido ni siquiera la fuerza suficiente para salir a caminar por el jardín, pues siempre que se aventuraba a hacerlo, debía regresar rápidamente a su habitación y acostarse.

Cada vez se le hacía más difícil respirar de manera normal, y el dolor en su pecho se había hecho más frecuente; sobre todo, por las mañanas, aunque lo controlaba con los medicamentos.

Se encontraba tan desesperado, que hasta le había planteado la idea a su doctor de que tratara su padecimiento con una intervención quirúrgica. Sin embargo, Peterson le dejó claro que no era un procedimiento sencillo; por el contrario, era muy complicado y el mínimo error, podía costarle la vida, así que eso lo llevó a desistir.

—Hola, papá —mencionó Victoria, entrando de la mano de Terrence; se acercó y le dio un beso en la frente.

—Hola, princesa, qué alegría me da verte tan contenta —dijo, ya conocía la razón de ese brillo en su mirada—. Qué bueno tenerte en casa de nuevo, Terrence, ¿cómo has estado?

—Todo bien, muchas gracias por preguntar, Stephen —respondió Terrence sonriéndole a su suegro—. Quise pasar antes, pero me dijeron que se encontraba descansando.

—Son los medicamentos, me mantienen todo el día atontado.

—Pero son necesarios, papá, así que deja de quejarte; por cierto, ya casi es hora de tu jarabe —indicó Victoria y se encaminó hacia la mesa donde estaban—. Se te acabó el agua, iré a buscar más, ¿puedes quedarte con él, Terry?

—Por supuesto, no te preocupes.

—Perfecto, regreso enseguida... Y, usted, señor Anderson, quite esa cara

de fastidio, que parece un niño. —Lo regañó, pero le dio un beso en la frente y luego salió de la habitación.

—Es igual a su madre, Virginia también me trataba de la misma manera cuando nos conocimos —comentó Stephen y dejó escapar un suspiro—. Y ahora que está estudiando enfermería, no tienes idea de lo estricta que se ha puesto.

—Lo imagino —acotó Terrence, sonriendo—. Pero al menos puede alardear de tener a la enfermera más hermosa de todo el país —agregó en tono de broma, intentando disimular su conmoción al ver lo pálido y delgado que se encontraba, para no hacerlo sentir mal.

—Estás en lo cierto, estoy seguro de que más de un paciente, debe estar deseando tener una enfermera como la mía —dijo riendo y vio cómo su yerno fruncía el ceño—. Tranquilo, dudo mucho que Margot la deje ejercer esa profesión, lo que será una verdadera lástima, porque en verdad es muy buena en ello.

—Pues yo le prometí que respetaría las decisiones que tomara, así que, si para cuando nos casemos me dice que desea trabajar en un hospital, voy a apoyarla..., solo espero que sea en el área de pediatría —rogó, uniéndose a la risa de su suegro.

—No te imaginas cuánto me alegra y también me alivia escuchar eso, Terrence; mi hija es lo más valioso que tengo en la vida y solo deseo su felicidad —esbozó y luego soltó un suspiro, que fue casi un lamento—. Estas últimas semanas he estado pensando mucho y, en ocasiones, creo que quizá he sido egoísta con ella y contigo.

—Es absurdo que piense así, Stephen —contestó, tornándose serio.

—No, no lo es, hijo... —dijo, negando con la cabeza—. Soy consciente de cuánto se aman ustedes dos, y también de cuánto sufren cada vez que deben separarse.

—Ya nos hemos acostumbrado y, comprendemos que, de momento, las cosas tienen que ser así —acotó, mirándolo.

—Pero no tendría por qué serlo; es decir, si yo les diera mi consentimiento para casarse, ya no tendrían que sufrir más por las despedidas —comentó con su mirada anclada en la de él.

—Sabe mejor que nadie cuánto amo a su hija, y que mi deseo más grande es tenerla como mi esposa, pero soy consciente de que ambos somos jóvenes para adquirir ese compromiso.

—Eso no tiene nada que ver, sé que fue mi excusa para ganar tiempo, pero

allí tienes a Christian y a Patricia, casi tienen sus edades y son un matrimonio estable, hasta están esperando a su primer hijo —acotó con tono esperanzador—. Terrence, no nos engañemos, la enfermedad que me aqueja, cada día es peor; siento que se me está acabando el tiempo...

—Señor, no diga eso, por favor —pidió, sintiendo miedo, pues sabía que, si llegaba a faltarle a Victoria, ella no lo resistiría.

—Por favor, déjame continuar —indicó, sujetándole la mano y lo miró fijamente a los ojos—. Quiero ser quien entregue a mi hija en el altar, quiero verla vestida de novia, emocionarme cuando me anuncie que seré abuelo, ver su vientre crecer y disfrutar después de mis nietos. No quiero perderme ninguno de esos momentos por culpa de esta maldita enfermedad, y sé que es una lucha que voy perdiendo, Terry.

—Usted va a recuperarse, esto es solo pasajero, el médico le ha dado pronósticos alentadores —comentó con optimismo.

—Peterson solo me llena de medicamentos que alivian el dolor, pero no hacen nada más. En un mes mi salud ha empeorado, eso es evidente, y antes de que las cosas se pongan peor..., quiero dedicar el tiempo que me queda a hacer lo que es más importante para mí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, sospechando su respuesta.

Stephen estaba por responderle cuando la puerta se abrió y Victoria apareció en la habitación, llevando en sus manos una bandeja. Ambos se sobresaltaron ante la inesperada entrada de la chica, pero supieron reaccionar, y Terrence se puso de pie rápidamente para ayudarla.

—Muchas gracias, amor —dijo, sonriéndole, luego se encargó de preparar el remedio de su padre—. Bien, señor Anderson, abra la boca —ordenó, acercándole la cuchara, y sonrió al ver que la bebía completa—. Perfecto, se ha ganado un enorme beso como premio.

Terrence sonrió al ver la actitud de su hermosa pecosita, en verdad era una grandiosa enfermera, incluso, sintió ganas de estar enfermo para que ella lo atendiera. Cuando Victoria se alejó para dejar la cucharilla sobre la mesa, Stephen le hizo un gesto con la mirada, que le daba a entender que seguirían hablando después, a lo que él asintió.

Stephen, en verdad estaba angustiado, porque sabía que se estaba quedando sin tiempo, aunque pareciera irónico, su corazón se lo gritaba. Sin embargo, no quería atormentar a Victoria, así que cambió de tema y se divirtió, relatándoles, una vez más, cómo era Virginia cuando hacía de su enfermera.

Todo comenzó cuando lo mordiera una serpiente que había intentado atacarla a ella, pero él se atravesó, convirtiéndose en el héroe de la hermosa campesina. El veneno no era letal, pero le hizo pasar tres días entre fiebres altas, delirios y fuertes temblores, que vivió en la humilde casa de las Hoffman, donde Virginia lo llevó para cuidarlo, pues no sabía que era el heredero de los Anderson.

Pasó el resto de la tarde entreteniendo a Terrence y a Victoria, con la historia de amor que vivió junto a Virginia, relatándoles cómo su adorada esposa, después de salvarlo de la muerte, le huía cada vez que él deseaba hablarle de amor.

Sin darse cuenta, volvía a reír, como hacía mucho tiempo no le sucedía, sintiéndose bien tanto física como anímicamente, pues recordar a su mujer alejada de él todo el dolor y la tristeza que sentía.

Desde que regresó a la mansión de la clínica, no pasaba una noche en que Victoria no llegara hasta la habitación para dormir junto a él, claro está, a escondidas de su tía Margot, quien no lo hubiese permitido. El miedo a perderlo no la dejaba en paz, y solo podía conciliar el sueño estando a su lado, pues sentía que, de esa manera, lo mantendría aferrado a ella.

—¿También esta noche vas a quedarte conmigo? —mencionó horas después, cuando vio entrar a Victoria con su ropa de dormir.

—Por supuesto, es lo que hace una buena enfermera.

Se acomodó a su lado, apoyando la cabeza sobre el fuerte hombro de su padre, muy cerca de su corazón, para escuchar cada latido; lo rodeó con su brazo, dejando escapar un suspiro. Sonrió al sentir que él también le pasaba el brazo por la espalda, dándole un beso en el cabello, y se relajaba para entregarse al sueño.

—Buenas noches, papi —mencionó, mirándolo a los ojos y entregándole una hermosa sonrisa.

—Buenas noches, mi princesa..., mi Victoria —expresó, sonriéndole, y le dio un beso en la frente, un beso largo y pausado, luego la miró a los ojos—. Te amo con todo mi ser.

—Yo también te amo, papi —susurró y, de pronto, se sintió temerosa, por lo que se aferró más fuerte a él.

Stephen se tragó las lágrimas que colmaban sus ojos, no quería verla triste, le dio otro beso en el cabello y soltó un suspiro, luego dejó caer sus párpados, para que el sueño se apoderara de él.

No supo el tiempo que transcurrió después de eso, pero cuando volvió a abrir los ojos, ya no se encontraba en su habitación de la mansión, sino en la de su pequeña casa en las montañas de Barrington.

El sol entraba a raudales en la habitación, cegándolo por un momento, pero después, la silueta de una mujer se posó frente a él y le extendió la mano; cuando consiguió descubrir quién era, su corazón se desbocó en latidos, como le sucedía cada vez que estaba frente a ella.

—He venido por ti, Stephen, es hora de que volvamos a estar juntos, amor mío —susurró Virginia, mostrándose sonriente.

Él se puso de pie, sintiendo que el tiempo había dado marcha atrás; ya no había una pizca de dolor o cansancio en su cuerpo, se sentía joven nuevamente. Agarró la mano que la mujer que amaba le ofrecía y, por un instante, pensó en lo que sería de su hija cuando despertarse y supiese que se había marchado.

—Estará bien, siempre estaremos a su lado, cuidándola.

Virginia le volvió el rostro para que la mirara a los ojos, después de eso, le dio un tierno beso en los labios y caminó junto a él para salir hacia ese extenso campo repleto de verdor, flores y vida, con un intenso cielo azul.

Desde ese instante, comenzó a sentirse en paz, pero se prometió que siempre estaría junto a su princesa, porque así se lo había prometido.

## Capítulo 43

Victoria despertó y suspiró antes de abrir sus párpados, por primera vez en semanas, había dormido durante toda la noche, sin sobresaltos ni angustias. Sin embargo, al percatarse de que el ambiente dentro de la habitación se encontraba más frío de lo habitual, se incorporó con rapidez, pensando que, seguramente, había dejado las ventanas abiertas la noche anterior.

Miró hacia las puertas que daban al balcón y descubrió con sorpresa que estaban cerradas; incluso, las cortinas estaban corridas. Así que, en medio de la penumbra, que aún no lograban disipar los rayos de sol que se colaban por debajo de las cortinas, acercó su mano a la mesa de noche y encendió la luz de la lámpara; luego giró para ver a su padre, y su palidez le arrancó un jadeo, al tiempo que un escalofrío recorrió su columna y se le formó un nudo en el estómago.

—Papi..., debo regresar a mi habitación —susurró con voz trémula, pero con la esperanza de que él respondiese.

Llevó su mano hasta la frente de su padre para acariciarla, pero la retiró con rapidez, como si le hubiese quemado. Pero no estaba caliente; al contrario, estaba helada.

—Papá..., papá. —Lo llamó al ver que no obtenía una respuesta, y la angustia iba calando dentro de ella.

El miedo se apoderó de su cuerpo, por lo que lo agarró por los hombros y comenzó a removerlo para que despertase, pero no lograba hacerlo reaccionar. De pronto, recordó que no debía entrar en pánico, se limpió las lágrimas y comenzó a ejercer presión sobre su pecho, tal como le habían enseñado en sus clases, pues fue lo primero que le pidió a su profesora que le explicara, en vista de la condición de su padre.

—Papi..., papi..., por favor..., por favor —rogaba, luchando contra su temor y su llanto—. ¡Papá, abre los ojos! ¡Papi, por favor, mírame! —comenzó a gritar, presa de la desesperación.

Los gritos de Victoria se hacían más fuertes, así como su miedo; por un momento pensó en correr para buscar ayuda, pero el simple hecho de tener que dejar a su padre solo, le impedía moverse. Por lo que, se mantuvo aferrar

a sus intentos por salvarlo, negándose a reconocer que ya lo había perdido, que cualquier cosa que hiciera sería en vano, porque su padre se había marchado para siempre.

Margot ya se encontraba despierta a esa hora, estaba dedicada a sus oraciones de la mañana, y su corazón se estremeció al escuchar los gritos de su sobrina. Pensó que, tal vez, Stephen estaba teniendo otra crisis, por lo que sin perder tiempo se puso de pie, aunque con algo de dificultad; corrió para cubrirse con su salto de cama, antes de salir.

Al salir al pasillo, vio que Brandon, Sean y Terrence también habían salido de sus habitaciones y se buscaban con las miradas para tratar de entender la situación, sus rostros se mostraban temerosos al escuchar los lamentos de Victoria. El primero en reaccionar fue su sobrino mayor, quien con rapidez corrió hacia la habitación de su hermano; sin llamar, abrió la puerta y entró, a él lo siguió Terrence, luego Sean.

—¿Qué sucede? —preguntó Amelia, sacándola de ese estado de conmoción en el cual se encontraba.

—Stephen... ¡Stephen! —gritó, llevándose la mano al pecho e intentando que sus piernas temblorosas le permitieran avanzar hasta la habitación de su hermano.

—¡Oh, por Dios! —Jadeó Amelia, temiendo lo peor.

En cuanto Brandon entró a la habitación, se encontró a Victoria de rodillas sobre la cama, intentando reanimar de manera desesperada a su tío, con esos ejercicios que había aprendido en sus clases de enfermería. Sin embargo, a él solo le bastó verlo unos segundos para comprender que ya no tenía caso intentar traerlo a la vida; tenía el rostro muy pálido, sus labios lucían morados y su cuerpo se mostraba rígido, lo que revela que debía tener algunas horas de muerto.

—Vicky..., Victoria, detente... Por favor, prima..., ya, detente —pidió, tomándola por los hombros e intentó alejarla.

—No..., no, Brandon, puedo hacerlo, puedo hacerlo reaccionar... Ayúdame, por favor... Va a reaccionar, lo hará.

—Pequeña..., ya se fue..., se ha marchado —susurró, odiando tener que ser quien le dijera esas palabras.

—¡No!, ¡no! Él me prometió que estaría conmigo siempre —aseguró, pero un sollozo le rompió la voz, cuando fue consciente de que eso ya no sería posible—. Él me lo prometió..., me lo prometió.



Terrence seguía conmocionado por lo que sucedía, jamás imaginó que despertaría para encontrarse con el cadáver de su suegro, menos cuando la tarde anterior lo había visto tan lleno de vida y animado. Reaccionó al escuchar el llanto desgarrador de su novia, por lo que rápidamente se acercó a abrazarla y darle consuelo, también para brindarle toda la fortaleza que necesitaría a partir de ese momento.

—Y lo va a cumplir, pecosa..., siempre estará contigo, pero ahora debes dejar que su cuerpo descanse —mencionó Terrence, la rodeó con sus brazos y sintió como si se derrumbase entre ellos, por lo que la sujetó más fuerte, luego la miró a los ojos—. Él siempre estará contigo, Vicky; trata de calmarte, mi amor, por favor —rogó al sentir cómo se estremecía, y era evidente que le estaba costando respirar.

—Llama al doctor, Terry..., dile..., dile al doctor Peterson que venga; estoy segura de que él puede hacer algo —pronunció, intentando mostrarse calmada, pero no podía parar de llorar.

—Vicky, debes calmarte, por favor —pidió Margot, notando que su novio apenas podía controlarla—. A tu padre no le gustaría verte así, por favor, hija —agregó, conteniendo su propio llanto. Una vez más, le tocaba ser fuerte.

—Tía..., no puedo..., no puedo —esbozó, negando con la cabeza. Necesitaba que alguien le hiciera caso, que le ayudaran a salvar a su padre, pero nadie parecía entenderlo.

—Claro que puedes, eres una chica fuerte..., mírame —dijo al ver que ella intentaba regresar con Stephen—. Eres fuerte.

—Vamos a sacarla de aquí, le daremos un té para que se calme —sugirió Amelia, preocupada por la chica, sabía lo difícil que era perder a un padre a esa edad—. Ven con nosotros, Vicky.

—No quiero dejar a mi padre..., me quedaré aquí. —Se negó y escapó de los brazos de Terrence para refugiarse una vez más en la cama, junto al cuerpo sin vida de su padre.

Sean, quien se había mantenido a cierta distancia, para poder llorar la pérdida de su tío sin perturbar más a Victoria, supo que era el momento de intervenir y ayudarla. Se acercó lentamente a Brandon, al tiempo que le pedía con la mirada que se aproximara a él.

—Creo que lo mejor será darle un calmante; de lo contrario, no habrá poder humano que la aleje de allí... Cuando Anthony murió, también tuvo una crisis como esta —susurró para solo su tío.

—Tienes razón, igual tenemos que llamar al doctor Peterson para que

determine la causa de la muerte del tío, aunque todo parece indicar que sufrió un ataque mientras dormía, igual será necesario que redacte el acta de defunción.

—Bien, iré a llamarlo, por favor, no dejes que tía presione a Victoria, es lo último que necesita en este momento.

—No te preocupes, Terrence y yo nos encargaremos de que eso no suceda —mencionó, viendo al novio de su prima

Terrence se había arrodillado junto a la cama para acariciar con ternura la espalda y el cabello de su novia, deseando tener las palabras adecuadas en ese momento para consolarla. Se sentía inútil e impotente al verla sufrir y no poder hacer nada, porque era consciente de que el dolor que Victoria sentía en ese instante, no se alejaría por mucho que le hablase; en esos casos, las palabras no servían de nada.

Después de un rato, llegó el doctor, pero para ese momento, Victoria ya se encontraba más calmada, aunque seguía costándole asimilar que su padre había muerto. Sin embargo, no fue necesario que le pusieran calmante, aunque sí costó mucho hacer que se levantara de la cama, para dejar que el médico examinara el cuerpo.

Angela aprovechó que Victoria salía de la habitación y la llevó a la suya, intentó no llorar mientras la ayudaba a desvestirse; luego la metió en la bañera llena de agua tibia, según su tía Margot, eso le ayudaría a estar más tranquila, por lo que se quedó allí durante casi una hora, pero no podía parar de llorar.

Sus ojos parecían ser dos fuentes de agua inagotables, también estaban rojos e hinchados, así como su nariz, y los sollozos no dejaban de brotar de su pecho, aunque se calmaban a momentos.

Annette y Patricia llegaron tan pronto como se enteraron, fueron directamente hasta la habitación de su amiga, la encontraron tendida en la cama, llorando, y se acostaron junto a ella. Rodeándola con sus brazos para brindarle fortaleza, pero ante el dolor de Victoria, no pudieron mantenerse y también rompieron a llorar; sobre todo, Patricia, quien recientemente había sufrido la misma pérdida, y todo eso removía su dolor.

Patricia intentó calmarse para no perturbar más a Victoria, y porque ella misma debía cuidarse, ahora llevaba a un bebé en su vientre y había escuchado que todo lo que sentía se lo transmitía a él, así que no quería que su hijo estuviera triste.

Después de un rato, notaron que Victoria se quedaba dormida, el

cansancio por llorar tanto terminó vencéndola, así que con cuidado, se pusieron de pie y bajaron, debían consolar también a los chicos.

Para media tarde, ya Brandon y Margot se habían encargado de todo con respecto al funeral, mientras que Robert Johansson cumplió con la orden de decretar dos días de duelo en todas las sedes de los bancos Anderson. Tal como se hiciera tras la muerte del patriarca Jonathan, luego con Bernard y ahora con Stephen; también avisó a los familiares que se encontraban más lejos y que no podrían llegar para el sepelio.

—Tía, ¿puedo pasar? —preguntó Victoria, asomándose a la puerta de la habitación donde todavía se encontraba su padre—. Le prometo que seré fuerte, como me pidió —aseguró, luchando contra el llanto.

—Ven aquí, Vicky —pidió, extendiéndole la mano.

Era la única que se encontraba allí, velando el cuerpo de su hermano, no quería estar en el salón, recibiendo condolencias; estaba harta de eso. Vio que su sobrina se acercaba a ella, con la mirada repleta de dudas y miedo, como si esperase que fuese a reprenderla, lo que provocó que se sintiera mal, porque en ese momento, no pretendía hacerle algún reproche.

—Acércate más —pidió y, cuando lo hizo, la agarró por la cintura y la sentó en sus piernas—. Hace un rato, cuando te pedí ser fuerte, no fue con la intención de retarte, era solo porque temía que tuvieras una crisis y te pusieras mal; le prometí a tu padre que siempre cuidaría de ti..., solo pretendo cumplir mi promesa —dijo, mirándola a los ojos.

—Está bien..., he venido a hacerle una promesa a él.

—Entonces ve, hija..., porque vendrán a buscarlo en un momento —anunció y le dio un beso en la frente.

Ella asintió, dándole también un beso a su tía en la mejilla, siendo la primera vez que las dos se brindaban muestras de cariño tan auténticas y espontáneas. Por lo general, solo se trataban así en sus cumpleaños o en alguna festividad, pero suponía que el dolor que compartían en ese momento, de alguna manera, las había hecho más unidas.

Cuando su mirada se posó en el cuerpo de su padre, Victoria sintió que todo el dolor se le venía de golpe, sin poder creer que él ya no estaría más junto a ella, que no lo vería sonreírle, que no le hablaría ni la abrazaría. Se estremeció a causa de los sollozos, pero respiró profundo para intentar calmarse; despacio, se sentó al borde de la cama y agarró una de sus manos, admirando lo elegante que lucía vistiendo con su traje escocés.

—Papi..., quiero prometerte que estaré bien, que seré fuerte... —Un

nuevo sollozo le rompió la voz, sorbió por la nariz, conteniendo sus lágrimas —. Sé que ahora estás con mamá y que desde el cielo ambos cuidarán de mí... Por favor, visítame en sueños de vez en cuando, para sentir que sigues aquí. Papi, te amo, y dile a mami que también la amo, que los voy a extrañar hasta el día que me toque reunirme con ustedes.

No pudo contener más su dolor, se dejó caer sobre el pecho de su padre, llorando con tanta intensidad, que su cuerpo se estremecía a causa de los sollozos, mientras se aferraba a él y le pedía a Dios que la despertara de esa horrible pesadilla.

Sintió, de pronto, que le acariciaban la espalda y pensó que era su tía Margot, que le estaba recordando que debía calmarse, pero cuando levantó su rostro, se encontró ante ella a sus tías abuelas.

—Mi pequeña —susurró Olivia y le abrió sus brazos.

—Tía Olivia..., tía Julia —mencionó con la voz quebrada.

—Aquí estamos, mi niña..., aquí estamos —acotó Julia, envolviéndola en sus brazos, así como hacía su hermana.

—Quédense con ella, ahora las necesita —pidió Margot.

Estuvieron junto al cuerpo de Stephen hasta que sus sobrinos y Terrence llegaron por él, debían meterlo en el ataúd y llevarlo hasta el salón que había sido preparado para que los otros miembros de la familia y algunos amigos llegasen a despedirlo.

Victoria regresó a su habitación en compañía de sus tías, sabía que debía hacerlo si quería estar junto a su padre; de lo contrario, su tía o Brandon le pedirían al doctor que le pusiese un calmante.

Bajó colgada del brazo de Terrence, en compañía de sus tías y de su suegra, quien se mantuvo pendiente de ella en todo momento, pero dándole su espacio para que pudiera vivir su duelo con sus seres más allegados. En el salón, ya se encontraban varios parientes, entre ellos, los Lerman, pero Victoria los ignoró, sabía que su acto de presencia, solo era una mera hipocresía, pues nunca quisieron a su padre.

—Te presentamos nuestras más sentidas condolencias, Victoria —mencionó John, como el cabeza de familia.

—Muchas gracias, señor Lerman —respondió con gentileza.

—Vicky..., quiero decirte que lamento mucho tu pérdida, y que estaremos aquí para apoyarte en lo que sea que necesites —dijo Daniel, y se atrevió a ofrecerle su mano, sin dejarse intimidar por las miradas de reproche de su hermana y su madre.

—Gracias, Daniel. —Se limitó a murmurar y recibió su mano.

La retiró rápidamente al no sentirse cómoda con su contacto, no sentía que él fuese alguien indicado para brindarle consuelo, aunque pareciera sincero, no era como sus primos o como su novio. Su mirada buscó los ojos de Terrence, y se refugió en él, quien no solo se había ganado su corazón, sino también el afecto de su padre, y estaba allí para ayudarla a cargar con su pena.

El cuerpo de Stephen fue velado en la mansión durante dos días, por petición de varios familiares, que deseaban llegar para despedirlo y debían viajar desde otros extremos del país. Uno a uno se iba acercando a Victoria, a medida que llegaban, para ofrecerles sus condolencias, también a Margot y a los chicos, pues eran los más cercanos a él.

Victoria apenas había descansado o probado bocado durante ese tiempo, ni siquiera la insistencia de sus tías o la de Terrence, conseguía que ella cediera en su afán de permanecer junto al féretro de su padre. Por lo que Margot y Brandon tuvieron que ejercer su autoridad sobre ella, para obligarla a comer y, en uno de los jugos que le dieron, mezclaron pastillas para dormir, pues sabían que, solo medicándola, lograrían que ella descansara, y sus tías se ofrecieron a velar su sueño.

Se miraba en el espejo con gesto ausente, mientras Angela se encargaba de la hilera de botones en su espalda, sentía que se había secado de todo lo que había llorado en esos días, pero las lágrimas eran una fuente inagotable, y cuando menos lo esperaba, reaparecían, recordándole su dolor. Se puso la mantilla de encaje negro, sus guantes, y salió dispuesta a darle el último adiós a su padre, sin saber todavía si sería capaz de hacerlo.

El cielo ese día lucía inusualmente despejado, tomando en cuenta que estaban a finales de otoño, y mientras el cortejo fúnebre guiaba el cuerpo al panteón familiar, Brandon, Christian y Sean, junto a otros miembros del clan, tocaban una hermosa melodía en sus gaitas.

—Tranquila, mi amor..., recuerda la promesa que él te hizo y la que tú le hiciste. —Terrence la abrazó con fuerza, cuando la escuchó sollozar al ver que comenzaban a bajar el ataúd.

—Esto..., me está matando, Terry... Me duele el alma.

—Lo sé..., lo sé, mi vida..., pero debes ser fuerte para que él pueda irse en paz, para que pueda ser feliz junto a tu madre, y no se sienta culpable por haberse marchado —susurró, sosteniéndola entre sus brazos con fuerza, para

que no se derrumbase.

Hundió su rostro en el cabello para besarla y darse la libertad de derramar algunas lágrimas, pues ese hombre, en el poco tiempo que lo conoció, se mostró más atento con él, de lo que lo había hecho su padre, en todos los años que vivieron juntos. El funeral terminó y, poco a poco, los presentes comenzaron a retornar a la mansión, pero Victoria decidió permanecer allí un poco más; no quería volver a la casa y ya no encontrar a su padre en esta.

Terrence también se quedó junto a ella, así como Annette, Sean y Brandon, pero Christian debió regresar a la mansión con Patricia, pues tantas emociones podían afectar el embarazo de su esposa. La tarde comenzó a caer, anunciando el final del día, y el aire en torno a ellos cada vez era más helado, por lo que a Victoria no le quedó más remedio que armarse de valor y regresar; no deseaba que alguno enfermase.

Al llegar, subió directo a la habitación de su padre, no le pidió permiso a su tía o a Brandon, simplemente, se encerró allí para poder llorar su pérdida; necesitaba hacerlo, ya después reuniría la fuerza necesaria para continuar con su vida.

Lloraba por cada recuerdo que llegaba a su mente, al sentir el olor de su colonia, que aún se hallaba entre las sábanas, mientras rogaba al cielo que la dejara escuchar su voz, una vez más, y sus súplicas, al parecer, fueron escuchadas, porque cuando se quedó dormida, lo soñó, lo vio sonriente y saludable, y eso la hizo despertar sintiendo una gran paz en su corazón y su alma.

Ese año, no tenían ánimo de celebrar Navidad, tampoco la de Año Nuevo, solo se reunieron como familia para cenar, estuvieron unos minutos en el salón, compartiendo recuerdos y, después, cada uno se fue a su recámara. La matrona parecía haber envejecido veinte años, se le notaba cansada y apenas sí prestaba atención a las cosas, ni siquiera le hacía reproches a Victoria por pasar todo el día junto a su novio.

—Con que aquí estás, tengo rato buscándote, pero debí imaginar que te encontraría en este lugar —comentó Terrence, cuando vio a su novia junto a la tumba de su padre.

—Vine a traerle flores, la nevada de anoche marchitó las otras —comentó, limpiándose el rastro de una lágrima—. ¿Cuándo te irás?

—¿Por qué preguntas eso? —respondió con otra interrogante.

—Escuché a tu madre decirlo esta mañana. —Fijó su mirada en él—. Sé

que debes regresar a Nueva York.

—Hablaemos de ello después, no te preocupes por eso ahora —pidió acariciándole las mejillas y le dio un tierno beso en los labios—. Mejor vayamos a la casa, está haciendo frío. —La abrazó y se encaminó junto a ella hacia la mansión.

Terrence deseaba quedarse un poco más, pero sus obligaciones en Nueva York reclamaban su presencia; pese a ello, no quería dejar a Victoria, por eso le planteó la idea a Brandon de llevarla con él. Claro está, le dejó saber que estarían en casa de su madre, bajo la supervisión de esta, y no tenía que temer por la honra de Victoria, él cumpliría la promesa que le hizo a Stephen, pero pensaba que un cambio de ambiente le sentaría bien en ese momento, le ayudaría a distraerse.

A Brandon también le pareció buena idea, y le prometió que convencería a su tía Margot de acceder a su petición; sin embargo, para sorpresa de Terrence y de Brandon, Victoria se negó cuando le consultaron la idea, alegando que prefería quedarse allí y no interferir con las rutinas de Amelia o la de su novio, que se sentiría avergonzada.

Lo cierto era que ambos sabían que su negativa nada tenía que ver con lo que decía, que el motivo real no era otro que quedarse en la mansión para poder visitar la tumba de su padre a diario, pues ya antes había rechazado la invitación de sus tías a pasar unos días en Barrington.

## Capítulo 44

Días después, estando en la estación de trenes, Terrence le pidió otra vez a Victoria que lo acompañase a Nueva York, que no importaba si no había llevado equipaje, él se encargaría de comprarle todo lo que necesitase y asumiría cualquier consecuencia que ese acto pudiese tener.

No obstante, su novia se mantuvo en su postura, ya había tomado una decisión y, por mucho que le doliese tener que separarse de él, debía hacerlo. Sabía que en ese momento era lo mejor, porque ella necesitaba primero superar la pérdida de su padre, para recuperar su alegría y ser feliz junto a Terrence. Aunque no podía negar que lo extrañaría mucho, pues tenerlo allí fue lo que impidió que la tristeza terminara enfermándola; él la mantuvo en pie, quizá no sabría cómo hacer para lidiar con su ausencia, pero aprendería porque era fuerte.

—Te amo, Vicky —susurró mirándola a los ojos.

—Yo también te amo, Terry —respondió y se esforzó por entregarle una sonrisa—. Cuídate mucho.

—Tú también... Prométeme que intentarás estar bien. Sé que no es fácil, pero tú puedes hacerlo, pecosa.

—Te lo prometo.

Recibió el beso que él le dio para despedirse, uno cargado de ternura y de amor, junto a ese abrazo que la pegaba a su cuerpo y que la hacía consciente de la preocupación que sentía al dejarla allí. Ella también lo abrazó con fuerza, para hacerle sentir que todo estaría bien, que volvería a ser la chica de siempre.

—Regresaré pronto, te lo prometo —aseguró antes de alejarse hacia el tren, que estaba a punto de ponerse en marcha.

Durante el trayecto, no pudo sacarse de la cabeza la imagen de Victoria, tampoco alejar la preocupación que le causaba no haberla convencido, ya que estaba seguro de que su ausencia solo sumaría más tristeza a la que ya vivía.

Dejó escapar un suspiro pesado y sintió la mano de su madre apretarle ligeramente el hombro, al tiempo que le daba un beso en la sien; lo que hizo que él respondiera dándole un beso en la frente y, en ese instante, se percató



de que ella también lucía desencajada.

—Vicky estará bien, el tiempo se encargará de aliviar su dolor.

—Ruego porque así sea, me parte el alma verla tan triste.

—Lo sé, pero ella tiene la suerte de tenerte, además de muchas personas que la apoyarán y le ayudarán a superar todo esto; ya verás que cuando menos te lo esperes, será la misma chica risueña.

Terrence asintió en silencio y apretó la mano de su madre para agradecerle que le diese ánimos; de lo contrario, no estaría en paz, imaginando a su novia sumida en un pozo de pena y desolación. Amelia le dio un beso en la mejilla para despedirse, él también se levantó para irse a la cama, aunque dudaba que pudiese dormir, ya estando allí, una idea llegó a su cabeza, llenándolo de esperanza y de determinación.

—Sí, sé exactamente lo que haré al llegar a Nueva York, buscaré un lugar donde podamos vivir y te pediré que te cases conmigo; después de todo, eso era lo que deseaba tu padre.

Una sonrisa se adueñó de sus labios al tiempo que le agradecía a su suegro en pensamientos por brindarle la solución a la situación que atravesaba su novia; después de eso, el sueño se apoderó de él.

—Necesito su ayuda en algo, madre —comentó durante el desayuno, quería que ella lo asesora respecto al lugar.

—Por supuesto, cariño, dime —respondió, dejando su zumo de naranja de lado y lo miró, dedicándole toda su atención.

—Deseo buscar una casa o un apartamento para mudarme.

—¿Cómo dices? —inquirió muy sorprendida.

—Lo que escuchó, necesito encontrar un lugar que sea bonito, no necesariamente tiene que ser grande; puedo empezar con algo pequeño y cuando el trabajo me dé más, compraré algo mejor.

—No entiendo, Terry... ¿Por qué deseas mudarte? —cuestionó, sintiendo que el corazón se le encogía de dolor. Pensó que él se quedaría a su lado siempre.

—Para empezar, porque dentro de poco cumpliré diecinueve años, ya soy un hombre, madre.

—Tonterías, ese no es un motivo —expresó con molestia.

—Es uno bastante válido, aunque a usted no le parezca —indicó, mostrando media sonrisa, al ver el berrinche que estaba haciendo su madre—. Sin embargo, existe otro, uno mucho más importante. —Calló sus palabras para alimentar la expectativa que podía ver en los ojos azules de Amelia.

—¿Cuál? —preguntó, casi desesperada.

—Voy a pedirle a Victoria que se case conmigo...

—¡Oh, por Dios! —exclamó Amelia, emocionada, y se llevó las manos a la boca—. Eso es maravilloso, Terry, felicitaciones —agregó y se puso de pie para darle un abrazo.

—Bueno, no debería felicitarme todavía. No estoy seguro de que ella vaya a aceptar —mencionó, dejándole ver su miedo.

—Estoy segura de que lo hará, Victoria te ama y sueña con ser tu esposa —aseguró, tomándole las manos para infundirle confianza, mientras le sonreía y lo miraba a los ojos, aunque de pronto se tornó seria—. Espera..., pero si ese es el motivo por el que deseas mudarte, no será necesario, pueden vivir conmigo... Nuestra casa es muy grande, hay espacio para todos.

—Le agradezco mucho su ofrecimiento, pero prefiero brindarle un hogar propio, y cuento con el dinero para conseguirlo; además, un matrimonio necesita privacidad —explicó, desviándole la mirada.

—Comprendo —murmuró y sonrió al verlo sonrojarse—. Sin embargo, mi propuesta sigue en pie, y no tendrás que preocuparte por lo de la privacidad, te prometo que aquí la tendrán y podrán hacer lo que deseen, cuando deseen.

—Madre. —Le advirtió, frunciendo el ceño, pues sabía que no le gustaba tratar esos temas con ella, le resultaba incómodo.

—Está bien..., está bien. ¡Dios mío! Qué hijo tan retrógrado y cascarrabias me has enviado —pronunció, elevando su mirada al cielo, luego suspiró, sonriendo ante el ceño fruncido de él—. Voy a ayudarte a conseguir esa casa, aunque tu decisión de irte de aquí me rompa el corazón. —Sus ojos se cristalizaron.

—Nos veremos todos los días en la casa de la ópera —mencionó, agarrándola de la mano y le dio un beso en el dorso.

—No será lo mismo, extrañaré compartir las comidas contigo, salir a caminar por el jardín, escuchar tu voz en las mañanas...

—Vendré a visitarla seguido y tendrá todo eso de nuevo, se lo prometo —aseguró, entregándole una sonrisa.

—De acuerdo —expresó, acariciando la mejilla—. Hoy tendremos un día muy ocupado, debes ir a la academia por el programa de clases y, luego, a la casa de la ópera. Ahora que planeas casarte, necesitarás trabajar más duro en tu preparación y en conseguir mejores papeles.

—Lo sé, tengo que garantizarle a mi pecosa todo lo que necesite. —

También había pensado en eso.

—Yo podría ayudarte, pero sé que no lo aceptarás porque eres muy orgulloso —comentó de manera casual, pero dejándole claro que lo haría si se lo pedía.

—Sí, bueno, tengo a quién salir —respondió en el mismo tono de su madre, quien lo miró sorprendida.

—¡Eres insoportable, Terrence Danchester Gavazzeni!

—Lo sé, no es la primera que me lo dice —esbozó, escogiéndose de hombros y soltó una carcajada.

Lo hizo al ser consciente de que su idea no era tan descabellada, que era posible y que él lucharía por hacerla realidad. Le regresaría a su novia la alegría que había perdido y cumpliría el deseo que Stephen Anderson no alcanzó a esbozar antes de morir. Hasta había pensado en pedir su mano cuando cumpliera los diecisiete, pasarían algunos meses en la preparación de la boda, a lo mucho, unos cinco, y antes de que acabase ese año, él y su pecosita estarían felizmente casados.

Amelia cumplió con su promesa de llevarlo a ver propiedades, para ello, buscó la asesoría de un amigo que trabajaba en bienes raíces; decidieron comenzar por ver propiedades dentro de Rhode Island, cerca de donde ella tenía su residencia.

Aunque a Terrence le hubiese gustado algo más cerca del centro, para tener rápido acceso a Juilliard y a la casa de la ópera, su madre se negó a dejarlo ir muy lejos de ella, por eso se encontraban visitando una a escasas manzanas de la suya, en Old Brookville.

En cuanto sus ojos se posaron en la propiedad, supo que esta rebasaría su presupuesto, además, le parecía demasiado grande para Victoria y para él; al menos, por el momento. Quizá cuando su familia creciese podía pensar en comprar algo así, y esperaba tener el dinero suficiente para hacerlo, porque no le pediría ni a su madre.

—¡Es preciosa! —exclamó Amelia, emocionada, admirando el extenso jardín que rodeaba la casa.

—Creo que es muy grande, recuerde que solo viviremos Victoria y yo..., y el personal de servicio.

No había pensado en eso y se sintió estúpido, su novia no podía encargarse de una casa ella sola, sería demasiado trabajo. Recordó, en ese momento, lo que le dijo cuando estuvieron en Escocia. Llevar las riendas de una casa no sería fácil, pero eso no lo desanimaría.

—Es el tamaño ideal para un matrimonio, señor Danchester —indicó Ryan, con una gran sonrisa para animarlo—. Tiene cinco habitaciones, igual número de baños y, lo que es mejor, dos mil doscientos metros cuadrados, que le darán la privacidad que desea; y queda a una hora del centro... Venga, echémosle un vistazo.

Terrence lo siguió al interior de la propiedad, y tuvo que reconocer que el lugar era hermoso, con ventanales que le aportaban claridad y, que, estaba seguro a Victoria le encantarían. Sin embargo, al saber el costo, confirmó lo que ya sospechaba, se salía de su presupuesto.

—La casa es tan hermosa, Terry. Acepta que yo pague lo que te falta. Tómallo como un préstamo.

—Ya hablamos de eso, madre... Mejor veamos otras.

—Está bien..., terco —murmuró y se acercó a su amigo—. Veamos las demás, Ryan, mi hijo aún no se convence.

La segunda estaba en Manhasset Hills, contaba con los mismos dormitorios y baños que la anterior. Terrence alabó el diseño sobrio y muy adecuado a sus gustos, con paredes de ladrillos y amplios ventanales de madera, pintados de un marrón oscuro.

—Es hermosa, pero creo que le falta vida... Ese tono gris humo de las paredes no va bien con un piso de madera tan oscuro.

—A mí me gusta, es sobrio y distinguido —respondió Terrence, él era partidario de los colores oscuros—. Y siento que estamos buscando la casa de sus sueños, no la mía; después de todo, seré quien viva en ella, y los colores me gustan —dijo no para llevarle la contraria, sino porque esta sí se ajustaba a su presupuesto.

—Te recuerdo que Victoria también vivirá aquí, y no veo nada que la represente a ella, no hay una pizca de aura femenina en este lugar.

—Está bien, usted gana —dijo tras quedarse sin argumentos para objetarla—. Veamos otra, por favor, Ryan.

—Por supuesto, creo tener la perfecta en el catálogo. Vayamos a Roslyn Heights, es una zona exclusiva, pero tengo buenas ofertas —anunció con una gran sonrisa. Sabía que el éxito de una venta, dependía, en gran medida, de la paciencia que tuviera.

En cuando el auto entró a la villa de Roslyn, algo dentro del pecho de Terrence se estremeció, como anunciándole que ese era el lugar perfecto, que allí empezaría una vida junto a Victoria y, de ser posible, donde formarían una familia.

Sonrió al ver el hermoso lago que, por la época, estaba congelado, sirviendo como patio de juegos a un grupo de niños que patinaban en este, e imaginó a una pequeña pecosa y a un pequeño Terrence.

—Esta villa es hermosa y está junto a Manhasset, así que yo podré venir a visitarlos o ustedes podrán ir a verme muy seguido.

—Me gusta mucho el vecindario, aunque aún no veo la casa. Espero que nos guste a los dos, para estar cerca de usted —expresó, agarrándole la mano y dándole un suave apretón.

Al llegar, ambos quedaron gratamente sorprendidos con la casa, era realmente maravillosa. Terrence bajó primero y le ofreció la mano a su madre, para caminar junto a ella hacia la edificación, ambos estaban mudos, había algo en esta que los atraía con una poderosa fuerza.

—¿Ves? De esto es de lo que hablaba, la veo y es como..., como ver a Vicky reflejada en ella, es tan hermosa, elegante... y transmite calidez —pronunció Amelia con entusiasmo.

Se deleitó observando la fachada, en verdad era hermosa y sus paredes de pizarra en ese tono gris claro, aportaban claridad a la casa, además, creaban un contraste perfecto con el tejado gris de matiz más oscuro, pero lo que verdaderamente se llevaba la atención era el delicado y bello balcón blanco sobre la puerta principal de caoba, vidrio y hierro forjado, que iba perfectamente con los ventanales de madera.

—Sí, puedo verlo —respondió Terrence, sonriendo con emoción. Su madre tenía razón, esa era la casa perfecta para Victoria, solo debía rogar para que estuviera a su alcance.

Ryan les abrió la puerta, entregándoles una gran sonrisa, pues sus años de experiencia en ese negocio, le habían enseñado a identificar cuándo conseguía precisamente lo que sus clientes buscaban. Amelia fue la primera en pasearse por el lugar, admirando cada detalle; parecía como si fuese ella la que se mudaría allí.

—Y bien... ¿Qué les parece?, ¿les gustó?

—Es un verdadero sueño —expresó Amelia, feliz.

—La casa es hermosa..., pero hábleme del precio, Ryan —pidió, mirando al hombre a los ojos mientras su corazón latía muy rápido, ya que todo dependía de la cifra que le diera.

—Esta es mucho más grande que las anteriores, tiene más habitaciones, más baños..., es de mayor superficie...; sin embargo, su valor es menor a la que vimos primero. El precio es de un millón doscientos mil dólares —

anunció, escogiendo con cuidado sus palabras, para no asustar al joven.

Terrence sintió como si toda la nieve que se acumulaba en una parte del tejado le cayese encima, no contaba con todo ese dinero. Su deseo de darle una casa a Victoria, digna de ella, se le hacía muy cuesta arriba, y las palabras de Margot Anderson, cuando le dijo que debía buscar otra profesión, resonaron en su cabeza, hundiéndolo un poco más.

—Gestiona todo, Ryan... La compraremos —mencionó Amelia. No se quedaría allí, viendo cómo los sueños de su hijo se caían a pedazos. Terrence deseaba esa casa y la tendría, no importa que tuviera que librar una guerra con el orgullo de su hijo.

—¡Perfecto! Han hecho una maravillosa elección.

—No, espere, Ryan... Madre, sabe que yo no...

—Compraremos esta casa, Terrence Oliver, y no se habla más.

—¿Podría venir un momento conmigo, por favor? —demandó con seriedad y caminó hacia el jardín trasero.

—Sé lo que vas a decirme, pero te advierto que no me harás cambiar de opinión. Eres mi único hijo y todo lo que tengo es tuyo. Esta casa es perfecta para ustedes, cariño. ¿Por qué no puedo ayudarte con una parte? —cuestionó algo molesta por la terquedad de su hijo.

—Porque yo le pedí que me dejara encargarme, se supone que soy quien debe proveerle un hogar a mi esposa, no usted —respondió, dejando ver ese lado orgulloso y terco que había heredado de ella—. Veamos otras, seguro conseguiremos una igual de bonita.

—No conseguirás otra igual y lo sabes... Pero hagamos algo, deja que este sea mi regalo de bodas —pidió con ojos suplicantes.

—No puedo aceptarlo, es demasiado. —Negó con la cabeza.

—No digo que sea el valor total de la casa, puede ser la mitad... Por favor, mi vida. —Se acercó a él para lograr convencerlo—, imagina el rostro de Victoria cuando la vea, imagina a tus hijos, jugando con ella en el jardín, con los perros que tendrán de mascota, imagínate con tu familia, siendo felices. —Una sonrisa iluminó su mirada.

—Al parecer, está usted muy ansiosa por tener nietos —comentó para ver si de esa manera frenaba un poco su entusiasmo.

—Bueno..., no tiene que ser ahora mismo, pero cuando lleguen, tendrán una hermosa casa donde disfrutar su niñez... Y queda cerca de mí, así que piénsalo —agregó, sonriendo.

Su madre sabía perfectamente qué decir para convencerlo, eso fue lo que

hizo que dejara de lado su orgullo y cediera, pues ya había hablado con Victoria su deseo de tener una familia grande, y ella se había mostrado feliz con la idea. Su novia decía que ser hija única había sido muy aburrido, que siempre quiso tener hermanos para jugar con ellos y que fuesen sus cómplices; suponía que ahora estaba en sus manos hacer ese sueño realidad.

—Usted gana, la compraremos —aceptó y no pudo evitar sonreír cuando su madre gritó de felicidad y lo abrazó.

—Te aseguro que serán muy felices en este lugar... ¡Ay, por Dios! No puedo creer que en serio vayas a casarte —expresó y lágrimas de felicidad inundaron sus ojos.

—Todo parece indicar que así será —pronunció con tanta emoción que también le vibró la voz por las lágrimas que le inundaron la garganta—. Ahora viene la parte más complicada, esperar a que Victoria tenga diecisiete años para pedir su mano.

—No te preocupes por eso, el tiempo pasa volando y, cuando menos te lo esperes, estarán comprometidos. Ahora, regresemos, que el pobre Ryan debe estar pensando que pasará el resto de la tarde lidiando con este par de tercos —comentó, riendo.

Terrence compartió el mismo ánimo de su madre y regresó al salón, en el fondo, sabía que había hecho bien en aceptar el dinero de su madre, pero igual buscaría la manera de saldar parte de esa deuda; le compraría un hermoso regalo de cumpleaños.

Quince días después, Terrence se convirtió en el propietario de la lujosa casa. Mientras se paseaba por esta, se preguntaba cómo haría para contener su entusiasmo y no contarle nada a Victoria. Lo que en verdad deseaba era llevarla allí y mostrársela, ver cuál sería su reacción; ese deseo era mucho más grande, así que se aferraría a este, tanto como le fuese posible, para no terminar confesándole lo que había hecho.

—¡Terry, espera! —Lo llamó Allison, en cuando lo vio salir de su camerino—. ¿Es cierto lo que dijo mi madrina?, ¿vas a casarte? —preguntó, mirándolo con sorpresa.

—Por lo visto, mi madre no sabe guardar un secreto.

—No seas cascarrabias, me lo dijo solo a mí... Entonces, es cierto... ¡Vaya! ¿No crees que son muy jóvenes? —cuestionó.

—Somos novios desde hace casi dos años, créeme, estamos muy seguros de lo que sentimos y del paso que daremos.

—¿Y cuándo será la boda? —inquirió, interesada.

—Bueno, primero tengo que viajar a Chicago y pedir su mano, cuando cumpla los diecisiete. Supongo que no casaremos a fin de año o principio del otro. Seguro que después de conmemorar la muerte de su padre, por respeto a su memoria —contestó con soltura.

—Bueno, veo que tienes todo muy bien planeado, pero si necesitas ayuda con algo, puedes contar conmigo; después de todo, me vendría bien adquirir experiencia en los preparativos de una boda, por si alguien se decide pronto —dijo con una sonrisa.

—¿Tu misterioso pretendiente? —Arqueó una ceja.

—Sí, y no me mires de esa manera, déjame ser feliz. —Le reprochó, porque ya parecía un celoso hermano mayor.

—¿Cuándo nos lo presentarás? —preguntó, sin esconder la desconfianza que le provocaba ese hombre.

—Pronto, y ya deja de lado el interrogatorio, estás peor que mi padre. —Soltó una carcajada al ver que fruncía el ceño y lo abrazó—. Estoy feliz por ti y por Vicky, así que espero que cuando sea mi turno, también lo estés por mí.

—Ya veremos, ahora será mejor que nos demos prisa o recibiremos una reprimenda.

Continuaron con su camino hacia el escenario, no solo para tomar sus clases, sino también para realizar el habitual ensayo, que hacían a diario para perfeccionar sus personajes. Allison seguía siendo la estrella de esa temporada, su Gilda era aclamada por los críticos y el público; además del éxito, el amor también le había sonreído, así que no podía estar más feliz.



## Capítulo 45

Terrence viajaría a Chicago, para estar al lado de Victoria en su cumpleaños, no habría una celebración como tal, sino un almuerzo con la familia. Él aprovecharía la ocasión para hacer la petición formal de la mano de su novia y ponerle fecha a su matrimonio, solo le hacía falta comprar el anillo, y era precisamente lo que haría ese día.

Ya tenía muchas cosas adelantadas con respecto a la casa, había comprado algunos muebles, porque deseaba tenerla equipada por completo antes de la llegada del otoño. Así le ahorraría a Victoria el trabajo de tener que hacerlo, porque seguramente estaría ocupada con los preparativos de la boda; además, había decidido mudarse para finales de mes, así se acostumbraría más rápido al lugar.

—Adelante, madre —ordenó al escuchar que llamaba a la puerta.

—Buenos días, cariño —mencionó Amelia, entrando.

—Buenos días, ¿cómo amanece? —La saludó y le sonrió.

—Bien... ¿A dónde vas tan temprano?

—Voy a Manhattan, debo comprar un anillo de compromiso para Victoria... Estaba terminando de arreglarme para ir a pedirle que me acompañe; claro, si no tiene ningún otro compromiso —respondió, volviéndose.

—¡El anillo!, ¡lo había olvidado! —exclamó—. Espera un momento, por favor. —Salió de la habitación como una tromba.

Terrence sonrió al ver la actitud de su madre, se mostraba igual que una chiquilla emocionada con cada detalle de su futura boda, hasta daba la impresión de que fuese la que contraería matrimonio. Se sobresaltó cuando la vio regresar mostrando una gran sonrisa, pensaba que había ido a cambiarse para acompañarlo, pero seguía en ropa de dormir.

—No tienes que comprar anillo, tengo uno para ti —mencionó, emocionada, y lo hizo sentar en la cama.

—¿Un anillo? —cuestionó, sorprendido, y enseguida se dispuso a negarse, pues no aceptaría que ella también le diera eso.

—Sí, un bellissimo anillo... Primero fue de mi abuela, luego pasó a mi madre, se lo heredó antes de morir, y le hizo prometer que jamás lo vendería, pues era muy valioso; le pidió que lo heredase a su primera hija —explicó, sacándolo de la pequeña caja de terciopelo donde ella lo había guardado, pues antes estuvo en una bolsita del mismo material.

—Es decir, a usted —comentó Terrence, mirando la alhaja que su madre le extendía. Era un precioso anillo, coronado por un zafiro ovalado, rodeado de diminutos diamantes, sobre una banda de oro blanco. Solo les había visto joyas así a los miembros de la realeza—. ¿Está segura de que esta joya era de mi tatarabuela?

—Por supuesto —respondió con seguridad—. Sé que debes pensar que no te digo la verdad, pero es cierto... Mi bisabuela, Amélie, de quien también heredé el nombre, lo recibió de su marido, mi bisabuelo, Garrett. Ellos eran muy adinerados, él tenía muchos clientes en la monarquía francesa, pero después de la revolución, perdió casi todo y tuvieron que huir de Francia hacia Italia; sin embargo, ella siempre conservó este anillo.

—Le agradezco mucho el gesto, pero no puedo aceptarlo —dijo, negando con la cabeza y regresándose.

—¿Por qué? ¡Oh, Terrence, por favor! —exclamó, sintiéndose cansada de tener que lidiar con su terquedad.

—Usted misma me dio la razón hace un momento, este anillo debe ser heredado a su hija, yo soy varón.

—Pero eres mi único hijo. —Lo miró, molesta, pues sentía que él le estaba tomando el pelo.

—Siempre puede tener una niña, más adelante.

—No digas tonterías —espetó, mirándolo con reproche.

—¿Por qué serían tonterías?, ¿acaso no es usted una mujer joven y fértil? Bien puede casarse y tener más hijos.

—Eso no sucederá, así que mejor acepta este anillo y se lo entregas a Victoria; después de todo, cuando ella se convierta en tu esposa, será como una hija para mí... Y más adelante, cuando tengas una niña, se lo darás a ella —ordenó en tono serio, porque no quería una réplica más de su parte.

—Si así es por las buenas... —murmuró Terrence, mirando con el ceño fruncido el anillo en la palma de la mano de su madre.

—Cariño..., tampoco tomes esa actitud, no quiero que te sientas presionado. Solo pensé que sería un hermoso gesto entregarle a tu futura esposa, una joya que ha estado en nuestra familia por muchos años —

mencionó en un tono más amable.

Él soltó un suspiro, siendo consciente de que rechazar el regalo de su madre, era una estupidez, ese anillo en verdad era hermoso. Su novia merecía algo así de majestuoso, que fuese acorde a su belleza y; lo mejor, ese zafiro haría juego con el collar que le regaló; en resumidas cuentas, era perfecto.

—Está bien, señora Gavazzeni... Le daré este anillo a Victoria para sellar nuestro compromiso.

—¡Maravilloso! —expresó, emocionada.

—Muchas gracias, madre, en verdad aprecio todo lo que hace por mí —dijo, mirándola a los ojos; recibió el anillo y mostró una gran sonrisa, pues su corazón le decía que a su novia le encantaría.

—No tienes nada que agradecer, sabes que si de mí dependiera, te daría mucho más. —Le dio un beso en la frente y sonrió—. Ahora, guárdalo en tu equipaje de mano... ¡Me muero por ver la cara de Vicky cuando lo vea! —Aplaudió, emocionada como una niña.

Tras seis meses de la muerte de su padre, Victoria había logrado dejar parte de su pena atrás y había aprendido a vivir con su ausencia, aunque en días como ese, le resultaba especialmente difícil lidiar con la tristeza. Al despertar, lo primero que hizo fue llorar en silencio, porque ese sería el primer cumpleaños que pasaría sin él y, por un momento, se permitió cerrar los ojos e imaginar que él entraba a su habitación y la abrazaba muy fuerte, como solía hacer.

Estuvo tendida en su cama por largo rato, intentando lidiar con esa sensación de vacío que sentía dentro del pecho; suspiró, cerrando los ojos, solo tenía un motivo en especial para estar feliz ese día, su novio le confirmó que estaría junto a ella y que le tenía una sorpresa preparada, pero no quiso contarle más; se levantó y caminó hacia el ventanal, luego corrió las cortinas, encontrándose con un espléndido día de primavera.

—Buenos días, Vicky —expresó Angela, entrando a la habitación con una gran sonrisa—. ¡Feliz cumpleaños! —Se acercó a ella, dándose la libertad de abrazarla.

—Buenos días y muchas gracias, Angela —dijo, entregándole una sonrisa, sabía que ese día debería entregar muchas, y debían ser sinceras.

—Te ayudaré a vestirte, debes estar hermosa para recibir a tu novio —comentó para animarla, ya que últimamente no salía de los vestidos de luto, pero ese día tenía permiso para lucir algo distinto.

Victoria se puso en manos de Angela y dejó que ella se encargase de arreglarla, la vio sacar de su armario una hermosa blusa de seda blanca, bastante discreta, y la combinó con una falda negra, de caída amplia y pequeños detalles en canutillo del mismo color, dejó que su cabello cayera suelto sobre su espalda, y por maquillaje, solo le aplicó algo de rubor y un humectante para los labios.

—Lista... ¡Te ves bellísima! —dijo con emoción, admirándola y luego se encaminó hacia la puerta—. Iré por tu tía, para que apruebe tu apariencia, no quiero que nos ganemos un regaño.

—Claro —masculló Victoria y se giró para mirarse en el espejo.

Cada vez se sentía más cansada de tener que rendirle cuentas a su tía Margot, de todo lo que hacía, incluso, de la ropa que debía usar, al menos, en ocasiones como esa. Desde la muerte de su padre, ella se había vuelto más opresiva y amargada, no solo con ella, sino también con todas las personas, y a menudo tenía discusiones con Brandon.

Minutos después, se encontraba en el salón, junto a Brandon, Sean, Christian, Patricia y Marie, quienes habían llegado desde muy temprano; ellos quisieron ser los primeros en felicitarla. Luego llegó Annette, junto a sus padres, quienes también le entregaron sus mejores deseos, así que solo faltaban su novio y su suegra; y justo en ese momento hacían acto de presencia.

Terrence le permitió a su madre que fuese la primera en felicitar a su novia, pues él se tomaría un buen tiempo junto a ella, ya que había pasado un mes desde la última vez que se vieron, y se moría por besarla. Sin embargo, sabía que no podía hacerlo en presencia de todos, mucho menos delante de la tía Margot, quien sabía no tendría las mismas consideraciones que tuvo su suegro el año pasado, después de aquel episodio en su fiesta.

—Feliz cumpleaños, pecosita. —La abrazó con fuerza, sin importarle la mirada seria de la matrona, la sostuvo así y llevó sus labios hasta el oído de su novia—. Cada día luces más hermosa, Vicky, y haces que te ame más y más. —Le susurró y luego se perdió en esa mirada esmeralda de su novia, deseoso de fundirse en sus labios.

—Gracias —dijo ella, sonrojándose, sintiendo una ola de cosquillas recorrer todo su cuerpo—. Pensé que te habías enamorado también de mi intelecto —agregó en tono de broma.

—Por supuesto, aunque lo que en verdad me conquistó fue tu rebeldía. —Le entregó su sonrisa ladeada y un guiño.

—Así que te atrajo mi alma rebelde —dijo riendo, como hacía mucho tiempo no sucedía, él lograba hacerla feliz.

—Sí, porque somos almas afines... Somos almas gemelas, y pronto estaremos juntos para siempre —expresó, permitiéndose revelar parte de sus planes, aunque se calló enseguida.

—Sabes que es lo que más deseo —confesó, mirándolo a los ojos; sentía que ya no quería seguir allí, bajo la opresión de su tía. Deseaba irse con él y ser libre, como le había prometido.

—Yo también, Vicky..., yo también —susurró, acariciándole la cintura, mientras se perdía en sus ojos verdes.

—¿Y mi sorpresa? —Recordó de pronto y lo miró con curiosidad. No le veía llevando nada en las manos, como un peluche, un perro o un gato, ya que sabía que adoraba los animales.

—Te la entregaré más adelante —mencionó con una sonrisa radiante y muy atractiva.

—Pero..., pensé que me la darías en cuanto nos viéramos; se supone que es mi cumpleaños, Terrence, no deberías hacerme esperar —dijo, frunciendo los labios.

—No seas impaciente, pecosa, estoy seguro de que te encantará, que la espera valdrá la pena. —Le acarició la mejilla.

—Está bien. —Se resignó a contener su curiosidad.

Se colgó del brazo de su novio y caminaron hasta el salón, donde los demás seguían compartiendo, ella se sentía feliz de estar rodeada de las personas que más quería en el mundo y, que, de alguna manera, le ayudaban a sobrellevar la ausencia de su padre, en un día tan especial.

No obstante, de un momento a otro, vio entrar a la familia Lerman, y la sonrisa en sus labios se borró. Esperaba que, al menos, en esta ocasión, la tía no le impusiera su presencia, pero se había equivocado.

—Feliz cumpleaños, Vicky, te ves muy linda.

El primero en acercarse a felicitarla fue Daniel, quiso darle un abrazo, pero al ver el semblante amenazador de Terrence, se cohibió. Luego fue el turno de Elisa, quien solo se limitó a decirle un: «felicidades», y luego le dio la espalda, ella no se rebajaría.

Estaba en ese lugar porque su padre los obligó y le exigió a su madre que velara porque no fuesen a hacerle ningún desaire a la intrusa. Al parecer, su familia debía quedar bien con los Anderson, aunque no sabía el motivo, pues en cuanto escuchó que sus padres se encerraban en el estudio a discutir, salió

al jardín para alejarse de ese infierno.

—Victoria, feliz cumpleaños —mencionó Deborah, entregándole una mirada que intentaba ser amable, pero que no podía esconder su resentimiento—. Te he traído un presente de parte de nuestra familia, espero sea de tu agrado. —Le hizo entrega de un fino estuche.

—Muchas gracias, señora Lerman, es muy amable de su parte —pronunció, recibiendo la pequeña caja, pero no le dio importancia.

Deborah asintió, mostrando una sonrisa que desbordaba hipocresía; luego se alejó, para ella, la única persona realmente importante era la matrona, era con quien debía congraciarse.

Le daba lo mismo la pequeña campesina o su hermano Brandon, ellos, al fin y al cabo, seguían dependiendo de Margot, y mientras llevase las riendas de los Anderson, todos debían acatar sus órdenes y hacer lo que les dijera, sin chistar.

—Buenas tardes, tía Margot, me siento tan apenada por nuestra demora. John tuvo que atender un asunto de último momento y me pidió que le extendiera sus disculpas por no poder estar presente hoy —agregó con una sonrisa amable.

Debía esconder la turbación que le dejó esa fuerte discusión que tuvo con su marido; de lo contrario, descubriría que algo andaba mal en su matrimonio. Margot no podía enterarse del verdadero motivo de su retraso, ni de los problemas económicos que estaban atravesando; eso sería una enorme vergüenza para su familia, así que se puso una máscara e hizo su sonrisa más amplia.

—No te preocupes, hija, lo importante es que están aquí; por cierto, Elisa cada vez luce más hermosa y elegante, tienes toda una joya por hija, y Daniel está tan apuesto, tiene parecido con el padre, pero esa gallardía la heredó de los Anderson —comentó, mirándolos a ambos, y luego soltó un suspiro cansado—. Ojalá yo pudiera decir lo mismo de los rebeldes que me ha tocado criar. Brandon, cada vez está más arisco, y Victoria, sigue con esa idea de ser enfermera, como si fuese una chica de la clase obrera. Gracias a Dios que Christian y Sean siguen por el buen camino y no me dan dolores de cabeza.

—No se imagina cuánto lamento su situación, pero sabe que puede contar conmigo en lo que necesite. Además, no entiendo por qué le permite tantas libertades a Victoria, la chica es menor de edad y usted es su tutora, tiene absoluta potestad sobre ella.

—No es tan sencillo, cuenta con el apoyo de Brandon, y eso la ha puesto

muy rebelde... En mal momento vino a dejarnos Stephen.

—Bueno, no se preocupe por ello, ya después buscaremos una solución —dijo, dándole un apretón en la mano, para mostrarle todo su apoyo.

—Muchas gracias, Deborah —respondió, sonriéndole.

Una vez que todos los invitados estuvieron presentes, pasaron al comedor, para disfrutar del almuerzo que fue la única celebración que Victoria quiso y que Margot autorizó, puesto que había dejado claro que el luto por su hermano duraría un año. Después de disfrutar de la comida, que estuvo deliciosa, ya que eran los platillos favoritos de la festejada, pasaron al salón para cantarle el cumpleaños, tomar un café y comer el sencillo pero hermoso pastel que había sido preparado por Olivia.

—Quisiera tener su atención algunos minutos, por favor —anunció Terrence, atrayendo la mirada de todos.

—Por supuesto, Terrence, somos todo oídos.

De pronto, se sintió tan nervioso, como la primera vez que estuvo en el escenario de la casa de la ópera, frente a todas esas personas a las que tanto admiraba. Recordó a su maestro y sus técnicas para controlar el miedo, así que respiró profundo para armarse de valor, miró a su novia, dedicándole una sonrisa y, luego, agarró la pequeña mano de ella entre las suyas.

—Bien, quiero aprovechar esta ocasión para pedir su consentimiento, señora Anderson. —Miró a la matrona, pues sabía que era quien debía dar su permiso. Después se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta y sacó el estuche que guardaba la preciada prenda—. Victoria, ¿me harías el honor de aceptar ser mi esposa? —preguntó, mirándola a los ojos y expuso para ella el anillo de compromiso.

—¡Oh, por Dios, Terry! —exclamó, emocionada.

Victoria se sorprendió más por la petición de Terrence, que por la joya en el estuche, aunque debía decir que era maravillosa, nunca había visto algo igual. Extendió su mano para acariciar el hermoso zafiro, que era igual a los ojos de su novio.

Todas las damas presentes, a excepción de las Lerman y de Margot, exclamaron de felicidad, ante las palabras y el gesto de Terrence. Nunca hubiese imaginado que de eso se trataba la sorpresa que le tenía; la miraron, atentas, a la espera de lo que respondería, aunque de seguro sería un sí.

—Ella no puede aceptar —mencionó Margot, mirándolos con seriedad.

—¿Qué quiere decir? —cuestionó Terrence, sintiendo que un peso se alojaba en su estómago y una llamarada se esparcía por su pecho, enseguida

miró a la mujer con resentimiento.

—Sí, tía Margot... ¿Por qué no puedo? —inquirió Victoria.

—Porque te falta un año para cumplir la mayoría de edad, hasta entonces, no se hablará de compromiso o matrimonio; ese fue el deseo de tu padre y pienso cumplirlo —respondió, mostrándose tajante, asombrada y molesta de que ese joven quisiera aprovechar la muerte de su hermano, para convencer a Victoria de hacer lo que le diese la gana.

—Lamento contradecirla, señora Anderson, pero el mismo Stephen, un día antes de su partida, habló conmigo sobre este asunto y me hizo saber su deseo de que Victoria y yo nos casáramos —mencionó, mirándola de manera retadora.

—Está mintiendo. —Le reprochó y se irguió en su silla.

—Margot, sé que estamos en su casa, pero eso no le da el derecho de llamar a mi hijo mentiroso. —Amelia salió a defender a Terrence, como la leona que era.

—Le agradecería que controlara sus palabras y su temperamento, tía; recuerde que son los invitados de Victoria, y esta también es su casa —Brandon, no podía creer lo que hacía.

—Siento haberme exaltado de esa manera, pero todos aquí estamos al tanto de lo que pensaba Stephen acerca de este asunto, y que quiera venir ahora el señor Danchester a cambiar la voluntad de mi hermano, me causa mucha indignación.

—No pretendo cambiar nada, jamás le faltaría el respeto de esa manera al padre de mi novia; en primer lugar, porque amo a Victoria; en segundo, porque aprendí a estimar a Stephen y; por último, porque lo que digo es verdad.

—Terry... —susurró Victoria, negando con la cabeza.

—Todo está bien, amor, no estoy mintiendo... ¿Recuerdas la tarde antes, cuando me dejaste a solas con tu padre y bajaste por agua? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Sí, la recuerdo —contestó con la voz ahogada.

—Estuvimos hablando un rato y él me dijo que sentía que se le estaba acabando el tiempo, que deseaba dedicar lo poco que le quedaba a ti... Recuerdo perfectamente sus palabras. —Respiró profundo y miró a su novia a los ojos—. Me dijo: «quiero ser quien entregue a mi hija en el altar, quiero verla vestida de novia, emocionarme cuando me anuncie que seré abuelo, ver su vientre crecer y disfrutar de mis nietos. No quiero perderme ninguno de



esos momentos por culpa de esta maldita enfermedad, y sé que es una lucha que voy perdiendo, Terry» —repitió y el salón se quedó en silencio—. Juro que, si tu padre estuviese aquí, diría que todo lo que acabo de decirte es verdad.

Victoria tembló entera y un sollozo le rompió la garganta, las lágrimas se agolparon en sus ojos y toda la tristeza le cayó encima, aplastándola. La imagen de su padre enfermo en una cama llegó a su mente, haciéndola consciente de todo lo que había perdido de vivir juntos y el dolor se hizo más intenso.

Pensó en lo injusta que había sido la vida con él, primero perdió a su esposa, cuando más amor sentía por ella, y luego el destino le quitó también la oportunidad de hacer todo eso, de darle esas pequeñas cuotas de felicidad que nadie más que él merecía.

Quiso levantarse y reclamarle a Dios, pero su conciencia, de buena cristiana, no lo permitió, entonces, supo que su dolor solo se aplacaría si no escapaba; se soltó de las manos de Terrence, poniéndose de pie mientras lo miraba a los ojos, y se alejó. Necesitaba salir de ese lugar para poder llorar y gritar.

## Capítulo 46

Las miradas sorprendidas de todos los presentes siguieron a Victoria mientras huía, y ellos se quedaban allí, sin saber qué hacer, sintiéndose impotentes ante su dolor, pero también conmocionados por las palabras de Terrence.

Él fue primero en reaccionar, después del asombro, se puso de pie y, aunque intentó retener a su novia, no pudo hacerlo, ella corrió hacia la puerta y salió de la casa.

—¡Vicky! —exclamó, sintiéndose mal por haberla herido.

—¡Pequeña! —Olivia también se puso de pie para ir tras ella.

—Hermana..., espera, creo que es mejor dejarla sola para que se desahogue. Necesitaba hacerlo —comentó Julia, quien la conocía muy bien y sabía que, en ese momento, era lo mejor.

—¡Ve lo que ocasiona! —Le reprochó Margot, levantándose angustiada por la reacción de su sobrina.

—Iré a buscarla —indicó Brandon, dando un par de pasos.

—Yo te acompaño —dijo Sean, poniéndose de pie.

—No, por favor, dejen que sea yo —pidió Terrence, se sentía culpable por lo que su novia sufría en ese instante.

—Lo mejor que puede hacer es quedarse donde está —ordenó Margot, viéndolo con resentimiento.

—Usted no es quien para decirme lo que puedo o no hacer —respondió en tono altanero, luego miró a su madre, a las tías abuelas de su novia y a Brandon—. Si me disculpan, iré a buscar a Victoria e intentaré solucionar esto. —Salió por donde ella se había marchado.

—Angela... ¡Angela! —Margot llamó con urgencia.

—Sí, señora, dígame —mencionó, entrando al salón.

—Ve tras el señor Danchester y ayúdale a encontrar a mi sobrina —expresó en un tono imperativo, descargando parte de su molestia.

—Por supuesto, señora —respondió y salió con prisa.

Terrence consiguió verla antes de que se internara en los rosales, por lo que sin perder tiempo, apresuró el paso para alcanzarla; debía estar a su lado y consolarla, pues era su culpa que estuviera así. Al llegar a ese espacio que

era un entretejido de distintas especies de rosas, se sintió perdido, porque ya no la veía por ninguna parte; pensó en llamarla, pero antes de hacerlo, escuchó un torrente de sollozos.

Caminó, dejándose guiar por el llanto amargo de su novia, al tiempo que buscaba en su cabeza las palabras correctas para aliviar su dolor, no podía seguir lastimándola. La encontró sentada sobre la grama, en medio de uno de los pocos lugares donde las espinas no podían herirla; él se puso de cuclillas y quiso mirarla a los ojos, pero ella tenía los suyos cerrados, quizá en un vano intento de detener sus lágrimas.

—Vicky..., pecosa, lo siento tanto, siento haberte lastimado... Fui un estúpido, nunca debí hablar sobre eso —mencionó y acercó una mano para acariciarle el rostro. Ella negó y sollozó de nuevo, lo que hizo que él se sintiera peor—. Por favor, mi amor, perdóname.

—No..., no tengo nada que perdonarte, no a ti —esbozó en medio del llanto—. Si existe alguien a quien deba reclamarle, sería a Dios, por haberse llevado a mi padre tan pronto.

—Mi amor —susurró Terrence y la atrajo hacia su cuerpo, envolviéndola entre sus brazos para consolarla, la sintió temblar a causa de los sollozos y comenzó a besarle el cabello, sintiendo que su propio llanto estaba a punto de ser derramado—. No llores más, por favor, sabes que me duele verte de esta manera y, sé, que donde esté, a tu padre le pasa lo mismo.

—Lo extraño tanto..., cada día que pasa mi temor se hace más grande... Tengo miedo de olvidar el sonido de su voz, cómo se sentía sus abrazos o las miradas que me entregaba.

—Eso no pasará, olvidar a alguien que has amado tanto, es imposible, Victoria... Es como si tú o yo, algún día, nos olvidamos el uno del otro, eso jamás pasará, mi amor —pronunció, mirándola a los ojos mientras deslizaba los pulgares por sus mejillas.

Ella se aferró a él y dejó que su llanto saliera en libertad, porque necesitaba sacar la tristeza, al tiempo que deseaba creer con todo fervor en las palabras de Terrence. Porque se sentiría una mala hija si algún día llegase a olvidar, aunque fuese el más mínimo detalle de su padre; quería tenerlo presente, como si nunca se hubiese ido.

—Perdón..., señorita Victoria, su tía me envió por usted —mencionó Angela. Aunque odiaba tener que hacer lo que la matrona pedía, no podía contradecirla, órdenes eran órdenes.

—Por favor, Angela, danos un momento —pidió Terrence.

Vio a la mujer asentir y alejarse un poco; sabía que ella estimaba mucho a Victoria y que comprendía que, en ese instante, necesitaba desahogarse. Por ese mismo motivo él le permitió que llorase todo cuanto quisiese, porque, a veces, era mejor sacar el dolor del alma y del corazón, o estos podían terminar ensombrecidos por la pena.

Después de un momento, Victoria comenzó a calmarse, fue como si la suave brisa que empezó a recorrer en ese momento el rosal, trajera la presencia de su padre hasta ella. Cerró los ojos y recordó sus paseos por ese lugar; desde que llegaron a esa casa, se convirtió en el favorito de ambos, pasaban horas recorriéndolo, mientras él le contaba historias sobre su madre.

—Cuéntame más de ese día, Terry... ¿Qué más te dijo?

—Solo si me prometes que no estarás triste.

—Te lo prometo —respondió, afirmando con su cabeza.

—Me dijo que sentía que había sido egoísta con los dos, porque no nos permitía estar juntos, sabiendo que nos amábamos, pero que no quería separarse de ti...

—Y yo tampoco quería separarme de él.

—Lo sé, por eso le dije que se equivocaba y que tú estabas donde debías, a su lado. —Suspiró, intentando esconder la tristeza que le provoca el recuerdo de esa conversación—. Confieso que también deseaba y deseo tenerte a mi lado, pero pensaba que tendríamos mucho tiempo para ello, que podía esperar el que él nos pidió, pero en ese momento, supe que tu padre ya no nos impondría nada; por el contrario, él quería que nos casáramos.

—¿Te lo dijo? —inquirió, sintiéndose sorprendida.

—Estuvo a punto de hacerlo, pero tú entraste en ese momento y cambiamos de tema. Creo que él temía que, si te enterabas, rechazaras la idea y eligieras quedarte a su lado; algo que, por supuesto, yo hubiese apoyado, porque sé lo grande que es tu amor por él —Se sentía aliviado de poder decirle todo eso y que ella estuviese tranquila.

—Sí, tienes razón..., yo hubiese elegido quedarme a su lado.

—Era lo correcto. —Le sonrió acariciándole una mejilla—; sin embargo, sus palabras no dejaron de rondar mi cabeza en estos meses, sentía que debía hacer algo para liberarte de esa tristeza que te ahogaba, y pensé que, con mi amor y mi dedicación, conseguiría devolverle el brillo a tu mirada... solo quería hacer que te sintieras feliz nuevamente.

—Terry —susurró y acercó sus labios para besarlo, agradeciéndole ser su luz en los momentos más difíciles.

—Te amo tanto Vicky. Deseo protegerte, que nadie te lastime, que tengas la vida que siempre has soñado... Y quiero que sea a mi lado —expresó mirándola con devoción.

—Sí... Yo también deseo tener esa vida a tu lado, aceptó ser tu esposa, Terrence. Mi respuesta es sí —contestó, volviendo a sonreír.

Él se sintió tan emocionado, que no tuvo palabras para expresar el sentimiento que llevaba dentro, así que dejó que se desbordara en ella. La abrazó con fuerza, casi haciendo que sus cuerpos se fundieran, mientras la miraba a los ojos y la besó con intensidad, sintiéndose el hombre más feliz sobre la tierra, pues su sueño sería una realidad.

—Juro que voy a hacerte feliz, Victoria, te lo juro —dijo y la besó de nuevo, feliz al percibir la misma emoción en ella.

Margot se acercó a uno de los grandes ventanales que daban al jardín, intentando que su mirada pudiera encontrar a Victoria, pues había quedado muy preocupada por ella, pero también se sentía molesta. La situación empezaba a escapársele de las manos y, si había algo que ella no soportaba era, perder el control, había conseguido mantenerse firme tras la muerte de Stephen, gracias a Brandon y a Robert, debía reconocerlo, pero con Victoria las cosas eran distintas, a ella no podía contenerla.

—Hizo bien, tía —comentó Deborah en voz baja, parándose a su lado—. Victoria no está preparada para un matrimonio, aunque ya tenga diecisiete años, sigue siendo una niña. Tío Stephen la consintió demasiado, lo mejor es esperar para que usted pueda educarla y que sea una buena esposa.

—Muchas gracias por tu apoyo, Deborah, créeme, soy consciente de todo lo que dices, pero también sé que voy a poder con esto, así como lo hecho con cada reto que la vida ha puesto frente a mí —expresó con determinación, odiaba que la creyesen una mujer débil.

—Estoy segura de ello..., solo espero que la tarea no se convierta en un dolor de cabeza —dijo, mirándola de reojo.

—Te aseguro que no lo será —mencionó en un tono tajante, que daba por terminada esa discusión.

Sus ojos por fin lo vieron aparecer, venían agarrados de las manos y, suponía, que él ya la había convencido de que aceptara ser su esposa. La imagen de los dos tan tranquilos y sonrientes, después del espectáculo que habían dado, hizo que le hirviera la sangre, si pensaban que podían hacer lo que se les viniera en gana, estaban equivocados.

—Victoria, sube a tu habitación en este momento.

—Pero..., tía, yo —dijo, mostrándose nerviosa.

—Espere un momento, tenemos que hablar de nuestro matrimonio —intervino Terrence, y reforzó el agarre de sus manos.

—Nadie hablará de matrimonio, porque no les doy mi consentimiento, así que sube ahora mismo, y usted puede irse.

—Tía Margot, creo que se está extralimitando —mencionó Brandon, mirándola con seriedad, no dejaría que tratara a Terrence y a Amelia de esa manera, tampoco a Victoria.

—Lo que creas me tiene sin cuidado, Brandon. Te he dado una orden, Victoria, sube a tu habitación ahora mismo.

—Pues no lo haré. —Se reveló ante la imposición de su tía.

—¿Cómo te atreves a contradecirme? —cuestionó Margot, verdaderamente furiosa y también asombrada.

—Lo hago porque usted no me escucha, no escucha a nadie, solo quiere ir por allí, dándoles órdenes a todos, sin tomar en cuenta nuestras opiniones o nuestros deseos; ya estoy cansada de tener que bajar siempre la cabeza y darle la razón en todo, incluso en aquello donde no la tiene. —Victoria sintió como si se quitara un peso de encima, luego de decir todas esas palabras que llevaba atascadas en su pecho durante tantos años.

Terrence quiso aplaudir en ese momento y luego comérsela a besos, esa era la Victoria que él conocía y de quien se enamoró, una chica valiente, sincera y arriesgada. Su pecosa no estaba hecha para seguir el patrón que Margot Anderson deseaba imponerle, tampoco para estar encerrada en esa jaula de oro; ella era un espíritu libre, igual que él.

—Eres una insolente —pronunció la señora, con deseos de darle una bofetada para enseñarla a respetar, pero se recordó que una dama jamás debía perder los estribos de esa manera.

—Victoria, por favor, modera tu vocabulario y tu actitud —pidió Julia, mirándola, ya que, aunque Margot se mereciese cada uno de esos reproches, seguía siendo su tía y le debía respeto.

—Lo siento, tía Julia, pero tía Margot siempre se ha mostrado igual de incomprensiva conmigo —expresó Victoria, bajando el tono de voz para dirigirse a quien más respetaba.

—Por Dios, qué desagradecida —murmuró Deborah, mirándola con asombro y desprecio.

—Ahórrate los comentarios, hermana. —Le advirtió Brandon.

—No tenemos que llegar a una discusión, hablemos como adultos civilizados —sugirió Christian.

—Aquí no hay nada que discutir, ya hablé y no pienso cambiar mi postura; como la tutora legal de Victoria, me opongo a que se lleve a cabo un matrimonio. Si para cuando seas mayor de edad, sigue en pie la propuesta del señor Danchester, se anunciará su compromiso de manera formal; antes de eso, no se mencionará más el tema, y es mi última palabra —dijo con determinación, mirando a la chica de frente, sin importarle su postura altanera, tampoco la de su novio.

—Esto no es justo, tía Margot. —Sollozó, llena de rabia e impotencia, mientras la veía fijamente.

—Ese fue el deseo de tu padre...

—Él cambió de parecer antes de morir —repitió Terrence.

—Eso es lo que usted alega, pero nadie de los aquí presente puede asegurarlo, así que se hará tal y como él dispuso en vida; mi sobrina se casará hasta después de cumplir la mayoría de edad —dijo, mostrándose tajante y, vio, que tanto Terrence como Victoria, iban a protestar, así que habló antes—. Y les aconsejo que se ahorren sus palabras, pues solo perderán el tiempo.

—Usted no tiene... —Terrence intentó decirle unas cuantas verdades, pero sintió que su madre lo agarraba del brazo.

—Calma, cariño, es mejor dejar este asunto así, por el momento —pidió Amelia, suplicándole con la mirada que no insistiera y se siguiera exponiendo al rechazo.

—Está bien, esperaremos —aceptó a regañadientes, miró a su novia, quien lucía desilusionada, y le agarró la mano—, pero Victoria llevará su anillo de compromiso a partir de hoy, y que les quede claro a todos, ella y yo nos casaremos —sentenció, retando a la matrona, y luego le dedicó una mirada de advertencia a Daniel Lerman, porque vio algunas actitudes de su parte hacia su novia que no le gustaban.

—Puede quedárselo, pero el anuncio se hará luego de cumplido su año de luto —reafirmó Margot con seriedad.

Victoria se resignó a aceptar la voluntad de su tía, no quería que las cosas empeoraran y que, como castigo, esta terminara separándola de Terrence, eso la devastaría.

Miró a su novio a los ojos y asintió, para confirmarle que lo apoyaba en su decisión y que, después de ese tiempo, no existiría nada que impidiese que ambos se casaran, ni siquiera la matrona.

Margot se sintió satisfecha con el resultado de esa situación, había logrado mantenerse en su postura y demostrado que su autoridad debía ser respetada, que era inquebrantable y que de nada valían los berrinches de su sobrina. De esa manera, le dejaría claro, no solo al altanero de Terrence Danchester y a la malagradecida de Victoria, que era quien mandaba en ese lugar, sino a todos los que se encontraban presentes, y reforzaba su posición como la cabeza del clan Anderson.

La situación no solo era complicada para Terrence, había otro Danchester al otro lado del mundo que también estaba pasando por un mal momento, siendo el blanco de severas críticas. Se encontraba en la soledad de su despacho, rodeado del silencio que, cada vez, se hacía más pesado, sin la presencia de sus hijos.

Eso hizo que hasta su cabeza llegaran los recuerdos del día en que regresó de América y encontró a su mujer hecha una furia, pues ya se había enterado de su «primer matrimonio».

Se encontraba agotado del viaje y subió directo a su dormitorio, pero ni bien había puesto un pie en este, cuando Katrina entró sin llamar; hecho que lo sorprendió, porque habían acordado que lo haría, ya que, desde el nacimiento de Dominique, no compartían recámaras.

—¡Maldito miserable! —gritó encolerizada y se abalanzó contra él, atacándolo en el rostro y el pecho.

—¡Cálmate, mujer! —Intentó parar los ataques, pero sus esfuerzos apenas podían contener la furia de su esposa—. ¡Katrina, basta!, ¡tranquilízate! —exigió, sujetándole las manos.

—¿Que me tranquilice?! ¿Acaso tienes idea de lo que me has hecho!? —cuestionaba sin cesar en sus ataques—. ¡Todo por esa ramera y el maldito bastardo! ¡Nos humillaste de la peor manera!

—¡Ya basta!, ¡detente!, ¡deja de atacarme! —Le advirtió con tono duro, nunca la maltrataría, pero tampoco podía quedarse inmóvil, dejando que lo golpeará.

Benjen quedó algo aturdido después de recibir dos bofetadas en el rostro, sentía que su pecho también ardía, y es que llevaba la camisa abierta y no pudo esquivar que las uñas de Katrina se le clavaran allí, lastimándolo. En medio del forcejeo, ella tuvo un traspié y acabó cayendo sobre su trasero; él, al ver el gesto de dolor y escuchar su grito, se apresuró a ir en su ayuda, pero una vez más, ella lo rechazaba, dándole manotazos para alejarlo.



—Déjame ayudarte —pidió, intentando acercarse.

—¡No! Ni se te ocurra tocarme, luego de revolcarte con esa mujerzuela — espetó, recurriendo a su rabia para tener fuerza y ponerse de pie—. Eso fue lo que hizo, ¿no es cierto? Te sedujo para que inventaras toda esta mentira.

—No es una mentira —pronunció, mirándola a los ojos y sin titubear—. Amelia y yo nos casamos en Escocia, mucho antes de conocerte y de que mi padre me hablase de nuestro compromiso.

—¡Mientes! Si es así, ¿por qué nunca dijiste nada?

—Porque mi padre me hizo prometerle que nunca lo diría, que, de hacerlo, se encargaría de arruinar la vida de Amelia; callé para protegerla. Sabes bien que soy un hombre de honor y que nunca la hubiese hecho mi mujer sin estar casado con ella, así que puedes sacar tus propias conclusiones y decir si miento o no —mencionó con tal seguridad, que él mismo se sorprendía, pero sabía que así debía actuar, porque Katrina sería la primera a la que tendría que convencer.

—No puedo creer que me hayas hecho algo como esto, a mí, a nuestros hijos... Eres un miserable, Benjen Danchester —dijo y se sintió furiosa por no poder contener su llanto.

—Lo siento mucho, Katrina, pero todo esto pasó antes de conocerte, y nuestros hijos no tienen nada que ver, ellos no se verán afectados —aseguró, mirándola a los ojos.

—¡Claro que sí! Richard ya no será quien herede tu título, ahora le corresponde al bastardo —expresó con amargura, temblando de ira e impotencia, porque perderían todo.

—¡No vuelvas a referirte a mi hijo de esa manera! —exigió con un grito que la hizo sobresaltarse, por lo que respiró profundo, luchando por calmarse—. Las cosas seguirán igual que antes; después de conocer la verdad, Terrence no mostró interés por el título y me dejó claro que jamás lo reclamaría; su vida ahora está en América, junto a su madre, no volverá a Europa.

—Eres tan iluso, Benjen, eso dice ahora, pero ya lo veré cuando mueras; llegará al lado de esa arribista y nos lanzarán a todos a la calle, dejarán a tus hijos sin techo...

—No seas dramática, eso no pasará porque mi testamento se mantendrá como hasta ahora, así que si lo que te preocupa es cómo seguir costearo esta vida de derroche que llevas, tendrás lo suficiente; solo espero que te dure —dijo con toda la intención de ofenderla.

—Nunca nadie me había humillado de esta manera.

—Pues, si te sientes tan ofendida y no soportas la idea de vivir conmigo, hagamos algo..., separémonos.

—¿Cómo dices? —inquirió, completamente asombrada.

—Como escuchaste, ninguno de los dos soporta la presencia del otro, entonces, ¿qué sentido tiene seguir juntos? Acabemos con toda esta farsa que nos ha tenido presos durante años.

—¡Jamás! Para liberarte de mí, tendrás que verme muerta... ¡Muerta! —gritó y salió de ese lugar echa una completa furia.

Al día siguiente, cuando él regresó de El Parlamento, su mayordomo le informó que la duquesa se había marchado del palacio, a casa de su padre en Norfolk, llevándose a sus hijos con ella.

Benjen, de inmediato, fue consciente de que el plan de Katrina sería poner a sus hijos en su contra, que haría hasta lo imposible para que lo odiasen, igual como había hecho con Terrence. Iba a lastimarlo donde más le dolía y, en ese instante, vio lo diferentes que eran su esposa y la mujer que amaba, pues, Amelia, en lugar de alimentar el rencor en su hijo, buscaba reconciliarlos.

## Capítulo 47

Dos semanas después de su cumpleaños, Victoria sentía que había llegado al límite de su paciencia y su sumisión, ya no podía seguir soportando las imposiciones de su tía. Margot aprovechó la ausencia de Brandon, quien había viajado a México por asuntos de los bancos, para ensañarse contra ella, mantenerla vigilada y hacer que le obedeciera en lo más mínimo.

Se sentía poderosa, dejándole ver que era quien mandaba, y Victoria no tenía a quién acudir, porque Sean estaba en la universidad, y no quería preocupar a Christian, el pobre ya tenía suficiente con intentar salvar el patrimonio de Patricia y Marie.

Así que, cuando le exigió que dejara de lado sus estudios de enfermería y buscara los requisitos para ingresar a la universidad de Chicago, el próximo otoño, supo que debía hacer algo o acabaría siendo un títere de su tía; tenía que liberarse de su yugo.

Había conseguido reunir una buena suma de dinero, ya que ella no gastaba tanto de la mesada que recibía todos los meses, le quedaba casi intacta; así que, sin pensarlo mucho, decidió buscar a la única persona que la ayudaría a librarse de su amargada tía.

Hacia dos días se había comprado un pasaje para Nueva York, había luchado por actuar de manera normal, se mostró callada y acataba cada orden de su tía; incluso, le dijo que aceptaría ir a la universidad, que solo la dejara terminar ese módulo, al que le faltaban dos semanas. La verdad, no se sintió muy bien por mentirle, pero sabía que no había otra manera de lidiar con ella, se había vuelto demasiado intransigente.

—¿Paso por usted a la misma hora, señorita Victoria?

—Sí, por favor, Rick. —No se atrevió a mirarlo, odiaba mentir.

—Está bien, que tenga linda tarde. —La despidió sonriendo, moviendo su mano en señal de adiós.

—Igual usted —pronunció ella, ya en la puerta del orfanato; caminó de prisa y entró al lugar para escapar del hombre, pues sentía que cualquiera podía descubrir lo que planeaba.

Actuó de la misma manera con la madre superiora y las demás religiosas

y, durante las clases, estuvo prácticamente ausente, les puso una lección en el pizarrón a sus alumnos y solo respondía cuando alguno tenía una duda.

Su mente estaba dedicada por completo a repasar su plan, tenía que cuidar cada detalle o podía terminar arruinándolo todo y perdiendo la única oportunidad que tenía para liberarse de su tía Margot.

—¿Te sientes bien hoy, Vicky? —preguntó la hermana Sophia, cuando entró después de clases y encontró a la chica sentada detrás del escritorio y con la mirada perdida.

—Yo... —Se volvió para ver a la religiosa—. Sí..., sí, estoy bien, hermana Sophia, solo pensaba en algunas cosas que tengo pendientes, ya debo irme —dijo, poniéndose de pie; agarró su bolso y respiró profundo, armándose de valor, porque después de lo que estaba a punto de hacer, no habría marcha atrás—. ¿Podría darle este sobre a Rick, cuando venga a buscarme? Por favor —pidió, extendiéndoselo.

—Claro..., pero ¿dónde estarás? —La notaba muy extraña.

—Tengo que encargarme de un asunto, así que es mejor poner al tanto al pobre, no quiero que se quede esperándome... Solo dígame que no se preocupe, que regrese a la mansión y que le entregue ese sobre a mi tía Margot. —Su voz sonó firme y eso la llenó de alivio—. Nos vemos, hermana Sophia.

—Hasta mañana, Vicky. —Alcanzó a decir, antes de verla salir por la puerta, con pasos apresurados. Presintió que algo no andaba bien; así que soltó un suspiro y pidió a Dios que la cuidara.

Victoria decidió no asistir ese día a sus clases de enfermería, debía usar esas horas para hacer unas compras rápidas y luego ir hasta la estación; no había sacado nada de la mansión, para no levantar sospechas, así que necesitaba algunas prendas, productos de higiene personal y una maleta.

Su tren salía a las siete de la noche y, tomando en cuenta que Rick pasaba por ella a las seis, y que el trayecto hasta la mansión Anderson duraba una hora, él estaría entregándole la carta a su tía, cuando ella ya estuviese de camino a Nueva York, lejos de su alcance.

Se sentía nerviosa pero también optimista, pues hasta el momento, todo había salido según lo planeado; intentó pasar lo más desapercibida posible mientras caminaba por las calles o cuando entraba a una tienda, solo escogía lo que necesitaba, pagaba y salía. A las cinco, ya tenía en sus manos todo lo que necesitaba y algunas cosas más, que pensó le serían útiles; tomó un taxi y le pidió que la llevara hasta la estación de trenes, mientras rogaba por que a

Rick no se le diera por abrir el sobre, leer su contenido y avisarle a su tía por teléfono, o ir él mismo hasta la estación, para impedir que se marchara y llevarla de regreso a su casa.

—¡Tren con destino a Nueva York, abordando en el andén número siete! —anunció el trabajador de la compañía.

—¡Gracias a Dios! —expresó Victoria, se levantó como un resorte, agarró su pequeña maleta y caminó de prisa.

—Buenas noches, señorita; boleto, por favor —pidió, mirándola, y luego se fijó en el equipaje.

—Por supuesto, aquí lo tiene —dijo, extendiéndoselo con una gran sonrisa, obligándose a no mostrarse nerviosa.

—¿Viaja sola? —inquirió y la vio asentir—. ¿Me permite su identificación? Por favor

—Claro..., deme un momento. —Las manos de Victoria comenzaron a temblar mientras intentaba sacar de su pequeño bolso lo que el hombre le pedía—. Aquí la tiene —pronunció con voz trémula y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sabía que en cuanto viera que era menor de edad o leyera su apellido, no la dejaría subir al tren o; tal vez, sí, la zozobra la mataba.

—¡Horacio! Deja eso y ven, necesitamos ayuda para subir a un anciano que no puede moverse y ya comienza a desesperarse.

Por suerte, otro trabajador atrajo la atención de este, antes de que pudiera ver su documento; se lo devolvió aún cerrado. Eso la hizo soltar un suspiro de alivio, sonrió y lo guardó rápidamente en su bolso, luego agarró su maleta, dando un par de pasos.

—Espere, señorita, espere un momento.

—¿Sí? —Victoria se volvió, mirándolo casi con pánico.

—Olvidó su boleto —dijo, regresándoselo.

—¡Ah! Por supuesto. —Sonrió y lo recibió—. Muchas gracias.

—De nada, que tenga buen viaje. —La despidió con un ademán de su mano y una sonrisa. Le recordaba a su nieta.

Victoria mostró una más efusiva y caminó de prisa, antes de que otra cosa pudiera suceder; llegó hasta su compartimento privado, entró, pasando el seguro de la puerta, también cerró las cortinillas, porque no quería que si su tía iba a buscarla, pudiese dar con ella.

Sospechaba que eso sería lo que haría en cuanto leyese su carta, así que tendría poco tiempo, una vez que llegase a Nueva York, para hablar con

Terrence y hallar la manera de quedarse con él.

Escuchó la voz del trabajando, dando el último llamado a los pasajeros, lo que hizo que la ansiedad en ella casi la desbordara; necesitaba que se pusieran en marcha de una buena vez.

Un par de minutos después, el poderoso sonido del silbato anunciaba la salida, y comenzaron a moverse, a lo que ella respondió con un grito de felicidad, que ahogó con sus manos, rápidamente.

—Bien, Nueva York, allá voy... Voy para quedarme contigo, Terry — esbozó con ensoñación y se dejó caer en la cama.

La tensión que había vivido durante los últimos días comenzó a pasarle factura, provocándole un gran cansancio; apenas tuvo la voluntad para ponerse de pie e ir al baño. Rápidamente, se duchó, se lavó los dientes y se metió a la cama; debía levantarse muy temprano, para ponerse uno de los lindos vestidos que había comprado y verse hermosa para su novio.

—Dentro de poco te veré —susurró antes de cerrar sus ojos.

Durmió profundamente, hasta que fue despertada por el silbato del tren, que anunciaba lo poco que faltaba para llegar, y el suave toque en la puerta, por parte de un trabajador que pasaba despertando a los pasajeros de primera clase.

Al llegar, se acercó hasta el servicio de taxi y subió a uno; al principio se sentía temerosa, pues había escuchado que la ciudad era peligrosa, pero, por suerte, el chofer le inspiraba confianza.

Tenía en sus manos la dirección de la casa de su suegra en Manhasset Hills, y también tenía la de La casa de la Ópera, aunque sabía que él, quizá, estaba en el conservatorio a esa hora; soltó un suspiro pesado ante su indecisión, pues no sabía a dónde ir.

—¿Hacia dónde la llevo, señorita? —preguntó, al ver que ella se había quedado callada y solo miraba una hoja.

—Sí..., en realidad, tengo dos direcciones... Deme un momento, por favor. —Cerró los ojos y movió los dos pedazos de papeles, como si fuesen las cartas de una bajara; al abrirlos, ya sabía a dónde ir—. Lléveme a La casa de la Ópera, por favor.

—Ese lugar está cerrado al público a esta hora, señorita, ¿está segura que desea que la lleve allí? —inquirió, desconcertado.

—Sí, no se preocupe, iremos por la parte de atrás, por donde entra el personal y los artistas —contestó con seguridad.

—Bueno, como usted ordene —dijo, encogiéndose de hombros.

El auto encontró algo de tráfico, por lo que cuando consiguió llegar al famoso edificio, eran casi las diez de la mañana; ella le pagó y luego esperó a que le abriese la puerta. Cuando bajó y se vio frente a esa enorme puerta, sus piernas comenzaron a temblar y sus manos a sudar. Terrence la había llevado una vez, durante el día, para que pudiera ver el teatro desde el escenario, por eso conocía esa entrada.

—Buenos días, señorita, ¿puedo ayudarle? —preguntó el hombre que la recibió y la miró de pies a cabeza.

—Buenos días, sí..., he venido a ver al señor Terrence Danchester —respondió, mostrando una sonrisa.

—¿Al señor Gavazzeni? —cuestionó, pues lo conocían más por el apellido de la madre—. ¿Tiene una cita con el señor? —inquirió con desconfianza, sabía que el joven era muy reservado y nunca recibía visitas en ese lugar.

—Es mi prometido y he viajado desde Chicago para darle una sorpresa —contestó, notando que no le creía—. Si la señora Amelia está aquí, puede confirmar que lo que le digo es cierto.

—Pues lo siento mucho, señorita, pero ni el señor ni la señora Gavazzeni se encuentre en este momento, creo que lo mejor será que se retire —pronunció de mala gana.

Aunque la chica era hermosa, no podía confiarse; más de una había llegado con el mismo cuento, solo para que les permitieran el acceso a los camerinos. Además, el chico en ningún momento había mencionado que tenía una relación formal con alguien, al menos no en los meses que él llevaba trabajando allí.

—Por favor, señor..., solo déjeme pasar; le prometo que lo esperaré sin causar molestias y no me moveré de allí hasta que él llegue.

—Lo siento..., pero no puedo hacer lo que me pide —dijo y, de pronto, sintió la presencia de alguien detrás de él.

—Francisco, conozco a la señorita. Permítale pasar —dijo, mirándola con curiosidad y le dedicó una sonrisa.

—¿Está seguro, señor Caruso? —preguntó, aunque un tanto apenado por poner en duda la palabra del tenor.

—Por supuesto, he tenido que pasarme horas escuchando hablar de ella, casi a diario —respondió, riendo, y se acercó a saludarla—. ¿Cómo ha estado, señorita Anderson? —Le extendió su mano.

—Qué alegría verlo, señor Caruso... Me encuentro bien, ¿y usted?

—Bien, gracias por preguntar. Supongo que estás ansiosa por ver a tu novio... o; tal vez, debería decir: prometido —dijo, mirando la sortija en el dedo de la chica. Sonrió al ver que ella se sonrojaba; en verdad, era muy hermosa.

—Sí, aunque Terry no sabe que estoy aquí, quise darle una sorpresa —respondió, deseando que él la ayudase.

—Bien, entonces, acompáñame, por favor, para que lo espere en su camerino —indicó, mirándola—. No te preocupes por nada, Francisco; me haré responsable por la señorita Anderson.

—Como usted diga, señor Caruso —mencionó, sintiéndose libre de cualquier responsabilidad.

—Muchas gracias por ayudarme, señor Caruso.

—No tienes nada que agradecer, Victoria, y por favor, llámame Enrico. Sé que apenas me conoces, pero tu novio me ha hablado tanto de ti, que creo que te conozco más que a mis hijos —comentó, riendo, y la vio sonrojarse, pero su mirada era risueña—. Bueno, este es el santuario de Terry, pasa e intenta descansar un poco; debes estar agotada del viaje, y él no debe tardar en llegar.

—Bien..., señor... Enrico —mencionó, sonriendo—. Hasta luego y gracias.

—Hasta luego, Victoria. —Se despidió con un ademán.

Ella emuló su gesto y después se volvió para mirar la puerta, el corazón se le desbocó en latidos en cuanto apoyó su mano en la perilla y comenzó a girarla. Cuando entró, se sintió muy emocionada, paseando su mirada por cada rincón y recordando cada detalle de ese lugar; pero ahora, tenía cosas nuevas, había fotografías y un premio que la crítica le otorgó, como heldentenor revelación del año; también había una fotografía de ellos dos, eso la emocionó.

Dejó su maleta a un lado y se aventuró a explorar un poco más, agarró una de las bufandas que colgaban del perchero y se la llevó a la nariz, para embriagarse del aroma de su novio; sonrió al sentir que era igual a como lo recordaba, maravilloso.

De pronto, escuchó risas en el pasillo. Se giró, enfocando su mirada en la puerta; su corazón le gritaba que era él, por lo que, la sonrisa en sus labios se hizo más ancha. Sin embargo, cuando la puerta se abrió, descubrió que no venía solo, junto a él estaba Allison; y ambos se veían muy felices, lo que hizo que un peso se alojara en su estómago.

—¿Vicky? —inquirió, asombrado de encontrarla allí. Caminó hasta ella



para abrazarla y besarla—. Mi amor, ¿cómo estás?, ¿viniste con Sean? — cuestionó mientras le sonreía, se sentía emocionado de verla, no dejaba de tocarla ni de mirarla.

—Yo..., no... —Ver a su novio junto a Allison, la dejó algo dispersa, por lo que, solo podía mirarlo—. No, no me trajo Sean. He venido por mi cuenta —respondió cuando al fin logró enfocarse en él. Le sonrió y también lo besó.

—¿Por tu cuenta? —preguntó, desconcertado.

—Sí —afirmó, pero no quería entrar en detalles en presencia de su compañera—. Debemos hablar a solas.

—Por supuesto —indicó él, con preocupación.

—Será mejor que los deje, solo tomaré mi libreto, se me quedó aquí ayer —comentó Allison, siendo consciente de que sobraba; le hizo una seña a Terrence, para que se lo alcanzara, pues estaba sobre la mesa.

—Aquí está. —Se lo entregó, notando el comportamiento de Victoria, quien estaba analizando la actitud de ambos.

—Fue un placer verte de nuevo, Victoria. —Allison quiso mostrarse cortés, pues estaba al tanto de los celos de la chica, y no quería que creyese que tenía algo en contra de ella.

—Digo lo mismo, Allison —comentó con un tono amable pero distante, ya que seguía sin simpatizarle.

—Nos vemos después, Allie —mencionó Terrence, para despedirla, y caminó con ella hasta la puerta.

—Claro, aunque no creo que tengamos ensayos hoy, recuerda que los otros están de viaje. Mejor aprovecha la tarde y habla con tu novia, se ve que lo tiene que decir es algo importante —agregó al ver la preocupación reflejada en el rostro de Victoria.

—Eso haré —dijo, asintiendo y cerró la puerta tras ella.

—Por lo que veo, ustedes pasan mucho tiempo juntos en este lugar. —El reproche en su tono de voz estaba claro.

—Ensayamos aquí de vez en cuando —respondió en tono casual y soltó un suspiro, armándose de paciencia.

Se volvió a mirarla y la vio con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, él tuvo que contener esa sonrisa ladeada y arrogante que deseaban mostrar sus labios al ver lo linda que se ponía cuando lo celaba. En lugar de eso, se acercó a ella y, sin previo aviso, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo; luego, deslizó una mano por su espalda hasta posarla en su nuca y la atrajo hacia él, para robarle un beso intenso, profundo, que buscaba

dejarle claro que era ella a quien amaba y deseaba con todas sus fuerzas.

Victoria también se dejó arrastrar por la pasión, deseaba sentirlo suyo, únicamente suyo; por eso, no dudó en entregarse a ese beso. Deslizó su lengua en el interior de la boca de Terrence, disfrutando de los masajes que la de él le daban. Gimió, aferrándose a su espalda para atraerlo más hacia ella, poniéndose de puntillas para evitar cualquier espacio entre los dos, quería fundirse en él.

—Ahora sí, pecosa..., dime ¿cómo llegaste hasta aquí? —preguntó, mirándola a los ojos, buscando enfocarse en eso, y obviar su deseo.

—Yo... escapé —respondió, parpadeando con nerviosismo.

—¿Escapaste? —Terrence abrió mucho los ojos ante su revelación—. ¡Por el amor de Dios, Victoria! ¿Por qué hiciste algo como eso? —Su preocupación por lo que pudo haberle pasado al viajar sola, reemplazó cualquier atisbo de pasión.

—Necesitaba hacerlo —susurró con la voz ahogada en llanto, no quería que él la reprendiese por eso—. Ya no soporto estar en la mansión, es un calvario... Tía Margot está cada día peor, y vine porque quiero quedarme a tu lado, ya no deseo regresar a ese lugar... —esbozó y las lágrimas bajaron pesadas por sus mejillas.

—No llores, Vicky..., mi amor, no te preocupes, te quedarás conmigo..., te quedarás aquí conmigo —aseguró, abrazándola con fuerza y luego la miró a los ojos.

—Le dejé una carta para que no se preocupara, contándole de la decisión que había tomado, pero sabes que ella no quiere que nos casemos..., así que es probable que llegue pronto; debemos hacer algo antes, para que no pueda separarnos.

—Ya pensaremos en eso, ahora vamos para que descanses, te ves agotada —dijo, notando las sombras bajo sus ojos y, su rostro, que al ser bañado por las lágrimas, se veía más desencajado.

—Me parece bien, seguro tu madre puede ayudarnos a encontrar una manera de quedarnos juntos. —Se sentía esperanzada y feliz.

—Sí, quizá pueda ayudarnos —murmuró sin mirarla.

No estaba muy seguro de que su madre los ayudase, pues ella le había recomendado esperar el tiempo que pedía Margot; argumentó que, en ese año, él podría establecerse mejor y tener todo lo necesario para brindarle la vida que merecía.

Por supuesto, ese comentario lo molestó muchísimo y lo hizo distanciarse

de Amelia, durante unos días, porque sentía que no lo apoyaba, que pensaba que él no era lo suficientemente capaz y maduro como para iniciar una vida de casado.

De pronto, sintió que no necesitaba de la aprobación de nadie para hacer lo que quería, miró a Victoria y eso le bastó para decidirse.

—Vamos, te llevaré a un lugar que tiene meses esperando por ti — pronunció con resolución y la agarró de la mano.

—¿Qué lugar es ese? —inquirió, mirándolo, desconcertada.

—Ya lo verás, es una sorpresa, pecosa —esbozó con emoción, por fin la llevaría al que sería su hogar.

Caminó para agarrar la maleta que estaba junto a la puerta, luego tomó a Victoria de la mano y le dio un beso rápido pero intenso, que expresaba, en parte, la emoción que sentía.

Salieron de allí y caminaron hasta donde Terrence estacionaba su auto, un Aston Martin, convertible, negro, que había comprado hacía poco, para poder trasladarse hasta Roslyn, sin usar los servicios de Arnold.

## Capítulo 48

Victoria se quedó maravillada y sin palabras cuando Terrence estacionó el auto ante una casa, tan hermosa, que parecía sacada de un sueño, y su corazón palpitaba emocionado, presintiendo el motivo que tuvo para llevarla hasta allí.

Él le ofreció su mano para ayudarla a bajar, mientras le entregaba la más hermosa de sus sonrisas, caminaron juntos, y ella se detuvo un instante, quería admirarla bien y grabar en su cabeza cada detalle de la misma. Se había enamorado de ese lugar.

—¿Te gusta? —preguntó Terrence, aunque por su expresión, creía que sí, igual deseaba que se lo dijera. La rodeó con sus brazos desde atrás y apoyó su barbilla en el hombro de ella.

—Sí, es muy hermosa..., me encantan los ventanales, el balcón es precioso, y el jardín... ¡Es tan perfecta! —expresó emocionada, a medida que iba detallando el lugar—. ¿Es tuya, Terry? —inquirió, girando su rostro para mirarlo a los ojos.

—Es nuestra —contestó con una sonrisa enorme.

—¿Lo dices en serio? —cuestionó, volviéndose por completo para mirarlo, sin poder salir de su asombro; aunque lo sospechaba, confirmarlo era maravilloso.

—Por supuesto, es nuestra casa, pecosa —confirmó, rozándole los labios, deslizando sus manos por la cintura delgada de la chica que amaba y a la que se moría por hacer su esposa.

—No puedo creerlo, mi amor, es bellísima..., mucho mejor de lo que hubiese imaginado tener.

—¿Quieres verla por dentro? —sugirió, emocionado al verla tan entusiasmada.

—Por supuesto, me encantaría —respondió, afirmando con su cabeza y con una sonrisa que iluminaba su mirada.

—Entonces, vamos —pronunció y la agarró de la mano para caminar junto a ella, sacó el manojito de llaves de su bolsillo y abrió la puerta—.

Espera, debemos seguir la tradición.

—¿Qué tradición? —inquirió con curiosidad, al tiempo que lo miraba algo impaciente, ya deseaba entrar.

Antes de que pudiera decir una palabra más, Terrence la cargó en sus brazos, provocando que soltara un grito de sorpresa; luego, él soltó una carcajada ante su cara de asombro, y el dio un par de besos tiernos.

—Es tradición que el novio lleve en brazos a la novia, la primera vez que entran juntos a la casa —explicó, sintiéndose feliz como nunca antes, mientras atravesaban la puerta.

—Pero... ¿eso no lo hacen los recién casados? —Era lo que ella recordaba de esa tradición.

—Sí, pero muy pronto tú y yo lo estaremos —La besó y luego la puso en el piso con cuidado—. Bienvenida a nuestra casa, Victoria.

—Gracias —susurró ella con una sonrisa radiante.

Su mirada se paseó por el salón, que aún estaba carente de muebles, vitrinas, pinturas y sofás, pero que, gracias a sus pisos de madera, las paredes blancas y celeste, los grandes ventanales que llenaban de luz todo el lugar, que, junto a la hermosa chimenea hecha en mármol y yeso blanco, daban una sensación de calidez que le encantó.

Vio la bonita escalera de madera y hierro forjado que tenía un estilo rústico pero elegante al mismo tiempo, pasó sus dedos por ella, sintiendo lo suave que era, y esa sensación despertó su curiosidad, haciéndole una invitación a subirlas para descubrir lo que había en la parte de arriba.

—¿No te gustaría ver la cocina? —preguntó Terrence, agarrándola de la mano para evitar que subiera, siendo consciente de que lo único amoblado en la parte superior era su habitación.

—Claro..., aunque no sé preparar muchas comidas —confesó, mostrándose algo apenada, pues se suponía que planeaba ser una esposa y que debería saber todo eso.

—Yo tampoco, pero aprenderemos —dijo, solidarizándose con ella, al tiempo que le sonreía y la guiaba hasta ese lugar.

—Es muy grande —pronunció en cuanto la vio, aunque si la comparaba con la de la mansión Anderson, no llegaba ni a la mitad, pero esta le gustaba mucho más—. Me encanta que todo sea blanco, se ve tan hermoso..., seré muy feliz preparando mi tarta de manzana en este lugar —agregó, sonriendo con entusiasmo.

—Espero que sí, porque adoraría comer todos los días esa tarta tan

deliciosa que haces —indicó mientras la veía pasearse por el lugar, mostrándose tan feliz que lo llenaba de orgullo, y también le agradecía en pensamientos a su madre, por haber insistido para que la comprara.

—Si tienes los ingredientes aquí, puedo hacerla hoy, solo me llevará un rato —dijo, volviéndose a mirarlo.

—Me temo que no los tengo, apenas llevo un mes viviendo aquí y no he comprado muchas cosas.

—¿Ya no vives con tu madre? —inquirió, sorprendida.

—No, me mudé porque quería ir acostumbrándome a vivir en este lugar y también ir amueblándolo para que, cuando llegaras, estuviera listo. Pensé que tú estarías ocupada con los preparativos del matrimonio..., claro, si tu tía hubiese aceptado. Deseaba que nuestra boda fuese a finales de año... Evidentemente, me adelanta a los acontecimientos y ahora todo se cayó —expresó con desgano.

—Lo siento tanto..., mi tía no tenía ningún derecho a retrasar nuestra boda, ella debió ser comprensiva y acceder, pero es una egoísta y una amargada —pronunció con resentimiento.

—Tranquila, no pienses en eso ahora, no dejemos que arruine este momento. —Le rodeó la cintura con los brazos y la besó.

—No quiero que ella nos separe, quiero quedarme contigo aquí, en esta casa, que vivamos juntos —pidió con sus ojos anegados.

—Si es lo que quieres, será lo que haremos, buscaremos la manera de estar juntos para siempre, Vicky..., para siempre.

La abrazó muy fuerte para que nada pudiera separarlos y luego la besó, con esa ternura que ella siempre despertaba en él, pero de un momento a otro, también avivaba su pasión y el sentimiento se volvía poderoso como un vendaval.

—Vicky... —susurró y su voz comenzaba a mostrar su excitación, era profunda e íntima—. Pecosa..., debemos parar, no está bien tentarnos de esta manera. —Ser consciente de que estaban solos en ese lugar, ponía en una cuerda floja su voluntad.

—No dejes de besarme —rogó, aferrándose a él.

—Yo tampoco quiero hacerlo, mi amor, pero... si no nos detenemos ahora, no sé si tenga la fortaleza de mantener la promesa que le hice a tu padre —explicó, mirándola a los ojos.

—Solo hay una manera en la que tía pueda consentir nuestro matrimonio, Terry. —Las palabras de él le iluminaron el pensamiento, esa era la solución

que necesitaban.

—No..., no quiero que sea de esa manera, no es lo que te mereces, Victoria. —Negó con su cabeza e intentó alejarse.

—Terry, por favor, escúchame —pidió, sujetándole el rostro y lo miró a los ojos—. Lo que más deseo es quedarme contigo, es lo que me haría feliz y, sé, que sería posible si..., si... —Intentó poner en palabras lo que quería, pero solo pensarlo la avergonzaba un poco.

—No estamos casados y quiero que lo estemos, quiero que seas mi mujer cuando tengamos la bendición de Dios, no como una medida de presión para que tu tía acepte nuestro matrimonio.

—Tienes razón, sería un pecado —mencionó al caer en cuenta de la barbaridad que decía, se sintió demasiado apenada.

—No se trata de eso, pecosa —dijo para evitar que se juzgara, la miró a los ojos y continuó—. Dios está en todas partes, y si hacemos un juramento aquí o en una iglesia, sé que nos escuchará, pero lo que no quiero es que las personas te juzguen, que se sientan con el derecho de señalarte; no quiero que tengas que vivir lo que mi madre, por entregarse a un hombre sin la bendición de un sacerdote. —Quería que entendiera porqué se negaba, que era porque la amaba y quería cuidarla.

—Pero eso no me pasará, sé que tú jamás dejarías que algo así me sucediera, sé que estarías a mi lado.

—Por supuesto, estaría contigo siempre —expresó con seguridad, envolviéndola en sus brazos para hacerle sentir que decía la verdad.

—Confío en que así lo harás..., por eso me entrego a ti, deja que lo haga, mi amor... —esbozó, sintiendo que su cuerpo temblaba, aunque no era del todo consciente del paso tan trascendental que quería dar.

Había aprendido algunas cosas en sus clases de enfermería, sobre la anatomía y las relaciones humanas; sabía que los bebés se concebían a través de la copulación entre un hombre y una mujer, pero nadie le había explicado cómo se llevaba a cabo el acto en sí.

Patricia tampoco les dio muchos detalles cuando les contó a Annette y a ella sobre su noche de bodas, su amiga era demasiado tímida, por lo que estuvo sonrojada y tartamudeaba la mayor parte de su relato, lo que hizo que se quedara con más dudas que certezas.

Sin embargo, ella ya había experimentado la pasión y el deseo junto a su novio, sentía que estaba lista para entregarse a él, solo debía confiar en que Terrence y el anhelo de ser su mujer la llevarían por el camino correcto. Lo

miró a los ojos, deseando que los suyos le expresaran aquello que no podía poner en palabras, que él supiese que estaba segura de lo que quería.

Se llevó una mano de su novio al corazón, para que sintiera cómo latía, sin importarle que ese gesto fuese demasiado osado; pues, según su tía, era una de las partes que nunca debía dejar que un hombre tocara. Ya su novio lo había hecho y a ella le encantaba, siempre disfrutaba de la sensación que le provocaban las caricias de Terrence sobre sus senos.

—Victoria..., Victoria —susurró, sintiéndose incapaz de resistirse ante la calidez y la suavidad de su seno, quería tocarlo en plena desnudez; imaginar que podía hacerlo si quería, lo hizo temblar.

—Piensa que, después de hoy, ya nada podrá separarnos, Terry, nada —dijo para terminar de convencerlo.

—Te llevaría ante un cura en este momento y le pediría que nos casara, si no supiera que eso sería en vano, porque al llegar y él se dé cuenta de que eres menor, va a pedir la autorización de tu tutor.

—¿Y si mentimos acerca de mi edad? —preguntó, viéndolo.

—No tendría caso, igual tu tía podría anularlo, y no quiero que nuestro matrimonio se base en una mentira —contestó, recordando lo que había hecho el duque. No quería seguir su ejemplo, por muy desesperado que estuviera.

—¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? —inquirió ella, a punto de llorar, pero de pronto, una idea llegó hasta su cabeza y sonrió—. ¿Por casualidad tienes una biblia aquí? —Su mirada se ancló en la de Terrence y desbordaba vivacidad.

—¿Una biblia? —Él se mostró extrañado—. Sí, mi madre me regaló una, la tengo guardada en mi habitación; debe estar en uno de los armarios. —No comprendía para qué quería una biblia.

—Un armario no es un lugar para guardar las Sagradas Escrituras, Terrence, voy a tener que enseñarte a ser más respetuoso con la palabra de Dios. —Lo reprendió, pero sonrió al verlo fruncir el ceño—. Y eso será a partir de hoy, después de que juremos ser marido y mujer. Vamos a tu habitación, nos casaremos en la presencia del único ser al que debemos rendirle cuentas, el único que puede juzgar o bendecir nuestra unión —expresó con emoción, al haber encontrado la manera de que su entrega no fuese un acto pecaminoso.

—Vicky..., espera un momento. —La agarró por la mano, antes de que subiera las escaleras—. ¿Qué planeas hacer?



—Ya lo verás —respondió sonriendo y, de pronto, se le ocurrió algo que haría aquel momento mucho más especial—. Llévame en brazos hasta tu recámara —pidió, mirándolo a los ojos.

—¿Que te lleve en brazos? —inquirió, desconcertado.

—Sí..., claro, a menos que yo sea muy pesada y no puedas; en ese caso, lo haré caminando.

—Por supuesto que puedo —indicó, ofendido, pues ella lo creía un flacucho; cuando en realidad, se ejercitaba todos los días. Le había quedado por costumbre, después de estar en la academia—. Si estás tan delgada que pareces una espiga de trigo, Vicky —agregó, riendo al ver su asombro.

—¡Terrence Danchester! Eso no se le dice a una dama. —Le reprochó, cruzándose de brazos.

—Está bien..., pecosa de hermosa figura, no eres tan delgada, pero sí puedo contigo —dijo y la tomó en brazos para demostrárselo.

Terrence seguía sin entender lo que planeaba Victoria; sin embargo, caminó hasta su recámara y, mientras lo hacía, intentó alejar de su cabeza las imágenes de los dos, haciendo el amor en su cama. Lo deseaba con toda el alma, pero también quería cumplir con su promesa.

—Aquí está —dijo, extendiéndole una biblia encuadernada en una dura cubierta blanca con figuras ornamentales en dorado.

—Es muy hermosa, la dejaremos en el salón, cerca de la entrada, para que esté a la vista de todos —mencionó, pasando su mano por la cubierta; respiró profundo y lo miró—. Debemos ponernos de rodillas para hacer nuestro juramento.

—Victoria..., mi amor, ¿eres consciente de que aquí no está presente ninguna autoridad religiosa?, ¿que solo estamos nosotros dos? —cuestionó con un tono amable, pero deseando hacerle entender que, lo que ella pretendía, no tenía sentido.

—No necesitamos de nadie más, solo basta con que Dios y nosotros estemos presentes. Hace un momento dijiste que él estaba en todas partes, ¿no es así? —Lo vio asentir, pero seguía mostrándose dudoso—. Entonces, teniéndolo a él como testigo, diremos nuestros votos; ponte de rodillas y dame tu mano —ordenó; siendo más creyente que Terrence, podía sentir que ese acto tendría tanto valor como hacerlo en una iglesia frente a cientos de personas desconocidas.

Él la miró, sintiendo una poderosa emoción crecer dentro de su pecho, que lo invitaba a dejarse atrapar en ese sueño que Victoria le proponía. No era tan

fácil, pues siempre imaginó que cuando ese momento llegara, estaría dentro de una gran catedral, rodeado de sus seres queridos; que estaría parado junto al altar y la vería entrar, llevando un maravilloso vestido de novia y con el rostro cubierto por un largo velo.

No tenían nada de eso en ese momento, estaban solos en la habitación de la que sería su casa, y ella no vestía de novia, aunque llevaba un precioso y delicado vestido blanco, lleno de encajes y cintas. También pensó que cubrir su rostro con un velo sería un pecado, porque su belleza era tan magnífica, que era un regalo a la vista, y no necesitaba de este para demostrar que seguía siendo pura, su aura virginal era suficiente.

—Está bien, hagámoslo —accedió con determinación, confiando en ese acto de fe, que Victoria le pedía. Se puso de rodillas ante ella y apoyó su mano derecha sobre la biblia, luego la miró, dedicándole una sonrisa—. Empiezo yo.

—¿Por qué? —cuestionó, ya que a ella se la había ocurrido la idea y deseaba ser quien expresara sus sentimientos primero.

—Porque soy el caballero, pecosa..., así deber ser.

—Eso no tiene nada que ver. —Se quejó, frunciendo el ceño.

—Bien, ¿vamos a casarnos o vamos a quedarnos toda la tarde discutiendo quién dirá sus votos primero? —Al ver que ella no cedía, no le quedó más remedio que hacerlo él—. Está bien, pecosa, hazlo tú.

—Gracias —dijo con una gran sonrisa, y quiso besarlo en agradecimiento, pero recordó que aún no podían, así que respiró profundo, apoyó su mano sobre la de él y, mirándolo a los ojos, dio inicio a su declaración—. Yo, Victoria Anderson Hoffman, quiero decirte, Terrence Danchester Gavazzeni, que te amo con todo mi ser, que eres la persona que escojo para pasar el resto de mi vida, para que seas mi compañero, mi esposo y mi amigo, que deseo seas el padre de mis hijos, a quien prometo amar con entrega y devoción desde este día y hasta el día en que libere mi último aliento y; si Dios me lo permite, amarte también en la eternidad —pronunció en un tono solemne, pero cargado de una ternura que la desbordaba, y sus ojos llenos de lágrimas.

Terrence se sintió tan emocionado y abrumado ante la declaración de su novia, que no supo qué decir en ese momento, sentía que su amor, por grande que fuese, no se podía igualar al que le entregaba Victoria.

La sensación de no sentirse digno de ella lo asaltó con contundencia y bajó la mirada a la unión de sus manos, sin poder soportar la intensidad de la mirada de su novia, mientras las lágrimas le inundaban la garganta; se sintió

abrumado al recibir tanto amor.

—Es tu turno —mencionó al ver que él se quedaba en silencio; su actitud, de pronto, le provocó algo de miedo, temía que pudiera arrepentirse y terminar con todo eso. Sin embargo, se sorprendió al ver que sus hombros se estremecían y escuchó el sollozo que brotó de sus labios—. Amor..., Terry... ¿Qué sucede?, ¿por qué lloras? —preguntó al poner dos dedos bajo su barbilla y obligarlo a mirarla a los ojos.

De pronto, recordó el deseo de Stephen de que ellos se casaran y formaran una familia, pensó que, a lo mejor, estaban haciendo mal y que debían esperar. Pero, de pronto, sintió como si una fuerza poderosa lo impulsara a continuar, llenándolo de seguridad mientras la miraba a los ojos; era como si suegro estuviese allí y le diese su permiso para hacer a Victoria su esposa.

—Vicky, yo..., yo quisiera..., quisiera tener la destreza para poner en palabras todo lo que siento, pero me resulta tan difícil porque no importa lo que diga, nunca será suficiente... No existen las palabras para expresar lo que me haces sentir, porque decirte que te amo, que eres la luz que ha llegado a mí para salvarme o que me haces el hombre más feliz del mundo..., puede sonar cursi o trillado, pero lo cierto es que es así... —Se detuvo ahogado por las lágrimas y se aferró a la mano de ella, para reforzar su unión.

—Terry —susurró, sintiéndose tan emocionada, que también le permitió al llanto que la desbordara.

—Victoria, yo también te amo con todo mi ser y deseo pasar mi vida junto a ti, sembrar hijos en tu vientre y verlos crecer como la prueba más real de nuestro amor, quiero ser tu refugio y que tú seas el mío, quiero entregarme a ti por entero, amarte a plenitud en esta vida y después de ella... Y con Dios como testigo, te recibo como mi esposa, en este día y para siempre.

—Con Dios y mis padres como testigos, te recibo como mi esposo, en este día y para siempre —esbozó las mismas palabras de él, aunque algo le hizo recordar a sus padres, y sintió que flotaba, riendo y llorando de alegría; su declaración era la más hermosa que alguna vez hubiese escuchado en su vida.

Se acercaron, mirándose a los ojos, sonriendo de la emoción; sus bocas se buscaron para fundirse en un beso profundo, absoluto y repleto de amor, mientras que en su cabeza parecía resonar la voz de Dios, declarándolos marido y mujer. Además, podían sentirlo en los rayos de luz que entraban por el gran ventanal, iluminando y llenando de calidez sus figuras, como si estos fuesen su mirada, que justo en ese momento presenciaba el acto de amor más hermoso y puro, entre un hombre y una mujer.

Desde ese instante, supieron que sus almas estarían unidas por siempre y, con esa convicción, decidieron entregarse a lo que sentían, pues ya no había dudas, miedos o remordimientos; tampoco debían ser juzgados, porque su amor había sido bendecido.

Se pusieron de pie, mirándose a los ojos, con el alma vibrando de emoción y felicidad, dedicándose una sonrisa que valía más que mil palabras. Se abrazaron con fuerza y comenzaron a brindarse tiernas caricias, mientras sus labios también se unían en suaves toques, que era el preludio de un beso más profundo.

—¿Estás segura de querer hacerlo, Vicky? —preguntó, mientras le acariciaba las mejillas.

—¿Lo estás tú, Terry? —contestó con otra interrogante mientras parpadeaba de manera nerviosa, sabía que también sería su primera vez, pues él se lo había confesado antes.

—Lo deseo desde hace mucho, he soñado tantas veces con hacerte mía —respondió sin cohibirse, sentía que ya no había motivos para hacerlo, en su corazón y su alma, Victoria era su esposa.

—Yo también quiero que seas mío —pronunció con las mejillas sonrojadas y la mirada brillante de anhelo.

—Entonces, lo seré..., seremos el uno del otro.

Lentamente, sus manos fueron descendiendo en una caricia por el cuello de Victoria, llegando a sus hombros, donde estuvieron un rato, hasta bajar a sus brazos. Podía sentirla temblar, pero él también lo hacía, así que supo que era normal; respiró profundo, y abandonó su boca para dejar que sus labios vagaran por el delicado cuello.

Ella sintió que se derretía justo en el momento en que él le dio un primer beso en el cuello, y un torrente de gemidos se liberó de sus labios, cuando uno a uno fue cayendo, volviéndose más intensos, haciéndola estremecer.

Se aferró con sus brazos a él, por miedo a que pudiera caerse y, al parecer, Terrence comprendió su temor, porque sus manos se apoderaron de su espalda para darle apoyo y acercarla a él, desapareciendo cualquier distancia entre sus cuerpos.

Terrence gimió de placer al sentir cómo el suave y curvilíneo cuerpo de Victoria se pegaba al suyo, despertando con poderío sus más profundos deseos carnales. La calidez que brotaba de la piel de Victoria le resultaba más maravillosa que nunca, como si dentro de su cuerpo estuviese encendida una hoguera; pensó que era la excitación que también comenzaba a apoderarse de

ella.

Dejó que sus manos bajaran más allá de su cintura, dándoles la libertad para acariciar el pequeño pero firme trasero de su novia, ese que lo enloquecía con su andar, cuando se permitía verlo. Cedió ante su deseo de sentirlo más y, lo apretó, aunque sin llegar a ser brusco, tragándose el gemido que ella le entregó y que desató dentro de él, una avalancha de emociones.

Sin embargo, luchó por contenerse y alejó sus manos, apoyándolas de nuevo en su espalda, al tiempo que bajaba el ritmo de sus besos, quedando solo en sutiles roces, y dejado que su respiración entrecortada calentase la piel del cuello de su novia. Sentía que, tal vez, iban muy de prisa; debía calmarse y hacer que ese momento fuese perfecto, prolongarlo tanto como le fuese posible, porque solo lo vivirían una vez.

## Capítulo 49

La lluvia de besos que él dejaba caer en sus labios y su cuello eran tan sutiles, que ella no pudo evitar suspirar, sentía como si estuviese soñando, pero sabía que lo que vivía junto a él era real. De pronto sintió que Terrence se detenía, como había hecho en ocasiones anteriores, cuando la pasión amenazaba con desbordarlo.

Pensó que quizá lo había analizado mejor y se había arrepentido, por lo que de inmediato buscó su mirada, quería asegurarle que todo estaría bien y que no había nada de malo en que la hiciera su mujer. Sin embargo, su voz parecía haber desaparecido a causa del placer que vivía, así que optó por ser quien lo besara, muy despacio y con ternura.

—¿Qué sucede, amor?, ¿por qué te detienes?

—No pasa nada, pecosa —respondió, sonriéndole y sintiéndose maravillado ante el intenso verde de sus ojos, lucían más brillantes—. Solo quiero que tomemos tiempo para vivir esto, para disfrutarlo... —susurró mirándola a los ojos y acariciándole los labios con el pulgar.

—Claro —aceptó, sin saber bien a lo que se refería, pero se mostró de acuerdo, pues no tenía mucha idea de lo que harían, suspiró y le acarició el rostro—. ¿Qué debo hacer? —inquirió porque prefería aclarar sus dudas a quedarse con estas.

—Podrías comenzar por desvestirme —sugirió, sonriéndole.

—¿Desvestirme? —preguntó con algo de asombro, lo vio asentir, ella respiró hondo, intentando mostrarse normal—. Sí, claro..., desvestirme —agregó con voz temblorosa. Se aclaró la garganta y sonrió, dispuesta a hacer lo que le pedía.

Terrence quiso animarla siendo el primero, lentamente, deslizó sus manos sobre los senos de Victoria, apenas rozándolos, pues su objetivo era la cinta de color verde en su cintura. Fue desatando el lazo con lentitud, deleitándose con el movimiento acompasado de los senos de su novia, con su piel blanca y tersa, que lo invitaban a perderse en ella.

Soltar el lazo aflojó un poco el vestido de su novia, pero no del todo, por lo que él se sintió un tanto frustrado. Suspiró, armándose de paciencia y llevó

su mano hasta la espalda, para abrir las cintas que lo ataban a su cuerpo.

—Será más fácil si me doy la vuelta —mencionó al ver lo que él intentaba hacer, a veces, incluso a ella se le complicaba soltarlas, por eso acudía a la ayuda de Angela.

—Tienes razón. —Sonrió y la hizo girar, pero antes de comenzar, hundió su rostro en el sedoso cabello de Victoria, para embriagarse con el dulce aroma a rosas que brotaba de este.

Aprovechó tenerla así para ir besando su cuello a medida que deshacía el entretejido del vestido, se podía decir que sus dedos se movían casi con desesperación mientras lo hacían. Al fin, el vestido estuvo más suelto, permitiéndole deslizarlo y apreciar las pecas en sus hombros, que le resultaron tan hermosas como sensuales, y no pudo evitar dejar caer algunos besos sobre estas.

—Todas tus pecas son hermosas, quiero besar cada una —confesó, acariciándole los brazos sin dejar de besarla.

—Me encantaría que lo hicieras —susurró, sintiendo que sus besos la elevaban, y también la relajaban, ayudándola a alejar la vergüenza que sentía de mostrarse desnuda ante él.

En ese acto, también aprovechó para bajar el vestido, que quedó hecho un nido de tela a los pies de su novia; la escuchó suspirar y luego apoyarse en él. Sin embargo, su felicidad no fue completa, pues cuando miró su cuerpo, vio que tenía más prendas que la cubrían, muchas más de las que había imaginado; esperaba solo encontrar su ropa interior y después poder apreciar su cuerpo completamente desnudo.

—¡Por el amor de Dios! ¿Por qué las mujeres se ponen tantas prendas encima? —cuestionó, mirándola con asombro.

—Es lo normal, Terry —respondió riendo, se volvió para mirarlo, debía ayudarlo o caería la noche y él seguiría intentando deshacerse de cada pieza de ropa que llevaba encima.

—No, déjame seguir..., quiero ser quien haga esto —dijo al ver que ella pretendía desvestirse—. Mejor empieza a quitar las mías, aunque tendrás menos trabajo —agregó, resignándose a ir descubriendo lentamente su cuerpo, y pensó que quizá era lo mejor, pues eso aumentaría la expectativa y el deseo en él.

—Está bien. —Tomó aire para armarse de valor.

Victoria posó sus manos trémulas sobre el pecho de Terrence, sintiendo que su corazón latía igual de rápido que el suyo; con tres movimientos, abrió

los botones de su chaqueta, la sacó de su cuerpo y sonrió al comprobar que él tenía razón.

Luego, fue el turno de la preciosa camisa de seda blanca que vestía y que, a medida que se abría, iba dejando al descubierto la piel cubierta de una ligera capa de vellos oscuros; su pecho exudaba masculinidad, eso la tentó, deseaba tocarlo, así que se dejó llevar.

Terrence sintió las pequeñas manos de su novia acariciarlo, por lo que detuvo los besos que le daba en el cuello para verla, deseaba guardar esa imagen de Victoria, para siempre, en su memoria.

La vio abrir por completo su camisa y acercarse, tan despacio, que él contuvo la respiración hasta que sintió sus suaves labios depositar uno, dos, tres besos en este; y un jadeo se escapó de sus labios, al tiempo que se estremecía.

Victoria subió muy despacio, trazando una línea con sus labios hasta llegar a su clavícula; continuó hasta que la camisa que colgaba de su hombro cedió y ella depositó un beso lento y húmedo allí. Ni siquiera sabía qué la había llevado a hacer eso, solo sintió el deseo de deslizar sus labios por ese espacio de piel que le resultó demasiado tentador, quizá era para recompensarlo por los besos que le daba en el cuello.

—¿Acaso deseas volverme loco, pecosa? —preguntó en un susurro, con los ojos cerrados y la respiración acelerada.

—No..., yo solo... Lo siento, ¿hice algo mal? —cuestionó, parpadeó con nerviosismo y vergüenza, tal vez había sido muy osada.

—Por el contrario, estás haciendo todo muy bien. —Sonrió con picardía, y quiso hacer también su parte.

Dejó que la mano que estaba en su cintura hiciera un camino en ascenso y la posó en su seno, haciéndola estremecer y cerrar los ojos. Repitió la misma acción, ejerciendo un poco más de presión, arrancándole un jadeo que salió de sus labios y fue maravilloso. Media sonrisa se dibujó en los suyos al sentirse satisfecho de haber logrado el mismo efecto en ella.

—Terry —susurró, arqueando su espalda para que siguiera.

—¿Te gusta? —preguntó con la voz ronca, y la vio asentir—. ¿Quieres que siga? —Ella respondió con el mismo gesto.

Les dio la libertad a sus manos para sacarle la camisola, después de eso, fue desabotonando el moderno brasier, esa prenda que las chicas habían empezado a usar desde hacía poco. Había visto muchos senos antes, los de aquellas mujeres que se exhibían en los bares, pero jamás unos tan hermosos



como los de Victoria, la sola visión de sus pequeños y rosados pezones hizo que la excitación en él se disparase.

Los rozó con sus pulgares, y ambos gimieron ante ese primer contacto; luego, ella abrió sus ojos, sorprendida, e intentó cubrirse, pero él le sostuvo las manos y negó con la cabeza.

Le sonrió, al tiempo que agarró sus manos y las llevó a su cintura, para que siguiera desvistiéndolo, aún llevaba su pantalón y, mientras ella hacía eso, él se sacaba los zapatos con los pies.

Ella le quitó el pantalón mientras sentía que sus mejillas ardían por el sonrojo, intentó desviar su mirada, pero notó algo en él, que la hizo mantenerla allí. Tenía la misma protuberancia de la otra vez, cuando estuvieron besándose en la nieve y, recordó, que después de eso, se la había visto algunas veces más; concluyó que siempre le ocurría cuando se besaban.

—Terry, ¿qué... qué es eso? —inquirió, señalándolo, pero sin atreverse a tocarlo, porque no sabía si lo lastimaría.

—Una erección, Vicky... Tú me la provocas —respondió, siendo consciente de que ya no podía seguir negándose a explicarle, como había hecho otras veces.

—¿Yo? —cuestionó parpadeando con asombro.

—Sí, cuando nos besamos y nos acariciamos, mi cuerpo reacciona de esa manera, es como lo que les pasa a tus pezones en este momento —dijo viendo que también estaban erguidos.

Ella bajó la mirada para comprobar que lo que él decía era cierto, sus pezones estaban como cuando les daba la brisa fría, aunque no era lo único que le pasaba cuando se besaban y se acariciaban, también otra parte de ella se humedecía y, a veces, le palpitaba.

De pronto, comenzó a entender en qué consistía la copulación, su profesora decía que el hombre fecundaba a la mujer, y Patricia les dijo que, una parte de Christian, entró en ella, que era como cuando la lengua entraba en la boca mientras se besaban.

—¡Ay, por Dios! Terry, ¿esa... esa parte de ti..., entrará en mí? —preguntó, alejándose en un movimiento instintivo para ponerse a salvo.

—Cariño, tranquila..., no tienes por qué temer —dijo, intentando acercarse a ella muy despacio—. Escucha, amor, lo que haremos es normal, en eso consiste la unión entre un hombre y una mujer —explicó, mirándola a los ojos.

—Va a dolerme... Patty dijo que dolía, aunque después pasaba —

comentó sin dejar de temblar, luchando por contener sus lágrimas.

—Solo será la primera vez..., prometo tener mucho cuidado, ¿sí?, lo haremos despacio. Recuerda que yo tampoco he estado con una mujer antes, quizá también sea un poco doloroso para mí, pero, aun así, deseo hacerlo.

—Yo también lo deseo —susurró con la voz temblorosa. Respiró hondo y se abrazó a él—. Prometo ser valiente.

—Gracias, mi hermosa pecosa, yo también seré valiente.

Después de ese momento, ambos se relajaron entre besos y caricias; él hizo que se sentara en la cama, y se arrodilló para quitarle las zapatillas y las medias. Despacio, comenzó a deslizar la seda semitransparente que cubría las delgadas y largas piernas de su novia, aprovechó lo cerca que estaba para dejarle caer algunos besos en las rodillas y los muslos, sintiéndose tentado a subir un poco más. Quería besar todo su cuerpo.

—Terry..., amor... —susurró, besándole el cabello mientras sus manos se perdían en la poderosa espalda de su novio, delineando y acariciando cada músculo.

—Tu piel es tan suave, blanca y cálida..., quisiera quedarme aquí para siempre —expresó, besándola.

Intentó subir la enagua de Victoria, para besar un poco más de su exquisita piel, pero la prenda no se lo permitió, así que llevó sus manos hasta la parte de arriba y comenzó a bajarla. Sintió que su novia se tensaba, apretando las piernas para impedirle que se la quitara; elevó la mirada para descubrir lo que pasaba, y la encontró sonrojada como una cereza madura, se veía tan hermosa.

—¿Qué sucede, mi cielo? —preguntó, acariciándole los brazos.

—Yo... nunca he estado desnuda frente a alguien...; bueno, solo delante de mis tías, cuando era muy niña, cuando me ayudaban a vestir —respondió mientras sentía que temblaba.

—Lo sé, pero no debes sentir vergüenza delante de mí, pecosa... Acabamos de decir nuestros votos y aceptarnos como marido y mujer —dijo, acariciándole las mejillas. La puso de pie dedicándole una sonrisa para hacerla sentir confiada—. Además, tú también podrás verme desnudo, no existe nada de malo o pecaminoso en ello.

—¿No es un acto lujurioso ver a un hombre desnudo? —inquirió, parpadeando, era lo que había escuchado.

—Es un acto de amor, porque nosotros nos amamos.

Victoria asintió, entregándole una sonrisa y, una vez más, se permitió

disfrutar de sus besos mientras le acariciaba los hombros. Le encantaba lo fuertes que eran, así como sus brazos, que eran muy gruesos, y su pecho tan masculino.

Deslizar sus manos por la piel de Terrence, le provocaba un inmenso goce, era cálida, suave y firme a la vez; por lo que, se aseguró que, desde ese día en adelante, lo haría todo el tiempo o cada vez que pudiese; quería estar siempre entre sus brazos.

—Te amo..., te amo... —susurró entre gemidos, al tiempo que sus manos abandonaban sus hombros y bajaban a su espalda; abrigando, de pronto, una ansiedad por sentirlo más cerca.

—Yo también te amo, mi niña pecosa, te amo con todo mi ser.

La despojó de la única prenda que la cubría, y su mirada quiso bajar, pero se esforzó en quedarse en sus ojos, para no hacerla sentir intimidada. Sonrió, cuando ella también lo liberó de su ropa interior, dejándolo en plena desnudez.

—¿Me das permiso para verte? —pidió, sonriéndole.

Ella asintió, sintiendo que el corazón le latía demasiado de prisa, mientras se mordía el labio inferior y cerraba los ojos; pero, de pronto, los abrió porque quería ver la impresión que tendría su novio cuando la viese desnuda. Lo vio dar un par de pasos hacia atrás y recorrer cada espacio de su cuerpo; por un instante, quiso cubrir con sus manos su feminidad, pero se obligó a dejarlas de lado y permitir que él la mirara.

Terrence la contempló, sintiendo que el pecho le explotaría ante tantas emociones, no tenía palabras para describirla; ella era como aquel sueño maravilloso del que nunca se quiere despertar.

Dejó ver una sonrisa que iluminó su rostro, y siguió deleitándose con la imagen de la chica que amaba, sintiendo que el deseo desenfrenado que lo consumía minutos atrás, había sido reemplazado por uno mucho más fuerte y hermoso.

Se felicitó por haber esperado por la indicada, por no ceder ante sus deseos carnales y saciarlos en otra mujer; ahora, esa larga espera, sería recompensa de la mejor manera.

Por primera vez, estaría con una mujer, y sería con la que deseaba y amaba, a la que le daría todo lo que llevaba dentro del pecho, lo que había permanecido allí, guardado para ella, solo para ella.

—Eres maravillosa, Victoria Anderson Hoffman —esbozó con la voz ronca, por el cúmulo de emociones que le provocaba la visión de su cuerpo

desnudo—. Tu piel es tan blanca..., pareces una diosa.

—Hace un momento dijiste que era tan delgada como una espiga de trigo.  
—Le reprochó, mirándolo a los ojos.

—Solo lo dije para molestarte, pecosa, y fue porque tú insinuaste que era un debilucho. Pero lo cierto es que eres perfecta, mi amor —susurró, deseando tocarla y comprobar que era real.

—Tú tampoco eres un debilucho, tienes un cuerpo bastante vigoroso, Terry —confesó, maravillada con su torso.

—Muchas gracias, amor; me haces sentir muy halagado, pero creo que aún no me has visto por completo, y quiero que lo hagas, quiero me que veas como lo hice contigo... Soy todo tuyo, completamente tuyo, Vicky —pronunció con sensualidad, irguiéndose frente a ella.

La vergüenza y la curiosidad libraban una batalla dentro de Victoria, una parte de ella quería complacer a su novio y mirarlo, pero la otra se sonrojaba de solo imaginarlo; así que, cerró sus ojos y respiró profundo para tomar una decisión.

Luego de varios segundos, liberó un suspiro y abrió los ojos, que oscuros y brillantes, recorrieron muy despacio la figura de Terrence, deleitándose con cada espacio; él era como un sueño perfecto.

Siguió en su recorrido, hasta que llegó a esa parte de su anatomía que veía por primera vez, eso que diferenciaba a un hombre de una mujer y, de inmediato, un rubor cubrió su cara, todo su cuerpo tembló y sus ojos se agrandaron.

Inspiró con fuerza al ser consciente de la nueva ola de humedad que bañaba su parte más íntima, lo que la hizo desviar la mirada, mostrándose apenada, pero sintiendo cómo un calor la recorría y un intenso palpito se apoderaba de ese rincón en medio de sus piernas.

—Creo que no llegaste a ver mis pies, pecosa —mencionó en tono divertido. Se acercó y sostuvo su barbilla para mirarla a los ojos, con esa media sonrisa que la desarmaba por completo.

—Yo..., yo... —Victoria no sabía qué decir, las palabras chocaban entre sí en su cabeza, mientras la visión de la hombría de Terrence se repetía y la hacía temblar—. Terry..., yo... no debía..., no está bien que te vea; una señorita no hace eso —pronunció en tono de reproche.

—No eres una señorita convencional, Vicky, eres especial..., maravillosa. Serás mi mujer y yo tu marido, así que no hay nada de malo en que nos veamos desnudos. Yo estoy muy complacido con mostrarme ante ti, y más

todavía de poder contemplarte, acariciarte, olerte... Nuestros cuerpos serán uno solo, pecosa... ¿No crees que es justo que se conozcan? —inquirió, dándole suaves besos.

La tomó en brazos y caminó con ella hasta la gran cama que dominaba toda la habitación, vestida de sábanas blancas y gruesas cobijas celestes. Dejó que el cuerpo de Victoria reposara allí, mientras se quitaba los calcetines; luego subió, sonriéndole cuando vio que se tensaba al sentir su peso hundir el colchón. La miró a los ojos mientras la cubría con su cuerpo y siguió besándola.

El deseo cada vez era más contundente, así como el placer que los envolvió en un torrente de sensaciones y emociones, y él sentía que ya no podía seguir esperando; apoyó sus codos a ambos lados de Victoria, al tiempo que sus caderas se abrían paso entre las piernas de ella.

La sintió palpar y moverse cadenciosamente debajo de él, dejando libre una antología de gemidos y jadeos que lo excitaban aún más. Victoria le acariciaba la espalda, los hombros, la cintura, pero no se atrevía a ir más allá, solo regresaba a su cabello, acariciándolo.

—Soñé con tenerte así, tantas veces, Victoria... Prometo que te voy a cuidar, mi amor, voy hacer que este momento sea maravilloso para los dos..., lo prometo, mi hermosa pecosa —dijo mirándola a los ojos.

—Ya lo es, Terry, es extraordinario lo que me haces sentir, y confío en ti —Suspiró sonriendo; agradeciéndole por ser tan tierno—. Te entrego todo de mí, a cambio de tenerlo todo de ti, esposo mío.

—Lo tendrás todo a partir de hoy, esposa mía —expresó con la misma emoción que a ella la embargaba.

Victoria sintió que no podía esperar más, esa necesidad de sentirlo estaba a punto de desbordarla por completo, y todo fue más intenso cuando él se quedó donde todo su ser clamaba por sentirlo.

Sin tener dominio sobre su cuerpo, sintió cómo sus caderas se alzaban de manera espontánea, y un jadeo brotó de sus labios al sentir ese primer roce que fue electrizante.

Terrence sentía algo de dudas y temor, era también su primera vez, pero su prioridad era cuidar de Victoria, así que la agarró de las caderas y, poco a poco, fue separándole las piernas con su cuerpo.

Su respiración entrecortada se estrellaba en los labios llenos de su novia, mientras se movía despacio, intentando relajar su pelvis. Alguna vez, Enrico le dijo que ese era el secreto para que ellas disfrutaran de la relación,

causándoles el menor daño posible, y eso era lo que quería, que todo fuese perfecto.

Tembló íntegro y cerró los ojos solo un instante cuando sintió ese primer roce, apenas pudo contener su deseo de hundirse por completo en el centro húmedo y cálido de Victoria, era la sensación más extraordinaria que hubiera experimentado. Entrelazó sus dedos con los de ella, llevando sus manos por encima de su cabeza, anticipando con ese gesto, lo perfecta que sería la unión de sus cuerpos; luego la besó y, cuando detuvo el beso, la resolución estaba en su mirada.

—Vicky..., voy a..., voy a entrar; solo, relájate y confía en mí. —Le anunció mirándola a los ojos.

—Hazlo ya..., hazlo ya, Terry —esbozó con un tono apremiante.

El mundo pareció detenerse cuando sus cuerpos se unieron, ella se aferró a las manos de él, dejando libre un jadeo, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. La presión que causó Terrence al entrar en ella fue como un golpe seco y fuerte, que la hizo estremecer; sin embargo, también fue un extraordinario alivio que calmó ese fuego que la estaba consumiendo, boqueó buscando aire, estremeciéndose.

—Lo siento..., mi vida, lo siento —susurró al tiempo que, con sus labios, secaba esa lágrima que bajaba por su sien, y luego la miró a los ojos—. Te amo, te amo tanto —expresó, al tiempo que la acariciaba.

—Estoy..., estoy bien, Terry... Yo también te amo, no llores, por favor —dijo, acariciándole el rostro al ver que la angustia se apoderaba de él. Comenzó a besarlo y a acariciar su espalda para relajarlo mientras le susurraba que lo amaba, una y otra vez.

Después de un par de minutos la molestia de Victoria había pasado. Ella se sintió feliz pues pensó que sería mucho peor, pero el roce apenas si le causaba algo de escozor, aunque sí sentía una sensación de presión dentro de ella, que hacía que su intimidad se estirase poco a poco.

Era como si apenas pudiera albergar esa parte de Terrence, en su interior, pero a medida que los minutos pasaban, ella se sentía más aliviada. Así que retomaron sus movimientos, dejándose llevar por esa maravillosa danza que el cuerpo y el corazón les proponía.

Victoria tomaba aire de él, y Terrence de ella, perdiéndose entre besos maravillosos, estremeciéndose ante cada caricia, entregando y recibiendo al mismo tiempo; liberando la presión a través de gemidos y gruñidos. La necesidad de liberarse crecía como el caudal de un río durante una tormenta,

haciéndolos temblar y aumentar el ritmo de sus caderas con desesperación, con intensidad y; el sudor que impregnaba sus pieles, hacía que sus cuerpos resbalasen, uniéndolos aún más.

El placer que Terrence le estaba ofreciendo era demasiado poderoso y hermoso, sentía su corazón latir tan rápido que pensaba saldría disparado de su pecho, de un momento a otro.

Sus besos la dejaban sin aliento, no podía encontrar su voz y tampoco tenía un pensamiento coherente para esbozar; simplemente, le decía que lo amaba, que era su vida, que jamás se había sentido así, que la estaba llevando a la gloria.

Terrence, cada vez llegaba más profundo dentro de ella, ya no podía controlarse y, por suerte, Victoria no se quejaba; por el contrario, parecía querer que se desbocara en su interior, lo que con gusto haría porque le encantaba ser parte de ella.

Él no sintió ninguna molestia, quizá haberse masturbado tanto en los últimos años lo había preparado para ese momento, sentía que su orgasmo estaba cerca y todo a su alrededor comenzaba a pintarse de colores, mientras que Victoria, cada vez, lo presionaba más.

—Terry... mi amor, siento... siento como si algo creciera dentro de mí..., algo que no puedo contener y es tan... maravilloso ¡Oh, Dios mío!, ¡oh, Terry! —exclamó al ser atravesada por las primeras sensaciones que desataba el orgasmo.

—Yo también lo siento, pecosa..., también lo siento, mi amor, es extraordinario. —Él era más consciente de lo que su cuerpo experimentaba en ese momento, ya lo había vivido, aunque no de forma tan contundente, no con tanta intensidad.

Victoria sintió que todo se hacía más intenso, percibió cómo esa fuerza que amenazaba con arrancarle la vida, subía por sus piernas, por sus manos, corría desesperadamente por sus venas y se concentró justo en su intimidad, que comenzó a apretar con poderío la masculinidad de Terrence, deseando retenerla en su interior.

De pronto, sintió como si algo estallase dentro de ella, siendo cegada por un resplandor de luces brillantes, como la de los relámpagos que surcaban el cielo en una tormenta, y desahogó esa sensación a través de un grito que desgarró su garganta, que la hizo estremecer hasta sentir que dejaba de ser dueña de su cuerpo y de su alma, era como si se las hubiese entregado a Terrence, y sonrió al saberse completamente de él, eso era lo que significaba

ser su mujer.

Si alguien le pidiese exponer con palabras lo que había experimentado, no podría hacerlo, no creía que existiese una manera de explicar algo tan extraordinario como lo que acababa de vivir. Nadie hablaba de las sensaciones que se vivían al entregarse a un hombre, solo del deber de cumplir con su marido, de concebir bebés, pero nadie lo hacía del inmenso placer que se apoderaba de su cuerpo, de ese viaje al paraíso y de lo poderosa que podía sentirse, como una diosa.

Y pensó que se debía a que era imposible, que no había palabras para explicarlo, solo podía decir que vio miles de luces rodeándola y que sintió una maravillosa sensación de paz que la embargó, que la hizo sentir tan feliz, que comenzó a llorar y a reír, abrazada al chico que amaba, pero que también sentía que flotaba.

Terrence también se dejó arrastrar por la poderosa fuerza que impulsó a Victoria a la cima del placer y, un segundo después, se encontraba envuelto en la misma nube. Su orgasmo había sido tan intenso que sentía un torbellino en su cabeza y la garganta le dolía por ese gemido que liberó, acompañando el grito de ella, pues salió del fondo de su pecho cuando se derramó con fuertes espasmos dentro de su mujer y; después, lo elevó a alturas que no había conocido jamás. Y no tenía palabras para definirlo.

En medio de la bruma del deseo, la vio reír y llorar, llena de emoción, así que comenzó a besarla con ternura; dejó que sus labios vagaran por sus mejillas, sus sienes, sus labios; deseando agradecerle por permitirle vivir la experiencia más increíble de su vida.

Sintió que sus emociones también lo desbordaban, sus lágrimas y el sonido de su risa se confundieron con los de Victoria, llenando todo el lugar de una extraordinaria sensación de felicidad.

La luz del sol de ese día, que sería inolvidable para los dos, entraba por el balcón, pareciéndoles más brillante, o quizá era el reflejo de sus almas, de sus cuerpos y corazones unidos en uno solo.



## Capítulo 50

Margot estaba desesperada y furiosa por la situación en la que la había puesto Victoria, la preocupación no la dejó dormir en toda la noche, y su estado de ánimo era cada vez más irritable. Se estrujaba las manos y caminaba de un lado a otro de su despacho, mientras esperaba noticias de Robert Johansson. Nunca imaginó que su sobrina fuese a pagarle de esa manera, siendo tan desconsiderada y malagradecida, que no le importase el dolor que le estaba causando con sus acciones.

Aunque no debía sorprenderle, ya que Stephen había actuado igual, cuando se enamoró de Virginia Hoffman, pero por lo menos, cuando su hermano abandonó la casa, ya era un hombre hecho y derecho, capaz de cuidarse por él mismo; mientras que Victoria, seguía siendo una chiquilla inconsciente e irreverente.

Eso era lo que más la angustiaba, que era una joven hermosa e inocente, que a donde iba, siempre atraía la atención de muchos hombres. Temía que cualquiera, al verla sola, intentase aprovecharse de su condición para hacerle daño.

No soportaba la idea de saber que estaba allí afuera, expuesta a tantos peligros; podía sufrir alguna desgracia, y con todas las que ya había tenido su familia, no necesitaban una más; además, ella tampoco lo soportaría, la muerte de Stephen la había dejado devastada. Negó con la cabeza para alejar esos pensamientos negativos, debía confiar en que Dios cuidaría de ella y la haría volver a casa sana y salva.

—Adelante —mencionó en cuanto escuchó el primer toque en la puerta. Vio entrar al hombre de confianza de la familia, y caminó hasta él—. Dígame que está bien, que la encontré.

—Efectivamente, llegó esta mañana a Nueva York, y fue directo a la casa de la ópera.

—Gracias a Dios... —agradeció juntando sus manos y mirando hacia el cielo, luego la bajó hasta el administrador—. Por lo menos ya sabemos dónde y con quién está. ¿Qué más le dijo el investigador?

—Fue hasta el teatro, pero cuando llegó, ya la señorita se había marchado

en compañía de su novio. Supongo que el señor Danchester la llevaría hasta su casa para que descansase. Tengo aquí el número de teléfono, por si desea llamar a la señora Gavazzeni y confirmarlo —mencionó, extendiéndole una hoja de papel doblada.

—No voy a llamarla, prefiero ir personalmente —dijo al ver que también estaba la dirección de la soprano—. Cómprame un boleto para esta misma noche, iré a buscar a la inconsciente de mi sobrina.

—Me temo que no conseguirá embarcarse esta noche, señora Margot, el tren hacia Nueva York sale en unos cuarenta minutos, tendrá que esperar hasta mañana —comentó, viendo la hora en su reloj.

—¡Santo cielo! —exclamó, sintiéndose molesta y frustrada; no soportaba una noche más de incertidumbre—. Hazme el favor de reservar para el de mañana; de cualquier forma, tengo que ir a Nueva York —ordenó con tono imperativo.

—Lo haré de inmediato y le informo la hora de salida. Con su permiso. —Le dio la espalda para salir del despacho, él también deseaba hacer todo lo posible para traerla de regreso, se lo debía a su amigo.

—Una cosa más, Robert.

—Usted dirá —respondió, volviéndose a mirarla.

—Ni una palabra de esto a nadie, ya el personal está advertido; a cualquiera que pregunte por Victoria, se le dirá que tiene una fuerte alergia y que su doctor le recomendó reposo durante cinco días, así justificaremos su ausencia.

—Comprendo, señora, no se preocupe, cuenta con mi absoluta discreción, como siempre.

—Te lo agradezco, y espero que hagas lo mismo con mis sobrinos, sobre todo con Brandon, ni una palabra de esto a él.

—Se hará como usted ordene, ahora, si me disculpa.

Sabía que por algo no deseaba que Brandon se enterara, solo esperaba que ese asunto no pasara a mayores y que la señorita Victoria estuviera de regreso pronto; de lo contrario, los planes de Margot Anderson se caerían.

Lo más triste de todo era que la más perjudicada sería la jovencita, pues su reputación quedaría destruida para siempre, aún si Terrence Danchester se hacía responsable de ella y la tomaba por esposa, no estaba bien visto celebrar un matrimonio en esas circunstancias.

Terrence y Victoria habían quedado exhaustos, luego de vivir su primera

experiencia sexual, por lo que, sin notarlo, acabaron por quedarse dormidos mientras se recuperaban del orgasmo que compartieron y se llevó todas sus fuerzas.

Ni siquiera él, que ya había tenido muchos episodios así, cuando se autocomplacía, tuvo la fortaleza para ponerse de pie y caminar hacia el baño, cada pizca de su energía la había dejado en Victoria.

La noche ya se cernía sobre ellos; solo la luz de la luna, que entraba por el balcón, iluminaba tenuemente sus cuerpos, los que reposaban en medio de la cama, en completa desnudez.

Él parpadeó lentamente, saliendo del sueño profundo en el que había caído. Al sentir el peso de la cabeza de Victoria sobre su pecho y recordar lo sucedido, se sintió emocionado, la acarició y le dio un beso en el cabello, aspirando su perfume.

—Dejaré que duermas un poco más. —Intentó moverse con cuidado para no despertarla.

—Ni se te ocurra moverte..., nunca había tenido una almohada más cómoda —esbozó ella, aún con los ojos cerrados.

—Pensé que estabas dormida, pecosa. —Buscó su mirada.

Ella negó con la cabeza, lo había sentido despertar, pero no quiso moverse porque se sentía maravilloso reposar sobre el pecho de su novio; o quizá debería llamarlo esposo. Había despertado hacía unos minutos, tenía mucha hambre.

—Mi estómago me despertó hace poco, reclamando alimento —respondió, suspirando, y sonrió al sentir el aroma amaderado y exquisito que brotaba de la piel de Terrence.

—¡Por Dios! Soy un desconsiderado..., seguro no has comido nada en todo el día —mencionó con vergüenza, iría a comprarle algo.

—Estoy bien, desayuné en la estación..., también comí unas galletas en el taxi —pronunció, sonriendo con picardía.

Sentía su cuerpo algo entumecido, por lo que cedió a la maravillosa costumbre de estirarse, y sonrió con emoción al pensar que ya nunca más tendría a su tía Margot, reprochándole que lo hiciera. Sin embargo, el mismo esfuerzo hizo que sus caderas y su intimidad se resintieran, provocándole una leve punzada de dolor que le arrancó un quejido.

—¿Te sientes bien? —preguntó con preocupación, al escucharla y ver que hacía una mueca de dolor.

—Sí, no fue nada —respondió, acariciándole el rostro y dándole un beso

suave, un toque de labios que siguió a otro y a otro.

Él se dejó llevar por el deseo de hacer ese beso más profundo, rodó, cubriéndola con su cuerpo mientras le acariciaba la nuca, disfrutando de la sensación de sus pieles desnudas. Sus ansias de tenerla, estaban resurgiendo, así que, antes de que no pudiera detenerse, decidió acabar con el beso, pues sabía que Victoria necesitaba tiempo para recuperarse. Aunque le dijo que no, debía estar adolorida; además de que tenían que alimentarse.

—Ven, te prepararé un baño de agua tibia, te hará bien y; mientras lo tomas, bajaré para hacerte algo de comer. —Se puso de pie.

—Está bien —aceptó a regañadientes.

Hubiera preferido que la siguiera besando, pero la verdad, sí necesitaba un baño; rodó para salir de la cama y, al hacerlo, vio una mancha ciruela en la sábana. De inmediato, se sorprendió, pues hacía dos días que había pasado su período y no debería estar manchando. Sintiéndose avergonzada comenzó a quitarla.

—¿Qué sucede? —inquirió Terrence con desconcierto, al ver lo que hacía —. Vicky, ¿qué pasa?

—No es nada..., son cosas de mujeres —contestó con el rostro sonrojado, mientras intentaba ocultar la sábana—. ¿Me dices dónde queda el lavadero? Por favor —pidió en un susurro.

—Claro, te llevaré, pero no es necesario que la laves, tengo una señora que viene dos veces por semana a hacer la limpieza; ella se encargará —comentó para que se tranquilizara, suponía que lo hacía al ver la manta sudada y llena de fluidos corporales.

—Bien, pero igual llevaré esta al lavadero.

—Espera, yo lo haré —dijo él, quitándosela de los brazos.

—¡No, Terrence! —expresó con terror de que pudiera ver la mancha—. Devuélvemela, por favor.

—¿Por qué tanto misterio con una sábana? —preguntó extendiéndola, para descubrir lo que Victoria escondía.

—Es... es algo que nos pasa a las mujeres una vez al mes, durante algunos días... Ya me había pasado, pero supongo que lo de hoy hizo que... —Intentaba explicarle, pero su lengua se enredaba por la vergüenza de tener que hablarle de eso.

—No se trata de tu período, puedes estar tranquila, pecosa. — Sonrió para que no se sintiera avergonzada, aunque se mostraba más sorprendida, quizá de que él supiera sobre eso—. Esta es la prueba de tu virginidad, al romperse

el velo..., sangras un poco.

—¿Cómo... cómo sabes todas esas cosas, Terry? —inquirió, parpadeando, pues él le dijo que no había estado con otra chica antes.

—Porque es algo que nos enseñan a los hombres, para poder identificar cuándo una chica es virgen o no. Aún en algunas regiones de Europa, al día siguiente de la noche nupcial, las esposas deben colgar en los jardines de sus casas las sábanas, para demostrar que han consumado el matrimonio y que ellas eran vírgenes.

—¿Y a quién tendría que importarle eso? Me parece una costumbre horrible y abusiva —comentó, sintiéndose ofendida solo de imaginar que ella tuviese que vivir algo así.

—Imagino que a sus suegras y a las viejas habladoras de las aldeas —respondió, sonriendo con diversión, al ver la actitud airada de Victoria—. Pero aquí no tendrás que probar nada a nadie, así que la llevaré al lavadero, pero primero tu baño.

Ella asintió, confiando en él, y caminó hacia el cuarto de baño; en el fondo, se sentía feliz de que Terrence tuviera algunos conocimientos sobre su condición de mujer, así comprendería cuándo sufría esos horribles cambios de humor.

Era algo que había aprendido a controlar por exigencia de su tía, quien le reprochaba si la veía deprimida, o la reprendía cuando la veía muy irritable, al parecer, ella estaba tan mayor ya, que no recordaba lo que era sufrir todo eso o los dolores de vientre.

—Ven, pecosa, el agua tibia te hará bien —mencionó, ofreciéndole la mano, para ayudarla a entrar en la tina; la había llenado y encendido el hornillo de debajo de esta—. El agua se irá poniendo más caliente, tú decides cómo la quieres, aquí está la válvula para apagar el hornillo.

—Muchas gracias, Terry —dijo, sonriendo, se sentía bien estar allí, aunque el agua tibia le producía algo de escozor, debía lavarse para eliminar esa sensación pegajosa entre sus piernas—. No tardes mucho, por favor —pidió al verlo ponerse un elegante salto de cama, hecho en seda negra con bordados en hilo plata.

—No lo haré... —Se dio la vuelta para marcharse, pero regresó sobre sus pasos—. Te amo, pecosa. —Sonrió y le dio un beso intenso, pero demasiado breve para su agrado.

—Yo también te amo, rebelde —esbozó y le lanzó un beso.

Victoria sonrió, sintiéndose repleta de felicidad; se sumergió un poco más

en el agua. Sus manos les dieron una suave caricia a sus senos, mientras recordaba la manera en la que Terrence la había tocado horas antes. La sensación le resultó realmente placentera, y parecía que algo dentro de ella había despertado; su esencia ya no era la de una chica, sino la de una mujer, y eso la llevó a seguir brindándose sutiles caricias.

El tiempo fue transcurriendo sin que ella se diera cuenta, había cerrado los ojos y apoyado la cabeza en el borde de la tina, dedicándose a disfrutar de esa maravillosa sensación de paz. De pronto, la puerta se abrió, provocando que se sobresaltase y; rápidamente, alejó las manos de su cuerpo.

—He regresado —mencionó Terrence, sonriendo.

—¿Tan rápido? —preguntó, parpadeando e intentando regular su respiración, que se había tornado afanosa.

—Es que no tengo mucho en la cocina. Por lo general, como en casa de mi madre o en el conservatorio —explicó, rodando una silla de madera, para poner el plato y los vasos con jugo que había llevado—. Me apena solo ofrecerte este emparedado de pollo y mayonesa, pero era lo único que tenía. Le puse algo de lechuga y tomate —dijo mientras se lo extendía, luego se sentó en el piso y agarró el otro que había llevado para él.

—Gracias, me encanta la mayonesa, aunque mi tía no deja que la comamos mucho, dice que hace mal —gimió al darle el primer mordisco—. Está realmente delicioso, Terry...

—Aquí vas a poder comer lo que desees, mi amor. —Le dio un mordisco al suyo, apreciando que en verdad le había quedado muy bueno; esta vez, se esmeró en hacerlo—. Y me alegra que te guste, traje dos para cada uno —dijo, limpiando con una servilleta la comisura del labio de Victoria, donde tenía mayonesa—. Prueba el jugo, acabo de exprimir las naranjas.

—Me vas a malcriar y siempre voy a querer que cocines para mí —expresó, sintiéndose especial debido a sus atenciones.

—Bueno, no es mucho lo que sé, pero aprenderé a hacer de todo, con tal de hacerte feliz... ¿No está muy caliente el agua? —preguntó al ver que el hornillo seguía encendido.

—Solo un poco, no lo apagué para que no estuviera fría cuando llegaras. Ven, entra a la tina conmigo. —Le ofreció la mano para ayudarlo a entrar, entregándole también una sonrisa.

Él sabía que tenerla así de cerca y desnuda era una tentación difícil de resistir, pero debía hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para soportarla, porque era muy pronto para pretender hacerle el amor de nuevo. Sin

embargo, no se negó a entrar al agua junto a ella, también necesitaba un baño para sacar el sudor que le había dejado su encuentro de esa tarde; se acomodó, quedando ambos de frente.

—Esta tina es bastante grande, pero me gustaría que te acercaras más — pidió y vio que él rodaba, pero aún quedaba muy lejos—. Un poco más, Terry —dijo, moviendo su dedo índice.

—¿Aquí? —inquirió, quedando frente a ella.

—Sí, aquí es perfecto —respondió y le rodeó el cuello con sus brazos para besarlo, al tiempo que se arrodillaba entre sus piernas.

—Eres tan hermosa, Victoria —susurró, disfrutando de la visión de sus senos. Lo tenía fascinado el hecho de que no le ocultara su cuerpo.

—Y tú eres tan apuesto, Terry... —expresó, embelesada con él, justo antes de atrapar su boca en un beso lento pero profundo.

Él también la envolvió con sus brazos, pegándola a su cuerpo para besarla mejor, gimiendo al sentir la suavidad de los senos de Victoria aplastarse contra su pecho, y sintió que el deseo corría una vez más por sus venas. Tuvo que gritarse en pensamientos que parara, antes de ser arrastrados por la pasión; la agarró por la cintura para alejarla un poco, con el pretexto de buscar la esencia para el cuerpo, que estaba en la encimera.

—Debemos esperar, pecosa —indicó al ver que ella lo miraba extrañada por su gesto de separarse.

—¿Esperar?, ¿esperar por qué? —Se mostró desconcertada.

—Tu cuerpo necesita tiempo para recuperarse, yo sé que debes estar adolorida —pronunció con seriedad.

—Pues no lo estoy. —Lo miró de manera retadora, ella no quería lucir débil ante sus ojos; sin embargo, ver que él la miraba fijamente, la intimidó —. Bien, «puede» que esté algo inflamada, pero no me siento mal, así que deja de pensar que me lastimaste porque no fue así.

—Está bien, pero igual esperaremos, así que deja de estar tentándome, pecosa. —Le advirtió con el ceño fruncido.

—Como quieras. —Se encogió de hombros, alejándose, luego se puso de pie, mostrándose completamente desnuda ante sus ojos, y salió de la tina, paseándose así.

—Las batas de baño están allí, cúbrete. —Señaló con su mano, mientras miraba hacia el otro lado.

La escuchó reír y supo, en ese instante, que le había entregado su alma a una hechicera; ella haría con él lo que se le antojase, podía jurarlo. También

se puso de pie, minutos después, cuando logró que su hombría se relajase, tomó un pijama y bajó a buscar la maleta de Victoria. No podía tenerla desnuda por allí.

—Estoy lista —mencionó, regresando a la habitación.

Había tardado casi veinte minutos probándose toda la ropa de dormir que había comprado; que, a decir verdad, no eran tantas, pero deseaba lucir como la más hermosa y sugerente de todas, para Terrence. Por lo visto, había logrado su cometido, porque la mirada de su esposo se había quedado prendada de ella, mostrándolo completamente embelesado, y eso la hizo sentir feliz. Caminó despacio y se metió debajo de las cobijas nuevas que él había puesto.

—Te ves hermosa —susurró, dándole un beso en el hombro desnudo, tentando por sus pecas y su piel.

—Gracias —respondió, sonriendo; de pronto, recordó algo que la tenía intrigada—. Terry, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, pecosa, saciaré toda tu curiosidad —dijo, mirándola a los ojos, poniéndose de medio lado.

—¿Cómo es que tu..., tu «eso», puede crecer tanto? —preguntó, mirándole la entrepierna; deseando tocarlo al verlo tan relajado.

—Es algo fisiológico..., nos sucede a todos los hombres, como eso que les pasa a ustedes, cada mes; solo que, esto, nos pasa con más frecuencia —respondió, intentando hallar la semejanza.

—¿Y no te duele? —inquirió, suponiendo que pasar de un estado al otro debía hacerlo, porque era algo asombroso.

—No, no es algo doloroso..., bueno, a veces es incómodo, cuando suceden en momentos inadecuados; por ejemplo, ¿recuerdas aquella vez en casa de tus tías, en Barrington? —La vio asentir con la cabeza—. Ese día me sucedió porque nos estábamos besando, y cuando apareció Angela, no sabía cómo hacer para ocultarla; hubiera sido vergonzoso que ella la descubriera.

—Seguro terminaba desmayada —dijo, burlándose de su dama de compañía, que ni siquiera había tenido novio—. Es decir, que si yo comienzo a besarte..., tendrás una erección.

—Seguramente, también pasaría si me tocaras —indicó, dejándose seducir por ella, mientras la acariciaba.

—¿En serio? —Él afirmó—. ¿Puedo probar? —preguntó.

—Victoria... Danchester —esbozó, feliz de llamarla así.

—Por favor, amor, es que tengo curiosidad —pidió con esa mirada que



entregaba cada vez que quería obtener algo.

—Está bien...—accedió y bajó su pantalón de pijama, justo como hacía cuando se masturbaba—. Dame tu mano —pidió y, cuando ella se la entregó, la llevó hasta su miembro.

—Esta piel es más suave... y cálida —comentó, concentrada por completo en lo que hacía; lo escuchó gemir y, poco a poco, iba ganando tensión—. Comienza a ponerse rígido —expresó con emoción.

—Sí... —murmuró con la voz ronca por las sensaciones que hacían estragos en él—. Déjame guiar tu mano, para enseñarte cómo me gusta, así crecerá más rápido —esbozó, envolviendo con su mano la pequeña de Victoria, y comenzó a moverla, ejerciendo más presión.

—¿Esto te resulta placentero? —inquirió, viendo cómo su rostro mostraba su goce por lo que le hacía, mientras sentía que a ella también le gustaba y la excitaba, haciéndola sentir dueña de él.

—Mucho... y, sospecho, que sabiendo eso, me harás tu juguete de ahora en adelante..., solo espero que también me dejes jugar a mí.

—Es probable que seas mi juguete —contestó, riendo—. Y, sí, también te dejaré jugar —dijo, creyendo que se refería a sus senos.

—Me encantaría hacerlo ahora —susurró, besándola despacio, mientras llevaba una mano a la pequeña flor de su mujer; con suavidad, deslizó sus dedos y gimió al sentir la humedad que ya la impregnaba—. Cielo santo..., Victoria, te deseo como un loco.

—Yo también te deseo —murmuró ella contra sus labios, sintiendo que cada roce la hacía temblar entera; se mordió el labio con fuerza al sentir que hundía un poco más su dedo, y ella apuró las caricias que le daba a él—. Terry..., no sigas negándonos el placer de unirnos, hazme el amor —rogó, mirándolo a los ojos, ofreciéndole su cuerpo, su vida.

Él no pudo seguir conteniendo sus deseos, se rindió ante lo que anhelaba y, de un solo movimiento, puso a Victoria bajo su cuerpo, abriéndose espacio en medio de sus piernas, y muy despacio, comenzó a entrar en ella, porque, de pronto, sintió que su glande también estaba algo adolorido; supuso que era la consecuencia de haber estado por primera vez con una mujer.

Sin embargo, eso no evitó que se sumergiera profundamente en el interior de su mujer, disfrutando de esas contracciones que ella le brindaba, de su calidez y de su humedad, que era densa y suave.

Victoria se arqueó al sentir esa placentera invasión a la que la sometía Terrence, mientras su cuerpo se estremecía y sus manos se aferraban a la

poderosa espalda de su esposo. Sintió una pizca de dolor, pero pasó tan rápido que, apenas fue consciente de esta, así que dejó que sus caderas, una vez más, se acoplaran a los movimientos de él, para disfrutar de ese encuentro.

En medio del placer, la preocupación embargó a Terrence, por lo que, fue bajando el ritmo y la profundidad de sus embiste; de pronto pensó, que ella se sentiría más cómoda estando sobre él. Así que, con cuidado, rodó hasta quedar de espaldas, mientras Victoria quedaba libre del peso de su cuerpo; vio que lo miraba sorprendida y algo extraviada, por lo que, le dedicó una sonrisa, al tiempo que le acariciaba la espalda.

—¿Te gusta así? —preguntó, deseando complacerla.

—Sí..., me encanta —respondió, percibiendo que esa postura le resultaba también placentera y mucho más cómoda.

Terrence sonrió, sintiéndose feliz y satisfecho, mientras se movía despacio debajo de ella, disfrutando de sus gemidos y del delicioso roce de sus senos, que a momentos, se presionaban contra su pecho. Llevó sus manos por debajo del camisón, para acariciarle las caderas mientras dejaba que la lengua de Victoria, hiciera fiesta dentro de su boca, pues, estando en esa posición, ella podía dominarlo todo. La verdad era que le encantaba que fuese tan entusiasta, que quisiera participar por igual en sus encuentros.

—Quiero sentirte desnuda —murmuró, rozándole los labios y, con agilidad, la despojó de su camisón, lanzándolo a un lado.

—¡Terry! —exclamó al sentir cómo atrapaba entre sus labios uno de sus pezones y lo succionaba—. ¿Qué..., qué haces? —inquirió, desconcertada, pues eso solo lo hacían los bebés.

—Disfruto de mi hermosa esposa —respondió, sonriendo con picardía, y se incorporó para quitarse la camisa de su pijama.

—Estás loco —pronunció, riendo, mientras le acariciaba el cabello y, gimió, cuando él hizo algo con su lengua, que la hizo sentir de maravilla y la estremeció por completo.

—Tú me vuelves loco, pecosa... —susurró, dejando que su aliento se estrellara contra la cima húmeda y sonrojada. Movié sus labios para atrapar el otro pezón con la misma intensidad.

—Tú también me vuelves loca... Por favor, Terry, hazlo de nuevo..., me gusta mucho —pidió y pudo ver cómo los ojos de su novio destellaban, hechizándola.

Terrence la complació, haciendo lo que le pedía, pero también quiso

seguir meciendo sus caderas y retomar su entrega, para brindarle placer a manos llenas; sin embargo, el pantalón de su pijama le impedía moverse con libertad. Así que se tendió sobre su espalda, dándole el espacio a Victoria para que le ayudase a desnudarse; ella entendió lo que quería solo con mirarlo y, se movió con rapidez, liberándolo de la prenda.

—Cada vez es más ágil quitándome la ropa, señora Danchester —esbozó, acariciándole las caderas, cuando ella se sentó sobre él, una vez más, logrando que sus cuerpos volvieran a unirse.

—Es que usted es muy buen maestro, señor Danchester, y yo una alumna muy aplicada —susurró, meciéndose encima de él, y sintiendo cuán profundo llegaba—. ¡Ay, por Dios! ¡Me encanta!

—A mí también, mi amor..., a mí también —murmuró, permitiéndose ir un poco más rápido, sintiendo cómo todo se aceleraba en su interior y le exigía más a cada segundo.

Una vez más, se encontraron rumbo al éxtasis, amarrados en un abrazo estrecho, con sus respiraciones agitadas y las miradas ancladas la una en la otra.

Victoria fue la primera en comenzar a temblar, siendo arrasada por oleadas de placer, que la llevaron a presionar a Terrence, hasta el punto de hacerlo derramar toda su esencia, su energía y su amor, dentro de ella.

# Capítulo 51

Después de ese fin de semana idílico, en el que disfrutaron como si se encontraran en su luna de miel, debían regresar a la realidad; al menos, Terrence, quien tenía que ir al conservatorio y a la casa de la ópera. Lentamente, fue abriendo sus párpados, que estaban pesados por las horas de sueño; lo primero que vio fue a Victoria, dormida, a su lado; después de tres días, seguía llevando su mano hasta ella, para tocarla y comprobar que era real, que no estaba soñando.

Su hermosa pecosa tenía la espalda desnuda, por lo que deslizó sus dedos por esta, en una caricia lenta, luego siguió hasta su cabello, que estaba ligeramente revuelto; sonrió al recordar lo que había dicho de que no lo cepillaría cien veces antes de dormir, que era una tontería.

Su mirada también detalló las largas y tupidas pestañas que descansaban sobre sus mejillas, los labios sonrojados por todos los besos compartidos antes de quedarse dormidos.

La imagen y los recuerdos hicieron que una sonrisa le iluminara el rostro y se sintiera el hombre más feliz sobre la tierra; y debía admitir que, a veces, le daba miedo pensar que todo eso fuera solo un sueño, así que rogaba para que a nadie se le ocurriera despertarlo, porque estaba seguro de que lo odiaría.

Su mundo junto a ella era perfecto, cada risa, cada mirada, las veces que habían hecho el amor, siempre imaginó que pasar día y noche con Victoria sería maravilloso, pero comprobarlo le resultaba por demás, satisfactorio, y quería que fuese para siempre.

—Buenos días, esposa mía. —Vio que comenzaba a despertar, y se acercó para darle un beso—. Te ves tan hermosa, como todos los días.

—Buenos días, esposo mío —dijo, estirándose, sonriendo ante sus gestos y sus cumplidos—. Tú también despiertas muy guapo... ¿Ya debes comenzar a prepararte? —preguntó, intentando levantarse, quería ayudarlo para que no llegara tarde.

—Todavía es temprano, pero quiero hacerte el desayuno antes de irme —respondió y se movió para salir de la cama, intentando que ella no viera la erección con la que había despertado; tenerla cerca era una constante

tentación, incluso dormido.

—Mejor quédate otro poco, más tarde me preparo algo —pidió, incorporándose para quedar de rodillas sobre la cama y lo abrazó por la espalda, sin preocuparse por cubrir su cuerpo, como había hecho las mañanas anteriores.

—Hemos estado comiendo emparedados durante tres días, necesitas una comida de verdad, pecosa —dijo, sonriendo al sentir cómo ella le besaba los hombros para intentar convencerlo.

—No es cierto, también comimos tarta de manzana y pastel de papa —comentó, riendo al recordar sus aventuras en la cocina—. Por favor, mi amor, no volveremos a vernos hasta la tarde, y voy a extrañarte muchísimo —rogó, buscando sus labios.

Él suspiró, rindiéndose ante el encanto de su pecosa; la miró por encima del hombro, percatándose de su desnudez, y solo eso bastó para que la sangre en sus venas hirviera de deseo. La agarró por la cintura y la tumbó en la cama con un movimiento ágil, arrancándole un grito que lo hizo sonreír con malicia; miró el reloj y supo que tenía tiempo para hacerle el amor; después de todo, ya él estaba listo para ella.

Victoria se sintió feliz por haber conseguido que se quedara un poco más junto a ella, que se diera unos minutos para amarla como había hecho en los últimos días. Por suerte, no veía en él ese miedo a lastimarla que sentía antes, pues le había demostrado que ya no era una chiquilla, sino una mujer capaz de amarlo con intensidad.

—Te amo, Terry —susurró mientras ese temblor que le anunciaba el éxtasis, viajaba a través de su cuerpo.

—Te amo, Vicky —susurró contra los labios de ella, al tiempo que se hundía con estocadas certeras y estallaba de placer.

Una hora después, se encontraban desayunando en la encimera de la cocina, pues él aún no compraba un comedor; compartían sonrisas y miradas cómplices mientras se daban de comer mutuamente. De pronto, llamaron a la puerta de la entrada principal, lo que para Victoria resultó extraño y la hizo tensarse, creyendo que podía ser su tía Margot, que había ido por ella.

—Tranquila, es Thelma, la señora que hace la limpieza —dijo para alejar el miedo que vio en ella—. Pensé que te aburrirías estando sola todo el día, así que le pedí que viniera.

—Gracias por pensar en mí, aunque tenía planeado recorrer la casa e ir pensando en cómo la decoraré..., en los muebles del salón, del comedor, los

de la terraza, pero lo que más deseo es imaginar cómo serían las habitaciones de nuestros hijos.

—Eso es muy importante, porque si seguimos practicando todas las noches, no tardarán en llegar —esbozó con picardía y le dio un beso intenso, mordiéndole incluso el labio inferior.

—¡Terry, compórtate! —Le reprochó por tocar ese tema, teniendo a personas presentes o; bueno, al otro lado de la puerta.

Él soltó una carcajada ante la actitud reprobatoria de su pecosa, sintiéndose también algo sorprendido, porque si no recordaba mal, ella era la más entusiasta a la hora de tener relaciones, siempre lo estaba tentando. No es que a él no le gustase, le encantaba disfrutar de sus encuentros, pero intentaba no abusar mucho del joven cuerpo de Victoria. Escuchó otro golpe en la puerta, que lo regresó a la realidad.

—Buenos días, Thelma. —La saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señor Terrence —pronunció con una sonrisa.

—Buenos días, señora —mencionó Victoria con una sonrisa, la mujer tenía un rostro amable, se le parecía a su tía Olivia.

—Thelma, ella es Victoria Danchester..., mi esposa —anunció con orgulloso, habían quedado en que se presentarían así, pues estaban seguros de que dentro de poco lo serían.

—Encantada, señora Danchester... Soy Thelma Davis, a sus órdenes para lo que necesite. —Se presentó, mirándola con algo de sorpresa; sabía que el señor Danchester había comprado esa casa para su futura esposa, pero no pensó que se casarían tan pronto.

—Bien, tengo que irme ahora si no quiero llegar tarde. Las dejo para que se conozcan y se pongan de acuerdo con las cosas de la casa —anunció Terrence, agarrando las llaves del auto.

—Que te vaya bien, mi amor. Nos vemos en la tarde. —Victoria se acercó para darle un beso y despedirlo.

—Te voy a extrañar, pecosa, cuídate mucho... Regresaré temprano —dijo, dándole un beso y un abrazo.

Se volvió para mirarla una última vez, y al verla parada en la puerta, sintió el deseo de regresar y quedarse junto a ella; temía que si se separaban algo pudiera suceder. Sin embargo, negó con la cabeza, alejando esos pensamientos, recordándose que ya nada podía separarlo de Victoria, porque ella era suya.

Subió a su auto y le hizo un ademán de despedida con su mano, antes de

ponerse en marcha, tenía que darse prisa o llegaría tarde a su primera clase del día, y ahora más que nunca debía dar lo mejor de sí, para poder brindarle a su pecosa la vida que merecía.

Llegó justo a tiempo al salón, caminó y ocupó su puesto antes de que el profesor llegase; vio que Allison lo veía con insistencia y no dejaba de sonreír, lo que lo estaba poniendo incómodo.

—Buenos días, Allie —dijo, intentando mostrarse casual.

—Buenos días, Terry... Te noto distinto hoy, pareces más contento. ¿Sucedió algo interesante este fin de semana? —preguntó con una sonrisa pícaro.

Ella conocía muy bien lo que significaba ese brillo en la mirada de su amigo, pues desde hacía un par de semanas sus ojos también lucían de la misma manera, luego de haber tenido la experiencia más increíble de su vida junto a Harry.

El profesor entró en ese momento, librando a su amigo de contestar, pero no era necesario que lo hiciera, saltaba a la vista lo que había sucedido entre Victoria y él; ya lo sospechaba cuando se enteró, por casualidad, que la había llevado directamente a su casa, en lugar de a la de su madrina, y ahora lo confirmaba.

Se moría por saber más, también por compartir su secreto con él, pues sentía que si no se lo contaba a alguien, iba a terminar enloqueciendo, y pensar en decírselo a su madrina le daba miedo; en cambio, ahora que Terrence había vivido algo igual, seguramente la comprendería y la apoyaría.

Además, necesitaba aclarar todas esas dudas que tenía, saber qué era lo que más le gustaba a un chico, cómo conquistarlo por completo y que no pasara mucho tiempo para que la hiciera su esposa.

—Señorita Foster, ¿sería tan amable de dejar sus sueños de lado por un momento y prestar atención? —exigió el profesor, regresándola a la realidad de la manera más abrupta.

—Por supuesto, profesor..., disculpe —dijo, mirando de reojo a Terrence, quien la veía con algo de reproche. Esperó hasta que el profesor le diera la espalda—. ¿Por qué no me dijiste que me hablaba? —Le reclamó en voz baja para evitar otro regaño.

—Porque nos estaba mirando fijamente mientras tú andabas en las nubes... Ese tal Harry te está haciendo mal, será mejor que lo dejes detrás de la puerta cuando vengas a clases.

—Ya te diré lo mismo cuando te vea suspirando por Vicky, tonto —dijo,

sacándole la lengua, y miró al profesor.

Terrence dejó ver esa sonrisa ladeada, que podía expresar más que cientos de palabras, y los recuerdos de lo vivido junto a su pecosa regresaron hasta él, pero tuvo que dejarlos de lado, si no quería ser el próximo que reprendieran. Igual, no tenía que recurrir a estos, ya tendría tiempo más adelante, no solo para recordar cada instante de los días pasados, sino también para revivirlos todos junto a ella, esa tarde, cuando regresara a su casa.

Margot caminaba de un lado a otro, en el salón de su suite en el Palace, mientras esperaba noticias del detective que había contactado Robert, para dar con el paradero de Victoria. Había tenido que recurrir a este, luego de ir a casa de Amelia Gavazzeni, y enterarse de que su sobrina no estaba en ese lugar, como esperaba.

Cuando le dijeron que la soprano estaba de viaje, pensó que su sentido común la había hecho tomar un tren hacia Chicago, para llevar ella misma a Victoria; sin embargo, al escuchar que estaba en Philadelphia, por asuntos de trabajo, sintió que sus peores miedos se hacían realidad, pues, si su sobrina no estaba allí, significaba que estaría en cualquier lugar, junto a Terrence.

En ese instante, casi entra en pánico y pone en evidencia lo que estaba pasando delante del ama de llaves, arruinando aún más, la reputación de Victoria; pero, por suerte, supo controlarse, le dijo que el asunto que la había llevado hasta allí no era tan importante. Regresó al hotel, sintiéndose completamente devastada y desesperada, por ello acudió al detective.

—Mis nervios están destrozados. —Se permitió decir en voz alta, de pronto, el teléfono sonó, sobresaltándola—. Sí, diga.

—Buenas tardes, señora Anderson, tengo la dirección del señor Danchester, vive en una casa ubicada en Roslyn Heights. ¿Deseaba que vaya a buscar a su sobrina o paso por usted al hotel?

—Venga por mí, estaré esperándolo en la recepción —ordenó.

Minutos después subía al auto del detective y durante el trayecto le explicó sus planes, ya tenía boletos para el tren que salía a las seis de la tarde, así que, una vez que Victoria estuviera con ella, irían directo a la estación de trenes.

Victoria se encontraba sentada en el piso de uno de los salones de la casa que aún estaban vacíos, mientras anotaba en una libreta sus planes de cómo



decorar la casa y, pensó, que necesitaría la ayuda de Annette. Ese lugar tenía una hermosa vista hacia el jardín y una linda chimenea, sería ideal para su salón de té, también para compartir las tardes de invierno junto a Terrence, bebiendo chocolate caliente, leyendo algún libro o; simplemente, haciendo el amor.

—Adelante —mencionó al escuchar que llamaban a la puerta.

—Disculpe que la moleste, señora Victoria, pero han venido a verla —informó Thelma con algo de precaución, pues la mujer en el salón parecía estar muy molesta.

—Seguramente es mi suegra Amelia —expresó con emoción y se puso de pie, caminando con entusiasmo hasta la entrada.

—No se trata de la señora Gavazzeni, sino de alguien más. —Para cuando dijo esas palabras, ya era muy tarde, la señora se había encontrado de frente con su visita.

Victoria sintió cómo su sonrisa se congelaba, y un poderoso temblor de apoderó de su cuerpo, al ver frente a sus ojos a su tía Margot. No podía creer que la hubiese encontrado tan rápido.

—Victoria —pronunció, mirándola con tanto resentimiento, que la vio retroceder, pero antes de que pudiera huir, la detuvo agarrándola por el brazo —. He venido a buscarte, regresarás conmigo a Chicago en este preciso instante.

—No..., no iré con usted a ningún lado, me quedaré aquí con Terrence —respondió en un tono desafiante, y se soltó de su agarre de un tirón, ya no acataría más sus órdenes.

—Tú no te mandas sola, mientras seas menor de edad, soy quien decide qué haces y qué no, así que ahora mismo vienes conmigo —exigió con sus ojos relampagueando de ira.

—Ya no..., me casé con Terrence, y ahora él es quien debe ser responsable por mí —mencionó con convicción, intentando mostrarse segura, aunque las piernas le temblaban.

—No pienses que voy a creer esa mentira, sé perfectamente que sin mi permiso no puedes casarte con él, así que deja de querer engañarme y salgamos de aquí, antes de que acabes con mi paciencia. —Le advirtió.

—No es ninguna mentira, él y yo nos casamos hace cuatro días... Ahora soy su mujer —esbozó con valentía.

—¡Eres una desvergonzada! —exclamó y le dio una bofetada, tan fuerte, que terminó volteándole la cara.

—Estoy enamorada de Terrence y me quedaré con él, esté usted de acuerdo o no —expresó en medio de los sollozos que le provocó el dolor físico y emocional que le causó ese golpe, jamás imaginó que su tía llegaría a pegarle.

—No lo harás, vendrás conmigo y es mi última palabra... Si tu padre te viera en este momento, se sentiría tan decepcionado, quizá por eso Dios se lo llevó, para ahorrarle la vergüenza de ver a su hija completamente perdida. — La miró con desprecio.

—¿Cómo puede decir algo así? —preguntó con asombro, mientras dejaba correr sus lágrimas. Si su intención era lastimarla, lo estaba haciendo de la manera más cruel.

—Solo digo la verdad, eres una decepción para nuestra familia.

—Entonces, váyase de aquí y olvídense de mí, porque si mi felicidad representa una vergüenza para usted, es mejor que no me vea más... Y, ¿sabe qué? Me duele que esto terminara así, porque en verdad llegué a quererla, pero usted no me comprende y jamás lo hará.

—No creas que me iré de aquí y te dejaré como si nada, eres mi responsabilidad, le hice una promesa a tu padre y la cumpliré, así me gane tu odio. Y es mejor que vengas conmigo por las buenas o me veré forzada a que lo hagas por las malas.

—No puede obligarme. —Se plantó allí, dispuesta a luchar por quedarse en el lugar donde quería estar.

—Por supuesto que puedo, iré con la policía y le diré que escapaste para estar con tu novio, que eres menor de edad y que él se aprovechó de ti. Si eres inteligente y en verdad lo quieres, saldrás de aquí por tu voluntad; de lo contrario, serán las autoridades quienes vendrán a sacarte, y a él se lo llevarán preso y lo acusarán de corrupción de menores. Así que tú decides.

—No puedo creer que sea tan cruel —expresó, viéndola con verdadero asombro, mientras negaba con su cabeza.

—No quieras ponerme a prueba, porque puede que termines lamentándolo. —Le advirtió con tono serio.

Victoria sintió que el mundo se le derrumbaba, no era justo que tuviera que renunciar a vivir junto a Terrence, solo por el maldito capricho de su tía, de mantenerla en la casa hasta que cumpliera la mayoría de edad.

Pensó en negarse y dejarla que cumpliera con sus amenazas, ella podía escapar con su novio muy lejos de allí, donde no los encontrasen y, ser libre, como tanto deseaba.

Sin embargo, pensó en el gran sacrificio que él tendría que hacer por su culpa, convertirse en un fugitivo, separarse de su madre, abandonar sus estudios y su carrera como cantante, la que apenas florecía. No, ella no podía arrastrarlo a una vida de infelicidad, solo por querer apresurar las cosas; esperaría un tiempo y se sometería a la voluntad de su tía, pero no permitiría que Terrence sufriese las consecuencias de sus actos.

—Bien, regresaré con usted —pronunció con actitud derrotada.

—Me parece lo más sensato —comentó, pero sin atreverse a mostrar su satisfacción por haber conseguido su objetivo.

—Subiré a traer mis cosas —dijo, caminando a las escaleras.

—No será necesario, dile a la empleada que vaya por ellas.

—Ella no sabe dónde están —alegó para convencerla, esa era su oportunidad de dejarle una nota a Terrence, explicándole lo sucedido—. Solo me llevará unos minutos hacer mi maleta.

—Lo único que necesitas es tu bolso con tus documentos, ¿cómo se llama la empleada? —preguntó con impaciencia.

—Thelma..., pero usted no tiene que darle órdenes, esta es mi casa, no la suya —mencionó con altanería, ya no le importaba ser considerada con ella—. Thelma, ¿puede venir un momento? Por favor —pidió, mirando hacia la cocina.

—Por supuesto, ¿en qué puedo ayudarla? Señora Danchester. —Vio cómo la tía de la chica se molestaba ante su comentario.

—Necesito que me traigas el bolso que está encima del tocador, por favor. —La barbilla le tembló por tener que retener su llanto, no quería marcharse sin hablar con Terrence.

—Claro, enseguida lo traigo..., con su permiso.

Victoria la vio subir las escaleras y quiso correr tras ella para encerrarse en la habitación que había compartido con Terrence; la sola idea de no volver allí la estaba destrozando, pero debía ser valiente por él. Vio regresar a Thelma, trayendo su bolso y también un abrigo, teniendo la consideración de entregarle una prenda de su esposo, para que al menos tuviera eso.

—Bien, ya podemos marcharnos —anunció Margot, no quería estar más allí, por temor a que Terrence llegase.

—Thelma..., por favor, dígame a Terry que..., que yo estaré bien, que no se angustie por mí. También dígame que cumpliré con la promesa que nos hicimos, que solo debemos esperar un poco más... Y, por favor, dígame que recuerde que lo amo con todo mi ser —expresó en medio de dolorosos

sollozos y pesadas lágrimas, se abrazó a la mujer, a quien ya le había tomado cariño.

—No se preocupe, señora, le diré todo eso —mencionó, viendo con tristeza cómo separaban a ese par de enamorados.

—Victoria, es hora de irnos —repitió Margot, sintiéndose molesta al ver cómo se abrazaba a esa alcahueta.

—Espero que se sienta complacida, consiguió lo que quería, ha truncado mi felicidad. —Le reprochó Victoria.

—No seas melodramática, esto que hago es por tu bien. Algún día vas a agradecermelo —sentenció con seguridad.

Victoria salió de la casa, sintiendo que el dolor y la impotencia hacían estragos en ella, pero todo fue mucho peor cuando se volvió a mirarla y sintió que el corazón se le desgarraba.

Se llevó una mano al pecho mientras más llanto brotaba de ella, cerró los ojos para darle la espalda al que se suponía sería su hogar, y subió al auto antes de que no tuviera el valor de hacerlo.

Margot también subió en el puesto de atrás, junto a ella; debía asegurarse de que Victoria no cometiese ninguna estupidez, como saltar del coche cuando este se detuviese en algún semáforo, pues conociendo lo impulsiva que era, no le extrañaría. Lo peor de todo era tener que soportar la vergüenza frente al detective Spencer y escuchar durante todo el trayecto el llanto de su sobrina, quien lloraba como si el mundo se hubiese acabado para ella o como si el novio hubiese muerto.

## Capítulo 52

Terrence llegó al teatro después del mediodía, deseaba ir directo hasta su casa, estaba desesperado por besar y abrazar a Victoria; sin embargo, tuvo que cumplir con presentarse en las clases con su tutor. Enrico no había viajado con los demás, porque no se había sentido muy bien de salud, aunque su conversación no tuvo nada que ver con su desempeño vocal, sino con un aspecto más íntimo.

Se habían vuelto muy amigos y confidentes en el último año, con él podía hablar de temas que no trataría con su madre, por vergüenza, y que, por supuesto, jamás entabló con su padre. Con incomodidad, tuvo que contarle lo que había vivido ese fin de semana junto a su novia, necesitaba que Enrico le aclarara algunas dudas, y también que le aconsejase cómo cuidarse, para no concebir un bebé, por el momento; en caso de que ya no lo hubiera hecho.

Tenía claro que no deseaba que Victoria fuese juzgada por embarazarse antes de estar oficialmente casada con él, odiaría que fuese blanco de habladurías; por eso deseaba esperar algunos meses.

Por suerte, su amigo fue bastante comprensivo y lo aconsejó, pero igual le dejó claro que lo mejor era darse prisa con los trámites del matrimonio, porque, a veces, los hijos llegaban cuando menos se los esperaban. Él entendió la seriedad del asunto y pensó en escribirle esa misma tarde una carta a Brandon, necesitaba que, el ahora cabeza de familia de los Anderson, le brindase su apoyo.

Salió de la casa de la ópera y, de camino a su casa, se detuvo en una floristería, compró una docena de rosas rojas, que mandó a envolver en papel brillante; también compró una caja de los *Kisses de Hershey*, sabía que eran los favoritos de Victoria. Durante el trayecto a casa, la ansiedad en él iba aumentando, era una sensación extraña, como si algo lo empujara a conducir más rápido para llegar a su destino; no obstante, sabía que debía ser precavido al conducir, por lo que intentó relajarse.

—Buenas tardes, Thelma —saludó a la mujer, mostrando una sonrisa radiante. Le extrañó no ver a Victoria, esperándolo.

—Buenas tardes, señor Terrence —esbozó con la mirada gacha, no sabía

cómo decirle lo que había sucedido.

—¿Dónde está mi esposa? —inquirió al ver que no había bajado al escuchar su voz, pensó que tal vez estaba dormida.

—La señora..., su esposa... no está —respondió con voz trémula y vio cómo la sonrisa del chico desaparecía.

—¿Cómo que no está?, ¿qué quiere decir, Thelma? —Sintió que un vacío se abría en su estómago al escuchar sus palabras.

—Vino una señora que se presentó como su tía, me preguntó por ella y me dijo que necesitaba hablarle de un asunto muy importante... Y yo..., no pensé que fuese para algo malo, joven...

—¡Demonios! —exclamó, furioso—. No debió abrirle la puerta a esa mujer, Thelma. —Le recriminó.

—Yo no sabía lo que haría, señor, pensé que solo venía para saludarla... Lo siento, en verdad lo siento mucho.

—Tranquila..., yo debí advertirle. No pensé que se fuese a aparecer aquí tan pronto —comentó, condoliéndose de la mujer. Respiró profundo para calmarse, necesitaba pensar con cabeza fría para saber qué hacer—. ¿Escuchó algo de a dónde irían?

—Sí, algo de regresar a Chicago... La señora no le permitió llevarse nada, solo su bolso porque allí tenía sus documentos.

—Se hospedan en el Palace, siempre, pero dudo que Margot se arriesgue a hacerlo hoy. Sabe que iré a buscar a Victoria —expresó en voz alta, analizando la situación.

—La señora Victoria estaba muy triste, pero me pidió que le dijera que ella estaría bien, que no se angustiara, que cumpliría con la promesa que se hicieron y que lo amaba con todo su ser —esbozó, recordando las palabras de la chica.

Terrence sintió que esas palabras le apretaron fuertemente el corazón, llenándolo de dolor y exigiéndole actuar de alguna manera; no podía quedarse de brazos cruzados mientras lo separaban de la mujer que amaba. Seguramente, Margot, la había amenazado con algo para que se fuera con ella, pero sin importar lo que tuviese que hacer, la recuperaría, así que abrió la puerta de nuevo para salir.

—¡Señor, espere! ¿A dónde va? —preguntó, saliendo tras él, temía que se pudiera meter en problemas.

—Iré a buscar a Victoria, seguro que su tía se la llevó directo a la estación de trenes —respondió, dejando las rosas y los chocolates en el asiento del

copiloto, luego corrió para ocupar el otro.

—Espere..., esa señora dijo que lo denunciaría —expresó, caminando de prisa para advertirle—, que iría con las autoridades y diría que usted había corrompido a su sobrina.

—No se preocupe por eso, sabré arreglármelas si algo llega a suceder, pero no puedo permitir que se lleve a Vicky.

Luego de eso, puso el auto en marcha con un chirrido de neumáticos, necesitaba llegar a la estación antes de que el tren hacia Chicago saliera. Esta vez, la prudencia no estuvo presente en su manera de conducir, intentaba adelantar los autos, se pasaba las luces del semáforo y tocaba la bocina como loco.

Llegó a la estación faltando quince minutos para las seis, así que solo tenía ese tiempo para encontrar a Victoria y llevársela de allí. Cuando intentó ingresar al salón donde esperaban los pasajeros de primera clase, le pidieron su boleto; él no había comprado ninguno e intentó mediar con el hombre de seguridad.

—Vengo a despedir a un familiar, déjeme pasar —exigió.

—Necesito que me dé el nombre del pasajero.

—Anderson..., Victoria Anderson —respondió con rapidez.

—El tren donde viaja la señorita Anderson está por salir, así que no ganará nada con pasar, ya ella debe estar embarcada.

—¡Por un demonio! ¡Déjeme pasar! —gritó, sintiéndose desesperado. Atrajo las miradas de todos los presentes.

—Señor, si no se calma, tendré que llamar a la policía.

De pronto, en medio del mar de personas, apareció la salvadora de Terrence; en cuanto Amelia escuchó la voz de su hijo, se separó del grupo de actores con los que acababa de llegar y se acercó para descubrir lo que sucedía.

Lo vio desesperado, discutiendo con uno de los empleados de la estación de trenes, pero no lograba entender por qué lo hacía; miró al hombre, quien de inmediato la reconoció y le ofreció una sonrisa.

—Buenas noches, Terrence... ¿Qué ocurre, cariño? —preguntó, desconcertada ante su actitud. Nunca lo había visto tan desesperado.

—Madre..., necesito ir hasta los andenes, pero este hombre no me deja pasar —espetó, mirándolo con furia.

—¿Hay algún problema con que mi hijo entre, señor? —Se dirigió al trabajador en un tono amable.

—Estaría encantado de ayudarla, señora Gavazzeni, pero su hijo llega tarde; busca a una pasajera que viaja hacia Chicago, y ese tren ya está embarcando —respondió, mirándola.

—Faltan diez minutos, aún tengo tiempo...; por favor, solo déjeme entrar —pidió Terrence con una mezcla de ruego y exigencia en la voz.

—Señor Morgan... —Amelia leyó el nombre en el distintivo colgado del uniforme del trabajador—. ¿Sería tan amable de acceder a dejarnos pasar? Por favor —pidió, sonriendo.

—Está bien, pero que quede claro que lo hago por usted. Y por favor, que su hijo no suba al tren; de lo contrario, se retrasará y causará molestias en los pasajeros.

—Muchas gracias, no se preocupe, le prometo que no lo hará.

—Gracias —pronunció Terrence y entró a toda prisa.

Comenzó a buscar a Victoria, desesperadamente, sabía que ella debía estar en uno de los últimos vagones, donde quedaban los compartimentos de primera clase. Al escuchar el sonido del silbato que anunciaba la salida del tren, la angustia se apoderó de él y comenzó asomarse en cada ventanilla, llevándose más de una reprimenda por parte de quienes ocupaban esos asientos.

—¡Victoria! ¡Victoria! —gritó, cuando vio que el tren se ponía en marcha; ya no le quedaba otro recurso para dar con ella.

Sentía que las lágrimas estaban a punto de ahogarlo, mientras corría de un lado a otro, entre esos lugares donde presentía que se encontraba ella. De pronto, la vio asomarse en una de las ventanillas, al tiempo que le extendía la mano, como queriendo saltar del tren.

—¡Terry! ¡Terry, mi amor! —exclamó mientras lloraba, deseando rozar su mano, aunque fuese una vez más.

—¡Pecosa!... ¡Mi amor! —Corrió tan rápido que logró que sus dedos se tocaran por un instante, pero sus piernas no daban lo suficiente para prolongarlo, el tren era más rápido.

—¡Regresaré contigo! ¡Te lo prometo!... ¡Te amo Terry..., te amo! —gritó, pues el ruido de la locomotora era muy fuerte.

—¡Yo también te amo, Vicky! ¡Iré por ti! ¡No llores, mi amor, iré por ti! —Le aseguró mientras dejaba correr su propio llanto; terminó cayendo de rodillas en el andén, al tiempo que veía cómo el tren se la llevaba lejos de él —. ¡Maldición! —gritó lleno de dolor, furia e impotencia, sin poder controlar sus sollozos.



Amelia, al fin logró llegar hasta él. Verlo de esa manera le rompió el corazón, se acercó, poniéndose de cuclillas, y lo rodeó con sus brazos, permitiéndole que llorase con libertad mientras le daba besos en el cabello. Poco a poco, él se fue calmando, se secó las lágrimas, siendo consciente de que no podía quedarse de brazos cruzados, así que dejó de llorar y se puso de pie, para caminar hacia la taquilla de boletería.

—Terry..., cariño, espera —pidió, caminando tras él—. ¿Qué pretendes hacer? —preguntó, alarmada.

—Compraré un boleto, debo ir tras ella... ¿Sabe de algún tren que viaje hasta Chicago hoy? —inquirió, mirando a la vendedora.

—No, el que acaba de salir es el único que va directo, hay otros que hacen conexiones... y tardan un poco más.

—¿Cuándo sale el próximo? Necesito viajar hoy mismo.

—El próximo sale a medianoche, pero no sé si tenemos asientos disponibles en primera clase —dijo, reconociendo al chico y la madre, que estaba detrás de él.

—No importa, viajaré en la clase que sea... —mencionó Terrence, mientras buscaba su billetera.

—Amor, espera un momento, por favor... ¿Cuándo estaría llegando a Chicago el tren que sale a medianoche, señora? —preguntó Amelia, quien tenía más experiencias en viajes.

—Con suerte, mañana por la noche, pero casi siempre hay retrasos —contestó, revisando los horarios—. Si me permite darle un consejo, señor Danchester, debería esperar y salir mañana en la noche; estaría llegando pasado mañana a primera hora, sin contratiempos —sugirió, mirando al chico.

—Eso significaría un día más... —murmuró con rabia, pero se obligó a analizar sus posibilidades.

—Cariño, creo que deberías aceptar la recomendación de la señora, es mejor que te embarques en uno que vaya directo, a estar haciendo conexiones en varias estaciones, eso te hará sentir más desesperado y frustrado; además, te dejará agotado y, supongo, que no deseas eso, ¿verdad? —cuestionó Amelia, aunque no sabía bien lo que había ocurrido.

—Tiene razón, mamá..., será mejor salir en el de mañana —respondió pensando, también, que tener un día más, le daría tiempo para escribirle a Brandon—. Por favor, deme un boleto en el tren de mañana —pidió a la vendedora.

—Que sean dos —indicó Amelia.

—Madre..., usted acaba de llegar de una gira, debe estar muy cansada — comentó porque no quería que ella tuviera molestias debido a sus acciones, no le daría dolores de cabeza.

—Ya tendré tiempo para descansar más adelante, ahora quiero estar a tu lado y ayudarte, por favor.

—Está bien, dejaré que venga conmigo... Y gracias por...

—No tienes nada que agradecer, soy tu madre.

En el fondo, Terrence se sentía aliviado de que su madre lo acompañase, pues no sabía con lo que se enfrentaría al llegar a Chicago; seguramente, hasta podía terminar detenido. Por lo pronto, tenía muy claro cuáles habían sido las amenazas que Margot Anderson usó para convencer a Victoria de regresar con ella. La mujer era una miserable chantajista.

Durante el trayecto a la casa de su madre, Terrence le contó lo que había sucedido durante el fin de semana, desde que entró a su camerino y se encontró a Victoria en este. Pasando por su decisión de llevarla hasta su casa para mostrársela, dejándole claro que no fue con ninguna intención indecorosa; también le habló de la idea de su novia para que su tía no los separase y de los votos que se entregaron.

—Supongo que..., esa especie de ceremonia que hicieron, fue consumada durante los días que estuvieron juntos. —Escogió muy bien sus palabras, para no ofenderlo o que se cerrase, como hacía siempre que ella buscaba hablar de ese tema con él.

—Sí —murmuró Terrence, manteniendo la mirada al frente.

—¡Santo Cielo! —exclamó con una mezcla de alegría y preocupación. Miró a su hijo, buscando algo distinto en él, pero lucía igual que siempre—. Hallaremos la manera de que Victoria vuelva a estar contigo, no te angusties, cariño... Margot tendrá que entender lo delicado de la situación y sabrá que lo mejor es que acceda a que ustedes se casen cuanto antes, porque tu novia podría estar embarazada.

—No quiero que mi hijo nazca fuera de un matrimonio, ni que tenga que pasar todo lo que yo viví.

—Nada de eso pasará, no te preocupes —susurró ella y se acercó para darle un beso en la mejilla y secar sus lágrimas.

Llegaron hasta la mansión de Amelia, ella le pidió que se quedara esa noche allí, pero no quiso hacerlo, necesitaba sentirse cerca de Victoria de alguna manera. Se despidió y condujo hasta su casa y, cuando entró, la

soledad lo golpeó con fuerza, arrancándole un sollozo.

Subió hasta su habitación y, al ver el camisón de Victoria sobre la cama, lo agarró y se lo llevó a la cara para embriagarse con su olor, eso hizo que rompiera en llanto.

Al regresar a Chicago, la matrona comenzó a dar órdenes a la dama de compañía de su sobrina, quien estuvo a punto de perder su empleo, tras la huida de Victoria. Pensó que, esta vez, Angela tendría más cuidado y la vigilaría mejor, para ello, le dejó claro que, ante cualquier tontería que la chica cometiese, sería ella quien sufría las consecuencias.

Victoria estaba tan devastada que, ni siquiera tenía fuerzas para discutir con su tía, por lo que acató cada una de sus órdenes, aunque eso no la libró de sentirse humillada y asombrada, cuando le dijo que tenía prohibido salir de su habitación. Todas sus comidas las tomaría en ese lugar y no recibiría ninguna visita, tampoco llamadas o correspondencia; la iba a aislar por completo del mundo, como si fuese una prisionera de guerra.

—Vicky..., tiene que comer algo. —No la había visto tan triste desde la muerte de su padre.

—No tengo hambre, Angela, por favor, llévate esa bandeja —dijo, sin siquiera mirar a su dama de compañía; estaba acostada en su cama.

—Si no come, puede enfermarse; como estudiante de enfermería, debería saberlo. —Le advirtió, para ver si así lograba que entrara en razón; le dolía verla tan decaída.

—No me importa... —murmuró y, al recordar las comidas que compartió con Terrence, el dolor se hizo mucho mayor, haciendo que su cuerpo convulsionase por los sollozos.

—Por favor, Vicky, no llore de esa manera... Ya verá que todo esto va a pasar. Es lógico que la señora Margot esté molesta, usted fue muy insensata al escapar de la mansión.

—Yo solo quería ser libre, estoy cansada de que siempre me esté diciendo qué hacer... Si tantas molestias le causo, ¿por qué no permite que me case con Terry? Así me marcharé a Nueva York y no tendrá que lidiar conmigo nunca más. —Dejó salir todos esos reproches que la estaban ahogando.

—Su tía es muy difícil de entender, pero intente comprenderla, ella le hizo una promesa a su padre, y solo pretende cumplirla... Por favor, no empeore las cosas y coma algo.

—No podré pasar un solo bocado, no insistas, por favor, Angela... Mejor

déjame sola..., necesito estar sola —pidió, poniéndose bocabajo para ahogar en la almohada su llanto.

Angela no tuvo más remedio que hacer lo que le pedía, llevaba media hora intentando hacer que comiera, sabía que era inútil, porque cuando se empeñaba en algo, era igual de terca que su tía; quizá por eso discutían tanto.

Salió de la habitación, cumpliendo con la penosa labor de cerrar la puerta con llave, esa orden de la matrona le parecía exagerada y desalmada, pero debía cumplirla.

Terrence no pudo conciliar el sueño la noche antes, sentía que la ausencia de Victoria lo estaba destrozando, porque a cada lugar que mirase, parecía verla a ella, y eso solo aumentaba su dolor. Thelma se presentó temprano para ver cómo se encontraba, ni siquiera tuvo que mencionarlo, su rostro mostraba los estragos de las horas de llanto.

A media mañana, recibió una llamada de su madre; le pedía que fuera hasta su casa al mediodía, tenía algo importante que decirle; en un principio, quiso negarse, no quería ver a nadie. Sin embargo, terminó aceptando, ya que, en ese momento, no se trataba de lo que él estuviera sintiendo, sino de Victoria, de poder salvarla de la prisión en la que se encontraba.

—Buenas tardes, madre. —La saludó en cuanto le abrió la puerta, queriendo no mostrarse tan afligido.

—Buenas tardes, cariño —dijo, dándole un abrazo muy fuerte y un beso en la mejilla—. ¿Conseguiste dormir anoche?

—No pude, pero seguramente lo haré hoy durante el viaje... Ahora, dígame, ¿qué es eso tan importante que quiere decirme?

—Sí..., es con respecto al viaje... Le pedí a alguien que viniera con nosotros —comentó, sintiéndose nerviosa.

—¿A quién? —pensó que quizá era a un abogado.

—Hola, Terrence. —Lo saludó Benjen, mirándolo.

—¿Qué hace él aquí, madre? —cuestionó, molesto y desconcertado mientras la veía. Su padre era la última persona a la que deseaba ver.

—Yo... le pedí que viniera para que nos ayudara a convencer a Margot Anderson de aceptar tu matrimonio con Victoria.

—Esto es absurdo —espetó, ofuscado—. ¿Acaso cree que él está aquí para ayudarme a conseguir que me case con Victoria? Pues le digo que será todo lo contrario, mi padre me prohibió tener una relación con ella, cuando se enteró de que era americana.

—Eso fue en otro momento, no tenía conocimiento de quién era la chica, tampoco si tus intenciones con ella eran buenas. No podía presentarme y abogar por ti, cuando no eras el modelo de joven que un padre espera para cortejar a su hija. —Se defendió, alegando parte de la verdad, aunque le costaba reconocerlo.

—Benjen..., cuando te pregunté si estabas dispuesto a ayudar a nuestro hijo, dijiste que lo harías; por favor, dime que no cometí un error —exigió Amelia con el corazón en un puño al escuchar las palabras de ambos, sintiéndose una estúpida por acudir al hombre que tantas veces la había engañado.

—Aplacé todos mis compromisos en Washington, para venir aquí y apoyar a Terrence con esto, porque sé lo importante que es para él —respondió con su mirada fija en ella.

—Pues no quiero su ayuda, puede marcharse por donde llegó. Vaya a seguir intentando involucrar a más personas inocentes en esa maldita guerra que tienen contra los alemanes —pronunció con dureza.

—No hables de un tema que desconoces y deja el maldito orgullo de lado por una vez. Si realmente deseas casarte con Victoria Anderson, acepta la ayuda que te estoy brindado. Su tía no se atreverá a decirme que no, si soy quien habla en tu nombre para pedir su mano.

Terrence se quedó en silencio mientras se debatía entre aceptar o negarse, no quería deberle nada a su padre, y sabía que, si conseguía hacer que se casara con Victoria, estaría en deuda con él, por siempre. Pensó que su pecosa bien valía que él se doblegase, aunque fuese solo por esa vez.

—Está bien, pero cualquier reunión que vaya a tener con Margot Anderson, sepa que yo estaré presente, ¿está claro? —demandó porque no confiaba.

—Sí, está claro... —respondió y caminó hacia el perchero para agarrar su sombrero. Sabía que no tenía sentido quedarse allí a compartir un almuerzo con un hijo que lo odiaba—. Nos veremos a las seis en la estación de trenes, hasta entonces.

Salió sin decir nada más, debía salir de ese lugar antes de que el dolor que le causaba el desprecio de la mujer a la que amaba y de su hijo, fuese a terminar por destruirlo.

—No deberías ser tan duro con él, es tu padre, Terry.

—Yo viví junto a él muchos más años que usted, créame, lo trato como se merece... —expresó con rencor y fijó su mirada en ella—. Ahora, dígame,

¿cómo hizo para hacer que él viniera hasta aquí?, ¿acaso ustedes están en contacto? —inquirió con algo de desconfianza, pues no le extrañaría que el duque se estuviera aprovechando de la situación para pedir algo a cambio.

—Primero, ni se te ocurra insinuar lo que creo que estás pensando, porque como tu madre, merezco respeto; y, segundo, tu padre vino hace algunas semanas a la ciudad, y me enteré de que estaba aquí porque fue a una de las funciones a verte —comentó y vio cómo la sorpresa se apoderaba del rostro de su hijo, lo que la hizo sonreír.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó muy extrañado.

—Porque estuvo en mi camerino, quise hacer que fuera al tuyo para que te felicitara personalmente, pero me dijo que no quería que pensaras que había ido a reprocharte algo; cosa que no me extraña, viendo la manera en la que se tratan.

Terrence le desvió la mirada, sintiéndose algo avergonzado, pues debía reconocer que, si su padre nunca fue muy cercano, él tampoco le dio la oportunidad de serlo. Siempre que se veían, buscaba la manera de retarlo o hacerlo enfurecer, pero no se plantó a hablar con él como padre e hijo.

## Capítulo 53

Victoria despertó a la mañana siguiente con los párpados hinchados de tanto llorar, apenas pudo conciliar el sueño; sentía que, no tener a Terrence a su lado, le impedía hacerlo, y que todo a su alrededor era frío y gris. Escuchó que giraban la llave para abrir la puerta, por lo que se volteó, cerrando los ojos para fingir que seguía durmiendo; no quería ver a nadie, mucho menos si era su tía Margot, a ella la odiaba en ese momento.

—Buenos días, Vicky... Le he traído un desayuno que le va a encantar y la hará feliz —mencionó Angela, entrando a la habitación. Dejó la charola sobre la mesa junto al ventanal y abrió las cortinas para dejar que la luz entrara a la habitación—. Vamos, levántese de esa cama, debe darse un baño y cambiarse de ropa. Le traje panqueques, huevos, tocino... —mencionó, con entusiasmo.

—Lo único que me haría feliz en este momento sería un emparedado de pollo con mayonesa —esbozó y no pudo evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos y rodaran hasta la almohada.

—Vicky..., pequeña, tiene que dejar de llorar o terminará marchitándose... Hagamos algo, si es lo que desea, voy y le digo a Joanna que se lo prepare. ¿Le parece bien? —preguntó, acariciándole el cabello.

—No quiero nada, Angela..., por favor, solo déjame dormir.

—Vicky, por favor... —Insistió, pero al ver que era inútil, tuvo que recurrir a algo más, aunque fuese duro—. ¿Sabe algo?, yo pensé que era una chica distinta; admiraba su valentía y cómo defendía su amor por el joven Terrence, pero veo que no es así; pues, si se deja derrotar tan fácil, quiere decir que no lo quiere tanto como dice.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —cuestionó, sintiéndose molesta y ofendida—. Tú..., tú no imaginas cuán grande es mi amor por Terrence, ni cuánto estoy dispuesta a luchar por él.

—Entonces, ¿por qué no lo hace? —inquirió, mirándola.

—Porque no puedo..., porque mi tía me amenazó con enviarlo a la cárcel, si no regresaba con ella y hacía lo que me decía; solo, lo estoy protegiendo —susurró, volviendo a llorar.

—Y eso está bien, a veces, por amor, debemos sacrificarnos; pero eso no significa tener que rendirnos... Si se sigue negando a comer, se enfermará. ¿Cómo cree que se sentirá el joven Terrence, si algo así sucediera? Lo hará sentir peor de lo que debe estar sintiéndose en este momento, tiene que ser sensata e intentar reponerse —dijo, agarrándole las manos y mirándola a los ojos.

—Pero... es que me siento tan vacía sin él, me hace tanta falta.

—Es lógico, pero debe ser fuerte y aguantar. Sé que es casi un año, pero una vez que tenga la mayoría de edad, su tía no podrá imponerle nada y tendrá la libertad para estar junto a él.

—Tienes razón..., tengo que tener la voluntad para aguantar todo esto, además, puede que ese tiempo sea menos..., porque si estoy embarazada, tía Margot no tendrá más opción que dejar que nos casemos —expresó con emoción ante esa posibilidad.

—¿Embarazada?! —preguntó, alarmada—. Por el amor de Dios..., Vicky, ¿qué ha hecho? —inquirió, mirándola.

—Terrence y yo nos casamos...; bueno, hicimos nuestros votos en presencia de Dios, y nos entregamos como marido y mujer.

—Supongo que había un sacerdote presente.

—No..., recuerda, soy menor de edad; no puedo casarme sin la autorización de mi tía, pero eso no importa, nuestra unión no fue en pecado, juramos ante Dios.

—Ahora entiendo por qué su tía está tan molesta, lo que hizo no está bien, Vicky, debía esperar a salir de esta casa de velo y corona, como hizo la señora Patricia.

—Eso era lo que deseaba, pero mi tía nos negó esa posibilidad, y ahora lo hace de nuevo —pronunció con rabia.

—Bueno, usted misma lo ha dicho, eso puede cambiar... Si un bebé viene en camino, la señora tendrá que aceptar su boda con el joven, y estarán casados más pronto de lo que imagina, pues un embarazo no se puede ocultar por mucho tiempo...; y eso también significa que debe alimentarse mejor, ahora tiene que cuidarse más por usted y por ese bebé que quizá esté esperando —comentó, entregándole una sonrisa.

—Sí, es cierto..., estar triste y no comer le hará mal. Tráeme esa bandeja, por favor, Angela... Lo comeré todo, tengo que estar sana —expresó con entusiasmo, se sentía esperanzada de nuevo.

Angela, de inmediato, hizo lo que le pedía, sintiéndose feliz por animarla;



no podía verla tan triste. La ayudó a bañarse y a cambiarse de ropa, mientras escuchaba su relato sobre lo vivido durante ese fin de semana en Nueva York.

Terrence miraba a través de la ventanilla del tren, la oscuridad de esa noche sin luna, que no era muy distinta a la que sentía que se había posado sobre él, luego de que lo separasen de su sol. Suspiró, cerrando los ojos para traer, una vez más, a su cabeza, los recuerdos de esos días tan maravillosos que pasó junto a Victoria, mientras sentía que era lo único que lograba alejar la pena de él.

—No sabía que estuvieras aquí —dijo Benjen, cuando entró al salón del vagón donde viajaban, y lo vio sentado en una de las butacas.

—No puedo dormir —respondió, sin afán de ser altanero.

—Te entiendo —comentó y decidió sentarse.

—Dudo mucho que pueda hacerlo. —Lanzó ese comentario hiriente porque su padre era la última persona en el mundo capaz de entenderlo, nunca había amado a alguien como él a Victoria.

—Siempre crees tener toda la verdad en tus manos, conozco, tan bien, esa arrogancia de la juventud; pero ya llegará el día en que te des cuenta de que no sabes nada, Terrence. Solo espero que no sea muy tarde... Que descanses —dijo y se puso de pie para marcharse.

—¿Por qué no me dice la verdad?, ¿qué hace aquí?, ¿qué busca con todo esto? ¿Acaso congraciarse con mi madre, fingiéndose ser el padre perfecto? —cuestionó, mirando con resentimiento la espalda recta del duque. Era lo que más conocía, pues fue lo que siempre le dio.

—Estoy muy lejos de ser el padre perfecto, eso lo sabemos bien, pero si no me das la oportunidad de ayudarte y de acercarme a ti, jamás lo seré... Solo pretendo brindarte mi apoyo porque sé cuánto te importa Victoria, y porque no deseo que tengas que vivir lo que me tocó a mí... —Se arrepintió tras decir esas últimas palabras, se había jurado que nunca hablaría de sus sentimientos con nadie, porque estos siempre fueron objeto de críticas.

—No existe punto de comparación, yo estoy dispuesto a luchar por Victoria, en cambio, usted, solo actuó como un cobarde y abandonó a mi madre. —Le reprochó con rabia.

—A nosotros nos separaron, igual como lo están haciendo con Victoria y contigo en este momento.

—Bien pudo revelarse y quedarse conmigo y mi madre, si lo hubiese

deseado, pero no lo hizo porque no le dio la gana, porque prefirió heredar el ducado y vivir la vida de un noble —dijo, poniéndose de pie para mirarlo a los ojos y gritarle todas esas verdades.

—¡Me importaba una mierda el ducado! Esto para mí no es más que una prisión, pero decidí ser yo, quien se sacrificara y se quedará allí, en lugar de permitir que mi padre... —Se calló, antes de revelar eso que había jurado no contarle a nadie—. Yo solo quise protegerlos a tu madre y a ti.

—¿Protegernos de qué? —inquirió, demandante, la actitud de su padre le dejaba claro que había algo más, y estaba harto de los secretos.

—Eso ya no importa, ustedes dos están bien, es lo que cuenta... Ve a dormir, Terrence, mañana será un día complicado —dijo para zanjar el tema y le dio la espalda, pero antes de salir, quiso decir algo más—. Solo una última cosa: cuando digo que te entiendo, es porque en verdad lo hago y quiero ahorrarte el infierno que es vivir lejos de la mujer que amas. Créeme, he vivido en este durante veinte años, y lo sigo haciendo.

Terrence se quedó de piedra tras la confesión de su padre, lo vio marcharse sin poder decirle nada, pero es que le resultaba asombroso que todavía estuviese enamorado de su madre y que siguiese casado con la miserable de Katrina Claydasle.

Ahora, menos que nunca lo comprendía, pues él sabía lo mal que se sentía estar lejos de la mujer que se amaba, no entendía cómo el duque podía soportarlo. La única explicación que le encontraba a todo eso era que estuviera actuando, mentía, como siempre.

—No repetiré sus mismos errores, de eso puede estar seguro, duque de Oxford —murmuró, viendo la puerta por donde él se había marchado; luego caminó hasta la que sería su habitación.

Amelia se encontraba cepillándose el cabello, lista para dormir, cuando escuchó las voces de Terrence y Benjen; de inmediato, sintió curiosidad por lo que podían estar diciéndose y pensó en ponerse de pie para escuchar. Al final, decidió no hacerlo porque eso sería quebrantar su privacidad; sin embargo, al notar que ambos subían la voz, su instinto protector se puso en alerta y caminó para defender a su hijo de cualquier reproche que Benjen pudiera estar haciéndole, pero antes de salir, pudo escuchar sus palabras desde detrás de la puerta.

Se llevó una mano a la boca para ahogar el jadeo que brotó de esta al escuchar su confesión, la que removió muchas emociones dentro de ella, que

iban desde el enfado, pasando por la sorpresa, hasta el anhelo de que eso fuera cierto.

No obstante, sabía que no ganaba nada con ello, pues él nunca dejaría a su mujer; le faltaba el coraje para luchar por ese supuesto amor que decía tenerle; pero que, seguramente, era una mentira más.

Regresó a su cama, obligándose a olvidar el episodio y se metió bajo las cobijas. La hora siguiente solo pudo dar vueltas sin lograr conciliar el sueño, mientras se reprochaba por permitir que Benjen, una vez más, se colase en sus pensamientos y alterara sus emociones. Acabó por rendirse a sus deseos de ir a verlo, agarró su salto de cama y salió.

—Amelia, ¿qué haces aquí?, ¿sucedió algo? —preguntó, nervioso; temía que Terrence le hubiese contado sobre su conversación.

Después de aquel rechazo que sufrió la última vez que se vieron en el Palace, había decidido no hablarle de nuevo de sus sentimientos, sabía que nada de eso tenía sentido mientras él siguiese casado con Katrina. Y para su mala suerte, debía quedarse junto a su esposa hasta el final de sus días, porque esa había sido la condición que le impuso su padre, con tal de salvarla a ella y a Terrence de tener un destino peor.

—Nada..., no pasa nada —mencionó, sorprendiéndose al notar en sus ojos que había estado llorando—. Solo quería saber si estabas bien..., después de la discusión con Terry.

—Sí..., no te preocupes, ya estoy acostumbrado a lidiar con él. Lamento haberte despertado, seguro estabas durmiendo.

—Tranquilo, las cosas van a mejorar... Bueno, será mejor que regrese a mi habitación, descansa, Benjen —dijo para despedirse.

—Amy..., espera. —La agarró por el codo para retenerla, ella se volvió a mirarlo y, fue para él, imposible contener sus deseos.

Llevó su mano hasta el delgado cuello femenino y lo envolvió para acercarla, al tiempo que, con un movimiento brusco y demandante, se apoderaba de sus labios, gimiendo al sentir cómo la suave y curvilínea figura de ella se amoldaba a la suya. Sin saber cómo hizo, terminaron dentro de su habitación, él la pegó a los paneles de madera, mientras la besaba casi con desesperación, y ella respondía con la misma pasión.

—¡Dios mío! —expresó al separarse y ver sus voluptuosos senos blancos, que el escote del camisón le dejaba apreciar; quiso arrancárselo y hacerla suya, pero la conciencia regresó a él y supo que debía detenerse—. Lo siento..., lo siento... Prometí respetarte, Amelia, y es lo que haré. Por favor,

perdóname —dijo, alejándose.

—Está bien... —pronunció con la voz ronca por las lágrimas que se agolparon en su garganta, después se dio la vuelta.

Caminó de prisa para escapar de él y del poderoso deseo que sentía, de esas ansias enloquecidas que hacía mucho no vivía. Llegó a su recámara y lloró hasta quedarse dormida.

Margot ya estaba preparada para esa visita, así que cuando su ama de llaves le anunció que Terrence Danchester había llegado junto a su madre y su padre, pidiendo reunirse con ella y con su sobrina, no la sorprendió en lo absoluto. Aunque debía admitir que, la presencia de Benjen Danchester, sí le resultaba un tanto extraña. No esperaba que se presentara para intentar justificar lo que había hecho su hijo.

—Buenos días, señora Anderson, es grato verla de nuevo —mencionó Benjen, en cuanto vio llegar a la mujer. Le había pedido a Terrence que lo dejase hablar a él primero.

—Buenos días, Su Excelencia, también es grato para mí recibir su visita. —Lo saludó, recibiendo su mano.

—Buenos días, Margot... ¿Cómo se encuentra? —preguntó Amelia, intentando mostrarse cordial con la mujer.

—Bien, Amelia, muchas gracias por preguntar. ¿Usted cómo ha estado? —respondió el saludo de la misma manera.

—Bastante ocupada, pero bien, gracias a Dios.

—Señora Anderson, hemos venido para tratar un asunto muy importante —comentó Terrence, sin dar muchas vueltas, odiaba tanto protocolo e hipocresía.

—Imagino..., solo que ese asunto, ya quedó zanjado la última vez que nos vimos, señor Danchester —respondió al altanero joven.

—Pues las cosas han cambiado desde entonces, por eso he venido aquí a pedirle que reconsidere su postura y permita que Victoria y yo nos casemos cuanto antes —soltó sin más, mirando a la mujer a los ojos y sin titubear.

Aunque había aceptado que fuese su padre quien iniciara esa conversación, sentía que era su deber dar la cara y ser quien hiciera esa petición; sería él, quien se casaría y se responsabilizaría por ella.

Vio que la mujer se quedaba en silencio, con esa cara de póker que tanto odiaba, porque no sabía qué esperar; suponía que, dado los últimos acontecimientos, no se negaría a su petición, pero por la manera en la que se había llevado a Victoria, cualquier cosa podía suceder.

—Señora Anderson, comprendo que, como la tutora de su sobrina, usted procure que ella tenga el mayor bienestar. Le doy mi palabra de que eso no será una preocupación, si se casa con mi hijo. Su boda con Terrence estará respaldada por mí, y le prometo que a Victoria no le faltará nada. Tendrá un hogar estable y todas las comodidades que una chica de su condición social merece —dijo Benjen, ignorando la mirada de reproche que le dedicó su hijo, debía convencer a la mujer.

—Sabe que ellos también contarán con todo mi apoyo. Sé que quizá le preocupe el hecho de que sean jóvenes, pero sé que ambos tienen la madurez para afrontar cada uno de los retos que implica un matrimonio. Por favor, Margot, no les niegue la oportunidad de estar juntos y ser felices —mencionó Amelia, suplicándole.

—Sus palabras me provocan un gran alivio, duque de Oxford; sin embargo, esto no se trata solo del bienestar económico de mi sobrina, pues ella cuenta con la herencia que le correspondía a su padre. Lo que me preocupa es la estabilidad emocional que pueda tener Victoria en ese hogar, que siendo sincera, no sé si sea la adecuada, debido a la profesión que ha escogido su hijo —respondió en tono calmado.

—¿A qué se refiere con eso, señora Anderson? —cuestionó Terrence, sin disimular su rabia.

—Bueno, usted vive rodeado y asediado por muchas mujeres, señor Danchester y; seguramente, en algún momento, también tendrá que separarse de mi sobrina durante largas temporadas, por sus giras, y no es difícil adivinar el impacto que eso tendrá en ella y en su relación —habló con conocimiento de causa. Se había empapado muy bien del estilo de vida que llevaban los artistas, y no era lo que deseaba para Victoria.

—Perdone, Margot, pero creo que ha quedado claro que mi hijo ama profundamente a su sobrina, y que nunca haría nada para lastimarla. — Amelia habló antes que su hijo, ya que podía notar que estaba a punto de mandar al diablo a la mujer.

—Lamento tener que decirle esto, señora Anderson, pero cómo llevemos nuestra relación de pareja, será asunto de Victoria y mío. No le corresponde a nadie opinar sobre ello, solo confórmese con saber que respetaré a su sobrina y le daré el lugar que como mi esposa le corresponde, y será así porque la amo profundamente —sentenció, mirándola a los ojos para que viera que hablaba en serio—. Además, le recuerdo que ya se había acordado una fecha, así que no puede cambiar ahora los términos y decir que está «considerando»,

porque usted me dio su palabra.

—Tiene razón, yo le di mi palabra, pero también le prometí a mi hermano cuidar a su hija, y eso está por encima de todo. Su madre habla de la madurez que tienen ambos, pero lo sucedido el pasado fin de semana, deja mucho que desear. Ambos fueron unos irresponsables y, sí, me estoy replanteando la idea de permitir que este enlace se lleve a cabo —pronunció sin importarle esa actitud de bravucón que mostraba el muchacho.

—Pues tendrá que dejar de considerarlo, señora Anderson, y poner una fecha cercana para la boda, porque Victoria puede estar embarazada —anunció con mirada retadora.

Sabía que decir eso era exponer a Victoria y lo que los dos habían vivido, pero al ver el camino que estaba tomando la matrona, no le quedó más remedio; debía asegurar su matrimonio con su novia, y esa era la manera de conseguirlo.

## Capítulo 54

La mejor comparación que se podía hacer de lo que sucedió en ese momento, fue como si Terrence hubiese detonado una bomba en medio del salón. Aunque Margot ya casi lo tenía confirmado por parte de Victoria, ver que ese joven lo declaraba de manera tan descara la hizo sentir indignada.

Por su parte, Amelia solo pudo cerrar los ojos y suspirar; ella también pensó que cabía la posibilidad de que algo como eso sucediese, pero escucharlo en voz alta era, impactante. Benjen miró a su hijo con una mezcla de rabia y asombro, no podía crear que lo hiciera presentarse en casa de la familia de su novia, sin decirle la gravedad del asunto, se sentía como un estúpido.

—No puedo creer que tenga tanta desfachatez para presentarse aquí y vanagloriarse de haber irrespetado a mi sobrina. Se dice un hombre de palabra, pero no tuvo reparos en romper con la que le había empeñado a mi hermano... ¡Salga de aquí ahora mismo, antes de que llame a la policía! —gritó, mostrándose furiosa.

—Por favor, vamos a calmarnos, Margot... No es necesario hacer un escándalo de esta situación, aunque sé que es muy grave, lo mejor que podemos hacer es buscar una solución.

—Concuerdo con Amelia, señora Anderson, debe ser consciente de que un escándalo, terminaría perjudicando más a su sobrina que a nuestro hijo, así que, por favor, intentemos llegar a una solución —pidió Benjen, estaba realmente molesto con su hijo, pero debía mantener las cosas bajo control en ese momento.

—¿Cómo puede pedirme algo así, señor Danchester? Su hijo le ha faltado a mi sobrina, ha traicionado la confianza que mi hermano y el resto de esta familia le brindó. Si mi hermano estuviera aquí, seguro se moriría de nuevo de la decepción y la vergüenza.

—Si su hermano estuviera vivo, hubiese dejado que Victoria y yo nos casáramos en un tiempo prudente; así, ni ella ni yo, hubiéramos tenido que llegar a estos extremos. —Su mirada destellaba ira.

—Terrence, guarda silencio —exigió Benjen, pues su actitud altanera solo

empeoraba las cosas.

—¿Acaso está culpándome de su desvergüenza y la de mi sobrina? Esto es el colmo... Su Excelencia, me siento honrada ante su presencia, pero tendré que pedirle que saque a su hijo de mi casa en este momento —demandó Margot, mirando al duque.

—No me iré a ningún lado hasta no ver y hablar con Victoria —sentenció Terrence, luego caminó hacia la escalera.

—No se le ocurra —dijo caminando detrás para detenerlo.

—Terrence —masculló Benjen—. Regresa aquí, no estás en tu casa.

—Terry..., hijo, por favor —pidió Amelia, corriendo para alcanzarlo antes de que subiera—. Cariño, tienes que calmarte.

—Necesito ver a Victoria, madre..., saber que está bien, ¿Por qué no ha estado presente en esta reunión?, ¿por qué no bajó a verme?, ¿dónde la tiene? —Le cuestionó a Margot.

—Terrence, ya basta. —Benjen lo agarró del brazo, exigiéndole con la mirada que se calmara—. Esta actitud solo te perjudica a ti y también a ella, intenta calmarte.

—Por favor, hijo, hazle caso a tu padre..., cálmate.

—Victoria no se encuentra aquí. —Margot mintió de forma tan descarada, que todos pudieron notarlo.

—Eso es una mentira, usted se la llevó de nuestra casa hace dos días, y sé que la trajo hasta aquí.

—Le recomiendo que cuide sus palabras, señor Danchester, si no quiere que termine toda esta situación, prohibiéndole acercarse a mi sobrina, y esta vez por tiempo indefinido. —Le advirtió, mirándolo con resentimiento, por lo que había hecho.

—Amelia, llévate a Terrence, por favor, y déjame arreglar esto.

—Ni se le ocurra excluirme..., sabe perfectamente que acepté que viniera con nosotros con una condición. —Le recordó Terrence.

—Solo haz lo que te digo —pronunció con los dientes apretado, dejándole clara su advertencia.

—Terry..., ven, por favor..., por favor —pidió Amelia, sujetándolo del brazo para alejarlo; sabía que las mujeres como Margot Anderson, se entendían mejor con las personas como Benjen. Se acercó al padre de su hijo y le habló al oído—. Confío en ti, no vayas a hacer algo que haga que tu hijo te termine odiando. —Se alejó, mirándolo a los ojos y llevándose a Terrence con ella; lo veía tan alterado, que le preocupaba.



—Señora Anderson, ¿sería tan amable de continuar esta conversación conmigo? —solicitó Benjen.

—Acepto, únicamente, porque lo tengo en alta estima, Su Excelencia, y porque sé que usted no es el culpable del comportamiento desvergonzado y altanero de su hijo, así como yo no lo soy del de mi sobrina, pues intenté darle la mejor educación.

—Eso lo sé muy bien, Victoria es una chica maravillosa; y sé, que junto a mi hijo, ha cometido un grave error; por supuesto, Terrence, como caballero, es el responsable de toda esta situación, pero le aseguro que está en la mejor disposición de responder por su falta. También comprendo sus miedos, pero conozco a mi hijo y, a pesar de ese carácter tan impulsivo y volátil que tiene, es un buen muchacho, y estoy seguro de que puede ser un buen esposo para su sobrina.

—Sé que en estos momentos estoy atada de manos y que, lo quiera o no, Victoria debe casarse con su hijo, pero quiero dejarle claro que esta unión es para siempre. En mi familia jamás ha habido un divorcio, y nunca lo habrá. —Le advirtió, mirándolo a los ojos, ella sería quien pondría las condiciones.

—Nosotros tampoco admitimos el divorcio, así que puede quedarse tranquila con respecto a ese tema.

—Bien, lo otro es que no voy a permitir que la deshonra de mi sobrina sea de conocimiento público.

—Cuenta conmigo para evitarlo —alegó Benjen, viendo que la actitud de la mujer había cambiado—. Pongamos fecha a la boda y le doy mi palabra de que el honor de Victoria no será cuestionado por nadie —aseguró, mirándola a los ojos.

—Debemos esperar, una boda apresurada solo desataría una ola de comentarios... Eso era lo que pretendía cuando les notifiqué a ambos mi decisión de esperar hasta que ella fuese mayor de edad, pero ya ve como respondieron.

—Comprendo su malestar, yo también me siento muy resentido con mi hijo por lo sucedido, ni siquiera tenía conocimiento de lo grave de su falta. Sin embargo, debemos actuar rápido, porque si su sobrina espera un hijo, solo pasarán algunos meses para que su estado comience a notarse —dijo, tratando de mediar con ella, por medio de la lógica.

—Soy plenamente consciente de ello..., pero aun así, decido esperar. Un embarazo se descubre mucho antes de que el vientre empiece a crecer y, si mi sobrina está embarazada, comenzaremos los preparativos de inmediato. De lo

contrario, tanto ella como su hijo deberán esperar el plazo que se acordó antes, pues no dejaré que un par de chiquillos vengan a imponerme su voluntad. Yo soy la matrona de esta familia y mi palabra se obedece, les guste o no. Espero que eso le quede claro a su hijo.

—No se preocupe por ello, le aseguro que Terrence no causará más problemas, ahora me retiro, debo brindarle esta información a mi hijo —dijo, poniéndose de pie para despedirse

—Algo más..., señor Danchester —indicó, mirándolo.

—Claro, usted dirá. —La alentó a continuar.

—Su hijo no podrá volver a ver a mi sobrina, no hasta que esté cercana la boda, tanto si ella está embarazada, como si no. Espero que comprenda la razones que me llevan a imponer esta condición, sin tener que entrar en detalles engorrosos —expresó, sin mirarlo a los ojos por pudor. Lo que había hecho su sobrina la hacía sentir sumamente avergonzada como para hablar de ello.

—Entiendo perfectamente, se hará como desea. Y, algo más, señora Anderson, en cuanto se fije la fecha del matrimonio, comenzaré los trámites para que mi hijo reciba la parte del patrimonio de los Danchester que le corresponde.

—Haré lo correspondiente con Victoria. Gracias por venir y responder por el honor de mi sobrina, no esperaba menos de usted.

—Es mi deber como padre, pero también tenga presente que mi hijo está aquí, dando la cara, como corresponde a un caballero. No es mi intención justificarlo, pero Terrence ama a Victoria y, sé, que siempre buscará velar por su bienestar. Disculpe tantas molestias, señora Anderson, que tenga buenas tardes. —Le extendió la mano.

—Igual para usted —esbozó ella, recibiendo con agrado el gesto.

Terrence estaba realmente furioso cuando salió de la mansión, veía todo rojo mientras se debatía entre largarse o entrar y sacar a Victoria de ese lugar, aunque fuese por la fuerza; le importaba un carajo portarse como un troglodita con la vieja amargada de Margot Anderson.

Ya después vería cómo lidiar con las consecuencias que sus actos trajeran, podía fugarse con su novia a otro país, tal vez a Suramérica, donde nadie los conociera. Podrían vivir allí hasta que ella tuviera la edad para casarse, y regresar cuando ya no pendiera sobre él, la amenaza de una denuncia legal.

—Joven Terrence..., venga por acá, por favor, de prisa —pidió Angela, llamándolo desde una de las esquinas de la fachada.

Terrence no esperó a que la dama de compañía de Victoria repitiera esas palabras, corrió hasta ella y la siguió a la parte de atrás de la mansión, llegaron hasta la terraza donde siempre desayunaba la familia y buscó con su mirada las ventanas.

—¡Terry, mi amor! —expresó Victoria con emoción, pero procuró no alzar mucho su voz, para no ser descubierta.

—¡Pecosa!, ¿estás bien? —inquirió, dejando ver su preocupación. Aunque se sentía feliz, como el famoso Romeo, cuando veía a su bella Julieta en lo alto del balcón.

—Sí..., sí, estoy bien, mi vida; no te angusties, ¿qué ha pasado?

—Mi padre está hablando con tu tía en este momento.

—Lo sé, Angela me avisó, por eso le pedí que te llamara; debemos aprovechar que el duque la distrae.

—En ese caso, espero que la mantenga ocupada por un buen rato... Espera un momento, voy a subir —dijo después de ver una ruta que podía ser segura.

—¡Terry, no! Puede ser peligroso —rogó para que no cometiera una locura, podía caer y lastimarse.

—No te preocupes, recuerda que tengo experiencia. —Pasó sus manos por la pared para cubrirlas del polvillo que la cubría.

—¿A dónde crees que vas? —inquirió Amelia, agarrándolo por el brazo, al llegar y ver lo que pretendía hacer—. ¿Acaso te has vuelto loco, Terrence? —Lo miró, asombrada.

—O tal vez tenga dentro de mí el espíritu de Romero Montesco, madre —dijo, sonriendo, y comenzó a escalar la pared.

—Ten mucho cuidado, por favor, Terry —suplicó, viéndolo.

Sonrió de alivio cuando vio que lo conseguía y al recordar cómo se había llamado, lo único que esperaba era que ni él ni Victoria tuvieran el final de los personajes de Shakespeare. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver ese abrazo tan entregado y los besos desesperados que se daban los jóvenes; no pudo evitar sentir nostalgia de aquella época cuando ella vivió un amor así, aunque, a decir verdad, Benjen nunca tuvo ni la mitad de la valentía que tenía su hijo. Terrence era único.

—Mi amor..., te extrañé tanto..., no puedo creer que estés aquí —pronunció Victoria en medio de besos y lágrimas.

—Te dije que vendría por ti, pecosa... ¡Por el amor de Dios! Casi me vuelvo loco cuando llegué a la casa y no te vi, me siento tan culpable..., debí

quedarme ese día contigo —esbozó, llorando.

—No, no digas eso... Si hubieses estado allí, todo habría terminado peor, ahora estarías en una celda, y yo muriéndome de tristeza y preocupación —dijo, acariciándole el rostro.

—No voy a dejar que nos separen, Vicky..., tu tía va a tener que aceptar nuestro matrimonio, lo quiera o no. Ya le dije que eres mi mujer y que es posible que estés esperando un hijo mío.

—Yo también se lo dije cuando fue a buscarme, intenté hacerle ver que no tenía sentido que nos separe, pero ella está empeñada en cubrir las estúpidas apariencias, y no dará su brazo a torcer..., pero tendrá que hacerlo, si un bebé viene en camino, tendrá que ceder —aseguró, convencida de que así sería.

Él acunó el rostro de Victoria, mirándola a los ojos; luego se apoderó de sus labios en un beso profundo y necesitado, uno que buscaba recuperar los días alejados. Ella respondió con igual desesperación, se colgó del grueso cuello de su novio, deseando quedarse así para siempre, que no hubiese fuerza en el mundo capaz de separarlos, pero en ese instante se abrió la puerta.

—Señorita Victoria, su tía viene hacia acá —anunció Angela, quien entró a la habitación como un vendaval—. ¡Por el amor de Cristo! ¿Qué hace aquí el joven? Tiene que salir ahora —dijo, mostrándose alarmada.

—Tranquila, me iré por el mismo lugar por donde entré; no te preocupes, Angela. Nunca olvidaré este gesto, muchas gracias por ayudarnos —dijo para calmar a la mujer, luego miró a Victoria—. Te amo con todo mi ser y te prometo que vamos a estar juntos muy pronto; por favor, no llores ni te dejes vencer. Recuerda que eres muy fuerte, prométeme que te vas a cuidar porque quizá nuestro hijo ya esté creciendo dentro de ti, y quiero que sea sano y maravilloso, como su madre —pidió, mirándola a los ojos, luchando contra sus propias lágrimas, para que ella no estuviera triste.

—Y valiente, como su padre —mencionó, sonriéndole. Le dio un último beso, repleto de todo su amor—. Te amo, Terrence, te amo..., te amo —repitió mientras lo veía bajar, sintiendo que el corazón se le rompía en pedazos por tener que dejarlo ir.

—Vicky..., será mejor que entre al baño y se acomode, o su tía notará que algo ha pasado —sugirió, viendo que su peinado se había desordenado y que tenía los labios enrojecidos por los besos que se dio con su novio, por no decir de su llanto.

Victoria hizo lo que Angela le recomendó, también porque necesitaba

estar a solas para poder llorar con libertad, sentía que su pecho no podía con tanto dolor. Sin embargo, estando allí, luchó por calmarse, porque le había prometido a Terrence que estaría bien y que no lloraría. No quería que el niño que, tal vez, ya crecía en su vientre, sintiese su tristeza.

—¿Dónde está Victoria? —preguntó Margot al entrar.

—Se encuentra en el baño, señora.

Margot sintió que la mujer la engañaba, así que caminó con rapidez y abrió la puerta, respiró aliviada al verla lavándose la cara; al parecer, no se había enterado de la visita de los Danchester.

—Tenemos que hablar de algo importante —anunció, mirándola a través del espejo, luego regresó a la habitación; cuando su sobrina estuvo frente a ella, le contó lo sucedido y al acuerdo que llegaron.

Benjen caminó con ese andar elegante y decidido que lo caracterizaba, llegó hasta el auto, extrañándose al no encontrar a Amelia ni a su hijo, solo estaba el chofer. Pensó que quizá, el altanero de Terrence, había decidido irse por su cuenta, algo bastante absurdo, pues ese lugar quedaba bastante retirado de la ciudad, pero conociéndolo, no le extrañaba que lo hiciera y que también arrastrara a su madre con él en toda esa locura.

—¿Dónde estaban? —preguntó con el ceño fruncido, al ver que salían de detrás de la mansión, y se mostraban agitados.

—Te lo diremos después —respondió Amelia, sonriendo.

Benjen supo que era mejor esperar a que estuvieran lejos de los oídos de algún sirviente de los Anderson, para poder hablar con tranquilidad. Durante el trayecto hasta el hotel, tampoco tocaron el tema; aunque el único extraño con ellos era Barry, el chofer que utilizaba en esa ciudad, él prefería que ese tipo de asuntos se trataran con la mayor discreción posible.

—Bien, ya no hay extraños... Dígame lo que acordó con Margot Anderson —exigió Terrence, mirando a su padre.

—Pasemos al salón de mi habitación, no hablaré de esto en el pasillo de un hotel —indicó Benjen con tono serio y caminó para abrir la puerta de su recámara; los hizo pasar, mientras se quitaba la chaqueta de su traje y la colgaba en el perchero.

—¿Y bien? —inquirió Terrence con impaciencia.

—Antes quiero hacerte una pregunta —anunció, mirándolo a los ojos, mientras se servía un trago. Lo necesitaba en ese momento—. ¿Acaso te resultaba tan difícil esperar a casarte para poder intimar con tu novia? —

cuestionó con rabia.

—Espere un momento —indicó Terrence, entre sorprendido, furioso e indignado—. ¿En serio me está cuestionado esto? ¿Usted?, que precisamente hizo lo que hizo —pronunció, sintiendo que todas sus sensaciones anteriores eran reemplazadas por la rabia.

—Son situaciones muy distintas —alegó de inmediato.

—¡Por supuesto que son distintas! Yo sí estoy dispuesto a dar la cara por mi mujer y por el hijo que pudiera estar esperando.

—Yo no estaba al tanto del embarazo de Amelia cuando nos separamos. —Se defendió, sintiéndose contra la espada y la pared, pensando que quizá no debió decir nada.

—No, pero como hombre, debió tener en cuenta que existía esa posibilidad, aun así, no le importó abandonarla. Ahora no venga a hacerme un maldito reproche, porque no tiene ni el derecho ni la moral para hacerlo. —Tembló de la ira, al ver la desfachatez del duque.

—Terrence..., Benjen es tu padre y merece respeto —exigió Amelia, intentando contener el temperamento de su hijo.

—Entonces, a él que empiece por respetarme y también a Victoria. Lo que hicimos no es ningún pecado, entregamos nuestros votos teniendo a Dios como testigo, que es el único con derecho a juzgarnos; los demás pueden ahorrarse sus juicios; sobre todo, si no tiene la moral para emitirlos —dijo mirando a su madre, pero cada una de sus palabras iban dirigidas al duque.

Benjen tuvo que tragarse cada una de sus palabras, pues no podía negar que Terrence tenía razón; él, menos que nadie, tenía la moral para reprocharle nada, no cuando había hecho lo mismo con Amelia y, lo que fue peor, no le respondió como se suponía lo hiciera un caballero.

—Margot Anderson aceptó tu matrimonio con su sobrina —anunció, yendo directo al asunto que le interesaba a Terrence.

—¿Cuándo? —preguntó y, sintiéndose esperanzado.

—No me dio una fecha exacta —respondió y vio cómo la esperanza desaparecía del rostro de su hijo, así que agregó algo más—. Existen dos posibilidades... Si Victoria está embarazada, la boda se realizaría en un par de meses, antes de que su estado empiece a notarse; pero si no lo está, deberán esperar hasta la fecha antes acordada, cuando ella sea mayor de edad.

—¡Por un demonio! —exclamó, frustrado—. ¿Por qué tiene tanto empeño en no dejar que nos casemos antes?

—Terrence, no ganas nada con ponerte de esta manera.

—¿Acaso no vio cómo tiene encerrada a Victoria, madre?

—Sí, lo vi, cariño, y no tienes idea de cuánto me duele su situación, pero en este momento, debes enfocarte; si deseas ayudar a Victoria, tienes que jugar el mismo juego de Margot Anderson... Alterarte no te servirá de nada —comentó, sosteniéndole el rostro, mientras lo miraba a los ojos, luchando por calmarlo.

—Tu madre tiene razón, entre más intentes luchar contra esa señora, más te complicará las cosas —indicó Benjen, quien tenía más experiencia tratando con escoceses—. Una de sus razones, es que no desea que se creen rumores mal infundados en torno a Victoria, según lo que sé, de esta familia, ninguna mujer se ha casado antes de la mayoría de edad. Supongo que es una tradición o algo así, si Victoria la rompe, daría paso a habladurías.

—Eso es lo más absurdo que he escuchado en mi vida —espetó Terrence con rabia, aunque intentando estar más tranquilo, por el bien de su pecos—. Pero, al menos, consiguió que aceptara el matrimonio. Juro que cuando la escuché decir que ya no estaba segura, quise ahorcarla en ese momento.

—Lo aceptó, pero puso una condición —dijo, lamentando tener que parar el entusiasmo de su hijo—. No permitirá que ustedes se vean hasta que la boda esté cerca, ya sea que esté embarazada o no. Tienes prohibido verla, Terrence, y si incumples esa orden, el trato se acaba.

—Esa mujer no puede hacer algo como eso, es arbitrario y absurdo... No tiene sentido, ella solo está jugando con nosotros. Victoria debe casarse conmigo porque ya fue mi mujer, si ella no quiere escándalos tiene que ceder o ¿acaso cree que si no la casa conmigo podrá casarla con otro hombre, más adelante? —inquirió mirando con asombro a sus padres.

—Algunos hombres aceptan casarse con mujeres que han perdido su virtud, a cambio de que la familia les entregue una buena dote, de esa manera acallan los rumores —mencionó Benjen, lo que se estilaba en muchas familias de clase alta.

—También puede enviarla a un convento —acotó Amelia, al ver que su hijo palideció por el comentario de su padre.

—De ninguna manera permitiré que le hagan algo como eso a Victoria, no tiene vocación de monja y tampoco se casará con otro. Ella es mi mujer y así tenga que someterme a la voluntad de la miserable y amargada Margot Anderson, lo haré; pero luego de la boda, esa mujer no tendrá más poder sobre nosotros —aseguró mientras su cuerpo estaba tenso por la rabia contenida.

—Es lo mejor que puedes hacer, tampoco quiero que un Danchester sea el títere de una obstinada mujer —comentó Benjen, molesto por haber tenido que doblegarse también.

—No es justo..., si Victoria espera un bebé, yo debería estar a su lado, acompañándola..., va a quitarnos ese tiempo, solo porque se le da la gana. — Se quejó Terrence, a punto de llorar.

—Tienes suerte..., yo no pude conocer a mi primer hijo sino hasta que tuvo seis años. Y sé que dirás que fue mi culpa, lo sé..., pero eso no evita que me duela. Lo peor es que luego tuve la oportunidad de recuperar ese tiempo perdido y lo arruiné —pronunció, mirándolo, y luego soltó un suspiro—. Iré a descansar.

Amelia y Terrence se quedaron en el salón, sin saber qué decir, mientras veían a Benjen entrar a la recámara de la suite y cerrar la puerta tras él. Madre e hijo compartieron una mirada apenada y luego salieron de ese lugar.



## Capítulo 55

Brandon regresó a Chicago, quince días después de que se diera la reunión entre los Danchester y su tía Margot, había recibido la carta de Terrence, donde le explicaba brevemente la situación en la que se encontraban envueltos Victoria y él. Su primera reacción fue querer ir hasta Nueva York y exigirle al novio de su prima que le rindiera cuentas, pero su preocupación por Victoria era mayor, así que decidió trasladarse hasta la mansión Anderson primero, ya luego hablaría con el inglés.

Era media mañana cuando el auto de alquiler que Brandon tomó en la estación de trenes se detuvo frente a la fachada de la opulenta residencia de los Anderson. No le avisó a nadie de su llegada, porque quería caerles de improviso, para evitar que a su tía le diese tiempo de advertirle al personal que mintieran sobre lo que sucedía, y que intimidase a Victoria para que formase parte de su teatro.

—Buenos días, joven Brandon, qué alegría tenerlo de regreso. ¿Cómo estuvo su viaje?

—Buenos días, Dinora, a mí también me alegra estar de vuelta. El viaje resultó verdaderamente agotador, salí hace tres días de la capital mexicana —respondió, notando que la casa parecía estar vacía.

—Enviaré a que le prepararen un baño, necesita descasar.

—Antes, me gustaría ver a mi prima Victoria.

—La señorita está... —Dinora estaba a punto de entregarle la respuesta que la matrona les había ordenado dar.

—Brandon, no sabía que llegarías hoy —comentó Margot, mientras bajaba las escaleras y lo miraba sorprendida.

—Quería darles la sorpresa —comentó. Estar molesto con lo que supuestamente hacía, no significaba que tuviera que rechazar su abrazo.

—¡Por Dios! ¿Por qué traes el cabello tan largo?, ¿acaso no había nadie que lo cortara en México? —preguntó Margot, al ver que la rubia melena casi le llegaba a los hombros.

—Tenemos cosas más importantes de las que hablar, tía Margot —respondió y la vio tensarse—. ¿Dónde está Victoria?, ¿qué ha pasado con mi

prima? —Le anunció que estaba al tanto de lo que sucedía.

—Le dije a Robert que no te importunara con este asunto, yo conseguí manejarlo perfectamente —contestó con molestia.

—Robert no me dijo nada, recibí una carta de Terrence, donde se le notaba bastante preocupado.

—No puedo creer que haya tenido la desfachatez de escribirte.

—¿Qué sucedió? —preguntó de nuevo, había viajado casi sin descanso hasta allí para obtener respuestas.

—Hablares después, primero debes descansar, luces agotado... Y por Victoria no te preocupes, ella está bien.

—Quiero verla —demandó, mirando a la matrona a los ojos.

—¡Por el amor de Dios, Brandon! Ya lo harás... No la tengo encadenada en el sótano, ustedes los jóvenes de ahora son tan dramáticos. Lo que hizo Victoria merecía un castigo ejemplar, sin embargo, solo le ordené que permaneciera en su habitación; no se le ha maltratado de ninguna manera, así que deja de mirarme como si fuera la bruja de un tonto cuento de hadas.

—Subiré a darme un baño y a cambiarme de ropa, luego iré a ver a Vicky. Le advierto que será mejor que no intente persuadirla de ocultarme la verdad, porque de la manera que sea, me enteraré, ¿está claro? —inquirió con determinación.

—No te preocupes, ni siquiera estaré en esa reunión. Tengo un asunto muy importante que atender en el banco, nos vemos para la cena, descansa —comentó con absoluta tranquilidad y se marchó.

Victoria había pasado los dos últimos días más triste de lo que ya se encontraba, por tener que estar encerrada en su habitación. Angela le había traído el periódico para mostrarle un artículo donde salía Terrence; sin embargo, eso, en lugar de animarla, la desalentó más, porque, nuevamente, lo veía como ese ser inalcanzable, posando junto a Allison y al resto de sus compañeros. Le dolió saber que él seguía con su vida, mientras ella estaba a merced de la voluntad de su tía Margot.

—No debe estar triste, aquí dice que fueron funciones benéficas, para ayudar a los inmigrantes que llegan huyendo de la guerra en Europa —comentó Angela, para animarla.

—Sí, pude leerlo, espero que les haya ido muy bien.

Se puso de pie, dejando de lado el diario y caminó hasta el baño, sentía una leve molestia en el vientre desde que despertó, pero tenía tantas

preocupaciones en su cabeza, que apenas le prestó atención.

Se sentó en el bidé para orinar y, cuando estaba por secarse con el papel higiénico, vio una mancha roja en su ropa interior; de inmediato, llevó su mano temblorosa a su parte íntima y, al retirarla, el papel estaba empapado en sangre.

—No, no, no... No puede ser —susurró y sus ojos se llenaron de lágrimas; con rapidez, se incorporó para buscar su calendario.

—¿Le pasa algo, Vicky? —preguntó Angela, desde la habitación. En su voz se podía escuchar la preocupación.

—Tranquila..., estoy bien —respondió con voz trémula mientras miraba las fechas, que bailaban ante sus ojos colmados de lágrimas—. ¡Ay, no! ¡No! —expresó en medio de sollozos, al ver que su período había llegado puntual.

—Señorita Victoria, abra la puerta, por favor. —Angela no se atrevía a hacerlo, porque eso era violar su privacidad.

—Dame un momento, Angela, por favor... Estoy bien —respondió, intentando dejar de llorar, mientras buscaba en el armario las compresas y la ropa interior que usaba para esos días.

—Vicky, ¿qué le sucedió? —preguntó al verla salir, minutos después, con el rostro bañado en llanto.

—No estoy embarazada —respondió, dejando escapar un sollozo y se llevó las manos a la cara.

—Vicky... —susurró, envolviéndola en sus brazos para darle consuelo—. ¿Cómo lo sabe? ¡Ay, qué pregunta más tonta! Imagino cómo, por eso tardó en el baño.

—Acaba de llegar mi período, ni siquiera tuve un retraso, pero no lo entiendo..., se supone que solo basta que un hombre y una mujer estén juntos, para crear a un bebé. —Le expuso sus dudas a Angela, necesitaba que alguien le explicase lo que había hecho mal, debía hablar con su profesora en la escuela de enfermería.

—No siempre es así, Vicky... No sé mucho de esas cosas, pero mis primas, que ya están casadas, dicen que toda mujer tiene días en los que se es fértil y días en los que no. Supongo que cuando usted y el joven Terrence intimaron, su cuerpo no estaba en condiciones para crear a un bebé —respondió mirándola con pesar, sabía que todas sus esperanzas estaban cifradas en ese embarazo, y enterarse que nunca existió, debía ser devastador.

—Tengo tan mala suerte. —Se quejó, rompiendo en llanto.

—¡No! No diga eso, por favor..., ya verá que no pasará mucho tiempo

para que usted y el joven Terrence tengan un hermoso bebé, ¡Y qué digo uno! Tendrán muchos..., no debe estar triste.

—Pero... yo quería uno ahora, lo deseaba con todas mis fuerzas.

—Ya llegarán, no se angustie por eso, es muy joven, Vicky; tiene toda una vida por delante para ser madre, recuerde que el tiempo de Dios es perfecto, nuestro Señor sabe por qué hace cada cosa... ¿Sabe qué? Iré a la cocina y le prepararé un delicioso té, eso le ayudará a relajarse. Regreso enseguida.

Angela salió de la habitación con rapidez, debía darse prisa y no dejar tanto tiempo a Victoria sola, o acabaría marchita de tanto llorar. Le causaba pena su situación, verla tan desanimada; y lo que era peor, encerrada todo el día allí, sin poder respirar el aire fresco del jardín, pues no era lo mismo abrir las ventanas que salir a caminar; temía que, si su tía no le levantaba el castigo pronto, iba a terminar enfermándose.

Victoria se sentó en el sillón frente al ventanal, mientras se llevaba las manos al vientre y se preguntaba por qué Dios no hizo en ella el milagro de ser madre, por qué, conociendo que esa era la única manera en la que podría salir de esa prisión, no la ayudó.

Al no recibir respuestas a sus interrogantes, el llanto se hizo más amargo y los sollozos le rompían la garganta, sintiendo cómo se apoderaba de ella la zozobra y la tristeza.

—¿Cómo le daré esta noticia a Terry?, ¿cómo le diré que no espero a su bebé? —cuestionó, cerrando los ojos y evocando la imagen de su novio. Lo necesitaban tanto en ese momento.

De pronto, escuchó que alguien abría la puerta de su habitación; con rapidez, se limpió las lágrimas, pues en caso de tratarse de su tía Margot, no quería que la viera llorando de esa manera, ella no se podía enterar aún de que no esperaba un hijo.

Se mantuvo tranquila mientras luchaba por sosegar su respiración, el sonido de la puerta al abrirse la hizo tensarse.

—Vicky, he regresado con tu té... y también he traído a alguien que, estoy segura, te hará muy feliz en cuanto lo veas.

Victoria se volvió, pensando que podía tratarse de Terrence, pues lo había llamado con el pensamiento, pero en lugar de encontrarlo a él, vio a su primo Brandon y, ciertamente, se llenó de alegría.

Rápidamente se puso de pie para correr hasta él y abrazarlo, sintiéndolo como su salvador, pues si Dios no le había dado la bendición de ser madre, por lo menos hizo que su primo regresase para sacarla de ese lugar.

—¡Te extrañé tanto, Brandon! —dijo aferrada a él, mientras sollozaba y temblaba de pies a cabeza.

—Pequeña..., lamento tanto no haber estado aquí para ti —Le limpió las lágrimas con los pulgares y le dio un beso en la frente.

—Señor Brandon, haga que se tome el té, por favor. Esta mañana no quiso desayunar. Los dejaré solos para que puedan conversar —indicó Angela, antes de retirarse.

—No te preocupes, haré que se beba la taza completa... y, por favor, pide que le hagan uno de sus platillos favoritos de almuerzo.

—Por supuesto, señor Brandon. —Angela sentía que él le devolvería la alegría a la chica, y ella le ayudaría a conseguirlo.

—Muchas gracias, Angela —comentó Victoria, sonriendo.

—No tiene nada que agradecer, con su permiso.

Brandon se volvió a mirar a Victoria, una vez que quedaron solos, y le dolió ver lo mal que se encontraba. Lucía tan desencajada como estuvo después de la muerte de su tío Stephen, se le veía pálida y más delgada; al parecer, ni siquiera se estaba alimentando bien.

Caminó con ella hasta los sillones, se sentó y esperó paciente a que iniciase esa conversación, pero, por lo visto, tendría que empezar él, porque ella se había quedado en silencio, mostrándose avergonzada.

—¿Por qué escapaste, Victoria? —preguntó, yendo directo al asunto que tanto lo había alarmado y que lo hizo regresar.

Victoria sintió que su cuerpo comenzaba a temblar, mientras el pánico se iba apoderando de ella como una hiedra venenosa; sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz desapareció. Su mayor temor era que Brandon fuese a juzgarla tan duramente, como lo hizo su tía, que le dijera esas mismas palabras que tanto daño le hicieron, y que de solo recordarlas, la hacía sentir horrible.

—Brandon..., yo... solo quiero que me prometas que escucharás todo, antes de juzgarme; necesito que te pongas en mi lugar y entiendas mis razones, por favor —pidió, mirando esos ojos celestes que siempre le brindaban una mirada serena.

—Puedes estar tranquila, Vicky, no voy a juzgarte... Solo deseo saber qué fue lo que sucedió para que tomaras una decisión tan arriesgada —dijo, agarrándole la mano y apretándola con suavidad.

Ella asintió con la cabeza y respiró profundo para armarse de valor, sabía que debía ser valiente y afrontar las consecuencias de sus actos. Inició su

relato desde que él se marchó y cómo su tía empezó a controlarla en cada aspecto, incluso, cómo le ordenó que dejara la escuela de enfermería para ir a la universidad.

Brandon escuchaba atentamente las palabras de su prima, mientras sentía crecer dentro de él, la rabia hacia su tía; no podía creer que llegara tan lejos en su afán por querer imponer su voluntad. Aunque siendo sincero, no debería extrañarle, porque lo mismo hizo con él, al enviarlo a Brighton, cuando murieron sus padres; aprovechando que, en ese entonces, era solo un chico, pero las cosas eran distintas, y no permitiría que le hiciera lo mismo a Victoria. Había llegado la hora de asumir las riendas como el jefe de la familia Anderson.

—Y el bebé que se suponía sería mi salvación, que me ayudaría a salir de aquí..., nunca existió —susurró Victoria con la cabeza gacha, dejando que las lágrimas se estrellaran en su regazo.

—No te preocupes, pequeña..., te prometo que esta pesadilla se acabará pronto. Y si lo que deseas es estudiar enfermería o estar junto a Terry, así será, yo me encargaré de ello —dijo, elevándole el rostro para mirarla a los ojos.

—Quisiera tanto creer que así será, Brandon, pero sé que no hay nada capaz de hacer cambiar de parecer a tía Margot... Ella está empeñada en esto y no cederá —esbozó con pesimismo.

—¡Ey!, ¿dónde está la hermosa chica que siempre se mostraba optimista? —preguntó, sonriéndole, pero ella solo desvió la mirada—. Victoria, quiero que confíes en mí. Vine a ayudarte y te aseguro que lo haré... Ahora, seca tus lágrimas y ven conmigo, saldremos a dar un paseo por el jardín, te hace falta tomar algo de sol y respirar aire fresco —indicó, poniéndose de pie mientras le ofrecía la mano.

—¿Tía no se enfadará? Me dijo que tenía prohibido salir de mi habitación hasta que ella lo autorizara —dijo, dudosa.

—Me da igual si se molesta, porque ella tendrá que rendirme cuentas de todo lo que ha hecho; creo que es hora de que alguien le haga frente a sus imposiciones, y seré yo —expresó con una actitud firme, ya estaba decidido a ocupar su lugar.

Victoria se sintió esperanzada al escuchar a Brandon hablar así, era como si pudiera ver en él, ese sentido de protección que siempre le brindaba su padre, y se sintió feliz nuevamente.

Margot regresó cuando las últimas luces del día pintaban de naranja y

dorado la fachada de la mansión, bajó del auto y se encaminó hacia el interior de la casa con ese aire de seguridad, elegancia y arrogancia.

Apenas intercambió algunas palabras con Dinora, referente a la cena que servirían esa noche, y estaba por subir las escaleras, cuando vio a Brandon en lo alto de estas, al parecer, la estaba esperando.

—Buenas tardes, tía —mencionó, mirándola con seriedad.

—Buenas tardes, Brandon... Espero que hayas descansado.

—Sí, lo hice... —dijo, bajando las escaleras para encontrarse con ella a la mitad—. ¿Le importaría acompañarme al estudio? Necesito hablar con usted —pidió con su mirada fija en ella.

—Quizá podamos dejar esa conversación para la cena, ahora estoy agotada —respondió sin darle mayor importancia a la petición o la actitud de su sobrino.

—Lo siento, pero me veo en la obligación de insistirle, tía; necesito hablar con usted y debe ser ahora, por favor, acompáñeme al estudio. —Esta vez no le pidió nada, le dio una orden; luego miró a la dama de compañía de su prima, quien se disponía a subir las escaleras en ese momento—. Angela, puedes hacer lo que te pedí hace un rato —dijo, mirándola a los ojos.

—Por supuesto, señor Brandon —contestó sin atreverse a mirar a la matrona, giró sobre sus talones y se alejó con rapidez.

Brandon le hizo un ademán a su tía, para que fuese primero; caminó detrás de ella, entraron al despacho en completo silencio. Él, una vez más, le indicaba tomar asiento en el juego de sillones junto a la chimenea. Había pensado durante varias horas lo que le diría, pues, por mucha determinación que tuviese, no le resultaba fácil asumir su papel como cabeza de la familia. Escuchó que llamaban a la puerta y dio la orden para que entraran.

—¿Qué hace Victoria aquí? Debería estar en su habitación—pronunció con molestia, al ver que quien entraba era su sobrina.

—Pasa, por favor, prima. —Brandon la invitó acercarse.

—No, que regrese a tu habitación, yo le impuse ese castigo.

—Lo sé, pero yo se lo he retirado. ¿Desde cuándo esta casa se ha convertido en una prisión? —cuestionó, mirándola con reproche.

—No tienes el derecho de cuestionar mi autoridad, Brandon.

—Se equivoca, como cabeza de la familia, tengo todo el derecho de impartir, decidir y cuestionar lo que usted hace, tía Margot —mencionó, entregándole una mirada fría—. Por favor, Victoria, toma asiento; deseo que estés presente en esta reunión.

Ella solo asintió en silencio, sin atreverse a mirar a su tía; sentía que el corazón le latía desbocado, pues no sabía qué esperar, se le notaba furiosa. Ocupó el puesto vacío que estaba cerca de su primo, buscando, de esa manera, su protección, y mantuvo la mirada en sus manos.

—Te recuerdo, que la cabeza de esta familia soy yo; así que, acabemos con todo este teatro. Victoria regresará a su habitación y se quedará allí hasta que yo decida que puede salir. Ella se ha buscado que la trate de esa manera al burlar la confianza que le brindé —pronunció con seriedad y se levantó para dar por terminada esa conversación.

—Haga el favor de sentarse, tía, aún no he terminado —expresó Brandon, en un tono que dejaba claro que él, ya no era un jovencito, sino un hombre—. Usted se la pasa justificando cada una de sus acciones, en nombre de las tradiciones de esta familia...

—Yo no justifico nada, yo cumplo con mi deber.

—Bien, pero si no me equivoco, una de las más importantes, señala que la responsabilidad de liderar el clan, recae sobre el hombre con más edad, cuyo primer apellido sea Anderson. Después de la muerte de mi abuelo, se quedó al frente mi padre y, al fallecer este, usted lo asumió como interina; pero, cuando regresó tío Stephen, el compromiso pasó a él. Ahora es mi turno —mencionó, consciente de esa jerarquía.

—¿Estás queriendo decir que te pondrás al frente de esta familia?, ¿de los negocios, las propiedades y todo lo que conlleva ser el jefe del clan Anderson? —cuestionó entre incrédula y molesta, porque él le estaba arrebatando el poder.

—Veo que lo ha entendido. Me alegra —comentó con ironía.

—A mí también, ya era hora de que cumplieras con tu papel; solo te advierto que tendrás que hacer unos cambios.

—Los haré, no se preocupe por ello —dijo, sonriéndole, ella ni se imaginaba todos los cambios que haría—. El primero será asumir la custodia de mi prima —anunció con tranquilidad.

—Brandon... —susurró Victoria, y en sus hermosos ojos verdes brilló la esperanza; no pudo evitar sonreírle con agradecimiento.

—Eso es imposible, yo soy su tutora y así será hasta que cumpla la mayoría de edad. —Se negó categóricamente.

—No, desde hoy, yo paso a ser su tutor, y como cabeza de esta familia, apruebo su boda con Terrence Danchester, y que la misma se lleve a cabo para finales de año, cuando haya terminado el período de luto que se merece



tío Stephen —indicó, sin dejarse intimidar por la mirada de su tía, que destellaba de ira.

—Yo... no puedo creerlo. —Victoria se puso de pie y caminó hasta él para abrazarlo—. Gracias, muchas gracias, Brandon.

—Esto es inconcebible, no voy a permitir que llegues aquí y pretendas arruinar todo lo que tanto esfuerzo me ha costado... Someteré esto a la aprobación de los otros miembros de la familia —dijo, poniéndose de pie para marcharse.

—Yo en su lugar, me ahorraría esa penosa labor, porque sabe muy bien que ellos estarán de mi parte... Y, una cosa más —reveló, antes de que saliera—. Mañana temprano sale para Barrington, la propiedad ha estado sola por mucho tiempo y necesita de atención; además, sé que estar allá le hará mucho bien.

Margot sentía que estaba a punto de estallar de rabia, mientras su mirada iracunda se enfrentaba a la desafiante de su sobrino; él sabía que la tenía atada de manos, que no podía hacer nada. La había derrocado y todo por culpa de la caprichosa de Victoria, por complacerla a ella en esa descabellada idea de casarse con aquel rebelde. Bien, que hicieran lo que quisieran, pero que después no la buscaran para reparar el daño. Le dio la espalda y salió lanzando la puerta.

## Capítulo 56

Terrence se encontraba sentado en un sillón frente a la chimenea, había encendido el fuego porque la intensa lluvia que se desató a primeras horas de la noche, hizo que la temperatura bajara drásticamente. A pesar de la insistencia de sus compañeros, se había negado a asistir a la fiesta de beneficencia que se celebraría esa noche, en el gran salón de baile del Hotel Astor, porque no quería ser parte de ese circo.

Lo que más le molestaba de ese tipo de eventos era que se derrochara tanto dinero en un banquete, que solo buscaba lavar las conciencias de la clase alta neoyorquina, mientras entregaban migajas a quienes usaban como excusa. En lugar de ser parte de esas veladas, prefería ir por su propia cuenta en compañía de su madre a La pequeña Italia, para llevar ropa y comida a los recién llegados.

Además, tampoco se encontraba de ánimos para estar posando frente a las cámaras, la distancia que lo separaba de Victoria, cada día le resultaba más difícil de sobrellevar. Su ausencia lo torturaba a cada instante y no le bastaba con las cartas que se enviaban a escondidas con la ayuda de Angela, necesitaba poder estar con ella.

De pronto, escuchó que llamaban a la puerta, lo que le sorprendió, pues no sabía quién se atrevería a salir en medio del diluvio que caía. Dejó de lado el libreto de «Las bodas de figaro», que estudiaba, sería la próxima obra a estrenarse, y él quería conseguir el papel principal.

—¡Allison!, ¿qué haces aquí?, ¿qué sucedió? Ven, entra..., estás empapada —mencionó al ver a su compañera frente a su puerta, temblando a causa del frío y los sollozos.

—Él..., él me engañó. —Logró esbozar y se abrazó a Terrence.

—Vamos, te pondré frente al fuego..., necesitas calentarte —mencionó, llevándola con él; estaba por sentarla en el sillón, pero cayó en cuenta que era mejor que se quitara esa ropa—. Será mejor que subamos a la habitación, necesitas cambiarte y darte un baño de agua caliente, te prestaré algo de ropa.

Allison no opuso resistencia y se dejó guiar por su amigo, su cuerpo estaba demasiado débil, tembloroso y, cada vez, sentía más frío; necesitaba

cobijo o quizá que la inconsciencia se apoderara de ella para dejar de sufrir. Quería borrar de su mente las dos últimas horas que había vivido, y así no sentir tanto dolor en su corazón y su alma; sacar de su pecho la sensación que provocaba el saber que solo había sido una aventura para Harry Vanderbilt.

—Vas a contarme lo que sucedió, pero primero debes calmarte, ¿entendido? —Le indicó Terrence, acunándole el rostro.

—Está bien —susurró, afirmando con su cabeza y lo abrazó.

—Iré a prepararte la tina —dijo, separándose de ella.

La actitud de Allison lo tenía verdaderamente angustiado, temía que el tal Harry, le hubiese hecho algún daño; solo imaginarlo hizo que su sangre hirviera. Juró en pensamientos que, si eso había sido así, haría hasta lo imposible para que terminara en una cárcel, pero antes le daría la paliza de su vida.

—Está lista..., pasa —mencionó, dejando la puerta abierta.

—Terry..., quizá sea mejor que me vaya —esbozó, sintiéndose apenada—. Solo vine porque cuando pensé en alguien que pudiera ayudarme, el único que llegó hasta mi cabeza fuiste tú, pero sé que ya tienes tus propios problemas y que no necesitas lidiar con uno más.

—No irás a ningún lado, Allie... ¿Acaso no eres consciente de la tormenta que está cayendo? —cuestionó con molestia—. Mira cómo estás, necesitas calentarte y comer algo. Ahora, entra a ese baño y haz lo que te digo, por favor —moderó su voz al ver que lloraba de nuevo.

—Está bien. —Respiró hondo y entró al cuarto de baño.

Él asintió, cerrando la puerta para darle privacidad, después comenzó a buscar en su armario algo para prestarle; vio las prendas que había dejado Victoria, pero no le llevó ni un segundo decidir que no serían esas. Deseaba que mantuvieran el perfume de su pecosa, tanto como fuera posible; las dejaría intactas. Buscó en el cajón uno de sus pijamas, pero el problema llegó cuando pensó en la ropa interior, no tenía nada para ofrecerle; seguramente ella conservaría las suyas.

—Allie. —La llamó, abriendo apenas una rendija en la puerta.

—¿Sí? —respondió ella, mirando hacia la puerta.

—Te dejé uno de mis pijamas encima de la cama, iré abajo para prepararte un caldo, eso te ayudará a sentirte mejor. No te quedes mucho tiempo en el agua.

—No lo haré... Gracias, Terry —pronunció y no pudo evitar sollozar, pero se cubrió la boca para que él no la escuchase.

Terrence bajó a la cocina y buscó los ingredientes, desde que tuviera a Victoria allí, le había quedado por costumbre tener más alimentos en la casa. Quizá lo hacía con la esperanza de que su hermosa pecosa se apareciera un día, y él pudiera cocinar para ella de nuevo; incluso, había estado pidiéndole recetas a Thelma y a Carol, para sorprenderla.

—Estaba a punto de subir —dijo cuando la vio bajar minutos después, se entretuvo cocinando.

—Tranquilo..., de verdad te agradezco todo esto, Terry.

—No tienes nada que agradecer, somos amigos... Siéntate, te preparé un caldo de pollo, espero que te guste; lo probé y creo que está muy bueno —comentó, sirviéndole un tazón.

—Gracias —susurró, intentando sonreír, pero no lo consiguió.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, mirándola fijamente.

—Sí —mintió, porque la verdad era que se sentía mucho peor, no físicamente, sino emocional; sus sentimientos estaban hecho trizas—. Está muy rico —dijo para cambiar de tema.

—Qué bueno, apenas estoy aprendiendo. Quiero hacerlo para cuando Victoria esté conmigo —mencionó, sonriendo.

Allison asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas, bajó la mirada, fingiendo que se concentraba en la comida, pero su mente no podía dejar de revivir lo que había sucedido entre Harry y ella; jamás imaginó que él fuese a tratarla de esa manera, que llegase a ser tan cruel.

Suspiró, liberando la presión que sentía en su pecho y que le anunciaba que, de un momento a otro, estaría llorando de nuevo; no tenía apetito, pero tampoco despreciaría lo que le había preparado.

—¿Qué sucedió?, ¿qué fue lo que te hizo Harry? —preguntó porque no podía seguir con la incertidumbre, vio que sus hombros se estremecían—. Sé que quizá no desees hablar de eso ahora, pero necesito que me digas algo, por favor... Porque no dejo de imaginar cosas y te juro que estoy a punto de salir a buscar a ese imbécil y darle una paliza —Le acarició el dorso de la mano, para darle consuelo.

—Discutimos..., él... me mintió todo este tiempo, me hizo creer que era la mujer de su vida, que tendríamos un hogar y una familia juntos —pronunció sin atreverse a mirar a Terrence a los ojos, se sentía demasiado estúpida—. Pero todo fue un engaño, solo me quería para lucirme como a un trofeo, solo fui una aventura..., su juguete —expresó con rabia y dolor, sin poder dejar de llorar.

—Lo confirmo, es un imbécil..., pero no debes sentirte mal, Allie; sé que te habías ilusionado con él, pero los hombres de ese tipo no merecen una sola lágrima de mujeres como tú. Ya verás que terminará lamentando haberte tratado así, cuando te vea junto a alguien que te valore y te ame de verdad. — Le sonrió para animarla.

—No creo que alguien más pueda fijarse en mí, ahora.

—Es una tontería que digas algo así, tienes decenas de admiradores, Allison, seguramente habrá uno que merezca una oportunidad y que te hará tan feliz, que olvidarás todo esto —mencionó, sujetándole la mano y sonriéndole.

—¡Eso no será posible! —exclamó, soltándose y poniéndose de pie para huir de la mirada desconcertada de Terrence. Le dio la espalda mientras lloraba—. Estoy embarazada.

Terrence se quedó plasmado ante la confesión de su amiga, no pudo ni siquiera ponerse de pie para caminar hasta ella y consolarla; en realidad, dudaba que hubiese escuchado bien. Movi6 su cabeza para alejar el aturdimiento que le había causado la noticia, y enfocarse en el momento; ella había ido hasta allí para buscar su apoyo, así que no podía quedarse sin hacer nada.

—¿Estás segura? —Hizo la pregunta que le pareció más lógica, a veces las mujeres se confundían.

—Claro que lo estoy, Terry..., por eso terminamos —dijo, armándose de valor para volverse y mirar a los ojos a su amigo; respiró profundo para seguir—. Se transformó cuando se lo dije..., pensé que se pondría feliz, pero fue todo lo contrario, me gritó tantas cosas horribles, me dijo que lo había arruinado todo, que era una estúpida y que ni imaginase que lograría atraparlo con un bebé..., que si esos eran mis planes, había perdido mi tiempo, porque él jamás se casaría con una vulgar cantante de ópera —pronunció de manera apresurada y rompió en llanto al terminar, reviviendo todo el dolor.

—Es un maldito miserable..., no entiendo cómo pudiste fijarte en un hombre así —cuestionó, sintiéndose furioso.

—Porque no era así..., era atento, caballeroso, me trataba de manera especial, y creí que en verdad me amaba. Sé que fui una estúpida por dejarme convencer de su «amor», y entregarme a él, que merezco lo que me está pasando..., pero... yo me enamoré, y ahora no sé qué hacer; me da vergüenza contarle a mi tía, sabes cuánto me advirtió que me cuidara de los hombres como él, y vine a caer con el primero de su calaña... ¡Ay, por Dios! Me

quiero morir —expresó, llevada por la desesperación.

—No digas eso, todo en la vida tiene una solución...

—¡Esto no, Terrence! ¿Imaginas lo que dirá mi padre cuando se entere? Va a estar tan decepcionado de mí..., no querrá verme, pensará que soy una desvergonzada; tal vez, hasta me eche de la casa... Y tendrá todo el derecho —indicó, cada vez más angustiada.

—El señor Bruce va a entender, él te adora, y sé que te apoyará en este momento, como siempre lo ha hecho —dijo, acercándose para abrazarla, no quería verla sufrir así.

—Tengo tanto miedo, Terry..., tanto —pronunció, aferrada a su amigo, sintiendo que había arruinado toda su vida.

—Shhh, tranquila, todo estará bien..., todo estará bien —repitió, acariciándole la espalda mientras pensaba en la manera de ayudarla.

Allison dejó que su llanto corriera libremente, necesitaba sacar todo el dolor y la rabia que llevaba por dentro, llorar hasta que ya no tuviera más lágrimas. Después de que consiguió calmarse un poco, le contó a Terrence cómo se habían dado las cosas entre Harry y ella; claro está, sin entrar en detalles, para no sentirse más avergonzada.

Era casi medianoche cuando el cansancio por todas las emociones vividas ese día la terminó venciendo y; sin darse cuenta, terminó dormida en el sillón. Terrence, al darse cuenta de ello, la cargó en brazos y la llevó hasta una de las habitaciones en la plata superior, que había acondicionado por si su madre quería quedarse con él, alguna noche; además de que se había sentido algo apenado de lo vacía que Victoria la encontró cuando estuvo allí.

—Descansa, Allie, mañana será otro día y verás las cosas de forma distinta —susurró, dándole un beso en la frente.

Salió de esa habitación para dirigirse a la suya, que quedaba al lado, se dio un baño para quitarse la tensión que esa situación le había provocado. Una vez que estuvo acostado en su cama, no podía quitarse del pecho la molestia que le provocaba la reacción del tal Harry. Era un poco hombre y un desgraciado, ni siquiera se merecía tener a Allison y al bebé a su lado, no después de la manera tan infame como la trató.

En medio de esos pensamientos, el sueño al fin logró vencerlo, hasta el otro día, cuando el sonido de los pájaros lo despertó; se quedó en cama durante unos minutos, siempre le gustaba tomarse ese tiempo para ordenar sus ideas. Al recordar que Allison se encontraba en la otra habitación, se levantó y se puso el salto de cama de su pijama, luego se encaminó a verla;

por suerte, la encontró durmiendo, así que dejó que lo hiciera un rato más, mientras él buscaría la manera de arreglar cuentas con el sinvergüenza.

Victoria sentía que la felicidad no le cabía dentro del pecho cuando bajó del tren en la estación de Pensilvania, le parecía que habían pasado años desde que estuvo allí, pero la verdad era que solo había sido un mes. Aprovechó la oportunidad que se le presentó cuando Brandon le dijo que debía viajar a Nueva York, para presentarse como el nuevo presidente de la corporación ante sus socios, relevando de ese cargo a su tía Margot.

—¿Estás muy cansado? —Le preguntó a su primo en cuanto subieron al auto que ya los esperaba para llevarlos al Palace.

—Solo un poco, ¿por qué? —contestó con otra interrogante, pues ya sabía las intenciones de Victoria.

—Es que..., me gustaría ir a ver a Terry, en este instante; quiero sorprenderlo —respondió con sus ojos llenos de anhelo.

—Imaginé que me dirías eso —comentó, sonriendo—. Bueno, vayamos a ver a tu novio, igual la reunión con los socios será por la tarde —indicó mientras miraba su reloj, eran las ocho de la mañana, así que suponía que tendría tiempo para descansar antes.

—Pero si aceptas, voy yo sola, tú puedes quedarte en el hotel y descansar. Te prometo que regresaré antes del mediodía —sugirió, para no interferir en su rutina, además, se moría por estar de nuevo entre los brazos de su futuro esposo y amarlo.

—No tengo problemas en acompañarte, dime a dónde le digo al chofer que nos lleve.

—Muchas gracias —expresó con emoción y buscó dentro de su bolso, una de las cartas con la dirección de Terrence, y se la extendió con una sonrisa—. Es la dirección de nuestra casa.

—Claro —dijo, sonriendo—. Por favor, Alfred, llévenos al 70 Dogleg, de Roslyn Heights —pidió, mirándolo por el retrovisor.

—Por supuesto, señor Anderson —respondió y se puso en marcha, calculando que el trayecto les llevaría una hora.

Victoria apoyó la cabeza en el hombro de su primo, sintiéndose emocionada y ansiosa por ver a Terrence; no le había escrito para contarle todo lo sucedido, aunque se moría por hacerlo. Prefirió esperar para darle la sorpresa, ya quería ver la cara que pondría cuando abriese la puerta.

Allison despertó sintiéndose desconcertada, no reconocía el lugar donde estaba ni recordaba cómo había llegado hasta allí, se puso de pie con cautela, notando que llevaba puesta un pijama de hombre. Justo en ese momento recordó que estaba en casa de Terrence, había ido después de discutir con Harry, en la fiesta.

Se llevó las manos al rostro para esconder su llanto y su vergüenza, mientras sentía cómo la desesperación se apoderaba de ella con mayor fuerza que la noche anterior; de pronto, escuchó que una puerta se cerraba, indicándole que Terrence debía estar despierto.

Se secó las lágrimas, no quería que entrase y la encontrara en ese estado, ya bastante vergonzoso había sido su comportamiento la noche anterior; caminó hasta el cuarto de baño y su reflejo en el espejo la entristeció mucho más, pero respiró hondo para calmarse.

Después de lavarse la cara y sentir que, por lo menos, estaba presentable, decidió salir de la habitación; debía buscar su ropa y regresar a su casa, pues, su padre regresaría a la ciudad esa tarde. Comenzó a llamar a Terrence, pero todo indicaba que había salido, porque no le respondía. Bajó a la cocina, encontrándose con un sustancioso desayuno y una nota.

***Buenos días, Allie.***

***Tuve que salir a resolver un asunto, te dejo el desayuno listo; por favor, come todo, recuerda que ahora debes alimentarte por dos. Regresaré pronto, no te vayas antes de que yo llegue.***

***Terry.***

Leyó y no pudo evitar que una sonrisa aflorara en sus labios, acompañada de un par de lágrimas que rodaron por sus mejillas; miró toda la comida que había preparado para ella, y aunque no tenía mucho apetito, se esforzó por comerlo todo.

Terminó después de un rato y se puso de pie para lavar el plato y el vaso que usó, pero antes de abrir la llave, escuchó que llamaban a la puerta. Pensó que quizá fuera Thelma, así que dejó eso y fue a abrirle.

Victoria tocó el timbre, sintiendo que su corazón latía tan rápido, que estaba a punto de saltar de su pecho; la sonrisa en sus labios era imborrable y sus ojos destellaban de emoción. Estaba tan ansiosa por ver a Terrence, que podía jurar se le lanzaría encima en cuanto abriera.

Sin embargo, cuando la puerta se abrió, solo pudo quedarse allí, congelada, y su emoción cayó en picada, porque la persona al otro lado, no



era su adorado novio, sino Allison Foster.

—¡Victoria! —mencionó con sorpresa. Hasta donde sabía, ella se encontraba en Chicago, castigada por su tía.

—Yo..., yo... vine a ver a Terrence —respondió, aturdida, mientras miraba la ropa que la chica llevaba. Sintió que le clavaban un puñal en el corazón y, parpadeó, para no dejar correr sus lágrimas—. Será mejor que me vaya. —Se dio la vuelta, queriendo correr hasta el auto donde la esperaba Brandon.

—Espera, Victoria..., él no está, pero puedes pasar a esperarlo —dijo Allison, tomándola del brazo para detenerla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al tiempo que se soltaba de un tirón y la miraba con resentimiento.

—Yo... vine porque necesitaba hablar con Terrence, ayer me sentía muy mal y necesitaba del apoyo de un amigo.

—¿Un amigo?, ¿y te vistes con la ropa de dormir de tu amigo? —cuestionó, furiosa, queriendo arrancarle el pijama.

—Me vi en la necesidad de hacerlo, porque anoche me mojé con la lluvia, pero no malinterpretes las cosas, por favor... Mejor entra y espera a Terrence, no debe tardar —pidió, mirándola.

—¿Sucede algo, Victoria? —preguntó Brandon, acercándose al ver la escena, no pudo evitar detallar a la joven, pero desvió la mirada al ver que solo estaba vestida con ropa de dormir.

—Debemos irnos... —respondió ella, dándole la espalda a Allison, mientras sentía que el pecho se le hundía de dolor.

—Si te vas sin tener una explicación, lo arruinarás todo; por favor..., deja que te cuente porqué estoy aquí y porqué llevo puesta la ropa de Terrence —pidió, pues lo último que deseaba era que la relación de ellos dos acabara mal por su culpa.

—Creo que deberías escucharla —sugirió Brandon.

—Está bien —accedió, sabía que era peor ser torturada por las dudas—. Hablaremos y esperaré a Terrence.

—Gracias —esbozó Allison, entregándole una sonrisa.

—Perfecto, pasaré por ti al final de la tarde, después de la reunión. ¿Te parece bien? —preguntó mirándola a los ojos, y la vio asentir—. Cuídate mucho, pequeña.

—Prometo que lo haré —dijo, dándole un abrazo, y recibió el beso que él le dio en la frente.

—Ven, pasa... Estás en tu casa —comentó, sonriendo para aligerar un poco la tensión que las embargaba.

—Sí, esta es mi casa —mencionó con seguridad, no quería ser grosera, pero se encontraba muy molesta.

—Lo sé..., sé que Terry compró esta casa para ti. He venido un par de veces con mi madrina.

—¿Qué haces aquí? —Le preguntó Victoria, a quemarropa; no quería que estuviese dando vueltas, necesitaba respuestas.

—Necesitaba del apoyo de Terrence —dijo, bajando la mirada.

—¿Por qué? —cuestionó.

—Porque..., porque estoy embarazada —pensó que sería más fácil si le decía el motivo y después le explicaba.

Victoria sintió que el corazón se le caía al piso y se hacía añicos al escucharla; no pudo evitar temblar ni que un sollozo reventaba en sus labios. Las lágrimas se le arremolinaron en la garganta, provocándole una dolorosa sensación de ahogo, luego cayeron cuando su mirada bajó, posándose en el vientre de Allison, que ni siquiera se nota abultado para demostrar que lo que decía era cierto; sin embargo, Victoria escuchaba una voz, gritándole que, Allison Foster, albergaba dentro, la vida que ella no pudo.

## Capítulo 57

Allison fue consciente de que no había sido muy buena idea, hablar del motivo que la había llevado allí, antes de explicar el por qué y el cómo, justo en el instante en que vio a Victoria ponerse blanca como una hoja de papel. Rápidamente buscó uno de los taburetes que estaban en la barra de la cocina, y la hizo sentarse mientras caminaba al refrigerador por un vaso de agua.

—Victoria, por favor bebe... te pusiste pálida.

—No quiero nada..., yo lo sabía... ¡Lo sabía! — exclamó sintiéndose furiosa, quiso ponerse de pie y largarse de allí.

—Espera por favor, no te pongas así —pidió intentando calmarla, pero se hizo hacia atrás cuando Victoria clavó esa mirada llena de ira en ella, asustándola realmente.

—Él siempre negó que ustedes tuvieran una relación, pero yo lo sabía... sus actitudes lo gritaban, como se miraban y se sonreían, esa complicidad... ¡Por Dios fui tan tonta al creerle!

—Victoria cálmate, Terrence nunca te mintió... el bebé que espero no es suyo, es de Harry Vanderbilt... él

era mi novio —explicó intentando detener su ataque de histeria.

Victoria la miró como si se hubiese convertido en una especie de ser mágico o quizá un monstruo, poco a poco la indignación y la ira que sintió minutos atrás fue disminuyendo, aunque no desapareció del todo. Miró fijamente a Allison para comprobar que no le mentía, pues siendo una actriz, sabía que era experta en fingir, había algo que no terminaba de convencerla.

—¿Era tu novio? —preguntó viéndola con desconfianza.

—Sí..., era mi novio. El muy imbécil terminó conmigo anoche, cuando le dije que estaba esperando un hijo suyo —respondió luchando por no llorar una vez más.

—¿Por qué haría algo como eso? Si era tu novio debió haber estado feliz —concluyó Victoria dejándose llevar por la lógica.

—Porque algunos hombres odian la idea de ser padres; sobre todo, si la madre de ese bebé no es a quien deseaban tener por esposa —respondió sintiendo que el resentimiento volvía a ella.

—No lo entiendo... si eso era así, ¿qué hacías con un hombre como él? —preguntó sintiendo que le mentía.

—Porque me engañó, Harry me hizo creer que era

alguien especial, era tan encantador, me hacía obsequitos, me llevaba a lugares hermosos... y es tan apuesto, que pensé que había encontrado a mi príncipe azul, pero lo único que conseguí fue a un miserable que me usó para entretenerse y cuando vio que debía comprometerse, me insulto, me humilló de la manera más horrible y decidió terminar con la relación — pronunció con resentimiento y dolor, tanto que no le importó ponerse a llorar delante de Victoria, pero la vergüenza no dejó que le mantuviera la mirada, así que le dio la espalda.

—Yo... lo lamento mucho, Allison —murmuró sintiéndose mal por cómo había actuado, se acercó y le apoyó la mano en la espalda para consolarla—. Siento todo lo que dije antes, es solo que..., no lo sé, siempre he sentido celos de la relación que tienes con Terry y al encontrarte aquí, con su ropa y escucharte decir lo del bebé, simplemente enloquecí. —Se disculpó, apenada.

—No tienes por qué disculparte..., entiendo tu sentir, pero no debes desconfiar de Terrence, él te adora y jamás te engañaría con otra chica —dijo volviéndose a mirarla.

—Es lo que me digo todo el tiempo, pero la distancia que nos separa me hace dudar..., tiene tantas tentaciones alrededor y es tan apuesto que puede conseguir a la chica que desee.

—Pero él solo quiere a una... y esa eres tú, Victoria.

—Y yo también lo quiero a él..., aunque mi tía se oponga y nuestros mundos ahora estén alejados.

—Supongo que no será por mucho tiempo, ustedes van a casarse —mencionó con una mezcla de tristeza y felicidad.

—He venido para darle esa sorpresa, pero también debo darle una mala noticia —esbozó bajando la mirada.

—¿Ocurrió algo malo? —inquirió, no por ser entrometida, sino que le provocó curiosidad la actitud de la rubia.

—No espero un bebé... —confesó con timidez, sentía que después de que Allison le contara lo suyo, podía confiar en ella.

—Es una pena, aunque no debes sentirte mal, seguro más adelante puedan concebir uno... Yo ahora mismo no sé qué haré con el que espero, cuando mi padre se enteré tal vez se muera de la decepción y la rabia. —Dejó ver su mayor miedo y se puso a llorar de nuevo, cada vez que pensaba en ello se desesperaba.

—Creo que, si el tal Harry Vanderbilt se hace responsable, tu padre no tendría ninguna queja, los padres siempre son comprensivos —dijo recordando al suyo.

—No él mío, Bruce Foster es un hombre estricto, solo me dejó cumplir mi sueño de cantar porque se lo prometió a mi madre en su lecho de muerte, y porque mi madrina le prometió que me cuidaría... así que ahora no solo me metí en problemas yo, sino que también lo hice con ella... ¡Por Dios soy una inconsciente! Todo por creer en ese miserable y por el efímero placer que viví las dos veces que estuvimos juntos —expresó llevándose las manos a la cabeza, mientras cerraba los ojos.

—¿Solo tuviste intimidad con ese chico dos veces, y quedaste embarazada? —preguntó Victoria con algo de asombro.

—Sí..., como te dije mi padre es muy estricto, y siempre vigila mis horarios, a menos que esté de viaje por su trabajo, es vendedor de pólizas de seguro —sollozó cuando recordó como había menospreciado Harry a su padre, por su profesión diciendo que jamás tendría por suegro a un don nadie—. Únicamente confía en mi madrina, así que yo a veces mentía y le decía que iba a verla, pero en realidad salía con el padre de mi hijo, y solo en dos ocasiones dormí con él, cuando mi padre estaba de viaje.

—Comprendo... —murmuró y se quedó en silencio.

—¿Por qué lo preguntaste? —inquirió viendo que

callaba algo.

—Por nada, es solo que... Terry y yo estuvimos juntos todo un fin de semana..., y bueno, hicimos el amor muchas más veces, supongo que es raro que no haya quedado embarazada.

—Cada mujer es distinta, Victoria.

—Claro... lo sé, yo estudio enfermería, y mi dama de compañía me dijo que algunos días la menos, las mujeres no somos fértiles, supongo que se debió a eso —mencionó, aunque de inmediato comenzó a torturarla la idea de que ella lo fuese siempre y que nunca pudiera darle hijos a Terrence.

—Yo debí ser más precavida y cuidarme, sé que algunas mujeres usan remedios para no tener bebés..., pero me daba pavor hablar de esto con alguien, acostarse con un hombre sin estar unido en sagrado matrimonio es un pecado, y hasta de eso me olvidé por culpa de Harry, dejé de ser una buena cristiana —expresó bajando la cabeza con vergüenza.

Victoria siguió escuchándola mientras se desahogaba contándole de su relación con Harry Vanderbilt; suponía que, por ser una chica joven igual a ella, se sentía más en confianza. También le contó porque se encontraba allí, que después de discutir con él, salió de la fiesta sin saber a dónde ir, subió a un taxi y la primera persona que llegó a su cabeza fue



Terrence, porque era el único amigo que tenía.

En medio de todo eso, Allison le habló más de la amistad que compartían, que eran realmente cómplices, que se llevaban bien en el conservatorio, porque no competían como hacían los otros estudiantes; por el contrario, siempre trabajan en equipo. Que tal vez por eso la prensa asumía que tenía una relación que iba más allá de la amistad, porque se complementaban muy bien en el escenario, pero lo cierto era, que él la había ayudado a crecer como cantante y ella por su parte lo ayudó a perfeccionar su técnica vocal, que era su pasión por la ópera lo que los unía.

Mientras Victoria escuchaba todo eso, sentía una gran presión en su pecho, porque ella jamás sería ese complemento para Terrence, estaría excluida siempre de esa parte de su vida y eso le dolía. Así como lo hacía el hecho de no tener la certeza de poder darle un hijo en el futuro, porque por más que Allison le dijera que cada mujer era distinta, claramente algo pasaba con ella.

—Allison... ¿Y si yo no puedo darle hijos a Terry?  
—cuestionó de repente, sintiendo que le urgía una respuesta.

—No digas esas cosas, claro que podrás, Victoria.

—Pero y si no..., si soy como mi tía Margot que nunca pudo tener hijos —acotó y comenzó a temblar al

tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas—. Puede que eso sea hereditario.

—Por favor, Victoria no te alarmes..., mira eso solo puede asegurarlo un doctor, no tiene nada que ver con tu tía Margot, debes calmarte y dejar de pensar en esas cosas —dijo agarrándole la mano y mirándola a los ojos.

—Yo no podría hacerle esto a Terry... No podría casarme con él si no puedo tener hijos, si soy infértil lo estaría condenando a la infelicidad, porque él siempre ha deseado una familia, me lo dijo en Escocia y lo repite todo el tiempo —expresó con voz temblorosa, sintiendo que el latido de su corazón era doloroso.

—Discúlpame, pero eso me parece una tontería, Terrence te ama y lo seguirá haciendo, aunque no puedas darle hijos, siempre pueden adoptar —comentó con seguridad. Incluso ella podría darle al bebé que esperaba, si el temor de Victoria era real, porque sabía que criarlo sola sería una tarea demasiado complicada.

—Tengo que irme —Se puso de pie y agarró su bolso.

—Victoria, aguarda... ¿Acaso no vas a esperar a Terry? —preguntó caminando detrás de ella.

—No..., y por favor no le digas que vine —dijo abriendo la puerta, necesitaba escapar de allí antes de que él llegara.

—¿Qué? —cuestionó desconcertada—. Victoria, espera un momento, no puedes irte así, tienes que hablar con él.

—No puedo hacerlo, no en este momento, por favor compréndeme —pidió llorando, agarró la mano de Allison y la miró a los ojos—. Necesito que me prometas que no le dirás que vine, ni le hablaras de esta conversación que acabamos de tener, no quiero atormentarlo —rogó intentando dejar de llorar.

—No me parece justo... él debería saber que estás aquí.

—Allison, por favor... solo prométeme que no le dirás nada, permite que antes pueda descubrir si mis sospechas son ciertas o no, y después vendré a verlo —esbozó con desesperación.

—Está bien, te lo prometo... —susurró asintiendo mientras dejaba correr sus propias lágrimas, al verla tan angustiada.

—Gracias, cuídate y cuida al bebé —La abrazó y se marchó.

Allison la vio alejarse y quiso ir tras ella, porque en el fondo de su corazón sabía que Victoria estaba cometiendo un error, pero cuando dio un par de pasos, cayó en cuenta que solo vestía un pijama, así que no le quedó más remedio que permanecer allí. Entró a la casa luego de que la perdiera de vista, mientras rogaba

para que Terrence lograra verla por el camino y la hiciera olvidar esa estupidez de que era infértil, que no la dejará salir de esa casa hasta que no tuviera la certeza de que estaba embarazada.

Victoria siguió caminando durante un rato, sin tener un rumbo fijo, simplemente se dejaba llevar por sus pies, así llegó hasta un parque, donde el miedo que la atormentaba en ese momento, se hizo más palpable, al ver a un grupo de niños jugando, y a varias madres que paseaban a sus bebés en coches. Se sentó en una banca y rompió a llorar, se sentía completamente devastada, con el corazón hecho pedazos porque sus sueños de una vida junto a Terrence se estaban derrumbando a su alrededor.

—Mi amor por ti es tan grande... que no puedo ser egoísta, no puedo negarte la felicidad de ser padre... y si yo no puedo darte hijos, entonces te dejaré libre para que lo haga otra mujer.

Su llanto se volvió más amargo tras esa declaración, hundió el rostro en su falda y dejó que el llanto la desbordara, necesitaba hacerlo antes de regresar al hotel, porque seguramente Brandon comenzaría a hacerle preguntas si la veía así. Después de un largo tiempo sentada allí, por fin sus lágrimas parecían haber llegado a su fin, o al menos se detuvieron por ese

momento, se puso de pie y caminó hasta una parada de autos de alquiler, le pidió a uno que la llevara hasta el hotel Palace, debía hablar con su primo.

Brandon acababa de salir de la reunión, cuando la secretaria del gerente de esa sucursal, se acercó para hacerle entrega de un mensaje; en este se le informaba que Victoria se encontraba en el hotel y que lo esperaba, para tratar un asunto importante. Eso lo sorprendió un poco, aunque viniendo de la ingeniosa de su prima, se podía esperar cualquier cosa, se despidió del personal del banco y subió al auto ordenándole a Alfred que lo llevara al hotel.

—Hola Vicky. —La saludó con una sonrisa, en cuanto ella abrió la puerta, pero al ver su semblante, ese gesto cambió por uno de preocupación—. ¿Qué ocurrió, Victoria? —preguntó.

—Yo... he tomado la decisión de regresar a Chicago, deseo hacerlo esta misma noche —respondió desviándole la mirada.

—¿A qué se debe? El mensaje que dejaste con la secretaria del gerente Ackerman, decía que debías tratar un asunto importante conmigo, por favor, cuéntame qué pasó.

—Nada, solo necesito volver a Chicago y tomarme unos días, ha pasado tanto en estas últimas semanas.

—¿Se trata de la chica que estaba en la casa de Terrence? ¿Pudiste hablar con él? —Brandon podía notar que ella no deseaba hablar del tema, pero necesitaba saber lo que había pasado para poder ayudarla y darle un consejo.

—No, no se trata de ella, sino de mí... tengo unos asuntos que atender antes de hablar con Terry de nuevo, por favor, sé que debes pensar que soy una chiquilla caprichosa que hizo que la trajeras hasta aquí y que ahora te pide regresar, pero en verdad necesito hacerlo... no tienes que molestarte en volver, sé que debes estar cansando del viaje, así que regresaré yo sola, ya lo hice antes y supe cuidarme —mencionó mirándolo a los ojos.

—No dejaré que viajes sola, así que olvídate de esa idea, regresaré contigo, pero antes me gustaría que me contarás lo que ocurrió, por favor Victoria, confía en mí —pidió apoyándole una mano en la mejilla, para darle consuelo.

—Es algo complicado, y la verdad no deseo hablar de ello en este momento, pero te prometo que al llegar a Chicago y cuando me sienta más tranquila, lo haré —dijo con la esperanza de que él no la siguiera presionando, pues estaba a punto de llorar.

—Está bien, respetaré tu decisión y te daré el tiempo que necesites —Le entregó una sonrisa—. Si

queremos tomar el tren de hoy, debemos darnos prisa, porque sale en cuatro horas, iré a decirle al gerente del hotel, que consiga dos boletos.

—Gracias —susurró ella y lo abrazó muy fuerte antes de verlo salir de la habitación, luego se giró hacia la gran ciudad, negándose a escuchar a su corazón que le gritaba que no se fuera.

Terrence había pasado casi todo el día buscando al miserable de Harry Vanderbilt, la única dirección que conocía era la de sus padres, pero sabía que no vivía en la mansión de Newport, sino en Manhattan. Era de conocimiento público, que todos los hijos de los millonarios, tenían un lugar ubicado en el centro que le permitiera llevar a sus conquistas.

Cuando al fin obtuvo la ubicación, no perdió tiempo y se dirigió al exclusivo barrio Chelsea, que quedaba muy cerca de Broadway y supo que era allí, donde el hombre se movía como pez en el agua, jugando al conquistador con las actrices y las cantantes del momento. Se enfureció mucho más al saber que su fama de casanova era ampliamente conocida, quizá por eso Allison nunca quiso presentárselo al grupo, o tal vez fue una petición por parte de él, para que no le arruinaran los planes.

Sin embargo, al llegar era demasiado tarde, el muy infeliz se había marchado de la ciudad; al menos eso

fue lo que le dijeron el portero del edificio y la señora que le hacía la limpieza. Vanderbilt había dejado dinero en varios sobres, para cubrir todos los gastos, mientras él estuviera fuera de la ciudad, pues no sabía cuándo volvería a Nueva York, y tras escuchar eso, Terrence pensó que lo mejor era que el imbécil no regresase nunca, porque sin importar cuanto tiempo pasara, le cobraría lo que le había hecho a Allison, de eso podía estar seguro.

Regresó a su casa cuando la tarde ya casi caía, Thelma aún estaba allí y le dijo que Allison se había marchado, pero que no había dejado de llamar para saber si había vuelto. Al parecer necesitaba hablar con él de algo importante; así que no le sorprendió cuando llamó a la puerta y al abrir la vio entrar como una tromba hasta el salón.

—Por el amor de Dios, hasta que al fin llegas.

—Estuve ocupado todo el día, tratando de dar con Harry Vanderbilt —respondió al escuchar el reproche en su voz.

—¿Qué tú hiciste qué? —preguntó parpadeando, asaltada primero por la sorpresa y luego por la rabia.

—Lo que escuchaste, fui a donde ese hombre para que me diera la cara y exigirle respondiera por ti y por el bebé.

—¿Acaso te has vuelto loco, Terrence? Yo no te



pedí nada de eso, no tenías por qué buscarlo ni hablar con él —expresó dejándole ver su rabia, sentía la acción de su amigo como un abuso, se trataba de su vida, nadie tenía derecho a meterse.

—Es verdad, no me lo pediste, pero yo sentí la necesidad de hacerlo, alguien tiene que hacer que responda por lo que hizo, por lo que les ha hecho a otras chicas como tú, ¿O acaso no lo sabías? — cuestionó al ver que ella lo miraba con asombro y sus ojos se cristalizaban—. Sí, Allison, no eres la única, al parecer el pasatiempo favorito de tu «admirador» es conquistar actrices y cantantes, tiene una larga lista de aventuras.

—¡Ya basta! —gritó porque no quería seguir escuchando, a pesar de querer odiar a Harry no podía hacerlo, no todavía y le dolía enterarse de todo esto—. No quiero saber nada de él.

—Pues tendrá que hacerlo, porque es el padre de tu hijo —dijo Terrence con determinación.

—Solo porque lo puso en mi vientre, pero no estará en mi vida ni en la del bebé, eso lo decidí anoche después de ver la manera en la que me trató. No dejaré que mi hijo sufra una humillación como esa, así que escúchame bien, jamás estaré junto a Harry Vanderbilt y ni tú ni nadie me hará cambiar de parecer — pronunció temblando de rabia.

Salió de ese lugar estrellando la puerta, sintiéndose furiosa con Terrence por querer decidir sobre su vida, como si no tuviera suficiente con su padre. Se alejó corriendo, antes de que las lágrimas que la ahogaban la dejaran como una cobarde, ya que ahora más que nunca debía ser valiente, por ella y por el bebé.

Terrence se quedó en medio del salón, sin siquiera imaginar cuán complicada sería su existencia a partir de ese día, cuando dos de las mujeres más importantes de su vida, se alejasen de él; y lo peor de todo, es que una de ellas lo había hecho, si siquiera darle una explicación o un motivo.

## Capítulo 58

Durante el viaje, Victoria había pensado mucho sobre la preocupación que la aquejaba, sintiéndose desesperada en algunos momentos, y esperanzada en otros; sin embargo, al bajar del tren en Chicago, ya había tomado una decisión.

Lo primero que haría sería ir a la biblioteca de la escuela de enfermería, para investigar un poco más sobre la infertilidad, y le preguntaría a alguna de sus profesoras. Debía aprovechar la libertad que le daba la ausencia de su tía, ya que no tenía a nadie vigilando sus horarios ni preguntando por los lugares a donde iba.

Brandon le insistió un poco, durante el viaje, para que le hablara de aquello que tanto la atormentaba, pero ella siguió en su postura de mantener ese asunto en secreto; no le contaría a nadie lo que sucedía, al menos, no hasta que tuviera las cosas más claras. Además, que era un tema muy íntimo para estarlo ventilando o hablarlo con un hombre, sentía que por mucho que confiara en su primo, no podría sentarse frente a él y expresarle sus dudas, eso le daría mucha vergüenza.

Una semana después, ya poseía bastante información sobre el tema, había logrado que le prestaran los libros en la biblioteca, contando con la suerte de que el texto estaba relacionado a la concepción. Y como todas sabían que los Anderson estaban prontos al nacimiento de un nuevo miembro, a nadie le pareció extraño que ella quisiese saber un poco más, para poner en práctica todo lo que había aprendido hasta el momento.

Solo debía dar un paso más, por eso acudió a su profesora de obstetricia y ginecología, la doctora Emmeline Smith, quien se había graduado del Colegio Médico de Mujeres de Pensilvania, y tenía el conocimiento para aclarar sus dudas. Esperó a salir de clases y le planteó el tema, pero la estricta mujer apenas sí le dedicó una mirada y un asentimiento para que hablase.

—Doctora Smith, en verdad necesito de su ayuda, por favor; debo hacerme unos estudios con urgencia —dijo caminando junto a ella.

—La verdad, me extraña mucho su petición, señorita Anderson; su familia tiene un médico personal de mucho renombre, ¿por qué no acude a él? —preguntó, mirándola con desconfianza.

—Es que... es un asunto privado..., algo íntimo.

—Señorita Anderson, a estas alturas, ya debería saber que los términos «privados» e «íntimos», no están relacionados con esta profesión. Los doctores somos como los sacerdotes, debemos conocer cada secreto de nuestros pacientes, si estos no son sinceros, ¿cómo podríamos curarlos? —cuestionó, deteniéndose para mirarla a los ojos—. Imagine que una mujer o un hombre tengan una dolencia en sus partes íntimas, pero no lo dicen por vergüenza... ¿Acaso cree que somos videntes para descubrir la enfermedad sin conocer los síntomas, y saber cuál tratamiento es el correcto para indicarle? —preguntó.

—Comprendo... —respondió Victoria, bajando la mirada.

—Bueno, déjeme ver lo que necesita, tal vez pueda ayudarle; aunque será solo por esta vez —pidió, condoliéndose de ella.

—Muchas gracias, doctora Smith, son estos exámenes —dijo, extendiéndole la hoja donde lo había anotado.

—Estas pruebas se hacen para saber si una mujer es fértil. ¿Por qué desea usted realizárselas, señorita Anderson? —inquirió, mirándola fijamente a los ojos, para que fuera sincera.

—Porque..., porque estoy comprometida. Me casaré a fines de año, y quisiera saber si tendré una familia junto a mi futuro esposo —respondió lo que en parte era verdad.

—Creo que se está apresurando a los acontecimientos, debería esperar a estar cansada y, si durante los primeros tres meses de matrimonio no logra concebir un bebé, entonces sí debe hacerse estas pruebas; por ahora, solo perderá su tiempo —comentó, extendiéndole la hoja de regreso, lo que pedía era absurdo.

—Doctora..., es que mi tía Margot, no pudo tener hijos, y temo que ese mal sea hereditario —explicó, caminando detrás de ella.

—No hay estudios que confirmen que eso sea así. Solo haga lo que le digo y espere el tiempo adecuado.

—¿No le parece injusto que me case con un hombre maravilloso, al que prometa hacer feliz, el cual, además, desea tener una gran familia; y que no pueda darle hijos y haga su vida desdichada? —cuestionó con rabia.

—Señorita Anderson, ¿sabe usted cuántas mujeres en el mundo se

quedarían solteras si pensarán como usted? —cuestionó con algo de molestia. Le cansaba ese pensamiento retrógrado.

—Imagino que muchas, pero no se trata de las demás mujeres, se trata de mí y de lo que deseo; quiero saber si le podré dar hijos a mi futuro esposo, por favor —rogó al borde del llanto.

—Entiendo su preocupación, pero aún si quisiera ayudarla, no puedo; las pruebas de ese tipo solo pueden ser realizadas a las mujeres ya casadas, porque esos procedimientos son invasivos. Tendría que usar pinzas y otras cosas para abrir el cuello uterino, lo que, en una señorita, provocaría la ruptura de su velo virginal, así que lo siento mucho, pero tendrá que esperar —explicó con total conocimiento, porque ya llevaba algunos años realizando ese tipo de procedimientos.

—Y... ¿Y si eso ya hubiese ocurrido? —Estaba tan desesperada, que no le importó confesarle a su profesora que ya no era señorita, lo único que deseaba era su ayuda.

—Comprendo... —murmuró, mirándola de arriba abajo, y se ajustó los anteojos—. Sin embargo, sigue teniendo un impedimento. Estas pruebas solo pueden hacerse si el esposo de la paciente lo autoriza, sin su presencia y su firma en la petición de los exámenes, no podría acceder a analizarla. Ahora, si me disculpa, debo continuar. Ya voy retrasada para mi próxima clase —indicó y luego se alejó por el pasillo.

Victoria se quedó completamente devastada, sabía que eso no sería fácil, pero jamás pensó que fuese imposible; se llevó las manos al rostro y comenzó a llorar, sintiéndose atada de manos. Percibió la presencia de algunas alumnas que se acercaban y corrió hasta el baño, necesitaba un lugar donde pudiese llorar su desgracia, sin temor a ser juzgada u objeto de burlas.

Abandonó la escuela y caminó hasta un parque cerca de la bahía, se sentó en una banca, dejando que su mirada se perdiera en la apacible vista del lago Michigan, mientras sentía que todos sus esfuerzos habían sido lanzados al piso y ya no tenía un camino que seguir.

Lo peor eran que las dudas la torturaban. Por un lado, deseaba creer en que sus miedos eran infundados, pero por otro, se frenaba cada vez que intentaba asegurarse a sí misma de que no había nada de malo en ella. Al final, regresó a la mansión.

—Buenas tardes, señorita Victoria. —La saludó Angela, en cuanto la vio entra a la casa; después caminó junto a ella de manera disimulada, para

alejarse de Dinora—. Tengo algo que estoy segura la hará muy feliz —susurró para que el ama de llaves, quien era fiel a la matrona, no la escuchase.

—Eso me vendría muy bien ahora —mencionó, esforzándose por no sonar tan triste. Nadie debía enterarse de lo que le pasaba, ni siquiera Angela.

—Tome —dijo con una sonrisa, haciéndole entrega de un sobre que sacó de su delantal—. Es de su novio.

—Terry —murmuró Victoria, sintiendo que la tristeza se le venía toda de golpe, así como las lágrimas.

—Es la tercera que envía, pero usted no me ha dado ninguna como respuesta —comentó, sintiéndose extrañada.

—He estado muy ocupada... —Se excusó sin mirarla a los ojos—. Iré a descansar un rato, gracias por entregármela, Angela, nos vemos después. —Subió las escaleras, huyendo de la mirada desconcertada de su dama de compañía.

Angela la vio alejarse mientras un presentimiento, que no le gustaba en lo absoluto, se instalaba en su pecho y la hacía intuir que algo le pasaba a la señorita de la casa. Sin embargo, decidió darle su espacio y su tiempo, si ella deseaba contarle lo que le sucedía, estaría allí para escucharla, como siempre.

Una vez más, Terrence se sentía desalentado, luego de revisar su correo y no conseguir una carta de Victoria; de inmediato, supuso lo peor, que la matrona había descubierto que se escribían en secreto y también lo había prohibido. Solo esperaba que la pobre Angela, no pagase las consecuencias, pues ella solo había querido ayudarlos, y si era de ese modo, entonces él le daría trabajo; después de todo, suponía que Victoria querría tenerla a su lado, una vez que viviese con él.

—Esperaré una semana más, y si no recibo una carta tuya, iré yo mismo hasta Chicago; me importa un carajo que tu tía lo haya prohibido, ya no nos mantendrá separados —pronunció con determinación mientras regresaba a la casa.

Ese día no tenía mucho que hacer, la casa de la ópera estaría cerrada durante un mes, por las vacaciones de verano, y no había tomado cursos en el conservatorio, así que le sobraba el tiempo libre. Decidió ir a visitar a su madre, tenía un par de días que no la veía, aunque se hablaban por teléfono por las mañanas y también por las noches, ella siempre reclamaba su presencia.

—Buenos días, Elsa —saludó al ama de llaves con una sonrisa.

—Buenos días, joven Terrence, qué grato verlo.

—¿Se encuentra mi madre? Vine sin avisar porque quería sorprenderla, siempre está pidiéndome que venga a almorzar y aproveché ahora que estoy libre.

—Eso es maravilloso, seguro la señora se pondrá feliz; además, Carol está haciendo un fetuccini con pesto genovés y camarones, que son una verdadera delicia —anunció, sonriendo; sabía cuánto disfrutaba el muchacho de la comida italiana.

—Acabas de despertar mi apetito —dijo con entusiasmo.

—Su madre está en el salón de té, junto a la señorita Allison; yo los llamaré cuando la comida esté lista. —Le hizo un ademán con la mano para que siguiera, ya él conocía el camino y no necesitaba ser anunciado.

—Perfecto, muchas gracias, Elsa; nos vemos en un rato.

Se encaminó hasta el salón mientras sentía su corazón latir lentamente, pues tenía más de una semana que no veía a Allison; desde aquella discusión que tuvieron, ella se había mantenido alejada de él. Ni siquiera había respondido a sus llamadas o a los mensajes que le dejaba con el personal de servicio de su casa. Su amiga estaba llevando al extremo esa rabieta.

—Hola, madre, vine a verla —anunció, entrando al salón, luego de escuchar la orden para entrar.

—¡Cariño, qué alegría que vinieras! —dijo, poniéndose de pie para saludarlo con un par de besos en las mejillas.

—Quería verla —mencionó y luego miró a su amiga—. Hola, Allison, ¿cómo te encuentras? —inquirió, notándola más pálida y delgada; al parecer, el embarazo no le estaba sentado bien.

—Hola, Terrence, estoy bien, gracias... ¿Y tú?

—También me encuentro bien —respondió y se quedó sin saber qué más decir; no podía hablar de la discusión que tuvieron, en presencia de su madre, pues no sabía si ella estaba al tanto del embarazo de la chica.

—Tengo que irme ya, madrina —indicó Allison, levantándose y caminó para despedirse de ella. No podía quedarse allí, sintiendo la mirada de Terrence, que la ponía nerviosa y estaba a punto de delatarla—. Me encantó verla.

—¿No te quedarás para almorzar? Carol hizo una de sus especialidades —comentó, mirándola, desconcertada, por el cambio que había dado en cuanto Terrence entró.

—Le prometí a mi padre que lo haría con él —mintió, puesto que este no

se encontraba en la ciudad, de nuevo estaba de viaje.

—Qué lástima, me hubiese gustado que nos acompañaras —acotó, fingiendo que no notaba la tensión que la embargaba a ella y a su hijo, lo que despertó su curiosidad.

—Será en otra ocasión. —Se acercó a Terrence, para despedirse de él y disimular delante de su madrina—. También me alegró verte, Terry; hasta luego, que disfruten de la comida.

—Cuídate mucho, Allie —mencionó, siguiéndola con la mirada hasta que abandonó el lugar.

—Le das saludos a Bruce de mi parte —pidió Amelia.

—Lo haré, adiós —pronunció antes de cerrar la puerta.

Amelia escuchó claramente el suspiro que su hijo liberó, lo que confirmaba sus sospechas de que algo pasaba entre Allison y él, siempre habían sido muy unidos y, en ese encuentro, se trataron como dos personas que apenas se conocían. Se volvió a mirarlo, esperando que él le dijese algo, pero lo único que hizo fue desviarle la mirada y caminar hacia el ventanal.

—¿Qué ocurre entre ustedes dos? —preguntó, siendo directa, pues ya sabía que pasaba algo, pero quería saber qué.

—No pasa nada, madre, está todo bien —respondió, pero no se atrevió a mirarla a la cara.

—¿Sabes algo? A ti te llevé nueve meses en mi vientre, y luego permaneciste a mi lado hasta que tuviste seis años; llevas dos viviendo conmigo, así que te conozco bien. A ella la conozco desde que estaba en el vientre de su madre, por lo que, deberías tener eso en cuenta, antes de intentar engañarme —señaló, buscando su mirada, para que supiera que no era tonta.

—Tuvimos una discusión el otro día. —Terrence sabía que debía darle una respuesta o no lo dejaría en paz.

—¿Por qué motivo? —inquirió, mostrándose desconcertada.

—Lo siento, pero no puedo responder a esa pregunta, es un asunto de Allison; es ella quien debe contárselo —contestó, mirándola a los ojos, para que viera que no diría nada más.

—A los jóvenes les fascina jugar a ser misteriosos, pero de cualquier manera, voy a enterarme. —Lo miró de reojo para ver si, ante ese comentario, su hijo le insinuaba algo, pero se quedó en silencio, y Amelia pensó que era idéntico a su padre.

No pudo seguir ahondado más en el asunto, porque llegó Elsa, anunciándoles que la comida estaba por ser servida, así que ambos se



dirigieron al comedor y cambiaron de tema, centrándose en uno menos tenso para la ocasión.

Luego de eso, Terrence se quedó un rato más, y mientras caminaban por el jardín, le contó a su madre lo de las cartas que había enviado y que no había recibido respuesta de Victoria.

Amelia también se sintió preocupada y apoyó su idea de ir a Chicago, para saber si la chica estaba bien, pues las acciones de Margot Anderson, eran muy crueles y arbitrarias. Sin embargo, lamentó no poder acompañarlo, pues ya se había comprometido a hacer un viaje a Buenos Aires. Haría dos presentaciones especiales en el Teatro Colón de esa ciudad.

Patricia respiraba afanosamente mientras se aferraba con sus manos a las sábanas debajo de ella, las que sentía estaban empapadas de sudor, al igual que su cuerpo tembloroso, que era azotado por fuertes dolores, cada vez con mayor frecuencia.

Jadeó y se dejó caer, una vez más, sobre la cama; dejando que sus dedos crispados se relajaran un poco, al experimentar ese breve pero maravilloso alivio que la embargaba, cuando las contracciones pasaban, dándole una pequeña tregua.

—No puedo..., no puedo... —susurró, sintiéndose cansada.

—Tranquila, mi niña..., solo respira y piensa en lo hermoso que será tener a tu bebé en brazos —mencionó Martha, acariciándole la frente, queriendo darle ánimos.

—Ya quiero que pase —pronunció mientras las lágrimas bajaban pesadas por sus sienes, hasta perderse en su cabello.

—Falta poco, Patty..., la doctora Smith dijo que estás bastante dilatada —indicó Victoria, sonriéndole para animarla.

Victoria había ofrecido sus conocimientos para asistir durante el parto a su profesora de obstetricia y ginecología, quien se había encargado de llevar el control del embarazo de Patricia. La doctora no estaba muy contenta con tener que atender a la chica en la casa, prefería la sala de partos de un hospital, pero la paciente decidió que fuese allí, y era quien tenía la última palabra; sobre todo, si se tenía el dinero para cumplir con sus caprichos y asumía toda la responsabilidad.

—Sigo creyendo..., que no podrá salir por ese lugar —esbozó Patricia. Le costaba mucho mantener sus piernas tan abiertas.

—Fue por donde entró y es por donde saldrá —comentó Victoria,

apegándose a sus conocimientos médicos.

—¡Vicky! —Se quejó Patricia, sonrojándose, más de lo que ya estaba por el esfuerzo, y cerró sus ojos, dejando caer la cabeza.

—Bueno..., solo puedo decir que Victoria tiene razón —comentó Mary, sonriendo, y al ver que la atacaba otra contracción, le sujetó la mano con fuerza para brindarle apoyo.

Minutos después, la doctora ocupaba su posición, y todos los demás hicieron lo que les ordenó, para traer a ese bebé al mundo y, que tanto él como la madre, salieran con bien del proceso.

El corazón de Christian latía atormentado al escuchar los gritos de dolor de su esposa, ya no soportaba más esa tortura, quería entrar y hacer algo para que ella dejara de sufrir. De pronto, todo cambió y sus latidos se desbocaron de emoción, al oír el fuerte llanto de un bebé, que retumbó en todo el lugar.

Se levantó como un resorte del sillón donde había estado sentado, mientras se sostenía la cabeza con las manos, rogándole a Dios, a todos los espíritus de sus familiares muertos y al padre de Patricia, que la asistieran en el parto y que permitieran que ella y su hijo salieran bien.

—¡Ya nació! ¡Ya nació! ¡Mi hijo ya nació! —exclamó con los ojos colmados de lágrimas. Se acercó a su hermano y a su tío para abrazarlos—. Tengo que verlos, necesito saber si están bien.

—Christian, no puedes pasar..., debes permitir que la doctora haga su trabajo —indicó Margot, deteniéndolo, pero le dedicó una sonrisa—. Felicidades, hijo... —esbozó con orgullo.

—Gracias, tía... ¿Cree que tarden mucho? No escucho a Patty —mencionó, con temor a que algo le hubiese pasado.

—Seguramente un par de minutos, pero no te preocupes, tu esposa es una chica fuerte, solo debe estar agotada.

Él asintió, intentando controlar su ansiedad, sintiendo que el tiempo se había detenido y que nadie salía de esa habitación para condolerse de él; aunque imaginaba que la pobre de Patricia, no estaría tomando el té. Sonrió al tener ese pensamiento, mientras se estrujaba las manos con nerviosismo y no dejaba de mirar la puerta, esperando el momento en que se abriese.

—¡Gracias a Dios! —expresó al ver a su prima asomarse—. ¿Cómo están Patty y el bebé?, ¿puedo entrar Vicky? —preguntó, acercándose, sin poder disimular su desespero.

—Claro, ven a conocer a tu hijo —contestó, sonriendo.

—¿Es un varón? —preguntó Margot, emocionada.

—Sí, es un hermoso niño... La doctora solo autorizó que entrara Christian, pero luego podrán hacerlo ustedes.

—Ve, hermano —mencionó Sean, palmeándole la espalda.

—Dale un beso a Patty de mi parte —pidió Annette, quien había permanecido afuera, ya que por ser señorita, no podía pasar.

Christian caminó muy despacio hasta la cama donde reposaba su esposa con su pequeño hijo en brazos, viéndolo envuelto en mantas blancas, le pareció una especie de regalo. Pensó que no estaba del todo equivocado, pues era un regalo que Dios le había enviado, solo bastó que su mirada se encontrara con la de Patricia, para que sus lágrimas se desbordaran.

Con cuidado, se puso de rodillas junto a la cama, no se atrevió a sentarse para no lastimarla; sabía que debía estar adolorida tras la labor de parto. Con mucho cuidado y nervios, llevó su mano hasta la mejilla de su hijo.

La sorpresa lo embargó al ver lo pequeño que era, con la piel sonrojada, apenas tenía unas pocas hebras de cabello castaño claro, y sus ojos estaban cerrados. No podía creer que ese ser tan hermoso fuese suyo.

—Hola, pequeño Henry. —Le habló, sonriendo con emoción.

Patricia y Mary sollozaron, conmovidas ante el nombre que Christian había escogido para su hijo, aunque ya habían hablado de varios, en caso que fuese niño o niña, no habían escogido uno.

—Pensé que le pondrías tu nombre —susurró Patricia, dejando a sus lágrimas correr en libertad mientras lo miraba.

—No, prefiero llamarlo como nuestros padres, será Henry Paul Cornwall O'Brien —respondió con una gran sonrisa.

—Es un hermoso nombre —comentó Mary, agradeciéndole con una sonrisa, así su hijo siempre sería recordado en su nieto.

Patricia fue más efusiva en su agradecimiento, se movió con cuidado, acercándose a su esposo para darle un beso, fue solo un toque de labios, pero significó mucho para ambos en ese instante. Luego posaron su mirada en el fruto de su amor, que empezó a reclamar la atención de sus padres, cuando se removió y abrió sus ojos para entregarles su primera mirada.

## Capítulo 59

Los sentimientos de Victoria fueron expuestos a la mayor de las torturas, cuando vio la felicidad que reflejaban Christian y Patricia, al tener a su pequeño hijo en brazos; aunque estaba muy emocionada por ellos, también se sintió devastada al imaginar que, a lo mejor, ella nunca viviría algo parecido.

Se acercó a la doctora Smith, le pidió permiso para ausentarse y salió de la habitación, intentando disimular su tristeza; y tuvo que hacerlo mucho más, cuando salió y se encontró con el resto de la familia. Todos estaban ansiosos por conocer más detalles del recién nacido, querían saber a quién se parecía.

—Es muy hermoso, la doctora dice que al nacer no tienen parecido con sus padres, que aún no se definen sus rasgos, pero para mí, es idéntico a Christian —comentó con una sonrisa, para saciar su curiosidad—. Será muy alto, como él.

—¡Vaya! Ahora entiendo los gritos de la pobre Patricia —acotó Annette, compadeciéndose de su amiga.

—Gracias a Dios ella está bien, dice que el dolor desapareció en cuanto escuchó el llanto de su hijo y pudo verlo —esbozó Victoria, y sus ojos se llenaron de lágrimas; afortunadamente, todos creyeron que era a causa de las emociones vividas—. Bueno, iré a cambiarme, tengan paciencia, que dentro de poco podrán conocer al hermoso Henry Paul.

Todos se impresionaron al escuchar el nombre del pequeño, la mirada de Sean, incluso, se cristalizó, y la sonrisa en sus labios se hizo más amplia, mientras que Margot, asentía, aprobando la escogencia del nombre. Victoria se alejó con andar calmado, obligándose a mantener su llanto guardado hasta que se encontrase sola, y así lo hizo cuando estuvo en su recámara.

Caminó hasta el baño y luego de cerrar la puerta tras ella, se dejó rodar hasta el piso, donde acabó sentada; recogió sus rodillas para poder hundir su rostro allí y llorar sin el temor de ser escuchada. Estuvo varios minutos siendo sacudida por los sollozos y el dolor que le provocaban sus sospechas, pues entre más le daba vueltas a la situación, más confirmaba que nunca sería madre.

Después de un rato, se puso de pie, se quitó sus prendas y se metió bajo la

regadera; esperando que el agua aliviara la hinchazón de sus ojos, y que también se llevara todo el dolor que sentía. Cuando salió de allí, lo hizo con una decisión tomada, ella no le negaría a Terrence la dicha de convertirse en padre, de tener un hijo que llevase su sangre, que fuese realmente suyo; se acercó al escritorio y comenzó a escribirle una carta.

Terrence se sintió pletórico cuando entre su correspondencia encontró una carta de Victoria, se la llevó a la nariz para embriagarse con su aroma, mientras sonreía. Entró a la casa y se sentó en su sillón favorito, para leer despacio y disfrutar de cada palabra que ella escribió en aquellas hojas, pues siempre enviaba al menos tres, para contarle cada detalle de su día a día.

La primera sorpresa se la llevó cuando abrió el sobre y se encontró con una sola hoja, además, escrita de un solo lado; se dijo que quizá tuvo que escribirla a escondidas o con rapidez. Sin embargo, desde ese instante, su corazón comenzó a latir lento y pesado, anunciándole que esa misiva traía algo malo; pero negó con la cabeza para alejar ese absurdo presentimiento, no tenía motivos para pensar en algo así.

*Chicago, 07 de julio de 1916.*

*Terrence, esta será la última carta que recibas de mi parte, he decidido terminar nuestra relación. Durante estos días separados, he dedicado tiempo a pensar en lo que sería nuestro futuro juntos, y siento que no estoy preparada para compartir mi vida contigo; existen muchas cosas que nos separan.*

*Se supone que cuando estemos juntos ya no habrá más despedidas, que nunca más tendré que acompañarte a una estación de trenes y verte partir..., pero sé que eso no será así, sé que, por un motivo u otro, siempre nos estaremos despidiendo, y no deseo vivir de esa manera.*

*No pienses que te estoy reprochando algo o que te estoy pidiendo que dejes tus sueños de ser un gran cantante de ópera, para quedarte a mi lado; es todo lo contrario, he decidido ser quien ponga punto final a nuestra relación y darte la libertad para que seas quien siempre has querido, para que encuentres tu felicidad con alguien que viva en tu mismo mundo, que te ame y te valore..., que sepa aceptarte por quien eres, que sea más valiente que yo.*

*Lo que vivimos fue hermoso y te juro que lo voy a atesorar por siempre,*

*seré feliz cuando te vea triunfar en todos los aspectos de tu vida, te mereces que sea plena y cumplir todos tus sueños. Y si algún día nos volvemos a ver, espero que estés junto a una buena mujer y lleves de tus manos a un par de chiquillos, que tengas esa familia que siempre has anhelado.*

*Con cariño, Victoria.*

Terrence releyó la carta un par de veces, sin dar crédito a lo que leía en esa hoja; intentó calmarse y buscarle una explicación, evidentemente, la letra era la de Victoria, pero eso no lo había escrito ella por voluntad propia, de eso estaba seguro. Se obligó a mantener la calma, cuando sintió que un par de lágrimas brotaban de sus ojos y bajaban por sus mejillas, apretó los párpados, negando con la cabeza.

—Esto tiene que ser obra de tu tía Margot, seguro ella te obligó a escribir esta carta; la muy miserable nos quiere separar, pero no va a conseguirlo, juro por Dios que no lo hará —dijo con determinación y subió para hacer su equipaje, iría a Chicago.

A la mañana siguiente, descendía del tren en La Estación de la Unión, en Chicago, apenas llevaba una maleta pequeña, pues no pretendía pasar mucho tiempo allí, solo el que necesitaría para lograr sacar a Victoria de la mansión y llevársela con él a un lugar donde Margot Anderson no pudiera encontrarlos.

Solicitó los servicios de taxi y le pidió que lo llevara a un hotel poco reconocido, pues quería pasar desapercibido para poder llevar a cabo el plan que había ideado durante el viaje.

Primero pensó en presentarse allá y exigir hablar con su prometida, pero si sus sospechas eran ciertas y Margot estaba detrás de todo eso, no lo dejaría verla. Así que aprovecharía que podía contar con Angela, para que ella lo ayudase a entrar en la mansión, así lograría hablarle de sus planes a Victoria y hacer que todo saliera perfecto; debía ser más inteligente que la matrona.

Dos horas después, había logrado entrar a la propiedad de los Anderson; suponía que las viejas mañas nunca se olvidaban. Lo que había aprendido para poder fugarse del colegio, le había servido para llegar hasta allí. Se quedó escondido cerca del rosal, para evitar que alguien lo viese y le informase de ello a la matrona, debía esperar para ver a Angela, porque la ventana de Victoria estaba cerrada y no podía subir, era muy arriesgado.

—Angela..., Angela. —La llamó cuando al fin la vio salir al jardín, vio

que la mujer lo miraba con sorpresa.

—¿Qué hace allí escondido, joven Terrence?

—Necesito que me ayudes, tengo que hablar con Victoria.

—La señorita no está en este momento en la casa.

—Por favor, Angela..., no me mientas, sé que la vieja..., que la señora Margot, está manipulando a Victoria para separarnos; la hizo que me escribiera una carta para terminar conmigo.

—No sé de lo que me habla, joven, la señora Margot se fue a Barrington hace varias semanas, vino para el nacimiento del hijo del señor Christian y de la señora Patricia, pero ya se regresó; está allá... Creo que por orden del señor Brandon.

—¿Cómo dices? —cuestionó, sintiendo que un frío le bajaba por toda la espalda, al tiempo que los latidos de su corazón se hacían dolorosos—. ¿Y qué pasó con Victoria?, ¿dónde está? —inquirió, pensando que quizá la matrona también se la había llevado.

—La señorita Victoria está bien, el señor Brandon le levantó el castigo, regresó a sus clases de enfermería en el Hospital del Condado de Cook —indicó, mirando a los ojos al chico, quien se notaba desconcertado, pero era evidente que esperaba más información, así que continuó—. Según me contó, hasta planea solicitar un cupo en alguna escuela de medicina para mujeres, o ver si le permiten inscribirse en Universidad de Illinois, y entrar a esos cursos que, por ahora, solo dictan a los hombres.

—No entiendo..., si ella ya no está castigada, ¿por qué no me lo ha dicho?

—La cabeza de Terrence era un torbellino.

—Pensé que usted ya lo sabía, ella viajó junto al señor Brandon a Nueva York, para verlo...; o eso fue lo que me dijo. Aunque, cuando regresó, no me contó nada del viaje —pronunció, recordando con algo de desconcierto aquella ocasión.

—No puede ser..., yo no veo a Victoria desde la última vez que estuve aquí —acotó, frunciendo el ceño.

—Ahora que lo dice, recuerdo que ellos regresaron muy pronto; creo que solo estuvieron un día fuera de casa y, al regresar, ella estaba muy ausente..., preocupada.

—Algo está pasando, Angela..., y necesito hablar con Victoria para descubrirlo —dijo, mirándola a los ojos.

—Vaya al Hospital del Condado de Cook, y si no la consigues en ese lugar, puede encontrarla en el orfanato que está al lado.

—Muchas gracias, Angela.

Se despidió y emprendió el camino de regreso a la ciudad, ahora con mayor urgencia necesitaba hablar con Victoria; no entendía por qué viajó a Nueva York y no fue a verlo, ni por qué no le contó que ya no estaba castigada. De pronto, ese horrible presentimiento que lo había acompañado desde que leyó su carta, comenzó a hacerse más insoportable.

Victoria caminaba por los pasillos del hospital, sintiéndose algo aletargada, sin tener un rumbo fijo a donde ir; después de haber escrito y enviado aquella carta a Terrence, su mundo parecía haber perdido el poco sentido que le quedaba. Aun así, seguía levantándose cada día, poniendo todo de su parte para seguir adelante, pues se lo había prometido a su padre y debía cumplirlo, sin importar que no fuese feliz.

—Hola, Vicky..., qué grato encontrarte aquí.

—Hola..., hola, Daniel. ¿Alguien de tu familia se encuentra recluido en el hospital? —preguntó, desconcertada de encontrarlo en ese lugar; por lo general, las personas de su posición asistían a clínicas privadas cuando se sentían mal, no acudían a hospitales públicos.

—No, gracias a Dios todos estamos bien. Vine a ver a Richard Murray, nos dijo que estaba haciendo su internado aquí, y quise comprobar que así fuera... Es por una tonta apuesta que hicimos entre los chicos —mencionó, sonriendo; de pronto, se sintió como un idiota delante de ella.

—Entiendo —pronunció y continuó con su camino.

—Me enteré por mi madre, que tú también estás estudiando aquí —dijo, siguiéndola, aprovecharía la oportunidad de haberla encontrado para poder charlar con ella.

—Imagino que lo mencionó para criticarme.

—Por lo visto la conoces muy bien —expresó, sonriendo para restarle importancia al asunto—. Pero no le prestes atención, ella critica a todo el mundo. A mí me tiene cansado con sus reproches, dice que debería invertir mejor mi tiempo y no perderlo en fiestas con mis amigos; aunque su verdadera molestia es porque me negué a tomar un curso de verano —comentó, queriendo entablar una conversación con ella, pero esta seguía ignorándolo.

—Tal vez tenga razón, deberías invertir tu tiempo en ayudar a tu padre con sus negocios —comentó porque había escuchado a Sean y a Brandon, decir, durante una de las cenas, que los Lerman estaban pasando por una difícil situación económica.



—Lo haría, solo si mi padre me lo permitiera.

—Si el señor Lerman viera en ti un interés real y el deseo de comprometerte, quizá lo haría, pero seguramente no haces nada para ganarte su confianza —pronunció mirándolo a los ojos, y ni siquiera sabía qué hacía hablando con él, no se llevaban bien.

—Al parecer, a todos les cuesta confiar en mí, sin importar cuánto ponga de mi parte para conseguirlo; tú eres el mejor ejemplo de eso. Estoy aquí, intentando ser amable, borrar todos mis errores del pasado y demostrarte que he madurado, que no soy el mismo idiota de antes; pero estás a la defensiva, mirándome con desconfianza y caminando de prisa para alejarte. —Dejó ver la molestia que le causaba su rechazo.

—Tengo bastantes motivos para tratarte de esta manera, ¿o acaso olvidas todo lo que quisiste hacerme en el colegio? Estuviste a punto de hacer que me expulsaran.

—Ese plan fue idea de Elisa. —Se defendió de inmediato.

—No importa de quién haya sido la idea, tú colaboraste con ella, y no te importó el daño que podías causarme.

—Ya te pedí perdón por eso..., por favor, Vicky, solo dame la oportunidad de demostrarte que he cambiado; me gustaría que fuésemos amigos —pidió mirándola a los ojos.

—Tu madre y tu hermana no estarían de acuerdo —respondió, dándole la espalda, no se dejaría convencer.

—Me da lo mismo si están o no de acuerdo, es mi vida y yo decido a quién tengo en esta... ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que lo que digo es cierto? —preguntó, desesperado.

Victoria estaba a punto de decirle que la dejara en paz, pero su voz desapareció cuando su mirada se encontró con la de Terrence. La intensidad que se desbordaba de ese par de ojos azules la hizo bajar el rostro, mientras sentía cómo su cuerpo se convertía en una masa trémula; en ese instante, sintió la urgente necesidad de ocultarse de él.

—Victoria, necesitamos hablar —mencionó, caminando hacia ella, mientras clavaba su mirada llena de odio en Daniel Lerman.

—Yo... no puedo hacerlo ahora, tengo prisa —respondió tratando de huir, pero sintió cómo la agarraba del brazo, y su toque la hizo estremecer de pies a cabeza.

—¿Tú escribiste esta carta? —preguntó, mostrándole el sobre. La vio asentir de manera forzada, causándole una herida a su corazón—. ¿Qué está

pasando, Vicky? ¿Por qué escribiste todo esto? —cuestionó en un susurro, acercándose más a ella.

—No quiero hablar de eso ahora —pronunció sin poder mirarlo.

—Si no es ahora, entonces dime cuándo, porque no pienso regresar a Nueva York sin antes hablar contigo. —Le advirtió, bajando el rostro para mirarla a los ojos, porque ella le rehuía.

—Todo lo que tenía que decir, está escrito allí...

—¡Mentira! Lo que escribiste aquí son solo mentiras y lo sabes, mírame a los ojos y dime la verdad, ¿qué está sucediendo? —inquirió en voz alta, dejándose llevar por su desesperación.

—¡Ey!, déjala en paz..., ella no quiere hablar contigo.

—Tú no tienes nada que hacer aquí, este asunto es entre Victoria y yo, así que lárgate y deja a mi mujer en paz —soltó Terrence, realmente furioso, tensándose y preparándose para dar la pelea.

—¡Ya basta! No quiero hablar contigo y no puedes obligarme —mencionó Victoria, para terminar con esa situación; debía mantenerse en su postura y no ceder ante su deseo de volver con él, aunque daría todo por hacerlo, no podía.

—Ya la escuchaste —pronunció Daniel, con satisfacción, luego se acercó a ella—. Vamos, Vicky, te llevaré a tu casa —agregó, intentando llevarla del brazo hasta su auto.

—Ella no se irá contigo a ningún lado. —Terrence la agarró por el otro brazo para retenerla.

—¡Los dos déjenme en paz! —exclamó a punto de ponerse a llorar, quería escapar de allí y, miró, buscando por dónde correr.

—Suéltala, ¿no ves que le haces daño? —Daniel interpeló a Terrence, armándose de valor para defenderla; si deseaba ganarse la confianza y el amor de Victoria, debía dejar de lado la cobardía, así que le dio un empujón—. Aléjate de ella.

Terrence vio todo rojo y no medió palabras con aquel imbécil, solo le estrelló el puño en la cara, haciéndolo tambalearse; soltó el agarré que tenía en el brazo de su novia, dispuesto a seguir.

—Vamos, Lerman, ¿acaso ya no eres tan valiente? —preguntó antes de lanzarle otro golpe, que cayó directo en su pómulo.

—Terrence, ya detente, por favor —pidió Victoria, intentando sujetarlo del brazo, al ver que Daniel estaba sangrando.

Eso hizo que Terrence se distrajera y que su contrincante aprovechara para

asestarle un golpe en la comisura de la boca, dejándolo algo aturdido. Sin embargo, como ya estaba acostumbrado a las peleas, rápidamente se puso en guardia y respondió con un par de puñetazos que castigaron el rostro de Daniel, y lo hicieron caer al pavimento.

—¡Oh, por Dios! —gritó Victoria, llena de miedo al verlo tan golpeado. Se acercó a él para socorrerlo—. Mira lo que has hecho.

—Él se lo buscó... —indicó mientras escupía hacia un lado y su saliva estaba manchada de sangre, Daniel le había roto la boca.

En ese instante, una patrulla se detuvo junto a ellos, al ver lo que sucedía; de inmediato, uno de los oficiales bajó, dispuesto a poner orden, ya que estaba prohibido pelear en la vía pública.

—¿Qué está sucediendo aquí? —demandó, mirándolos.

—Nada, oficial, solo un pequeño altercado —respondió Terrence, pues a eso también estaba acostumbrado.

—Ese hombre nos atacó, señor oficial —respondió Daniel, furioso y adolorido—. Estaba molestando a mi prima, y cuando me acerqué para exigirle que la dejara en paz, comenzó a golpearme —explicó mirando al oficial con ojos de víctima.

—¡Eres un maldito mentiroso! Fuiste tú quien inicio la pelea al meterte en lo que no te importa —mencionó Terrence, sin poder contenerse, y se acercó de manera amenazadora.

—¡Alto allí! —ordenó el policía, poniendo su brazo como barrera para detenerlo—. Dese la vuelta y ponga sus manos detrás, va a tener que acompañarnos a la estación.

—Espere, señor oficial —dijo Victoria, a punto de llorar—. Él no hizo nada, solo fue una discusión tonta..., por favor, no es necesario que se lo lleve detenido —pidió mirando al hombre.

—Lo siento, señorita, pero este tipo de comportamientos no se pueden permitir; el señor deberá venir conmigo —dijo, forzando a Terrence a volverse, para poder esposarlo.

—Tranquila, Victoria, no pasa nada, todo estará bien.

—Pero... ¿A dónde te llevan? —Le preguntó y luego miró al policía—. Dígame a dónde lo llevan, por favor —rogó con voz trémula.

—Vicky, por favor, ven... —Daniel aprovechó para sujetarla de la cintura y alejarla de Terrence.

—¡Quita tus malditas manos de ella! —gritó, forcejeando para liberarse y caerle a patadas—. Juro que voy a romperte el alma, Daniel Lerman —

sentenció, furioso al ver la sonrisa de satisfacción que mostraba, por creer que lo había vencido.

—Será mejor que se calme y entre a la patrulla —ordenó el oficial.

—Terrence..., cálmate, por favor, no pongas resistencia, te sacaré de allí, te lo prometo —mencionó Victoria, en medio de lágrimas, mientras lo veía a través de la ventanilla.

—A ti no te dejarán entrar, dile a Brandon o a Sean, ellos sabrán qué hacer. —Alcanzó a decir, antes de que el auto se pusiera en marcha, alejándolo de ella; le dolió ver que se quedó llorando.

—Deberías dejar que se quedara allí, por violento, a ver si así aprende la lección —comentó Daniel, tocándose la cara con cuidado.

—Cállate, Daniel —expresó, entregándole una mirada cargada de resentimiento, y se soltó de su agarre.

Lamentaba lo que Terrence le había hecho, porque en verdad estaba muy golpeado, pero no fue justo que lo culpara delante de la policía; y pensar que le dijo que había cambiado, por lo visto, seguía siendo el mismo de siempre. Se alejó rápidamente para tomar un taxi, debía ir a la sede del banco para contarle lo sucedido a Brandon, necesitaba que él sacara a Terrence de prisión.

## Capítulo 60

Terrence se puso de pie rápidamente cuando el guardia pronunció su nombre, se sacudió el pantalón y caminó hacia la puerta, sin prestarle atención a las miradas llenas de sorpresa de los dos hombres que se encontraban en la celda junto a él.

El oficial lo llevó de regreso hasta las oficinas de la comisaría, le indicó que firmara varias hojas, donde dejaban constancia del motivo por el cual había sido detenido, y la suma de la fianza que, seguramente, Brandon había pagado.

—Bien, puede irse, pero si vuelve a tener un altercado como este, no saldrá tan fácil. —Le advirtió, mirándolo con severidad.

—Lo tendré en cuenta —respondió solo para dejar tranquilo al oficial, pues en ese momento lo que más deseaba, después de ver y hablar con Victoria, era ir a darle una paliza al maldito cobarde de Daniel Lerman—. Gracias —agregó cuando le abrió la puerta para que saliera.

—Terrence —mencionó Brandon, acercándose a él, en cuanto lo vio salir de la comisaría—. Por favor, sube al auto, ¿cómo estás? —Le hizo un ademán, observando el moretón en la comisura de su boca.

—Mejor que el cobarde de tu sobrino —respondió al ver que le miraba el golpe con preocupación, subió al puesto de copiloto.

—Presumo que sí. —Dejó escapar un suspiro pesado, sabía que le esperaba tener que lidiar con el drama de su hermana Deborah, por lo acaecido—. Victoria me contó lo que había sucedido, supongo que no se podía esperar otra cosa de Daniel.

—Te juro que me contuve tanto como me fue posible, Brandon, pero él se lo buscó —Se excusó, porque sabía qué; a pesar de todo, Daniel era familia de Brandon.

—No te preocupes, sé la clase de chico que es mi sobrino —masculló, mostrándose algo apenado, y puso el auto en marcha.

—Muchas gracias por la ayuda, te pagaré el dinero de la fianza.

—No es necesario, Terrence —mencionó, porque Victoria le había dejado claro que todo ese altercado se suscitó debido a las provocaciones de Daniel.

—Me quedaré más tranquilo si dejas que te lo pague —indicó porque no había ido hasta allí para causar molestias—. Y me gustaría pedirte otro favor, necesito hablar con Victoria. Por culpa de Daniel no pudimos hacerlo, pero me urge aclarar algunas cosas con ella —dijo, mirándolo a los ojos.

—Terrence..., Vicky me pidió que te ayudara, pero también me dijo que te comunicara que no tenían nada de qué hablar. Mira, yo no sé lo que ha pasado entre ustedes, ella ha estado muy misteriosa últimamente, y comprendo que desees saber lo que está pasando, pero si no quiere hablar contigo, ni tú ni nadie puede obligarla a hacerlo.

—Es que no es justo que me tenga en esta situación, se supone que vamos a casarnos a finales de año, pero me envió una carta donde me dice que termina la relación —explicó con angustia.

—¿Cómo dices? —inquirió Brandon, desconcertado.

—Lo que escuchas, por eso estoy aquí, porque no entiendo qué está pasando. Necesito que me dé respuestas, que me diga porqué viajó hasta Nueva York y no fue a verme.

—Claro que fue..., yo mismo la llevé a tu casa, la propiedad que está en Roslyn. —Le informó y vio que Terrence se mostraba completamente desconcertado, por lo que supo que debía ser más específico—. Fue hace unas tres semanas, ella llamó a la puerta y quien le abrió fue tu compañera de teatro, la señorita Parker... Victoria se puso furiosa y quiso marcharse, pero la chica le pidió que te esperara. Vicky aceptó hacerlo y quedamos en que regresaría a buscarla por la tarde. La verdad no sé lo que pasaría entre ellas, pero cuando llegué al hotel, Victoria me hizo saber su deseo de regresar esa misma noche a Chicago, y desde entonces, ha estado actuando de forma extraña.

Terrence escuchó cada palabra de Brandon, sintiéndose sorprendido, ya que no estaba al tanto de nada de eso. Allison no le comentó sobre aquel episodio cuando fue a su casa aquella tarde, aunque recordó que habían discutido, que ella se marchó furiosa con él y quizá por eso no lo hizo.

Después de un par de minutos analizando lo que podía haber pasado entre ellas, llegó a comprender que, una vez más, Victoria se dejaba cegar por los celos estúpidos que sentía hacia Allison.

Cerró sus ojos y soltó un suspiro, al sentir cómo la frustración lo embargaba; ya no sabía cómo podía demostrarle a su novia que él solo la amaba a ella, que no existía otra mujer en el mundo a la que pudiera entregarse, sencillamente, porque él ya era suyo.

Por más que quiso tomar las cosas con calma y no sentir rabia, no pudo hacerlo porque lo desesperaba que Victoria fuese tan ciega; sobre todo, que no confiara en él, después de haber sido novios por más de dos años, de la promesa que se hicieron en su casa y de haberse entregado como marido y mujer.

—Necesito hablar con ella —sentenció con el ceño fruncido.

—¿Por qué no esperar mejor un par de días? Cuando todo esté más calmado, quizá ella esté dispuesta a escuchar, y puedan solucionar las cosas —sugirió Brandon, mirándolo de reojo.

—Porque si esto tiene alguna solución, da lo mismo que sea ahora o en un par de días. No voy a estar sometido a la tortura de no saber lo que sucede y a la indiferencia de tu prima; así que, por favor, llévame con ella o de cualquier manera lo haré yo —dijo, mostrándose cansado de la actitud caprichosa de Victoria.

—Bien, te llevaré porque no quiero que ella esté sufriendo, y nadie mejor que ustedes para saber cómo arreglar sus cosas.

—Te lo agradezco, Brandon —comentó, viéndolo a los ojos.

Se sumió en sus pensamientos, intentando hallar la mejor manera para tener esa conversación con su novia, porque aún la consideraba de esa manera, aunque ella hubiese roto con él, a través de una carta.

A medida que el auto se acercaba a la mansión, los latidos de su corazón se hacían más pesados, y esa sensación de angustia que lo sobrepasaba desde que leyó la carta, se hizo mucho más palpable.

—Buenas tardes, Brandon —mencionó Margot, al verlo llegar.

—Tía, buenas tardes, no sabía que había decidido regresar —esbozó, sorprendido, siendo consciente de que su presencia allí, le pondría las cosas más difíciles a Terrence y a Victoria.

—Supuse que era momento de hacerlo, por lo que veo, vienes acompañado —indicó, dedicándole una mirada resentida al maleducado de Terrence Danchester.

—Buenas tardes, señora Anderson. —La saludó solo para ser educado, no porque le naciera hacerlo.

—Buenas tardes, señor Danchester; me sorprende verlo aquí, si mal no recuerdo, le dije a su padre que le informara que su presencia en esta casa no sería aceptada hasta estar cercana la boda y; a menos, que algo haya cambiado y ustedes vayan a casarse en quince días, no comprendo qué hace en este lugar —pronunció con toda la frialdad y la rabia que sentía hacia ese

rebelde, que había burlado la confianza de su hermano y la suya, deshonrando a Victoria.

—Terrence vino porque necesita hablar con mi prima, y cualquier término que se haya acordado antes, fue disuelto, tía Margot; creo que eso ya había quedado claro para todos —indicó Brandon, mirando fijamente a la matrona.

—No se preocupe, señora Margot, sé que mi presencia le resulta desagradable, pero puede estar tranquila, solo he venido a tratar un asunto con Victoria, luego de eso me marcharé —habló Terrence, dejándole claro a la mujer, que estar delante de ella, tampoco le resultaba agradable.

—Evitemos este tipo de confrontaciones, dentro de poco seremos familia —acotó Brandon, para aligerar la tensión entre los dos—. Por favor, Dinora, envíe a alguien por Victoria, dígame que quiero verla en mi despacho. Vamos, Terrence.

Señaló con su mano para que fuese adelante, y así poder mirar a su tía, dejándole ver que hablarían de su comportamiento más tarde. Entraron al despacho y Brandon invitó a Terrence a tomar asiento, mientras le servía un trago de *whisky*; sabía que eso le vendría bien a su golpe, pero él lo rechazó, negando con la cabeza y; en lugar de sentarse, se paró junto al ventanal.

—Brandon, me dijo Angela que querías verme. ¿Lograste sacar a Terry? —preguntó, entrando al lugar sin percatarse de que él estaba allí, pues su mirada se fijó en Brandon.

—Aquí estoy —respondió Terrence, sintiéndose esperanzado al ver que ella había estado preocupada por él.

Victoria se volvió a mirarlo, sorprendida; los latidos de su corazón se desbocaron de emoción al saberlo sano y salvo. Quiso correr hasta él, para abrazarlo; sin embargo, se obligó a contener sus emociones, no podía dejarle ver que lo seguía queriendo o que existía la esperanza de regresar.

—Los dejaré para que puedan hablar —mencionó Brandon, al ver, por la forma en la que se miraban, que su presencia allí sobraba, así que caminó hasta la puerta.

—Brandon..., espera, yo no... Nosotros no tenemos nada de qué hablar. —Victoria lo miró, sorprendida; se suponía que solo lo liberaría, no que lo llevaría a la casa.

—Te equivocas, Victoria, tenemos mucho de qué hablar.

—Es mejor que lo hagan, Victoria. Nos vemos después —indicó el ahora patriarca, antes de abandonar el estudio.

Un tenso silencio se apoderó del lugar, mientras Victoria le rehuía la



mirada, quería escapar de allí y no tener que enfrentarlo, pues al tener que hacerlo, le dificultaba todo, y no sabía si tendría la voluntad para dejarlo ir.

Se cruzó de brazos para crear una barrera que la protegiera, cuando lo sintió acercarse a ella; su sola cercanía provocaba que su cuerpo se estremeciera, porque su piel recordaba todo lo que vivieron durante ese fin de semana en Nueva York, y estaba clamando por repetirlo.

Él también era recorrido por las mismas sensaciones, deseaba acercarse para abrazarla, besarla y hacerle el amor, lo anhelaba con intensidad; sobre todo, al recordar lo que fue sentirse parte de ella, y su cuerpo comenzaba a reaccionar a esos estímulos. Sin embargo, sabía que tenían una conversación pendiente, que no podía dejarse llevar por sus instintos, no era el lugar ni el momento; antes, tenían que aclarar su situación, por ello se acercó despacio, para poder mirarla a los ojos.

—¿Crees que después de más de dos años de noviazgo, merezco que termines nuestra relación mediante una carta?, ¿y que al venir, confundido, desesperado y muriéndome de tristeza, tú te niegues a verme? ¿Qué fue eso tan malo que hice, para que me castigues con tu desprecio? —preguntó con la voz ronca, pues el solo recordar lo que ella había hecho, le oprimía el pecho y le cerraba la garganta.

—Yo... yo solo quise hacerlo de la manera más fácil para los dos —respondió, sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—¿Más fácil?, ¿acaso crees que esto es fácil? Pues déjame decirte algo, Victoria, no lo es... ¡Es cruel! Eso es lo que es, y no creo merecerlo porque jamás te he tratado de esta manera. Te he demostrado y te he dicho que te amo una y miles de veces, pero sigues sin creer en mí —pronunció con rencor y dolor.

—No es eso... —Elevó el rostro e intentó hablar, pero la ira que destellaba en la mirada de Terrence le apagó la voz.

—¡Claro que lo es! —exclamó, llevado por la rabia—. Siempre se trata de lo mismo, todo esto es porque fuiste a Nueva York y conseguiste a Allison en nuestra casa; porque tus estúpidos celos no te permitieron pensar otra cosa que no fuese que yo te estaba engañando, y ni siquiera me diste la oportunidad para explicarte lo que había pasado. Tú solo llegaste a una conclusión y me declaraste culpable —mencionó, bajando un poco la voz, pues vio cómo ella se sobresaltó cuando gritó, y no quería maltratarla porque la amaba, así que intentó calmarse.

—¿Qué hubieses pensado tú estando en mi lugar, Terrence? —cuestionó,

mirándolo a los ojos con reproche—. Porque hoy solo te bastó verme hablando con Daniel, para ponerte como un energúmeno. Todavía, siendo consciente de que él y yo nunca nos hemos llevado bien. Solo pensar que pudiera aceptar sus atenciones es lo más absurdo de este mundo —mencionó porque necesitaba sacarse eso del pecho, aunque no fuese el motivo real que la estaba llevando a terminar con la relación.

—Daniel Lerman es un miserable, que quiso hacerte daño antes y que puede hacerlo ahora, si le das la oportunidad.

—Eso lo sé muy bien, y puedo cuidarme sola..., pero seguro me dirás que Allison es una chica grandiosa, que es honesta y que es tu amiga, y que yo soy una estúpida por sentir celos de ella, como ya lo has dicho. Puedes ahorrarte todas esas palabras porque no se trata de eso, no termino esta relación porque sienta celos y piense que me estás engañando; lo hago porque es lo mejor para los dos, por favor, compréndelo.

—Eso es mentira, todo lo que dices y lo que escribiste en esta carta es mentira. ¿Acaso fue tu tía?, ¿ella te está obligando a dejarme? Por favor, mi vida, dime la verdad, confía en mí, que yo puedo solucionar esto —pidió, agarrándola por los hombros; quería envolverla entre sus brazos y no soltarla nunca.

—No es ella, nadie me está obligando a nada; simplemente, me di cuenta de que separarnos es lo mejor... —Luchaba por no llorar.

—Y lo hiciste ahora, cuando Brandon está dispuesto a ayudarnos para que la boda sea pronto, cuando todo iba bien...; después de que te hice mi mujer y de los votos que nos entregamos... Ahora decides que ya no quieres seguir conmigo —pronunció, mostrándose verdaderamente incrédulo, sabía que había algo más detrás de esa decisión, que Victoria seguía amándolo, y no se iría de allí sin averiguarlo.

—Yo..., yo nunca me voy a arrepentir de lo que viví contigo y de lo que te entregué, siempre lo voy a llevar en mi corazón. Pero no estoy lista para lidiar con todo lo que representa tu vida, por favor, compréndeme y no me juzgues tan duramente, porque lo que hago en este momento es por el bien de los dos.

—¡Claro que no! Esto es por tu bien, porque eres una niña caprichosa que siempre ha querido que las cosas se hagan a su manera, que la complazcan en cada uno de sus deseos, y estoy seguro de que si ahora mismo te digo que renuncio a todo para quedarme contigo, cambiarías de parecer, pero ¿sabes qué, Victoria? No lo haré, porque entonces sí dejaría de ser yo, y me

convertiría en otra persona, una que solo se amolde a tus exigencias, pero eso ni siquiera lo consiguió el duque en todos los años que viví junto a él, y tampoco lo harás tú —mencionó con determinación, al tiempo que la miraba a los ojos.

—Yo no quiero cambiarte; por el contrario, te estoy dando la libertad para que seas quien quieras ser —indicó, sintiéndose muy dolida al ver lo que él pensaba de ella.

—A cambio de alejarme de ti, ¿acaso eso te parece justo? Si no era la persona que deseabas para pasar el resto de tu vida, ¿por qué carajos no me lo dijiste al principio?, ¿por qué esperar a este momento?, ¿por qué pedirme que hiciéramos votos, para después lanzarlos a la basura?, ¿por qué dejarme sentir lo que era ser hombre, amándote, creyéndote mía, si me ibas a dejar? —preguntó con el corazón cerrado en un puño, con lágrimas de rabia y decepción bajando por sus mejillas.

—Porque no soy la chica indicada para ti, y siento mucho haberme dado cuenta ahora, pero es mejor acabar en este momento que hacerlo después, cuando sea más difícil.

—¡Pues no lo acepto! Lo siento mucho, Victoria, pero no lo acepto, vas a tener que casarte conmigo lo quieras o no, porque ahora eres mi mujer y lo serás siempre; no voy a permitir que te cases con otro hombre —expresó con un tono tan afilado como un chuchillo, mientras su mirada estaba fija en la de ella, para dejarle claro que hablaba en serio.

—Si me obligas a casarme contigo, nos harás infelices a los dos. —Rompió a llorar sin poder contenerse más, y hundió su rostro en el pecho de Terrence, estremeciéndose a causa de los sollozos que desgarraban su garganta—. Yo no podré darte lo que tanto anhelas, no podré..., no soy la mujer que necesitas a tu lado, lo siento, Terry..., lo siento, pero no puedo seguir contigo.

Reunió el poco valor que quedaba dentro de ella y se alejó, sin siquiera mirarlo a los ojos, porque sentía que no podría; si lo hacía, nunca lo dejaría ir, y debía hacerlo. Le dio la espalda y caminó de prisa hacia la puerta, necesitaba salir de ese lugar; pero antes de poder hacerlo, sintió que él le rodeaba la cintura con los brazos.

—Vicky..., pecosa, no me hagas esto, por favor..., quédate a mi lado, quédate..., quédate conmigo... Juro que dedicaré mi vida a hacerte feliz, te lo juro —rogó, apretándola con fuerza, sintiendo que si ella salía de allí, la perdería para siempre.

Vitoria deseó con todas sus fuerzas hacerlo, pero, una vez más, sus miedos la azotaban, porque no sabía lo que pasaría después, si sus dudas eran ciertas y ella, por su egoísmo, le negaba la posibilidad de ser padre, sería algo que jamás se perdonaría.

Apretó sus labios para no sollozar y también cerró muy fuerte sus ojos, mientras llevaba sus manos para brindarle una leve caricia a los fuertes brazos de él, y se apoyó en el poderoso pecho del chico que amaba, permitiéndose eso, aunque fuese por última vez.

—De alguna manera, siempre estaré contigo, Terry... Pero prefiero dejarte ir ahora, cuando aún soy capaz de vivir sin ti...

—Puede que tú seas capaz, pero yo no, yo no lo soy, Vicky —dijo, sollozando en su cabellera, abrazándola más fuerte. Recordado el infierno que vivió cada vez que se separaron.

—Lo harás, sé que lo harás porque eres valiente, porque aprendiste a sobreponerte desde que eras un niño. Sin embargo, yo tengo miedo de depender tanto de tu amor, que también me termine perdiendo a mí misma..., por favor, entiéndeme y no hagas este momento más difícil para los dos — esbozó obligándose a ser fuerte.

—Pecosa..., mi amor, por favor, mírame. —La sostuvo por los hombros para girarla y hacer que lo viera a los ojos.

—Estoy segura de que vas a conseguir todo lo que siempre has soñado. — Le acunó el rostro con las manos—. Adiós, Terrence..., que seas muy feliz. —Se quitó el anillo y se lo entregó, luego se alejó, sintiendo que el corazón se le desgarraba.

Él intentó detenerla, pero el dolor que sentía dentro del pecho no le permitió dar un paso, y su voz no alcanzó para hablar e impedirle que lo dejara; en ese instante, sintió cómo todos sus sueños y el futuro que había planeado junto a ella se derrumbaba a su alrededor, dejándolo más perdido que nunca.

Por un instante, pensó en renunciar a todo, dejar sus aspiraciones de lado, pues sabía que sin Victoria, nada tendría sentido, pero si lo hacía, ¿en qué se convertiría? Y aún si abandonaba esa parte de su vida, ¿quién le aseguraba que ella confiaría en sus sentimientos?

*¿Acaso eso era el amor? Tener que renunciar a uno mismo para complacer al otro. Si era así, le parecía demasiado injusto.*

Se dijo en pensamientos mientras la miraba quedarse en silencio, quizá a la espera de que él diera ese paso; sin embargo, se negó a hacerlo, no sería la

sombra ni el títere de Victoria, por mucho que la amase. La decisión estaba tomada, si su relación debía terminar, entonces para qué darle más largas, que se acabase de una vez por todas y que cada uno siguiese con su camino.

—Adiós, Victoria —pronunció, sintiéndose decepcionado de ella, como jamás imaginó que lo estaría.

Caminó, esquivándola, y salió de ese lugar sin siquiera dedicarle una mirada más, porque ella estuvo a punto de irse sin mirarlo por última vez, así que él podía hacer lo mismo; cerró la puerta con un golpe seco.

Su andar enérgico resonaba en el pasillo, siendo amortiguado apenas por la gruesa alfombra y, al llegar al salón, ni siquiera se tomó la molestia de despedirse de Margot Anderson, quien se encontraba allí y lo miraba con interés; solo siguió de largo hasta la salida, mientras luchaba por mantener unidos los pedazos de su corazón y de su alma.

Victoria tuvo que obligarse a permanecer inmóvil, mientras lo veía marcharse, sintió que toda su esperanza de ser feliz se iba con él, y quiso correr para detenerlo, decirle lo que escondía y que era demasiado egoísta para dejarlo ir. Sin embargo, no pudo hacerlo, lo único que consiguió fue dejarse caer de rodillas mientras lloraba amargamente, sintiendo que su corazón no iba a soportar tanto dolor.

—Victoria ¡Por el amor de Dios! ¿Qué haces allí?, ¿qué ha pasado? —inquirió Margot, luego de ver salir a Terrence del estudio y quedar intrigada por su actitud.

—Nada —respondió, sin poder dejar de llorar.

—¿Cómo que nada? Mira cómo estás... Dime qué ocurrió —demandó con su tono autoritario de siempre.

—¡Le dije que nada!... ¡Ya déjeme en paz! —respondió, poniéndose de pie y corrió para escapar de allí.

Salió de la casa y, sus piernas, aunque temblorosas, lograron llevarla muy lejos, justo hasta el lugar donde estaba el único ser que podía consolarla en ese momento, pero que lamentablemente, ya no podía darle el abrazo que tanto necesitaba. Así que solo se dejó caer sobre la tumba de su padre, mientras sentía que le hacía más falta que nunca, que daría lo que fuera por tenerlo junto a ella y escuchar su voz, diciéndole que todo estaría bien.

# Capítulo 61

Luego de abandonar la mansión, Terrence tenía toda la intención de viajar esa misma noche a Nueva York, pero al no conseguir boleto, se quedó en el centro de la ciudad y; dejándose llevar por su dolor y su rabia, volvió a aquella vieja costumbre a la que había renunciado hacía más de dos años.

Entró al primer bar que encontró en su camino y pidió una botella de *whisky*, por la que tuvo que pagar casi el doble, ya que, al ser menor de veintiún años, tenía prohibido consumir alcohol; se fue a la mesa más alejada del lugar y comenzó a beber, quería hacerlo hasta perder la conciencia.

A ese ritmo, había bebido dos botellas cuando cayó la madrugada, y tuvo que ser sacado del establecimiento casi arrastras por el dueño del local, quien lo subió a un auto y le pidió al chofer que lo llevase al hotel donde estaba hospedado.

Al llegar a este, fue ayudado por el botones, quien lo llevó hasta su habitación y lo dejó tendido en su cama; aunque Terrence era, en parte, consciente de todo lo que sucedía a su alrededor, su cuerpo no respondía a sus deseos de ponerse de pie, quería seguir bebiendo, pues sentía que el dolor en su pecho seguía allí, intacto.

—Pecosa..., pecosa... ¿Por qué nos hiciste esto?, ¿por qué, Vicky? —Se preguntaba en medio de sollozos, se llevó un brazo a los ojos para esconder su llanto, el mismo que lo estremecía de pies a cabeza—. ¿En qué fallé, mi amor?, ¿qué hice para que dejaras de amarme?, ¿qué me faltó entregarte, Victoria? Si..., si te lo di todo, te di lo mejor que podía dar..., te di más de lo que imaginé poder entregar a alguien —esbozó en medio de ese llanto amargo que le desgarraba la garganta, sintiendo que el dolor de perderla era mucho más fuerte esta vez.

Cada recuerdo de ella que llegaba a su mente lo torturaba, lo hacía amarla un poco más, desearla con una intensidad que lo quemaba y le hacía imposible odiarla, aunque era lo que más quería en ese momento, necesitaba hacerlo para poder olvidarla.

Los primeros rayos del sol salieron, encontrándolo en medio de ese mar de dolor y amargura; para el resto del mundo, un nuevo día comenzaba, pero

para él, ya no sería así, el tiempo se había detenido la tarde anterior, cuando perdió a Victoria.

Al final, el cansancio, el alcohol en sus venas y el dolor, terminaron por sumirlo en un sueño profundo, pero que estuvo plagado de recuerdos de sus momentos con Victoria, pues ni siquiera en la inconsciencia, ella abandonó su mente.

Al despertar, luego de haber dormido casi doce horas, lo hizo en medio de fuertes espasmos que le provocaban las náuseas, tuvo que moverse tan rápido como le fue posible para llegar hasta el baño y devolver el estómago.

Se dejó caer en el piso, apoyando su espalda a la puerta, mientras se recuperaba de los escalofríos que lo recorrían, mientras cerraba los ojos y negaba con la cabeza; hacía mucho que no experimentaba una resaca como esa, ya había olvidado lo terrible que se sentía.

Cuando apreció que se encontraba un poco recuperado, se puso de pie, quitándose la ropa impregnada de sudor y alcohol; luego se metió a la ducha, quedándose allí por un buen rato, pues solo eso aliviaría su malestar.

Minutos después, se encontraba sentado al borde de la cama, mientras su mirada estaba perdida en algún punto de la ciudad, que podía ver a través del ventanal. Escuchó que llamaban a la puerta, por lo que se puso de pie y caminó para abrir; ni siquiera fue consciente de la mirada lasciva que le dedicó la camarera, ya que apenas llevaba encima una bata de baño.

—Buenas tardes, señor Danchester, le he traído todo lo que pidió —mencionó, pasando con la bandeja, donde llevaba una jarra de zumo de naranja, una de café y varias aspirinas.

—Muchas gracias —dijo, entregándole una propina.

—Estoy a su orden, para lo que sea que necesite —esbozó con un tono más sugerente que servicial.

Él asintió, siendo consciente de la insinuación en el comentario de la trabajadora, pero irse a la cama con una mujer, era lo que menos le apetecía en ese momento; sobre todo, porque nunca lo había hecho con otra que no fuese Victoria.

Frunció el ceño al recordarlo, por lo que negó con la cabeza para alejar esos recuerdos y; por un momento, se vio tentado a aceptar la invitación de la mujer; después de todo, ya no tenía sentido seguir manteniendo sus promesas.

—Gracias, llamaré a recepción si necesito algo más —indicó para despedirla y cerró la puerta, dejando escapar un suspiro pesado.

El resto de la tarde lo pasó acostado en su cama, intentando descubrir

entre sus recuerdos, el motivo que pudiera tener Victoria para acabar con su relación, porque todo lo que le había dicho, solo le sonaba a excusas.

Sintió, en un par de ocasiones, el deseo de regresar a la mansión, para hablar con ella y no dar por perdida su relación, no quería actuar como su padre, quien se rindió ante las primeras dificultades.

Sin embargo, el miedo a ser rechazado lo atormentaba hasta el grado de dejarlo paralizado; sin que pudiera reunir el valor para ir a verla y rogarle por una nueva oportunidad. La hora de tomar el tren a Nueva York llegó, y él decidió continuar con sus planes; debía marcharse de allí e intentar continuar con su vida, hacerse a la idea de que Victoria ya no estaría nunca más a su lado.

Margot se encontraba tan desesperada ante los últimos acontecimientos, que se vio en la obligación de recurrir a su sobrina Deborah; esperaba que le ayudase a lidiar con esa difícil situación, que la tenía sumamente preocupada. Al menos, esperaba que, siendo la hermana mayor de Brandon, pudiera hacer que él la escuchara, porque ya ella había perdido la paciencia para hablarle y guiarlo en sus labores como cabeza de familia.

—Lo que me cuenta es realmente grave, tía Margot —mencionó, después de escuchar el relato completo de lo que había hecho la hija de su difunto tío Stephen.

—Lo sé..., lo sé, querida, por eso me veo en la obligación de acudir a ti, necesitamos convencer a Brandon de que le exija a ese joven responder por Victoria, aunque no es el mejor prospecto de esposo que hubiese deseado para ella, y Dios sabe que si estuviese en mis manos le buscaría otro, fue Terrence Danchester quien la deshonró, y es quien debe darle su apellido —comentó y luego le dio un pequeño sorbo a su taza de té, para pasar el sabor amargo que le dejaba hablar de ese tema.

—Pero según me cuenta, fue ella quien lo rechazó; imagino que debe existir un motivo muy poderoso detrás de esto, pues hasta donde recuerdo, ella estaba perdidamente enamorada de ese joven —comentó, bebiendo de su taza.

—Lo mismo pienso yo, siento que hay algo más detrás de todo esto. Victoria estaba desesperada por casarse con ese joven, así que algo debió haber pasado para que ahora no lo desee. Pero, sin importar lo que haya sido, debe casarse con él o estará arruinada para siempre; y Brandon debe imponerse como cabeza de familia, ya es suficiente de cumplirle cada



capricho a esa chiquilla, este asunto es serio —explicó, mostrando sin reparos su molestia.

—Tiene usted toda la razón, Victoria ha sido demasiado consentida; tío Stephen nunca le puso mano dura, y Brandon es un títere para ella, se nota que lo maneja a su antojo —esbozó con algo de resentimiento, pues su hermano era más cercano a la hija de la campesina, que a Elisa y Daniel, quienes eran sus sobrinos, prácticamente, sangre de su sangre.

—Eso debe cambiar, tienes que ayudarme con tu hermano, eres la mayor y él siente respeto por ti; así que, si hablas con él, tal vez logres convencerlo, porque ya a mí no me hace caso.

—No se preocupe, le ayudaré a solucionar esta situación, aunque quizá podamos sacar algo bueno de todo esto —indicó porque se le acababa de ocurrir una idea.

—¿A qué te refieres?, ¿qué de bueno puede surgir de todo este desastre? —preguntó mostrándose interesada.

—Bueno, si Victoria no se quiere casar con Terrence Danchester, tal vez pueda comprometerla con otro caballero, uno de buena familia, educado y de nuestro entorno.

—¿Otro hombre? Pero eso es imposible, Deborah, ¿qué caballero con esas características, aceptaría casarse con una chica que ha perdido su virtud? —cuestionó, mirándola a los ojos.

—Tía Margot, usted debe haber escuchado alguna vez de familias que arreglan matrimonios para esas hijas que han caído en desgracia. Por lo general, el esposo es alguien con un buen apellido, incluso, con títulos nobiliarios, que enfrentan momentos difíciles y aceptan el trato a cambio de una buena dote. —Vio que su tía escuchaba atentamente sus palabras, así que continuó—. Ahora mismo, con todo esto de la guerra, hay un montón de buenos partidos, que estarían dispuestos a obviar la ligereza de Victoria, con tal de conseguir un matrimonio conveniente y emparentarse con un miembro de nuestra familia.

—Comprendo —murmuró Margot, aunque no se sentía muy cómoda con la idea de pagarle a alguien para que se casara con Victoria—. Creo que es algo deshonesto recurrir a ese tipo de acuerdos; sin embargo, estoy dispuesta a considerarlo, con tal de mantener el buen nombre de la familia.

—Otra solución, que sería más decente, es enviar a Victoria a un convento, nadie tendría porqué enterarse de la falta que ha cometido, si se dedica a la vida religiosa —sugirió y, al parecer, a su tía le gustó más esa

idea, pues la vio suavizar su ceño fruncido.

—Ella tiene vocación para ayudar a los pobres, y la madre Marietta, del Hogar de caridad para niños y niñas, le tiene mucha estima, así que es probable que también nos ayude a convencerla para que tome los hábitos — comentó, sintiéndose optimista.

De pronto, la puerta se abrió haciendo que ambas mujeres se sobresaltaran, de inmediato, sus miradas volaron hacia ese lugar y fueron invadidas por la sorpresa, al ver a quien había entrado al estudio de esa manera tan intempestiva. La primera en tener una reacción reprobatoria fue Deborah, quien jamás imaginó que él fuese a actuar de esa manera, y menos delante de la matrona.

—¿Se puede saber por qué entras de esa manera, Daniel?

—Les pido mil disculpas, madre, tía, quise llamar cuando alcancé a escuchar, por casualidad, de lo que hablaban.

—¡Por Dios! ¿Dónde han quedado tus modales, Daniel?

—Esto es inaceptable, yo no te eduqué para que estuvieras escuchando conversaciones detrás de las puertas.

—No fue mi intención hacerlo, solo vine a buscarla, madre; quise pasar a saludar a tía Margot; sin embargo, lo que sucedió por casualidad, quizá sea porque Dios así lo quiso, ya que lo que planean hacer está destinado al fracaso.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Margot, frunciendo el ceño.

—Sí, explícate —exigió Deborah, quien esperaba que las palabras de su hijo, pudieran borrar la mala impresión que acababa de causar.

—La idea de enviar a Victoria a un convento no tendrá éxito, ella tiene vocación para ayudar a los pobres, pero no para el servicio religioso; además, es evidente que, si ella se niega, tío Brandon la apoyará —mencionó, viéndola a los ojos.

—Deja que nosotras nos encarguemos de ello —indicó Deborah.

—Espera, querida..., tal vez Daniel tenga razón, no habíamos pensado en el rebelde de tu hermano; él es capaz de todo, con tal de llevarnos la contraria.

—En ese caso, tendremos que recurrir a la primera opción, buscarle un esposo a Victoria; y por muy empeñado que esté mi hermano en cumplirle todos sus caprichos, tendrá que acceder a eso, pues es lo mejor para ella — comentó sin entrar en pánico, como veía que estaba a punto de hacerlo su tía.

—Esa sería más viable, tía y; para que no sienta temor de vivir una

experiencia como la anterior, con el sinvergüenza de Terrence Danchester, permítame que sea yo quien corteje a Victoria, así sabrá que la pone en las mejores manos —esbozó Daniel, mostrándose seguro de sus palabras; con tal de tener a Victoria a su lado, aceptaría cualquier condición.

Ambas mujeres miraron con sorpresa a Daniel, pues nunca imaginaron que él se ofrecería para tomar a Victoria por esposa. Deborah, incluso, estuvo a punto de desmayarse, pero se esforzó por disimular delante de su tía; su hijo había enloquecido.

—Tú tienes otros planes, Daniel..., como seguir tus estudios; por ejemplo, tienes que prepararte para ayudar a tu padre con sus negocios —comentó Deborah, mientras lo miraba a los ojos.

—Puedo seguir haciendo todo eso sin problema alguno, tal como lo hace Christian —comentó sin dejarse intimidar por la mirada cargada de furia de su madre.

—Daniel, agradezco mucho tu ofrecimiento, pero vamos a esperar un par de días a ver cómo se desarrolla esta situación; intentaré hablar, una vez más, con Brandon, para que intente convencer a Victoria de que mantenga el compromiso con Terrence Danchester; si se sigue negando, entonces le plantearé las otras opciones y le hablaré de tu proposición —indicó Margot, notando la incomodidad de Deborah, no era un secreto para nadie, que ella no soportaba a Victoria.

—Antes de mencionar lo de Daniel, le pido encarecidamente que me lo consulte, tía Margot, así podré hablar con John; después de todo, también necesitamos su aprobación, así Daniel ya sea mayor de edad, sigue viviendo en nuestra casa y debe rendirnos cuentas de sus acciones —mencionó, escogiendo con cuidado sus palabras, para no mostrar un rechazo tan abierto hacia la idea, pero estaba segura de que no lo permitiría.

—Por supuesto, querida —respondió Margot, asintiendo.

Luego de eso, Deborah y Daniel se despidieron de la matrona, intentando guardar la compostura, al menos la madre, quien no podía esperar estar a solas para reclamarle por cometer semejante estupidez.

Llegaron a la mansión y Deborah no perdió tiempo, de inmediato le exigió a su hijo acompañarla hasta el despacho de su marido, quien como siempre, estaba de viaje.

—Te prohíbo que vuelvas a insinuar siquiera la absurda idea de casarte con Victoria, nunca te casarás con la hija de una campesina; prefiero arrancarme los ojos, antes de ver algo como eso. ¿Me has escuchado? —

cuestionó, furibunda.

—No entiendo cómo puede negarse, ¿acaso no ve la gran oportunidad que tenemos? La fortuna de Victoria nos ayudaría a cubrir todas las pérdidas que hemos tenido en Europa por culpa de la guerra, eso salvaría a nuestra familia —argumentó, como si eso fuese lo que lo impulsara a querer casarse con Victoria, pero la verdad, se había enamorado de ella y quería tenerla a su lado.

—Ni por todo el dinero del mundo dejaré que algo así suceda, así que olvídalo —exigió, mirándolo de manera severa, luego respiró hondo para calmarse—. Ya me encargaré de inventarle una excusa a tía Margot, para que no tome en cuenta tu propuesta, aunque dudo que esa chica te acepte; ustedes nunca se llevaron bien.

—Creo que olvida que ya soy un hombre y que puedo tomar mis propias decisiones —mencionó Daniel, queriendo tener la libertad de elegir su futuro.

—No se te ocurra llevarme la contrario en esto, Daniel, porque no tienes idea de lo que soy capaz, así que es mejor que olvides todo este asunto; esa mujer jamás formará parte de esta familia, y es mi última palabra —sentenció y luego salió del despacho.

Quiso exigirle a su madre que lo escuchara, pero no consiguió el valor para enfrentarla; sin embargo, por dentro, se aseguró que haría hasta lo imposible por conseguir lo que quería, así ella enloqueciese de ira. No le importaba que su historia con Victoria hubiese tenido un mal comienzo, podía cambiar la percepción que ella tenía de él, solo debía esforzarse por hacer que olvidara a Terrence Danchester.

Margot no pudo sacarse de la cabeza las palabras de su sobrina Deborah, necesitaba buscarle una solución al problema de Victoria, y debía ser pronto. Se encontraba en su estudio, cuando escuchó que llamaban a la puerta; supo de inmediato que se trataba de su sobrino.

—Buenas tardes, tía Margot, me dijo Dinora que quería verme con urgencia —mencionó con algo de desgano, al entrar al lugar.

—Así es, tenemos un asunto muy importante que tratar, Brandon —comentó, haciéndole un ademán para que se sentara.

—¿No podemos esperar para hablar después de la cena? En verdad me siento muy agotado, hoy tuve varias reuniones en el banco —indicó para ver si se libraba de ella en ese momento.

—Me temo que esto no puede esperar, se trata de Victoria.

—Lo suponía, ¿qué sucede con mi prima ahora? —cuestionó con un poco de fastidio, porque ya estaba cansado de lo mismo, había decidido dejar que Victoria hiciera lo que creyese mejor.

—Bueno, hoy recibí la visita de tu hermana, Deborah, estuve hablando con ella de este problema tan grave que atravesamos, y me dio unas sugerencias que estoy considerando.

—Tomando en cuenta la gran estima que siente mi hermana por Victoria, no alcanzo a imaginar qué se le ocurrió —pronunció con sarcasmo, mientras se masajeaba las sienes.

—Aunque no lo creas, son bastante acertadas, la primera es que busquemos a otro pretendiente para Victoria, un joven educado, de buena cuna y que sea de nuestro mismo entorno; nada de artistas o esas cosas; aunque, si fuese escocés, sería maravilloso y, claro, tendríamos que ofrecer una buena dote para que el elegido pase por alto el desliz que tuvo tu prima.

—Si le soy sincero, lo veo muy complicado, dudo que Victoria desee comprometerse o; al menos, iniciar una nueva relación tan pronto —anunció, mirando a su tía sin sorprenderse por su propuesta, a él mismo quería arreglarle matrimonio desde hacía años.

—En ese caso, tenemos una segunda opción; podemos enviarla a un convento para que tome los hábitos.

—Eso lo veo aún más difícil —dijo, sin poder esconder su sonrisa, pues no imaginaba a su prima con otro pretendiente, mucho menos lo hacía convertida en monja.

—No me estás poniendo las cosas fáciles, Brandon, solo intento ayudar a Victoria, evitar que su deshonra la arruine a ella y a nuestra familia. —Mostró su molestia al ver que él no la estaba tomando en serio, que todo le parecía una broma.

—¿Y cree que pagarle a un hombre para que se case con ella o enviarla a un convento sea la solución? —cuestionó, dejando también su rabia—. Mi prima no ha cometido ningún crimen por el que deba ser condenada, solo tomó una decisión.

—Victoria no es una niña, ya debe empezar a asumir las consecuencias de sus actos; si tuvo la madurez para ir y entregarse a un hombre sin estar casada, pues que la tenga también para reparar su error. Es absurdo que después de tanto insistir para casarse con Terrence Danchester, salga ahora con que ya no quiere hacerlo.

—Mi prima tomó una decisión y nos pidió que la respetáramos, ¿por qué

le resulta tan difícil hacerlo?

—Porque si hubiese dicho eso hace unos meses, antes de lo que sucedió, yo sería la más feliz, te lo aseguro; pero después de lo que hizo, no puede pretender que las cosas queden como si nada, debe casarse, sea con él o con cualquier otro o; en últimas instancias, dedicarse a la vida religiosa.

—¿Acaso hay algún problema en que permanezca soltera? No sería la primera, tampoco será la última mujer que lo haga.

—En nuestra familia sí, y me niego a que algo como eso suceda mientras yo esté viva —dijo con determinación, sintiendo que eso sería una falla enorme en su papel como matrona del clan Anderson—. Los asuntos de las mujeres en esta familia, me corresponden a mí, y lo quiera Victoria o no, tendrá que casarse, además, ya hoy recibí una propuesta.

—Solo por curiosidad, me gustaría saber quién es el candidato.

—Daniel Lerman, tu sobrino —anunció, aunque no estaba muy convencida de ello, era mejor un nombre que nada.

—¿Daniel? —Brandon había escuchado el nombre, pero lo había dejado tan perplejo, que tuvo que preguntar de nuevo.

—Sí, estuvo hoy aquí con Deborah, y se ofreció para desposar a Victoria y cubrir su falta —respondió, mirándolo a los ojos.

—Sabe que eso es absurdo, Victoria jamás aceptaría casarse con Daniel, y dudo mucho que mi hermana vaya a permitir que su hijo se case con ella, eso no pasará, tía Margot —dijo con el ceño fruncido, sin comprender a dónde deseaba llegar su sobrino con todo eso, pero de repente, lo descubrió—. Por supuesto, de eso se trata, él le hizo esa propuesta porque sabe que Victoria heredará la fortuna del tío Stephen cuando sea mayor de edad o se case, y que esta pasará a manos de su marido.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó Margot, mostrando su desconfianza, la actitud y las palabras de Brandon la alertaron.

—Los Lerman están pasando por una situación económica muy difícil, ya tienen varios préstamos con nosotros, así que un matrimonio conveniente le vendría de maravilla; es precisamente lo que conseguiría con Victoria, si usted acepta esta unión —explicó sin poder creer lo lejos que llegaban las personas con tal de mantener su estatus social—. Ellos nunca han querido a mi prima, solo buscan su conveniencia, además, ¿imagina en lo que se convertiría la vida de Victoria si permitimos ese matrimonio?

—Comprendo, igual no me parecía la mejor alternativa. Creo que deberíamos buscar a alguien más; o en todo caso, si tú te casas con ella,

podremos solucionar dos problemas a la vez.

—¡Por el amor de Dios, tía! ¿Cómo puede sugerir algo así? —cuestionó con asombro, eso era todavía más absurdo.

—¿Por qué no? El hecho de que sean familia no es una limitante, yo me cansé con Arnold, que era primo de mi padre, y no fui ni la primera ni la última; bien sabes que en nuestra familia se acostumbra este tipo de uniones —comentó con naturalidad.

—Lo sé, pero no es lo que deseo para mí; siento a Victoria como una hermana, jamás podría verla como a una mujer, así que olvídense de esa idea, por favor.

—Pero tenemos que hacer algo, debes ayudarme.

—Está bien, para que se quede más tranquila, le prometo hablar con Victoria, para que reconsidere su decisión de suspender su boda con Terrence —dijo y la vio asentir, mostrándose conforme.

Luego salió del estudio rumbo a su habitación, necesitaba estar un buen rato bajo la regadera, para ver si el agua caliente lograba aliviar la tensión que sentía en sus músculos, y la preocupación de tener que lidiar con decenas de problemas a la vez.

## Capítulo 62

Amelia se sintió muy extrañada al llegar al puerto de Nueva York y no encontrar a Terrence esperándola, ya que él sabía que ella regresaba ese día, al menos así se lo hizo saber en el último telegrama que le envió, hacía un par de días.

Fue abordada por la prensa y tuvo que dar declaraciones sobre su experiencia en Buenos Aires; después de diez minutos, logró escapar, alegando que estaba muy cansada del viaje; les dedicó una sonrisa y se marchó.

—Hola, Arnold, ¿cómo ha estado todo? —preguntó a su chofer, mientras este le abría la puerta del auto.

—Bienvenida, señora Amelia, es bueno tenerla de regreso, y todo aquí está bien, como siempre —respondió, sonriendo.

—Me alegra, aunque me extrañó no ver a Terry. ¿Sabe por qué no vino? —inquirió, mirándolo a través del espejo retrovisor, al tiempo que se quitaba su sombrero.

—La verdad, también se me hizo raro que no estuviese aquí, aunque hace más de una semana que no va por la casa; el otro día pasé por Roslyn, y su auto estaba en el garaje, pero toqué el timbre y no respondió; tal vez esté visitando a su novia —comentó, pues sabía que el joven viajaba con frecuencia.

—Sí, a lo mejor está en Chicago; de todas formas, iré esta tarde a su casa, por si le dijo a Thelma, cuándo regresaba.

—Si desea, puedo encargarme de eso, señora, así usted podrá descansar toda la tarde —mencionó Arnold.

—Tranquilo, lo hice bastante durante el viaje, y me muero por ver a mi hijo; un mes es demasiado tiempo para estar lejos de él —dijo, sonriendo, al percatarse de que había sonado como una chica enamorada, y no como su madre.

Horas después, se encontraban frente a la hermosa propiedad de su hijo; tocó varias veces el timbre, pero no recibió respuesta, aunque su auto estaba allí; sin embargo, la casa parecía llevar semanas deshabitada, porque el buzón



de correspondencia estaba lleno. Decidió ir hasta la casa de Thelma, que no quedaba muy lejos de ese lugar, la mujer vivía en una de las pocas residencias humildes que quedaban en la villa, y habían estado allí desde mucho antes de que ese lugar se volviese un vecindario exclusivo.

—Buenas tardes, señora Davis, ¿cómo ha estado? —saludó a la mujer entregándole una sonrisa.

—Buenas tardes, señora Gavazzeni, qué sorpresa tenerla por aquí; pase, por favor —dijo, abriéndole la puerta de su hogar.

—Gracias —dijo, entrando y se sintió encantada por lo acogedor que resultaba ese lugar—. Tiene una casa muy linda.

—Nada comparada con las de por aquí, pero cada detalle en este lugar tiene todo mi cariño; por favor, tome asiento. ¿Le gustaría una taza de café? —ofreció, ansiosa.

—Sí, muchas gracias... Acabo de pasar por la casa de mi hijo y; al parecer, está de viaje. ¿Te dijo, por casualidad, cuándo regresaba? —preguntó en un tono un poco más alto, para que la mujer la escuchase en la cocina.

—Su hijo no está de viaje, señora Gavazzeni, ayer lo vi pasar a la tienda de abarrotes, a eso de las cinco de la tarde.

—¿Estás segura de eso? —cuestionó, sintiéndose extrañada.

—Por supuesto, aunque no he ido para hacer la limpieza ni cocinar desde hace una semana; el joven me dijo que ya no iba a necesitar de mis servicios —respondió con algo de tristeza, porque ese trabajo la hacía sentir útil y el dinero le venía bien.

—¿Por qué mi hijo te diría algo como eso? —Amelia no entendía nada y eso la preocupaba mucho.

—No lo sé, lo único que puedo decirle es que ese día había llegado de Chicago y estaba muy tomado, apenas podía mantenerse en pie y; ayer, cuando lo vi, llevaba una bolsa de papel con una botella de *whisky* en la mano..., creo que sigue bebiendo.

—Por el amor de Dios, ¿qué habrá sucedido? Estuve tocándole y no me abre la puerta. ¿Sabe si existe alguna otra manera de entrar a la casa? Necesito verlo y saber qué le pasa —pidió Amelia, angustiada.

—Sí, él siempre guarda la llave de la puerta de la cocina, debajo del tapete que está en esa entrada, dijo que era por si algún día perdía las llaves o se le quedaban dentro de la casa. Si desea, puedo acompañarla, yo también estoy preocupada por él.

—Muchas gracias, señora Davis —mencionó Amelia, poniéndose de pie,

apenas probó el café que la mujer le sirvió.

Salieron y subieron al auto donde las esperaba Arnold, les llevó menos de tres minutos llegar hasta la casa, que solo quedaba a cinco manzanas; apenas el chofer estacionó, Amelia bajó y caminó de prisa hasta la parte de atrás de la casa, mientras sentía que su corazón estaba a punto de colapsar.

Sentía mucho miedo de la situación en la que pudiese encontrar a su hijo, pues ya Benjen le había advertido de lo mal que le sentaba la bebida y, que en más de una ocasión, tuvo que llevarlo al hospital.

Solo con entrar a la cocina, pudo percibir el fuerte olor a alcohol, vio que sobre la encimera había una botella vacía, junto a un vaso a medio llenar, tropezó con otra que estaba en el piso, y casi la hace caer.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se llevó una mano a la boca para ahogar sus sollozos, no podía ni imaginar qué había sucedido, para que Terrence quisiera beber tanto; no se escuchaba nada, así que decidió subir las escaleras para buscarlo en su habitación.

—¡Oh, Terry! —Lo consiguió dormido en la alfombra, seguramente se había caído de la cama y la borrachera le impidió ponerse de pie. Se puso de cuclillas rápidamente para levantarlo de allí—. Cariño, ¿por qué estás así?, ¿qué te pasó, mi vida? —preguntó, dejando que las lágrimas la desbordaran.

—Permítame ayudarla, señora Amelia. —Arnold tenía mucha más fuerza que la mujer y podía levantar al joven.

—Gracias, Arnold —dijo, sin despegar la vista de su hijo, le dolía tanto verlo en ese estado.

Su chofer logró acostarlo en la cama con algo de dificultad, aunque Terrence era delgado, su más de metro ochenta, hacía que fuese bastante pesado, más estando borracho.

—Mi pequeño, ¿qué te han hecho?, ¿qué ha pasado? —preguntó mientras le acariciaba el cabello y le daba suaves besos en la frente.

Verlo tan pálido y desencajado le partía el alma, sus labios estaban resecos y grises, como si estuviese enfermo, tenía profundas ojeras, se notaba que no se había rasurado en varios días, y su ropa apestada a alcohol y a lo agrio del vómito.

Pensó en llamar a un médico para que lo examinara, quizá no se encontraba solo dormido por la borrachera, sino que estaba inconsciente, a causa de alguna intoxicación; podía ver que tenía marcas de golpes en su rostro.

—Pobre señor Terrence, iré a prepararle café y un buen caldo de pollo,

eso seguro le ayuda a reponerse —mencionó Thelma, viendo el estado de su ex patrón.

—Muchas gracias, señora Davis —respondió Amelia.

—No tiene nada que agradecer, señora; le tengo mucha estima a su hijo, es un gran muchacho —dijo y después de eso salió rumbo a la cocina, aunque dudaba que hubiese algo en esta, tendría que ir a la tienda de abarrotes por ingredientes.

—Creo que también sería conveniente bañarlo, señora Amelia, eso le ayudará con la resaca que seguro tendrá al despertar. Déjeme encargarme de ello —pidió, acercándose a la cama para llevarlo, aunque sería casi arrastras.

—Claro, mientras, iré a hacer un par de llamadas; por favor, Arnold, cuídalo mucho —indicó, vio asentir al hombre para confirmarle que lo haría, luego miró a su hijo, le acarició el rostro y le dio un beso en la frente, antes de salir de la habitación.

Lo primero que hizo al llegar al salón fue buscar el teléfono, llamó a su médico de cabecera y le pidió que enviara a alguien para que examinara las contusiones que tenía su hijo. Sabía que él solo atendía por consultas porque era muy solicitado y no iría, pero se conformaba con que algún doctor lo viera.

Luego marcó el número de la mansión Anderson, desde que Stephen se lo dio, lo había memorizado, pues casi todos los días hablaba con Terrence cuando viajaba a Chicago. Su intuición maternal le gritaba que su hijo estaba así por algo sucedido con Victoria; a lo mejor, la arpía de Margot había atentado, una vez más, contra su relación, pero esta vez la escucharía.

—Buenas tardes, casa de la familia Anderson.

—Buenas tardes, ¿me podría comunicar con la señora Margot? Por favor, dígame que es de parte de Amelia Gavazzeni —pidió a la empleada que atendió la llamada.

—Lamento no poder ayudarla, señora Gavazzeni, pero la señora Margot no se encuentra en la casa en este momento. Si lo desea, puede dejarle un recado y yo se lo haré llegar.

—Entiendo, ¿puede comunicarme entonces con mi nuera? Es urgente que hable con ella —solicitó a la mujer, creía conocer su voz, pero no podía saber con certeza de quién se trataba.

—La señorita tampoco se encuentra, viajó ayer a casa de sus tías en Barrington, señora Gavazzeni.

—Por favor, no me engañe, sé que Victoria está allí; tal vez Margot la

tenga encerrada de nuevo en su habitación. —Su tono de voz se hizo más demandante, necesitaba respuestas.

—No le miento, señora Amelia, soy Angela... —pronunció casi en un susurro—. La señorita se marchó ayer, dijo que estaría una temporada con sus tías, le aseguro que la señora Margot no tiene nada que ver en esa decisión; por el contrario, se fue huyendo de ella.

—¿Victoria, huyendo? ¿Huyendo por qué? —cuestionó, ya sabía que algo había hecho la matrona.

—Es complicado de explicar, señora, y no puedo hablar mucho, pero luego de que la señorita terminara con su hijo...

—¡¿Cómo que terminaron?! Por favor, Angela, necesito que me digas qué sucedió. Acabo de llegar de un viaje y me encuentro a Terrence en muy mal estado. Estaba tirado en su habitación, borracho y con golpes en el rostro.

—Según me enteré, tuvo una pelea con el señor Daniel Lerman, por eso debe estar golpeado; se lo llevaron arrestado, pero el señor Brandon lo sacó y luego lo trajo hasta aquí. Su hijo estuvo hablando con la señorita Victoria durante un rato en el estudio, creo que discutieron y él se marchó; luego ella le anunció a su tía y a su primo que había cancelado el compromiso, que ya no se casaría con el joven Terrence —resumió tanto como pudo.

—Esto tiene que ser obra de Margot, ella no quería que ellos se casaran, seguro coaccionó a Victoria para que hiciera eso.

—No es por defender a la señora Margot, pero me consta que ella estaba muy sorprendida, y le exigió a la señorita Victoria que se retractara; alegó que el compromiso ya estaba pactado con el duque y que su hijo debía responder por el agravio que le hizo... Usted sabe de lo que le hablo. —Angela trató de ser sutil.

—Por supuesto, por eso no comprendo cómo pudieron haber terminado, ellos estaban desesperados por casarse, ¿qué los hizo cambiar de parecer? —Se sentía desconcertada, no entendía que su hijo renunciara a Victoria de esa manera, él la adoraba.

—Esa misma pregunta nos la hacemos todos, incluso, la señorita Annette y la señora Patricia intentaron descubrirlo, pero Victoria no quiso hablar de ello, ni siquiera conmigo; solo se fue a Barrington, para que no siguieran acosándola con preguntas.

—¡Por el amor de Dios! Me voy un mes y a mi regreso consigo el mundo de cabezas. Muchas gracias, Angela; tendré que esperar a que mi hijo despierte y esté sobrio para que me cuente lo que sucedió, tenemos que

arreglar toda esta situación, ellos no pueden separarse. Que tengas buena tarde —dijo para despedirse.

—Igual usted, señora Gavazzeni. Ojalá las cosas entre la señorita Victoria y el joven Terrence se solucionen. Victoria también lucía desolada. Adiós.

Angela colgó el teléfono, luego caminó de regreso a la cocina, sintiéndose aliviada de que nadie hubiese escuchado su conversación con la soprano. Sabía que se arriesgaba a perder su trabajo si la descubrían, pero estaba muy preocupada por Victoria, y necesitaba encontrar la manera de ayudarla.

Victoria había decidido escapar tras la insistencia de sus familiares y sus amigas para que retomara su relación con Terrence, ninguno podía entender cuánto estaba sufriendo, ni por qué hacía las cosas de esa manera.

Sabía que no eran adivinos para leer sus pensamientos y conocer el motivo real de su decisión, pero tampoco podía compartírselos con ellos, porque era muy personal, que solo le concernía a ella, y debían respetar su silencio; así como hacían sus tías.

Se encontraba en la terraza con la mirada perdida en las montañas, y una taza de avena en las manos, a la que apenas le había dado dos bocados, pues su tristeza le había quitado hasta el apetito. Sintió los pasos de una de sus tías acercarse, e hizo como si estuviera comiendo, pero la sensación fría y pastosa del cereal, la hizo dejarla de lado.

—Vicky, tienes una llamada de Annette; al parecer, sucedió algo con la señora Margot. —Le informó Olivia, mostrándose angustiada.

—Enseguida la tomo —dijo, poniéndose de pie y caminó de prisa hasta el interior de la casa; se acercó hasta el aparato y habló—. Annie, soy Vicky, ¿qué ocurrió con mi tía? —inquirió, sintiendo que sus latidos se hacían pesados; aunque hubiesen tenido muchas diferencias últimamente, no le deseaba mal; después de todo, eran familia.

—Vicky, tu tía sufrió un desmayo, estábamos en el salón de té, cuando de pronto se puso muy pálida, fue a levantarse y, si no es por Sean, que actuó con rapidez, hubiese terminado golpeándose con el suelo —explicó y su voz aún vibraba por los nervios.

—¿Ya la vio un doctor? —preguntó, alarmada.

—Vino el hijo del doctor Peterson, le hizo un chequeo de rutina y le dio unas fórmulas para que las tomara con las indicaciones; aparentemente, fue la presión la que le causó el desmayo. Te llamé porque Sean está muy preocupado y Brandon tuvo que viajar esta mañana, de improvisto.

—Gracias por hacerlo, Annie, en ausencia de Brandon, soy la responsable; mucho más en caso de que la tía esté indispuesta. Por favor, pídele a Robert que envíe a un chofer por mí. Regresaré hoy mismo a Chicago. —Le indicó a su amiga.

—Claro, enseguida le digo, pero no te angusties, también llamé a mi madre y ella está aquí. No quise molestar a Patricia porque estas impresiones quizá le hacen mal, solo tiene un mes de haber dado a luz, y la abuela Marie tampoco puede verse expuesta a esto, la puede alterar.

—¿Christian no ha regresado?

—No, aún sigue de viaje.

—Tranquila, no las llames, cuando llegue y me cerciore de que todo está bien, les avisaré; nos vemos luego, y gracias por acompañar a Sean —dijo, adoptando ese temple que le habían enseñado en la escuela de enfermería y los golpes que le había dado la vida con tantas pérdidas.

Luego de colgar la llamada, les explicó la lamentable situación a sus tías, quienes se mostraron comprensivas e; incluso, le entregaron varios remedios caseros para controlar esos males, asegurándole que eran mucho mejores que eso que los médicos recetaban.

Dos horas después, llegó uno de los choferes por ella; aunque el hombre aseguraba que la matrona solo había sufrido un desmayo, Victoria no podía alejar la angustia de ella. Sabía que la salud de su tía se había visto muy afectada, tras la muerte de su padre, aunque siempre intentaba engañarlos a todos, haciéndose la fuerte.

—Victoria, qué alegría que estés de vuelta. —Sean se notó claramente aliviado, en cuanto vio a su prima llegar.

—Hola, Sean, dime cómo sigue tía.

—Está dormida, pero nos dio un buen susto; estábamos tomando el té, cuando tuvo un mareo, intentó levantarse y terminó desplomándose. Si no corro para atajarla, se hubiese golpeado muy fuerte. —Sean subió junto a Victoria con dirección a la habitación de Margot, mientras la ponía al tanto de todo.

Victoria la encontró dormida, como le había mencionado Sean; tenía el semblante sereno, al parecer, dormía tranquila. Se acercó a la mesa de noche, donde estaban las indicaciones de los medicamentos, conocía la mayoría, algunos; incluso, se los administró a su padre.

—¿Crees que esté bien? —inquirió Sean, sin poder esconder el miedo de su voz y su mirada.

—Sí, estará bien —dijo para tranquilizarlo, aunque el temor de sufrir otra muerte, también la torturaba a ella.

Decidieron dejarla descansar como había indicado el doctor, aunque Victoria asumió de inmediato su papel y les informó que esa noche se quedaría junto a ella para velar su sueño. Antes de eso, pasaría por su habitación; necesitaba darse un baño para quitarse la tensión y el cansancio, productos del viaje y la angustia.

Bajó para cenar junto a Sean, pues Annette y su madre se marcharon en cuanto ella llegó, para no preocupar más al señor Parker. No tenía mucho apetito, pero al sentir la mirada de su primo fija en ella, tuvo que hacer un esfuerzo y comer casi todo.

Una hora después, entró a la recámara de su tía, lo hizo en completo silencio para evitar que se despertara, hacía poco que Leonora le había dado el medicamento, por lo que dormía profundamente.

Ocupó el sofá que estaba cerca de la cama; suspiró y miró el libro que su amiga Annette le había recomendado. El título era *Orgullo y Prejuicio*, escrito por *Jane Austen*. El rótulo era bastante conocido para Victoria, si bien ella no había leído ni la primera página, sí conocía mucho sobre la mezcla de esos dos sentimientos.

Victoria comenzó a leer y no tardó en descubrir que era una historia de amor; debió imaginarlo, viniendo de Annette; sonrió ante ese pensamiento y se sumergió en la historia, que consiguió atraparla desde el inicio. Su lectura era bastante fluida, así que para cuando dio la medianoche, llevaba varios capítulos, pero decidió dejarlo a un lado e intentar descansar.

El personaje masculino se le parecía mucho a Terrence, y en esos casos, sabía que lo mejor era no traer recuerdos que después pudieran resultar dolorosos; sin embargo, la curiosidad era más poderosa que sus deseos de mantener lejos de su mente a su amor imposible, y solventó retomar la lectura.

Las primeras luces del día despertaron a Margot, quien descubrió con sorpresa, que Victoria se encontraba dormida en un sofá cercano a su lecho, comprendió enseguida que se había quedado toda la noche velando por su salud.

Sintió una especie de simpatía por ese gesto; si bien habían tenido muchos altercados en los últimos meses, seguía sintiendo un gran cariño por ella, era como esa hija rebelde que nunca quiso tener, pero que Dios le envió para

ponerla a prueba.

Se puso de pie, pues odiaba estar postrada en una cama, aún se sentía llena de vitalidad, y un tonto mareo no la haría pasar todo el día en ese lugar; debía prepararse para atender sus asuntos, el mundo no se podía detener. Algo en el suelo de la recámara llamó su atención, junto a los pies de Victoria se encontraba un libro; se dobló para recogerlo y encontró que estaba señalizado en el capítulo doce; la curiosidad pudo más que cualquier otra cosa y comenzó a leer.

*«No se alarme usted, señora, al recibir esta carta, por el recelo de que repita en ella la expresión de unos sentimientos o la reiteración de una oferta que tanto le disgustó ayer noche. No tengo el propósito, al ponerme a escribir, de molestarla ni de humillarme, insistiendo en unos sentimientos que deben ser olvidados lo antes posible, para la felicidad de los dos...».*

Margot miró de nuevo a su sobrina; parecía como si hubiese estado llorado, y eso le dejó claro que seguía añorando a Terrence Danchester. Entonces, no entendía lo que la había llevado a terminar con él, podía notar que Victoria escondía algo, y odiaba no saber de qué se trataba.

En ese momento, Victoria despertó y Margot se sorprendió al sentirse descubierta con el libro en las manos. La tensión se apoderó de ella al no saber cómo liberarse de esa situación tan incómoda, mientras su sobrina la miraba fijamente.

—Buenos días, Victoria, creo que esto es tuyo; se encontraba en el suelo.  
—Se excusó, desviando la mirada.

Victoria recibió el libro sin todavía salir de su asombro, nunca hubiese imaginado que alguien como, Margot Anderson, le interesasen las novelas de amor.

—Buenos días, tía, ¿cómo se siente? —preguntó, saliendo de su aturdimiento y se puso de pie.

—Bastante mejor... ¿Qué haces aquí? Pensé que seguirías en Barrington por un tiempo —indicó, retomando su postura.

—Así es, pero me informaron que usted se encontraba delicada de salud y regresé de inmediato.

—¡Ah!, estos criados siempre tan alarmistas, solo fue un leve mareo. A Margot Anderson no la vence cualquier devaneo —mencionó, caminando hacia la ventana.



Victoria suprimió una pequeña sonrisa y miró con ojos esperanzados a la mujer, después buscó el reloj en la pared; faltaban diez para las ocho de la mañana. Se acercó a la mesa de noche, donde estaban las fórmulas junto a las indicaciones.

—Tía, es hora de su medicamento. —Victoria se aproximó a ella, mostrando una sonrisa amable.

Margot le extendió su mano para tomar el frasco que le ofrecía, mostrando una mueca de desagrado en el rostro y sin decir una sola palabra. Odiaba depender de los demás, estaba acostumbrada a que le sirvieran, pero no a que otras personas vieran debilidades en ella.

—Enseguida hago subir a Leonora, para que le prepare el baño —dijo, regresando el frasco a la mesa.

—Gracias, Victoria —esbozó y se volvió para mirar al jardín.

Se sumergió en sus pensamientos, mientras intentaba descubrir el verdadero motivo por el cual su sobrina y el hijo del duque habían terminado. Desde ese instante, asumió como un reto, llegar al fondo de todo eso. Y cuando se proponía algo, lo conseguía; y esta vez no sería distinto.

## Capítulo 63

Después de descansar algunas horas, Victoria bajó las escaleras para ir hasta la cocina y decidir el menú que se prepararía ese día; ya que, con su tía indispueta, ella debía encargarse de eso. Sin embargo, justo en ese momento, Elisa y Daniel Lerman hicieron acto de presencia en la mansión, y apenas le dieron tiempo a Dinora de anunciarlos.

—Señorita Victoria, el señor y la señorita Lerman, desean ver a la señora Anderson.

—Gracias, Dinora, yo los atenderé —dijo, sonriéndole, aunque la tensión se había apoderado de ella, respiró profundo y caminó—. Buenos días, tía sigue algo indispueta, por eso no ha bajado hoy; no sé si pueda recibirlos, pero si son tan amables de esperar, pueden hacerlo en el salón y le enviaré a avisar con Leonora que están aquí.

—La tía abuela apenas tuvo un desmayo y ya te crees la dueña de la casa, dando indicaciones, decidiendo cuándo podremos verla... ¿No crees que estás abusando de tu buena suerte? —cuestionó Elisa.

—Elisa, creo que sabes muy bien cuál es mi papel en esta casa, así que no entiendo a qué se debe ese comentario.

Victoria estaba cansada de las humillaciones de Elisa Lerman, y ese día no se sentía con ánimos de discutir con nadie; sin embargo, si debía defenderse, lo haría, porque la pelirroja la tenía harta. Además, su actitud había cambiado en las últimas semanas, ya no permitiría que nadie quisiera imponerle su voluntad. La niña amable y bondadosa comenzaba a convertirse en una mujer decidida, y se haría respetar.

—Disculpa, Victoria, nos enteramos de que la tía abuela se encontraba delicada de salud y quisimos pasar a verla; no hemos venido buscando crear un conflicto. —Daniel intervino, para evitar que ellas terminaran discutiendo, como siempre.

—Comprendo tu preocupación, Daniel, pero tía Margot está descansando, tengan la amabilidad de esperar.

Después de esas palabras, Victoria les indicó, el sillón de dos plazas; si ellos deseaban esperar, bien y; si no, también. Ella no seguiría allí perdiendo

su tiempo, se dio media vuelta, disponiéndose a ir hasta la cocina, cuando sintió que Elisa la tomaba del brazo con fuerza.

—¿Quién te has creído que eres para darnos órdenes? Si yo quiero ver a tía en este momento, puedo hacerlo con o sin tu permiso —pronunció en tono amenazador y le apretó mucho más el brazo.

Ante semejante provocación, Victoria se soltó de la mano de Elisa de un tirón, tomó aire despacio, para no salirse de sus cabales e intentó guardar la compostura, mientras posaba su mirada amenazante en la pelirroja, dejando ver un gesto de altivez que pocas veces en su vida había usado.

—No, eres tú la que no tienes ningún derecho dentro de esta casa, no puedes venir aquí y hacer lo que se te plazca. Recuerda el lugar que ocupas, Elisa —mencionó en tono severo.

—¡Ah! Pero tú sí los tienes, por supuesto, olvidaba que todos los derechos en esta casa te los has ganado con mucho esfuerzo, claro, ahora que te acuestas con tío Brandon, ¿no es así? —cuestionó mientras su actitud desbordaba burla y desprecio.

Elisa se expresó de esa manera con toda la intención de ofenderla, nadie le sacaba de la cabeza que tenía una relación clandestina con su tío; si no, ¿por qué había terminado su relación con Terrence? Era una arribista, igual que la madre, y seguro vio que el heredero era mejor partido que el apenas conocido cantante de ópera, con quien se había escapado para deshonorar a la familia; su madre le había contado todo.

En ese instante, Victoria se llenó de una ira que ella nunca había sentido. ¿Cómo se atrevía Elisa a irrespetarla, haciendo semejante comentario? Eso era demasiado, incluso, viniendo de alguien como ella.

La rabia la hizo actuar por impulso y le asestó una bofetada con todas sus fuerzas, el impacto le dejó la mano ardiendo, y a Elisa con el rostro volteado; incluso, la hizo tambalearse, tanto, que si no fuese por Daniel, terminaba en el suelo.

—¡Te exijo respeto! —pronunció en un tono de voz iracundo, mientras la señalaba con el dedo de manera amenazante.

Como era de esperarse, Elisa trató de devolverle la bofetada, pero Daniel actuó mucho más rápido que ella y la detuvo, atajando la mano que se proponía regresar el golpe, mientras la alejaba, rodeándole la cintura con el brazo.

—Mejor nos vamos, Elisa; veremos a tía otro día. Esta vez has ido muy lejos... Lo siento mucho, Victoria —dijo y comenzó a sacar a su hermana

casi arrastras de la mansión.

—¡Suéltame, Daniel! Esa estúpida va a pagarme lo que acaba de hacer, nadie trata así a Elisa Lerman. —Forcejeaba con su hermano.

—¡Quédate tranquila y sube al auto! —exclamó, abriendo la puerta para obligarla a subir—. Horacio, por favor, salgamos de aquí de inmediato, antes de que mi hermana haga una tontería.

—Como usted diga, señor Lerman —mencionó el hombre, algo desconcertado ante la escena, y puso el auto en marcha.

—¡Eres un imbécil! Debiste haber dejado que la pusiera en su lugar, ¿acaso no viste cómo me trató? —preguntó Elisa, casi llorando, pero en su voz, se notaba la rabia e impotencia.

—Yo seré un imbécil, pero tú eres una estúpida. ¿Qué pretendías?, ¿formar un espectáculo?, ¿que tía Margot empeore y llegue a oídos de tío Brandon, que todo fue por tu culpa? ¿No basta con que nuestra situación económica este mal, también quieres llevarnos a la ruina, enemistándonos con los Anderson? —Le reprochó Daniel, mientras la obligaba a quedarse en el asiento trasero del auto.

—Si nuestra situación económica está mal, yo no soy la culpable, por lo tanto, no voy a dejar que esa intrusa me humille. No será hoy, pero te juro que me las va a pagar; nadie me hace algo así sin pagarlo.

Daniel la miró entre asombrado y molesto, no le bastaba con haber hecho ese espectáculo tan patético, seguía con su berrinche delante del chofer, para dar más de qué hablar. No mencionó nada más, para no echarle más leña al fuego, solo dejó que su hermana se retorciera en su propio veneno; mientras que la escena de la última conversación que tuvo con su padre llegaba hasta su mente.

John Lerman había llegado esa tarde a su casa, mostrándose bastante perturbado, primero le pidió a su esposa que fuera al despacho, donde estuvieron hablando cerca de una hora. Al terminar, Deborah se encerró en su habitación sin mencionar una sola palabra, alegando que tenía una fuerte jaqueca.

Minutos después, John envió a una de las empleadas a que le dijeran a Daniel que requería de su presencia en el estudio. Él podía sentir la tensión en el ambiente dentro de su casa, sabía que las cosas andaban mal y; al parecer, iban empeorando cada día. Mientras caminaba, rogaba para que las noticias no fuesen tan malas como presentía.

—¿Me necesitaba, padre? —preguntó, entrando al despacho con cautela. Pocas veces había estado allí.

—Sí, entra, por favor, y cierra la puerta; necesito hablar contigo de algo sumamente importante.

—Usted dirá, padre, ¿qué lo tiene tan preocupado y a mi madre tan angustiada? —inquirió, tomando asiento.

—Daniel, he perdido mucho dinero en un negocio que no salió como esperaba; como sabrás, nuestra situación económica está atravesando una grave crisis, así que, me aventuré a hacer una inversión que ofrecía excelentes resultados, pero al mismo tiempo, era bastante riesgoso.

Daniel observaba a su padre sin decir palabra, aunque era consiente de todo lo que aquello significaba; su estabilidad económica había sido devastada por la guerra, las acciones de su padre en Europa se habían venido a pique, desde los inicios de la misma, y ya empezaban a sufrir las consecuencias.

—La situación es muy compleja, Daniel, nos veremos obligados a reducir algunos gastos, tal vez, tendremos que vender algunas propiedades aquí en América, puesto que las de Europa están prácticamente perdidas. —No solo la voz del hombre reflejaba la angustia que llevaba por dentro, también su rostro se encontraba desenchajado.

—Padre, imagino que esta situación debe tener alguna solución, este negocio del que habla, ¿acaso no tenía garantías? No se puede hablar con algunos de sus amigos, el mismo tío Brandon puede prestarle ayuda. Él es un hombre sensato, lo conoce bien y sabe que toda esta situación es pasajera, que usted podrá pagarle una vez solventada la situación. No es que él sea de mi agrado, pero si es la única solución, yo mismo lo acompañaré a verlo, y me comprometo a complacerlo en lo que nos pida como garantía —dijo, tratando de ofrecer soluciones, sintiéndose angustiado ante la actitud de su padre.

—¡Ojalá pudiera, hijo! Pero ya le debemos demasiado dinero a los Anderson, si Brandon hiciera efectivo los pagarés que le he firmado, nos quedaríamos en la calle.

Daniel quedó petrificado al conocer a fondo cuál era la situación que atravesaba su familia, nunca imaginó que fuera tan grave o que todo lo que tenían, le perteneciera, prácticamente, a los Anderson, que pudieran quedarse en la calle.

—¿Qué piensas, quedarte a vivir allí?!

Elisa le gritó para anunciarle que ya habían llegado y eso lo hizo volver de sus recuerdos. Daniel, sin decir palabra, le lanzó una mirada llena de ira, pues estaba cansado de que ella siempre lo tratara de esa manera, como si él fuera un estúpido, no respetaba que fuese mayor.

*Si tan solo supieras que acabas de insultar a una de las personas que nos puede salvar de la bancarrota, niña estúpida y engreída ¡Dios!*

Sabía que, si Elisa seguía complicando las cosas, Victoria podía vengarse, pidiéndole a Brandon que cobrase esos pagarés.

*Seguro ya él le habrá comentado de nuestra situación, son inseparables, no deben tener secretos; a decir verdad, no sería extraño que dentro de poco, los comentarios mordaces de Elisa, tuvieran fundamento. ¿Y si en verdad él y Victoria son amantes, y solo están esperando la muerte de tía Margot, para casarse?, ¿y si ya, en el plano real, él es su dueño absoluto?*

*¡No! ¡No! Eso no puede ser verdad, ella no puede..., ella no.*

El joven sacudió su cabeza en un movimiento de negación, y al mismo tiempo, para obligar a su mente a dejar a un lado esas ideas. Su tío era un hombre de honor, nunca actuaría de esa manera, y Victoria también era una chica de principios.

Se obligó a creer en esa idea, porque lo contrario, le dolería mucho; él se había enamorado de Victoria, sin saber si quiera cómo. Cuando la rubia llegó a la casa de los Anderson, tanto él como su hermana Elisa, compartieron la misma antipatía por ella, la consideraban una intrusa, porque así se las había pintado su madre.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el encanto y la belleza de Victoria, consiguieron que ella se metiera en su corazón, aunque se lo negó muchas veces y se dijo que era una locura, a esas alturas, ya no podía seguir rehuéndole a sus sentimientos, él estaba enamorado de la heredera de los Anderson.

Terrence se sintió tan presionado por su madre, quien no dejaba de insistirle para que le contara lo sucedido, que terminó teniendo una fuerte discusión con ella y abandonó la casa; le dijo que era suya, que hiciera lo que creyera más conveniente, porque él ya no viviría más allí.

No quería seguir torturándose con los recuerdos de los días vividos junto a Victoria en ese lugar, solo tomó una maleta, la llenó de algunas prendas y se fue hacia Manhattan; se quedaría en un hotel hasta que consiguiese un apartamento para rentar.

Ya había transcurrido una semana desde ese día, la misma que llevaba vagando entre los bares del centro de la ciudad. No tener que rendirle cuentas a nadie, le dio la facilidad para seguir bebiendo. También retomó su viejo hábito de fumar y jugar a las cartas, pues las clases comenzaban en quince días; así que, tenía la libertad de ahogarse en licor, si quería y olvidarse de Victoria.

Cuando estaba sobrio, llamaba a casa de su madre, para decirle que estaba bien, que no se preocupara por él, pero que necesitaba estar solo para poner en orden sus cosas. Y cuando ella tocaba el tema del que no deseaba hablar, cortaba de inmediato; odiaba que lo llamara cobarde o dijera que se parecía a su padre, la verdad era que no le importaba.

Sin embargo, el día para las audiciones de «Las bodas de Fígaro», había llegado; y como él deseaba el protagónico, hizo un enorme esfuerzo para presentarse. Confiaba en que haber dormido cuatro horas y haberse dado una ducha de agua fría, bastaría para hacerlo bien. Se recortó la barba, se puso un buen traje, que había comprado el día anterior, se peinó el cabello y salió.

Llegó y saludó a los trabajadores que se encontraba de camino a su camerino, vio la puerta del de su madre cerrada y sintió el deseo que ir a saludarla, pero recordar sus recientes discusiones, lo hizo desistir. Mejor aprovecharía ese tiempo para repasar el libreto, ya que la noche anterior había tomado y, acabó tan ebrio, que no lo hizo, eso lo tenía un tanto nervioso, pues lo último que necesitaba era un fracaso más.

—Adelante —ordenó minutos después, cuando escuchó que llamaban a su puerta. Ni siquiera despegó su mirada del libreto.

—¿Acaso no pensabas ir a saludarme? —cuestionó Amelia, aunque se había prometido no hacerle ningún reproche, no pudo evitar sentirse dolida al saber que él había llegado y no la buscó.

—Hola, madre, lo siento..., pensé que no había llegado —dijo, poniéndose de pie y se acercó para abrazarla y darle un beso.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, mirándolo fijamente; verlo tan demacrado le dolía, sin embargo, quiso evitar otra discusión y no comentó nada al respecto.

—Estoy bien..., listo para hoy —respondió, obligándose a mostrarse tranquilo y enfocado en su objetivo.

—¿Seguro? —No pudo evitar cuestionarlo, porque la verdad no lo parecía, se veía exhausto. Estaba segura de que no había dormido bien, y el perfume no podía esconder el olor a *whisky* y tabaco.

—Sí, no tiene nada de qué preocuparse, si quiere puede hacerme una prueba ahora —sugirió, obligándose a mostrarse confiado, para que ella no le impidiera subir al escenario.

—Bien, confiaré en ti —aceptó, le acunó el rostro y le dio un beso en la frente—. Ya tengo que irme, estaré en el jurado, pero ni creas que eso te pondrá las cosas fáciles.

—Sé que no —comentó riendo y la vio salir.

Minutos después, Ernest anunciaba la apertura de las audiciones, todos los aspirantes debían estar detrás del telón, esperando a que anunciaran sus nombres para hacer la prueba; por lo general, siempre quedaban tres candidatos para los protagónicos y, luego de una segunda evaluación, escogían al principal y al suplente. Cuando llegó su turno, sentía un insistente dolor le martillaba las sienes; todo empeoró cuando entró al escenario y las luces lo encandilaron, sentía que la cabeza le iba a estallar y; de pronto, su visión comenzó a tonarse borrosa.

Apenas había cantado algunas líneas del papel de Fígaro, cuando sintió como si un fuerte olor colmara sus fosas nasales, acompañado de una sensación que ardor que se apoderó de todo su rostro. Luego se extendió por su espalda, haciéndose casi insoportable, y un repentino temblor, se fue apoderando de sus extremidades, haciéndole muy complicado moverse y mostrar sus expresiones faciales; era como si sus músculos comenzaran a petrificarse, hasta dejarlo inmóvil.

El terror lo invadió cuando, de un momento a otro, su voz desapareció por completo. Lo peor vino después, cuando cayó al piso con un golpe seco, y su cuerpo comenzó a convulsionar, haciéndole sentir como si una fuerte corriente eléctrica viajara a través de él, quemándole la espalda.

—¡Terry! ¡Hijo! —Amelia se levantó y corrió hasta él, desesperada; se dejó caer a su lado e intentó tranquilizarlo, pero apenas podía sostenerlo—. Terry, mi vida..., Terry, cálmate, por el amor de Dios, ¡que alguien me ayude! —suplicó, mientras que las convulsiones de su hijo también la estremecían a ella.

—Debemos ponerlo de lado... —indicó Enrico, al ver que se estaba ahogando con su propia saliva, estaba morado y con los ojos en blanco—. Parece que está teniendo una crisis epiléptica —concluyó, pensando que se trataba de esa enfermedad.

—No puede ser..., él no sufre de eso —comentó Amelia en medio de su llanto, lo vio calmarse y por fin pudo respirar con alivio de nuevo—.



Cariño..., Terry, mírame..., mírame, por favor.

—No le hables ahora, deja que él mismo vaya reaccionando; si no, lo aturdirás más, Amy —indico Ernest, mientras le ponía la mano bajo la cabeza, para evitar que se golpeará—. Alguien que traiga alcohol y un vaso de agua, por favor.

—Debemos llevarlo al hospital, busquen un auto, por favor..., y una camilla para transportarlo —pidió, desesperada, a ella no le importaban las explicaciones de Enrico ni de Ernest, quería que un doctor viese a su hijo y parara esos malditos temblores.

Terrence no era consciente de lo que sucedía a su alrededor, solo de ese mal que se apoderaba de su cuerpo y era insoportable, mientras su mirada estaba perdida en algún punto de la bóveda del teatro, sentía como si estuviese en el cuerpo de alguien más, aunque el dolor se sentía muy real.

De pronto, apreció cómo todo empezaba de nuevo, lanzó un alarido que se esparció por todo el lugar, antes de ser atacado por una nueva convulsión; no podía controlar su cuerpo y el ardor en su espalda era tal, que acabó por desmayarlo, solo la inconsciencia consiguió sacarlo de ese infierno a donde había sido arrastrado.

## Capítulo 64

Los pasos apresurados de Benjen, resonaban en el piso de mármol del centro médico donde había sido internado su hijo; en cuanto recibió la llamada de Amelia y escuchó su desesperación, dejó todo lo que estaba haciendo en manos de su secretario. Se disculpó con dos representantes del gabinete que diligenciaba la entrada de los Estados Unidos a la guerra, y le pidió al chofer que lo llevara hasta el Hospital Presbiteriano de Nueva York, donde habían recluido a Terrence.

—Amelia. —La llamó mientras se acercaba, había logrado llegar a esa área, por ser el padre de Terrence, ya que todos los que acompañaron a su exmujer, debieron quedarse afuera—. ¿Qué sucedió? —preguntó, sumamente preocupado.

—Benjen —pronunció en medio de un sollozo y se abrazó a él, llevada por la necesidad de sentir el apoyo de alguien—. Yo..., no lo sé, todo estaba bien..., Terrence estaba sobre el escenario, cuando de pronto, comenzó a comportarse de manera extraña; de un momento a otro cayó al piso y su cuerpo empezó a convulsionar... ¡Por Dios, fue tan horrible! —expresó en medio de lágrimas al recordarlo.

—Tranquila, ya pasó..., ya pasó —dijo, acariciándole el cabello y la pegó más a su cuerpo, sintiendo cómo temblaba—. ¿Dónde está?, ¿qué te han dicho los doctores? —inquirió, alejándose un poco para mirarla.

—Se lo llevaron a una sala para hacerle algunos estudios y determinar la causa, solo así sabrían qué medicamentos suministrarle para detener las convulsiones... Enrico piensa que puede ser epilepsia. —Su voz se quebró al nombrar la enfermedad, pero respiró profundo para calmarse—. Aunque yo no lo creo, él nunca había tenido un episodio así antes, ¿no es cierto? —Le preguntó, porque pensando bien, no podía estar segura.

—No, si fuese así, te lo habría dicho —respondió Benjen.

—¡Dios mío! Estoy tan preocupada, Benjen... ¿Y si lo que le sucede es grave?, ¿y si esas convulsiones le dejan secuelas? —cuestionó en voz alta, aquello que rondaba en su cabeza.

—No pienses en eso ahora, él estará bien..., debemos tener fe —

mencionó, queriendo mostrarse optimista, pero en el fondo, también estaba preocupado; solo que no ganaba nada con angustiarse más a Amelia, debía ser fuerte por ella y por Terrence.

—Señora Gavazzeni —pronunció el doctor, para atraer su atención.

—Sí —respondió, se dio la vuelta y se aproximó a él con rapidez—. Por favor, doctor, dígame cómo está mi hijo. —Le rogó.

—Se encuentra estable en estos momentos, lo pasamos a una habitación. Puede que esté sedado por un par de horas, tuvimos que administrarle bromuro de potasio —informó con tono calmado.

—¿Pudo descubrir la causa de esas convulsiones? —preguntó Benjen, mirando al galeno a los ojos.

—No aún, debemos esperar los resultados de los estudios que realizamos, aunque debo comentar que, me preocupó el grado de alcohol en su sangre; al parecer, su hijo ha estado tomando mucho, señora Gavazzeni —indicó con algo de reproche.

—Comprendo —murmuró Benjen, quien ya estaba acostumbrado a que Terrence terminase en un hospital por excederse con la bebida

—¿Puedo entrar a verlo? —inquirió, rogando para que dijera que sí—. Por favor, le prometo no molestarlo.

—Está bien. Por favor, enfermera, lleve a los padres del paciente a su habitación —ordenó a la mujer a su lado.

—Por supuesto, doctor. Síganme. —Se encaminó, para guiarlos.

—Muchas gracias, doctor —mencionó Amelia, sonriéndole.

—Gracias por su ayuda —agregó Benjen, seguir a las mujeres.

Al entrar a la habitación, lo hicieron con mucho cuidado, no querían despertar a su hijo; Amelia, incluso, se llevó una mano a la boca para ahogar sus sollozos, mientras dejaba que sus lágrimas la desbordaran.

Le causaba un profundo dolor ver a Terrence postrado en esa cama, con una vía inyectada a su vena y el rostro tan pálido, que parecía una hoja de papel; se acercó a él y, comenzó a acariciarle la frente.

—Mi niño..., tienes que ponerte bien, Terry..., tienes que levantarte de esa cama y ser el mismo de antes, por favor, cariño —susurró, llevándose la mano de su hijo a los labios y le dio muchos besos, mientras luchaba por no romper en llanto.

—No llores, Amy, él estará bien, es un chico fuerte...

—Tienes razón, Terry es muy fuerte, lo ha sido desde que era un niño —aseguró, limpiándose las lágrimas.

El doctor le había dicho que debían dejarlo descansar, así que se alejó un poco, pero sin dejar de contemplarlo, rogándole a Dios que cuidara de él.

Benjen se quedó a su lado, brindándole apoyo, y con la mirada puesta también en su hijo; de pronto, ella sintió la necesidad de hablarle de lo que pasaba.

—Lamento no haberte dicho lo que sucedía —dijo, pues había sido consciente de la tensión que lo embargó al escuchar las palabras del doctor, sobre el grado de alcohol en su sangre.

—¿A qué te refieres? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Lo de la bebida... Terry ha estado tomando mucho en las últimas dos semanas; rompió con Victoria, y el despecho lo ha llevado a refugiarse en el alcohol... Intenté ayudarlo, pero lo único que conseguí fue que se marchara de la casa que compró para él y Victoria... Ahora está viviendo en un viejo apartamento del centro, no es una zona peligrosa, pero tampoco es la mejor, y casi todos los días frecuenta los bares que quedan cerca —explicó, resumiendo un poco la situación.

—No puedo creer que haya recaído en eso, la mayoría de nuestras discusiones eran por lo mismo. No se pone límites a la hora de beber, y acaba en situaciones como esta, aunque nunca había tenido una crisis tan severa —comentó mirando a su hijo con molestia.

—Debí llamarte y contarte lo que sucedía, pero... pensé que podía solucionarlo por mi cuenta; temía que, si te enterabas, me reprocharas el haberle dado muchas libertades —dijo, bajando la mirada.

—Tú no tienes la culpa de nada de esto, Terrence ya es un hombre y debe hacerse responsable por sus actos, no está para que lo estemos cuidando como si fuese un niño —indicó mientras la miraba a los ojos, no quería que se culpara.

—Lo sé..., lo sé, es solo que para mí, sigue siendo mi niño, y si algo le pasa, Benjen, no sé qué sería de mí... Él es todo lo que tengo —pronunció, dejándose doblegar por sus emociones y terminó llorando en brazos del padre de su hijo.

—Ya, mi amor, no llores..., todo estará bien, no vas a perderlo —susurró, rodeándola con sus brazos y besándole el cabello.

La sostuvo de esa manera por largo rato, dejándola desahogarse en su pecho, mientras le acariciaba la espalda, brindándole el apoyo que no le entregó antes, y todo el amor que seguía guardando en su pecho para ella, deseando poder dárselo siempre, si no estuviera atado.

De pronto, ella elevó el rostro y sus miradas se encontraron, revelando el deseo que sentían de olvidarse de todo aquello que los separaba y entregarse a lo que sentían, porque podía ver que Amelia seguía amándolo igual que antes.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Terrence con su mirada clavada en el duque. Su voz estaba algo ronca, pero bastante clara para haber pasado por un episodio como el que vivió.

—¡Terry! —La primera en reaccionar fue Amelia, se liberó de los brazos de Benjen y caminó de prisa hasta la cama—. ¿Cómo te sientes, mi vida? —preguntó, acariciándole el cabello.

—Estoy bien, madre —respondió, mirándola a los ojos; le sorprendió verla de esa manera junto a su padre.

—¿Estás seguro? —inquirió, pues no creía que en realidad lo estuviese, el ataque había sido muy severo.

—Será mejor que le avise al doctor que ya despertó —indicó Benjen, quien se sentía algo nervioso y expuesto.

—No es necesario, me siento bien..., solo algo aturdido.

—¿Recuerdas lo que sucedió? —cuestionó Amelia, con la mirada fija en la de él. Necesitaba que le dijera la verdad.

—No mucho, fue bastante extraño... —comentó y calló sus palabras al intentar recordar, todo estaba muy borroso—. Recuerdo que comencé a sentirme mal y que la temperatura de mi cuerpo comenzó a subir; de pronto, todo mi rostro ardía y luego la espalda... No lo sé, nunca había sentido algo igual; después vinieron esas convulsiones que eran como descargas eléctricas..., como si hubiese tomado un cable de alta tensión —resumió para sus padres, quienes lo veían con atención.

Benjen se sintió muy intrigado porque no relacionaba todo lo que Terrence le decía con una crisis epiléptica. No es que él, en algún momento, las haya sufrido, pero uno de sus mejores amigos sí era víctima de estas, y cuando le contó cómo eran, no se parecía a lo que acababa de decir su hijo.

Sin embargo, sabía que ese tipo de enfermedades eran muy complejas y podían manifestarse de diferentes formas, solo esperaba que no fuese lo que le sucedía a su hijo, pues era una enfermedad muy cruel y devastadora.

—No te preocupes, ya el doctor te hizo varios estudios y te administró unos medicamentos. No pasará de nuevo. —Le aseguró Amelia, entregándole una sonrisa y besándole la mano.

—Haremos lo que sea necesario para que te mejores, solo debes

descansar. Eso recomendó el médico —ordenó Benjen, quien no sabía hablar de otra manera que no fuese esa.

—Me extraña un poco que esté aquí, pensé que no tenía cabeza para nada más que no fuese sumar más víctimas a la guerra, como si no fuera suficiente ya —comentó ante el tono autoritario de su padre, odiaba que le dijera qué hacer.

—Terry, cariño..., por favor. —Amelia le pidió medida.

—Estoy aquí porque eres mi hijo y me preocupa lo que te pase, sabes que siempre ha sido así, no es la primera vez que debo estar a tu lado en una habitación de hospital —indicó sin poder contenerse, le había prometido no reclamarle, pero Terrence tenía la increíble habilidad de exasperarlo en segundos.

—Había tardado mucho, vamos duque, empiece con su sermón. —Lo provocó un poco más, para desenmascararlo.

—Terry, ya está bien. En esta situación, tu comportamiento te hace más daño a ti, que a tu padre. ¿Acaso no eres consciente de la gravedad de todo esto? Pudiste haber muerto si no paraban las convulsiones y; si te alteras, estas pueden regresar. ¿Es eso lo que quieres? —cuestionó Amelia, molestándose con él.

Terrence se quedó en silencio al ser reprendido por Amelia y, eso, sin duda, sorprendería a su padre, pues con él nunca fue así; por el contrario, entre más le reclamaba Benjen, más airoso se ponía él.

Giró el rostro hacia la ventana para no mostrarse derrotado y cerró los ojos, fingiendo que deseaba descansar, pero en ese instante, una imagen del sueño que había tenido regresó a él y lo hizo estremecer.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella, sintiéndose alarmada, pensando que quizá su reclamo lo había afectado.

—Sí..., solo recordé algo —respondió sin mirarla.

—¿Qué? —inquirió, pensando que eso podía ayudarlos a saber a qué se debieron sus ataques.

—No es nada, solo un sueño que tuve...

—¿Tiene que ver con la crisis que sufriste? —Benjen se mostró interesado, en verdad deseaba ayudarlo.

—No lo creo..., me llevaban en una camilla.

—Bueno, eso no fue un sueño, es un recuerdo de cuando llegamos. Enrico y Ernest te subieron a una camilla.

—No era en este lugar, era..., era como un hospital de campaña, había

muchos heridos, gritos, llanto, enfermeras corriendo de un lado a otro..., y una de ellas...

—¿Una de ellas qué? —inquirió Benjen, intrigado, su hijo nunca había estado en un lugar así, pero lo describía muy bien.

—No lo sé..., después de eso, no puedo recordar nada.

—Bueno, no te preocupes, solo fue un mal sueño; ahora debes descansar —dijo Amelia, besándole la frente, no le gustaba eso que su hijo relataba y no quería que se angustiara.

Terrence asintió, cerrando los ojos y, esta vez, sí lo hizo con la intención de dormir, porque se sentía muy agotado y temía que lo que vivió horas antes, se repitiese de nuevo.

Victoria caminaba de un lado a otro en su habitación mientras intentaba escapar de eso que la atormentaba desde horas antes y que no sabía a ciencia cierta de qué se trataba, era como si algo estuviese oprimiéndole el pecho, pero no era doloroso, sino más bien, sensitivo, como una sensación de angustia.

—Adelante —mencionó al escuchar que tocaban a su puerta.

—Disculpa, Vicky, vino a verte la señorita Annette.

—Hazla pasar, por favor, Angela.

Victoria se miró en el espejo del tocador, debía estar toda descompuesta; sí, tal como lo imaginó, estaba hecha un desastre. Se acomodó los bucles que estaban sueltos, pues su amiga siempre le reprochaba si traía el cabello descuidado; decía que una señorita nunca debía permitirse algo así.

—¿Cómo estás, Annie? Qué alegría tenerte aquí.

—Bien, Vicky, ¿tú cómo estás? —preguntó, sonriéndole, la notaba algo extraña—. ¿Está todo bien?

—Sí, todo bien, no te preocupes. —Desvió su mirada.

—Ese «bien», parece un: «más o menos». ¿Tuviste algún problema con tu tía?

—No, ella está muy bien, amaneció con mejor semblante; es más, hasta me dio un susto inmenso. Cuando me desperté, la encontré levantada frente a mí, con el libro que me obsequiaste en las manos.

Annette miró a Victoria completamente perpleja, Margot Anderson no tenía el alma de una mujer romántica, así que le parecía asombroso que agarrase el libro, a no ser por curiosidad.

—¿Lo habrá leído? —preguntó, pardeando con asombro.

—No lo creo, igual dudo mucho que le gustase o; tal vez, se sentiría identificada con la tía del señor Darcy —comentó, pues, ciertamente, eran iguales de amargadas.

—Sí, tienes razón —acotó Annette, asintiendo.

En ese momento, las dos rieron de buena gana a costa de la matrona, quien cada día se asemejaba más a esas brujas malvadas de los cuentos de hadas o, en este caso, a Lady Catherine de Bourgh. Sin embargo, Victoria volvió a mostrarse seria, y su amiga notó el cambio.

—Pero aún no me has comentado porqué estás tan preocupada, sé que algo te sucede —dijo, mirándola a los ojos, a ella no podía engañarla, por más que lo intentara.

—No lo sé, supongo que fue por lo que dijo Elisa. —Dio inicio a su explicación, para ver si hablando lograba darle lógica a ese sentimiento que la embargaba—. Vino junto a Daniel, para saber del estado de tía; intenté recibirla de la mejor manera, pero ella no tiene ningún interés en demostrar, al menos, algo de cortesía para conmigo, me trató de manera déspota.

—No me extraña en lo absoluto, es una arpía, como la madre. Pero dime, ¿qué más sucedió?

—Bueno, me vi en la obligación de enfrentarla; entonces, comenzó a hacer comentarios desagradables y fuera de lugar, así que no tuve más opción que ponerla en su sitio. —Su voz subía de tono, a medida que hablaba y se llenaba de rabia al recordar.

—Me parece que hiciste lo correcto, Vicky; ya es hora de que ella acepte que tú eres una Anderson y; que, por lo tanto, mereces respeto —mencionó Annette con determinación.

—Bueno, creo que esta vez le quedó muy claro, y más después de la bofetada que le di. —Victoria bajó la mirada, sintiéndose avergonzada al recordar su actitud.

Annette, por su parte, la miró con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, nunca hubiese imaginado que Victoria llegaría a agredir a alguien, ella era tan bondadosa. Tenía su lado rebelde, era cierto, pero nunca había sido violenta, así que lo que hizo Elisa, debió ser muy grave para que su amiga perdiera los estribos de esa manera y terminara agrediéndola.

—Sé que estuvo mal, Annie, pero no pude evitarlo; esta vez, sobrepasó todos los límites. No puedes imaginar las cosas que dijo —alegó, intentando justificar su comportamiento.

—La verdad, nada que haga Elisa me sorprende, ella siempre fue tan



grosera contigo, te humilló e insultó a su antojo, cada vez que tuvo una oportunidad, así que no te sientas mal, esto se lo tenía merecido desde hacía mucho tiempo.

—Sí, pero yo debí controlarme y compórtame como una dama, no permitir que ella me sacara de mis casillas.

—A veces, las damas, también nos vemos obligadas a defendernos, Vicky, y no por ello somos menos que las demás, pero dime, ¿qué fue lo que te dijo para hacer que explotaras? —preguntó, llena de curiosidad.

—Ella..., ella insinuó que Brandon y yo...

—Por favor, Vicky, puedes confiar en mí, sé muy bien la clase de arpía que es Elisa Lerman.

—Insinuó que Brandon y yo éramos amantes y; que, por eso, había roto mi compromiso con Terrence, que era el motivo por el que él me concedía tantas atribuciones, que yo me había ganado todos los derechos para llevar esta casa, en su cama —murmuró, porque solo esbozarlo, la hacía sentir ofendida y muy molesta, porque Brandon era como su hermano.

—Vicky, déjame decirte que Elisa no se merecía una bofetada por eso, como mínimo, merecía diez; yo, en tu lugar, no sé ni cómo hubiese reaccionado. Te ofendió de la peor manera en que se puede ofender a una mujer.

—Lo sé y por eso actué de esa manera, pero la verdad es que no me siento muy orgullosa de lo que hice, pero ella no me dejó más opción.

—Estoy segura de ello, ¿cómo se atreve a pensar que puedas tener algo con Brandon? Ella sabe muy bien que, más que como a un primo, lo sientes como a un hermano y; también, estando al tanto de tu amor por Terry, es absurdo que piense así.

—Tal vez Elisa piensa que ya lo olvidé —dijo al tiempo que se levantaba y caminaba hacia la ventana.

—Eso es imposible, ustedes fueron novios por más de dos años, se iban a casar... Aún si ese fuese el caso, ella no tiene ningún derecho a hablar así. —Annette se levantó y caminó hacia donde se encontraba su amiga, le puso una mano en el hombro, a modo de complicidad y le habló—. Además, es evidente que tú aún sigues pensando en Terry.

—Sí, a ti no te puedo mentir. La verdad no he dejado de pensar en él ni un solo día, pero él ahora tiene otros asuntos en los que ocuparse, y yo tengo también mis propios problemas. Nuestros mundos se separaron y no hay manera de unirlos de nuevo. Yo no puedo darle lo que él espera de mí..., y

no es justo que él renuncie a sus sueños solo por hacerme feliz.

—Sé que ya me has explicado esto, pero sigo sin entenderlo, Vicky, es absurdo que dejen que un amor como el suyo se termine, solo porque no pueden ceder un poco... Creo que tú deberías pensarlo mejor, llegar a un acuerdo donde, ambos, sean la prioridad uno del otro, y luchar por su felicidad.

—Yo soy feliz, todos ustedes me hacen sumamente feliz —dijo, esforzándose por sonreír, pues se había resignado a tener una vida en soledad. No se casaría con nadie, nunca.

—No es lo mismo, Vicky, tú sabes bien a qué tipo de felicidad me refiero, algún día vas a necesitar más que las nuestras para llenar tu corazón. —Los ojos de Annette no podían ocultar la tristeza que sentía al escucharla hablar así.

En ese momento, se escuchó un toque en la puerta, que libró a Victoria de seguir hablando del tema; sabía que pasaría mucho tiempo para que ella lo dejara de lado, pero debía armarse de paciencia y mantenerse en su postura.

—Hola, Vicky, ¿puedo pasar?

—Claro, Sean, adelante —respondió Victoria, sonriendo.

—Hola, mi amor —mencionó Annette y se acercó para besarlo, al tiempo que le entregaba una sonrisa.

—Qué hermosa te ves hoy, princesa —dijo, entregándole otro beso; no se cohibían en presencia de Victoria, porque ella era su cómplice—. Vine porque ya van a servir el té, y tía me envió por ustedes. ¿Quieren venir? —agregó, dedicándole una mirada a su prima.

—Por supuesto —respondió Victoria, aunque sin mucho ánimo.

—Estaría encantada, mi amor —dijo Annette, sonriendo.

Llegaron al salón, donde ya se encontraba la señora; se le veía un poco pálida, pero con mejor semblante que el día anterior; al parecer, los medicamentos le habían sentado bien. Un pesado silencio se apoderó del lugar, luego de los saludos entre Margot y Annette, que continuó hasta que las empleadas salieron, dejando todo el servicio de té sobre la mesa.

—Victoria, quería agradecerte por estar al pendiente de mi salud durante la noche de ayer —comentó Margot, rompiendo el silencio, dedicándole apenas una mirada.

—No tiene nada que agradecer, tía; me pareció lo mejor.

—Quizá, la idea de tener a alguien con conocimientos médicos dentro de la casa, no sea tan mala —admitió, escondiéndose tras su taza de té—.

Aunque sigo pensando que estás hecha para algo más grande.

—¿Más grande?... ¿Qué opina de ser doctora? Hay colegios donde podría estudiar medicina y recibir un título.

—Suena interesante, el problema estará al momento de ejercerla, no muchos hospitales aceptan a mujeres doctoras.

—Usted lo acaba de decir, una Anderson está para cosas más grandes, y yo le aseguro que podré conseguir que me admitan en un hospital, si me esfuerzo lo suficiente y demuestro mi valía.

Margot la observó, mostrando admiración por la seguridad con la que hablaba; sabía que su sobrina era una chica tenaz, inteligente y muy disciplinada cuando quería, así que no dudaba que consiguiese lo que se proponía. Imaginarlo, la llenó de orgullo, pues sería la primera mujer en la familia, en tener una profesión realmente importante y que fuese reconocida por todos; así que, asintió, aprobando la idea y dejándole claro que la apoyaría.

## Capítulo 65

Terrence se encontraba mirando a través de la ventana de su habitación, solo llevaba dos días en ese lugar, pero ya estaba harto de ser el conejillo de indias de los médicos, quienes no lograban dar con la causa que provocó que convulsionara.

Por fortuna, ya habían descartado la epilepsia; lo cual, verdaderamente, lo llenó de alivio, porque sabía lo difícil que sería llevar una carrera como cantante de ópera, si le diagnosticaban esa enfermedad.

En los pocos momentos en los que su madre lo había dejado solo, más por exigencia de los doctores, que por voluntad propia, pensó en lo que había estado haciendo de su vida en las últimas semanas. Se estaba dejando derrotar por el despecho, permitiendo que su ruptura con Victoria, acabase con el destino que se había forjado.

Era consciente de que, mucho de ese futuro lo había imaginado junto a ella, y por eso ahora se sentía tan perdido, pero debía hallar la manera de encontrar el camino de nuevo y seguir adelante, aunque ella no estuviese junto a él.

De pronto, escuchó que llamaban a la puerta; le pareció algo extraño, pues las enfermeras y los doctores entraban sin anunciarse. Además, su madre se había marchado hacía poco, y no creía que pudiera ser su padre; él estuvo un par de horas en la mañana.

Escuchó que volvían a llamar y, por un instante, la esperanza de ver entrar a Victoria, se apoderó de su pecho, llenándolo de emoción; quizá su madre le contó lo sucedido.

—Adelante.

—Hola, Terry... —Lo saludó Allison.

—Hola, Allie —respondió, siendo barrido por la desilusión.

—¿Cómo te sientes? Quise venir ayer —dijo, algo apenada.

—Ya me siento bien, solo me duele un poco la cabeza, de tantos estudios que me han hecho. Pero, tranquila, ayer solo dejaron pasar a mis padres —respondió, sonriéndole.

—Te traje flores, aunque pensé que mi madrina ya te había traído docenas

—comentó, riendo al ver dos arreglos de girasoles y narcisos amarillos, a cada lado de su cama—. No sabía cuáles comprar, así que me fui por la opción más fácil, rosas amarillas.

—Están muy lindas, gracias... Y tú, ¿cómo has estado? —preguntó, pues tenía más de dos semanas que no sabía nada de ella; desde que terminó con Victoria, se olvidó del resto del mundo, encerrándose en él mismo y su dolor.

—Estoy bien... —La sonrisa se borró de sus labios—. Mi padre se enteró del embarazo y me echó de la casa. Me estoy quedando con mi madrina, pero planeo buscar un lugar donde mudarme pronto.

—Lo siento mucho —dijo, lamentando no haber estado con ella, para apoyarla en ese momento tan difícil.

—Está bien, no esperaba otra cosa; mi padre se siente decepcionado, y es algo lógico. Se suponía que me había educado para que fuese una chica sensata y con valores, pero el amor hace que actuemos como idiotas y olvidemos todo —expresó con resentimiento; sobre todo, contra ella misma.

—El amor es el peor de los males —murmuró, refiriéndose también a su situación, pero negó con la cabeza para evitar enfrascarse en eso de nuevo, debía olvidar a Victoria. Posó su mirada en Allison, notando que su vientre ya empezaba a crecer, se le veía más al estar sentada—. ¿Y qué piensas hacer?

—Salir adelante con mi hijo, sé que podré hacerlo, Terry, tengo al mejor ejemplo para inspirarme. Le conté todo a mi madrina y ella dijo que me apoyaría, así que sin importar lo difícil que sea, voy a luchar para ser feliz junto a mi bebé —pronunció, desbordando convicción, y se llevó una mano al vientre.

—Me alegro por ti, solo ten presente no cometer los mismos errores de mi madre. —Le aconsejó, mirándola a los ojos.

—Puedes tener por seguro que no lo haré, no confiaré de nuevo en el miserable de Harry Vanderbilt —aseguró con convicción.

—Supongo que mi madre tenía tu misma actitud cuando me tuvo, pero ¿qué pasaría si él regresase pidiéndote perdón y quisiera reconocer a tu hijo? —cuestionó, porque el corazón era traicionero, y a ella podía pasarle lo mismo que a su madre.

—No lo aceptaría —respondió de manera tajante—. Sé que ese fue el error que cometió mi madrina, así que mi hijo solo llevará mi apellido, y si Harry intenta reclamar algún derecho sobre mi bebé, negaré que sea el padre —agregó para convencerlo de que era una mujer fuerte.

Él se quedó en silencio, observándola. Ver la determinación en Allison, le hacía admirarla, ella estaba atravesando una situación más complicada que la suya, y no se había derrumbado; por el contrario, parecía haber madurado en ese último mes.

Pensó que, quizá, entre los dos, podrían encontrar la manera de superar sus problemas. Él reorganizaría su vida, con la esperanza de que, algún día, consiguiera olvidar por completo a Victoria.

—Quizá podamos hacer algo mejor —comentó, buscando la mejor manera de plantearle la idea que acababa de ocurrírsele.

—¿A qué te refieres? —cuestionó con interés, haría lo que fuese con tal de mantener a Harry lejos de su hijo y de ella.

—Podríamos casarnos y yo le daría mi apellido a tu bebé. Eso evitaría que Vanderbilt emprendiera alguna acción legal, en caso de que se arrepienta y desee ser parte de la vida de tu hijo —pronunció con absoluta tranquilidad, como si no fuese consciente de lo trascendental que era lo que le proponía.

—¿Hablas en serio? —cuestionó, parpadeando con asombro, y lo vio asentir—. Creo que esos estudios que te han hecho, afectaron tu razón, Terrence; definitivamente, has enloquecido.

—No es ninguna locura, sabes que es una buena idea; además, ¿qué tendría de extraño? La prensa nos relacionó durante mucho tiempo, así que nadie se sorprendería si nos casáramos.

—¿Nadie?, ¿qué me dices de Victoria? Hace menos de un mes, ibas a casarte con ella —señaló, mirándolo con molestia.

—Ella me echó de su vida, decidió terminar con nuestra relación, por lo tanto, estoy libre para hacer lo que mejor me plazca, y deseo ayudarte —dijo con determinación.

—Te agradezco mucho tus intenciones, Terrence, pero no puedes pretender que acepte casarme contigo, cuando sé que aún amas a Victoria, y que todo esto solo lo haces por despecho.

—No es por eso, es por ayudarte a ti y a ese bebé que viene en camino —alegó, aunque en el fondo sabía que también lo hacía para demostrarle a Victoria que podía seguir con su vida, sin importar si ella ya no estuviese a su lado—. Además, somos buenos amigos, compartimos la misma pasión por la ópera; así que puede que, con el tiempo y la convivencia como pareja, terminemos enamorándonos —agregó, deseando albergar en su pecho esa esperanza, quería ser feliz.

—Es absurdo y lo sabes. Si quieres ayudarme, solo basta con que seas mi

amigo y me apoyes, no tienes que casarte conmigo —pronunció con las lágrimas a punto de desbordarla, porque quizá, le estaba negando a su hijo el tener un grandioso padre, pero no podía permitirle tal sacrificio a Terrence.

—Me rechazas porque sigues ilusionada con el imbécil de Harry Vanderbilt, solo por eso; pero déjame decirte algo, eso fue lo que precisamente llevó a mi madre a perderme —pronunció con un tono cortante, sintiéndose molesto por su negativa.

—Te rechazo porque sé que, tarde o temprano, regresarás con Victoria. Ustedes se aman de verdad, y no sería justo que yo me interpusiera entre los dos. La rabia que sientes hacia ella en este momento no te deja ver que, lo que propones, es un error, pero con el tiempo lo comprenderás, y no quiero que estés atado a mi hijo y a mí, solo por compasión —mencionó con su mirada fija en la de él, mientras sentía que el cuerpo le temblaba.

—Lo de Victoria no tiene vuelta atrás, y entiendo que sientas temor, pero te prometo que, una vez que estemos casados, no existirá otra mujer en mi vida que no seas tú.

—Terry..., por favor —pidió para que no se lo hiciera más difícil, no quería ilusionarse con tener todo eso que él le prometía.

—Solo piénsalo, no me respondas ahora. Seguiremos hablando después. Mi madre acaba de llegar —mencionó al escuchar su voz al otro lado de la puerta.

Allison asintió, mostrándose nerviosa, y le desvió la mirada; tenía que tranquilizarse, porque su madrina era muy suspicaz y podía darse cuenta de que, entre Terrence y ella, había sucedido algo.

Le sonrió en cuanto la vio entrar, luchando por mostrarse relajada; luego de un par de minutos, se despidió porque no podía soportar tanta tensión; alegó que dejaría a su amigo en la mejor compañía y se marchó. Necesitaba caminar para despejar sus pensamientos.

Elisa acababa de bajar de su habitación, donde, como de costumbre, ya había tomado el desayuno; mostraba con esplendor su cabello arreglado y su hermoso vestido azul turquesa con transparencia y vuelos, que hacía de ella una seductora joven.

Con solo diecisiete años, ya era consiente de toda su belleza y; como tal, manejaba su figura con total naturalidad y elegancia, demostrando que lo aprendido en Brighton, le había servido para convertirse en esa espléndida dama.

—Buenos días, señores. —Saludó al ver a su padre reunido con otros hombres—. Buenos días, padre.

Todos se volvieron a mirarla y, uno de ellos, en especial, se sintió deslumbrado por la belleza matutina que mostraba la hija de John Lerman. Parecía una rosa cuando era tocada por los primeros rayos del sol, ese cabello rojo que brillaba con intensidad, y la piel nácar, la hacían lucir como un sueño.

—Buenos días, hija. —John la saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Lerman. —Frank, teniendo un gesto más atrevido, se acercó hasta la joven y tomó su mano para darle un beso—. Luce usted muy hermosa esta mañana.

—Muchas gracias, caballero. —Elisa, sabiéndose poseedora de una gran belleza, le dedicó una sutil sonrisa al hombre.

—Si nos disculpas, cariño. Tenemos que ir al despacho, para tratar algunos asuntos de negocios —mencionó John, observando la escena y; el interés de Frank Wells por su hija, también despertó el suyo.

—Por supuesto, padre. Hasta luego, caballeros. —Los vio alejarse, pero aquel que le había besado la mano, se volvió para dedicarle una amplia sonrisa, acompañada de una mirada sagaz; y ella le respondió con un leve movimiento de su cabeza.

Daniel, que bajaba en ese momento, se quedó paralizado en lo alto de la escalera, mientras observaba la escena. Cuando vio que los hombres no estaban por ningún lado, soltó una carcajada llena de burla y posó su mirada en Elisa.

—¡Ay, querida hermanita! Así que ahora te dedicas a seducir a viejos millonarios, eso no me lo esperaba de ti —dijo, sin importarle que ella lo mirase como si lo quisiera matar.

—Sabes muy bien, querido hermano, que no tengo la culpa de que mis encantos deslumbren a los hombres, y tan poco voy a ser una grosera con ellos, solo porque me miren con deseo. Solo se desea aquello que es muy valioso.

—O aquello que no se puede tener —agregó Daniel, recordando, en ese instante, a Victoria.

—Tú me críticas por hacer gala de mi belleza con un vejete, pero eres tan patético, que aún andas suspirando por la huérfana. Yo sí que no me esperaba eso de ti, y sabes que no me convence la explicación que le diste a mi madre. Te quieres casar con la estúpida campesina porque estás enamorado.



Esta vez, fue él, quien sintió deseos de que sus ojos fueran dagas para atravesar a su hermana; a veces, llegaba a odiar verdaderamente a Elisa. Sobre todo, al ver su reacción al descubrirlo, esa sonrisa de triunfo que era tan odiosa. Quiso largarse de allí, pero lo sujetó por el brazo para detenerlo.

—La verdad no te entiendo, deberías estar feliz; ahora, sin Terrence en el medio, seguro que Victoria no tendrá muchas opciones; a menos, claro está, que mis sospechas de su relación con nuestro adorado tío Brandon, resulten ciertas. —Elisa lo vio dudar y hundió más el puñal—. Veo que tú también piensas como yo. —Hizo su sonrisa más amplia.

—Estás equivocada, no tengo una mente tan morbosa como la tuya. —Su hermana explotó de nuevo en una carcajada.

—Me vas a decir ahora, que el amor te volvió un hombre santo; si fuera por eso, entonces ya yo sería un ángel —acotó riendo con malicia, ante la cara de asombro de su hermano.

—Tú nunca te has enamorado, Elisa; no sabes lo que es el amor.

—Tienes razón, no sé lo que es ese sentimiento, y tampoco me interesa saberlo; menos si me voy a comportar como una idiota —dijo, señalándolo y mirándolo con desprecio—. Pero, no sabes con cuántas ganas le hubiese quitado a Terrence Danchester a la tonta de Victoria. Lástima que Allison Parker se me adelantó, solo en ese momento me hubiese convertido en un ángel para él.

Aunque las palabras de Elisa resultaron chocantes para Daniel, no le sorprendían en lo absoluto, ella nunca había ocultado su interés por el rebelde de Brighton, y era tanto el odio que sentía hacia Victoria, que tampoco le extrañaba que estuviese tan feliz, al saberlo separados.

A decir verdad, él también lo estaba, porque sabía que, sin Danchester de por medio, quizá tenía una verdadera oportunidad con ella, aunque fuese pequeña.

Los días seguían transcurriendo con rapidez, ya casi era otoño y los árboles iban perdiendo su follaje, pintándose de tonos dorados y naranja, creando un espectáculo hermoso y melancólico a la vez; mientras que en la mansión Anderson, todo parecía estar en armonía de nuevo. Aunque Brandon debía viajar de manera constante por sus nuevas obligaciones, como presidente del consorcio bancario, ya no se preocupaba por las rencillas entre Victoria y su tía Margot, ambas habían acordado una tregua, y eso le quitaba un gran peso de encima.

Un suave toque a la puerta, hizo que Victoria saliera del placentero sueño donde se encontraba. Sus ojos se entreabrieron, observando los primeros rayos de la aurora, que se colaban a través de las cortinas de la habitación; un segundo golpe, hizo que despertara del todo.

—Adelante, Ángela..., puedes pasar —ordenó, al tiempo que se masajeaba los párpados.

—Buenos días, Vicky... ¿Cómo amaneces hoy? —preguntó, mientras caminaba en dirección a la ventana y corría las pesadas cortinas que se encontraban cerradas a la mitad.

—Bien, gracias. —Le respondió con una sonrisa.

Ángela abrió el gran ventanal, dejando entrar la ligera brisa estival, que corría entre los árboles del jardín, trayendo con ella un exquisito olor a rosas; pues, a pesar de estar cerca el otoño, el rosal seguía conservando parte de su belleza. Luego se volvió encaminándose a prepararle su baño a Victoria, debía darse prisa o no vería a su primo antes de que partiera a Nueva York.

—Disculpa que te haya despertado tan temprano, sé que los fines de semana te levantas más tarde, pero el señor Brandon parte hoy para Nueva York, y pensé que te gustaría despedirlo.

—No te preocupes, Ángela... ¿Cómo es que Brandon se marcha hoy, si su viaje estaba previsto para pasado mañana?

—No sabría responder a esa pregunta, Vicky, pero eso fue lo que me comentó anoche, cuando me pidió que le hiciera su equipaje.

—Entiendo, muchas gracias, Ángela. Por favor, ayúdame a escoger qué ponerme —mencionó, sintiéndose algo extrañada por esa repentina decisión de su primo; de pronto, se sintió muy ansiosa, pensando que quizá se trataba de Terrence. A lo mejor le había pedido que se reuniera con él—. Necesito hablar con Brandon.

—Enseguida. Ya está listo, puedes pasar mientras te busco la vestimenta.

Victoria asintió en silencio, dedicándole una sonrisa en agradecimiento, y entró deprisa al baño, despojándose de la bata de seda que usó para dormir. Sintió el agua tibia, tal y como le gustaba.

Se sumergió en esta, dejándose embriagar por el suave aroma de las esencias a jazmín y rosas, que Ángela le ponía, pero eso no consiguió relajarla, ese cambio de planes de Brandon la alteró.

*¿Qué habrá pasado para que adelantara su viaje, él es un hombre muy ordenado?...*

—¿Cuál de estos dos prefieres, Vicky? —Angela la sacó de sus

pensamientos, enseñándole un par de vestidos.

—El blanco con bordado rosa, por favor, Angela. —Salió del baño envuelta en una gruesa bata de felpa—. Debemos apresurarnos, me dejaré el cabello suelto.

—Claro, como gustes. El señor está en el jardín, tomando el desayuno, así que aún tienes tiempo.

Victoria salió minutos después, mientras sentía que sus latidos se desbocaban, solo de imaginar que su primo se encontraría con Terrence. Sabía que eso no tendría nada de extraño, habían quedado como amigos, seguro tomarían un café o tal vez almorzarían juntos.

Iba caminado muy de prisa y tan distraída que, al llegar a la escalera, se tropezó con su tía Margot, quien la miró como siempre, con reproche. Se asustó mucho, pero por suerte, alcanzó a sostenerla de los brazos para evitar que se cayera, luego la miró, sintiéndose apenada.

—¡Victoria, por el amor de Dios! —expresó con molestia.

—Lo siento, tía, es que llevo algo de prisa. Necesito hablar con Brandon, antes de que se marche a Nueva York.

—Está en el jardín, no tienes que correr —indicó, mirándola con severidad, pero también con interés; quizá había recapacitado y deseaba que su sobrino la llevase a Nueva York, para hablar con Terrence Danchester y retomar sus planes de boda.

—Gracias, tía, no lo haré.

Victoria bajó las escaleras, tratando de mantener un paso adecuado, mientras su tía la observaba, no quería ganarse otra reprimenda, y tampoco tenía tiempo para escuchar un discurso sobre las normas de comportamiento de una señorita.

Al fin, estuvo libre de la mirada juzgadora de su tía, y travesó la puerta que la llevaba a la terraza, donde suponía debía estar su primo, tomando el desayuno; ese era uno de los lugares favoritos para los dos, en toda la mansión.

Ese era un lugar mágico y tenía muchos recuerdos hermosos allí, estaba rodeada de hermosas lilas, rosas y madreselvas, que le daban un aspecto de cuento de hadas. Brandon se encontraba sentado con una postura relajada pero elegante, mientras tomaba el café y leía el periódico.

Con el paso de los años, se había convertido en un hombre de contextura atlética, gracias a su afición por los deportes; y su metro ochenta y cinco, lo hacía resaltar a donde quiera que fuera. Él no era como la mayoría de los

magnates, quienes pasaban todo el día detrás de un escritorio y después se iban por las noches a los clubs de juegos, donde pasaban más horas sentados.

A él le gustaba cabalgar y lo hacía cada vez que podía, también nadaba en el lago y; a veces, jugaba squash con Sean, o practicaba carreras de remo con Christian, o jugaba Polo con ambos. Siempre buscaba estar en contacto con la naturaleza y, al igual que Victoria, se negaba a dejar de lado eso que le apasionaba, solo por cumplir con las normas sociales.

Muestra de ello era su cabello rubio, que caía hasta sus hombros, mostrando un aire de rebeldía; lo llevaba así desde que regresó de México, y a pesar de la insistencia de su tía, para que se lo cortara, él había decidido mantenerlo de esa manera. Sus ojos, de un tono celeste, reflejaban una tranquilidad que Victoria no había encontrado en ninguna otra persona; mirarlos era como ver el cielo en primavera.

—Con que aquí estás, te pensabas escapar sin decirme nada. —Le reprochó, cruzándose de brazos, mientras lo miraba fingiendo seriedad, para esconder sus nervios.

—¿Qué haces levantada tan temprano? —preguntó, dejando el diario de lado y la invitó a sentarse.

—Es que quería saber por qué has adelantado tu viaje. ¿No te ibas pasado mañana? —cuestionó.

—Sí, lo que ocurre es que el señor con que tengo la reunión de negocios, no puede estar por mucho tiempo en América. Es Luciano Di Carlo, el italiano del que te hablé; es un hombre muy ocupado, aunque también es una excelente persona. Vino porque tiene una emergencia familiar y pidió mi ayuda. Así que accedí a verlo antes, es un peligro que esté viajando como está la situación por la guerra, ha sido casi un milagro que lograra salir de Europa.

—Entonces, es por eso —comentó, sintiéndose aliviada.

—Sí... ¿Esperabas que fuera por algo más? —preguntó, solo para asegurarse, pues algo le decía que la angustia de Victoria, tenía que ver con otra persona en Nueva York.

—No..., no esperaba que fuese nada más, solo me extrañó un poco que adelantaras el viaje. Tranquilo, debes atender los negocios; además, el señor Di Carlo tiene que ser muy buena persona para que se haya ganado tu aprecio —dijo, mientras observaba el vuelo de unas golondrinas.

—Vicky, ¿está todo bien? —preguntó, notando su actitud melancólica; sabía que extrañaba mucho a Terrence.

—Sí, todo bien, solo que tengo muchas cosas pendientes; debo buscar unos documentos para ir la próxima semana a formalizar mi inscripción al colegio de medicina para mujeres. La señorita Smith me dará una carta de recomendación —respondió, cambiando de tema.

—Me alegra mucho escuchar eso, la primera mujer doctora en la familia —comentó, mirándola con orgullo.

—Todavía no empiezo el semestre, y es una carrera de cinco años, así que falta mucho para eso —acotó, riendo.

—Estoy seguro de que lo lograrás. Tío estaría muy orgulloso de ti, Vicky —dijo, sujetándole la mano y viéndola a los ojos.

—Gracias, Brandon —susurró, emocionada, y le dio un beso en la mejilla, agradeciéndole todo su apoyo, pues sin él, eso no hubiera sido posible; su tía no lo hubiese permitido.

Victoria se despidió de Brandon frente al hospital, no lo acompañaría hasta la estación de trenes, para no verse en la tentación de subir junto a él y viajar a Nueva York. Aunque cada día añoraba más a Terrence, sabía que había hecho lo mejor.

## Capítulo 66

Después de estar casi una semana internado en el hospital, Terrence por fin regresaba a su casa; en realidad, no a la suya, sino a la de su madre, quien, prácticamente, le rogó para que se quedara con ella y así poder velar personalmente por su salud.

A pesar de que los doctores aseguraron que se encontraba fuera de peligro, Amelia insistió en cuidarlo y ayudarlo a que siguiera el tratamiento al pie de la letra, también para evitar que se viera tentado a ir a algún bar para emborracharse, pues los médicos le atribuyeron su crisis al excesivo consumo de alcohol que tuvo semanas atrás.

—Quiero aprovechar que están presentes para hacerles saber una decisión que he tomado —dijo para captar la atención de sus padres.

—Claro, cariño —señaló Amelia, intrigada; lo había notado muy serio últimamente.

—Te escuchamos, ¿de qué se trata? —Lo animó Benjen, sintiéndose asombrado y feliz de que él lo tomara en cuenta.

—Le pedí matrimonio a Allison —respondió, mirándolos.

—¿Qué dices? —cuestionó Amelia, parpadeando con desconcierto, no podía creer lo que acababa de escuchar.

—Lo que ha escuchado, madre, quiero casarme con su ahijada.

—¿Allison Parker?, ¿tu compañera de trabajo? —inquirió Benjen, quien reconoció a la chica solo cuando dijo que era la ahijada de Amelia—. ¿Acaso has perdido la cabeza, Terrence?

—Le agradecería que se ahorra sus reproches, duque.

—No, esta vez tu padre tiene razón. ¿Perdiste la razón, Terry? ¿Cómo vas a casarte con Allison? —debatía, contrariada.

—No entiendo por qué se pone así, madre.

—¿Cómo quieres que me ponga? Hace un mes estabas comprometido con Victoria, y ahora sales con que deseas casarte con Allison. ¿A qué se supone que estás jugando? —expresó, dejándole ver su molestia sin ningún reparo.

—No estoy jugando a nada, simplemente, deseo ayudar a Allison. Ella necesita a alguien que la apoye, y estoy dispuesto hacerlo.

—¿A costa de tu felicidad? —inquirió para hacerle ver a lo que estaba renunciando al casarse con alguien a quien no amaba.

—No será a costa de nada, puedo ser feliz con ella, formar una familia, tener un hogar y velar por su bienestar y el del hijo que espera —argumentó para demostrarle que había evaluado cada aspecto de su decisión y nada lo haría cambiar de parecer.

—Te estás engañando —mencionó Benjen, al escuchar los argumentos de su hijo—. Y lo que es peor, no actúas llevado por la compasión, sino por el despecho. Haces todo esto porque Victoria Anderson rompió el compromiso y piensas que, tal vez, casarte con Allison sea la solución, pero te equivocas. Solo vas a desgraciar tu vida y la de esa pobre chica.

—Usted no tiene ningún derecho a opinar sobre mi vida, solo le conté esto como un gesto de cortesía, pero no estoy esperando su permiso, tampoco el suyo, madre, este asunto no era para ser cuestionado, es algo que ya está decidido.

—Allison ya sufrió mucho por un hombre que la ilusionó, la embarazó y después la abandonó. ¿No crees que ha sido suficiente?, ¿también quieres usarla como tu instrumento para vengarte de Victoria? —cuestionó, sintiéndose dolida de que su hijo fuese tan cruel y mezquino.

—Yo no quiero vengarme de nadie, solo deseo ayudar a mi amiga. Si usted en verdad cree que planeo dañar a Allison, entonces es que no me conoce —dijo y le dio la espalda, dispuesto a salir de ese lugar donde no lo comprendían.

—Si en verdad deseas ayudarla, actúa como su amigo y no la condenes a vivir en un matrimonio sin amor —enunció Benjen.

—¿Ahora usted me dará un discurso sobre el amor? Esto en verdad es insólito —pronunció con sorna y asombro.

—No..., no te hablaré sobre el amor, te hablaré sobre la falta de este en un matrimonio, y sabes muy bien que puedo hacerlo con propiedad, porque tu abuelo me obligó a casarme con una mujer a la que no amaba... Y quizá no hubiese tenido problemas para aceptar ese compromiso, ya que muchos, dentro de la realeza, se casan por conveniencia. El detalle estuvo en que yo, al igual que tú, estaba enamorado de otra mujer. Amaba a tu madre y no soportaba la idea de casarme con otra, mucho menos de cumplir con mis deberes como esposo, pero debía hacerlo, y tuve que embriagarme cada maldita noche, antes de entrar a esa recámara —expresó, sacando de su pecho aquello que había callado por tantos años, pero que necesitaba decirle para

que Terrence comprendiera lo que podía acarrear su decisión.

—Benjen..., por favor. —Amelia se sintió afectada y apenada por tener que escuchar eso, no quería saber nada de su vida íntima con la duquesa—. No es necesario llegar a esto.

—Te pido disculpas, Amelia, pero lo es, para que él entienda la vida que tendrá, si lleva a cabo esta idea tan absurda —dijo, mirándola y, después, posó su mirada en la retadora de su hijo, quien milagrosamente, se había quedado callado—. Y te diré algo más, Terrence, ¿sabes lo que conseguí con todo eso? Que la mujer con la que compartía mi vida, me odiase tanto, que nuestras existencias terminaron siendo una pesadilla. Si es lo que deseas para ti y para Allison, bien; sigue adelante, pero lo harás siendo consciente de lo que les espera como esposos, y eso solo te convierte en un ser egoísta, no en alguien bondadoso.

—Casi hace que lo compadezca, duque —mencionó Terrence, después de un largo silencio—; sin embargo, quedarse viviendo en ese infierno ha sido su decisión, así que no intente venir aquí, dando lástima, porque no va a conseguirlo. Y olvida algo, Allison y yo somos grandes amigos, compañeros de trabajo y nadie nos está obligando, ambos tomamos esta decisión libremente, así que como le dije, no estoy pidiendo su permiso, les estoy anunciando que me voy a casar con ella. Si desean apoyarme, bien, pero si no, me da lo mismo; esto ya está decidido. Ahora, si me disculpan, iré a descansar.

—Es un estúpido insensato —masculló Benjen con rabia, mientras alejaba la mirada de su hijo.

—No entiendo por qué hace esto, por qué actúa así.

—Está despechado, esa es la razón, pero va a terminar perjudicándose y a tu ahijada también —comentó, sin atreverse a mirar a Amelia, se sentía demasiado expuesto.

—Terry no va a escuchar de razones, es demasiado terco, pero hablaré con Allison, sé que ella me escuchará y verá que todo esto es un error —esbozó, mostrándose segura.

—En la situación en la que se encuentra, quizá tampoco quiera escucharte; después de todo, lo que hará Terrence por ella, es lo mejor que puede pasarle en este momento —pronunció con desgano, no se sentía tan esperanzado como Amelia.

—Ella es una chica muy madura, sé que no será tan intransigente como nuestro hijo; a veces, odio que haya heredado mi terquedad.



—Y yo odio que haya heredado mi orgullo.

No pudo evitar sonreír al ver que ella también lo hacía y negaba con la cabeza, ante lo tonto de sus comentarios; sus miradas se encontraron, fundiéndose la una en la otra. Sintió un enorme deseo de besarla, pero sabía que no podía hacerlo, mientras siguiera casado.

—Bien, tengo que irme, debo atender una reunión con el Ministro de Defensa —indicó, dándole un cambio radical al tema y, para no ser tan obvio, continuó—. Las cosas en Europa no están nada bien, Francia tiene casi perdido Verdún, y en El valle del Somme, las bajas de ambos bandos son descomunales.

—Por Dios, espero que esta horrible guerra termine pronto. —Lo acompañó hasta la puerta—. Concéntrate en conseguir la ayuda que necesitan, yo me encargaré de Terry; cualquier cosa que ocurra, te estaré informando.

—Gracias, Amelia, hasta pronto, cuídate.

Se marchó sin darle un abrazo como despedida, no podía seguir tentándose como lo hacía, tenía que poner distancia.

Allison regresó a la casa de su madrina, luego de haber estado en el conservatorio, donde gestionó la suspensión de sus clases de los próximos meses; con su embarazo, le sería imposible seguir.

Sabía que su vientre ya empezaba a notarse y era mejor evitar que la ola de rumores comenzara; por suerte, su madrina le había prometido hablar con el maestro Toscanini y con el director Aldridge, para justificar su ausencia en la próxima temporada operística.

—Hola, madrina —saludó con una sonrisa cuando entró a la casa, se quitó el sombrero y se acercó para abrazarla.

—Hola, Allie, ¿cómo te fue? —preguntó, entregándole una sonrisa mientras le acomodaba el peinado.

—Bien, hablé con la secretaria del director y me dijo que debo llevarle una carta, justificando el motivo de mi ausencia —respondió y caminó para tomar asiento; últimamente se sentía muy cansada.

—Perfecto, pondremos en esta lo que acordamos —mencionó Amelia y le dedicó una sonrisa.

Allison también sonrió, recordando el plan que su madrina había ideado para que pudiera llevar su embarazo sin temor al juicio que pudiera hacerle la sociedad, si llegaban a enterarse de su situación.

Les dirían a todos sus allegados que ella se iba de viaje a Argentina, para tomar unas clases con Angelina Pagano, una gran artista y amiga de su madrina; pero en realidad, estaría en la casa de Amelia, ubicada en Los Hamptons, donde viviría su embarazo en completa tranquilidad.

—A menos, que algo haya cambiado —dijo, mirándola a los ojos, queriendo que su ahijada le fuese sincera.

—¿Qué quiere decir, madrina?, ¿qué ha cambiado? —inquirió con algo de temor, no quería afrontar sola esa situación.

—Terry nos contó a su padre y a mí, que ustedes hablaron de casarse —comentó, abriendo el tema y mantuvo su mirada en ella.

—Se refiere a eso —murmuró, desviando la mirada a sus manos.

—Sí, a eso... Allie, sé cuán complicado es el momento que atraviesas, estuve en tu misma situación y, créeme, cuando te digo que esa no es la solución —dijo, tomándole la mano para reconfortarla—. Un matrimonio es un compromiso muy serio y es para toda la vida, se debe estar absolutamente seguro de querer pasar el resto de la vida con esa persona, antes de aceptarla.

—Soy consciente de ello, madrina —mencionó, levantando la mirada para poder verla, no quería que la juzgara mal o pensara que quería aprovecharse de la buena voluntad de Terrence.

—Esta oportunidad que se te presenta, yo también la tuve; recuerdo que cuando Ernest se enteró de mi embarazo, se ofreció a casarse conmigo y responder por mi hijo y por mí. Te juro que me vi muy tentada a aceptar, pero después de analizarlo bien, tuve que negarme, y lo hice pensando sobre todo en él, porque es un hombre extraordinario y no merecía una mujer que solo lo quisiese; debía tener a una que lo amara por completo —explicó, mirándola a los ojos, para que entendiera a lo que se refería cuando le hablaba de ese episodio.

—Sé lo que intenta decirme, madrina, fue por ello que me negué cuando Terry me lo propuesto. Estoy consciente de que él sigue enamorado de Victoria, y que solo está actuando por despecho. Puede que ahora no se dé cuenta de ello y que argumente que solo desea ayudarme, pero en el fondo, esto es una especie de venganza contra ella. Sabe que Victoria sentía celos de nuestra amistad, y si nos casamos, va a herirla y hacer que se sienta traicionada... Y en verdad, Victoria no merece ese trato.

—Cariño, perdóname por abordarte de esta manera, no sabía que te habías negado —comentó Amelia con vergüenza—. Terry se mostró tan seguro cuando nos dijo a su padre y a mí que se casarían, que casi lo di por sentado.

—Lo sé, el día que me habló de eso, en el hospital, actuó de la misma manera, quería convencerme de que era lo mejor; pero yo sé que no es así... Lo veo como un amigo, admito que sí es un chico muy atractivo y encantador, que cualquiera estaría deseosa de ser su esposa, pero temo que, dar ese paso, termine dañando nuestra amistad; además, sentiría que me estoy aprovechando de las circunstancias y del secreto que le he guardado a Victoria.

—¿De qué secreto hablas? —Amelia se mostró intrigada.

—Madrina, conozco el verdadero motivo por el cual ella terminó su noviazgo —anunció, mirándola a los ojos—. Victoria cree que no podrá darle hijos a Terry.

—¿Es eso cierto, Allison? —inquirió algo perpleja.

Allison asintió con la cabeza y comenzó a relatarle aquella conversación que había tenido semanas atrás con Victoria, ya no podía seguir guardando ese secreto. También le confesó que se había visto tentada de contárselo a Terrence, pero temía de la reacción que él pudiera tener; no quería, por nada del mundo, perder su amistad, y sospechaba que sería lo que pasaría cuando él se enterase, pues lo vio sufrir sin decir nada.

—Mi hijo tiene un carácter muy complicado, pero me consta que te quiere mucho, y estoy segura de que sabrá comprender tus motivos, así que debes hablar con él, Allie —mencionó, agarrándole la mano, para llenarla de confianza.

—Le prometo que lo haré. —Le aseguró mientras afirmaba con su cabeza y se limpiaba una lágrima.

—Perfecto, y yo hablaré con Victoria... Lo que piensa es absurdo, y todavía si fuese cierto, Terrence la ama tanto, que eso no le importaría en absoluto; se puede ser padre sin la necesidad de engendrar a un hijo, él mismo estaba dispuesto a serlo del tuyo.

—Lo sé, por eso siento que es necesario que ellos hablen y sean sinceros, que se den una nueva oportunidad; además, seguramente, así dejará de estar tan insoportable —comentó, riendo, y Amelia la acompañó de buena gana.

—Tienes toda la razón, parece un viejo cascarrabias, se molesta por todo; eso les hace la falta de amor a los hombres, los convierte en unos amargados, y a nosotras en unas lloronas.

Estuvieron hablando por un rato más sobre los planes que tendría para el bebé, y Amelia aprovechó para acariciarle el vientre que ya empezaba a verse.

Amelia le aseguró que a su vida llegaría un buen hombre, que la amaría y la haría feliz. Que solo debía ser bien selectiva y estar dispuesta a creer en el amor, también acordaron no decirle nada a Terrence sobre esa charla, hasta hablar primero con Victoria y hacerla entrar en razón.

Horas más tarde, cuando ya todos en la casa Gavazzeni dormían, Allison fue despertada por fuertes calambres en su vientre, que la hicieron doblarse de dolor y sollozar. Respiró profundo para intentar soportar esa sensación, y se puso de pie, dando pasos trémulos hasta llegar al baño; sentía que un líquido tibio y viscoso le bajaba por las piernas.

De pronto, se llenó de miedo y encendió la luz, temiendo lo que podía ser. Al ver su ropa de dormir no encontró nada extraño, así que se dobló un poco y vio que, por sus piernas, bajaba un delgado hilo rojo; era sangre.

Comenzó a gotear mucho más y el dolor se fue haciendo más intenso; como pudo, buscó una toalla para intentar parar la hemorragia, pero los espasmos se volvieron tan insoportables, que la llevaron a quedar de rodillas en el piso.

—¡Madrina! ¡Madrina! —comenzó a gritar, pues sentía que sus piernas no tenían la fuerza para levantarse e ir por ella—. ¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!... Mi bebé..., mi bebé —esbozó en medio de un torrente de sollozos, mientras ejercía presión para evitar que saliera de su cuerpo, no quería perderlo.

Sintió que la vista se le nublaba al ver que por su mano comenzaba a bajar sangre, luchó para ponerse de pie. Agarró otra toalla y casi entró en pánico al ver que, la anterior, estaba empapada de sangre.

Sin embargo, su deseo de mantener a su hijo dentro de ella, la hizo actuar con rapidez, abrió la puerta para que su voz pudiera ser escuchada, apretó los dientes ante el nuevo agujonazo en su vientre.

—¡Madrina! ¡Terry! ¡Por favor! ¡Ayuda! —Se dejó caer una vez más, sintiendo que sus fuerzas la abandonaban, cuando de pronto, escuchó que abrían la puerta de su recámara.

—Allie... ¡Allison! —Terrence fue el primero en llegar, había estado leyendo porque no tenía sueño, cuando la escuchó gritar.

—Terry..., necesito un doctor —pronunció desde el baño.

—¡Allie! —expresó sintiéndose aterrado al verla en medio de ese charco de sangre. Se puso de cuchillas e intentó tomarla en brazos, pero ella negó con su cabeza—. Te llevaré a la cama.

—No puedo moverme de aquí..., si lo hago, lo perderé. —Sus lágrimas se

hicieron más copiosas tras decir eso.

—Allie, princesa, ¿qué...? —Amelia llegó a la habitación y, al ver lo que sucedía, sollozó—. Por el amor de Dios..., tranquila, no pasa nada..., no pasa nada, cariño, todo estará bien.

—Mi bebé..., madrina, no quiero perderlo, por favor, ayúdeme a que se quede —expresó, gimoteando; se sentía muy débil.

—No lo harás, déjame ayudarte, cariño... Mi niño, pásame más toallas, por favor. —Le pidió a Terrence y retiró las que Allison tenía debajo ella; al hacerlo, vio algo que le rompió el corazón.

—Tenemos que llevarla al hospital —indicó Terrence, dispuesto a cargarla, aunque ella no quisiese.

—No, espera... Mejor ve por Rosie y dile que vaya a la casa de la señora Jefferson. Su esposo era doctor, y ella fue su asistente durante años, así que sabrá qué hacer —ordenó, mirándolo.

—Pero ella necesita un médico, madre —refutó, pensando que no la llevaba para que la prensa no se enterara del embarazo.

—El hospital más cercano está a cuarenta minutos, mientras que la señora Jefferson está a solo dos; por favor, haz lo que te pido, Terrence —exigió, mirándolo a los ojos y le hizo una seña para que viera la toalla y comprendiera que ya no tenían nada que hacer por el bebé, ahora la prioridad era Allison.

Terrence tragó en seco para pasar el nudo en su garganta, y parpadeó para alejar las lágrimas que colmaron sus ojos, en cuanto vio al pequeño feto que se hallaba detrás de su amiga; asintió con un movimiento forzado y se puso de pie.

Bajó las escaleras corriendo y llamó a la puerta de la joven empleada.

—Rosie, necesito que me acompañes hasta la casa de la señora Jefferson, Allie está mal y necesita ser atendida —dijo, mirándola.

—Claro, joven, enseguida voy con usted.

Buscó un abrigo y salió de la habitación para acompañarlo; se encontraron con Carol y Elsa, en el pasillo, quienes también habían despertado al escuchar pasos apresurados en la casa. Terrence les explicó rápidamente lo que sucedía y les pidió que subieran para ayudar a Allison y a su madre, mientras él iba en busca de ayuda para su amiga.

Terrence regresó siete minutos después, por fortuna, la señora estaba acostumbrada a ese tipo de emergencias, después de tantos años atendiéndolas junto a su difunto marido. Al escuchar lo que había sucedido, llevó todos los

implementos de su esposo y llamó a una doctora de confianza, que podía ayudarla en caso de que el estado de la chica fuese muy complicado.

Olga Jefferson comenzó a dar órdenes y se hizo cargo de la situación, solo pidió la ayuda de Terrence para llevar a Allison hasta la cama, la pobre había perdido tanta sangre que terminó por desmayarse. Él la dejó allí, sintiéndose impotente al no poder hacer nada más, solo quedarse parado, viendo cómo la vida le arrebató a su amiga la única ilusión que le quedaba, después de perder a su padre y al que creyó el amor de su vida.

Salió de la habitación por petición de la señora Jefferson, y para darle privacidad a su amiga; estando afuera, se permitió derramar algunas lágrimas por ella. Sabía que, a pesar de las circunstancias, Allison esperaba a su bebé con mucho entusiasmo, hasta le había tejido un par de lindos esarpines, así que, cuando se enterase de que lo había perdido, quedaría desolada.

## Capítulo 67

Allison estuvo luchando durante dos días contra intensas fiebres y fuertes dolores que la mantuvieron en cama, apenas pasaba algunos minutos despierta, y lo único que hacía era llorar de manera desconsolada. Terrence le insistía a su madre en llevarla a un hospital, pero Allison se negaba y la señora Jefferson intentó tranquilizarlo, diciéndole que era normal, que mientras tomase sus medicamentos y se hiciera los lavados que le había preparado, estaría bien dentro de poco.

Su padre, al enterarse de la noticia, olvidó todos sus rencores y fue a verla, estuvo durante horas velando junto a su cama, suplicándole que luchara por su vida y no lo dejara, mientras le pedía perdón por haber sido tan intransigente. Bruce, se sentía culpable, pensaba que su manera de reaccionar al enterarse del embarazo, hizo que su hija se sintiese tan triste, que terminó teniendo esa pérdida, pero la señora Jefferson le explicó que era algo bastante común en las primerizas.

Sin embargo, el hombre no quedó tranquilo hasta que vio a su hermosa hija fuera de peligro, y obtuvo ese perdón por el que tanto había rogado. También le pidió disculpas a Amelia, por haber sido un malagradecido, sabía que había sido como una madre para Allison. Le pidió regresar a su casa, pero acordaron esperar algunos días.

—Hola, ¿puedo pasar? —dijo Terrence, asomándose. Solo la vio asentir con la cabeza, pero ella giró su mirada hacia el ventanal—. ¿Cómo te sientes? —inquirió, acercándose y, en sus manos, llevaba un ramo de rosas amarillas, así como las que ella le había llevado al hospital—. Supongo que es una pregunta muy estúpida.

—Estoy mejor —pronunció con la voz rasposa.

—Te traje flores, tus favoritas. —Sonrió, mostrándoselas.

—Gracias, Terry. —Las recibió, llevándoselas al rostro; al sentir cómo el olor la embriagaba, dejó correr sus lágrimas.

—Lo siento tanto, Allie —esbozó él, acariciándole la frente.

—Ni siquiera pude saber si era un niño o una niña..., era tan pequeño —susurró con los párpados apretados, sintiendo que esa tristeza jamás la

abandonaría.

—Lo sé, por eso, mi madre lo llamó: Ángel... Está debajo del roble, pensamos que ese sería un lugar especial para tu bebé. Cuando estés mejor, podrás visitarlo —dijo para intentar animarla, la verdad era que no sabía qué decir en ese momento.

—Muchas gracias por..., por todo —susurró, hipando.

—Ya no llores, Allie, eso te hace mal... Y no tienes nada que agradecer, sabes que estamos para ti..., que yo estoy aquí para ti y lo estaré siempre. — Le sujetó la mano, dándole un suave apretón.

—¿Me das un abrazo? —pidió, sollozando.

Se aferró a él cuando se acercó para consolarla, necesitaba llenar de alguna manera el vacío que le dejó la pérdida de su bebé, pero ni los abrazos de su padre, de su madrina o de Terrence podían conseguirlo.

Sintió que él la apretaba con fuerza y que su respiración se hacía más pesada, quizá estaba tratando de contener su propio llanto o; tal vez, se sentía igual de vacío sin Victoria.

—Debes buscarla —dijo, alejándose de él y lo miró a los ojos.

—Allie..., yo no..., lo que pides no tiene sentido, es inútil que intente buscarla, si va a rechazarme de nuevo —expuso el que era su peor miedo, que Victoria le rompiera el corazón una vez más.

—No lo haré, Terry, ella te ama..., te ama tanto, que decidió sacrificarse y hacerse a un lado para que tú pudieras tener lo que siempre has deseado, para que cumplieras tu sueño.

—Sí, esa fue la absurda excusa que me dio, que me dejaba para que pudiera seguir con mi carrera y cumplir mi sueño de ser un gran cantante — pronunció, dejando ver su amargura.

—No, ella no se sacrificó por tu sueño de ser cantante, lo hizo para que pudieras ser padre y tener una familia. —Tras decir esas palabras, sintió como si un peso la abandonara.

—¿Qué quieres decir? —cuestionó, fijando su mirada en ella.

—Victoria cree que no puede tener bebés..., me lo confesó cuando fue a buscarte a la casa. Estuvimos hablando durante un par de horas, yo le expliqué por qué me encontraba allí, le conté de mi embarazo y...; en medio de la conversación, ella llegó a la conclusión de que era infértil, al igual que su tía Margot, porque no había otra explicación para que no hubiese quedado embarazada, luego de ese fin de semana en el que estuvieron juntos —explicó de la manera más sencilla posible.



Terrence se quedó en silencio, escuchando las palabras de Allison; analizó todo lo que ella le dijo aquella vez, recordaba cada palabra con exactitud, pero nada de lo que su amiga le decía parecía encajar. De pronto, llegó hasta su cabeza el enorme deseo que ella tenía por quedar embarazada, pues ese sería el motivo que haría que su boda fuese más pronto y; cuando terminaron, no hizo ninguna mención sobre ello.

—¡Eso es absurdo! —exclamó, sintiéndose mucho más dolido, porque ella debió hablarlo con él, tuvo que decirle lo que pensaba y entre los dos buscar una solución, no terminar su relación, basando sus motivos en una mentira—. Ella está equivocada.

—Eso no lo sabes —indicó Allison, sintiéndose algo temerosa ante la actitud alterada de Terrence.

—No, no lo sé, pero aún si fuese cierto, no me importa..., yo la amaría igual, la amaría mucho más.

—Lo sé, por eso debes ir y hablar con ella, decirle cada una de estas palabras, hacerle sentir que realmente la amas.

—¿Por qué no me hablaste de esto antes, Allison? —inquirió, mirándola con molestia, no pudo evitarlo.

—Porque ella me hizo prometerle que no te lo diría y...; luego, porque temí tu reacción cuando te enteraras, creí que te pondrías tan furioso conmigo, por no habértelo dicho antes, que no quisieras verme nunca más y acabaras nuestra amistad —respondió y un sollozo le rompió la voz, dejándole ver que era cierto.

—¡Maldición! —exclamó, sintiéndose traicionado; se llevó la mano al cabello para mecerlo, drenando de esa manera su frustración, sin poder mirarla—. Me viste sufrir durante semanas.

—Terry..., lo siento tanto, en verdad lo siento; quise contarte, te lo juro —mencionó, intentando justificarse.

—Pero no lo hiciste..., y yo... fui tan estúpido. Mi madre tiene razón, me dejé derrotar ante la adversidad, fui igual de cobarde que mi padre —pronunció, sintiendo decepción por él mismo.

—No digas eso, por favor, no eres ningún cobarde..., solo estabas dolido y confundido, pero no eres culpable de nada; en todo caso, debes culparnos a Victoria y a mí.

—¿Por qué ella no fue sincera conmigo?, ¿por qué me hizo creer que no me quería? ¡Fue tan cruel! —gritó con rabia y dolor.

—Terry..., por favor, lucha por ella, ve a buscarla. Estoy segura de que,

esta vez, Victoria te hablará con la verdad y comprenderás sus motivos — pidió, buscando su mirada—. Y te pido también que me perdones por no decirte nada, se supone que somos amigos y estamos para apoyarnos en cada momento, pero yo te fallé y por eso te pido perdón —agregó, dejando correr su llanto y le extendió la mano.

—Ya no llores, Allison, te perdono, solo no lo hagas de nuevo, por favor. No vuelvas a ocultarme cosas ni me mientas, porque, entonces, sí perderás mi amistad. ¿Entendido? —preguntó.

—Entendido —dijo, sonriendo con alivio—. ¿Qué harás?, ¿irás por ella? —preguntó al ver que se quedada con la mirada perdida, como si analizase qué paso dar.

—No lo sé..., tengo mucho en qué pensar ahora —dijo, porque a pesar de todo, su corazón estaba dolido.

—Terry..., por favor. —Quiso ayudarlo a que se decidiera de una vez, pero al verlo fruncir el ceño, suspiró—. Está bien, ya sé que no te gusta que te presionen, pero piensa que, un amor tan hermoso como el de ustedes, no debería acabar por una tontería.

Él asintió para dejarla tranquila, en ese momento escucharon que llamaban a la puerta, era el padre de Allison. Terrence lo saludó y luego salió, dejándolos solos.

Un torbellino de pensamientos azotaba su cabeza, mientras caminaba por el pasillo hacia su habitación; se quedó parado frente a la puerta, con el pomo en la mano; en ese instante, no sabía qué hacer.

A pesar de lo que le contó Allison, seguía temiendo que, si buscaba de nuevo a Victoria, ella se negara a regresar con él, por culpa de esa tonta idea de no poder darle hijos. Sabía cuán rígida era su novia cuando se empecinada en algo; y estaba claro que así estaba justo en ese momento.

Cerró los ojos, soltando un suspiro pesado y; en lugar de entrar a su habitación, hacer sus maletas y viajar esa misma noche a Chicago, decidió que saldría de la casa; necesitaba poner sus pensamientos en orden, y caminar siempre le ayudaba.

Al bajar las escaleras, vio que su madre entraba por la puerta principal; había estado en el teatro, evaluando las audiciones. Él las había hecho de nuevo y estaba a la espera de una respuesta.

—Hola, cariño. —Lo saludó con una sonrisa, mientras se acercaba para abrazarlo y besarlo—. ¿Estás bien? —preguntó con preocupación, al verlo algo taciturno.

—Sí, madre, estoy bien —mintió para no preocuparla—. ¿Cómo le fue hoy?, ¿ya hicieron la selección? —inquirió, caminando con ella.

—Hoy quedaron asignados los secundarios, pero seguimos debatiendo sobre los protagónicos, aunque no hay duda de que tú serás Fígaro. Fuiste quien tuvo mejor desempeño, y no lo digo por ser tu madre —respondió con emoción, acariciándole la mejilla—. Sin embargo, desean esperar a que Allison se recupere, para pedirle que haga la prueba para el papel de Susanna. Ernest dice que es perfecta para el rol y, por supuesto, que eso atraería mucha más audiencia. Sabes que el público la adora.

—Me parece bien, ella merece esa oportunidad, y estoy seguro de que eso la ayudaría a superar la tristeza —mencionó. Estuvo a punto de contarle de la conversación que tuvo con su amiga, pero aún se sentía muy confundido con respecto a lo que haría, así que prefirió esperar—. Saldré un momento.

—¿A dónde irás? —preguntó, sorprendida.

—Necesito dar una vuelta y despejar mis pensamientos.

—Está bien, cariño —pronunció, acunándole el rostro, se puso de puntillas para darle un beso en la frente y luego lo miró a los ojos—. Prométeme que te cuidarás y que regresarás temprano —pidió con su mirada anclada en la de él.

—Se lo prometo, madre... Nos vemos más tarde —respondió y también le dio un beso en la frente.

Se dio la vuelta, tomó las llaves de su auto y salió, sintiendo sobre él la mirada preocupada de su madre, por lo que se volvió para verla, antes de subir al auto, y le dedicó una sonrisa para tranquilizarla.

Se puso en marcha sin saber a dónde ir, aunque se vio tentado de llegar hasta su casa en Roslyn, pero estando en la intercepción, decidió no hacerlo, porque sus últimos recuerdos allí, le traían mucha tristeza.

Giró el volante y condujo hasta el centro de la ciudad. El movimiento ajetreado de las calles de Nueva York, seguro conseguirían distraerlo, y si se cansaba de todo eso, solo debía estacionar el auto y caminar. Pasearía durante un rato en el Central Park, ese lugar siempre le provocaba una especie de paz, lo hacía sentirse en armonía con el mundo, y eso era justo lo que necesitaba en ese momento.

Amelia se alejó de la puerta luego de que el auto desapareciera en el camino, soltó un suspiro al sentirse impotente por ver sufrir a Terrence de esa manera; mucho más, cuando ella tenía la solución a todos sus problemas. Eso

la hizo recordar lo que había hablado con Allison, antes de que ella perdiera al bebé; sabía que, en esos momentos, su ahijada no estaba para lidiar con más situaciones complicadas, pero debían hacer algo para ayudar a Terrence y a Victoria a estar juntos de nuevo.

Subió las escaleras para ir a ver cómo seguía, y también para preguntarle si estaba dispuesta a contarle a Terrence, ese secreto que le guardaba a Victoria. Era consciente del temor de su ahijada por la reacción que pudiera tener su hijo, pero ya encontraría la forma de contenerlo; lo importante ahora era que supiera la verdad y pudiera reconciliarse con Victoria.

—Hola, Allie. Bruce, qué bueno tenerte aquí.

—Hola, madrina —respondió, mostrando mejor semblante.

—Hola, Amelia, pasé para ver a mi hija, y me alegra ver que ya está mucho mejor —comentó, sonriendo.

—Sí, se recupera rápido; además, le traigo una maravillosa noticia, que espero la haga feliz —dijo, acercándose para tomarle la mano y mirarla a los ojos—. El maestro Toscanini y Ernest, desean que hagas las audiciones para Susanna.

—Madrina..., yo... no sé si esté lista para eso —esbozó, sintiéndose abrumada ante la noticia.

—No te preocupes, saben que debes recuperarte primero, y están dispuesto a esperar. Sé que quizá, sientas que es muy pronto, pero estoy segura de que esto te hará mucho bien, Allie.

—Estoy de acuerdo con Amelia, debes sobreponerte al dolor, mi princesa y; el trabajo..., siempre es una buena manera para hacerlo —habló desde su propia experiencia, cuando sufrió la pérdida de su amada esposa.

El silencio se apoderó del lugar por unos segundos, mientras ella analizaba la idea y miraba hacia el roble, donde descansaba el cuerpo de su pequeño hijo. No se sentía del todo convencida, porque sabía que su dolor no se iría con nada pero, al menos, lucharía por continuar, no tanto por ella, sino por las personas que la amaban.

—Está bien..., lo intentaré —respondió y quiso emular las sonrisas de su padre y su madrina, pero solo pudo curvar sus labios en un gesto parecido a una.

Estuvieron conversando por algunos minutos más, hasta que Bruce anunció que debía marcharse, ya que al día siguiente, lo esperaba un viaje a Filadelfia. Pero le prometió a su hija que estaría de regreso por la tarde y que le traería un regalo.

En cuanto quedaron solas, Allison le contó lo sucedido esa tarde, también la reacción de Terrence y sus dudas con respecto a viajar a Chicago para buscar a Victoria, era evidente que estaba muy dolido con su ella. Amelia comprendió enseguida, porque su hijo se mostró tan disperso; ya le había pasado antes, cuando llegó allí y no se animaba a buscar a Victoria. Él necesitaba estar seguro de que ella no lo rechazaría, tenía miedo.

—Llamaré a Victoria, le diré que ya sabemos todo y que mi hijo viajará a Chicago.

—Pero..., madrina, Terry aún no se decide —comentó Allison, porque no quería que ella quedara mal o que su amigo creyera que lo estaban presionando.

—No te preocupes, yo me encargo de convencerlo, y también haré que Victoria vea que comete un error. Ya los reuní una vez con la ayuda de Stephen, espero hacerlo de nuevo y que, él, desde el cielo, me ayude con ese par de tercios —dijo, sintiéndose entusiasmada y bajó para hacer esa llamada.

Margot iba de camino a su habitación, cuando escuchó el teléfono del salón sonar, vio que Angela se acercaba al lugar para atender la llamada, y decidió esperar junto a la escalera, por si se trataba de su sobrina Deborah o algún asunto del banco.

Notó que la chica hablaba casi en susurros, por lo que se acercó con sigilo y alcanzó a escuchar un nombre que la alertó enseguida.

—Pásame el teléfono, Angela —exigió, mirándola.

—Por supuesto, señora Margot —murmuró con nerviosismo y le extendió el auricular, presintiendo que estaba en problemas.

—Bien, ahora, retírate —ordenó y esperó a que se marchara para seguir hablando—. Buenas tardes, Amelia.

—Buenas tarde, Margot —pronunció, sin dejarse intimidar por el tono severo de la mujer—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias a Dios, aunque sigo consternada por lo sucedido entre mi sobrina y su hijo —indicó, viendo en esa conversación la posibilidad de solucionar el problema.

—Imagino, aunque debo decir que yo lo estoy mucho más, ya que fue Victoria, quien terminó con Terrence, pues a usted le consta cuánto deseaba él casarse con ella.

—Sí, soy consciente de la decisión de Victoria, ella habló con nosotros sobre esta, y debe saber que no la apruebo; por el contrario, me parece una

completa locura que ella y su hijo rompan el compromiso —respondió, dejando claro que no tenía nada que ver con lo que había hecho su sobrina.

—Pienso lo mismo, sé que Terrence debe responder por la honra de Victoria, y lo hubiese hecho, de no ser por su imposición para retrasar la boda —comentó con reproche.

—Sé que quizá fui muy intransigente en ese aspecto, pero le dejé claro al duque de Oxford, que mi familia siempre sigue las tradiciones, solo pretendía cumplir con mi deber como matrona.

—Por supuesto —expresó con sarcasmo, pero respiró profundo para calmarse, e intentó aprovechar el momento, al ver que la mujer estaba siendo más comprensiva—. Supongo que, al igual que yo, desea que Victoria y mi hijo retomen su relación, porque solo así podrán responder por sus actos, ¿o me equivoco?

—No, no lo hace. Debemos hacer que entren en razón y que cumplan con el sagrado sacramento del matrimonio.

—Perfecto, entonces deberá hacerme un favor, porque en este momento no puedo viajar a Chicago para hablar con Victoria.

—Usted dirá —accedió, aunque odiaba recibir órdenes.

Amelia puso sus esperanzas en el deseo de Margot Anderson, de reparar el error que había cometido y cuidar el buen nombre de su familia, suponía que ese haría el peso suficiente para que la matrona charlara con Victoria y la convenciera de regresar con su hijo.

Durante varios minutos, le explicó lo que le había contado Allison, haciendo especial énfasis en que, su hijo, jamás rechazaría a Victoria, en caso de que sus sospechas fuesen ciertas, pero que lo dudaba, porque todo se había dado de manera muy imprevista, como para asegurar algo así.

Margot se comprometió a hablar con su sobrina y hacer que recapacitara, pues en el fondo, la hacía sentir muy mal que pensara de esa manera. Además, le dolió mucho que Victoria creyese que ella le había heredado su incapacidad para tener hijos, haciéndola culpable de su desgracia, como si no fuese suficiente ya con haber cargado durante toda su vida con su propio estigma.

## Capítulo 68

Luego de colgar, Margot se encontraba muy meditabunda y decidió refugiarse en su salón de té, para poner en orden sus pensamientos. Necesitaba hallar la manera de hacer que Victoria dejase de lado esa absurda idea de su infertilidad y retomase su relación con Terrence Danchester. La casaría con él, aunque tuviese que obligarla.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que escuchó el sonido del motor de un auto, miró el reloj de pie, ubicado al fondo del salón, que marcaba las cuatro de la tarde, y supo que se trataba de Victoria.

Se enderezó en el asiento y esperó a que su sobrina llamara a la puerta, pues le había dado la orden a Dinora de que la enviara directo allí, en cuanto llegase.

—Adelante —respondió al primer toque.

—Buenas tardes, tía Margot —dijo, entrando al lugar—. Me dijo Dinora que deseaba verme.

—Así es, por favor, toma asiento. —Le ordenó y la siguió con la mirada mientras hacía lo que le pedía.

—Bien, la escucho —mencionó, presintiendo, por la actitud de su tía, que esa reunión se llevaría un buen rato.

—Esta tarde recibí una llamada de Amelia Gavazzeni —anunció, captando la atención de su sobrina.

—¿Le sucedió algo a Terrence? —inquirió, alarmada.

—No, según supe, él está bien —respondió, notando el interés desbordado de su sobrina, lo que la animó a continuar—. Su madre llamó para tratar un asunto muy importante. Amelia desea que reconsideres tu decisión de terminar la relación con su hijo.

—Tía Margot, ya hemos hablado de eso y sabe cuál es mi respuesta, así que, si eso era todo, podemos dar por terminada esta reunión, con su permiso —dijo, poniéndose de pie, dispuesta a marcharse.

—Victoria Anderson, te daré dos opciones —pronunció y vio que ella detenía sus pasos, pero no se volvió para mirarla, y supo que ese era su momento de presionarla—. Debes retractarte de tu decisión, retomar tu

relación con Terrence Danchester y contraer matrimonio con él, como Dios lo exige. O, de lo contrario, te comprometerás con Daniel Lerman y te casarás con este, en el plazo de un año —indicó con un tono severo.

—¿Casarme con Daniel Lerman?, ¿acaso ha perdido la razón? ¿O es tanto su odio hacia mí, que me castigará de ese modo? —cuestionó, girándose para mirarla con asombro.

—Modera tus comentarios, Victoria, recuerda que soy tu tía y me debes respeto. —La reprendió con dureza—. Tú misma has labrado tu desgracia, te entregaste a un hombre sin estar casada con él, y te deshonraste a los ojos de los demás, así que es casi imposible que otro desee hacerte tu esposa, solo Daniel se ofreció a obviar tu condición y ofrecerte su apellido.

—¡Pues no lo acepto! No me casaré con él ni con ningún otro hombre, así que es mejor que se olvide de esa idea.

—¿Y por qué no lo harás? Quiero que me digas la verdadera razón —exigió, mirándola a los ojos.

—Porque no deseo compartir mi vida con alguien más, me quedaré sola —respondió sin titubear.

—Eso es una tontería, debes casarte y tener hijos, prolongar tu existencia y la de esta familia.

—Yo no puedo hacer eso —mencionó con la voz estrangulada.

—¿Por qué no puedes hacerlo, Victoria?, ¿será porque crees que eres infértil, igual que yo? —debatía, dejándole ver cuánto le dolía el que pensara que sufriría su mismo destino.

—¿Cómo..., cómo sabe eso? —inquirió, desconcertada.

—Porque tu suegra me lo dijo —respondió y vio que Victoria se sentaba, de nuevo, y perdía todos los colores del rostro—. Me habló de la conversación que tuviste con su ahijada, la señorita Allison Parker, y de la tonta conclusión a la que llegaste.

—¡Por Dios! —expresó, sintiéndose al descubierto—. Terry... ¿Él lo sabe? —preguntó con los ojos colmados de lágrimas.

—Sí, lo sabe..., la chica se lo contó para que dejara de sufrir.

—No debió decirle nada, se suponía que era un secreto entre las dos —dijo, mostrándose furiosa con la cantante.

—Hizo bien, es su amiga y; al parecer, siente más cariño por él, del que sientes tú. Ya que no te importó rechazarlo, basándote en una mentira, sin siquiera darle el verdadero motivo por el cual terminabas una relación de dos años —dijo, con toda la intención de hacerle ver su mala manera de proceder.



—Yo..., yo solo quise hacer lo que creía mejor, sabía que él no aceptaría que nos separáramos si le decía la verdad. Y que era capaz de renunciar a su sueño de tener una familia —expresó en medio de sollozos, porque le habían dolido las palabras de su tía.

—Tú no puedes decidir sobre las demás personas, Victoria, y sé que te parecerá extraño que diga algo como esto, porque siempre he buscado condicionarlos, pero ver lo que llegaste a hacer con Terrence, me hizo cuestionarme también mi manera de proceder. Siempre digo que actúo en pro de ustedes, en cuidarlos y tener una imagen intachable ante la sociedad, pero no reparo en el daño que eso pueda causarles o; no lo hacía, hasta ahora. Y comienzo a ver que las cosas deben cambiar.

—Solo necesita ser más comprensiva, tía Margot; y aprender a escucharnos, en lugar de juzgarnos —indicó Victoria.

—Por favor, déjame continuar, porque esto no es fácil para mí y; puede que, me cueste mucho soltar las riendas de esta familia, darles más libertad, pero estoy dispuesta a hacerlo, siempre y cuando ustedes también se comprometan a cuidar de nuestro apellido y a dejar de cometer locuras. — Sintió que no era tan difícil ceder un poco.

—Yo... siempre he intentado dar lo mejor de mí, ser la dama que espera que sea, pero es tan complicado darle gusto, tía..., nada de lo que hago parece ser suficiente y me siento tan cansada de esta situación —confesó, llorando sin ningún reparo.

—Ser una Anderson no es una tarea fácil, niña; por el contrario, es una labor muy complicada, pero sé que puedes conseguirlo, si pones de tu parte... Y deberías empezar por retractarte de esa decisión de terminar con tu novio. Él te hizo su mujer y está dispuesto a responder por ello, y a pesar de que no es el ideal de esposo que deseo para ti, es un hombre de carácter fuerte, con ambición, educado, con buenas intenciones, tiene un buen porte y te quiere, eso es suficiente.

—No lo es, tía, ¿qué hay de los hijos? Si no puedo darle hijos, lo haré un hombre infeliz.

—Quítate esa tonta idea de la cabeza, no puedes asegurar que no podrás tener hijos, solo porque intimaste un par de veces con él y no quedaste embarazada —dijo con molestia.

—Fueron más que un par de veces —murmuró y bajó la mirada, al ver la incomodidad que embargó a su tía.

—No entraremos en detalles —sentenció Margot, pues no quería hablar de

ese tema. Nunca había sido su fuerte hablar sobre intimidad, y menos si tomaba en cuenta que Victoria no estaba casada; sin embargo, se recordó que, siendo su tutora, era su deber aclarar todas esas dudas—. Desde mi experiencia, te puedo decir que no es algo que puedas descubrir de un día para otro. Me llevó seis meses de una vida marital y varias visitas al médico, para enterarme de que no podía darle hijos a tu tío Arnold.

—Yo... intenté hacerme unas pruebas, pero no pude, tengo que estar casada, y deben ser autorizadas por mi esposo.

—Por lo que veo, has ahondado mucho en el tema —comentó, sorprendida—. Bueno, allí lo tienes, si deseas saber en verdad si puedes o no tener hijos, debes casarte con Terrence.

Victoria se quedó en silencio, analizando las palabras de su tía, sintiendo que le daba una pequeña esperanza y; supo, que había sido una tonta por no hablar con ella antes. Pensó en Terrence y en todas las promesas que se hicieron, en lo maravilloso que fueron esos días juntos, en la hermosa casa que había comprado para los dos, y donde soñó vivir con él.

—Debes decidirte, porque estoy segura de que tu prometido no tardará en venir y; cuando lo haga, deberás hablarle con la verdad. Ya no puede haber más mentiras entre ustedes, un matrimonio se construye sobre la confianza, el respeto y el amor.

—Quizá... sea yo quien deba ir a Nueva York; después de todo, fui quien lo arruinó —dijo, mostrándose apenada.

—Me parece lo correcto, pero deberás esperar al menos una semana. Brandon apenas regresará mañana y seguro estará muy cansado para emprender otro viaje tan pronto. Y yo te acompañaría, pero el doctor me prohibió hacer viajes tan largos.

—Está bien, esperaré —pronunció, resignándose.

Sin embargo, también se sentía aliviada, pues le daba miedo que Terrence la rechazara cuando llegara allá. Sabía cuán orgulloso era el hombre que amaba; además, que debía estar muy dolido con ella, y podía desear castigarla de esa manera.

—En cuanto al matrimonio —mencionó, captando su atención. Vio cómo la mirada expectante de su sobrina se fijaba en ella—. Ya no podrá ser este año, como tu prometido deseaba, queda muy poco tiempo como para organizar una boda, pero creo que el mes de mayo, es una hermosa época para celebrarla.

—¡Por Dios, tía! ¡Muchas gracias! —expresó, poniéndose de pie y se

acercó para abrazarla, se sentía muy emocionada al escuchar que por fin se concretaba una fecha.

—No te entusiasmes mucho, aún tienes que hablar con Terrence y aclarar las cosas. Solo espero que, esta vez, no haya más malos entendidos ni locuras, porque no estoy para sobresaltos —exigió, mirándola a los ojos.

—Le prometo que haré todo bien —aseguró mirándola a los ojos y dándole un beso en la mejilla—. Gracias por aclarar mis dudas y alejar mis miedos, tía Margot —esbozó a punto de llorar.

—Siempre te he dicho que puedes hablar conmigo cuando lo necesites, espero que, de ahora en adelante, lo hagas; y prometo que te escucharé —comentó, sabía que quizá, en eso había fallado.

Victoria asintió, mostrando una gran sonrisa, realmente estaba feliz, pues, su mundo brillaba y volvía a girar, una vez más; ya que, luego de su ruptura con Terrence, se había quedado estancado.

Se despidió de su tía para subir a su habitación, debía prepararse para la cena, pero lo que más deseaba era salir de allí para poder bailar, reír y cantar de felicidad.

Terrence vio caer la tarde, sentado en una de las bancas del Central Park; llegó hasta allí, luego de estar al menos dos horas caminando. Recordó todas las veces que llevó a Victoria a ese lugar, para pasear tomados de la mano y entregarse besos furtivos.

Se sentía algo extraviado y dolido por la manera en la cual ella lo trató, nunca imaginó que su pecosa pudiera llegar a ser tan desconsiderada, que le mintiera de forma tan cruel y lo sacara de su vida, sin darle al menos la oportunidad de demostrarle hasta dónde estaba dispuesto a luchar por ella y por su vida juntos.

Era como si nunca hubiese llegado a conocerlo realmente, como si todas las promesas y el hecho de haberla hecho su mujer no tuvieran ninguna importancia. Ella, sencillamente, decidió por ambos, sin tomar en cuenta sus sentimientos; lo alejó, lo despreció, haciéndole sentir que no la merecía, y que sin importar todo lo que hiciera por ella, jamás sería digno de tenerla a su lado.

—Estar lejos de ti me está matando, pero quizá sea lo mejor. Tal vez, nuestro destino no sea estar juntos, Victoria —esbozó y soltó un suspiro que le salió del alma—. Sí, creo que lo mejor es que comience a acostumbrarme a que no te tendré a mi lado. Porque, ¿qué sentido tiene intentar construir un

futuro junto a alguien que no cree en la fuerza de tus sentimientos, Terrence? —Se cuestionó y, un segundo después, obtuvo su respuesta—. No lo tendría, así que, todos los sueños que deposité en ti, ahora están perdidos —sentenció con un inmenso dolor.

Terminó por ponerse de pie y comenzó a caminar hacia su auto, mientras sentía que las lágrimas amenazaban con desbordarlo, pero luchó contra estas.

Buscó las calles menos concurridas, no deseaba estar atascado en el tráfico; de pronto, vio un bar en una esquina y condujo hasta allí.

—¿Me da un *whisky* doble?, por favor —pidió, extendiéndole un billete de alto valor al cantinero, sabía que esa era la clave para que el hombre no le pidiera su identificación, y solo le sirviera el trago.

En solo segundos, tuvo frente a él un vaso casi lleno del líquido ámbar, el fuerte olor le inundó las fosas nasales, tentándolo a tomarlo de un trago; lo agarró y, sin pesarlo, lo bebió.

Al día siguiente, Victoria se levantó muy temprano, se sentía ansiosa y apenas había logrado dormir; toda la noche la pasó soñando con Terrence, por lo que, despertó sintiendo que no había descansado.

Robert iría a recibir a Brandon, así que aprovechó para acompañarlo; tenía la esperanza de que, si Terrence ya sabía la verdad, hubiese viajado junto a su primo. Se puso un hermoso vestido bordado y muselina, en colores blanco y verde oscuro, que hacían juego con unos pequeños pendientes de esmeraldas y un delicado sombrero, que la hacían lucir muy hermosa.

—Buenos días, señorita Victoria. Se ve muy linda hoy.

—Buenos días, Robert, muchas gracias, es muy amable. — Victoria le dedicó una sonrisa.

—Solo estoy siendo completamente sincero, señorita... ¿Ya estamos listos para salir a la estación de trenes? —preguntó en su habitual tono lleno de formalidad.

—Claro, no hagamos esperar a mi primo —expresó, llena de entusiasmo. Quería verlo para contarle la conversación con su tía.

El tren aún no arribaba a la estación cuando ellos llegaron, así que Victoria aguardó en el auto, para evitar el tumulto de personas en los andenes. Mientras que, Robert, se dirigió a un puesto de periódicos; luego regresó y los puso en el asiento del copiloto.

Victoria estuvo a punto de tomar uno para distraerse, pero en ese instante sonó el silbato de la locomotora y supo que su primo había llegado, bajó del

auto y caminó con pasos trémulos hasta los andenes. Cuando Brandon logró bajar del tren, vio a Victoria, quien resaltaba en medio de ese mar de personas. Ella lo recibió con una de sus mejores sonrisas y un enorme abrazo.

—¡Brandon! ¡Qué alegría tenerte en casa de nuevo! —expresó con emoción, pero también con una pizca de desilusión, por no ver a Terrence junto a él.

—¡Victoria, te extrañé mucho! —Mostró la misma alegría.

En ese momento Robert llegó para ayudar al joven con su equipaje.

—Buenos días, Brandon, ¿cómo estuvo el viaje? —El hecho de haberlo visto desde que era un niño, le hacía tener más confianza con él. A Victoria también la había visto crecer, pero entre hombres, había más camaradería.

—Buenos días, Robert, la verdad estuvo bastante tranquilo, aunque hubo unos minutos de retraso —respondió Brandon, mostrándose feliz de estar en casa.

—Me alegra mucho, vamos al auto para salir antes de que se forme un embotellamiento —sugirió y caminó delante de ellos.

Una vez en el auto, Brandon se dedicó a hablarle de su viaje a Victoria, centrándose en las reuniones de negocios; pero sin llegar a tocar el tema de Terrence. No quería decirle a su prima, que intentó reunirse con él, pero que este se negó, alegando que estaba muy ocupado. Él comprendió que, quizá, lo que buscaba el chico era evitar hablar de algo que seguía afectándolo.

—Déjame verte un momento. —Le dijo Brandon de repente, acomodándose en el asiento.

—¿Pasa algo? —preguntó, parpadeando.

—No sé..., es que te veo un poco más alta. ¿Será que creciste unos centímetros esta semana? —Brandon trató de ocultar la sonrisa en sus labios, pero sus ojos lo traicionaban.

—¡Por Dios, Brandon! Solo estuviste fuera cuatro días —respondió, frunciendo la nariz, pero sintiéndose divertida.

—No habrás crecido, pero sí estás muy linda el día de hoy. —Le dijo con una sonrisa y adivinó el motivo de que se hubiese arreglado tanto, pero no dijo nada para no incomodarla.

—Gracias, por ese cumplido te perdono la broma de mi estatura —mencionó, haciéndole un guiño.

De esa manera transcurrió parte del viaje, pero cuando estaban cerca de la mansión, Robert se dirigió al heredero.

—Brandon, había olvidado entregarte los periódicos de hoy, aunque

supongo que esperarás para leerlos en la casa. —Robert los agarró para pasárselos y, en ese momento, se le escapó uno de las manos, cayendo a los pies de Victoria—. Lo siento, señorita. —Se disculpó, mirándola por el retrovisor.

—No se preocupe, Robert. —Ella se dobló para recogerlo.

—Sí, los leeré más tarde, gracias, Robert —mencionó Brandon.

Victoria iba a hacerle entrega del ejemplar a su primo, cuando vio la imagen del hombre que ponía su corazón a palpar de manera desesperada. Ni siquiera pudo leer el titular, ya que su mirada se quedó prendada de su fotografía; sin embargo, un minuto después, la curiosidad la llevó a leer el encabezado del artículo.

**«Fallece en trágico accidente el famoso cantante de ópera, Terrence Danchester Gavazzeni».**

Victoria apenas podía creer lo que sus ojos leían, de inmediato, sus latidos se aceleraron y la golpeaban con tanta brusquedad, que sentía que su pecho apenas podía contenerlo. Sus manos comenzaron a temblar y su mirada bajó a la siguiente nota, necesitaba que alguien desmintiera ese titular.

**«En un aparatoso accidente de tránsito, falleció el famoso cantante de ópera, Terrence Danchester Gavazzeni, la noche de ayer en la ciudad de Nueva York. Según información del comando policial».**

Ella no lograba entender lo que sucedía y pensó que debía tratarse de una mentira, tenía que ser una mentira; de pronto, recordó lo que Terrence decía, que los diarios siempre alteraban las noticias para vender. Sin embargo, no pudo evitar que sus ojos se colmaran de lágrimas y sus manos comenzaran a temblar; se llevó una a los labios para ahogar el sollozo que le rompió la garganta, mientras negaba con la cabeza y apretaba el diario.

Brandon, quien se encontraba distraído mirando a través de la ventanilla, se giró, sorprendido al escuchar el sollozo que escapó de los labios de Victoria, y la imagen de su prima lo desconcertó por completo, ella se veía muy perturbada.

—Victoria, ¿qué sucede?, ¿qué tienes, pequeña? —preguntó, alarmado, apoyándole una mano en el hombro.

No recibió respuesta, ella solo lloraba con la mirada perdida en algún

punto, mientras seguía negando con la cabeza; su rostro estaba tan pálido, que parecía una hoja de papel, y todo su cuerpo era barrido por un intenso temblor.

Brandon no entendía nada, si segundos atrás, se le veía feliz; entonces, miró el diario en sus manos y alcanzó a leer el titular, que como era de esperarse, también lo conmocionó.

—¡Por Dios! ¿Qué es esto? —inquirió, tomando el diario para leer la nota completa.

**«...el joven y famoso *Heldentenor*, falleció de forma trágica. Hasta ahora las investigaciones indican, que el auto colisionó contra un poste de alumbrado público y se incendió a los pocos minutos del impacto. Sin embargo, no se ha logrado dar con testigos que hayan presenciado el trágico hecho. Aunque pruebas halladas en el lugar del siniestro, hacen presumir que el artista manejaba bajo los efectos del alcohol.**

**Según las declaraciones de Ernest Aldridge, director de La Ópera Metropolitana de Nueva York, a la cual pertenecía Danchester Gavazzeni, el joven se encontraba a un paso de obtener su primer protagónico en: “*Las bodas de Fígaro*”.**

**Aldridge se notaba visiblemente acongojado, al ser abordado a las afueras del teatro; ya que, este suceso representa una gran pérdida para el mundo del espectáculo, puesto que el joven tenía un futuro profesional prometedor.**

**Hasta el momento, la famosa soprano, Amelia Gavazzeni, madre del fallecido, no ha ofrecido declaraciones, como tampoco su padre, el duque de Oxford, quien se encuentra en la ciudad, atendiendo asuntos diplomáticos.**

**Todavía no se ha anunciado la fecha ni el lugar donde se llevarán a cabo los servicios fúnebres...».**

Después de terminar de leer la noticia, Brandon lanzó a un lado el periódico y abrazó a Victoria con fuerza, queriendo darle el consuelo y la fortaleza que necesitaría para afrontar esa dolorosa situación. Aunque en el fondo de su corazón, deseaba que solo fuese una falsa noticia, que la policía estuviese equivocada y que el cuerpo encontrado en ese auto, no fuese el de Terrence.

—Victoria, mírame..., tiene que haber una confusión, debes guardar la

calma —mencionó al ver que la respiración de su prima, cada vez se hacía más irregular, y no dejaba de sollozar y temblar.

—¿Sucede algo malo, Brandon?, ¿quiere que la llevemos a algún hospital? —preguntó.

—No, Robert, sigamos a la casa —respondió Brandon, sin dejar de abrazarla.

Ella aún no lograba pronunciar palabra, las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos, en medio de fuertes sollozos, mientras sentía como si su pecho se estuviera abriendo en dos. Intentaba mantener la esperanza de que todo fuese mentira, que los periodistas solo hubiesen inventado todo para presentar una nota amarillista.

Sin embargo, recordar su sueño de la noche anterior, donde corría en medio de una espesa neblina, detrás de Terrence, tratando de alcanzarlo y no lo conseguía, hizo que todo se sintiera más real; nunca llegó hasta él porque lo había perdido. Esa certeza hizo que se estremeciera y rompiera a llorar con mucha más fuerza, comenzó a sentirse desesperada y quiso bajar del auto.

—Vicky, tranquila..., ya vamos a llegar y verás que todo esto es mentira..., lo llamaremos y hablarás con él —aseguró, acunándole el rostro y mirándola a los ojos.

La sostuvo entre sus brazos para que no fuese a cometer alguna locura, pues vio sus intenciones de saltar del auto, aunque no parecía estar consciente de lo que hacía.

Cuando llegaron a la mansión, Brandon agarró entre sus manos el rostro frío y pálido de Victoria, posando su mirada en la ausente de su prima, para captar su atención, pues parecía estar en otro espacio; se hallaba completamente absorta en sus pensamientos.

—Vicky, ya llegamos. —Ella parecía no escuchar sus palabras, así que la sujetó de la mano y logró sacarla.

Justo en ese instante, las piernas de Victoria no pudieron resistir su peso y cayó desmayada en los brazos Brandon; por suerte, él consiguió sostenerla con la ayuda de Robert, quien también se encontraba alarmado, pero intentaba mantener el aplomo.

Caminaron de prisa y, mientras Brandon subía las escaleras, llevándola en sus brazos, solo conseguía rogar en pensamientos para que ella tuviera el valor de afrontar esa nueva pérdida.





LILY PEROZO  
LINA PEROZO ALTAMAR

*Quédate* VOLUMEN 3



**No dejes de leer la continuación de esta  
historia en**

Brandon y Victoria salieron del hotel Antico Doge, en una de las famosas góndolas que surcaban los canales; se dirigieron al estacionamiento ubicado en tierra firme, donde subieron al auto que había puesto a su disposición el gerente del hotel, desde el instante en que se hospedaron.

Aunque ellos preferían caminar por las calles de Venecia, en aquella ocasión se vieron obligados a conducir, ya que la casa de los Di Carlo, quedaba algo lejos del centro de la ciudad, en una exclusiva zona de Venecia, lejos de los turistas.

Fiorella escuchó el motor del vehículo y procedió a dar un último repaso a los detalles; antes de encaminarse a la entrada, se miró en el gran espejo colgado en el salón y aprobó su apariencia con una sonrisa. Cuando los invitados llamaron a la puerta, le hizo una señal a Yvette, para que les abriera; mientras, ella recibía la mano de su marido y se dirigían al salón donde los atenderían, antes de pasar al comedor.

—Buenos días, somos Brandon y Victoria Anderson. Hemos venido a ver a los señores Di Carlo —anunció a la mujer que los recibió y que suponía era el ama de llaves.

—Buenas tardes, señores Anderson; pasen, por favor, los señores los esperan —dijo Yvette, entregándoles una sonrisa.

Los jóvenes siguieron al ama de llaves, quien los guio a través de un corredor de grandes ventanales, que daba a un hermoso jardín; si bien la casa no era tan grande como la mansión Anderson en Chicago, poseía cierto aire de ostentabilidad y, al mismo tiempo, irradiaba calidez. Las paredes estaban pintadas de blanco y terracota, los techos y los pisos eran de madera, creando hermosos contrastes que a Victoria le encantaron, pues establecían un ambiente acogedor.

—Buenas tardes, señores Anderson, es un placer tenerlos en nuestra casa —saludó Luciano, extendiéndole la mano, primero al caballero, luego posó su mirada en la chica—. Bienvenida, señora Anderson, se ve tan hermosa como siempre —agregó, sonriéndoles.

—Buenas tardes, señor Di Carlo, el placer es todo nuestro —respondió Brandon, estrechando la mano del hombre.

—Gracias, señor Di Carlo, es usted muy amable —respondió Victoria, con una sonrisa mientras estrechaba su mano.

—Luce usted muy hermosa, señora —mencionó Brandon, mirando a la mujer y entregándole una sonrisa

—Muchas gracias, señor Anderson; estoy encantada de tenerlos aquí —mencionó Fiorella con sinceridad.

—Nosotros también lo estamos, señora; su casa es realmente encantadora —respondió Victoria con una sonrisa.

—Muchas gracias, cada detalle está hecho con mucho cariño —expresó con una mirada llena de orgullo.

—Por favor, tomen asiento. —Los invitó Luciano.

Se dedicaron a conversar durante unos minutos, hablando de los estragos que había dejado la guerra, de cómo, poco a poco, Europa comenzaba a levantarse de las ruinas, con la esperanza de volver a ser el continente que antes fue.

Brandon le comentó parte de los planes que tenía para ayudar, usando los recursos de la fundación que tenía su familia. Se encontraba sumido en su planteamiento, cuando, de pronto, ante sus ojos apareció la figura de una hermosa joven, que cautivó por completo su atención y lo hizo acallar sus palabras.

—Buenas tardes, perdonen mi demora...

Fransheska no pudo completar la frase, su voz desapareció al tener frente a ella al hombre más atractivo que había visto en su vida. Era mucho más alto que su padre, con el cabello rubio y con unos ojos tan azules, que la miraban con una expresión cálida y amable.

—Señor y señora Anderson, les presento a mi hija. —Luciano se puso de pie y les señaló a su preciosa joya.

Brandon se levantó de inmediato y le ofreció la mano, al tiempo que le entregaba una sonrisa que llegaba a iluminar su mirada. Sintió cierto nerviosismo en ella, cuando le agarró la mano y, con total seguridad, se la llevó a los labios para darle un beso mientras la miraba a los ojos.

—Mucho gusto, señorita. Brandon Anderson —mencionó con su mirada anclada en la gris de la chica.

—Encantada, señor Anderson. Fransheska Di Carlo —respondió con una hermosa sonrisa que se dio naturalmente.

—Un placer. Victoria Anderson —dijo esta, extendiéndole la mano.

—El placer es mío, señora Anderson. Bienvenidos a nuestra casa. —Se sintió apenada, pues había olvidado que el hombre era casado.

Brandon apenas podía apartar su mirada de Fransheska, la joven se hallaba en toda la plenitud de su hermosura, su cuerpo estaba adornado por suaves y, al mismo tiempo, sugerentes atributos, y ella era concedora de su

propia naturaleza, por eso hacía gala de la misma. Sin embargo, él podía ver que en ella, existía cierto candor, ese de las mujeres que pueden sentirlo todo y aún no han sentido nada. Era una mujer y una niña al mismo tiempo, como los capullos de las rosas que, aunque ya reflejan belleza, no habían mostrado todo su esplendor.

Fransheska, por su parte, trataba de ocultar, lo mejor posible, lo que ese hombre le inspiraba, por respeto a la mujer junto a él; lo cierto era que ella nunca había sentido una atracción como esa por algún caballero, y había conocido a muchos guapos a sus veintiún años de vida.

Sentía que existía algo especial en él, quizá que estaba dotado de cierto aire juvenil y ágil, resultado, posiblemente, de sus cabellos claros y sus ojos vivaces, esos que reflejaban, a la vez, una calma que la invitaba a quedarse en ellos. Eran como estar bajo el cielo de verano, cálido y despejado; sin embargo, no era el único atractivo que poseía, pues sus labios gruesos y su barba tupida lo hacían lucir muy varonil.

Victoria observaba a Brandon, entre extrañada y divertida; quizá era su imaginación, pero casi podía asegurar que su primo se encontraba hechizado por la presencia de la joven. Nunca lo había visto mirar a otra chica con tanto embeleso y; aunque sabía que él había tenido relaciones pasajeras con varias mujeres, por ninguna mostró ese brillo que tenía su mirada en ese momento.

—Fransheska, es extraño que Fabrizio no haya bajado. ¿Podrías ir a ver qué le ha pasado? Por favor. —pidió Fiorella, mirando a su hija.

—Por supuesto, con su permiso. —Se puso de pie, acatando la orden, mientras sus pensamientos se volvían muy elocuentes.

*¡Por Dios, madre, ya bajará! Hoy, por primera vez en mi vida, siento envidia de alguien. Esta mujer es muy afortunada, tener a un hombre así a su lado, debe ser un sueño hecho realidad; claro, él la debe adorar, es muy hermosa. ¡Dios! Yo que pensaba que era calvo, panzón y; ahora, como mínimo, quiero conocer hasta al abuelo.*

Se decía con diversión, mientras se encaminaba hacia las escaleras, para ir en busca de su hermano, quien, como siempre, se retrasaba. En ese momento, Fabrizio apareció en lo alto de la escalera, y ella le lanzó una mirada de reproche, pero él solo le sonrió; sabiendo que, seguramente, su madre la había enviado a buscarlo.

Fabrizio bajó las escaleras y le ofreció su brazo a Fransheska, entregándole una de sus mejores sonrisas a modo de disculpa y, luego, caminó junto a ella para conocer al distinguido matrimonio Anderson.

—Buenas tardes, disculpen la demora —mencionó con tono amable, pero con ese rasgo que lo distinguía del resto de su familia. Su voz grave, denotaba un acento más británico que italiano.

Victoria se encontraba viendo unos puntos de bordado que le había entregado Fiorella y, al escucharlo, sintió que su cuerpo se estremecía. Su corazón empezó a latir rápidamente y un huracán de emociones se desató en su interior, paralizándola hasta el punto de que no pudo levantar el rostro para mirar al dueño de esa voz.

Sintió cómo Brandon buscaba su mano y la envolvía en un agarre fuerte pero tembloroso al mismo tiempo, que hizo que algo en su interior también se estremeciera, alertando todos sus sentidos. Eso la llevó a levantar la mirada y; al hacerlo, se encontró frente a un par de ojos azules, idénticos a los más maravillosos que había visto en su vida, y en los que creyó que nunca más se miraría.

Sin embargo, la magia duró poco, pues él desvió su mirada, alejándola del milagro que presenciaba en ese instante, haciéndola sentir desamparada, una vez más.

—Mucho gusto, Fabrizio Di Carlo —dijo, tendiéndole la mano a Brandon, quien lo veía como si fuese un fantasma.

—Es un placer, Brandon Anderson —respondió y le dio un apretón de manos. Todo eso lo hizo de manera mecánica, porque su conciencia aún no lograba salir del asombro.

Fabrizio se volvió para mirar a la esposa del banquero, quien lucía aturdida. Podía ver que sus pupilas se movían de manera nerviosa; pero, siguiendo todo el protocolo, le ofreció su mano. Ella la recibió, y él pudo sentir que temblaba, pero lo ignoró y se la llevó a los labios para depositar en esta un suave beso, mirándola a los ojos, porque era casi imposible apartar la mirada de ellos.

En ese momento, sucedió lo inesperado, Victoria cayó desmayada en los brazos de Fabrizio, quien la recibió como si fuese natural estar tan cerca de ella, con sus rostros a un suspiro de distancia. Él la pegó a su pecho para brindarle apoyo, mientras sentía que sus latidos se desbocaban, llevados por ese torbellino de sensaciones que crearon dentro de su cuerpo la calidez, el aroma y la cercanía de la americana.

—¡Victoria! ¡Vicky! —exclamó Brandon, quien estaba expectante ante la reacción que podía tener su prima; lo que nunca imaginó fue que acabaría por desmayarse, aunque no era para menos.

Fabrizio se quedó inmóvil mientras el americano se la arrebatava de los brazos, intentando reanimarla, al tiempo que la miraba con gran preocupación. Él solo frunció el ceño, sintiéndose perturbado, porque no tenía idea de lo que había sucedido, no recordaba haber hecho algo malo, ella solo lo miró sin decir una palabra y; él, lo único que hizo fue presentarse, nada más.